

---

## RESPIRANDO EL CARIBE

---

Observatorio del Caribe Colombiano

# RESPIRANDO EL CARIBE

---

MEMORIAS DE LA CÁTEDRA  
DEL CARIBE COLOMBIANO

VOLUMEN I

ARIEL CASTILLO MIER

COMPILADOR



**RESPIRANDO EL CARIBE**  
**MEMORIAS DE LA CÁTEDRA**  
**DEL CARIBE COLOMBIANO. VOL. I**

© COEDICIÓN DEL OBSERVATORIO DEL CARIBE COLOMBIANO  
MINISTERIO DE CULTURA Y EL FONDO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO  
ISBN: 958-8123-17-8

COMPILADOR Y CORDINACIÓN EDITORIAL  
ARIEL CASTILLO MIER

ESTA PUBLICACIÓN PUEDE SER ADQUIRIDA  
EN EL OBSERVATORIO DEL CARIBE COLOMBIANO.  
BARRIO SAN DIEGO, CALLE DE LA TABLADA N° 7-57  
CARTAGENA DE INDIAS, COLOMBIA  
TELS: 6601364 - 6602491. FAX: 6648993  
Sitio web: [www.ocaribe.org](http://www.ocaribe.org)  
E-MAIL: [webmaster@ocaribe.org](mailto:webmaster@ocaribe.org)  
Universidad del Atlántico  
Km 7 antigua vía a Puerto Colombia  
Tels: 3598728 Fax: 3599458  
Barranquilla. Colombia  
E-MAIL: [rector@uniatlantico.edu.co](mailto:rector@uniatlantico.edu.co)

EL MATERIAL DE ESTA PUBLICACIÓN NO PUEDE SER REPRODUCIDO  
POR CUALQUIER SISTEMA DE RECUPERACIÓN DE INFORMACIÓN,  
SIN AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES Y DE LOS EDITORES.  
LA RESPONSABILIDAD POR EL CONTENIDO DE ESTA PUBLICACIÓN  
RECAE ENTERAMENTE EN SUS AUTORES.

**DISEÑO PORTADA:** CAMILA CESARINO. ACUARELA DE ANTONIO MANRIQUE

**DIAGRAMACIÓN Y PRODUCCIÓN**  
**EDITOR.** ESTRATEGIAS EDUCATIVAS LTDA  
CALLE 66 N° 7-56 OF. 202. TEL 2557251. BOGOTÁ  
EMAIL: [ctovar1@latinmail.com](mailto:ctovar1@latinmail.com)

**IMPRESIÓN**  
EDITORIAL GENTE NUEVA LTDA

IMPRESO EN COLOMBIA. PRINTED IN COLOMBIA  
**BOGOTÁ, FEBRERO DE 2001**

---

*¿Qué somos?*

*Este poco de mar, estos crustáceos,*

*Estas islas de fósforo que llevamos dormidas.*

*Somos, también, estas pedrezuelas impasibles*

*Y ese niño que atesora un naufragio en su memoria.*

*De aquí somos y esto somos.*

*Lo demás es tristeza, ruido de nadie, mundo.*

*Levantamos, en cada respirar, en cada poro nuestro,*

*Un poco de estos grumos,*

*De estas chozas con vientres olorosos a fiebre.*

*Miramos un camino con un hombre cantando,*

*Extendemos los ojos,*

*Vemos un árbol, ¡un árbol solamente en la playa insaciable!*

*Y más allá los barcos, el mar de olas eternas.*

*Nos sentimos totales, furiosamente solos.*

*Solos como si nada nos doliese en la frente.*

*Somos de aquí, de este orbe rumoroso,*

*De esta arena con olas y naranjas,*

*De este diario morir frente a la sal,*

*De este podrirse con caracoles y totumos,*

*De estas paredes rotas,*

*De estos trozos de esquifes*

*Que siguen navegando por las calles.*

*De este patio enlutado donde ronda la abuela,*

*Donde mataron una casa*

*Y aventaron sus puertas, su quicio y sus ventanas.*

*Esto somos no más: mar que se pudre*

*Que camina y se pudre con nosotros.*

*Héctor Rojas Herazo, «Aldebarán»*

## AGRADECIMIENTOS

---

*El desarrollo de la Cátedra del Caribe Colombiano no hubiera sido posible sin el apoyo entusiasta de las siguientes personas: Gustavo Bell Lemus, Ubaldo Enrique Meza, Carlos Caicedo, Juan Luis Mejía, María Cristina Serge, Diego Espinosa Posada, Juan B. Fernández R., Mario Giraldo, Sonia Burgos, Luis Armando Soto, Lucy Porras, Santiago Moreno, Soad Louis, Ricardo Cabarcas, Zarita Abello de Bonilla, María Eugenia Castro, Ana Raquel García, Santiago Herazo, Ricardo Vergara Chávez, María Victoria Saade, Laurian Puerta, Lena Reza, Adolfo Meisel Roca, Silvia Marín, María Eugenia Olano, Ivonne Gómez, María Cristina Ochoa, Alirio Carrascal, Jazmín Dau, José Luis Quessep, Luis Manuel Espinosa, Herman García, Agustín Arturo Chávez Pérez, Faizal Jalilí Gandú, Astrid Romero, Carmen Alicia Rivera, María Luisa Araujo, Ligia Verbel, Rosalba Julio, Maritza Nolasco, Alicia Illidge, Erminia Vaca, Zully Salazar, Edwin Hernández, Adriana Ramos, María Eugenia Pinto, John Jairo Junieles, Daniel Toro, Dubis Fernández, Gustavo Tatis Guerra y Juan Carlos Guardela.*

*Asimismo reconocemos la colaboración eficaz de las siguientes entidades: Ministerio de Cultura; Museo Bolivariano de Arte Contemporáneo; Casa de la Cultura Raúl Gómez Jattin de Cereté; Banco de la República de Cartagena y sus áreas culturales en Barranquilla, Cartagena, Valledupar, Riohacha y San Andrés; Asociación de Amigos del Museo Nacional; Fundecar, Fundación Tayrona, Sena de Santa Marta, Cajamag, Museo de Arte Moderno de Barranquilla; Cámaras de Comercio de Montería, Sincelejo, Magangué y Mompo; Museo Naval de Cartagena; Universidad Popular del Cesar; Universidad de Córdoba, Universidad de Sucre; El Herald; El Tiempo Caribe; El Universal; El Meridiano; Telecaribe y Teleupar*

# CONTENIDO

---

## PRESENTACIÓN

RESPIRANDO EL CARIBE EN UN PROLONGADO PRÓLOGO

*ARIEL CASTILLO MIER*

SÓLO UN MEJOR CONOCIMIENTO DE NOSOTROS MISMOS NOS PODRÁ HACER LIBRES

*GUSTAVO BELL LEMUS*

## CAPÍTULO I. SEÑAS DE IDENTIDAD DEL CARIBE COLOMBIANO EN SU HISTORIA

BASES GEOHISTÓRICAS DEL CARIBE COLOMBIANO

*FRANCISCO AVELLA ESQUIVEL*

3

NORMA Y PLANIMETRÍA. TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN LA CARTAGENA  
INDIANA DEL QUINIENTOS

*MARÍA DEL CARMEN BORREGO PLA*

29

RAFAEL NÚÑEZ, EL CARIBE COLOMBIANO Y EL ORDEN NACIONAL

*EDUARDO POSADA CARBÓ*

49

CARIBE Y UNIVERSALIDAD

*GERMÁN ESPINOSA*

65

## CAPÍTULO II. ECONOMÍA Y SOCIEDAD

ECONOMÍA Y SOCIEDAD DEL CARIBE DE COLOMBIA AL FINALIZAR EL SIGLO XX

*ALBERTO ABELLO VIVES*

81

LA REGIÓN CARIBE FRENTE A LA DISCUSIÓN INTERNACIONAL SOBRE EL MODELO  
DE DESARROLLO ECONÓMICO

*CECILIA LÓPEZ MONTAÑO*

103

## CAPÍTULO III. MODELOS DE MUJER, MARGINALIDAD Y MODERNIDAD

LAS MADAMAS DE BARRANQUILLA: PROGRESO Y PROSTITUCIÓN

*ÁLVARO MIRANDA*

117

VIDA AMOROSA Y COTIDIANIDAD EN LA BARRANQUILLA DE ANTAÑO

*RAFAELA VOS OBESO*

129

LAS MUJERES DE SAHAGÚN 1900-1999

*CRISTO HOYOS MERCADO*

141

## CAPÍTULO IV. VOCES, SONES, LETRAS E IMÁGENES

AYER Y HOY DEL CARIBE DE COLOMBIA EN SUS LENGUAS

*MARÍA TRILLOS AMAYA*

153

EL ACORDEÓN EN EL CARIBE

*JULIO ONATE MARTÍNEZ VILLANUEVA*

181

VALLENATO SABANERO

*ADOLFO PACHECO ANILLO*

191

ANIMALES Y VERSOS DE LA TRADICIÓN ORAL EN LA DEPRESIÓN MOMPOSINA

*CONSUELO POSADA GIRALDO*

197

---

LA VISIÓN CARIBE DEL MUNDO EN <i>DESDE LA LUZ PREGUNTAN POR NOSOTROS</i> DE HÉCTOR ROJAS HERAZO <i>AMYKAR CABALLERO DE LA HOZ</i>	211
EL CARIBE PURGATORIAL: HÉCTOR ROJAS HERAZO O LA IMAGINACIÓN DEL FUEGO <i>RÓMULO BUSTOS AGUIRRE</i>	221
EL OÍDO DEL ESCRITOR: IMAGINACIÓN Y RELATO EN LA OBRA DE RAMÓN ILLÁN BACCA <i>SARA GONZÁLEZ DE MOJICA</i>	233
EL ESCRITOR FRENTE AL FIN DEL MILENIO <i>RAMÓN ILLÁN BACCA LINARES</i>	243
<b>CAPÍTULO V. CINE Y AUDIOVISUALES</b>	
PASEO CONVERSACIONAL POR EL CINE Y LOS AUDIOVISUALES DEL CARIBE COLOMBIANO <i>MARTHA YANCES</i>	255
HAY QUE BUSCAR CÓMPLICES. TESTIMONIO DE UN REALIZADOR CINEMATOGRAFICO <i>PACHO BOTTÍA</i>	269

---

## PRESENTACIÓN

---

La Universidad del Atlántico hace parte de las instituciones, que conjuntamente con un grupo de intelectuales y artistas, dieron vida al finalizar 1997 al Observatorio del Caribe Colombiano. Desde ese entonces, hacemos parte de su Consejo Directivo y adelantamos conjuntamente una serie de programas científicos y divulgativos.

Creemos en la necesidad de contar con un centro de estudios regionales, lugar dedicado a generar conocimiento y reflexiones en el campo de las ciencias sociales sobre nuestro rico y plural Caribe al que pertenecemos; pensamos en la imperiosa necesidad de abrir espacios para la discusión académica, la confrontación teórica y la divulgación científica de nuestra penosa realidad; pensamos también en un lugar de encuentro de intelectuales y artistas; en la búsqueda de propósitos comunes para superar la pobreza y la marginalidad. Por todo ello, nuestra Universidad ha trabajado para hacer del Observatorio del Caribe Colombiano la institución que mediante un moderno sistema de cooperación interuniversitario articule investigadores y saberes en procura de nuevas visiones y propuestas.

Uno de los programas adelantados conjuntamente entre el Observatorio y la Universidad del Atlántico, es precisamente la Cátedra del Caribe Colombiano que naciera aquí en nuestra *Alma mater* en Barranquilla en 1999 cuando el vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, la inaugurara. En ese entonces, Eduardo Posada Carbó, primer catedrático aseguraba lo que sería una característica de este programa, rigor y profundidad para el análisis de nuestra problemática.

Desde ese entonces, la Universidad ha estado con el Observatorio en las principales ciudades de la región llevando conocimiento de excelencia, y en ese proceso se han hermanado investigadores que empiezan a tejer vínculos de identidad. A la Cátedra se han sumado la Universidad de Cartagena y la Universidad del Magdalena, acercándonos así a ese esquema de cooperación que se busca entre las instituciones de educación superior del sistema universitario estatal de la región.

La Cátedra es una muestra de las inmensas posibilidades de cooperación que existen entre las universidades públicas de la región. Esta experiencia en la divulgación del conocimiento regional bien puede llevarse a otros campos de la academia pues estamos convencidos de que la superación de las dificultades requiere del hermanamiento y la cooperación.



Es un honor para la Universidad del Atlántico apoyar la publicación y presentar este primer volumen de las memorias de la Cátedra del Caribe Colombiano. Se suma esta nueva publicación conjunta a la serie de trabajos que hemos publicado desde el nacimiento mismo del Observatorio.

En este libro hay un material valioso, compilado por nuestro investigador cultural Ariel Castillo Mier, quien es el coordinador de la Cátedra. El libro hace parte de esa explosión del saber sobre el Caribe colombiano que supera ya el estudio sobre otras regiones de Colombia.

Tenemos pues en nuestras manos una herramienta vital para continuar *Respirando el Caribe*.

*UBALDO ENRIQUE MEZA RICARDO*  
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

---

# RESPIRANDO EL CARIBE EN UN PROLONGADO PRÓLOGO<sup>1</sup>

---

*ARIEL CASTILLO MIER*

*Respiro,  
Y el aire en mis pulmones  
Ya es saber, ya es amor, ya es alegría,  
alegría entrañada  
que no se me revela  
sino como un apego  
jamás interrumpido  
-de tan elemental-  
a la gran sucesión de los instantes  
en que voy respirando,  
abrazándome un poco  
de la aireada claridad enorme.  
Jorge Guillén, «Mientras el aire es nuestro»*

Resultado del convenio celebrado entre el Observatorio del Caribe Colombiano y la Universidad del Atlántico, que contó con el apoyo inmediato de la Universidad de Cartagena y del Instituto de Estudios Caribeños de la Universidad Nacional en San Andrés y, un año después, del Ministerio de Cultura y de la Universidad del Magdalena, la Cátedra del Caribe Colombiano es una tribuna crítica, de alto nivel académico, pluralista y democrática, orientada al conocimiento integral y al desarrollo del Caribe colombiano.

La Cátedra del Caribe Colombiano se ha realizado de manera itinerante en todas las capitales de los departamentos de la región, en algunas de sus ciudades intermedias (Sahagún, Cereté, Magangué y Mompo) y en la capital del país. Se han invitado a especialistas en diversas disciplinas, oriundos o no de la región, para que socialicen los resultados de sus investigaciones sobre el Caribe colombiano.

---

1 Prólogo de Ariel Castillo Mier. Coordinador de la Cátedra del Caribe Colombiano del Observatorio del Caribe Colombiano. Profesor de Literatura del Caribe colombiano en la Universidad del Atlántico. Estudios de Maestría en Letras Iberoamericanas de la UNAM de México y de doctorado en Letras Hispánicas de El Colegio de México. Editor del libro de crítica literaria de Carlos J. María. *Feedback. La literatura colombiana antes y después de García Márquez.*

Desde su instalación hasta la publicación de esta memoria, la Cátedra se ha desarrollado en 34 ocasiones y la gama de temas abordados comprende la historia colonial, la geografía, la cultura popular, la filosofía, las fiestas, la música, el cine, las lenguas, la literatura de los siglos XIX y XX, las ciudades, la mujer, los hábitos amorosos, la prostitución, las artes visuales, la tecnología de los computadores aplicada a la educación y la salud, las determinantes del mercado laboral, la economía regional a finales del siglo XX y el modelo económico para el siglo XXI. Se han

presentado asimismo aproximaciones críticas a las obras de personalidades fundamentales en la historia de la región que cuentan con el reconocimiento nacional e internacional: Rafael Núñez, Pablo Flórez, Héctor Rojas Herazo y Ramón Illán Bacca.

Al programar el calendario de las Cátedras, se ha procurado, en lo posible, su coincidencia con esas fechas casi mágicas que despiertan el entusiasmo colectivo y fortalecen la identidad cultural como los carnavales en Barranquilla, el Festival de Cine de Cartagena, el Festival de la Leyenda Vallenata en Valledupar, las efemérides de las ciudades y los personajes sobresalientes, los eventos que convocan a toda la comunidad caribeña – tales como el 7º Encuentro de Escritores del Caribe Colombiano y el 9º Salón Regional de Artista, Zona Norte– en el Teatro Municipal de Sincelejo- y ciertos festejos universales como el mes de la mujer, en un empeño por acompañar el fervor festivo con la reflexión de altura, profundizar el goce y la celebración con el ejercicio de la lucidez.

Conscientes de que el contexto planetario y uniformador de la globalización exige formas de integración para salvar de su destrucción masiva a las comunidades regionales y nacionales que comparten el Caribe, la Cátedra del Caribe Colombiano se ha propuesto, mediante el estudio y la reflexión lúcida y la discusión sobre el acontecer de la región, colaborar en la defensa de sus intereses y propiciar una mayor integración con el país.

Al generar y estimular un espacio de discusión se ha pretendido, además, cambiar el estereotipo de la Costa y del costeño que han impuesto con afán dominador desde las criollas cumbres andinas: el Caribe como tropical territorio de canallas caníbales, reino regocijado de perspicaces piratas, paraíso de turistas turulatos de sal, sol, son y sexo en exceso, y el costeño como ser sentimental, sensual, sensible, sensitivo y sin seso que solo sabe vivir a flor de piel y destacarse en actividades individuales asociadas con el espectáculo, alérgico y ajeno al rostro adusto de la reflexión, ingenioso pero no sistemático, brillante pero superficial, inteligente pero inconstante, autor de notas y editoriales y columnas dispersas que nunca culminan en el edificio del libro.

Tribuna del conocimiento y las ideas sobre el Caribe colombiano, la Cátedra del Caribe busca igualmente rescatar la otra cara de la Costa, la tradición de la lucidez (soslayada por el centralismo) de los costeños críticos y reflexivos, entre los cuales figuran José Fernández Madrid, Lino de Pombo, Manuel María Madiedo, Juan José Nieto, Rafael Celedón, Diógenes Arrieta, Rafael Núñez, Candelario Obeso, Luis Carlos López, Adolfo Sundheim, José Félix Fuenmayor, Pedro María Revollo, Gregorio Castañeda Aragón, José Francisco Socarrás, Rafael Carrillo, introductor de la filosofía moderna en Colombia, Luis Eduardo Nieto Arteta, Julio Enrique Blanco, Alberto Assa, Elías Muvdi, cuyas obras han comenzado a ser reeditadas y revaloradas por las nuevas generaciones de estudiosos.

En lo concerniente a su metodología, la Cátedra ha combinado la conferencia magistral, el panel, la entrevista en público, la autobiografía, el testimonio, la audición comentada de grabaciones musicales y el concierto en vivo, con miras a establecer una fecunda relación entre diversas visiones y disciplinas, ciencias y artes, que al romper con los esquemas tradicionales, genere, a partir del diálogo auténtico, respetuoso de la pluralidad, un nuevo horizonte analítico.

Espacio para el encuentro, la reflexión y el debate civilizado de científicos e intelectuales, empresarios y artistas, los requisitos para participar en la Cátedra han sido la calidad, el rigor y la profundidad del conocimiento y la positiva incidencia en la transformación de la realidad regional. Consecuente con esta orientación, una de las tareas de la Cátedra del Caribe Colombiano ha sido mostrar las dotes intelectuales, el talento y las riquezas culturales de los habitantes de la región, para contribuir a desterrar los falsos estereotipos sobre su identidad.

En la Cátedra del Caribe Colombiano han participado: ponentes caribeños residentes en el exterior –el historiador Eduardo Posada Carbó, la economista y ex ministra Cecilia López Montaña, el médico Alejandro Jadad Bechara y el crítico de arte Eduardo Márceles Daconte-; estudiosos de otros países y de otras regiones del país que desde su área han hecho importantes aportes al conocimiento del Caribe: la historiadora María del Carmen Borrego Pla, las críticas literarias Sara González y Consuelo Posada, el geógrafo Francisco Avella Esquivel y el ingeniero y musicólogo Luis Antonio Bonilla; destacados investigadores y artistas del patio: la arquitecta Silvana Giaimo, los escritores Germán Espinosa, Jorge García Usta, Alvaro Miranda, Rómulo Bustos, Ramón Illán Bacca y Roberto Burgos Cantor; los compositores Adolfo Pacheco, Julio Oñate Martínez y Pablo Flórez, el pintor Cristo Hoyos, los cinéfilos y cineastas Marta Yances, Gonzalo Restrepo, Pacho Bottía, Heriberto Fiorillo y Luis Ernesto Arocha, los lingüistas María Trillos y Julio Escamilla, la historiadora Rafaela Vos Obeso, los profesores de literatura y críticos literarios Cristo Figueroa y Amylkar Caballero, los musicólogos Rafael Bassi, Mariano Candela y Julio Sierra Domínguez y el economista Alberto Abello Vives.

Como se trata de llevar el resultado de investigaciones a las zonas y sociedades objeto de su estudio, celo especial se ha puesto en la invitación y participación activa de diversos sectores de la población, en especial de la juventud, en cuyas manos está la real posibilidad de cambiar el destino de la región.

## UN INSOSLAYABLE PUNTO DE PARTIDA

La Cátedra se inauguró con la conferencia «Rafael Núñez: el Caribe colombiano y el orden nacional» a cargo de Eduardo Posada Carbó, en

la que se analizó el pensamiento del estadista costeño sobre el orden nacional, preocupación central de su obra y necesidad por excelencia de los colombianos.

Tras postular las tendencias federalistas, la fiebre electorera con su intenso calendario de elecciones, referendos y plebiscitos, el conflicto armado (la amenaza permanente de la guerra frente a un Estado débil para imponer la ley o desprovisto del monopolio legítimo de la fuerza que desembocaron en la pérdida de Panamá), la zozobra y la inseguridad dominantes y el desorden justificativo de la intervención de potencias extranjeras como circunstancias políticas y sociales afines entre la Colombia de la época de Núñez (la de los problemas generados por la constitución federalista de Rionegro de 1863) y la Colombia de hoy (la de la Carta de 1991), Posada Carbó consideró la conveniencia de reevaluar el ideario de Núñez y proyectarlo hacia el debate contemporáneo, separándolo de las ideas de Caro y mirándolo desde una perspectiva de largo plazo que contemple, por ejemplo, su incidencia en el pensamiento de la generación del Centenario.

Después de examinar el origen doble (externo: su experiencia en Estados Unidos y Europa; e interno: la Colombia anárquica y belicosa de la Constitución de Rionegro) de las preocupaciones de Núñez por el tema del orden, Posada se detuvo en las críticas nuñecistas a la Constitución del 83 (centradas en cuatro aspectos fundamentales) y en la lección más fecunda de su obra: el intento por remediar los males nacionales identificados mediante el rediseño de nuestras instituciones y la modificación, con apoyo en la moral católica, del universo valorativo de los colombianos. Se trataba, ante todo, de deslegitimar el discurso de la guerra civil, los llamados a las revoluciones y a la violencia, contraponiéndoles el discurso de la «paz científica», vista como el crecimiento económico, el progreso material, fundamentos de prosperidad y felicidad social, afianzados en fuertes bases morales que consolidaran el orden conquistado e hicieran posible la reconstrucción del país.

Preocupado por la estabilidad nacional, amenazadora de la soberanía, Núñez planteó la necesidad de edificarla sobre bases incommovibles: el restablecimiento del principio de autoridad alrededor de un gobierno vigoroso; la sustitución de las pretensiones soberanas de los estados regionales por la centralización del poder público; el fortalecimiento de las municipalidades; la dotación del ejército y el apoyo en la moral cristiana para afianzar los valores morales. Preocupación prioritaria, valor fundamental de la organización social, el orden, que abarcaba la política y la economía, no era para Núñez un fin en sí mismo, sino la condición básica, sin la cual no se podía ni construir una sociedad ni alcanzar la realización de otros valores como la libertad y la justicia, fundamentos a su vez del progreso material y de la soberanía nacional.

La visión de la compleja relación entre el orden y la libertad y la seguridad, planteada por Núñez como alternativa ante el sistema (de supuestas libertades) que, en el siglo XIX, había coincidido con un estado de guerra civil permanente y el reinado de la impunidad, se presenta como una respuesta digna de tener en cuenta ante el nuevo ciclo de violencia que hoy, de nuevo, aflige a los colombianos, mina el imperio de la ley y amenaza la unidad nacional. Con su ensayo, Posada Carbó no sólo confirma la dimensión nacional del ideario nuñecista, sino que simultáneamente sienta las bases para esclarecer el papel de la Costa Caribe en la edificación de la cultura política de los colombianos dentro de una tradición civilista y democrática y con una concepción de la nacionalidad ajena al dominio de la violencia.

La ponencia de Posada Carbó sentó la tónica de una saludable aproximación a nuestro pasado en busca de la herencia viva, de su contemporaneidad, de la vigencia de su legado, y no de la romántica remoción de deshechos gloriosos con su insano olor necrófilo o la apuesta imposible por la resurrección de un panteón justa y afortunadamente petrificado. Explicación del presente retomando el pasado y pensando en el futuro, el admirable texto de Posada Carbó cumple a cabalidad con las exigencias que José Carlos Mariátegui le formulaba al discurso del historiador para superar el lastre de una concepción pasadista de la historia: «La capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de sentir al presente y de inquietarse por el porvenir».

#### CRÓNICA DEL AÑO INAUGURAL

El primer año se inició y culminó con ponentes costeños traídos del exterior: el historiador Eduardo Posada Carbó y el médico Alejandro Jadad. En apariencia opciones contrapuestas, de las ciencias humanas a las ciencias naturales, la apertura y cierre de la Cátedra del Caribe Colombiano fueron, en realidad, momentos complementarios, puntos de aproximación y de encuentro de la Costa que queremos. Mientras la cátedra inaugural de Eduardo Posada Carbó, al indagar sobre el pensamiento del único presidente de Colombia nacido en la Costa cuyas ideas, ligadas al acontecer de finales del siglo XIX, mantienen una asombrosa vigencia, nos invitó a la revisión de nuestra herencia cultural, la última conferencia de 1999, a cargo de Alejandro Jadad Bechara «La salud y la educación en el Caribe colombiano a la deriva en la era de Internet», nos situó, de plano, ante los retos del futuro: ¿qué vamos a hacer los caribeños colombianos de cara al nuevo milenio para que la brecha que nos separa del mundo desarrollado –especialmente en la educación, la salud y la tecnología– no se ensanche mucho más? Entre estas dos cátedras magistrales, varios temas, todos abordados desde una perspectiva humanística, se dieron cita en la cátedra en 1999.

El 21 de abril en el Auditorio Miguel Arroyo de la Universidad Popular del Cesar, en Valledupar, el compositor y ensayista Julio Oñate Martínez presentó su ensayo «El acordeón: ciudadano errante del Caribe» en el que destacó la nobleza, humildad e inmensa capacidad para el diálogo de este instrumento musical europeo, las cuales le han permitido integrarse a las más diversas culturas, y sostener, en el ámbito particular del Caribe, una fluida comunicación con los instrumentos africanos e indígenas. Partiendo de un concepto amplio del Caribe que además de las islas, abarca por el norte hasta el sur de los Estados Unidos e incluye a México y al Caribe continental, Oñate Martínez esbozó una breve biografía del acordeón diatónico en su trayectoria por esta geografía, desde su llegada, en el siglo XIX, a la isla de Santo Domingo hasta nuestros días, en los que navegando en la ola del suceso internacional de la música vallenata, se ha extendido profusamente hasta lograr una reconquista de Europa.

La conferencia de Oñate Martínez, además de presentar el inventario exhaustivo, pero ameno, de los ritmos cuyo formato exige la presencia protagónica del acordeón, de las canciones famosas que en su vaivén de una región a otra parecen adquirir múltiples nacionalidades, de los intérpretes sobresalientes y de las particularidades en la ejecución del instrumento, planteó las fecundas y fraternales relaciones entre la música vallenata y la música de acordeón de países vecinos como Panamá y República Dominicana.

En este aspecto, al ampliar las perspectivas y las referencias para comprender, interpretar y valorar de manera mucho más profunda y universal la música de acordeón del Caribe colombiano, la conferencia constituye una importante contribución a su campo de estudios. Para explicar el auge actual del vallenato no basta con examinar sus raíces históricas, culturales y sociológicas y su evolución: es preciso asimismo calar en sus relaciones con el entorno musical del Caribe.

Por otra parte, la ponencia destacó a Colombia como el país americano donde el acordeón ha tenido mayor arraigo hasta el punto de convertirse en país fabricante de acordeones, si bien de un modo un tanto artesanal. Tan vasto ha sido el consumo comercial de este instrumento que últimamente, a manera de agradecimiento y homenaje, el fuelle de los acordeones de fabricación alemana viene con los colores de la bandera colombiana. Asimismo, la creatividad de los caribeños les ha permitido, mediante la figura de los arregladores, transformar la tonalidad original que el acordeón trae de la fábrica para introducirle otras, mucho más acordes con las características de los cantantes.

El texto de Oñate Martínez, en su rastreo de las afinidades entre la música caribeña y otras expresiones musicales con acordeón, trasciende el ámbito del Caribe y se remonta hasta las islas de Cabo Verde, en el sur de África, para hablarnos de un género musical cuya historia se parece en muchos puntos a la del vallenato: el «Funana».

En su conferencia, Oñate Martínez dejó planteados algunos interrogantes para los musicólogos caribeños, como la explicación de la casi total ausencia del acordeón en Cuba, pese a algunas grabaciones en las que su presencia es menos que secundaria. Por último, subrayó el papel del acordeón en la comunicación cordial entre los habitantes del Caribe, viajeros infatigables como él, y la gran función cumplida en la consolidación de una identidad regional en la diversidad, evidente en la múltiple respuesta musical de los habitantes del Caribe al reto europeo del acordeón.

El 20 de mayo en Santa Marta, Alberto Abello Vives, disertó sobre el tema «Economía y sociedad del Caribe de Colombia al finalizar el siglo XX». Tras la delimitación del área de su estudio y de la exposición de los criterios explicativos de la exclusión de las zonas de Antioquia y Chocó bañadas por el Caribe (desde Cabo Tiburón hasta Punta Arboletes, en la frontera entre Antioquia y Córdoba) cuyas estadísticas se incluyen en otros departamentos, Abello Vives desarrolló una evaluación puntual del impacto de la apertura económica en los diversos sectores de la economía regional.

Luego del estudio comparativo entre el comportamiento económico de la región en el periodo inmediatamente anterior y el correspondiente a la era de la apertura, implementada a comienzos de los 90, en medio de la euforia regional que veía en ella la panacea, el conferenciante afirmó que esta medida constituía una frustración más para el Caribe colombiano, puesto que al finalizar la década, la actividad económica mostraba un deterioro evidente en el proceso continuo de *desindustrialización* y *desagriculturización*, la desmejora considerable de las condiciones de vida de la gente, el colapso del empleo, tanto rural como urbano, el incremento de la pobreza, la persistente precariedad en la salud de los caribeños y en la cobertura educativa, y los servicios públicos deficientes.

Al examinar los determinantes fundamentales del atraso, Abello Vives descartó la hipótesis que lo atribuye a su gente, pues la existencia de destacadas figuras del empresariado, la ciencia, las letras, las artes, la música y el deporte, nativas del Caribe, refuta de manera contundente semejante argumento que es más bien un infundio. A juicio de Abello Vives, las causas del actual rezago económico y la pobreza de sus gentes se sitúan fuera de los límites geográficos de la región, en las falencias de los procesos de acumulación de capital y desarrollo del mercado interior colombianos y de la ubicación del país en la división internacional del trabajo. Si el norte de Colombia no está acondicionado en lo económico ni para la ampliación del mercado interior colombiano es porque la región no fue integrada adecuadamente a las principales actividades de la economía nacional y la producción regional no contó con las facilidades que el resto de Colombia para acceder a los mercados. En pocas palabras, han sido la política y las decisiones estatales las responsables del rezago relativo de la región: en el Caribe colombiano se dejaron de ha-



cer las inversiones que al integrarlo a los mercados del interior habrían podido desarrollarlo.

Por último, Abello Vives sostuvo que para entender los efectos de la apertura económica sobre la región, es preciso salirse del marco nacional y examinar el comportamiento de la economía mundial en la era de la globalización, puesto que las reformas adelantadas en Colombia durante los años noventa, causantes del decaimiento de la industria, la ruina del agro, el aumento del déficit comercial, el desempleo y la pobreza, no son ajenas al marco internacional.

Según el catedrático Abello Vives, el principal desafío para el Caribe colombiano en el siglo que comienza es el cambio de rumbo en la economía mediante un proyecto, que apoyado en cada uno de los sectores productivos y en el inmenso aporte de su olvidado mar, inserte a la región en un esfuerzo nacional aprovechando las ventajas de su localización. Tal proyecto es, por supuesto, muy distinto a la creciente inclinación por convertir a la región en la zona maquiladora de Colombia, un sistema que genera empleos, pero precarios, y no resuelve los problemas de pobreza y atraso de las regiones y ciudades, como lo evidencian las experiencias en Asia y América Latina.

Para la construcción del futuro del Caribe colombiano se requiere, de acuerdo con el director del Observatorio del Caribe Colombiano, de mucho conocimiento, no sólo de las experiencias históricas, sino también del contexto internacional en el que se inserta la región. La solución por seguir debe partir de la base de que se acabaron ya el pensamiento único, los dogmas y las recetas y existen, por el contrario, múltiples experiencias orientadoras para el replanteamiento del camino, que no puede seguir siendo el cierre de fábricas y fincas con la consecuyente y costosa pérdida del «know how» ni la privatización de la universidad pública ni el dejar prosperar la actual avalancha de universidades de baja o pésima calidad

Con el apoyo de la Dirección General de Enseñanza Superior e Investigación Científica del Ministerio de Educación y Ciencia de España, el 17 de junio, en la Biblioteca Bartolomé Calvo, en Cartagena, María del Carmen Borrego Pla, profesora titular del departamento de Historia de la Universidad de Sevilla, presentó su ponencia «Norma y Planimetría: tradición y pragmatismo en la Cartagena indiana del Quinientos».

Mirada cuidadosa a la trama urbana de Cartagena de Indias desde su fundación en 1533, la conferencia de Borrego Pla se centró en la compleja evolución de la ciudad desde su fundación provisional el 20 de enero de ese año, como «mero lugar de asentamiento» (pues no cumplía con los requisitos para el poblamiento), hasta su segunda y definitiva fundación el 1º de junio que, privilegiando sus inmejorables condiciones portuarias, la habría de convertir en un espacio mucho más estructurado, «capitalino».

Atenta a la historia de vida, a los factores sociopolíticos, geográficos y mentales inmersos en el universo jurídico del momento, mucho más que a los aspectos morfológicos, Borrego Pla examinó la transformación estructural del entramado residencial cartagenero para mostrar cómo la ciudad, sin perder sus raíces peninsulares, fue adquiriendo una identidad cada vez mayor.

En los comienzos de la Colonia, la administración española, desconocedora del marco geográfico diferente y lejano del Nuevo Mundo, no poseía reglas para el poblamiento y lo dejaba al criterio del conquistador. Pero para 1533 ya existía una legislación puntual, aunque dispersa, orientada a la adecuación, al escenario indiano, de las políticas pobladoras clásicas que debió conocer el Adelantado Pedro de Heredia. Si bien no hay mayores datos sobre el proceso fundacional, inicialmente en la planimetría pareció regir la fuerza de la tradición, pero pronto se pasó por encima de la legislación al emplear materiales de construcción no idóneos, hecho que se reveló en el incendio de 1552 cuando la ciudad quedó convertida en un cerro de cenizas. A raíz de la devastadora conflagración, surgió una extensa normativa municipal centrada en tres cuestiones fundamentales: la seguridad de los nuevos edificios, la perdurabilidad de sus materiales y el establecimiento por ley del precio de estos últimos. La omnipresencia del cabildo, máximo representante legal de los intereses ciudadanos, permitiría la reconstrucción en un periodo de crítica situación económica española.

La fiebre constructora se apoderó de la ciudad. Empezó entonces a vislumbrarse un perfil espléndido, pero la cartografía para ilustrar el proceso es tardía –de 1570 la más temprana– y escasa. Borrego Pla presenta y analiza un plano fechable entre el 94 y el 99, que permite apreciar la originalidad de la ciudad cartagenera ordenada en torno a dos espacios rectores de la actividad ciudadana, cada uno con dos plazas para fines específicos y complementarios. De un lado, la ciudad pensante, intelectual, la zona del poder civil y eclesiástico –la cruz y la espada–, el Gobierno oficial y la Catedral; y del otro, la zona marítima, el corazón económico, ámbito de tratos y contratos, con la Aduana Real como eje. En su análisis, Borrego Pla se detiene, a su vez, en los elementos sobresalientes en la arquitectura de la época, el patio, la claraboya, el balcón y el mirador que, a su juicio, constituyen signos reveladores de una construcción orientada hacia el exterior para mostrar el prestigio social de sus ocupantes. El ingenio de sus habitantes, que se sobrepuso a la falta de conocimientos técnicos, sería vital para superar la evidente indefensión, la precariedad defensiva que tanta zozobra generaría durante buena parte del XVI. Optando por fortificar no tanto el perímetro urbano como la bahía, merced nuevamente al empeño de sus habitantes, Cartagena de Indias habría de convertirse en una importante ciudad estratégica del entorno caribeño, coraza neogranadina y ojo vigilante de España en un mar poblado de piratas peligrosos como péfidas pirañas de agua salada.

El 19 de agosto, en Montería, en el Auditorio de la Universidad de Córdoba, el poeta y periodista Jorge García Usta presentó su trabajo, «Con Pablo Flórez, el juglar del Sinú», dividido en dos partes, ponencia magistral y conversación con el compositor. En la conferencia, García Usta evocó una fiesta en Bogotá, en la que un grupo de sinuanos se avergonzaba de su lengua y sus atuendos de río, como marco para destacar la actitud vital de Pablo Flórez, el gran sonero de Ciénaga de Oro, el representante más genuino de una cultura de la resistencia que nunca se ha dejado someter. Afincado en la geografía y la circunstancia de su tierra, sin mayor promoción publicitaria, confinado a las fiestas de la localidad, olvidado de los centros comerciales, víctima de la «equivocación regional», Pablo Flórez ha creado un mundo musical que se nutre de las imágenes de la vida cordobesa –el paisaje, las anécdotas, la comedia y las costumbres– a través del cual proyecta una ontología del ser sinuano.

Finalizada la ponencia, el conferenciante inició una cordial conversación con el compositor, acerca de los motivos de sus composiciones, la visión del mundo presente en éstas y sus relaciones con otras formas musicales locales y foráneas, en la que también intervino el público. Ilustrada con interpretaciones en vivo del propio compositor, la charla no sólo puso de manifiesto la autenticidad, la creatividad y el excelente humor de Pablo Flórez, sino ese permanente diálogo de tú a tú entre la oralidad y la cultura letrada que a lo largo de su historia, ha singularizado al Caribe colombiano en el panorama del país.

Presentado por el vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, en el Museo Nacional, en Bogotá, el 2 de septiembre, el escritor Germán Espinosa reflexionó en torno al tema «Caribe y universalidad». Escenario de sus obras principales, el mar Caribe constituye, para el novelista cartagenero, el *Mare Internum* de nuestro continente en el que confluyen las diversas corrientes, sangres y tradiciones de la cultura universal y donde se celebra la más vasta y espléndida de las fiestas posibles: la de la hibridación cultural. En el Caribe, epifoco de migraciones de libaneses, árabes, chinos, hindúes y judíos, se ha forjado una síntesis perfecta de la humanidad, un emplazamiento –universal por excelencia– de ciudadanos del mundo, por y para el mundo.

La universalidad cultural del Caribe se pone de manifiesto en la literatura y en la política. La aceptación dispensada, en ámbitos culturales tan diferentes al nuestro como el de los rusos, a la poesía de Luis Carlos López, constituye un ejemplo ilustrativo del universalismo caribeño, sobre todo si se contrasta con la escasa aceptación (a pesar del esfuerzo de connotados traductores), en otras tradiciones culturales, de producciones como la de Tomás Carrasquilla, presumiblemente por el peso agobiante de los particularismos regionales que las transforman en obras involuntaria y crónicamente crípticas.

La amplitud de la conciencia caribeña –comparable en su vastedad de espíritu con la que en el Cono Sur se presenta en la Argentina–, representada en el sueño panamericanista de Bolívar; la vida universalista de Francisco Miranda; la apertura de Andrés Bello al pensamiento de las diversas latitudes del mundo para incorporar nuestra América a la historia de las ideas; el deseo insaciable de José Martí, errante por América, de empaparse de todas las culturas del mundo; la dinámica de absorción de lo ajeno en beneficio de lo propio, difícil y dadivosa dialéctica del dar y del recibir presente en la poesía de Rubén Darío; la vocación cósmica de Pedro Henríquez Ureña; y la diseminación desmesurada del bolero dentro del continente y fuera de él, ha cobrado la fuerza de un destino.

Al final de su ponencia, el escritor cartagenero mostró su desaliento ante la reciente tendencia a la búsqueda del Caribe en el pasado prehispánico, recuperación de remotas ruinas que representan un parcial caudal del torrente sanguíneo caribeño y que implican una sustracción inmensa a la gran suma que es todo presente. Asimismo el autor de *La tejedora de coronas* reveló su inquietud por la creciente preocupación de los creadores caribeños colombianos por afirmar valores locales y pintorescos que reemplaza la antigua visión de conjunto y constituye no sólo una triste traición al destino histórico, sino una alarmante caída en un preterido patriotismo incubador de guerras multiplicadoras de la miseria.

El 16 de septiembre, en Sincelejo, en el auditorio de la Universidad de Sucre, el poeta e investigador del folclor Julio Sierra Domínguez en su cátedra «Fiestas del Caribe Colombiano» presentó un inventario de las fiestas de la región ilustrado con la representación de los principales bailes típicos de los departamentos del Caribe colombiano por el grupo de danzas de la Universidad de Sucre. En las numerosas fiestas que recorren de punta a punta el Caribe colombiano parece ponerse de manifiesto una actitud vital más ligada a la celebración y el goce que a la violencia y a la queja.

El 26 de noviembre en la Sala Cultural del Banco de la República en San Andrés, el geógrafo Francisco Avella Esquivel presentó su ensayo «Bases geohistóricas del Caribe colombiano» que, además de indagar acerca del contenido y la forma del Caribe colombiano, plantea, desde la geohistoria, las relaciones tanto internas como externas que estructuran la región. Después de esbozar un panorama histórico del Caribe a partir de la equivocación del «descubrimiento», pasando por su papel crucial en la economía mundial desde la época del imperialismo español hasta la apertura del Canal de Panamá, cuando el Caribe se convierte, para los Estados Unidos, en centro geoestratégico cuya importancia, consolidada en la Segunda Guerra Mundial, se minimiza al terminar la década del 70, ante el avance arrollador de los dragones asiáticos del Área Pacífica y los efectos del cambio político posterior a la caída del Muro de Berlín

que valora las regiones por su capacidad competitiva y comercial y no en términos de estrategia bélica.

El texto de Avella Esquivel establece los límites de la región Caribe de Colombia a través de la historia; examina las variaciones conceptuales del término y el sentido que se le ha conferido internamente en el país –que de manera errónea lo ha visto como costa Atlántica–; critica tanto la falta de visión hacia fuera de nuestros gobernantes –que no entendieron la importancia geoestratégica que Simón Bolívar visionó para la región desde la «Carta de Jamaica» y con deshonrosa desidia han cedido extensos territorios– como el olvido del mar y de las islas por parte de los más prestigiosos historiadores actuales; y postula las categorías por considerar para su adecuada definición: el medio natural y sus condicionamientos sobre los procesos de poblamiento y en la definición de áreas culturales; la organización espacial (primordialmente urbana) de la región; el sentimiento de pertenencia a la nación; las posiciones en relación con el país (el integracionismo, la autonomía y la propuesta insular de San Andrés como estado libre asociado); la cultura compartida y la difícil aceptación por la comunidad nacional que no ha entendido su sentido como pueblo ni su importancia como región de frontera.

Por último, Avella Esquivel postuló la idoneidad de la geohistoria como el método para explicar cabalmente la región (cuyas raíces se encuentran en el contexto cultural, ideológico y social más amplio del Gran Caribe) y resarcirla del papel trivial que le han asignado, en sus discursos retóricos, los inventores de la historia patria heroica que, preocupados por el pommerizado recuento de hechos de talante épico y por la exaltación grandilocuente de ciertos personajes de estirpe andina, separan a la geografía de la historia, y no explican qué ha pasado en el espacio definido de la región como sujeto de la historia ni perciben la presencia de constantes y permanencias en el tiempo largo ni atienden al proceso de diferenciación que ha hecho del Caribe colombiano una región específica y múltiple. Para el conferenciante, la aprehensión del Caribe desde la geohistoria nos ayudará a comprender mejor este país diverso que es Colombia y contribuirá a superar el fracaso que ha sido y es la inconclusa empresa de construcción de la nación colombiana.

## ESTA EDICIÓN

Reunimos en este primer volumen de memorias de la Cátedra del Caribe Colombiano 17 de las 34 cátedras que se han realizado desde su instalación el 11 de marzo de 1999 hasta el 29 de junio de 2000.

Por diversas razones no figuran aquí cátedras realizadas con anterioridad al límite temporal señalado para este primer volumen de las memo-

rias. Las de la arquitecta Silvana Giaimo «Cartagena sobreviviendo la crisis» y la del economista Javier Báez, «Determinantes del mercado laboral en Cartagena y Barranquilla», ligadas a los proyectos de investigación del Observatorio del Caribe Colombiano, ya figuran en las ediciones correspondientes a los proyectos adelantados por esta institución.

La audición musical comentada de Mariano Candela, Rafael Bassi, Luis Antonio Bonilla y Julio Oñate Martínez «Audición de incunables de música popular del Caribe colombiano», la entrevista en público acompañada de concierto en vivo de Jorge García y Pablo Flórez, «Con Pablo Flórez, el juglar del Sinú» y el hábil manejo del «hipertexto» (texto que se manipula a través de un computador), en la dinámica exposición, plena de informaciones y de sugerencias, de Alejandro Jadad, «La salud y la educación en el Caribe colombiano a la deriva en la era de Internet», cátedras que adoptaron metodologías distintas de la conferencia magistral, son de imposible reproducción en este libro. No obstante, de todas estas espléndidas experiencias se conserva el registro visual en los archivos fílmicos del Observatorio del Caribe Colombiano.

Quedan asimismo por fuera dos textos, pertenecientes a obras en marcha que aun no llegan a su redacción definitiva: el ensayo de Cristo Figueroa que sirvió de luminoso marco teórico e histórico al trabajo de Cristo Hoyos, «Las mujeres de Sahagún 1900-1999» y el de Eduardo Márceles Daconte, «Las artes visuales en el Caribe colombiano», que forma parte del proyecto de investigación ganador de la beca para investigadores otorgada por el Observatorio del Caribe Colombiano.

De seguro muchas de las que ahora no figuran, lo harán en el segundo volumen de la Cátedra, pero todas las que están constituyen, sin duda, un aporte a la reflexión sobre el Caribe. La ordenación que le hemos dado a estas memorias no es cronológica, sino temática. Las cátedras se agrupan en torno a tres grandes ejes: el histórico, el socioeconómico y el cultural.

## HISTORIA

Las cátedras en torno a la historia constituyen el grupo más numeroso; incluso, muchas de las otras cátedras, si bien no se ubican dentro de esta disciplina, manejan su metodología: por ejemplo, las de Marta Yances, María Trillos, Julio Oñate Martínez y Adolfo Pacheco. El hecho parece obedecer a una saludable concepción del Caribe no como esencia, sino como proceso. Quizá responde también al estado muchas veces iniciático de nuestros estudios en determinadas áreas que exige la descripción de panoramas, el planteo de líneas, el señalamiento de puntos de tensión. Este rasgo constituye, junto con el espíritu humanista predominante, la afinidad mayor de todas las cátedras.

Dentro de este grupo, el texto de Avella Esquivel cumple una función muy precisa que nos mueve a colocarlo en el umbral del primer apartado de este libro, pues además de situar geográfica e históricamente la región, expone el marco epistemológico y propone, para el estudio del Caribe colombiano, la sugerente metodología de la geohistoria como camino conveniente para un acercamiento coherente y sistemático que supere el anacrónico y repetido error de llamar Costa Atlántica a este litoral y a estas ínsulas visitadas por las rumorosas olas del mar Caribe. Avella, por otra parte, postula una categoría funcional, por su carácter abarcador, para los estudios de la región: la «caribidad», en reemplazo de la «costeñidad» excluyente, apta para la discriminación y el afán de dominación de ciertas subregiones.

En este apartado domina la historia de las mentalidades. Todos los historiadores tratan de leer en los períodos de la historia una manera singular de ver el mundo. Borrego Pla, por ejemplo, lee en un mapa de la Cartagena anterior a las murallas la vida política social y económica de los indios, su manera de pensar oscilante entre el apego paralizante a la tradición y la dinámica desafiante del pragmatismo. Borrego Pla extrae de ese documento de la historia de Cartagena de Indias en el siglo XVI una lección de creatividad y de superación: cómo ante los retos inclementes del clima y la débil economía, los cartageneros lograron otorgarle a la urbe colonial recién fundada un perfil particular que transgredió el orden y la norma con que los españoles estructuraban sus asentamientos. Simultáneamente, al examinar la distribución de la ciudad y los elementos dominantes de su arquitectura, Borrego Pla descubre la presencia de unos valores y de ciertos hábitos tanto ideológicos como sentimentales.

El excelso ensayo de Germán Espinosa postula una constante del comportamiento caribeño a lo largo de la historia de su cultura: la universalidad. Este saludable rasgo que unifica, aunque no uniforma, el modo de ser y de actuar de algunos de los hombres más representativos del Caribe colombiano y del Gran Caribe –Bolívar, Miranda, Bello, Martí, Darío, Núñez, Henríquez Ureña y los cálidos compositores de boleros–, no obstante, en nuestros días, en Colombia, según nos advierte Espinosa, parece en peligro de extinción debido a la impenitente y hasta tonta práctica de cierto regionalismo rastrero.

El texto de Posada, orientado hacia la historia de las ideas políticas en el país, postula la existencia en el pensamiento de Rafael Núñez de una vocación caribeña por la paz, que invita, en las desgarradoras circunstancias actuales de Colombia, a revisar de manera crítica y desapasionada, las ideas del ex presidente, con la seguridad de encontrar suscitaciones que sería craso error ignorar.

El análisis, en este apartado, de la situación económica de la región caribeña de Colombia a finales del siglo XX revela que la adopción acrítica de los modelos económicos foráneos ha traído consigo la sucesiva frustración de las esperanzas regionales de acceder a un nivel de vida, decoroso para la mayoría, con igualdad de oportunidades, y con la posibilidad de dialogar, desde una posición digna, tanto con el centro como con las otras regiones del país, la cuenca del Gran Caribe y el resto del mundo.

Balance y palinodia del modelo económico de apertura cuyos modestos resultados revelan su fracaso irrefutable al reafirmar el rezago regional en el salvaje contexto de la globalización, los ensayos de Abello Vives «La realidad regional al final del siglo XX» y de López Montaña «La región Caribe y la discusión internacional sobre el modelo de desarrollo económico», se complementan tanto en su metodología, que se apoya en el pensamiento relacional (la región no puede estudiarse de manera aislada sino en sus múltiples relaciones con el resto de Colombia, la cuenca del Gran Caribe, Latinoamérica y el mundo) como en su visión crítica de la economía de la región en la última década del siglo XX –una década perdida en que hicieron metástasis males subestimados–, y en la presentación de una prospectiva: América Latina ha llegado a la mayoría de edad tras un siglo convulsionado y es preciso pensar en un nuevo modelo de sociedad y no en un modelo de desarrollo con el revaluado economicismo de puros indicadores de los 90. Los dos ensayos proponen el regreso a una renovada economía política que piense el crecimiento en relación con el desarrollo humano y la capacidad de convivencia social, al tiempo que precisan cómo la Globalización no es un modelo de desarrollo sino un modo de interrelacionarse en la era de Internet.

Si la economía colombiana se rajó en la década de los 90 como sostiene Abello Vives, para López Montaña el Caribe perdió su vocación como región, puesto que no fue ni centro turístico ni alimentario, colapsaron sus líderes tradicionales y para rematar, pasó de ser un piélagos de paz a convertirse en un foco beligerante plagado de sórdidos y pavorosos protagonistas. Para López Montaña, el proceso de paz que se ha iniciado en Colombia es la gran oportunidad para replantear el país, para impedir la imposición de modelos extranjeros, y asumir por fin un pensamiento propio. Los dos textos revelan, por lo demás, el alto nivel de la reflexión en el ámbito de la economía en sus relaciones con la sociedad.

### MODELOS DE MUJER, MARGINALIDAD Y MODERNIDAD

Rafaela Vos Obeso, Álvaro Miranda y Cristo Hoyos confluyen en torno a uno de los ejes de la vida caribeña: la mujer en su polifacético papel protagónico. Textos también complementarios, mientras los dos prime-



ros se ocupan de la mujer en la transición de Barranquilla, ciudad capital, de villorrio a ciudad, el último se concentra en el caso de una ciudad intermedia de gran empuje cultural, Sahagún. En tanto que Vos Obeso examina el tema desde el fin de la Guerra de los Mil Días y la fuerte oleada de inmigración a comienzos del siglo XX hasta la caída del gobierno conservador en 1930, Miranda mira desde 1871 hasta 1940, con algunas alusiones fugaces a la década del 60. Cristo Hoyos, por su parte, abarca todo el siglo XX con algunas navegaciones de regreso a la época prehispánica y a la Conquista.

Tanto Rafaela como Miranda se interesan por la manera como se han transformado los comportamientos del hombre, la experiencia de lo masculino y lo femenino y sus imaginarios, los valores, las creencias, las costumbres, las normas y las sanciones en su relación con los cambios en los órdenes económico y social. Los dos descubren, cada uno a su manera, los ritmos disparejos de la economía, la industria y el comercio y la evolución de las mentalidades. Mientras que, de manera vertiginosa, Barranquilla pasa de ser un pueblo grande y arenoso (invadido de vacas y burros y vendedores ambulantes de agua, fritos y frutas, insalubre villorrio de casas de paja de altos sardineles, asolado por enfermedades contagiosas y raudos arroyos), a convertirse en una ciudad moderna (con tranvía, calles pavimentadas, terminal marítimo y fluvial, empresa de aviación, fábricas de hielo, jabón, fideos, aceites, velas y licores, templos y bancos, hospitales y asilos, radio y prensa escrita, clubes sociales y avenidas elegantes), un conflicto cultural le imprime a la vida de la urbe un fuerte dinamismo: el choque entre el desarrollo y el avance industrial y los valores morales que, al amparo de la Constitución nuñecista del 86 han quedado en manos de la Iglesia Católica y sus instrumentos de represión rigurosa que rigen las lecturas, las películas, el vestir, la ética, la educación, los textos escolares, los maestros, los contenidos académicos y los imaginarios culturales.

La historiadora Rafaela Vos Obeso describe y analiza, dentro del hogar, los rituales amorosos tradicionales en los que recae sobre la mujer el peso atávico de la virginidad vigilada, el papel subalterno, la práctica del servilismo, la docilidad, el sufrimiento, el pudor y el recato. Más adelante examina la calle como el reino de la transgresión, en el que la sociedad encuentra, con frecuencia de manera trágica, el enfermizo equilibrio al que la conducen las férreas normas represivas. Ámbito cotidiano de las trifulcas y los chismes, los piropos obscenos y las golpizas por amor, los raptos y las fugas, las serenatas escandalosas y las agresiones, las amantes y las hetairas, las brujas y los fantasmas, las espiritistas y las gitanas adivinas, la calle es el escenario en el que se gestan los cambios en las prácticas y costumbres amorosas, en un tiempo de larga duración, posterior al tiempo corto de las transformaciones infraestructurales.

El poeta y novelista Álvaro Miranda recrea momentos clave en la crónica de la ciudad que permiten leer entre líneas la mentalidad dominante,

tales como el duelo a muerte por intereses claramente comerciales (que contrastan con las disputas por motivos metafísicos o gazapos gramaticales que se daban en la capital); en 1882, entre Francisco Cisneros, el chambón ingeniero cubano al que se le caían todas las obras, y Rafael Salcedo Campo, joven tarambana de alta alcurnia, o la invitación que en 1893 le cursa el mismo Cisneros al expresidente Núñez para asistir a la inauguración del muelle de Puerto Colombia que Núñez declina, pese a las garantías y comodidades que se le ofrecen, en un gesto que alegoriza, para la mirada de Miranda, la negativa de la amurallada sociedad cartagenera, paralizada en la nostalgia de un pasado heroico, a inaugurar o legitimar el presente y su nueva mentalidad adicta a la producción, las mercancías y el dinero contante y sonante, encarnada en Barranquilla, ciudad de hierro, cemento y piedras sin pedigree, que, procerca e inmortal, daba su voz y su músculo al progreso.

Se asoma asimismo Miranda con ojo avizor a episodios, pintorescos pero significativos, de la vida cotidiana colombiana: la dispepsia de Marco Fidel Suárez; el hijito bobo y usurero de Rafael Núñez; las primorosas exposiciones y primeros premios a los tiernos trabajos manuales de los colegios de las distinguidas señoritas de la alta sociedad; la usanza embelequera de cuellos almidonados, corbata con chaleco y saco cerrado a 38° a la sombra; los discos de moda; la medicina de la gente decente; el carnaval de la gente sudorosa; la oleada de inmigrantes de los años 20, con «la sabrosura de las mujeres tristes de vida alegre de Europa y del Caribe» vomitadas por el ocaso de la Primera Guerra, concedoras del amor de otros puertos y de otras formas mucho más refinadas de seducción, que inventaron, con apoyo en el crecimiento de la ciudad y el progreso, la necesidad nueva del sexo pago y el intermitente titilar erótico de los foquitos verdes y rojos del aseado pero nada asiático barrio Chino; las didascálicas despedidas del año escolar en la academia de amor de la candelosa negra Eufemia; la sucesiva sustitución de las prostitutas internacionales por el ejército taciturno de mujeres interioranas desplazadas por las viles vicisitudes de la violencia política; todo con el fin de mostrar cómo la modernización y la vida urbana desplazaban morosa pero implacablemente los hábitos de la vida provinciana vigentes en la arenosa Barranquilla de finales de los 30.

Cristo Hoyos, por su parte, emprende un ejercicio investigativo recomendable por su perfil positivo para el resto de los municipios de la región y del país en estos instantes de intensa y torpe violencia: la recuperación de la memoria histórica y cultural, la redefinición de los procesos locales y regionales orientada hacia la reconstrucción de identidades, a partir de la valoración de los aportes de 25 mujeres de Sahagún que en el siglo XX contribuyeron de manera definitiva a la historia cultural de la población. Leído en el marco de un homenaje a la mujer y como texto acompañante de un afiche con las fotografías de las 25 mujeres sobresalientes, el texto del pintor Cristo Hoyos despertó una franca y cordial corriente emocional que se explica por su gesto, poco frecuente entre

nosotros, de reconocer los méritos de los otros, por muy modestos que estos sean.

## VOCES

Concibiéndola en su más amplia acepción, que abarca tanto los aportes de las diversas disciplinas de las ciencias humanas como los de la sabiduría popular, la Cátedra del Caribe Colombiano ha prestado especial atención a la cultura como elemento definitivo y definitorio de la identidad de la región Caribe colombiana. En este campo el recorrido, amplio, aunque insuficiente –apenas comenzamos–, revela la existencia de una tradición de gran desarrollo investigativo.

Encabeza este apartado el texto fundamental de la lingüista María Trillos quien indaga con gran solvencia en el conjunto lingüístico del Caribe, más allá de las lenguas amerindias. La investigadora estudia el devenir histórico de las lenguas a partir de 1499, cuando la llegada de los conquistadores españoles al Cabo de la Vela, procedentes de Venezuela, produjo el choque brutal entre la invasora cultura indoeuropea y las culturas autóctonas amerindias. Mirada retrospectiva y prospectiva a partir de un minucioso rastreo bibliográfico por la historia (desde los cronistas clásicos) y con apoyo en el trabajo sistemático de arqueólogos, antropólogos, lingüistas, geógrafos e historiadores, María Trillos se propone el estudio de las lenguas y culturas de la región en su relación con los procesos sociales y políticos. Viaje de ida y vuelta por el pasado, el trabajo de Trillos Anaya examina, en un principio, la leyenda medieval europea sobre América y el Caribe y su confrontación con la realidad encontrada; se detiene en la historia basta de la masiva extinción de lenguas indígenas y africanas para desembocar en el polifónico Caribe de hoy, complejo cultural que conserva ese universo esencialmente plurilingüe que modela la interrelación de los hablantes.

## SONES

Uno de los elementos aglutinantes de la identidad caribeña en general es la música. Ser caribe, se ha dicho, es una cierta manera muy rítmica de hablar, bailar, comer, rezar o caminar cuyo origen está en la mágica música primordial. Alejo Carpentier y Luis Rafael Sánchez coinciden al afirmar que el Caribe se oye, suena, es música de mar, de brisa y amalgama de ritmos afroamericanos. A través del estudio de la música es factible conocernos mejor a nosotros mismos y entender nuestra manera de ver el mundo.

Lamentando no poder incluir la audición musical orientada por Rafael Bassi, Julio Oñate Martínez, Luis Antonio Bonilla y Mariano Candela, quienes deleitaron al público con versiones originales de la producción de los pioneros de la música del Caribe colombiano en el comienzo de las grabaciones –la parranda de Angel María Camacho y Cano, «Por lo bajo», de 1929, primera canción grabada en acetato de la música caribeña colombiana, cuya génesis se remonta a los bailes cantados de la zona ribereña, el fandango de José Pianetta Pitalúa «Me picó», la versión en jazz con formato de banda de la inmortal pieza de Antonio María Peñalosa «Te olvidé», la voz de Totó La Momposina interpretando la cumbia «Dos de febrero» de Francisco «Pacho» Covilla, una versión de «El helado de leche», la guaracha «Mango´e candela» del célebre «Cantina», la grabación primigenia de «Me voy pa Cataca» de José María Peñaranda con el acordeón del olvidado soledero José Miguel Cuesta, papá de las grabaciones con acordeón en acetatos–, al tiempo que demostraron, una vez más, que «lo único mejor que la música es hablar de música».

Presentamos aquí las conferencias de dos compositores consagrados y a la vez, insignes investigadores de la historia musical de la región, atentos respectivamente a las direcciones centrífuga y centrípeta de nuestra producción musical: «El acordeón: ciudadano errante en el Caribe» de Julio Oñate Martínez y «Vallenato sabanero» de Adolfo Pacheco Anillo.

En su riguroso recuento histórico del largo viaje del acordeón por la geografía del Gran Caribe y más allá, Julio Oñate Martínez nos revela nuestras afinidades con otras manifestaciones musicales de la región, esa interminable marea de intercambios sonoros que no excluye la singularidad.

Por su parte Pacheco Anillo trata un punto delicado en la historia de nuestra cultura: cómo la música, elemento de identidad y de unión, puede volverse, a su vez, vehículo de opresión y antropofagia subregional. En su ensayo, (que esperamos con ansiedad sea el primero de una larga serie), Pacheco puntualiza los elementos explícitos e implícitos en la expresión «vallenato sabanero», al tiempo que recalca la riqueza musical de esta zona cuya creatividad incesante cuenta con una tradición de varias generaciones, rebeldes a dejarse reducir a los cuatro ritmos canónicos propuestos por los pontífices (prestigiosos y pomposos, pero, por supuesto, postizos) del vallenato.

## LETRAS

En la introducción a su trabajo, «Los versos tradicionales de la depresión mompoxina en el conjunto del Romancero», que forma parte de una investigación interdisciplinaria sobre el bestiario de Mompox, Consuelo Posada Giraldo nos contó la sorpresa de los investigadores

antioqueños al apreciar el afecto por los animales en esta región del país, en la que las gentes conviven con especies no usuales –venados, ardillas, pisingos, goleros– como si fueran seres humanos.

Tras examinar la influencia de la tradición oral española en la forma –métrica, rimas– y el contenido –temas y situaciones– de la producción poética de tipo oral-tradicional latinoamericana, Posada Giraldo destacó el papel de la población afroamericana, por encima de la indígena, en la inicial apropiación de las canciones españolas de tradición oral –romances, coplas, villancicos, retahílas, cantos de cuna, adivinanzas– y en su posterior reelaboración para adaptarla a las circunstancias americanas con sus vocablos, situaciones y lugares peculiares, generando una nueva tradición que vive, como tal, en la diversidad de sus variantes. Aunque todavía se encuentran coplas de Mompox que repiten sin variación las encontradas en otras partes de Colombia, también es posible apreciar la reelaboración regional de los cantos infantiles en los que el uso de versos tradicionales se liga a los concretos contextos caribeños. No obstante, vinculados a bodas, fiestas, carnavales y otras ceremonias, la mengua de algunas de estas celebraciones colectivas ha incidido en la pérdida de la memoria colectiva que atesoraban los cantadores y cantadoras de vaquería y otras coplas populares y amenazan con la desaparición definitiva de la tradición misma.

Conscientes de la significación un tanto soslayada por los estudiosos, la Cátedra del Caribe Colombiano ha querido contribuir, en su segundo año de existencia, a la reivindicación de la obra artística de Héctor Rojas Herazo. Con esta finalidad se invitó a dos investigadores: al joven aunque veterano poeta Rómulo Bustos Aguirre, y al novel pero talentoso profesor Amylkar Caballero de la Hoz, para que desde sus perspectivas particulares nos iluminaran la producción del maestro.

Amylkar Caballero en su ensayo, «Visión caribe del mundo en *Desde la luz preguntan por nosotros*», leído en el marco del VII Encuentro Regional de Escritores, desde la perspectiva sociocrítica de Edmond Cros, inserta en su contexto social, político, cultural e ideológico el discurso poético del tercer libro de Rojas Herazo y señala su diálogo crítico, en abierta divergencia, con el discurso oficial. A juicio del conferenciante, la obra de Rojas Herazo, mediante la utilización del tono acre, mordaz y profanador de la parodia, pervierte y subvierte el discurso político y religioso de los 50 –conservador y católico– caracterizado por su índole dogmática, represiva y excluyente, y, de manera simultánea, desnuda el autoritarismo y la incitación a la violencia encubiertos en los textos canónicos de arzobispos y ex presidentes conservadores.

Asimismo frente al aislamiento, la discriminación y el olvido de la región Caribe impuestos por un gobierno centralista, Rojas Herazo produce un discurso de contracultura que se opone al conformismo y la adaptabilidad y se inscribe en la tradición, nacida del aislamiento del Caribe co-

lombiano como consecuencia del relevo del río Magdalena como eje de la comunicación del país. En este libro de Rojas Herazo cuyo discurso poético privilegia lo escatológico y excremental como elementos en los cuales se encarna una visión del mundo en la que el cuerpo, el instinto y la libertad cuentan de manera esencial, Caballero de la Hoz percibe una afirmación de lo Caribe.

En el marco del mismo Encuentro de Escritores, Rómulo Bustos Aguirre presentó su trabajo «El Caribe purgatorial de Héctor Rojas Herazo o la imaginación del fuego», en el que indaga en la seducción que las imágenes del fuego ejercen sobre la imaginación de Héctor Rojas Herazo. El poeta Bustos rastrea en la obra narrativa, poética y pictórica de Héctor Rojas Herazo las figuraciones del fuego y descubre que en ellas se anudan lo existencial, lo geográfico y lo histórico-cultural para inscribir, sobre la superficie elusiva y enigmática del Caribe, una lectura purgatorial del hombre y su geografía. Según Bustos, la noción de geografía es fundamental en la poética de Rojas Herazo (en la que, por ejemplo, el patio se convierte en un microcosmos), y cumple la misión múltiple de invocar una cultura, una historia y una circunstancia que le han sido impuestas con ferocidad al habitante, quien tras absorberlas por sus sentidos y su intransferible subjetividad, las digiere y proyecta estilísticamente en creaturas que condensan la significación de seres y cosas sometidos a una incesante insolación.

El sol (horno, fogón, hoguera en lo alto) símbolo de nuestra geografía, referencia privilegiada, despojado del halo balsámico visible en poetas solares como Andrés Bello, se vuelve en Rojas Herazo un ser inclemente y devastador que se erige como centro de un clima geográfico (exterior, físico: el vehemente verano en que habita el habitante) y existencial (interior, emocional: la calcinante culpa que habita al habitante) en el que el hombre caribeño experimenta el tiempo de un modo doble y complementario que remite al discurso bíblico en sus modulaciones mosaica y cristiana. En diálogo (inquisitoria, negación, alegato, rechazo, absorciones) con ese discurso, desde un impulso intensamente subjetivo, Rojas Herazo construye su visión del hombre y del Caribe (a partir de la incorporación de su historia, geografía y cultura), alrededor de un eje vital-estético de filiación fáustica que carga de sentido las imágenes ígneo-luminosas.

Tras postular la compenetración temática de la obra de Rojas Herazo en los diversos géneros cultivados (hasta el punto de que un poema de 1952 puede ayudar a la exégesis de una novela de 1967 y la pintura reitera tópicos de la producción poética y narrativa al tiempo que los ensayos proyectan luces sobre la obra entera), Bustos Aguirre afirma que la recurrencia de lo ígneo en los personajes cumple una función existencializadora que tiene dos modos. Uno desrealizador, que los vuelve vanos fantasmas, subrayando una idea obsesiva de Rojas, la esencia fantasmagórica de la vida. De manera paradójica esta volatilización de la realidad se efectúa mediante un estilo exacto, detallista, descriptivo y

plástico que intenta fijarla a través de la prolongada proliferación neobarroca. La otra función que cumplen las reiteradas figuraciones del fuego se asocia con el gran tema de la obra de Héctor Rojas Herazo: el tiempo visto como duración y como perdurabilidad.

Por un lado el fuego representa al tiempo devorador relacionado con el afantasmamiento. Los personajes arden doblemente consumidos por el fuego en que se entrelazan: el arder exterior como biología, materia en el tiempo, y el arder interior del ser en tanto que sujeto de pasiones (con sus corolarios de goce y sufrimiento: consunción y aferramiento tenaz a la vida) que se consume en el fuego moral de la culpa. El ánimo en pena o alma del purgatorio (de amplio arraigo en la imaginería popular) medular en la construcción de la meditación existencial de Rojas Herazo, es la imagen privilegiada para la representación del ser humano errante, falto de sosiego, pero asido agónicamente al mundo, en su proceso de purificación por el fuego con su ambivalente promesa de salvación. En la producción poética, un pasaje significativo de esta imaginería del fuego está representado en *San Lorenzo achicharrado*, hipóstasis de la condición humana consumida entre dos fuegos: el de las llamas y el de la luz de la lucidez, supremo martirio, sumo incendio sin agua apagadora. En este tiempo purgatorial la criatura humana es conciencia sufriente de su expulsión del Paraíso y de su destino efímero de relámpago y sueño en un mundo incomprensible en el que Dios está ausente u oculto de manera provocadora, insultante para el hombre desterrado que se rebeldiza contra la luz divina del ángel, acepta la condición corporal-temporal y renuncia a toda ulterioridad trascendente.

Pero en Rojas Herazo no se da solo ese tiempo purgatorial de la separación, de la soledad insalvable de la culpa en que viven o penan los personajes –orfandad, soledad, estupor y exilio– que, por otra parte presenta una relación significativa con el discurso bíblico mosaico con su Dios terrible, castigador, imagen autoritaria, masculina, del padre. Se da asimismo un tiempo complementario, ímpetu de perduración, nostálgico del fantasma de la luz otra: el tiempo epifánico con sus fulgurantes instantes de piedad y comunión que redimen al hombre de su existencia precaria y fantasmal, tiempo de salvación y milagro en que se anulan las distancias, los personajes se rescatan mutuamente, encuentran un sentido al sufrimiento por el mecanismo amoroso de la compasión, del acercamiento al otro y, más allá del horror, la furia, el temor, la equivocación y el absurdo, abren brevemente las ventanas que permiten trascender la individualidad aisladora. Este tiempo salvador se relaciona con el discurso bíblico cristiano, amoroso y femenino.

En el discurso poético de Rojas Herazo, la religiosidad se transforma en una dimensión ético-estética fundada en la palabra en cuyos extremos están el escritor en el ejercicio de la compasión centrado en el hombre, el entorno, la geografía, la cultura, la historia, y el lector en su comunión con la obra, eucaristía profana. Ambos, pues, escritor y lector, se

salvan por la palabra y salvan, a su vez, la realidad. Al nombrarla, al narrarla, al otorgarle un lugar perdurable en la imaginación del lector, el poeta, situado en un sitio específico del planeta, calcinado por infinitos veranos, con su compasión centrada en el hombre y su paisaje, el Caribe, afirma su pertenencia y rescata por intermedio de la palabra creadora, genesíaca, una geografía y una cultura, un mar, un patio y un clima.

Gracias a su lectura simbólica del fuego como elemento estructural de la existencia y la geografía del Caribe, representación del purgatorio, el poeta Rómulo Bustos nos revela el talante reflexivo, filosófico, existencial de la obra de Rojas Herazo que contradice el estereotipo turístico del Caribe vivaz y alegre.

En Santa Marta, en el hemicycleo del Museo Bolivariano, la crítica literaria puertorriqueña Sara González leyó su ensayo «El oído del lector: la obra narrativa de Ramón Illán Bacca» en el que examina los vasos comunicantes entre ficción y periodismo, entre imaginación e investigación, en las crónicas, los ensayos y las novelas del autor samario, los cuales se fundan en la común noción acerca del carácter inestable de la verdad.

Sara González mencionó, inicialmente, el ejemplo de los hermanos Grimm, los cuales abrieron la historiografía a la consideración de las narraciones orales –fábulas, mitos– como documentos de la memoria de la cultura popular; más adelante, consideró los planteamientos de los pioneros de la nueva historia, los fundadores de la revista *Anales*, críticos de la anacrónica historia narrativa a la que veían como una estrategia de representación ideológica, en contraposición de la cual, con base en mediciones económicas y geográficas, hicieron de la historia una ciencia de las series y las continuidades; y luego, se detuvo en la concepción histórica de Foucault que, apartándose de la noción instrumental del documento como perteneciente al pasado, lo considera como la ley de lo que puede ser dicho, y lo elabora, le da vida, no para fijar la memoria de lo mismo, sino para la constitución de la diferencia.

La obra de Ramón Bacca presenta, a juicio de la profesora González, una base historiográfica cuyos soportes no son los tradicionales documentos y monumentos, sino los nuevos archivos, la fotografía y las imágenes audiovisuales del cine, documentos que al registrar la vida moderna ejercen efectos sobre la imaginación y las identidades y permiten el estudio de la manera de adoptar la modernidad en las culturas periféricas. A los materiales mencionados, Ramón Bacca, nada desdeñoso de lo cursi ni de lo popular, añade, como fuentes culturales, el universo de las telenovelas, los boleros, los reinados, las encuestas, las leyendas, los chismes, los cancioneros, las enciclopedias por fascículos, las memorias, los diarios, los manuales de superación, las revistas y los periódicos, a partir de los cuales arma un verdadero collage de documentos que se erigen como monumento del contacto de la provincia con el mundo de la modernidad. La motivación central, para Sara González, es la hibridación



de la alta cultura a través de la estrategia del montaje desde la ironía, el pastiche y la parodia que le permiten al narrador cambiar de lugar, descentrarse.

Tras descubrir la contradicción entre la historia oficial y la tradición oral de la cultura popular, Bacca Linares se aparta de la noción científica y neutra de la historia y oyendo cómo le llegan los datos a la gente, los procesa en su imaginación, los ordena y los transforma. De manera consciente, el novelista samario se aleja tanto de la tendencia «coralibe» a escribir las noticias en forma de novela como de la narración tradicional y, tras un lúdico examen de las condiciones de posibilidad del relato, sella su pacto con el lector a partir del humor de una escritura centrada en el goce.

A continuación de la conferencia de Sara González, el escritor Ramón Bacca, con su habitual sentido del humor y heterodoxia expuso su respuesta (incertidumbres, nuevos interrogantes) a ciertas preguntas trascendentales que de manera reiterada les formulan los estudiosos a los creadores: por qué escribe, para qué, para quién, las relaciones con el poder, el futuro de la literatura en la era de los video-clips, la posición del escritor al fin del milenio, la dificultad de editar en Colombia, la importancia de la crítica, la imposibilidad de estar al día y las relaciones con el lector.

Rojas Herazo y Bacca Linares encarnan dos extremos de la narrativa caribeña colombiana, oscilantes entre la escritura (letra dura) y la oralidad (voz); entre la voluntad de modernización y la resignación posmoderna; entre la trascendencia y la gravedad que no excluyen la sátira y el humor y la ironía como antídotos contra la solemnidad; entre el ahondamiento metafísico de la circunstancia cotidiana y la puesta en solfa de la historia oficial. Marginales ambos, uno en contravía tanto de los etéreos y leves versos vacíos de Piedra y Cielo a los que lleva al polo de tierra, al eje del cuerpo, como de la arrastrada novela terrígena con sus soporosos catálogos de léxico local, fauna, culinaria, vegetales y vestidos, y el otro, distante de los epígonos del realismo mágico y su sartal de hipérboles, su rosario de milagros y la implícita apología del bello subdesarrollo tropical.

## IMÁGENES

*Last but not least* incluimos en este apartado dedicado a la cultura caribeña colombiana esa forma híbrida y especular de expresión de nuestro tiempo, a caballo entre el arte y la tecnología, al tiempo verbal e icónica, sometida con mayor intensidad a las presiones humilladoras y alienantes del mercado: el cine. Dos textos complementarios, el de Marta Yances «Paseo conversacional por el cine y los audiovisuales del Caribe colom-

biano» y «Hay que buscar cómplices. (Testimonio de un realizador cinematográfico)» de Pacho Bottía, conforman este apartado.

Marta Yances presentó un panorama histórico que abarca desde la primera exhibición cinematográfica de la región, en Cartagena, el 10 de agosto de 1987 (la segunda del país un día después de Bucaramanga) pasando por el período heroico de los pioneros productores de documentales hasta culminar con la producción audiovisual de la década de los 80 del siglo XX, década en la que nació, pleno de anécdotas pintorescas, Telecaribe, canal regional de televisión del Caribe colombiano. La visión panorámica no excluyó el testimonio personal de Marta Yances, en una de las cátedras más fluidas y dramáticas al mismo tiempo. La sola conferencia fue una película con sus momentos de tensión dinámica descargados en el cigarrillo obligatoriamente apagado por razones de seguridad y en el estoico lapicero que debió soportar durante toda la charla los apretones sudorosos e intermitentes de la productora cinematográfica que, por primera vez en su vida se sometía a la tortura de comunicar sus conocimientos y su experiencia sobre la expresión audiovisual bajo los rigores formales de la cátedra magistral.

Por su parte, Pacho Bottía presentó un recuento razonado de sus relaciones con el cine, desde su iniciación danesa en el mismo hasta su más reciente película, *Juana tenía el pelo de oro*, al tiempo que reflexionó sobre ciertos tópicos candentes como los vínculos entre el cine y la literatura, el cine comercial y las venturas y desventuras de la producción cinematográfica en el Caribe colombiano.

Con la presente edición se pretende contribuir a la solución de un problema crónico de la región Caribe: lo que Eduardo Posada Carbó ha llamado con exactitud y humor «el imperio de la charlatanería», es decir, la persistencia perniciosa de la tradición oral cuya secuela ha sido la ausencia de una tradición escrita de reflexión en torno a los problemas de la región.

---

## SÓLO UN MEJOR CONOCIMIENTO DE NOSOTROS MISMOS NOS PODRÁ HACER LIBRES<sup>1</sup>

---

GUSTAVO BELL LEMUS

Antes que nada quiero agradecer a las directivas del Observatorio del Caribe Colombiano, y en especial a su director, Alberto Abello Vives, por la invitación a estar presente en lo que no dudo en calificar como un acontecimiento de la mayor importancia para el futuro de nuestra región Caribe. Agradecer también por brindarme una nueva oportunidad para volver a estar aquí, en mi ciudad, en mi tierra, disfrutando de la limpieza del cielo azul, de las brisas, de los robles florecidos, pero, sobre todo, de ese espíritu saludable de optimismo tan escaso en otras latitudes.

Y la oportunidad no podría ser mejor. Asistir a la inauguración de la Cátedra del Caribe Colombiano a cargo de Eduardo Posada Carbó es saber de antemano que tendremos a lo mejor de nuestra gente exponiendo sus reflexiones y pensamientos sobre lo que hemos sido, lo que somos y lo que podremos llegar a ser como pueblo, como sociedad, como región. Que sea precisamente Eduardo Posada Carbó quien comience esta cátedra no es gratuito: fue Eduardo quien, a finales de los años setenta, desde su laureada tesis de grado de la facultad de Derecho de la Universidad Javeriana, *El derecho a la diversidad*, le dio un nuevo impulso al estudio de la Costa. Luego vendrían sus ensayos sobre Barranquilla, sobre la ganadería en las sabanas de Bolívar, sobre los empresarios de comienzos de siglo en la formación de nuestra economía regional, que abrirían nuevas perspectivas a nuestra historia.

A partir de entonces fuimos varios los que seguimos los pasos de Posada Carbó, nunca con su rigurosidad, pero sí inspirados en su forma de abordar nuestro pasado colectivo, no por el prurito del estudio académico sino por el afán de comprender nuestra realidad para de otra forma incidir en ella. Porque para eso hemos escarbadado en la historia de Colombia: para conocer mejor nuestro derrotero en esa empresa tan ardua e inacabada que se sigue llamando Colombia.

---

1 Intervención del vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, en la instalación de la Cátedra del Caribe Colombiano, el 11 de marzo de 1999, en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad del Atlántico en Barranquilla.

No hay duda de que el conocimiento de nuestra realidad histórica ha ganado en profundidad en los últimos años alimentando a su vez el discurso regional, y que hoy nuestros dirigentes poseen mejores elementos de juicio para batallar contra el subdesarrollo y el atraso, todo ello

gracias al aporte que desde las ciencias sociales se ha hecho a la Costa, pero esa tarea necesita no sólo continuarse sino llegar a todos nuestros ciudadanos desde temprana edad, es decir, que haya una apropiación social de ese conocimiento que, a pesar de su divulgación, aún permanece al nivel de los estudios superiores.

En buena hora el Observatorio del Caribe Colombiano creó esta cátedra, porque alcanzó a percibir que una de las tantas amenazas de la llamada globalización es la tendencia a convertir en anacrónica la preocupación por el estudio de las regiones; la llamada economía mundial, donde las barreras nacionales son superadas cada vez con mayor facilidad, podría pasar por encima de las regiones, las cuales fueron históricamente anteriores a las naciones. No obstante, una corriente de pensamientos sostiene, por el contrario, que la globalización está propiciando el resurgimiento de las regiones y su importancia sociológica y también económica.

Son todas estas reflexiones, al lado por supuesto de las culturales y políticas, las que de seguro surgirán a lo largo de estas cátedras. Por ello veo en esta experiencia la guía que habrá de señalarnos los inciertos caminos del futuro, pero también la excitación para que las generaciones venideras asuman su compromiso histórico como creo que nosotros lo hemos hecho.

Como hombre caribe, asilado temporalmente en las frías cumbres andinas, no puedo menos que apoyar este esfuerzo por volver nuestras miradas a nuestro mundo geográfico, a nuestro pasado, convencido como estoy de que solo un mejor conocimiento de nosotros mismos nos podrá hacer libres y dueños de nuestra propia historia. Mil gracias por esta invitación y que surjan por doquier nuevas cátedras caribes.

---

## CAPÍTULO I

---

### SEÑAS DE IDENTIDAD DEL CARIBE COLOMBIANO EN SU HISTORIA

---

*Un pueblo es cosa seria. Hay que  
verlo y escanciarlo poco a poco, todas  
los días, todas las horas. Entonces  
comenzarás a entenderlo y a entenderte.  
A saber que tú y los otros habitantes  
conforman, hacen posible, la circulación  
de una mansa bestia (también imprevisible,  
replegada para saltar y destrozar) en cada ventana,  
y cada puerta, y cada lannto de un niño...*

*Héctor Rojas Herazo, Celia se pudre*

---

# BASES GEOHISTÓRICAS DEL CARIBE COLOMBIANO

---

FRANCISCO AVELLA\*

El objeto de este ensayo es, en primer lugar, indagar, por debajo de la visión que cada cual puede tener del Caribe colombiano, de qué ideas está constituido, qué hilos lo componen, cuál es su contenido. En segundo lugar, mostrar, cómo está tejido, es decir, su «forma». Y, por último, plantear su estructuración, desde el punto de vista de la geohistoria, no en el sentido de las partes que lo componen, sino de las relaciones que hacen que pertenezca a:

---

1 El antecedente más remoto de este artículo es una tesis de posgrado en el exterior sobre un subconjunto de la Región Caribe, el noroeste del Río Magdalena, o sea los actuales departamentos del Magdalena, el Cesar y la Guajira, que nunca sostuve, por la dificultad en ese entonces, de entender el contexto regional, nacional e internacional en el que se inscribía la región. El más próximo y obligante ha sido la amable invitación que me hizo Alberto Abello, hace ya casi un año, para tratar de resumir en unas 50 hojas el borrador de dicha tesis, con el fin de exponerla en la Cátedra del Caribe, organizada por el Observatorio del Caribe Colombiano.

\* Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia, con especialización en desarrollo regional en la Universidad de los Andes y Diploma de Estudios de Profundidad (DEA), opción Análisis Geográfico y Medio Ambiente de la Universidad de París I Panteón Sorbona. Entre 1974 y 1987 se desempeñó como profesor de la Universidad del Magdalena. Actualmente es profesor Asociado del Instituto de Estudios del Caribe de la Universidad Nacional de Colombia con sede en San Andrés Islas. Es autor del libro *Los silvoecosistemas: alternativas de desarrollo en Colombia*, París, 1984. Sus publicaciones académicas son el resultado de sus investigaciones sobre la colonización y los asentamientos rurales de la Sierra Nevada de Santa Marta. Prepara para la publicación su trabajo *La organización del espacio norte de la región Caribe*.

2 La Universidad Nacional busca entender este país a través de sus sedes de Leticia, Arauca, Tumaco, que aún no ha iniciado, y la de San Andrés que se creó en 1996, pero que

§ Un país de 4 esquinas (amazónica, orinocense, pacífica y caribe):<sup>2</sup> Colombia.

§ La cuenca del Gran Caribe, tal vez el más grande crisol de culturas del planeta, y el *mixer* cultural más importante de la historia, pues todo lo que ingresa a su territorio, lo integra, lo vuelve suyo, lo vuelve Caribe, desde la economía y la política, hasta la música, (me gusta más el «Let it be» de Celia Cruz que el de los mismos Beatles), así haya tenido como origen Europa, Africa, Asia o, como en mi caso personal, la región Andina.

## ¿QUÉ ES EL CARIBE?

Oruno Lara (1998:3), el más importante «caribólogo» (no sé si exista esta profesión) francés, escribía: «Hoy, para circunscribir, al Caribe contamos con las mismas dificultades que tuvo Fernand Braudel (1964) para delimitar el Mediterráneo en la época de Felipe II. El Caribe es un personaje complejo que escapa a nuestras medidas y a nuestras categorías, que no se puede definir con nuestras normas habituales». Y, agregamos, que no se puede entender con la racionalidad con la que otros buscan explicar, por ejemplo, a Europa (Levy, 1997:3)

## ¿QUÉ ES LO QUE SE LLAMA CARIBE A TRAVÉS DE LA HISTORIA?

El Caribe es, ante todo, uno de los grandes problemas filosóficos modernos. Su «descubrimiento», o, mejor, su encuentro, fue una equivocación. Colón

buscaba las Indias Orientales y encontró lo que hoy llamamos las Indias Occidentales, y, de paso, un continente, denominado posteriormente «América», en homenaje a su cartógrafo, y no «Colombia» como le correspondería por su descubridor.

De este encuentro, nace un personaje central, el «otro» que, con el «individuo», constituyen los pilares de la «modernidad». De aquí que el principio de «alteridad», o sea la creación del «otro», haya sido pensado convenientemente para no tener que juzgar al «prójimo» con el mismo rasero que a sí mismo. Hasta ese momento se creía que todos los pueblos creados por Dios ya estaban reseñados en la Biblia.

Colón encuentra, de pronto, otros hombres, «pobres y desnudos», sin lugar en la creación bíblica, cuya generosidad le impresiona hasta el punto de creer que podía convertirlos «por el amor y la amistad y no por la fuerza» (Fergusson, 1999:12) y regresa creyendo haber encontrado el paraíso perdido. No obstante, Europa cambia rápidamente el esquema de su pensamiento y se apropia de la facultad de decidir sobre el destino de la humanidad, de definir quiénes eran los «otros» («los descubiertos»), y quiénes seguían siendo los «mismos» (los prójimos que aparecían en el relato bíblico).

De este modo, se afirma la existencia de alguien que es diferente, pero al mismo tiempo tan parecido, que puede ser «el mismo», de acuerdo con la ubicación del «yo» que juzga, ya sea como observador o como observado (Hartog, 1980). En este juego especular ha quedado atrapado, desde ese entonces, el pensamiento eurocentrista (Todorov, 1982), cuya expresión más reciente se pone de manifiesto en el avance de los partidos de extrema derecha, que aún piensan que el otro no es el prójimo.

Pero, como en todo paraíso se da el pecado original, los divulgadores de la «invasión», para unos, y del «encuentro», para otros, descubrieron que «el otro» no sólo era salvaje, sino «caníbal». De aquí todas las variaciones de «khan», como el emperador de la China, a cuyas tierras Colón creía haber llegado; o de «can» como perro; o de «cariba», con la connotación de comedor de carne, que se orientaron a proyectar en la imaginación europea un ser antropófago, lascivo, engendrador de hijos que luego devoraba (Lestringant, 1996). A partir de tales imágenes, se justificaba la redención de este salvaje por la esclavitud. Desde cuando la reina Isabel la Católica autorizó la esclavización en 1505, prácticamente en todos los demás sitios donde los indígenas fueron declarados «caribes» se les acusó de las mismas atrocidades (*Ibid.*).

Este parece ser el origen de la palabra usada para llamar «Mar de los Caribes» al mar semicerrado que está entre el arco de las Antillas y el continente americano, el núcleo que estructura lo que hoy se llama «el gran Caribe», el cual abarca no sólo la cuenca de dicho mar, sino su entorno exterior. Algunos lo extienden incluso hasta el nordeste del Brasil, la

desembocadura del Amazonas y el Orinoco, que constituye el territorio original de donde el grupo de lengua «karaïb» se dispersó a través de las Antillas Menores, y de quienes Colón escuchó hablar en su primer viaje, bien al norte, en lo que hoy son las Bahamas.

Durante la colonización posterior al descubrimiento, el Caribe pasó a ser uno de los factores fundamentales en el proceso de acumulación en Europa. Fue la llave del oro de América, el cual no sólo sirvió para dar vano esplendor al imperio español, sino también para pagar sus deudas con las casas hanseáticas de comercio y de préstamo, causa decisiva de su decadencia.

El Caribe fue también el campo de experimentación de la economía de plantación impuesta por los imperios inglés, francés y holandés, y los procesos asociados a su explotación: reemplazo y destrucción de la mano de obra indígena, en su gran mayoría cambiada por la esclava, traslado masivo de poblaciones del África y mestizaje asociado a la colonización española que marcaría su destino para siempre.

Después de la gran importancia que tuvo en el siglo XIX con las perspectivas de apertura del Canal de Panamá por los franceses y luego con la apertura real por los americanos en el siglo XX, el Caribe se convirtió en el centro geopolítico en donde los Estados Unidos implantaron su hegemonía a partir de la segunda Guerra Mundial a través de un sistema de bases estratégicas, cuya más álgida coyuntura se produjo con la instalación de misiles en Cuba, un país que había cambiado de campo político con la Revolución, haciendo evidente el conflicto Este-Oeste a 90 millas de los Estados Unidos.

En los años 70, frente al ímpetu con el que el «Área Pacífica» entra a la historia después del triunfo industrial del Japón y de los nuevos «dragones industriales» de la cuenca (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur), el Caribe cede su importancia estratégica, y pasa a ser un área secundaria en el juego geo-político y comercial internacional, hasta el punto de que algunos autores empiezan a estudiar su situación futura en el «siglo del Pacífico» (Brabevoy-Wagner, 1993).

Con la caída del Muro de Berlín y los demás procesos de distensión que han conducido a la conformación de un mundo unipolar, el Caribe se convierte en el Mediterráneo de los americanos (Musset, 1994: 1) o, más comúnmente, en el patio trasero de Estados Unidos. Hoy el Canal de Panamá, perdida su importancia estratégica, se le devuelve a los panameños. Ahora resulta más barato transportar la carga hacia Europa a través de los ferrocarriles y los oleoductos norteamericanos. Y la situación política ya no se analiza en términos de conflicto bélico, sino de acuerdo con la capacidad competitiva de los países en el mercado mundial.

En este contexto, el Caribe entra al tercer milenio.



El Caribe no sólo está formado por las ideas, sino modelado por la historia de sus diferentes regiones, la cual le ha conferido un sentido de pertenencia que identifica a sus habitantes, en medio de su diversidad, cuando se encuentran en el resto del mundo. Este lugar, como el Mediterráneo de Braudel, no sólo une por la historia, sino que separa por las distancias, el aislamiento y la insularidad; aunque, al fin y al cabo, el mar es capaz de unirlo todo.

### ¿QUÉ ES LO QUE SE LLAMA CARIBE DESDE EL PUNTO DE VISTA GEOGRÁFICO?

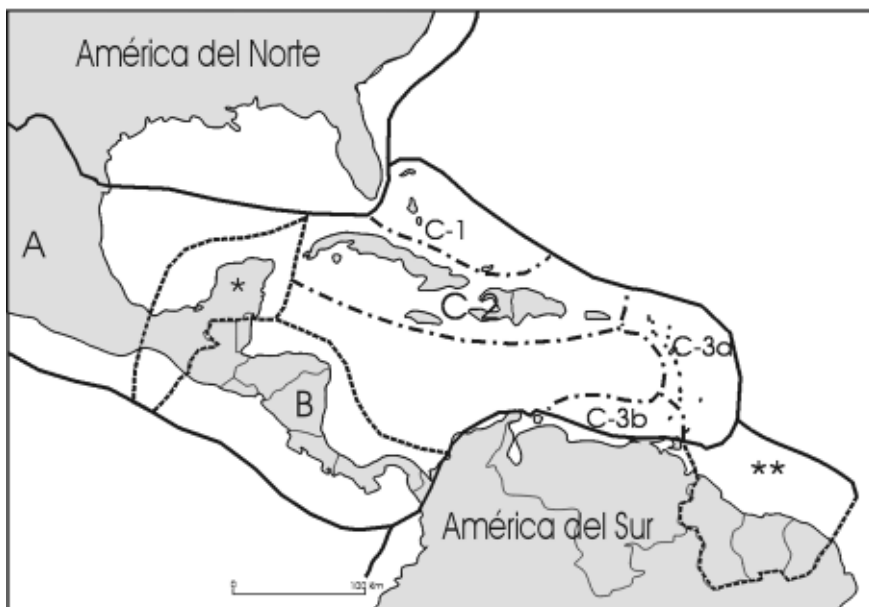
Gerard Sandner (1982: 8-16), el mejor «caribólogo» alemán, anotaba que «las variaciones históricas y conceptuales en la terminología del Caribe, corresponden a las variaciones y delimitaciones que reflejan diferencias fundamentales en los conceptos básicos de la definición de ‘Área Caribe’ o ‘Región Caribe’.

Sandner diferencia cuatro grupos de acuerdo con: la tradición de la geografía regional (figura 1); indicadores culturales, históricos y socioeconómicos como el «Rimland» insular euroafricano y el «Mainland» continental euroindio (Figura 2); las delimitaciones de las fronteras de países y estratos (Figura 3); y finalmente criterios etnohistóricos que reflejan una «identidad caribe», como establece Manigat (1976, figura 4).

Mediante el ejercicio anterior, Sandner muestra que «el problema de la delimitación y la definición del Caribe aparece como un rito inicial en todos los estudios que se dedican a esta región» (*Ibid*, p. 9). Cada mapa, en el fondo, expresa los intereses de quien fabrica las cartas, hasta el punto de que, como dice Manigat: «Definiciones competitivas y conflictivas reflejan intereses competitivos e ideologías en conflicto, así que bien podríamos decir: dígame cuál es su definición del Caribe y le diré cuál es su definición política» (*Ibid*).

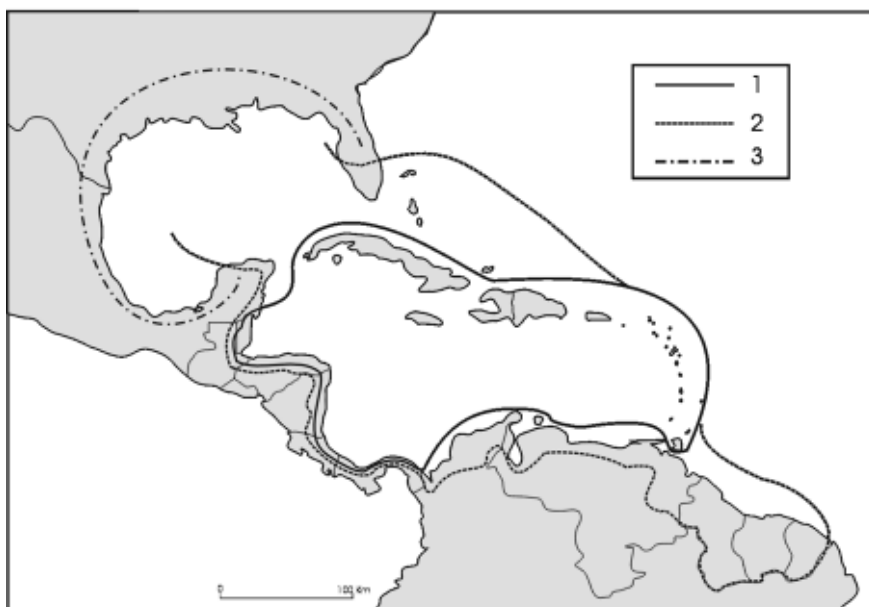
El más reciente «caribólogo» inglés, James Fergusson (1999), señala en su libro *La historia del pueblo Caribe*, que las Indias Occidentales, las Antillas, son «diferentes nombres para una misma región, que reflejan diferentes percepciones y mitos». Por lo anterior, en su obra se propone «estudiar la región como un todo, mirando no sólo lo que separa las agrupaciones de las diferentes islas, sino lo que tienen en común histórica y culturalmente». La consecuencia es que el Caribe continental (que abarca desde Miami, bordeando el Golfo de México, hasta las Guayanas), una región que comprende tanto el Caribe como mar interior, como la cuenca de su borde exterior, no figura en la historia. Como no la ve formando

Figura 1  
El concepto clásico de la división territorial  
en la geografía regional



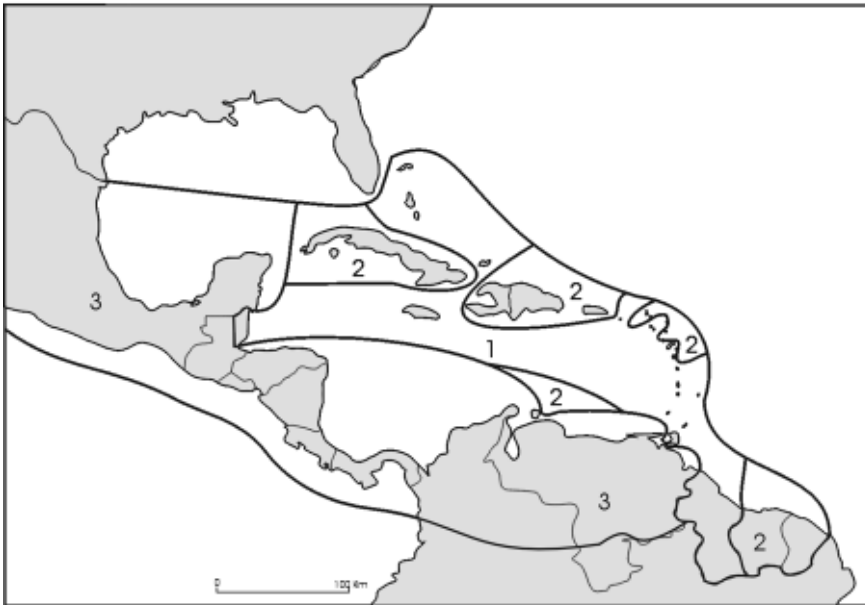
A. México, B. América Central; C. El Caribe con C-1 Islas Bahamas, C-2 Antillas Menores, C-3a Islas Barlovento, C-3b Islas Sotavento.

Figura 2  
Delimitación del Caribe con base  
en indicadores culturales, históricos y socioeconómicos



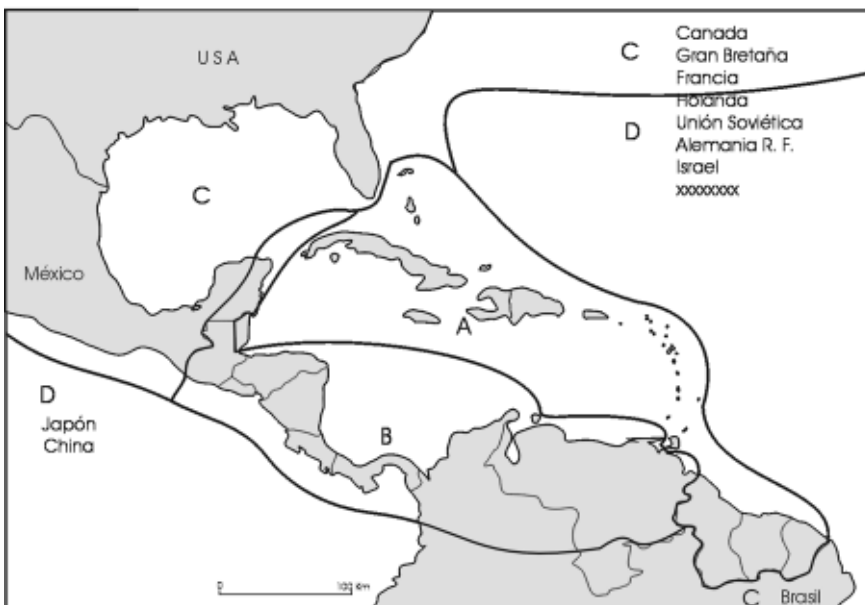
1) El concepto del "Caribbean Rimland" y del "Mainland" de J.P. Augelli 1962; 2) El concepto de la "Región Caribe" de G. Sanjner y H.A. Steger 1973; 3) Ampliación del concepto de "Región Caribe" por Santander 1980.

**Figura 3**  
Delimitación y subdivisión del Caribe con  
base en conceptos económicos y políticos.



I. El concepto de "Caribbean Area" de Demas [1: círculo interior o "Commonwealth Caribbean"; 2: círculo intermedia; 3: círculo exterior]; II. El concepto de "Caribbean Economic Community" de Eric Williams (incluye las subregiones 1 y 2); III. El concepto de la "Cuenca del Caribe" de CEPAL (incluye las subregiones 1, 2 y 3).

**Figura 4**  
El concepto clásico de Leslie Manigat 1975



A) "Clear Caribbean Identity"; B) "Common Caribbean Appartenance"; C) "Specific Caribbean Involvement"; D) "General Caribbean Interest"

parte del «Caribbean People», Fergusson no alude una sola vez a su existencia y reduce el Caribe exclusivamente al mundo insular.

### ¿QUÉ ES LO QUE SE LLAMA CARIBE COLOMBIANO?

Por encima de la visión que cada cual pueda tener del Caribe nos interesa, simplemente, mostrar cuál es su sentido. Para evitar una larga disertación académica, citaremos algunos ejemplos de las visiones geográficas que han contribuido a formar el Caribe colombiano.

#### VISIÓN INTERNA

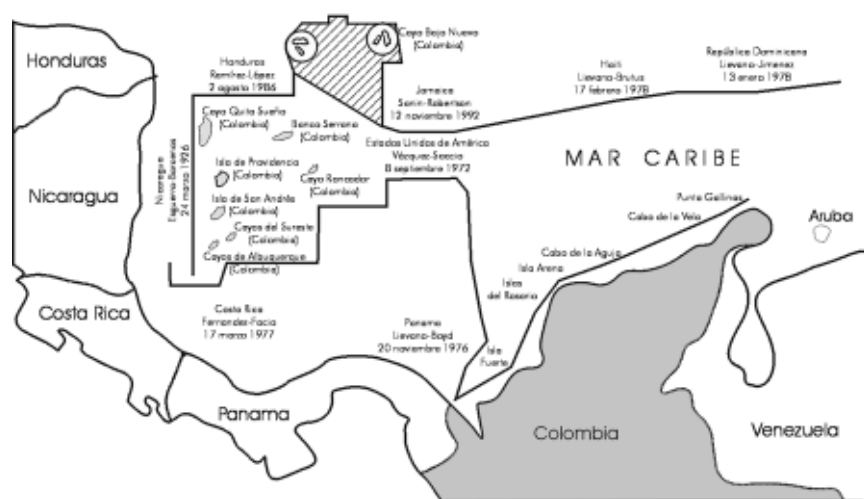
La primera visión de la región, que se ha llamado interna, es la de sus propios habitantes quienes la designan como la «Costa Atlántica». Esta designación revela la «desidia geográfica» mediante la cual la Nación ha cedido y perdido extensos territorios en el Caribe. De no superarse, las pérdidas van a continuar.

Uno de los logros más importantes en el proceso de regionalización de Colombia, el artículo 7 de las reformas a la Constitución de 1886 (que crea los Consejos de Planeación con sus respectivos Consejos Regionales llamados Corpes, la primera posibilidad de que las regiones existieran legalmente) se hizo inducido por un error geográfico que no se puede achacar a la costumbre, como algunos pretenden, sino a la falta de visión hacia afuera que caracteriza al país, pues desde 1773 los ingleses lo registraban así en sus cartas y, por lo menos, a partir de la Independencia, se sabe que Colombia no está bañada por el Océano Atlántico, sino por el Mar Caribe o de las Antillas, como aún insisten en llamarlo los franceses.

El Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC, (1995) (Ver figura 5) desde 1995, con la edición de las últimas cartas, ha corregido este error. Por fortuna, no ha sido sólo el cambio de nombre, sino que, por primera vez, aparece el Caribe insular como parte del territorio nacional. Ya no aparecen las islas de San Andrés y Providencia, en Urabá, en La Guajira, en la Amazonía o donde quedara un campito para incluirlas en un mapa en donde parecían no tener cabida, por simples problemas de escala.

El Corpes Costa Atlántica, en la edición del interesante *Mapa Cultural del Caribe colombiano* (1993), pudo haber clarificado la situación, pero dejó pasar la oportunidad por falta de conciencia sobre el Caribe. De paso conviene señalar que el libro tampoco se refiere al contexto más amplio al que pertenece Colombia. Aunque se reconoce la necesidad, en Colombia, de «afinar el conocimiento de su cultura a partir de sus regiones y de su vínculo con el contexto latinoamericano» (p. 17), el Caribe aparece más como una localización que como un contexto; más como el contenido de una región, que como una forma que la identifica y le confiere sentido.

Figura 5  
Situación actual



## VISIÓN EXTERNA

Una visión externa sobre la región es la de Jacques Gilard (1984), uno de los mejores «caribólogos» franceses, quien en su monumental tesis de geografía cultural, «García Márquez y el Grupo de Barranquilla», la más importante que se haya escrito sobre una región en América, plantea que para entender a García Márquez es necesario considerar el mundo de donde había salido. Gilard señala que «hemos dicho que él se comporta como un hombre de la Costa (Atlántica), región de la cual hemos señalado ciertas particularidades, al menos para establecer un contraste con el interior andino de Colombia. Además hemos destacado ese rasgo fundamental de un escritor que sin dejar de ser colombiano, se define en función de la cultura Caribe. He aquí el signo de una mutación que no se ha tenido en cuenta: García Márquez, en cierto momento, cometía una transgresión» (p. 4, Tomo III).

¿Cuál es esa transgresión? Según Gilard, García Márquez, sin dejar de ser colombiano, pasó a pensar como caribe, no sólo como costeño. Con apoyo en un inmenso acervo documental, Gilard demuestra que la universalidad del escritor se obtiene a partir de una visión del Caribe más que de cualquier otra visión. Sin embargo, pese a las dos mil páginas de la tesis de Gilard, en el capítulo acerca de la Literatura Caribe de la *Enciclopedia Universalis*, García Márquez no figura entre los premios Nobel caribeños.

## ¿QUÉ ES LO QUE SE LLAMA CARIBE COLOMBIANO EN ESTE SIGLO?

Eduardo Posada Carbó (1998) en su libro *El Caribe Colombiano. Una historia regional (1870–1950)* escribe que: «El Caribe colombiano es conocido indistintamente como el litoral, la costa atlántica y la costa» (p. 25) y «para los propósitos de este trabajo se define por los límites de los antiguos estados soberanos de Bolívar y Magdalena». El Caribe que Posada trabaja magistralmente es sólo una parte del Caribe colombiano que, en 1870, estaba también formalmente integrado por el Archipiélago de San Andrés y Providencia que incluía las islas Mangle (Corn Islands), la Miskitia, Panamá, Urabá y la Guajira.

El historiador Alfonso Múnera, en su libro *El fracaso de la Nación: Región, Clase y Raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, anota: «En los albores del siglo XIX, el Caribe colombiano abarcaba en sus tres grandes provincias de Cartagena de Indias, Santa Marta y Riohacha una extensión aproximada de 150.000 kilómetros cuadrados. Sus Costas se extendían a lo largo de 1.600 kilómetros desde el Golfo de Urabá hasta la península de la Guajira» (p. 55) Y, en nota de pie de página, agrega: «Es muy difícil describir con exactitud el territorio de las tres provincias que conformaron la región caribe. No conozco un solo documento del siglo XVIII que contenga un estimativo aproximado de su área. Faltando esto, me he limitado a sumar la extensión de los actuales departamentos de la costa Caribe y el área de Urabá, tal y como aparecen registrados en el Instituto Codazzi, Geografía de Colombia, Vol. I (Bogotá, 1984)» (p. 270).

Si bien Múnera incluye a la Guajira y Urabá, excluye a la parte de la Nueva Granada que se extendía «desde el Cabo Gracias a Dios hasta el río Chagres (IGAC, 1986:22), más fácil de administrar desde Cartagena que desde la Capitanía General de Guatemala. De igual manera olvida Múnera a Panamá que en el período estudiado era parte integral del Virreinato (Ver figura 7)

En el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, el Caribe continental se empezó a llamar Costa Atlántica tanto en Centroamérica como en Suramérica. Algunas regiones de Nicaragua (los departamentos de Zelaya Norte y Sur), se denominan Atlánticas pese a que una institución universitaria lleva el nombre de Universidad de las Regiones Autónomas de la Costa Caribe de Nicaragua, URACCAN. Lo mismo sucede actualmente en Costa Rica, Honduras y Panamá, en donde el término Costa Atlántica se utiliza todavía en las cartas oficiales.

Aunque no hay una razón precisa para saber por qué se empezó a hablar de Costa Atlántica en el caso colombiano, «la expresión «Costa Atlántica» –nombre de un periódico publicado en Barranquilla en la década de 1880– había adquirido una connotación especial desde mediados del siglo» (Posada Carbó, 1998:411) No obstante, su uso data de un tiempo anterior, según lo testimonian algunos textos y cartas de los años de la Independencia.

En el siglo XIX, antes de la Independencia, Colombia no existía. Sin embargo, orientada por un sentido mítico de comunidad imaginada la historia patria supone que se trata de una entidad que siempre ha existido y siempre existirá, de manera que comienza su relato desde los pobladores originales llamándolos «los primeros colombianos» o «los primeros habitantes de Colombia». Esta concepción está presente prácticamente en todos los textos escolares.

Pero lo que sí existía era el mar Caribe, del cual tomaron su nombre todas las regiones costeras, por lo menos a partir del siglo XVI, cuando se inició la Leyenda Negra del caribe antropófago, y expresamente desde 1775, como se puede apreciar en la mayoría de las cartas geográficas inglesas de la época. Por esa época, el Caribe, ancho y profundo, a pesar de haber sido el campo de disputas de las potencias europeas, en vez de separar, unía.

Al Caribe le da sentido su conceptualización geográfica. Desde ese punto de vista, está compuesto por un conjunto de islas sin vínculos aparentes, separadas irremediabilmente de un continente que, en su parte centroamericana, es uno de los sitios menos poblados del trópico, y tal vez de los más abandonados de la tierra, no sólo después del ciclón Mitch, sino desde mucho antes cuando una parte de esas tierras pertenecía a Colombia.

La crónica ausencia de una visión geográfica, comprensible en un estudiante de postgrado, pero inexplicable en un país como Colombia, al tratar de responder a la pregunta ¿a qué llamamos Caribe? nos enfrenta a una situación similar a la de los habitantes de Macondo, en los primeros tiempos, cuando para designar las cosas era preciso «señalarlas con el dedo», pues en lo relativo a la elaboración conceptual desde el punto de vista geográfico, hecho que le confiere sentido a la región Caribe colombiana, estamos apenas en el rito de iniciación al cual se refería Sandner en relación con el Caribe en general hacia 1982.

## II. ¿ CÓMO ESTÁ ESTRUCTURADO?

Se pueden señalar al menos ocho procesos estructurantes en la región Caribe colombiana.

### LOS LÍMITES TERRESTRES Y MARÍTIMOS

Los límites responden a la pregunta ¿desde dónde hasta dónde va la región a través de su historia? ¿Qué hechos contribuyen a su formación y qué fronteras la delimitan? ¿Qué validez tienen dichos límites y cómo contribuyen a diferenciarla en el proceso de su conformación?

Estos límites cambian con la historia. Los territorios que pertenecían a Colombia según el «*utis possidetis*» de 1810, se han negociado todos pacíficamente en el siglo XX, dentro de la tradición juricista y «parroquialista» que ha caracterizado la política exterior del país, según lo analiza Carvajal (1997) Se cedieron la Miskitia, las Islas Mangle, Rosalinda y Pedro Bank, y se perdió Panamá (ver figura 8), no porque no fueran parte integral de la «patria», sino porque nunca pertenecieron a la «Nación»: nada los hacía sentirse partícipes de lo que pertenece a «todos» los colombianos, por encima de lo que los divide. El hecho se explica, en parte, por la falta de visión geográfica que ha caracterizado a las autoridades nacionales que viven 2600 metros más cerca de las estrellas, pero a más de mil kilómetros del Caribe, como lo revelan los cambios en el mapa de la región Caribe colombiana (ver figura 9).

A manera de contraste con la situación colombiana, conviene señalar que la visión de Venezuela sobre el Caribe, a través de la reivindicación del islote de Las Aves, frente a las Antillas francesas y a casi mil kilómetros de las costas venezolanas, le ha permitido tener como Zona Económica Exclusiva (Z. E. E.) una gran parte de la cuenca interna del Caribe. Ese antecedente evidente y de fuerte incidencia, tiene, además, un enorme peso en las conversaciones sobre el diferendo colombo-venezolano en el Golfo de Venezuela.

Hoy nadie llora en Colombia los territorios perdidos, salvo tal vez Panamá, cuya herida sigue sangrando en la historia patria. Con la pérdida de Panamá se perdió también la oportunidad de haber sido el centro del mundo, como lo había visto Bolívar desde la *Carta de Jamaica*, una posición geoestratégica ambicionada por las grandes potencias coloniales de la época, que Colombia no pudo entender.

Sólo los habitantes del archipiélago de San Andrés y Providencia extrañan los territorios que antes podían recorrer libremente cuando el Caribe no tenía dueños y constituía un territorio común, que ellos habían contribuido a fundar desde el siglo pasado. Basta recordar que entre los primeros habitantes de Aspinwell, hoy Colón, había sanandresanos y providencianos. Y desde el mismo Colón hasta Roatán en Honduras e islas Cayman, pasando por Bocas del Toro y Puerto Limón en Costa Rica, Bluefields, Puerto Cabezas y Prinzapolca en Nicaragua, la Iglesia Bautista, y en algunas partes la Adventista, había llevado la religión, la lengua (el criollo de base anglófona) y la educación, apoyada en el uso del inglés *standard*. Así lo muestran la historia de estos sitios, llenos de apellidos de las islas (Ratter, 1992), y los nombres de pastores del archipiélago asociados a la vida de estos pueblos (Parsons, 1986).

Sin embargo, los límites actuales no son claros aún. Se cuestionan nuevamente todos los de Centroamérica, a excepción de Panamá y Honduras (nación que ratificó con Colombia su tratado de 1986 en 1999, subiendo el nivel de tensión entre este país y Nicaragua). Se han firmado tratados con Costa Rica y Honduras que los respectivos congresos no



quieren ratificar. Nicaragua, a pesar de que desistió de sus reclamos sobre San Andrés, sigue intentando negociar las áreas de plataforma continental que quedaron en posesión colombiana al oriente del meridiano 82. Con las Antillas mayores los tratados parecen resistir el tiempo. Con Venezuela no sucede lo mismo. (Ver figura 8)

Figura 6  
Virreinato de la  
Nueva Granada Real  
Cédula de 1739

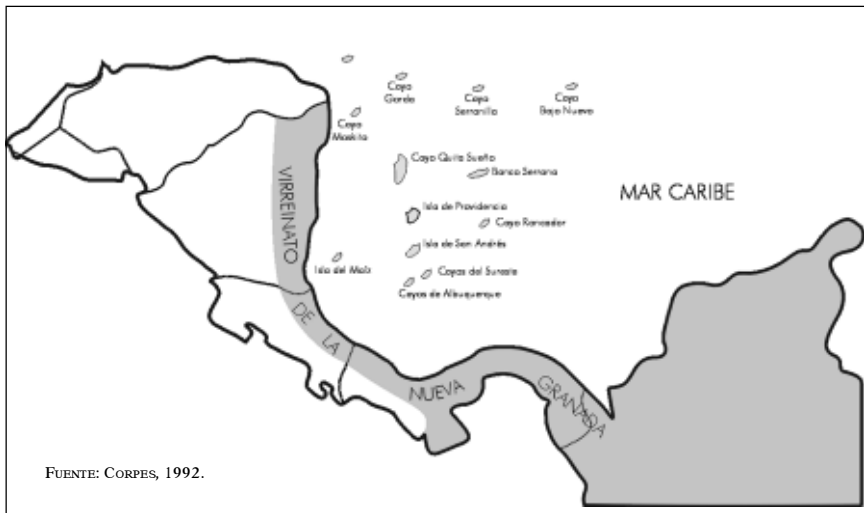


Figura 7  
República de Colombia

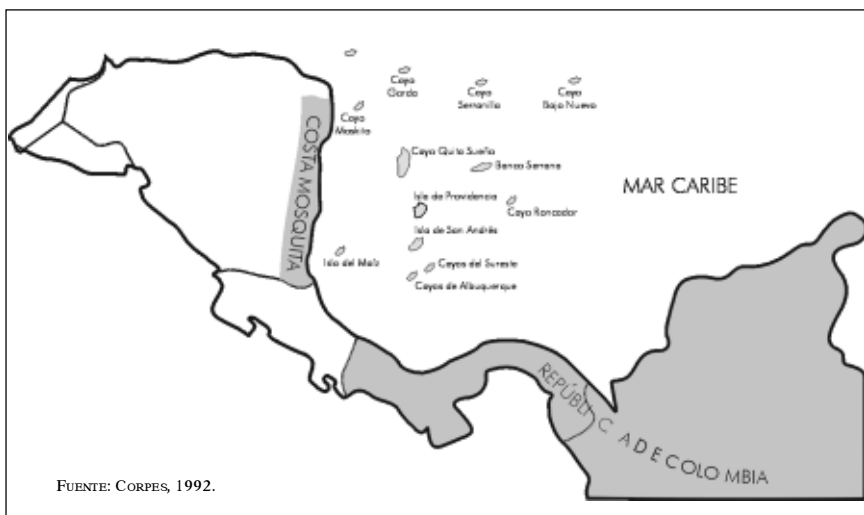


Figura 8  
Límites marinos de Colombia



## EL MEDIO NATURAL

El Caribe colombiano es uno de los sitios geográficamente más variados de la tierra: posee la montaña litoral más alta del mundo, 5.775 metros, los tipos de vegetación más diversos, desde las zonas subdesérticas tropicales hasta bosques más húmedos en la parte baja, correspondientes a los diversos gradientes de humedad, y, prácticamente, todos los climas correspondientes al gradiente de altitud. Asimismo el Caribe es dueño de una de las áreas de humedales más importantes del mundo, 320.000 hectáreas inundadas en forma permanente, y 9000.000 de hectáreas que se inundan por más de 6 meses, lo mismo que la isla fluvial más grande de la tierra, Mompo, la que, sin embargo, aparece todavía en los mapas del IGAC, como tierras inutilizables.

Por encima de toda esta diversidad, el medio está condicionado por su geodinámica que le permite embalsar la mayor cantidad de agua del país: 49.000 millones de metros cúbicos de la cuenca del río Magdalena. Junto a esta inmensa cantidad de agua aportada por la vertiente caribe, se depositan en los suelos aluviales anualmente más de 133 millones de toneladas de sedimentos (Carmona, 1998.15), es decir, 5.66 toneladas por hectárea, repartidos en una superficie de más de 257.438 kilómetros cuadrados de tierras planas.

Estos inmensos depósitos aluviales que en algunos sectores alcanzan hasta 7 kilómetros de espesor tienen edades que oscilan entre 20-25 millones de años, y están sometidos a procesos de subsidencia o hundimiento permanente, en particular en el centro de la zona inundable en la isla de Mompox. Hoy se sabe, tal vez como lo sabían ya los zenúes (que establecieron gigantescas obras hidráulicas 500 años antes de la llegada de los españoles), que una agricultura que manejara la inundación como un aliado - como sucede en los cultivos de arroz en el sureste asiático - lograría un desarrollo sin precedentes.

Desde el punto de vista marítimo, la cuenca del Caribe del Caribe colombiano comprende unos 589.160 kilómetros cuadrados, con unos 1330 kilómetros de costas (ver figura 11) en donde se encuentra una gran variedad de ecosistemas marinos tropicales que comprenden desde los estuarios del Río Magdalena hasta las islas oceánicas de San Andrés y Providencia. Esta última posee la tercera barrera arrecifal más grande del mundo.

Por las características del medio, el Caribe colombiano se diferencia notablemente, tanto desde su parte oceánica, con su archipiélago, como por su área aluvial, tanto por su zona montañosa como por su área desértica, pues cada una estructura un paisaje diferente. Esto da lugar a una serie de subdivisiones que condicionan procesos de poblamiento, permiten asentamientos y definen áreas culturales, a partir del manejo que cada grupo humano hace de su entorno. Asimismo define espacios humanizados tanto urbanos como rurales y especialmente áreas productivas desde el punto de vista de sus recursos naturales renovables y no renovables, que el Corpes (1992) estudió en el libro *El Caribe Colombiano: realidad ambiental y desarrollo*, texto en el cual, pese al título, la entonces dirección del Departamento Nacional de Planeación insiste en «entender la biogeografía de la Costa Atlántica como un todo».

## LA HUMANIZACIÓN DEL ESPACIO

Los espacios en un territorio se organizan a través de la distancia, el dimensionamiento y la polarización que hacen los hombres en el proceso de poblamiento. En el caso de la región Caribe, la historia del poblamiento entre 1938-1993 muestra la evolución del tamaño de las cabeceras, ubicando los mayores incrementos de la población urbana en el eje Barranquilla–Montería con tres sub-ejes de menor dinámica e importancia entre Santa Marta y Fundación, Valledupar y Barrancas, y a lo largo del Río Magdalena desde Barranquilla hasta El Banco.

El de Urabá, aunque tiene una importante dinámica, se restringe al área bananera sin poder desarrollarse en el hinterland de la parte antioqueña y chocoana. Asimismo en el sur del Cesar, entre la Jagua de Ibirico y Chiriguaná, se estructura otro eje pero poco dinámico.

Con esta serie de elementos se humaniza un espacio que comprende también las áreas rurales en un sistema de jerarquización que da primacía fundamentalmente a ejes transversales al Río Magdalena, como el eje litoral entre Santa Marta y Cartagena, en donde se sitúa más de las tres cuartas partes de la población urbana de la región y más del 87% del Producto Interno Bruto regional. El predominio de este eje muestra claramente las funciones jerarquizadas del área sobre el resto de la región, y ejerce, hacia su interior, un efecto extremadamente centralizador y concentrador, sólo comparable al que puede ejercer Bogotá sobre su entorno andino y nacional. Es necesario anotar también la fuerte dinámica del poblamiento de la isla de San Andrés que en el período analizado es una de las más rápidas del área.

### LA ORGANIZACIÓN ESPACIAL

Una rápida mirada a los coremas elaborados en el artículo dedicado a Colombia en la *Enciclopedia Geográfica Universal Reclus* (1992), advierte claramente la organización espacial en la región estructurada a partir de la primacía urbana, con un hinterland prácticamente vacío de urbanización, con unos centros medianos y pequeños que a pesar de servir, en ocasiones, como centros de relevo de las grandes ciudades, no permiten la formación de una red de servicios que retenga la población rural. Por el contrario, la deficiente calidad, contribuye a la expulsión de estas poblaciones y consecuentemente a la macrocefalia de Barranquilla como metrópolis regional.

### EL SENTIDO DE PERTENENCIA A LA NACIÓN

El sentimiento, más que el sentido de pertenencia a la nación, es otro de los elementos que contribuye a diferenciar los espacios territoriales. Desde este punto de vista, se pueden diferenciar tres posiciones generales al menos en el Caribe continental y otra en el Caribe Insular.

La posición tradicionalista es la que impone el sistema que, en la práctica, consiste en la sumisión de los intereses de la región Caribe, a los intereses políticos nacionales, de manera tal que las contribuciones de la nación a la Costa Caribe son el producto de las negociaciones de la clase política con el centro, a partir de las necesidades coyunturales de la política tradicional. Nada parece haber cambiado esta posición a pesar de la Constitución de 1991 y de contar con Vicepresidente de la República, Presidente del Congreso y Presidente de la Cámara de Representantes, nativos del Caribe colombiano, lo que en la historia regional no se veía desde la Presidencia de Núñez en el siglo pasado.

La segunda posición, la de «la integración nacional», sigue el modelo antioqueño con miras a obtener los aportes de la nación mediante una alianza más que con una oposición (Meisel, 1986: 11). Compartida por un sector técnico de especialistas que han trabajado con profundidad el problema del atraso de la costa Caribe (Calvo y Meisel, 1999), esta posición, como lo explica Múnera, en *El fracaso de la nación* (1998), casi siempre ha conducido a la marginación y el olvido, desde los comienzos mismos de su historia.

Una tercera posición, cada vez menos popular, es la que tuvo un gran impulso en el período posterior a la Constitución del 91. Sin embargo, en la medida en que se frustró el desarrollo constitucional del ordenamiento territorial, es decir, el desarrollo de los artículos 306 y 307 de la Constitución de 1991 que definían la constitución de las regiones, la planeación y la autonomía de los entes territoriales, esta posición empezó a caer en el olvido, hasta el punto de que no parece tener defensores actualmente.

Una cuarta posición es la del Caribe insular. Allí la situación es diferente: un sector dinámico de la población parece cuestionar abiertamente la pertenencia del archipiélago a la nación con el argumento de que si el archipiélago se unió voluntariamente a la nación en 1822, también puede cambiar su relación en momentos en que no garantice la felicidad del pueblo isleño. Como parece ser que con el despido de más de 700 funcionarios de la Gobernación de San Andrés la crisis se agrava, la propuesta es conseguir del Estado central la «autonomía como pueblo que goza de independencia política» y la «asociación», entendida como «la de la persona natural o jurídica que acompaña a otra en alguna comisión o encargo» (Horizontes, no. 8:20)

Esta posición expresa un modo diferente de mediar con la nación, dada la dificultad que ha tenido el archipiélago para negociar con el centro y su importancia geoestratégica de dar derechos a la nación sobre más de 300 mil kilómetros de mar patrimonial en el Caribe.

## LA CULTURA COMPARTIDA

La parte sur del Caribe occidental ha sido el asiento de culturas indígenas cuya importancia se mide por el aporte tecnológico a procesos como los de la invención de la cerámica utilitaria, la orfebrería del oro y la domesticación de la yuca (Lavallé, 1995). Estos procesos se presentaron en el territorio de lo que muchos años después sería Colombia, pero no se ha sabido evaluar en su significado cultural, ni forman parte de los elementos que fortalecen la identidad regional y nacional.

El territorio Caribe es compartido por una serie de grupos indígenas entre los cuales se cuentan los emberas, los cuna, los chimila (en proceso de extinción), los ijka, los kággaba, los sanké, los yukkos y el grupo más grande del país: los wayú, de la Guajira. De estos grupos, claramente diferenciados

en sus territorios, apenas empieza a percibirse su originalidad, y aunque todavía no han sido integrados a la cultura regional, sus posibilidades de subsistir como grupo indígena dependen de ser tratados en pie de igualdad con las demás culturas.

La región, sin embargo, sigue identificándose por un estereotipo humano: el costeño. Pero como lo muestra el Mapa Cultural del Caribe colombiano, hay al menos 8 tipos de áreas culturales: costeños, sabaneros, montañeros, anfibios o del río, cachacos, guajiros, indígenas e isleños. Estos grupos, por encima de sus divisiones, son básicamente gentes del Caribe, no por sus afinidades culturales entre sí, sino por su capacidad de asimilación a los demás, que es el rasgo caribe más importante. Es muy difícil que estos grupos estructuren una comunidad de intereses que los diferencie de los demás, como los comerciantes sirio-libaneses de Maicao o de San Andrés, que forman una comunidad cerrada. Entre los demás, tal vez con la excepción de los indígenas de la Sierra Nevada, de los emberá y cunas del Alto Sinú y el Darién, hay una serie de elementos de la cultura caribe que comparten como el fácil mestizaje, la tolerancia, la convivencia y el gregarismo. Ello se manifiesta claramente en las formas del poblamiento nucleado, en la ausencia del trabajo agrícola de la mujer, en la urbanización poco densa y en asociación con los originarios del mismo lugar de emigración, y en el regionalismo o sentimiento de una comunidad de destino, más local que nacional.

#### LA ACEPTACIÓN DE LA COMUNIDAD NACIONAL

Uno de los factores más importantes de estructuración en una región es el de la aceptación de sus diferencias tanto por los conciudadanos del país, como por la comunidad internacional. Este reconocimiento se manifiesta en la capacidad de aceptar formas de manejo de la cuestión regional diferentes para cada región. Gilard demuestra para el caso de la costa Caribe que el interior andino rechazó esta visión caribe de la literatura, como algo que no iba con el espíritu nacional. Algunos editores de Bogotá sentían vergüenza al editar textos de los escritores costeños que no dudaban en llamar al pan, pan y al vino, vino, lo que no se correspondía con la imagen de gentleman que se había hecho de sí el escritor del interior del país.

Otro ejemplo es el de Isabel Clemente (1992), quien estudia la educación en la isla de San Andrés entre la llegada de los primeros misioneros católicos ingleses y 1986. En su obra, Clemente examina la imposición de una cultura nacional que implanta la religión católica, la lengua española y la raza blanca, provocando un intenso proceso de «colombianización» en la primera mitad del siglo XX.

Estos dos casos de tratamiento a la cultura del Caribe como extranjera en su propio país, muestran la intolerancia del centro con las diferencias regionales y expresan las dificultades en las que han tenido que vivir las

particularidades regionales, incluso después de aprobada la Constitución de 1991. Todavía hay trazas de la hegemonía que el centro intentó imponer con la Constitución de 1886, cuando se construía la nación desde el gobierno central. Hoy, al menos desde la perspectiva del ordenamiento constitucional, las cosas han cambiado, y es la oportunidad para el Caribe de mostrar cómo se puede construir nación desde la región

### LA IMPORTANCIA GEOPOLÍTICA

Las regiones, como las naciones, tienen también una singular importancia geopolítica, que debe ser entendida claramente en el proceso de estructuración. Las regiones apartadas que limitan con fronteras de otros países, frente a situaciones potenciales de conflicto, tienen, por definición, una gran prioridad en las agendas de las naciones. Por su posición alejada, un archipiélago como el de San Andrés y Providencia, frente a otros países que reivindican posesiones territoriales, tiene que ser entendido a partir de la prioridad de mantener la unidad nacional.

De la misma manera la Guajira frente a Venezuela no tiene la misma importancia de un departamento del interior con los del eje cafetero. Por ello, en este proceso, la visión geopolítica que la nación tiene hacia sus regiones es uno de los elementos fundamentales de su proceso de estructuración. Desafortunadamente, ni el gobierno central ni la Cancillería han podido cambiar la visión «parroquial» (Carvajal, 1997) que sólo concede importancia al centro. Prueba de ello es que las manifestaciones separatistas en San Andrés, Cúcuta, Juradó, etc., se siguen viendo como episódicas, coyunturales o pasajeras, como cosas que suceden donde «termina» y no donde «empieza» Colombia. No se entiende aún que estas manifestaciones se deben a la gran dificultad del gobierno de controlar todo desde el centro, a partir de los intereses clientelistas del estado central. La prioridad del manejo geopolítico debe ser una de las consideraciones fundamentales en el proceso de re-estructuración de la Nación en un periodo de globalización creciente, cuando las regiones fronterizas están más tentadas de formar parte del mercado mundial que del nacional.

### III. LAS BASES GEOHISTÓRICAS DEL CARIBE COLOMBIANO: UNA METODOLOGÍA

Ahora que conocemos los hilos, es importante saber qué es lo que queremos tejer, qué región y qué nación queremos hacer. Ha sido muy difícil entender la región porque simplemente se pensó que la región era la costa, y que la costa era una misma comunidad de destino parecida a la nación. Este supuesto implícito lo asumían los historiadores, por lo menos

los de los 80, quienes veían en la historia regional dos relatos muy distintos de los que se aprendían en la historia patria (Fals Borda, 1986)

La historia regional buscaba la superación del esquema nacional para fundar una región, como si fuera una nación. Pero rápidamente se puso en evidencia que la historia regional, tal como la concebían los nuevos historiadores, no tenía las mismas connotaciones, a pesar de haber producido un cambio fundamental en la visión, en la medida en que había «deconstruido» «*volens nolens*» los mitos de unidad nacional y había sacado a la luz pública un «enemigo simbólico» contra el cual luchar, que la historia patria siempre ocultó: el estado centralizador.

Estas visiones parecen válidas para la mayor parte de los países que han aceptado autonomías regionales, pues sin nuevos símbolos no hay movilización y si no hay movilización es muy difícil plantear el conflicto de intereses políticos entre el centro y la periferia, cuya resolución, en teoría, es lo que permite crear las nuevas regiones con su autonomía respectiva.

Por lo tanto, se necesita de otra visión para entender el proceso de estructuración regional. Esta visión la encontramos en el método de la geohistoria, que nos permite superar dos problemas fundamentales:

- § El de ver la región como un todo uniforme, cuando en realidad es sólo una parte de un conjunto complejo en el que se incluyen una gran variedad de ideas, territorios, propósitos sociales, políticos e ideológicos,
- § El de ver la región sólo como un componente nacional, cuando en realidad se estructura cultural, ideológica, social y económicamente con una unidad más amplia como es la cuenca del gran Caribe.

Superados estos obstáculos, la tarea de entender el sentido que tienen la diversidad de estructuraciones regionales de diferencias, inclusive de oposiciones y de disputas entre los grupos que habitan el Caribe colombiano, todavía no es clara. Se impone, entonces, como requisito la visión geohistórica que explique por qué y cómo se estructuran los diferentes elementos de la construcción regional.

Para dar una idea de esta dificultad, en mi época de profesor en Santa Marta, algunos colegas no entendían por qué se insistía en lo de la región Caribe, ni yo tampoco. Se decía que la gente ya estaba acostumbrada a hablar de la Costa Atlántica, que había un departamento llamado Atlántico, y además no les gustaba que los llamaran «caribes», pues los costeños no eran ni «indios» ni «caníbales»

En esa época las discusiones giraban en torno del error geográfico, pues al fin y al cabo se podría seguir llamando Costa Atlántica a la Costa Caribe, más por la inercia de señalar las cosas con el dedo que por amor a la



verdad o por un esfuerzo de conceptualización. Pero lo que discutimos hoy es el error histórico, que apenas empieza a superarse con la acción de sus intelectuales, de las universidades y del Observatorio del Caribe Colombiano.

En la historia de la Costa Atlántica no cabe la historia del Océano Atlántico. Esta es otra historia que si bien tiene alguna relación con la de la región (la navegación transoceánica, el dominio de las rutas marítimas, la trata de esclavos, la piratería, etc.), no le da sentido a la historia de la Región Caribe colombiana.

Hoy parece necesario tomar una decisión: llamarla en todos los textos región Caribe, no sólo porque está bañada por el mar Caribe, sino porque la historia del Caribe le da sentido a la historia de los pueblos que la habitan. La Costa Atlántica no puede seguir ocultando a los costeños el Mar Caribe ni el Gran Caribe. Tampoco puede persistir la idea de que una historia patria de corte andino -que ve al Caribe como escenario de batallas heroicas por la libertad y, en el menor de los casos, como el sitio de cuatro puertos de importancia secundaria para el interior- puede hacerles entender el sentido que tienen como pueblo. Sus raíces hay que encontrarlas en el contexto más amplio del Caribe, que incluye no sólo la Costa, sino la región Insular. Al contrario de la de la Costa, la historia del Caribe insular colombiano ha partido de su identidad angloafricana y siempre ha estado orgullosa de sus orígenes y de su contribución a la formación de la cultura del Caribe Occidental, como lo muestra Parsons (1985), al analizar la distribución de la diáspora bautista en Centroamérica, las Islas Cayman, a partir de los intercambios con Jamaica y otras partes del Caribe.

El contexto de la región Caribe colombiano, evidentemente es el del Gran Caribe, con el cual guarda estrechos lazos históricos, aunque la gente no lo sepa, como lo señala Bell (1997) en el caso del Caribe colombiano y Jamaica. El Caribe colombiano está mucho más ligado cultural, ideológica y socialmente al Gran Caribe que a Bogotá, con quien sus relaciones fueron tradicionalmente políticas y económicas a través de la élite costeña que manejaba los hilos del poder, como bien lo describe Gilard (1984). Y aunque el país se ha «costeñizado» en los últimos años, gracias al vallenato y a García Márquez, la costa no ha encontrado sus raíces regionales en una historia patria, de corte básicamente centralista. No porque no las tenga, sino porque esa historia patria es de base heroica y no da cabida a los hechos cotidianos que carecen de esos tintes de nobleza.

Por todo lo anterior, para entender sobre qué bases está construido el Caribe colombiano, se propone como el método más adecuado trabajar sobre una o varias geohistorias.

## PERO ¿POR QUÉ LA GEOHISTORIA Y NO SIMPLEMENTE LA HISTORIA Y LA GEOGRAFÍA A LA VEZ?

Ya se había hecho referencia a que la historia colombiana, como toda historia no crítica, ha sido escrita como una «historia patria», en la que la fundación de la nación se ha hecho a partir de una serie de actos heroicos que construyen la geografía histórica, es decir, la carta, el mapa en donde se inscriben los hechos fundadores. La historia de lo que hacen la mayoría de colombianos todos los días, la historia de lo que compone la Nación, es decir, de las regiones, no figura en las cartas, porque sus hechos banales pese a ser significativos no poseen la aureola de lo heroico. Así la carta histórica de las regiones que no tuvieron hechos heroicos es una carta vacía. De este modo se presenta una ruptura entre la historia y la geografía, y cada una va por su lado.

La geohistoria, como método, permite superar esta situación ya que busca entender un territorio a *partir* de la historia y no a *través* de la historia, lo que cambia completamente la visión. Permite superar el estrecho marco del recuento de hechos, de personajes, de sucesos ocurridos en el tiempo (seguir la historia sincrónica), para privilegiar el sentido que los hechos históricos tienen en el tiempo largo, en su duración. Lo que interesa no es contar que pasó, sino entender lo que ha pasado, a partir del tiempo (periodización) y en un espacio definido (el territorio), a través de los cambios que ha tenido la región.

Mirando el trabajo de Braudel (1963) con el Mediterráneo, que es un modelo de referencia para el Caribe, como lo entendió muy bien Arciniegas, se pueden ver los indicios de la geohistoria como método en el proceso de construcción de las bases para entender el Caribe colombiano. Braudel, después de estar trabajando 18 años sobre la historia de Felipe II, se dio cuenta en 1941, de que el personaje central era el Mediterráneo, es decir, la geografía. A partir de ese momento, Braudel emplea la geografía como una manera de leer las sociedades, constituyéndola en la parte sólida de su método, la que le permitía «fijar» los hombres.

La geografía tenía la función de valorizar los largos períodos y disminuir el peso de los personajes sustituyéndolos por un objeto espacial, en este caso el Mediterráneo, centrándolo como sujeto de la historia. «La geografía era el medio por excelencia de reducir la velocidad de la historia» Dosse (1987:132), hasta el punto en que la principal crítica que se le hace es precisamente la de «volverla casi inmóvil» (Ibid) Lo que se debe, sin duda, al gran esfuerzo de Braudel por identificar la geohistoria con la larga duración, pues consideraba que lo que estructuraba era el estudio de lo repetitivo, de lo constante de una manera subterránea, nada espectacular, a través del tiempo. Así, las oscilaciones lentas de la geohistoria eran realmente lo que permitía determinar el ritmo de las temporalidades, es decir, la escritura misma de la historia.

Pero hoy la geohistoria busca «analizar las realidades espaciales como componente activo de la dinámica de la sociedad», como se puede ver en el texto de Levy sobre «Europa» (1997: 3). Así, la geohistoria cambia y se vuelve un método apropiado para estudiar el movimiento y no las permanencias. Pero cuando éstas se presentan, en el método de Braudel se estudian más como casos particulares o como fenómenos de larga duración, que requieren un tratamiento específico, que como el núcleo del problema.

Estos cambios le han permitido a la geografía actual superar la etapa de definir lo inmóvil, lo fijo, para pasar a estudiar el sentido que tienen los cambios a partir de las lógicas espaciales. Por eso la lección de Levy consiste en mostrar cómo la visión tradicional de la geografía y la historia por separado o de la geografía histórica, que sólo muestra un mapa vacío, no aportan gran cosa al conocimiento de la región, pues ésta se convierte en un relato anexo o secundario de la historia patria, a la que se sigue dando la mayor prioridad en nuestros días.

#### PROSPECTIVA

Lo que nos proponemos al esbozar estas bases es más bien reconstruir *a posteriori* el espacio del Caribe colombiano para entenderlo como un objeto geohistórico. Por eso la pregunta central que nos hacemos es: ¿En qué momento y a través de qué bifurcaciones se opera el proceso de diferenciación que hace del Caribe colombiano una región específica?

Las respuestas a estas preguntas las vamos a encontrar si se logra desarrollar un programa de investigación en el que participen muchas instituciones, las universidades de la región, el Observatorio del Caribe Colombiano, la Comisión Regional de Ciencia y Tecnología, el Instituto Internacional de Estudios del Caribe, que desarrollen y consoliden las bases de la geohistoria de la Región Caribe colombiana, que hoy es aun un borrador, como una actividad académica, organizada, reflexiva y permanente, a través de tesis de grado, proyectos de investigación y publicaciones periódicas.

Aspiramos a que a este artículo despierte polémicas, y se inicien discusiones sobre puntos de vista que, evidentemente, comprometen sólo a su autor. Creemos necesarias otras visiones, otras geohistorias, para adelantar un debate crítico que permita saber si estamos definiendo claramente los procesos de estructuración que definen la región, para saber cómo es y cómo podría ser su devenir.

Nuestro objetivo era señalar las bases metodológicas para iniciar este trabajo que ha tenido tan ilustres predecesores. Creemos que en la Universidad Nacional sede de San Andrés existen condiciones para iniciar un trabajo riguroso y serio. Esperamos que se pueda desarrollar parte de esta visión «geohistórica» del Caribe colombiano, a partir de la Maestría de Estudios del Caribe, que se adelantará en asociación con el Observatorio del Caribe Colombiano, la Universidad del Atlántico y la Universidad de

Cartagena. Así se espera que la «caribología» no sólo siga siendo un oficio desarrollado por los ilustres historiadores y geógrafos que hemos mencionado, sino una profesión con título.

Para construir esas «geohistorias» se requiere la participación de la Costa, no sólo de las tres grandes ciudades de Barranquilla, Cartagena y Santa Marta, que son sólo una parte del Caribe colombiano. Ciertamente, la más importante, la más poblada, la única parte activa económicamente de la región, pero al mismo tiempo la más inmóvil, la más mediatizada políticamente por el poder central y la que continúa pensando el problema regional en función de los intereses de sus dirigentes políticos y de los burócratas de turno.

No obstante, se requiere especialmente la participación del Caribe insular, que a pesar de su reducido territorio emergido, unos 49 kilómetros cuadrados, presenta la densidad de población más alta de todas las islas del Caribe (57.324 personas), y tiene un papel muy importante por jugar en el futuro próximo, pues representa más de la mitad de la Zona Económica Exclusiva de Colombia en el Caribe (unos 350 mil kilómetros cuadrados). Y esto es fundamental en un país que a través de la historia ha perdido la mayor parte de sus territorios, como se señaló antes, porque estaban muy lejos, no servían para gran cosa o simplemente por la «desidia geográfica» de no tomarse el trabajo de saber en dónde estaban ni quiénes eran sus habitantes.

Hay que recordar que de esta «desidia» apenas nos damos cuenta. Pero si pensamos en que la Universidad Nacional saca en el año 2000 su primera promoción de geógrafos en Bogotá, y que la Universidad del Atlántico va a iniciar el montaje de esta carrera en Barranquilla, podemos pensar que el siglo XX resultó, prácticamente inexistente para la geografía profesional. Esto no quiere decir que no haya habido geografía. La ha habido y de una altísima calidad. Pero necesitábamos que fuera como el Derecho o la Medicina, para que conociendo profundamente el territorio, su significado y su sentido, no se hubiera tenido que lamentar ni su pérdida ni su separación. Estamos a tiempo aún de no tener que lamentar otras pérdidas y separaciones, si desarrollamos programas que permitan entender las regiones superando esta amnesia geográfica a la que se ha acostumbrado el país.

Este cambio en la visión geográfica tiene una consecuencia práctica: dejar de ver el Caribe exclusiva y excluyentemente como la «costa Caribe» y empezar a entender que hay muchos más Caribes dentro de este Caribe colombiano y dentro del gran Caribe, lo que implica extender los estudios geohistóricos a Urabá, La Guajira, el Bajo Magdalena, el Bajo Sinú y San Jorge. Se trata de olvidar que todos somos iguales, para pensar que en la región, como en todo el Caribe, lo normal es la diferencia, aunque sepamos por la geohistoria, por el análisis de sus movimientos y de sus cambios, que siguen siendo parte del mismo crisol el hombre de Cartagena, el de San Andrés y Providencia, el de las llanuras del Cesar, el de las de Bolívar y el de Urabá.

Si sólo lográramos hacer entender que los problemas de elaborar una tesis en un país extranjero -de lo que hablábamos al principio- se deben a la falta de método que permita ver la región desde su geohistoria, desde su contexto más amplio, habremos alcanzado el objetivo propuesto. No hay que olvidar que la costeñidad, la guajiridad, la raizalidad, la insularidad, el mismo mamagallismo de García Márquez o el «feeling» sublime de Bob Marley, sólo se pueden entender desde la «caribidad».

Tampoco cabe olvidar que, como todo hombre, tenemos múltiples pertenencias e identidades: somos costeños, isleños o raizales, también caribes y colombianos, y aunque mantenemos afinidades y diferencias, nuestras identidades no se agotan en una sola pertenencia: una costeñidad mal entendida como la que ha buscado estructurar la historia regional del caribe colombiano, ignorando al Urabá, la costa Miskitia o Panamá en el siglo pasado es tan peligrosa como la «colombianidad» que se quiso imponer en el Archipiélago de San Andrés y Providencia y que en estos aciagos días de fin de siglo estamos a punto de pagar muy caro.

Aún es tiempo de unir por la diferencia. Aprendamos al Caribe, creámosle a Gilard, quien no necesitaba de casi dos mil páginas para convencernos de que García Márquez fue Nóbel porque, además de su genial talento, reivindica claramente, no su «costeñidad», ni su afrolatinidad, ni su afroamericanidad, ni afrocolombianidad como se ha dado en llamar a esta inmensa diversidad, sino su caribidad, su identidad caribe.

Concluamos en que la «caribología» o la «caribística», o como la quieren llamar, sí existe. No es todavía una profesión, pero pronto lo será. Y estamos seguros de que su desarrollo permitirá entender mejor este inmenso país de cuatro esquinas, para que así, podamos entendernos.

## BIBLIOGRAFÍA

---

Bell, G. *A crucial factor in colombian history*. Conference at University of the West Indies, march 19, 1997. (Unpublished). 1979

---

Bravevoy-Wagner. *The Caribbean in the Pacific Century: prospects for Caribbean-Pacific cooperation*. Boulder, Co: Lynne Rienner Pub. 217 p. 1993.

---

Calvo, H; Meisel, A. (Eds.). *El rezago de la Costa Caribe colombiana. Banco de la República*, Fundesarrollo, Universidad del Norte, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá. 1999.

---

Carmona, H. *El Centro de Estudios e Investigaciones para la cuenca del río Grande de la Magdalena (Cermag)*. Universidad del Atlántico, Barranquilla (Documento sin editar). 1998.

---

Carvajal L. «Los desafíos de la Internacionalización de Colombia en los noventas: Más allá del rinoceronte y el avestruz». En *Internacional*, revista de la Cancillería de San Carlos. No. 22, mayo. 1997.

---

Clemente, I. *Educación, política educativa y conflicto político-cultural en San Andrés y Providencia (1886-1980)*. Fundación para la promoción de la Investigación y la Tecnología. Universidad de los Andes, Bogotá. 1992.

---

Corpes. *Mapa Cultural del Caribe colombiano*. Santa Marta. 1992

---

Dimar. *Aspectos sobre el Derecho Marítimo, Derecho del mar y Legislación Marítima*. Dirección General Marítima y Portuaria, Bogotá. 1987.

---

Fals Borda, O. *Historia doble de la Costa*. (4 T) Carlos Valencia Editores. Bogotá. 1986.

---

Fergusson, J. *The story of the Caribbean People*. Ian Randle Pub. Kingston. 1999.

---

Gillard J. *García Márquez et le Groupe de Barranquilla* (Thèse de Doctorat de'Etat, Paris III, Sorbonne (Non publiée). 1984.

---

Hartog. *La Miroir d' Herodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Gallimard, Paris. 1980.

---

*Horizontes*, No. 6, 7 y 8:20 San Andrés, Isla.

---

Lestrigant. *Le Cannibal. Perrin*, Paris. 1994.

---

Levy. J. *Europe Une Géographie*. Hachehtte, Paris. 1997.

---

Manigat, L. «From the late 1950's to 1975. The emergence of the Cribbean on the International Scene». En: *The Caribbean Yearbook of International Relations*, 1975. Leyden ande Trinidad, p. 55-137. 1976.

---

Martín, «Je est un autre, nous est un meme. Culture populaire, identités et politique a propos du Carnaval de Trinidad». *Revue française de science politiques*, 42 (5), octubre , p. 747-764. 1992.

---

Musset, A. *L'Amérique Centrale et les Antilles. Una Approche géographique*. Masson, Paris. 1994.

---

Múnera, A. *El fracaso de la Nación: Región, Clase y Raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Banco de la República/ El Ancora, Bogotá, 1998.

---

Parsons, J. *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Ancora Editores. Bogotá. 1986.

---

Posada Carbó, E. *El Caribe Colombiano. Una historia regional (1870-1950)*, Banco de la República/ El Ancora, Bogotá, 1998.

---

Ratter, B. Karibische Netze. *San Andrés y Providencia. Und die Cayman Islands zwischen weltwirtschaftlicher Integration und regionalkultureller Autonomie*. 1992.

---

Wayasbah, Hambourg.

---

Reclus., *Enciclopedia Géographique Universelle*, T. IV. Hachette, Paris, p 257. 1992

---

Sander, G. *Conflictos territoriales en el espacio marítimo del Caribe*. Fondo FEN, Bogotá, 1998

---

Todorov, T. *La Conquete de l'Amérique. La question de l'autre*. Paris, Seuil, 1982

## NORMA Y PLANIMETRÍA

### TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN LA CARTAGENA INDIANA DEL QUINIENTOS

MARÍA DEL CARMEN BORREGO PLA\*

LOS PRIMEROS AÑOS:

EL PRECIO DE UNA GEOESTRATEGIA

Cuando en 1533 la hueste de Don Pedro de Heredia pisaba el islote indígena de Calamarí, estaba muy lejos de suponer que aquella pequeña porción de tierra arenosa iba a convertirse con el paso de los años en una importante ciudad, Cartagena de Indias, capital de la gobernación del mismo nombre e indispensable nudo estratégico del entorno caribeño. En la mente de los recién llegados, avalados por la capitulación que Heredia firmara con la Corona un año antes, el ansia y la necesidad de fundar, de establecerse, porque siguiendo los criterios medievales, que aún impregnaban su mentalidad, el mismo acto fundacional implicaba no sólo la posesión de la tierra, sino la consistencia de su ocupación, así como la posibilidad para nuevos avances, porque la absorción del ingente escenario indiano se hacía por etapas, desde una plataforma ya asentada hacia otra aún por hollar.<sup>1</sup>

Pero semejante proceso no resultaba fácil: el cómo fundar era una interrogante que planeaba en el día a día de una administración, que como la española, se mostraba inexperta y distante respecto a un marco geográfico tan diferente y lejano del hasta entonces conocido; de ahí que se dejara gran parte de su desarrollo al conquistador y poblador de turno, más cercano a aquella realidad tan extraordinaria. Así al menos se reconocía en la capitulación firmada por Pedrarias en 1513: *Aquí no se puede dar regla cierta ni censo particular para la manera que se ha de tener en hacerlo —el poblamiento—, sino que la experiencia de los casos que allí sucediesen os han de dar avituallamiento y curso de como y cuando se han de hacer.*<sup>2</sup> Sin embargo, para estos años que nos ocupan —1533—, ya se comenzaba a disponer de noticias sobre los territorios atlánticos y por ende existía ya una primera legislación tan puntual como dispersa: normativa de Ovando en 1503, la citada de Pedrarias en 1513 o la más general de 1523 por citar sólo algunos ejemplos, cuyas disposiciones más significativas serían recogidas en el «corpus» de 1579, cuando ya hacía tiempo que Cartagena había iniciado su andadura. En todas ellas se reflejaba el deseo de adecuar a los

\* María del Carmen Borrego Pla, Licenciada en Historia de América en la Universidad de Sevilla en 1972, se doctoró en Historia de América, en 1979, en la misma institución, con tesis sobresaliente *Cum Laude*. Profesora titular del Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla, sus líneas de investigación han sido Cartagena de Indias en la época colonial, Santa Marta, Andalucía y la América colonial, América contemporánea e Historia del vino de Jerez. Ha publicado *Palenques de negros cimarrones en Cartagena de Indias a fines del siglo XVII* (1973), *Cartagena de Indias en el siglo XVI* (1983) y *El jerez hacedor de cultura* (1999). Ensayos suyos han sido recogidos en la Gran Enciclopedia de Andalucía y en diversos volúmenes colectivos y revistas de Sevilla, Génova, Valladolid, La Rábida, Madrid y Barranquilla. Ha participado como ponente en congresos de historia realizados en Roma, Valladolid, Cádiz, La Rábida, Las Palmas de Gran Canaria, Bogotá, Córdoba, París, Madrid, Sevilla, Leipzig, Santo Domingo, Salamanca y Liverpool.

1 Para la historia de Cartagena en el XVI, resultan muy útiles las obras de Enrique Marco Dorta: *Cartagena de Indias. La ciudad y sus monumentos*, Sevilla, E.E.H.A., 1951. Carmen Borrego Pla: *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, Sevilla E.E.H.A., 1983. Carmen Gómez Pérez: *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*, Sevilla, E.E.H.A., 1984. Eduardo Lemaitre: *Historia general de Cartagena*, 4 vols., Bogotá, Banco de la República 1983. *Cartagena de Indias y su historia*, editores Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca, Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano-Banco de la República, 1998. Nicolás del Castillo Mathieu: *La llave de las Indias*, Bogotá, Planeta, 1997.

2 Instrucciones dadas a Pedrarias Dávila, Valladolid, 27 de julio de 1513, en Martínez, Carlos: *Urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1967, pp. 172-174.

nuevos escenarios indianos, políticas pobladoras clásicas, las que hasta entonces no se habían podido experimentar.

Y así, en 1523 se advertía sobre la necesidad de que las nuevas fundaciones fuesen efectuadas en lugares sanos, ni muy altos *por la molestia de los vientos y dificultades del servicio y acarreo* ni muy bajos *porque suelen ser enfermos*, procurando tener agua potable cerca, *que se pueda conducir al pueblo y heredades derivándola si fuera posible, para mejor aprovecharse de ella y los materiales necesarios para edificar y tierras de labor y pasto*. Caso que la nueva ciudad albergase un puerto, la normativa, en el caso de Pedrarias ya citado, ordenaba que fuese *sano y no anegadizo* y en donde *se pueda aprovechar el mar para carga y descarga, sin que haya trabajo y costa de llevar por tierra las mercaderías que de acá fuesen*. Cuestión toda ella en la que se incidiría en la citada legislación de 1523, añadiéndose además que se tuviese especial *consideración al abrigo fondo y defensa del mismo*.<sup>3</sup>

Todas estas circunstancias que debía conocer el Adelantado, posiblemente le indujeron el 20 de enero de 1533 a establecer una fundación de tipo provisional en Calamarí, en espera de encontrar un lugar más apropiado, dado que éste no cumplía –salvo en lo referente al puerto–, los requisitos mínimos establecidos. Porque aquella tierra recién pisada, que paradójicamente aparecía ante los atónitos ojos de los expedicionarios como de un verdor exultante, encerraba en ella misma su peor maleficio, pues su propia feracidad selvática hacía muy difícil la roturación del terreno para la agricultura, provocando así mismo una completa inexistencia de pastos para el ganado. Todo ello complicado, aún más si cabe, por una casi total escasez de agua potable, mal endémico éste que asolaría todo el ámbito caribeño y que tan bien conociera Heredia desde su anterior estancia en Santo Domingo. Como entorno complementario, una dura climatología tropical, causa de vómitos, fiebres y disenterías, enervaba aún más a unos hombres conocedores del arrojo y bravura de sus indígenas, cuyas flechas habrían dado al traste con la expedición Ojeda-La Cosa (1510), disuadido de su posterior conquista a Gonzalo Fernández de Oviedo e incluso habían acabado con algunos compañeros del propio Heredia. En la mente de todos, las frecuentes *guazabaras* de infausta memoria y luctuosas consecuencias.<sup>4</sup>

No obstante, ni tropa ni Adelantado iban a dejarse arredrar. Así, para su temporal establecimiento cerraron a Calamarí *de árboles muy gruesos y espinosos*, en un vano intento por asemejarlo a una especie de fortaleza, que no sólo ayudase a su defensa, sino a cumplir el contenido de la citada Capitulación: *Vos doy licencia y facultad para que podáis hacer y hagáis en la dicha provincia una fortaleza cual convenga a la defensa de los españoles en la parte que mejor os pareciere*. Para la mentalidad del momento –otra vez el horizonte medieval–, semejante acción simbolizaba la señal inequívoca sobre la ocupación oficial de un territorio e incluso, la mayoría de las veces, podía convertirse en el germen de un futuro núcleo poblacional, como ocurriría en el caso cartagenero, aunque en estos primeros momen-

3 Ley 1ª, título 7, libro IV de la *Recopilación de las Leyes de Indias* mandadas imprimir y publicar por Don Carlos II, procedente de la disposición de Carlos V sobre fundaciones dictada en 1523. Madrid, Cultura Hispánica, 1973, vol. II, fol. 90v.– Bernal Ballesteros, Jorge: *Historia del arte hispanoamericano*, Madrid, Alhambra, 1982, tomo 2, pp. 13-14.

4 Marco, cit., pp. 4-8. Lemaitre, cit., vol. I, pp. 21-26.



tos parece que dicha cuestión estaba aún muy lejos de las mentes conquistadoras. En tal sentido el propio Heredia el mismo año 1533 escribía al rey, comunicándole la búsqueda de un lugar más idóneo para establecerse, *porque en toda esta bahía no he podido hallar agua que corra, sino de pozo y poca, por la cual causa yo envié a una de las carabelas que traíamos, arriba de donde estamos y otra abajo... para haber do podíamos hallar mejor asiento*.<sup>5</sup>

Pero no iban a encontrarlo, porque –la razón venía implícita en la anterior misiva– las extraordinarias condiciones portuarias de la bahía que escoltaba a Calamarí resultaban inmejorables. Una bahía a la que se le habría denominado Cartagena, según Juan de Castellanos «*por tener apariencia semejante a la que de tormentas es ajena en aguas que dicen de Levante*». A destacar, el que su primera aparición con dicho nombre estuviese registrada en una Real Provisión de 1503, por la que se facultaba a los castellanos para que pudieran capturar a los naturales que les hiciesen oposición y habitasen en *Las islas San Bernardo e Fuerte y en los puertos de Cartagena y en las islas de Baru, donde estaba una gente que se dice caribe*. Como características morfológicas que apoyasen su tantas veces reiterada excepcionalidad, una longitud aproximada de unas diez millas que se deslizaban de norte a sur, gozando además de una especie de *laguna litoral*, conformada por varios islotes de naturaleza madreporíca que la defendían del vecino Caribe. Precisamente uno de estos últimos, el conocido como Tierra Bomba, obligaba a que la entrada a puerto únicamente pudiera efectuarse atravesando uno de los dos canales por aquel entonces abiertos, el de Bocagrande o Bocachica, con las ventajas que ello suponía para la defensa de la misma y de la ciudad que se asentaba a sus orillas.<sup>6</sup>

De ahí que finalmente Heredia se decidiera el primero de junio del citado 1533 a elevar el rango de poblamiento provisional a definitivo; como diría Aguado *a hacer en el propio pueblo donde estaba alojado, su población y fundación*.<sup>7</sup> La ya conocida como Cartagena pasaba por ser una de las pocas ciudades que gozase de un doble nacimiento, lo cual también habría propiciado controversias históricas de todo tipo. La ya conocida como Cartagena y apellidada de Indias, se mantendría, al igual que otras grandes ciudades del acontecer universal, como por ejemplo Roma, empecinada por conservar su humilde alumbramiento en la noche de los tiempos; cuanto más importantes resultan los personajes, más oscuros y anónimos son sus primeros balbuceos en este mundo, tal vez a imagen y recuerdo de quien lo creó.

Así pues, la extraordinaria valía del emplazamiento cartagenero había podido con todos los obstáculos: dificultades climáticas, de abastecimientos, terrores más o menos infundados, e incluso se postergaba la normativa de poblamiento hasta entonces contemplada. De nada valdría el que en 1537 el juez de residencia Juan de Vadillo escribiese a la Corona comunicándole *que estaba buscando otro sitio donde mudar*. Dos años más tarde, los propios oficiales reales llegaban a reconocer en una nueva misiva que a

5 Carta de Pedro de Heredia a S. M., Cartagena, 1533, A.G.I., Santa Fe 37. Capitulación de Pedro de Heredia, Medina del Campo, 5 de agosto de 1532, en Gómez Pérez, cit., pp. 379-382.- Marco, cit., p. 5.

6 Castellanos, Juan de: *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá, ABC, 1955, Tercera Parte, Canto Primero, vol. III, pág. 21. Para todo lo concerniente a la toponimia cartagenera, vid. Lemaitre, cit., vol. I, pp. 11-15.

7 Aguado, Fray Pedro: *Historia de Venezuela*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1950, Libro Octavo, Capítulo Segundo, Vol. II, p. 25.- Martínez, cit., p. 32. Como espléndida recopilación de todas las teorías existentes sobre la fundación de la ciudad, vid. Lemaitre, cit., vol. I, capítulo VI.

pesar de las dificultades propiciadas por aquel especialísimo enclave –las cuales estaban intentando paliar–, habían decidido permanecer en él, *porque no hay necesidad de pensar que se ha de mudar el pueblo... porque no hay en toda la gobernación otro asiento y puerto como éste.*<sup>8</sup>

Cartagena se convertía, pues, en los ojos vigilantes de una España muy inquieta ante un más que tenso escenario internacional, cuyo principal reflejo se proyectaba en el cercano Caribe, plagado de piratas, corsarios y bucaneros de todo tipo y condición. Y aunque a veces esos ojos se cerrasen momentáneamente por el ataque de turno, su aun todavía pequeño cuerpo comenzaba a perfilarse como coraza defensiva del gigante neogranadino que se levantaba a sus espaldas. Mientras, *la perla de su bahía* acogía cuidadosamente la flota –los «galeones»– que anualmente llegaban de la lejana babilonia sevillana, pues no en vano Cartagena –conjuntamente con Veracruz y Panamá– llegaría a ostentar el alto privilegio de ser uno de los tres «puertos únicos» indianos. Puerto que sería calificado años después por el capitán Juan Díaz Vallejera –*hombre que por experiencia entiende de guerra*– como *uno de los mejores del mundo* entre todos los que había visto durante sus veintisiete años de vida militar, *así por las tierras de Su Majestad, como en otras partes de Italia, Francia y Flandes.*<sup>9</sup>

#### CONSTRUCCIÓN Y ORDENAMIENTO: LA OMNIPRESENCIA DE UN CABILDO

Sin embargo, estas extraordinarias cualidades de su emplazamiento, no iban a ayudar precisamente al próximo devenir, que se vislumbraba harto complejo. Y así en un primer momento la nueva ciudad debió contentarse con los humildes bohíos indígenas como eventual morada transitoria; pero cuando se afianzó la fundación, los universos mentales se vieron obligados a cambiar, pues los otrora conquistadores trocaron las espadas por tierra, haciendo buenas las palabras de Francisco López de Gómara: *quien no poblar no hará buena conquista y no conquistada la tierra no se convertirá la gente, así que la máxima del conquistador ha de ser poblar.* En el transfondo de todos los fenómenos pobladores, la presencia más o menos consciente de una simbología con un alto contenido judeocristiano, la cual aunque no se apreciaría directamente en Cartagena, sí lo haría con extrema nitidez en la fundación, cuatro años más tarde de Santa Fe de Bogotá. Según Juan de Castellanos, en la misma se habrían levantado 12 ranchos *pajizos que bastaban por entonces para recoger la gente toda repartida en doce camadas, por igualar las casas a las doce tribus de los hebreos, y a las fuentes de la tierra de Elín por do pasaron, y al número doceno de las piedras que al río Jordán fueron sacadas y en el suelo de Gálga pusieron, para memoria de sus descendientes y señal de las grandes maravillas que Dios obra por ellos y principio de posesión eterna, que los mismos intentos se tuvieron en aquestos ranchos por nuestra gente fabricados.* Por su parte, Fray Pedro Simón teorizaría so-

8 Carta de Juan de Vadillo a S. M., Cartagena, 21 de agosto de 1535 y Carta de los oficiales reales a S. M., Cartagena, 7 de octubre de 1537, en Marco, cit., p. 6. Martínez, cit., p. 33.

9 Marco, cit., p. 30. Para todo lo referente a la historia de Cartagena como puerto de Galeones, vid. Castillo, cit., capítulos I - V.

bre los citados 12 ranchos, considerándolos una especie de alegoría apostólica: *deseando* –Jiménez de Quesada– *que esta ciudad, pues era una de las que tiene la Iglesia Católica y fundada por católicos, permaneciese todo el tiempo que la misma Iglesia que ha de ser hasta el fin del mundo, fundada después de Cristo por los doce Apóstoles.*<sup>10</sup>

Si seguimos a Juan de Castellanos –e incluso a Fray Pedro Simón–, el proceso fundacional cartagenero debió continuar por los cauces previstos *cuan- do para fundar pueblo potente, cristiano morador tomó la mano, repartiendo por orden los solares en el istmo que goza de dos mares.*<sup>11</sup> Pero, desgraciada- mente, hasta ahora nada más puede añadirse al respecto. ¿Cómo se efec- tuaron estos primeros repartos?, ¿quiénes fueron sus beneficiarios?, ¿se mantuvo en su totalidad o en parte el antiguo trazado si es que existió?, ¿cuánto tiempo siguieron prestando servicio los antiguos bohíos indíge- nas? Al igual que lo acontecido con el nombre y la fecha fundacional de la ciudad, la oscuridad se empecina también en ser eterna compañera de este acontecimiento. Personaje para destacar, el gobernador Juan de Vadillo (1536-1537), a quien se le debe *la construcción de algunas casas junto a la iglesia, ejemplo que siguieron los vecinos, a quienes les trazó calles que antes no tenían.* Precisamente uno de los cargos en su juicio de residencia fue el de haber trazado una calle recta *en contra de la costumbre.*<sup>12</sup> Primera noti- cia sobre una inicial planimetría, que no dejaba de ser curiosa en unos momentos en los cuales toda Europa –incluida España– pretendía un re- nacimiento de la época clásica, olvidando el, para muchos, tenebroso y un tanto retrasado mundo medieval. Sobre todo en la parcela arquitectónica, en donde las nuevas y extensas tierras indianas se presentaban como el marco ideal para hacer realidad el sistema hipodámico en damero, es decir, un trazado en forma de perfecta cuadrícula, dadas la consiguientes ventajas que del mismo se derivaban, según luego veremos. Sin embargo, en la nueva ciudad cartagenera, la fuerza de la tradición debió contar si no *de iure, sí de facto*, pesando más en esta etapa inicial que cualquier teórica renacentista. Para algunos componentes de la hueste, sus recuerdos vola- ban a las tortuosas calles de la Castilla medieval, apiñadas alrededor de una iglesia; para otros, las imágenes que habían dejado atrás los remitían a laberínticos entornos andaluces, en donde recodos y callejones –a veces sin salida– anulaban la perspectiva. Todos ellos, escenarios de una vida pasada que se negaban a olvidar para no perder totalmente su nexo de unión con sus primitivas raíces.

Mientras tanto la Corona se esforzaba insistentemente en incentivar todo lo relacionado con el poblamiento cartagenero y por estas mismas fechas ordenaba al citado Vadillo *que los vecinos de aquella provincia gasten la décima parte de su hacienda en edificios. Tendréis cuidado en que se cumpla así, animando a los vecinos y pobladores a que edifiquen y planten y críen de tal manera que se perpetúen y pueblen los pueblos.*<sup>13</sup> España temía que aque- lla inicial plataforma de Cartagena sufriese una sangría poblacional simi- lar a la soportada por la cercana Santa Marta; tierras caribeñas complicadas para la convivencia y que luchaban por sobrevivir ante el cada vez más

10 Para todo lo concerniente a la filo- sofía pobladora y a sus raíces judai- cas, vid. Morales Padrón, Francisco: *Los conquistadores de América*, Ma- drid, Espasa Calpe, 1974, p. 70 y Bonet Correa, Emilio: «La ciudad hispanoamericana». *Gran Enciclope- dia de España y América*, Madrid, Espasa Calpe-Argantonio, 1986, tomo IX, pp. 26-27.

11 Castellanos, cit., p. 36. Simón, Fray Pedro: *Noticias históricas de tierra fir- me*, Bogotá, Casa Editora de Medardo Rivas, 1892, Tercera par- te, Primera noticia, Capítulo XIII, p. 13.

12 Marco, cit., pp. 6 y 8.- Borrego, Car- tagena..., cit., pp. 8-9.

13 Martínez, cit., p. 33.

amplio reclamo de sus hermanas interiores, cuyas posibilidades metalíferas llegaban persistentemente a oídos de propios y extraños. Semejante inquietud estaba más que justificada, pues poco tiempo después, los propios oficiales reales hacían saber al por entonces gobernador Santa Cruz *que los edificios no se pueden hacer fuertes, porque en ellos ni en su comarca hay piedra y en la isla de Carex donde dicen que la hay, sería muy dificultosa de traer... asimismo en toda esta ciudad e sus alrededores ni con más de dos leguas, es toda ciénagas e arenasles y en toda la ciudad e puerto no hay casa ninguna de piedra y en lo que viven son de pajas y cañas e madera e palmas que es como chozas de Castilla.*

De nuevo en el olvido la legislación de 1523, la cual como ya se ha expuesto, ordenaba que las ciudades se erigieran en lugares idóneos en lo que a materiales de construcción se refiere.<sup>14</sup> Desde hacía tiempo, la realidad se había impuesto en unos cartageneros que desafiaban las dificultades con su mejor ingenio, tratando de sacar partido a lo que el entorno les ofrecía; de ahí el uso de madera, palma, paja,... materiales todos ellos humildes que habrían propiciado una especie de «cultura del bahareque generalizado». Aunque ya se alzaban algunas voces, como las del Deán Materano, afirmando que semejante situación podía mejorar: *Turipana tiene madera junto al agua y sin trabajo de los indios se hará, que con los barcos puesta la madera a la lengua del agua se hará traer; la caña y la lata (sic) de Bahayre y Matarapa, que la tienen toda a la lengua del agua y con canoas se pueden traer; la palma y la paja todo de mancomún, la tablazón, Turipana, que tiene la madera muy buena para ella y la tiene junto al agua.*<sup>15</sup>

En cierto modo, la dificultad en la edificación era el mejor símbolo externo de los problemas internos de sus vecinos, que por aquellos años ya habían sufrido las contrariedades jurisdiccionales derivadas de la segunda capitulación del Adelantado, el ataque pirático de Roberto Baal, las luchas intestinas de los Heredias con miembros de su antigua hueste y los gravísimos conflictos provocados por la aplicación de las Leyes Nuevas. No se podía pedir más, pero aún faltaba lo peor: el pavoroso incendio que en 1552 dejaba la ciudad prácticamente reducida a cenizas. Como detonante, en palabras de fray Pedro Simón, el descuido de ciertas mujeres que, al intentar cuidar a una enferma de mal incurable, habrían prendido fuego a la pared de la casa; los débiles elementos constructivos y las crecientes brisas de aquel enero –*que cuando vienen sin estas desgracias son el alma de la ciudad contra sus insufribles calores*– harían el resto.<sup>16</sup>

Pero como el fuego que extermina también crea, muy pronto la agonizante ciudad iniciaba una tenaz reconstrucción, resurgiendo sin prisas, pero sin pausas, como si de un *Ave Fénix* se tratara. Este fue el momento en que quedaba totalmente confirmado algo que ya venía detectándose desde los primeros balbuceos de la ciudad: ante cualquier tipo de adversidad, el remedio debía partir de los propios cartageneros, del correspondiente vecindario, porque prácticamente resultaba inútil esperar algún tipo de ayuda exterior. Los territorios próximos estaban inmersos en su propia cotidiani-

14 Carta de los oficiales reales al Gobernador Vadillo, Cartagena, 1538. A.G.I., Santa Fe 80. Marco, cit., p. 19.

15 Carta del Deán Materano a S. M., Cartagena, 5 de abril de 1536. A. G. I. Santa Fe 80. Marco, cit., p. 19.

16 Como estudio global de esta época, vid. Borrego, Cartagena..., cit., capítulo V y VI. Lemaitre, cit., vol. I, p. 150.

dad, ya de por sí, igualmente, complicada y la Corona, cuando respondía, lo hacía tarde y limitadamente. Eran tiempos complejos para un vasto imperio español, cuyo cetro no sólo abarcaba el ya de por sí extenso escenario indiano, sino también el europeo, cuya inestabilidad repercutía en el primero. Las arcas de la Real Hacienda apenas daban abasto, mientras que dos dilemas más que significativos se posicionaban en el tablero de la política internacional: la amenaza –por otra parte ya endémica– de la Gran Bretaña y el peligro del poderío turco en la cuenca mediterránea. Los preparativos para conculcarlos iniciaban su espinoso recorrido: la victoria de Lepanto y el desastre de la Armada Invencible estaban a punto de llegar. España miraba ahora a su frente europeo, mientras que la retaguardia indiana debía esperar; Cartagena tenía que saber, querer y poder encarar ella sola su futuro.<sup>17</sup>

Ésta sería la profunda razón que estableciese el estrecho vínculo de los cartageneros con su cabildo, máximo representante legal de sus intereses y centro de decisión a nivel local con capacidad de respuesta inmediata. Bien es verdad que dicha institución estaba monopolizada por un grupo endogámico de poder, conformado por encomenderos, comerciantes y estancieros, los cuales «se turnaban» en el oficio, cometiendo a veces irregularidades para autolegislar en su provecho; pero no era menos cierto que en los momentos de zozobra, obviamente porque también a ellos mismos les interesaba, eran los primeros en buscar soluciones que alcanzaban a todo el vecindario. En este sentido y para el tema que nos ocupa, el compromiso consistorial con todo lo referente al desarrollo y adecentamiento urbano sería manifiestamente notable. Como muestra, la extensa normativa municipal dictada a partir del fatídico 1552 y que respondería a tres cuestiones fundamentales: la seguridad de los nuevos edificios, la durabilidad de sus materiales y el establecimiento por ley del precio en éstos últimos. Respecto a la primera, se reiteraría una y otra vez bajo graves penas pecuniarias, el que se siguiera construyendo en bahareque con cubiertas de palma o bijao, prohibiéndose asimismo la traída de dichos materiales desde otros lugares indianos. Y dentro de esta filosofía de prevención, las fraguas de los plateros y hornos de los panaderos debían instalarse en el centro de las correspondientes estancias, siendo sus cubiertas de teja, mientras que el fuego existente en las cocinas del vecindario debía estar protegido por un hoyo que tuviese de profundidad *hasta la rodilla de un hombre*. En cuanto a los materiales de construcción y dada la escasez de piedra, las preferencias municipales se decantaban por madera, tejas, ladrillos y cal, dando lugar a entornos mucho más gráciles y refrescantes que los recios –por pétreos– del interior neogranadino. En el horizonte, el reflejo andaluz y canario tan lejos y a la vez tan cerca.

Muy pronto tejares, barreros y calerías no darían abasto para cubrir las necesidades del numeroso vecindario y como *muchos eran los llamados y pocos los elegidos*, el citado consistorio se vio forzado a obligar una prelación en el orden de venta, prefiriéndose para la misma, a los propios cartageneros frente a las numerosas peticiones provenientes de los territo-

17 Como estudios ya clásicos para el conocimiento de la política internacional de estos años, resultan esenciales los de Fernand Braudel: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. Henry Kamen: *Felipe de España*, Madrid, Siglo XXI, 1998. Manuel Álvarez Fernández, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

rios vecinos. El precio –un año después del fatal siniestro–, quedaba estipulado en seis pesos para el millar de tejas y gradillas –de los mismos parámetros que se hacían en Castilla– y en cuatro el cahiz de cal viva. Sin embargo, la fiebre constructora que se apoderó de la ciudad fue tal –en 1573 cuatrocientas familias, 1607 el doble–, que en 1564 el millar de las citadas tejas y ladrillos costaba ya 10 y 8 pesos respectivamente, mientras que cuatro años más tarde habrían alcanzado los 12 y 13 pesos, apreciándose además la media fanega de cal en medio peso, ordenándose asimismo que ésta última fuese vendida en *pedra viva* y nunca disuelta en agua salada, pues fraguaba mal y dificultaba la solidez de las edificaciones.<sup>18</sup>

### LAS COMPLEJAS HUELLAS DE UN TRAZADO: LOS SOLARES DE LA DISCORDIA

Los años iban pasando y el perfil de la ciudad que se vislumbraba comenzaba a ser, según sus propios contemporáneos, espléndido, tal y como referendaba el vecino y cabildante Don Alonso Mendoza y Carvajal en 1582: *la ciudad está tan ennoblecida y cumplida, que es contento de verla por de fuera y por de dentro, de tantas torres y azoteas... que desde la mar por donde vienen los navíos parece ciudad de tres o cuatro mil vecinos, por estar tan ennoblecida y cumplida de edificios.*<sup>19</sup>

Pero por desgracia la cartografía hasta ahora existente en la que se pudiera observar semejante fenómeno, resulta tan tardía –la más temprana data de 1570– como escasa, de ahí la importancia que concedemos al plano que acompaña al presente trabajo, cuyas especiales características lo habrían hecho pasar prácticamente desapercibido hasta nuestros días. Conservado en el Archivo General de Indias en su Sección Panamá, sin fecha ni firma, su primera referencia vendría dada en el Informe del General de la Armada, Don Luis Fajardo, datado en Cartagena el 4 de marzo de 1599. En el mismo se presentaba al rey la dificultad que entrañaba un determinado proyecto de fortificación, el cual, a pesar de no haber podido ser localizado, parece fundamentado pensar que es el que nos ocupa, pues su planimetría y contenido concuerdan totalmente con lo argumentado en el mencionado informe.

Respecto al autor de su traza, las interrogantes resultarían más difíciles de despejar. En este sentido, para unos pocos autores, como por ejemplo Torres Lanzas, su factura debería atribuirse al mismísimo Juan Bautista Antonelli, extraordinario ingeniero militar que llegaba a puerto cartagenero en 1594 y que fue autor de importantísimos proyectos de fortificación. Sin embargo, un mayor número de estudiosos, entre los que se encontrarían Marco Dorta o Juan Manuel Zapatero, se inclinarían por el citado Fajardo, dadas las coincidencias anteriormente señaladas. A destacar el que en el mencionado Informe se explicita que el inconveniente expuesto en el mis-

18 Borrego Plá, Carmen: *El Cabildo de Cartagena en el Quinientos: una adecuación al caso sevillano. Los cabildos andaluces y americanos. Su historia y organización actual*, Huelva, Patronato Quinto Centenario-Diputación-Caja de Ahorros-Universidad Santa María de La Rábida, 1992, pp. 301-335. En cuanto a las ordenanzas municipales y dada la extensión cronológica que abarcan, resulta prácticamente imposible reseñarlas en su totalidad, vid. de la misma autora: *Cartagena...*, cit. Apéndice III, pp. 480, 482-483, 485, 487-489.

19 Marco, cit., p. 36.

mo se verá en la mencionada planta. En cuanto al entonces gobernador Don Pedro de Acuña, todos los analistas lo hacen aparecer, en cualquier caso, como posible emisorio del dibujo en cuestión, concediéndole muy pocas posibilidades a su autoría sobre el mismo. Todo lo hasta aquí expuesto induciría a una datación entre 1594 –llegada del mencionado arquitecto militar– y 1559 –año del respectivo informe–.

Precisamente el tener como objetivo fundamental la defensa de la ciudad de Cartagena, habría dotado a nuestra fuente cartográfica en cuestión de una peculiar característica. La de presentar siempre, formando parte de un único plano, dos plantas superpuestas y coincidentes, unidas ambas por una pestaña; la inferior recogiendo el trazado de la ciudad, mientras que la superior plasmaría un proyecto de fortificación diseñado sobre el mencionado trazado y que pronto se convertiría en su única impronta, desviando el valor que en sí mismo tenía como fuente urbanística. En este sentido sería publicado por Marco Dorta y Juan Manuel Zapatero como uno de los muchos intentos fallidos que sufrió la defensa cartagenera y posteriormente volvería a ser reproducido –siempre en blanco y negro– con un carácter meramente ilustrativo sin mayor trascendencia, por la revista cartagenera *Tabulario* en su primer número. Colofón de todo lo expuesto, la equívoca identificación que hasta ahora le ha acompañado y que respondería al título *Plano de la ciudad de Cartagena con un proyecto de murallas* cuando en realidad el que consta en su cartela es el de *Las cosas más particulares de la ciudad de Cartagena*.<sup>20</sup>

Hechas pues estas salvedades y pasando al estudio de su contenido urbano, cuya función tratamos ahora de rescatar, resulta evidente que a finales del XVI el principal núcleo poblacional continuaba manteniéndose en el primitivo islote de Calamarí; aunque comenzaba ya a detectarse una tímida expansión hacia el también cercano islote de Getsemaní, llamado así por el Deán Materano *porque era lugar excluido de la ciudad, al igual que el Monte de los Olivos con respecto a Jerusalén*.<sup>21</sup> Vecino más que significativo del mismo, el convento de San Francisco, el cual por aquel entonces contaba *con iglesia, cuarto donde viven los religiosos y cerca para el claustro* y cuya ubicación, separada del bullicio de la ciudad, convertíase en una extraordinaria alegoría de la austera sencillez propugnada en sus reglas.

Entre ambos islotes, el canal de San Atanasio, sobre el que desde los tiempos del licenciado Santa Cruz se elevaba el puente de San Francisco *cosa muy necesaria para la contratación de esta tierra, porque esta ciudad está aislada de la mar y con este puente hay entrada y salida a esta ciudad y para la contratación de la tierra y para llevar y traer ganado al pasto de ella*.<sup>22</sup> A destacar, el que en esta ocasión la casa franciscana se encontrase –al igual que en Lima, Quito, Bogotá, Panamá, Veracruz, La Habana o Buenos Aires–, próxima al mar o en su defecto, a algún curso de agua. Esta última siempre a la vista de los seguidores del de Asís, haciendo meditar a más de uno sobre su profunda simbología: el agua como fuente y manantial de

20 Informe del General Fajardo a S. M., Cartagena, 4 de marzo de 1599. A.G.I. Santa Fe 519. Marco, cit., p. 55. *Las cosas más particulares de la ciudad de Cartagena*. A.G.I. Mapas y Planos, Panamá 20 (procede de Intendente General 1528). Publicado en Marco, cit., p. 287 y figuras 95-96, en Zapatero, Juan Manuel: *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Madrid, Cultura Hispánica, 1979, p. 49, lám. 9 y en *Visitas de los solares de la ciudad de Cartagena*. Cartagena 3 de octubre de 1560», *Tabulario*, nº1, Diciembre, 1990, p. 7.

21 Marco, cit., p. 25.

22 *Ibidem*.

vida eterna. El bautismo del Salvador en el Jordán aparecía como imagen recurrente en claustros, celdas y refectorios.<sup>23</sup>

Contrapunto a esta sosegada placidez, el bullicio efervescente del otro lado del canal, donde el primitivo núcleo originario de Cartagena aparecía cada vez más consolidado como ciudad, *ordenándose* por un trazado en *parrilla, cuadrícula o damero*, gracias al cual las calles se cruzaban perpendicularmente, permitiendo en caso de ser necesario, una pronta –y en lo posible– cómoda ampliación, aunque la realidad geográfica con el paso del tiempo iba a imponer otros cambios. Los antecedentes de semejante sistema serían tan antiguos como variados, desde Hipódamo de Mileto, hasta los numerosos campamentos de la Roma Imperial, que derivaron en asentamientos estables –Mérida o León–, pasando por las «bastidas» medievales de carácter militar –Segura, Viana, Salvatierra o Briviesca entre otros–.<sup>24</sup> No obstante, las referencias más próximas se centrarían en dos fundaciones peninsulares, efectuadas por los Reyes Católicos para cercenar el reino nazarita de Granada. Una, de carácter marítimo, Puerto Real, situada en la Bahía de Cádiz; la otra, en el interior de la vega granadina, Santa Fe, de hondas raíces indianas, al ser la cuna de las capitulaciones colombinas.<sup>25</sup> Y como fundamento legal de todo lo expuesto, la ordenanza decretada por Carlos V en 1523: *... elijan el sitio de los que estuvieren vacantes y por disposición nuestra se pueda ocupar, sin perjuicio de los indios y naturales o con su libre consentimiento: y cuando hagan la planta del lugar, repártanlo por sus plazas, calles y plazas a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a los puertos y caminos principales y dejando tanto compás abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma.*<sup>26</sup>

Pero tal y como hemos avanzado con anterioridad, el carácter insular de Cartagena iba a modificar las intenciones iniciales; la escasez de suelo, dada su naturaleza insular, iba a propiciar no sólo una «dilatación» hacia Getsemaní, sino además que el perímetro urbano no pudiera presentar un trazado cuadrangular perfecto, erigiéndose unas manzanas –«cuadras»– más largas de lo acostumbrado y con grandes variantes en su tamaño; fenómeno éste similar al ocurrido por aquellos años en la isla de Santo Domingo.<sup>27</sup> Problema directamente relacionado con el anterior sería el referente a los repartos de los solares urbanos, que un día –según parece, iniciara Heredia y que posteriormente serían manipulados por el cabildo municipal, dando lugar a un auténtico «mercadeo».

Así al menos se desprendería del informe solicitado en 1560 por el oidor de la audiencia santafesina, Melchor Pérez de Arteaga, que por aquellos días se encontraba en Cartagena para girar visita a los indígenas de la misma: *Dado que los regidores y justicias de esta ciudad han repartido y reparten entre ellos los solares, ocupando las calles, los ejidos y baldíos de ella, causando grande incomodidad e menoscabo de sus edificios e plazas e aprovechamientos y propios... tomando los dichos solares sin los ocupar, solo para los tornar a vender.* Como resultado de lo expuesto, aparecían 40 vecinos,

23 Gálvez, José: *Calles de Lima y meses del año*, Lima, San Martí & Compañía, 1943. Puyo, Fabio: *Bogotá*, Madrid, Mafre, 1992, p. 80. Aguilera Rojas, Javier: *Urbanismo español en América*, Madrid, Editora Nacional, 1973, pp. 31, 73, 140, 193 y 207.

24 Durán Montero, M<sup>a</sup> Antonia: *Fundación de ciudades en el Perú durante el siglo XVI*, Sevilla, EEHA, 1978, pp. 40-44.

25 Bonet, *La ciudad...*, cit., pp. 29-30.

26 Vid. nota 3.

27 Bonet, *La ciudad...*, cit., p. 32.



la mayoría de ellos cabildantes, intentando vender unos 49 solares que habían llegado a sus manos bien directamente, gracias a los repartimientos iniciales o por compra a sus antiguos propietarios.<sup>28</sup> Ignoramos por ahora el derrotero que dicha situación tomaría, pero de alguna forma las irregularidades debieron persistir en tal sentido, cuando el propio consistorio cartagenero ordenaba en 1577 *que por cuando en la parte llamada Jetsemaní y otras partes de la ciudad están proveídos solares hace muchos días y a diferentes personas y no los edifican y los dejan estar hecho arcabuco y es causa de que la ciudad no aumente por aquella parte, por lo tanto se ordenó que todas las personas que tuviesen solares en la dicha parte de Jetsemaní o en otras cualquiera, las cerquen y edifiquen dentro de seis meses primeros siguientes, so pena de que si no lo edifican dentro de este término, quede el solar vaco, para que se pueda proveer a otra persona y esto se ejecute sin embargo de cualquier cosa que se diga contra esto y se alegue.*<sup>29</sup>

### PLAZA Y PODER: ESPACIO OBJETIVO Y ESPACIO PERCIBIDO

Pero la originalidad cartagenera se encaminaba aún más allá y así todo este damero urbano giraría sobre dos espacios rectores de la actividad ciudadana, conformado cada uno de ellos por dos plazas, que iban a desarrollar funciones muy específicas y complementarias. Lindante al mar, se levantaba la conocida precisamente como *Plaza del Mar*, cuyo origen estaría teñido de una marcada «funcionalidad», pues fue debida a la orden del gobernador Pedro Fernández del Busto para que se uniesen los dos muelles de la ciudad *con un pretil de cal y canto de una vara de alto y con troneras*, con el fin de que se gozase de una mayor amplitud y comodidad en el trasiego de mercancías; semejante obra habría obligado a cegar una maloliente ciénaga, tormento del sufrido vecindario, propiciándose así un espacio un tanto irregular que se convertiría en nuestra plaza en cuestión.

Plaza que, a pesar de su precaria extensión, muy pronto se transformó, dada su excelente ubicación, en el corazón económico de una Cartagena comerciante y vitalista, siendo el lugar por excelencia para tratos y contratos. De ahí que en su seno se levantara la Aduana Real, la cual para la época que nos ocupa estaría conformada por *unas casas reales, un almacén y aduana para meter las mercancías que se avaliasen*. Por referencias indirectas se intuye que el edificio debió constar de dos cuerpos: el inferior, porticado y destinado a oficinas, mientras que el superior, rematado por troneras, serviría como morada para los respectivos funcionarios. Todo él con un cierto sesgo renacentista, pues no en vano su factura debió contar – según Marco Dorta – con el insigne arquitecto Hernán Ruiz, quien también prestaría su colaboración en el imponente Hospital de la Sangre sevillano.<sup>30</sup>

De todo lo expuesto, se desprendería que los elementos arquitectónicos por excelencia de aquel espacio marítimo eran la tronera y el soportal. La

28 *Visitas de los solares de la ciudad de Cartagena...* cit., pp. 5-10.

29 Ordenanza del cabildo. Cartagena 11 de enero de 1577, en Borrego: *Cartagena...*, cit., p. 496.

30 Hardoy, Jorge E.: *La forma de las ciudades coloniales en la América Española. Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, Madrid, C.S.I.C., 1975, pp. 319-323. Marco, cit., pp. 48-49.

primera, con su indiscutible carácter medieval y defensivo, se alzaba vigilante ante cualquier momentáneo peligro proveniente del vecino océano. El segundo, hundía sus raíces en el pórtico o peristilo romano, que con algunas adaptaciones –según ciertos urbanistas–, habría seguido dándose en la Castilla medieval, prestando multitud de cometidos. Sede temporal de los primeros concejos, resguardo seguro para el calor y la lluvia e incluso improvisada sala para encuentros, conversaciones y cuchicheos tan de moda en la época. Cuestiones todas ellas que se proyectarían a Cartagena, aunque en su caso se contaba con la «prolongación» de la carnicería, humilde edificio levantado en uno de los extremos de la plaza y auténtico foro de la misma. Para entonces hacía ya muchos años –desde la década de los 40– que Cartagena había conseguido solventar aquella perentoria necesidad de ganado que comentábamos al inicio de este trabajo, resultando más que significativa su producción porcina y sobre todo vacuna; ésta última incentivada por la decisión municipal de abrir un camino *hasta las sabanas que se dicen de Curucha*, cerca de Arjona, en lo que luego serían los márgenes del canal del Dique.<sup>31</sup>

En el horizonte de todo este espacio, de nuevo el mundo medieval, cuando las ciudades peninsulares mantenían en sus extramuros una pequeña plazoleta para mercado, la cual iría adquiriendo cada vez una mayor importancia, hasta terminar rodeada por las residencias de mercaderes y tratantes locales. Tal circunstancia no obstante parecería ser insuficiente para la Plaza del Mar cartagenera, cuyo flujo comercial sobrepasaba su propio ámbito para continuar en otra pequeña Plaza, complemento de la marítima y que se denominaba *de la Yerba*, ubicada justamente frente al puente de San Francisco, con el rollo de justicia en su centro y convertida en sede de moradores tan significativos como Heredia o Juan de Santa Cruz e incluso de importantes tratantes de la zona; según Bossa Herazo, durante el primer siglo de su vida también sería el lugar elegido para la subasta y venta de la población esclava.<sup>32</sup>

Pero si ambas plazas tenían un momento de gloria, ése era el de la llegada de «los galeones»; entonces la alegría del vecindario, el bullicio de los carromatos, los tenderetes de «ropa de Castilla», la presencia de mercaderes, regatones, buscadores de fortuna y truhanes de turno se hacía tan ruidosa como irrefrenable. Y como significativo punto referencial de todo este cuadro, la famosa taberna situada en la esquina de *Las Cuatro Calles* –Candileja, Amargura, Cochera y San Pedro– *que más de una vez tuvo que ver con la justicia*.<sup>33</sup> Ahora bien, nada de todo esto hubiese sido lo mismo sin la presencia del cercano Magdalena, auténtica arteria que distribuía la sangre económica de este corazón. Hubiera sido impensable que la ciudad le diese la espalda y ella lo sabía; por eso todo lo medía según la distancia respecto al río: leguas arriba o abajo. El Magdalena habíase convertido en el gran reloj de la zona, las leguas eran sus horas y a su compás y por su corriente subían o bajaban –según los casos–, altos funcionarios de la audiencia santafesina, miembros del clero, pasajeros del común, metales pre-

31 Bonet Correa, Antonio: *El urbanismo en España e Hispanoamérica, Madrid*, Cátedra, 1992, pp. 81-82.- Marco, cit., pp. 26, 39-48. Borrego, *Cartagena...*, cit., pp. 381-400. Para todo lo relacionado con la nomenclatura e historia del damero urbano de Cartagena, resultan de excepcional importancia las obras de Bossa Herazo, Donald: *Nomenclator cartagenero*, Bogotá, Banco de la República, 1981 y la de Porto del Portillo, Raúl: *Plazas y calles de Cartagena de Indias*, 3ª reed., Barranquilla, Sáenz, 1997.

32 Marco, cit., p. 24. Bossa, cit., pp. 143-144. Porto, cit., pp. 27-28.

33 Marco, cit., p. 40.

ciosos, botijas de mercancías, petacas de manufacturas... La complicada ribera magdalenense era la llave entre Cartagena y Cundinamarca. Ciudad, río y meseta imbricados en un variopinto y exótico micromundo de cuya existencia dependía en gran parte la vitalidad del Nuevo Reino de Granada.<sup>34</sup>

Pero aún faltaba el cerebro, la cabeza pensante y oficial de Cartagena, personificada en su *Plaza Mayor*, aunque también ella contaba con una especie de prolongación harto significativa: la conocida como *Plazuela del Gobernador*. Ambas modelaban un espacio que servía de extraordinaria tribuna para una didáctica del poder, porque en las mismas se albergarían los poderes más emblemáticos del imperio español: el del Rey y el de Dios; siempre cruz y espada unidos, porque el fin primordial de la conquista era la evangelización y el derecho exclusivo sobre los nuevos territorios venía dado por Roma –*dominis orbis*–: el Pontífice, vicario de Cristo en la tierra. Al pasar por aquel especialísimo entorno, cualquier vecino, estante o esclavo de la ciudad, recordaría a su señor temporal y también al espiritual: aceptación del Rey, acatamiento de la voluntad divina.<sup>35</sup>

Siguiendo pues las pautas de esta filosofía y haciendo esquina a ambas plazas, se levantaba la que sería primera morada del gobernador, la cual también actuaba como edificio consistorial y cárcel pública: justicia real y local anudadas por un mismo lugar. El edificio, a la muerte de Alonso de Saavedra –tesorero y componente de la hueste de Heredia–, sería adquirido en 1568 por el cabildo de la ciudad, precisamente a instancias del entonces gobernador Fernández del Busto, por 3.500 pesos. Su factura en piedra debió tener cierta entidad cuando en 1586 fue elegido como morada por Drake mientras ocupó la ciudad, aunque a comienzos de la siguiente centuria *tenía rendidos los pilares del patio*, debiéndose efectuar una nueva construcción en un lugar colindante. Pero en nuestra época su presencia iba a ser muy representativa de lo que significaba la mentalidad del momento, porque hasta entonces ninguna autoridad civil había gozado de sede propia en Cartagena; un vacío protocolario para una sociedad que descansaba en el *honor –cualidad moral que impelía al cumplimiento del deber–* y en la *honra –respeto a la dignidad propia–*. Y así se había recogido en la legislación española dictada por los Reyes Católicos a finales del XV: *Ennoblescense las ciudades y villas en tener casas grandes y bien hechas y que hagan sus ayuntamientos y concejos... y que sean hechos en el término de los dos años siguientes... so pena de que la ciudad y villa donde no se hicieren dentro de dicho término, que dende en adelante los dichos oficiales hayan perdido y pierdan los oficios de justicia y regimiento que tenían.*<sup>36</sup>

Muy cerca, dando una de sus fachadas laterales a la mencionada Plazuela del Gobernador, el nuevo edificio catedralicio –el antiguo había estado en lo que luego sería Hospital de San Juan de Dios–, cuya recoleta ubicación debió ayudar sin duda al tan necesario sosiego devocional, porque en la paz de su penumbra, los fieles olvidaban «el universo» terrenal para intentar llegar lo más cerca posible del celestial; en el recuerdo, las palabras del

34 Numerosas referencias de lo que significó la relación río-ciudad se encuentran recogidas en la obra de Borrego: *Cartagena...*, cit., pero para una información complementaria vid. de la misma autora: «Río y pesca en la Cartagena indiana del quinientos», en *La economía marítima del Atlántico: Pesca, navegación y comercio. (Actas del VII Congreso Internacional de Historia de América)*, Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón, 1998, pp. 1389-1401.

35 Bonet, *El urbanismo...* cit., pp. 175-193. Rojas-Mix, Miguel: *La Plaza Mayor como instrumento de dominación colonial*, Barcelona, Muchnik, 1978, pp. 111-126 y 187-209.

36 Juan de la Peña a S.M., Cartagena, 10 de mayo de 1589. A.G.I., Santa Fé, 62. Marco, cit. p.41. Borrego: *Cartagena*, cit. pp. 333, 420-421 y 461-463. Reales Ordenanzas promulgadas en Toledo el 28 de mayo de 1480 y sancionadas por Real Pragmática dictada en Sevilla, el 9 de junio de 1500. Ambas recogidas en el estudio de Wifredo Rincón García: *Plazas de España*, Madrid, C.S.I.C., 1998, p. 13.

profeta Ezequiel: *cuando repartáis por suerte la tierra en heredad, apartareis una porción para Jehova.*<sup>37</sup> Aunque en este caso, los fieles deberían «penar» un poco más, dada la manifiesta incomodidad de su planta, con cabecera ochavada y tres naves tan estrechas y largas *que de una a otra no se puede ver misa*; todo lo cual sin embargo, no sería óbice –según Marco Dorta– para que sirviese de modelo en algunos territorios caribeños, fundamentalmente Santa Marta y Panamá. Como precedentes peninsulares –siempre según el mencionado autor–, otra vez Andalucía y Canarias, con sus iglesias de Santa María –Antequera–, la Concepción –La Laguna– o San Juan –Telde–. Influencias todas ellas que continuarían proyectándose en la restante estructura de la catedral cartagenera, dada la idoneidad de materiales ofrecidos por aquel marco geográfico y que se plasmarían en una cubierta principal de madera con almizate y en la utilización de la teja para las laterales. Por su parte, la piedra únicamente se elegiría para portada y soportes –unas columnas de fuste cilíndrico donde se apoyarían arcos de medio punto–. Su autoría la firmaría el maestro mayor de la ciudad, Simón González, de trayectoria hasta ahora poco conocida, pero que debió gozar de un gran prestigio, ya que a su muerte disfrutaba de un significativo patrimonio en el que se incluirían casas, esclavos, estancias y tierras de labor.<sup>38</sup>

#### CASA Y ENTORNO: UNA ARQUITECTURA «HACIA EL EXTERIOR»

Y como asiduos visitantes a estos espacios y edificios, una sociedad variopinta y multirracial, cuyos miembros más significativos vendrían representados por los *hijos de la antigua huete*; unos hombres menos itinerantes, menos broncos que sus antecesores y mucho más «capitalinos». Beneficiarios de encomiendas, tierras o ganado, a veces como ya hemos visto, cabildantes, les gustaba mostrar a sus convecinos el prestigio que daba *la antigüedad en la tierra*. Por ello multiplicaban su presencia en saraos, reuniones y devociones, éstas últimas de la mano de una religiosidad a veces más aparente que real, pero nota imprescindible, al fin, en todo aquel mundo de raíz medieval y tronco renacentista. Que no en vano, además de la catedral, había templos donde ponerla en práctica. San Agustín –*con su iglesia de cal y canto y cuarto para frailes*–, Santo Domingo –*obra de mucha importancia, parte de la misma ya hecha*– o el ya comentado de San Francisco en Getsemaní.<sup>39</sup>

Pero sería la arquitectura doméstica, la elegida unánimemente para mostrar lo más granado del prestigio social. La casa, universo de su dueño, *volcábase hacia fuera*, no solo para robar unas briznas de aire fresco, sino también para «predicar» el ascendiente de sus ocupantes. Nueva didáctica de unos hombres que se consideraban el mejor punto referencial de la obra española en Indias. Y tal vez, como símbolo de todo ello, el cambio en el tipo de material utilizado, que ya no era de deleznable bahareque,

37 Marco, cit., p. 21. Lemaitre, cit., vol. II, p. 41. Bossa, cit., pp. 45-46. Porto, cit., p. 34. Martínez, cit., p. 46.

38 Obispo Fray Tomás Ladrada a S. M., Cartagena, 12 de agosto de 1602, A.G.I. Santa Fe 228. Marco, cit., pp. 59-66. Bonet, *La ciudad...*, cit., pp. 68 y 92-94 y «Arquitectura Religiosa en las ciudades virreinales». *Perfil de la ciudad americana. Siglos XVI y XVII*, Madrid, Instituto de Cooperación Americana, 1985, pp. 47-53.

39 Marco, cit., pp. 23-24, 46-47. Lemaitre, cit., vol. II, pp. 44-53. Simon, cit., p. 364.

sino según hemos visto, la teja, el ladrillo, la madera –cedro, palo de brasil o granadillo– o incluso a veces la piedra; ésta última proveniente de la vecina isla de Carex y que según Fray Pedro Simón resultaba ser *tan porosa, que la cortan y labran con un hacha y tan áspera y hoyosa, que se aferra valentísimamente con cal al edificio*.

Casas de uno o dos pisos que ya a finales de la centuria apuntaban los rasgos característicos del cercano XVII. Con su zaguán de entrada, patios, escalera, galería, artesonado y cubiertas de teja o azotea. Pero de entre toda esta morfología, destacarían «cuatro elementos de apertura controlada», que prestarían una personalísima impronta a las mansiones cartageneras. En primer lugar, el *patio*, punto de paso para las restantes habitaciones, pero también de encuentro para tertulias, lecturas o reposo, porque el patio era para la casa lo que la plaza para la ciudad. En ocasiones, a sus espaldas se levantaba un «traspatio», en donde se mezclaban las habitaciones de servicio con las aves de corral y tal vez con un huerto, extraordinario vivero donde florecían especies tanto autóctonas como peninsulares: desde las sabrosas piñas, guayabas o papayas, hasta los higos o granadas, por citar solo algunos ejemplos. Porque ante la endémica escasez de agua, el ingenio cartagenero había respondido –según Fray Pedro Simón– con los «jagüeyes» –pozos excavados en el suelo– o los *aljibes*, especies de cisternas destinadas a recoger el agua de lluvia. Como complemento a todo ello, el *tinajero*, jaula de madera, en la que se guardaba una tinaja grande para mantener fresca el agua dedicada al consumo de la respectiva vivienda.<sup>40</sup>

Pero en esa casa que «se ahogaba», un segundo componente a destacar sería la *claraboya* u *óculo*, que junto a la ventana de panza o caja, ayudaría a refrescar *las calurosas pesadumbres de su clima, que al novicio mal dispuesto le da sanidad o mata presto*. Vanos todos ellos que para preservar la seguridad e intimidad de los respectivos moradores, aparecían reforzados con rejas de madera, ya que el hierro se hubiese *corrompido* al contacto con el aire salitroso de la mar.<sup>41</sup> Climatología difícil y vecindario bullicioso que se conjugaban extraordinariamente en el tercer elemento «abierto», el *balcón volado*, cuya presencia en la Península produjera un verdadero revuelo, propiciando una auténtica revolución urbanística en la España de los Austrias. En este sentido el historiador Morgado se congratulaba ya en 1587 de que Sevilla hubiese desterrado el uso de «voladizos», pues habían contribuido a hacerla *más húmeda y sombría*, declarándose partidario de otros de corte renacentista. Pero no habría ocurrido igual en Canarias, cuya utilización generalizada habría propiciado, un año antes, que Felipe II ordenase al gobernador de Tenerife bajo pena de 10.000 maravedíes y derribo, su reparación o nueva construcción, para ayudar de esta forma *al ornato de las calles públicas... que convenía que no tuviesen embozos... y para que los edificios estuviesen limpios y por las calles pueda entrar luz y claridad*. Tal vez en el fondo de esta normativa, planeara además de la preocupación estética, otra relacionada con las dificultades que calles con

40 Para todo lo relacionado con la casa cartagenera, resulta imprescindible la obra de Germán Téllez y Ernesto Moure: *Arquitectura doméstica. Cartagena de Indias*, Bogotá, Universidad de Los Andes-Escala, 1995, pp. 21-25. Simón, *ibidem*. Marco, *cit.*, p. 157. Lemaitre, *cit.*, vol. II, p. 33.

41 Castellanos, *cit.*, Tercera Parte, Canto Primero, vol. III, p. 21. Téllez y Moure, *cit.*, pp. 110-123. Simon, *cit.*, p. 363.

semejantes balcones podían plantear para el normal desarrollo del orden público.<sup>42</sup>

Sea como fuere, el hecho es que Canarias se negó a abandonar algo tan profundamente enraizado con su tradición y ahí estarían, por ejemplo, Garachico o Santa Cruz de Tenerife para demostrarlo. Actitud ésta que de alguna forma debió compartir el continente indiano, cuyos ejemplos más significativos serían Lima y, por supuesto, Cartagena. En esta última, el «voladizo» no sólo serviría para «vestir» la fachada y ventilar su interior, sino también –y sobre todo– para proporcionar una inmejorable atalaya en donde ver y ser vistos. Desde ella nada quedaba oculto: los transeúntes, los regatones, el tiempo que iba a hacer... Improvisada proyección de la sala de estar, el balcón –al igual que el patio– favorecía las relaciones sociales y de buena vecindad que correrían parejas al lucimiento y al boato.

Pero no era suficiente; si patios, óculos y balcones asemejaban una especie de trampa para cazar un trozo de cielo, los cartageneros exigían una plataforma más alta, desde donde se les permitiese atisbar percepciones imposibles. Había nacido el cuarto y último elemento, el *mirador*. Una torre con forma de prisma elevado, rematada por un ático al aire libre y que parecería ser ajeno al resto de la volumetría de la casa, gozando de una autonomía plástica más que notable. En sus raíces más profundas, las antiguas culturas del «Medio Oriente Fértil», con especial atención a las mesopotámicas, en las que el mirador habría estado presente en el templo, en el palacio o en la propia casa. Desde este mirador, pues, los habitantes de Cartagena redescubrían el horizonte y sobre todo el mar, auténtico oráculo de la ciudad, porque de él sobrevendrían sus alegrías o sus tristezas: galeones, piratas, tormentas. Aunque en realidad su significado iba mucho más allá, al convertirse en el nudo gordiano que atara al indiano Caribe con los europeos Mediterráneo y Atlántico; pues no en vano a las orillas de este último se levantaba la «triada gaditana», conformada por Cádiz, Puerto Real y el puerto de Santa María, con unos perfiles arquitectónicos muy similares a los tratados, buena muestra de la corriente de relaciones e intercambio entre ambos continentes y sobre la que aún hoy se especula.<sup>43</sup>

Un bullir, pues, constructivo tanto civil como religioso, particular u oficial que iba a tener una digna respuesta en el correspondiente *paisaje urbano*, gracias a la tan amplia como pormenorizada legislación municipal; nuevamente el cabildo haciéndose cargo esta vez de la higiene, funcionalidad y ornato en lo que a vías públicas se refiriera. Y a esta filosofía respondería, por ejemplo, la designación de determinados lugares donde arrojar las basuras, evitándose así que las calles se convirtiesen en auténticos estercoleros; igualmente se prohibiría que el vecindario efectuase las respectivas matanzas de reses o porcinos en sus propias casas, destinándose para tal uso el matadero público levantado en el ya conocido arrabal de Getsemaní, con el fin de que el hedor de las inmundicias no afectara al recinto urbano. Por su parte, el deficiente «pavi-

42 Real Provisión al gobernador de Tenerife, Madrid, 14 de abril de 1586. Archivo Municipal de La Laguna –Tenerife–, Sección 1, libro II, fols 100-102. Agradecemos muy sinceramente a Don Enrique Pérez Herrero, director del mencionado archivo, la ayuda prestada para localizar dicha documentación. Morgado, Alonso: *Historia de Sevilla*, Sevilla, Andrés Pescioni y Juan León, 1587, p. 144. Simón, *ibídem*. Téllez y Moure, cit., pp. 142-210. Marco, cit., pp. 157-158. Lemaitre, cit., vol. II, p. 63. Fraga González, Carmen: «Los métodos arquitectónicos», en *Canarias y América*, Madrid, Espasa Calpe-Argantón, 1988, pp. 157 y 173. Gutiérrez, Ramón: «Influencias andaluzas en la arquitectura americana», en *Los andaluces y América*, Madrid, Espasa Calpe-Argantón, 1991, pp. 129-140.

43 Téllez y Moure, *ibídem*. Marco, cit., pp. 159-160. Lemaitre, *ibídem*.

mento» conformado *todo él de arenisco sin otro empedrado ni enladrillado*, sería cubierto con tierra y cascajo, previniéndose así baches y charcos que podían molestar a viandantes y cabalgaduras; de ahí y como consecuencia lógica, el derribo de los terraplenes levantados por algunos vecinos a las puertas de sus casas, dado que ya no había peligro de inoportunas mojaduras y tropezones. Por último, el adecentamiento de la ciudad se complementaría con la retirada de todo aquel carro que estuviese en la Plaza Mayor y con el *desmonte* –corte– del arcabuco, pues no sólo producía mosquitos sino que además impedía el normal desenvolvimiento del tráfico urbano.<sup>44</sup>

Insistentes esfuerzos todos ellos que no encontrarían réplica adecuada en el entorno exterior de la ciudad dada la manifiesta indefensión que ésta sufriría durante buena parte del XVI. Paradójicamente, uno de los puertos más importantes del continente indiano, carecía de una estructura defensiva y la ciudad vivía en auténtica zozobra, *al igual que la paloma a la espera del halcón*; porque halcones hubo muchos. Baal, Cote, Hawkins o Drake serían nombres que, a lo largo de la centuria, producirían una amarga sensación a los cartageneros, los cuales parecían encogerse a su conjuro. La Corona recibía cada vez más noticias alarmantes, pero el desastre de La Invencible y la crisis en los Países Bajos habían dejado a la Real Hacienda exhausta, debiendo ser –como siempre– el Cabildo quien se encargara en gran parte de la financiación de la defensa. Ejemplo más que significativo de lo expuesto, la orden de 1586, por la cual el monarca obligaba a emplear en fortificaciones toda la *sisa* especial que en un principio el mencionado consistorio habría dispuesto para la construcción del Canal de Turbaco. Por aquellos años, el arroyo conocido como Turbaco representaba la única posibilidad de agua potable para un vecindario cada vez más numeroso, sobre todo a la llegada de la flota y el mencionado canal hubiese terminado con esta necesidad ya endémica. Pero no pudo ser y aljibes y jagüeyes pasarían a ser un símbolo en la cotidianidad de la zona, cuyo valor han conservado hasta nuestros días.<sup>45</sup>

Casi desde el nacimiento de la ciudad, el Atlántico se vería, pues, atravesado por un sin fin de peticiones relativas a la precariedad –por no decir inexistencia– defensiva. Y nunca una necesidad agudizó tanto el ingenio de unos hombres, cuya experiencia paliaría la falta de conocimientos técnicos. Porque eran ellos, los cartageneros, quienes habían sufrido los zarpazos enemigos y muy pronto se percataron que las tácticas defensivas debían ser muy diferentes a las hasta entonces desplegadas en Europa. Pues en el caso indiano, el enemigo no provendría de la tierra, sino del mar. Poseidón era el adversario y al mar, tantas veces oráculo de la ciudad, era a quien había que vencer, pues si se dejaba llegar a los atacantes a Cartagena, poco quedaba por hacer.

44 Borrego, *Cartagena...*, cit., Apéndice III, pp. 488, 495, 497, 499-500, 511-514.

45 *Ibidem*, pp. 24-25.

Por ello siempre se tuvo especial predilección por fortificar no tanto el perímetro urbano como la bahía, causa ésta de que en la década de los

sesenta se levantasen dos precarios fuertes en cal y piedra: el del Boquerón, a la entrada de la ciudad y el de La Caleta, a orillas de Bocagrande. En cuanto a su artillería, durante algún tiempo únicamente se pudo contar con algunas piezas prestadas por los oficiales reales de Nombre de Dios y por el maestre de un navío portugués, hasta que en 1570 –otra vez– el municipio se hacía cargo de una mejor, aunque todavía insuficiente, dotación.<sup>46</sup> Con el paso de los años Cartagena se convertiría en un auténtico clamor ante semejante situación, únicamente aliviada por los refuerzos totalmente precarios que en su día levantara el Gobernador Fernández del Busto en el muelle. La solución teóricamente vendría de la mano de Juan Bautista Antonelli, excelente ingeniero militar italiano, comisionado por Felipe II para elaborar un estudio defensivo del área caribeña. Pero cuando nuestro italiano llegaba a Cartagena en julio de 1586, era demasiado tarde. Hacía tres meses que Francis Drake había esquilado la ciudad, consiguiendo un botín de unos 120.000 ducados y dejando *a la gente tan atemorizada y amilanada que cualquier carabela bastaría para ponerla en gran confusión*.<sup>47</sup>

Como medidas inmediatas y provisionales para paliar esta angustia, Antonelli ordenaba una ampliación del Boquerón, así como la construcción en Bocagrande con madera, tierra y fajina de un nuevo fuerte –San Matías–, ya que el primitivo había desaparecido; en lo referente a las vías de acceso a la ciudad, levantaba unas trincheras con foso en las ciénagas del Ahorcado y La Caleta y un puente levadizo que aislara Getsemaní del resto de Calamarí. Pero, desgraciadamente, poco iba a durar la alegría, pues habiendo ya partido nuestro ingeniero, el nefasto temporal de 1589 terminaba con buena parte de las mismas. Cinco años después, el entonces Gobernador Don Pedro de Acuña, suplicaba a la Corona el regreso de Antonelli, para que efectuase un proyecto defensivo sólido y duradero. Mientras esperaba, reforzaría con un simple parapeto de tablazones y argamasa, la zona de Santa Catalina, La Ciénaga y la parte posterior de Santo Domingo.<sup>48</sup> Por fin, ese mismo año de 1594 desembarcaba nuevamente Antonelli y las opiniones respecto a qué hacer resultaron encontradas. Acuña se declaraba partidario de fortificar la ciudad; Antonelli también, pero sin olvidar el puerto, *pues será esta obra defensa del faisán, que en sintiendo ruido esconde la cabeza y deja el cuerpo al descubierto*. Efectivamente, un extraordinario proyecto comenzó a hacerse lentamente realidad y la ciudad vio cómo iba quedando protegida con cerca, bastiones, foso y parapeto, todo ello construido con los típicos materiales ya conocidos: madera y fajina.<sup>49</sup>

Sin embargo, cuando en 1598 la Corona comisionaba al General de la Armada Don Luíís Fajardo para que emitiese un nuevo parecer sobre la situación, éste se declaraba en desacuerdo con lo que se estaba haciendo, insistiendo en que era más indispensable la defensa del puerto que la de la ciudad, pues ésta era obra muy costosa en cuanto a los hombres necesarios para su sostén: *son menester seis mil hombres para defenderla por ser tan grande y este número no se puede juntar en aquellas provincias y si V. M. los*

46 Marco, cit., pp. 28-30.

47 Pedro de Lodeña a S. M., Cartagena, 30 de julio de 1586, A.G.I., Santa Fe 37. Borrego, Cartagena..., cit., pp. 91-96.

48 Marco, cit., pp. 50-51.

49 *Ibidem*, p. 54. Zapatero, cit., pp. 47-48.



*hobiese de tener de guarnición, sería más la costa que el provecho de ella, y a pesar de lo cual no quedaba asegurada la defensa de la misma. En el puerto, sin embargo, las fortificaciones sí resultarían de provecho, por cuanto el traslado del fuerte de San Matías a la punta del Judío podría defender mejor el surgidero, deteniéndose así a los posibles enemigos antes de llegar al indefendible perímetro urbano. Circunstancias todas ellas que quedarían plasmadas en el plano que ilustra nuestro trabajo y que incidiría en la polémica autoría anteriormente comentada.<sup>50</sup>*

Pero tampoco en esta ocasión la fortuna sonreiría a nuestra ciudad, dado que ni el Informe Fajardo se tomaría en consideración, ni la obra de Antonelli duraría lo suficiente, pues de nuevo los furiosos *nortes* acabarían con la misma, aunque no obstante serviría de base para proyectos posteriores. Planos, propósitos e informes que como el tapiz de Penélope desaparecían apenas comenzados. Aún faltaba mucho para que la ciudad esbozase el perfil de inexpugnable farallón que iba a ostentar años después.

Mientras tanto los cartageneros afrontaban su futuro con una mezcla de orgullo y esperanza. Orgullo, por lo realizado; esperanza, porque confiaban en ocupar el sitio que les correspondía en unos reinos en los cuales, según se decía, *nunca se ponía el sol*. Sin embargo, por aquel tiempo, su actitud recordaba en mucho al viejo romancero español: *Mis arreos son las armas, mi descanso es pelear... mi dormir siempre velar*.

---

<sup>50</sup> Vid. nota 20.

## RAFAEL NÚÑEZ, EL CARIBE COLOMBIANO Y EL ORDEN NACIONAL

EDUARDO POSADA CARBÓ\*

\* Eduardo Posada Carbó. Barranquilla, 1956. Se graduó de abogado en la Universidad Javeriana con la tesis laureada «El derecho a la diversidad». Maestría en Estudios Latinoamericanos 1983 y Doctorado en Historia Moderna en la Universidad de Oxford 1991. Director del *Diario del Caribe* y columnista de *El Tiempo*. Profesor de historia latinoamericana en las universidades de Southampton, Westminster y Cambridge. Ensayos suyos han sido publicados en diversas revistas académicas de Colombia y del exterior. Intelectual de trayectoria destacada en los círculos empresariales periodísticos, en su obra se alían la sólida formación académica londinense con el espíritu del Caribe. Es uno de los más destacados exponentes de la corriente investigativa preocupada por el análisis regional que aunque mira la región en sí misma, en sus particularidades económicas, sociales, políticas y culturales, no deja de considerarla parte de un todo. Entre sus obras publicadas se destacan *Una invitación a la Historia de Barranquilla* (1987), *The Politics of Reforming the State* (MacMillan, 1997) y *El Caribe Colombiano. Una historia regional (1870-1950)*. En la actualidad es catedrático en Historia del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres.

1 Mensaje del presidente constitucional de los Estados Unidos de Colombia al Congreso Federal de 1882 (Bogotá, 1882), pp. 4 y 32.

2 El tema del orden ha sido, por lo general, subvalorado en la historiografía latinoamericana. Para una colección de ensayos que introduce diversos aspectos del tema, puede verse: E. Posada Carbó, ed., *In search of a new order. Essays in the politics and society of nineteenth-century Latin America* (Londres, 1998). Un interesante ensayo sobre la obra de Andrés Bello, que gira alrededor de la preocupación de este pensador sobre el orden, es la introducción de Ivan Jaksic a su reciente edición de Andrés Bello, *Selected writings* (New York y Oxford, 1997).

En 1868, el entonces Presidente de Colombia observaba que el país había llegado «a tal punto de decadencia» que era preciso «empezar la grande obra de su regeneración por la rudimentaria base de restablecer su tranquilidad». Antes que restablecerse, la intranquilidad se recrudeció en la década siguiente. Así lo reconocía catorce años después, Rafael Núñez, quien había hecho ya de La Regeneración su programa de gobierno, mientras buscaba mostrar algunos de los adelantos de su primera administración presidencial. Núñez no se hacía grandes ilusiones. Reconocía que las «aspiraciones subversivas» no se habían extinguido aún en la república, aunque pensaba que nos acercábamos «gradualmente al fecundo reinado de la paz científica». Núñez no dudaba, sin embargo, sobre cuál era la necesidad, por excelencia, de los colombianos: «el establecimiento del orden sobre bases inmovibles».<sup>1</sup>

No creo que sea exagerado decir que la preocupación por el orden, por revalorar su significado, fue el gran denominador común de la vasta y compleja obra de Núñez.<sup>2</sup> Por supuesto que otros dirigentes, desde el mismo Santander, le habían dado prioridad al tema del orden. Una y otra vez, Núñez se esforzó por demostrar que sus preocupaciones tenían antecedentes, sobre todo dentro de su partido, el liberalismo. La consolidación del orden nacional se convirtió en el eje de la constitución de 1886, cuyos parámetros orientaron los destinos de los colombianos por más de un siglo. No fue siempre exitosa la Constitución del 86 en preservar el orden, como lo demostró sobre todo la Guerra de los Mil Días, que desembocó en la pérdida de Panamá. Ello no demerita, sin embargo, la importancia de las reflexiones nuñistas sobre el orden. Muy por el contrario, dada la centralidad del orden en el pensamiento de Núñez, valdría la pena examinar el tema con mayor detenimiento, con el fin de identificar cómo y por qué la conquista del orden fue tan evasiva a los colombianos. Como lo sigue siendo hoy. Enfrentados a las amenazas de la guerrilla y de otras formas de crimen organizado que han minado el imperio de la ley, y enfrentados al resurgimiento de las tendencias federalistas, las preocupaciones de Núñez sobre el orden nacional conservan en la actualidad una extraordinaria relevancia.

Rafael Núñez fue, sin lugar a dudas, el pensador más importante que produjo la Costa Atlántica colombiana durante el siglo diecinueve. Y, por

supuesto, el único Presidente de la región en la historia republicana del país. Por eso, cuando Alberto Abello y Ariel Castillo me invitaron a inaugurar la Cátedra del Caribe, me pareció que el pensamiento de Núñez podría ser el tema apropiado para tales propósitos. Creo además importante subrayar la dimensión verdaderamente nacional de la obra de Núñez y su contribución al desarrollo de la cultura política de los colombianos. Azotados por las más diversas manifestaciones del crimen, los colombianos hemos comenzado a creer que lo único que nos identifica como nación son las expresiones de violencia. Subvaloramos así nuestras tradiciones civilistas y democráticas. Subvaloramos los esfuerzos y logros de quienes, como Núñez, intentaron forjar una cultura política que le abriese paso a la justicia y a la libertad. Y subvaloramos el mismo papel que han tenido algunas regiones colombianas, como la Costa Atlántica, en la formación de una nacionalidad ajena al dominio de la violencia. Una nueva lectura de Núñez alrededor del tema del orden puede quizá servir para reorientar la búsqueda del sentido de la nación a partir de sus propias tradiciones y, ¿por qué no?, de sus virtudes.

«La *nuñología* es parte de nuestra vida cultural», observó Gerardo Molina.<sup>3</sup> Son escasos, sin embargo, los estudios imparciales y modernos dedicados al pensamiento de Núñez.<sup>4</sup> Más que nuñólogos, abundan los nuñófilos, admiradores de Núñez, con frecuencia interesados en rescatar su obra para uno de nuestros partidos políticos, o incluso para una de las tendencias de los partidos, como es el caso de Indalecio Liévano, cuya interpretación revaloró el papel de Núñez como el líder del liberalismo intervencionista.<sup>5</sup> Y desde la otra orilla abundan también, claro está, los nuñófobos, denigrantes de su obra, a cuya cabeza se encuentra el panfletario José María Vargas Vila, para quien Núñez era simplemente un «déspota por hastío»; «... incapaz de amar el Poder, por el Poder, no lo usó sino para la Venganza; ... se deshonró en la Tiranía...; su obra no fue estéril... engendró la Omnipotencia de la fuerza».<sup>6</sup> Yo espero, pues, que este ensayo sirva también para estimular nuevas investigaciones sobre Núñez y su obra, en el desarrollo de una genuina nuñología.<sup>7</sup>

Las preocupaciones de Núñez por el tema del orden tienen dos orígenes: uno interno y otro externo. El primero está relacionado con la Colombia que le tocó vivir, particularmente con la política doméstica desde mediados de siglo y su impacto en la vida nacional. En segundo lugar, sus reflexiones sobre el orden se originaron en su experiencia en el exterior, entre 1863 y 1874, cuando sus vivencias en Estados Unidos y en Europa le motivaron profundas reconsideraciones sobre los valores de la sociedad colombiana. Antes de analizar cómo articuló Núñez su pensamiento alrededor del tema del orden, quisiera entonces repasar estos antecedentes que permiten entender con mayor claridad el sentido de su obra.

La constitución de Rionegro, expresaría Núñez, «no organizó sino la anarquía y nunca tuvo real cumplimiento».<sup>8</sup> Como organizadora de la anarquía, la constitución de Rionegro fue tanto un punto de partida como de

3 G. Molina, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914* (Bogotá, 1975, cuarta edición), p. 131.

4 En realidad, la historia intelectual ha tenido un pobre desarrollo en el país. Un trabajo excepcional que aborda el examen de la obra de Núñez es el clásico de Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá, 1982). Véase también Javier Ocampo López, «El positivismo y el movimiento de la 'regeneración' en Colombia», *Boletín de Historia y Antigüedades*.

5 I. Liévano, *Rafael Núñez* (Lima, 1944). Véase también su prólogo a Rafael Núñez, *La reforma política en Colombia* (Bogotá, 1945), vol. 2, pp. 7-17.

6 J. M. Vargas Vila, *Los césares de la decadencia* (Bogotá, 1995, primera edición 1907), pp. 69-75.

7 Un buen número de los trabajos más importantes sobre Núñez lo han escrito autores costenos. Véanse, por ejemplo: Nicolás del Castillo, *El primer Núñez* (Bogotá, 1983, tercera edición); Núñez, *Su trayectoria ideológica* (Bogotá, 1952); y «Rafael Núñez a través de sus cartas desde Nueva York y Europa», *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (Bogotá, XLII, 1987); Eduardo Lemaitre, *Núñez y la leyenda negra* (Bogotá, 1977); y *Contra viento y marea. La lucha de Rafael Núñez por el poder* (Bogotá, 1990); José Ramón Vergara, *Escrutinio histórico: Rafael Núñez* (Bogotá, 1939); y Ramiro de la Espriella, *Acercamiento a Núñez* (Bogotá, 1978). Desde la historiografía moderna, sin embargo, el trabajo más sistemático sobre Núñez lo ha escrito un extranjero: James Park, *Rafael Núñez and the politics of Colombia regionalism* (Baton Rouge, LA, 1985). Para una interesante discusión sobre la historiografía de Núñez, véase Helen Delpar, «Renegade or regenerator? Rafael Núñez as seen by Colombian Historians», *Inter-American Review of Bibliography* (XXXV, 1985).

8 Rafael Núñez, *La reforma política* (Bogotá, 1945-50, 7 vols.), vol. 3, p. 133.

llegada. A ella se había llegado como resultado de un movimiento de dispersión, influenciado por la revolución francesa de 1848, cuyos ideales fueron abrazados con entusiasmo por la juventud, sobre todo por los gólgotas del liberalismo. Ambos partidos, sin embargo, contribuyeron a esa tendencia centrífuga hacia el federalismo que desembocó finalmente en la constitución de los Estados Unidos de Colombia en Rionegro, en 1863. A su turno, con la nueva constitución, según Núñez, «todos los errores» habían «quedado consumados». A partir de allí las instituciones habían fundado la «guerra civil permanente».

No es este el momento para examinar en detalle el contenido de la constitución de Rionegro. Quisiera sólo destacar aquellos aspectos que Núñez resaltaba periódicamente en su diagnóstico sobre los males del país. Me limitaré brevemente a cuatro aspectos. Primero: el federalismo que adoptó la constitución de Rionegro. «Todo quedó descentralizado, inclusive la soberanía», recordaría Núñez para referirse a esa organización federal de nueve estados soberanos en que consistía entonces la nación. Cada estado podía darse sus propias leyes en las más diversas materias, sin mayor interferencia por parte del gobierno central. La federación fue entre nosotros mucho más extrema que en los mismos Estados Unidos.<sup>9</sup> Con razón, Núñez contrastaba la experiencia norteamericana —donde se había marchado «de la dispersión a la unidad»—, con la nuestra: «la federación que se hace dividiendo y no uniendo es un contrasentido fecundo de males».

Segundo: la precariedad del Estado central y la debilidad del gobierno. Por supuesto que tal fue uno de los tantos resultados del descrito régimen federal. Mas aún, ese era el pilar de la constitución, en los afanes contemporáneos de prevenir el dominio caudillista del General Mosquera. Pero la virtud de la medida se negaba en la práctica. Los presidentes, elegidos cada dos años, no tenían tiempo para gobernar efectivamente y, de cualquier forma, gobernaban siempre en medio de los calores de las campañas electorales que, una vez posesionados, volvían a abrirse para buscarles sucesores.<sup>10</sup> El Congreso y los estados tenían mayor poder que el ejecutivo. Y para conservar el orden público, escasamente, podían contar con un ejército que en la década de 1850 se había reducido a unos 500 soldados. Aunque posteriormente se incrementaría el número de reclutas —un millar en 1874—, como lo observó el ministro británico en Colombia, «no se puede decir que el ejército exista».<sup>11</sup>

Tercero: un régimen de libertades absolutas que degeneró en libertinaje. Según Núñez, «nuestra turbulenta historia» comprobaba que «hemos perseguido el ideal de libertades, sin aquilatar los medios de fundar efectivamente sanos derechos y fecunda libertad política».<sup>12</sup> Entre estas libertades supuestamente amparadas por la constitución se destacaban la libertad para portar armas y la libertad «absoluta de imprenta» y de expresión, «de palabra o por escrito, sin limitación alguna».<sup>13</sup> Entre los derechos individuales que la Constitución garantizaba, se encontraba también el limitar las penas condenatorias por delitos a un máximo de diez años.

9 «The states received much more sweeping powers than in the Anglo-American model», en D. Bushnell. *The making of modern Colombia* (Berkeley, 1993), p. 122.

10 «Yo he examinado la naturaleza de estas elecciones y su impacto en la fragilidad del orden, en mi ensayo, «Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña presidencial de 1875». *Historia y Sociedad* (Medellín, 1997), Vol. 4.

11 «General report by Mr Bunch on the United States of Colombia for the year 1873-74», *Parliamentary Papers* (Londres, 1874), LXXIV.

12 Núñez, *La reforma política*, vol. 5, p. 169.

13 Constitución de los Estados Unidos de Colombia sancionada por la convención nacional el 8 de mayo de 1863 (Bogotá, 1867), sección 2a., art 15, num. 6-7.

Finalmente, las medidas contra la Iglesia. Los radicales emprendieron un notable esfuerzo para secularizar la sociedad colombiana. Y prometieron garantizar la libertad de cultos. Sin embargo, paradójicamente, en este aspecto el programa liberal se desarrolló en un sentido manifiestamente contradictorio a sus objetivos. Los católicos, los miembros activos de la Iglesia, se sintieron perseguidos. Esta polarización social alrededor del tema de la Iglesia es crucial para apreciar la naturaleza del conflicto durante el siglo XIX. Hasta en países como Inglaterra, donde la secularización había mostrado más avances, las discusiones sobre asuntos religiosos seguían definiendo buena parte del debate político.

Por supuesto que no todo lo que ocurrió durante el periodo de dominio radical debe identificarse con el desastre. La lectura del excelente libro de Eduardo Rodríguez Piñeres, *El Olimpo Radical*, estimula cierta admiración por quienes estuvieron al frente de un proyecto lleno de ideales irrefragables.<sup>14</sup> Algunas figuras públicas de la época hablaban con «marcado orgullo» de un sistema político que se mostraba como «una especie de gloria nacional, un título de primacía que Colombia invoca con frecuencia, como prueba de su adelanto moral y político, a la faz de las demás naciones americanas».<sup>15</sup> Todavía hoy vemos citada con frecuencia aquella observación de Víctor Hugo, quien al parecer calificó a la constitución de Rionegro como una Constitución para los «ángeles». Pero Núñez, así como otros liberales contemporáneos que el mismo Núñez no se cansaba de citar, apuntaba más que todo contra los resultados negativos de unas instituciones incapaces de garantizar la paz, la base de otros ideales como la justicia o la libertad.

Los extranjeros que visitaban Colombia no tardaban en comprobar la inoperancia del arreglo constitucional, los efectos contraproducentes de unas instituciones mal diseñadas. Algunos sufrían directamente sus consecuencias. Jenny White del Bal, una joven norteamericana residente en Panamá, vivió de cerca los infortunios de la guerra. Como católica, además, se sintió perseguida por esa «tolerancia religiosa» de los radicales que habían cerrado las iglesias. «Como americana», le escribía la joven White del Bal a sus familiares en 1865, «debo aprobar la doctrina Monroe, pero como un residente aquí, debo confesar, le daría la bienvenida al zar de Rusia; si él pudiese traernos paz, ello sería preferible al despotismo de la anarquía que ahora sufrimos».<sup>16</sup> ¿«Despótica» la Constitución de 1863? «La lectura de la Constitución de Colombia hace soñar», expresó el argentino Miguel Cané.<sup>17</sup> La realidad, sin embargo, estaba lejos de los sueños. Según Cané, la organización política del país—su extremo federalismo—era «sumamente defectuosa»: bajo esas instituciones era imposible que echara raíces el «sentimiento nacional». La libertad de prensa absoluta parecía la conquista final de los ideales de poetas, filósofos, publicistas y tribunos. Pero en la práctica, los excesos dejaban abierto el campo a la arbitrariedad. A falta de poder acudir a los jueces y tribunales para remediar una injusta ofensa, «el damnificado se echará el revólver al bolsillo y buscara el medio de

14 Eduardo Rodríguez Piñeres, *El Olimpo Radical* (Bogotá, 1986; primera ed., 1950).

15 «Nota de Soffia al ministerio de relaciones exteriores», Bogotá, abril 30 de 1882, en R. Donoso, ed., *José Antonio Soffia en Bogotá* (Bogotá 1976), p. 47.

16 Rhoda E. White, ed., *Memoir and letters of Jenny C. White del Bal* (Dublin, 1885), pp. 68 y 181.

17 Miguel Cané, *En viaje, 1881-1882* (Buenos Aires, 1903, primera ed., 1883), p.145.

hacerse justicia por su propia mano».<sup>18</sup> Otro extranjero, el chileno José Antonio Soffia, se llevó similares impresiones. Soffia subrayaba que en Colombia se había dado «el mayor ensanche imaginable a la teoría del derecho constitucional», «todos los milagros del individualismo moderno». No obstante, su conclusión condenaba la efectividad de las instituciones, «simples ideales de organización política y administrativa, casi imposibles de ser convenientemente aplicadas en la práctica». Y añadió categóricamente: «bajo el imperio de estas instituciones, Colombia no ha ganado ni en bienestar público, ni en tranquilidad ni en progreso político ni en prosperidad económica».<sup>19</sup> El ministro británico en Bogotá lo decía gráficamente con menos palabras: la constitución de Rionegro era «la obra maestra de la democracia enloquecida».

Estado de guerra civil permanente, reinado de la impunidad, falta de seguridad: los problemas subrayados por Núñez como prioritarios durante la segunda mitad del siglo diecinueve –problemas que él vinculaba en parte a un diseño institucional defectuoso–, hacen parte aún hoy de nuestras preocupaciones más serias. Las reflexiones históricas sobre su pensamiento podrían proyectarse hacia el debate contemporáneo. Comparar, por ejemplo, la evolución de nuestros problemas actuales con la de los que sufría el país durante el auge del radicalismo podría ser un ejercicio tentador.

En efecto, sería posible identificar algunos paralelos entre el desarrollo constitucional que desde mediados de siglo pasado desembocó en la Carta de Rionegro, con el proceso reformativo reciente que se puso en marcha desde la década de 1970 y culminó en la Constitución de 1991. La tendencia federalista de mediados de siglo ha vuelto a resurgir también con extremas ambiciones –como lo indicarían los deseos de autonomías regionales, instituciones contempladas ya en la Carta. La fiebre electoral que caracterizó al período radical tiene eco hoy en un intenso calendario de elecciones, que puede aun volverse más denso si seguimos la ruta de los referendos y plebiscitos, favorecida por muchos sectores. Los ideales de la sección segunda de la Constitución de 1863, sobre garantías de los derechos individuales, parecen tener una fuerte resonancia en la carta de derechos de 1991. Hoy, como ayer, los defensores de la Constitución de 1991 –como Manuel José Cepeda, uno de sus arquitectos–, la proclaman «quizás de las más generosas del mundo con el ciudadano».<sup>20</sup> ¿Constituciones para «ángeles»? podría volver a preguntarse.<sup>21</sup> También podrían señalarse otros paralelos no tanto ya sobre el diseño institucional, como sobre la atmósfera y los parámetros de la discusión política. Las críticas al llamado neoliberalismo, por ejemplo, tendrían algunas similitudes con el debate que adelantó Núñez contra las doctrinas del *laissez-faire*. Y, por supuesto, se podrían destacar, sobre todo, los paralelos entre los respectivos momentos históricos de conflicto armado, la amenaza permanente de la guerra frente a un Estado débil para imponer el imperio de la ley o, para utilizar esa definición weberiana tan de moda, un Estado desprovisto del monopolio legítimo de la fuerza. Nuestra historia parece moverse desde

18 Cané, *En viaje*, pp. 143-7.

19 «Notas de Soffia», pp. 42-55.

20 Manuel J. Cepeda, *Introducción a la Constitución de 1991* (Bogotá, 1993), p. 18; la generosidad se refiere en particular al tema de la participación ciudadana.

21 Esta crítica, al parecer, ya se ha formulado, como lo advierte el mismo Cepeda, aunque deja sin identificar los nombres de los críticos: Cepeda, *idem.*, p. 30.

la independencia en movimientos pendulares, incapaz en cualquier caso de romper con la tradición casi continua de un precario Estado de Derecho.

No dudo que tal ejercicio comparativo podría ser de interés, por lo menos porque permitiría identificar los vaivenes y continuidades de una cultura política nacional que se debate recurrentemente entre contradictorios valores. Tal ejercicio comparativo, sin embargo, tendría que aceptar sus limitaciones. Y apreciar las muy diferentes circunstancias de dos momentos históricos distanciados entre sí por más de un siglo. Se corre el riesgo de caer en anacronismos. Me he limitado, por lo pronto, a señalar apenas algunos paralelos, tal vez los más sobresalientes, entre el período radical y las últimas décadas que nos ha tocado vivir, y que deberían merecer mayor atención. Importa de todas maneras subrayar el estado general de zozobra y de inseguridad bajo el que vivían los colombianos durante la época en que Núñez propuso revalorar el orden nacional como base de una ambiciosa reforma política. Y tenerlos en cuenta al querer apreciar la relevancia actual del pensamiento de Núñez.

Además de una respuesta a los problemas domésticos de la época, la necesidad de revalorar el tema del orden fue percibida por Núñez con mayores razones a partir de su experiencia en el extranjero. En sus escritos durante estos años, Núñez siguió siendo crítico del centralismo y de la Iglesia católica. También siguió defendiendo el liberalismo clásico. Y todavía no le otorgaba a la paz la prioridad que le daría posteriormente como fundamento de la prosperidad y la felicidad social. «El interés de la paz no es... superior a todo», escribía desde Liverpool en 1871: «si nuestros abuelos hubieran preferido la paz a todas las cosas, nosotros seríamos aún colonias de España».<sup>22</sup> Pero en sus escritos sobresalía también cierto relativismo en el análisis de dichos problemas y su apreciación por la necesidad de consolidar el orden social.

«En todas las sociedades políticas», escribió desde Nueva York en 1864, «un elemento conservador es indispensable como principio de existencia i de progreso».<sup>23</sup> En los Estados Unidos, este «elemento conservador» había sido «el principio de la *unidad nacional*», que Núñez subrayaba para contraponerlo a la «doctrina disolvente de la soberanía absoluta de los estados», unidad que había salvado a ese «gran país de la triste suerte» de las repúblicas hispanoamericanas «cada día más divididas i subdivididas».<sup>24</sup>

Adicionalmente, Núñez estimaba que gran parte de los progresos políticos que experimentaban los Estados Unidos se debían a la forma cómo se habían cultivado allí los «instintos religiosos»: como el principio de autoridad era naturalmente débil en las democracias, era «indispensable buscar elementos de orden en los dominios de la moral». En realidad, el apoyo posterior que buscó y le dio a la Iglesia católica podría interpretarse como una salida práctica para encontrar estas bases morales, a las que concedió tanto significado desde su visita a los Estados Unidos. Lo que se puede

22 Núñez, *Ensayos de crítica social*, p. 236.

23 Núñez, *Ensayos de crítica social*, p. 9. Véase también Nicolás del Castillo, *Rafael Núñez a través de sus cartas desde Nueva York y Europa* (Bogotá, 1987).

24 Núñez, *Ensayos de crítica social*, 9-13.

observar en uno y otro caso es el esfuerzo de Núñez por rechazar las posiciones exclusivas, el dogmatismo. Es así como no existían para él contradicciones entre el orden y la libertad: «realizar la libertad en el orden i el orden en la libertad, he aquí lo que (los españoles) no han podido lograr de una manera satisfactoria», escribía en 1868.<sup>25</sup> Y añadía: «Libertad i orden son en su esencia elementos sinónimos, i no antagonistas o diversos siquiera como erradamente se ha pretendido por muchos».

Núñez regresó al país a fines de 1874, cuando fue proclamado por primera vez candidato a la presidencia de la república por una Sociedad de Representantes de la Costa Atlántica reunida en Barranquilla. Éste fue uno de los primeros movimientos regionalistas políticamente articulados de la Costa, con el objetivo de ganar la presidencia, y en defensa de un programa de obras públicas para beneficio de la región. Al lado de los intereses regionales, otros temas –como el papel de la Iglesia, la relación con la oposición conservadora o la independencia del sufragio– formaron parte del debate en una de las campañas electorales más reñidas del siglo diecinueve, hasta desembocar en una guerra civil. La guerra civil de 1875, que se confundió con la misma campaña presidencial, dejó tras de sí un número significativo de víctimas y una economía en bancarrota, y estimuló a su turno un levantamiento armado más devastador el año siguiente –la guerra de 1876–.<sup>26</sup> A pesar de ser el candidato de una de las facciones que luchó en la guerra de 1875, Núñez no parece haber participado directamente en el conflicto. Al año siguiente, ya derrotado como candidato presidencial, Núñez estaba al mando del Estado de Bolívar, desde donde prestó apoyo al gobierno radical de Aquileo Parra –su contrincante dentro del liberalismo–, en contra de la rebelión conservadora.<sup>27</sup> Y desde la administración del Estado de Bolívar pudo construir una base de poder y afianzar su prestigio nacional, antes de ser elegido presidente de los colombianos por primera vez en 1880. Estas experiencias serían determinantes en el desarrollo de sus doctrinas regeneradoras. La guerra de 1875, en particular, sería una referencia constante en sus escritos de prensa. Si en sus correspondencias desde Europa, Núñez percibió la importancia del orden en aquellas sociedades que gozaban de progreso, su preocupación por el orden nacional en Colombia pasó a ocupar un lugar central en su obra desde mediados de 1870, y así lo hizo explícito en sus escritos durante las siguientes dos décadas. ¿Qué entendía, pues, Núñez por el orden? ¿Cómo apreciaba el valor del orden frente a otros valores? ¿Cuáles fueron sus propuestas para conquistar el orden? ¿Y qué éxito tuvieron? Permítanme dedicar el resto de este ensayo al examen de estas preguntas.

Ante todo, hay que insistir en la prioridad que adquirió el orden para Núñez –el orden como un valor fundamental de la organización social–. En 1879, al examinar su propia administración en Bolívar, le advertía a los lectores, «nos detendremos en lo principal, que es la conservación del orden, la concordia y la confianza».<sup>28</sup> En la falta de orden se originaban nuestros problemas. «El mal que corroe a estas repúblicas», escribió en 1890 refiriéndose a Hispanoamérica, «es la incertidumbre del reinado del orden».

25 Núñez, *Ensayos de crítica social*, p.102.

26 Sobre la campaña presidencial de 1875, véanse: James W. Park, «Regionalism as a factor in Colombia's 1875 election», *The Americas* (1986), XLII (4); Posada Carbó, «Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña a la presidencia de 1875»; y Helen Delpar, *Red against blue. The liberal party in Colombian politics, 1863-1899* (Alabama, 1981).

27 Véase James W. Park, «Preludio a la presidencia: Rafael Núñez, gobernador de Bolívar, 1876-1879», *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá, 1976), vol. 63, pp. 519-135.

28 Núñez, *La reforma política*, vol. 2, p.67.



Por eso, «en estos países, después de la propagación de sanos principios morales, el asunto de más vital importancia es la conservación del orden público». Sus reconsideraciones sobre el orden abarcaban tanto la política, como la economía. «Lo primero de todo», según Núñez, era la «seguridad –el orden absoluto–».<sup>29</sup>

Núñez, como sabemos, no fue un pensador sistemático, ni en sus escritos tuvo pretensiones de tratadista. No hay, pues, una definición precisa del orden, que Núñez identificó más bien en términos generales con otras expresiones similares, como seguridad, confianza, concordia, paz y tranquilidad, en fin, certidumbre de convivencia nacional. Pero la función social del orden aparece claramente delimitada. Núñez no entendió el orden como un fin en sí mismo, sino como una condición básica, sin la cual no se puede construir una sociedad. Sin el goce del orden, «la felicidad social no puede ser posible».<sup>30</sup> El orden es la base de otros valores, como la libertad y la justicia. El orden es la base del progreso material. Y el orden es la base de la soberanía nacional. Veamos brevemente qué nos dice sobre cada uno de estos aspectos constitutivos del orden.

Como ya lo he sugerido, desde su experiencia en el exterior, Núñez apreció que no existían contradicciones entre el orden y la libertad. Pensar en ésta sin aquél, más aún, sería una frustrante ilusión. «Realizar la libertad en el orden i el orden en la libertad», era entonces –y tal vez sigue siendo– una fórmula compleja de dudosa acogida en la tradición intelectual hispanoamericana. Aquí, según Núñez, «habíamos retrocedido en lugar de haber avanzado... por haber entendido la libertad como sinónimo de independencia de toda restricción y de todo límite». Núñez acogía así la definición negativa de la libertad, dominante en la tradición anglosajona, para contraponerla a ese sentido positivo de libertad, como «independencia de todo límite».<sup>31</sup> En 1890, Núñez distinguió con suma claridad, como lo había hecho Benjamin Constant en su famoso discurso de 1819, la forma cómo los antiguos y los modernos entendían la libertad.<sup>32</sup> Mientras para los antiguos el individuo era absorbido por el Estado, Núñez observó cómo «para un político moderno, para un inglés, ... libertad es algo que limita la acción del gobierno». Al repasar la política inglesa, destacaba precisamente esas contradicciones aparentes que se malentendían entre nosotros: «para la raza latinoamericana semejante estructura sería de imposible armónico movimiento... Los políticos que se pagan de hueca palabrería no comprenden los superficiales contrasentidos –libertad en la justicia, libertad en la seguridad, benevolencia en el castigo, subordinación en la independencia».

Núñez señalaba que la sugerencia de promover tal idea sobre la libertad era recibida entre nosotros como «reaccionaria» o «retrógrada».<sup>33</sup> Y advertía también la «insensatez» de aspirar a ser libres sin las bases de un orden justo: «Libertad de ese modo es opresión del débil por el fuerte, esto es, anarquía. Justicia es orden y libertad al propio tiempo».<sup>34</sup>

29 Núñez, *La reforma política*, vol. V, p. 173 y vol. VI, p. 21.

30 *Idem.*, vol. II, p. 67.

31 Sobre las definiciones negativa y positiva de la libertad, véase el ensayo clásico de Isaiah Berlin, «Two concepts of liberty», en *Four essays on Liberty* (Oxford, 1969). Véase también F.A. Hayek, *The constitution of liberty* (Londres, 1993).

32 Benjamin Constant, «The liberty of the ancients compared with that of the moderns», en Constant, *Political writings* (Cambridge, 1988).

33 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 286, y vol. V, p. 115.

34 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 286.

Los resultados de la experiencia en Hispanoamérica demostraban cómo «los ensayos de libertad sin orden... debían, pues, conducir como ha sucedido al anonadamiento».<sup>35</sup>

El mantenimiento del orden era entonces, en sus palabras, «el alpha de todo bien social».<sup>36</sup> No sólo era el principio fundamental de otros valores, sino del progreso material. A comienzos de la década de 1890, Núñez se mostraba satisfecho con algunas señales de crecimiento económico –como las cifras de comercio exterior–. Aunque reconocía la lentitud de los avances, las limitaciones. Faltaban, por ejemplo, vías de comunicación, «pero si carecemos de caminos, la culpa es del desasosiego ruinoso en que hemos vivido durante medio siglo». El desarrollo no se podía improvisar. Núñez concebía el progreso como una secuencia evolutiva –influenciado, como se sabe, por Herbert Spencer–, que se originaba en «la seguridad, en el orden absoluto». Éstos debían conquistarse primero, luego vendría «el ferrocarril a establecer la unidad nacional y el concierto y equilibrio industrial y comercial. Enseguida afluyen capitales y brazos, y el progreso visible tiene cumplimiento».<sup>37</sup>

En últimas, la conquista del orden era esencial para construir la nación: «sin orden no hay nación sino audaces que se disputan la presa, como las fieras en la selva». Y entre quienes podían disputarse la «presa» estaban también los extranjeros. El orden era la condición primera de la soberanía nacional. Núñez vivió, no lo olvidemos, en tiempos de auge del imperialismo clásico. Temía por ello las amenazas de ser absorbidos por otras naciones («razas», en sus propias palabras) de «mayores quilates de vida moral», si no decidíamos entrar «en camino de orden definitivo». Desde cierta perspectiva, el problema suramericano enfrentaba una simple disyuntiva «o abdicación o estancamiento». Sin embargo, Núñez sugería que era «tiempo todavía de encontrar un tercer camino» que ni comprometiese la dignidad, ni impidiese el progreso». Esta tercera vía requería «ante todo y sobre todo, y cueste lo que cueste... fundar irrevocablemente el reinado del orden».<sup>38</sup> La falta de orden interno dejaba sin fuerzas a la misma soberanía nacional, como se comprobaría con la intervención de los Estados Unidos en Panamá tras la Guerra de los Mil Días.

Una cosa era identificar el diagnóstico de los males nacionales; otra, bien distinta, era encontrarles remedio. ¿Qué se proponía entonces para fundar el orden? Núñez enfrentó el problema desde dos niveles distintos aunque íntimamente relacionados. Desde el primero, sobre el cual quizá se ha llamado más la atención, Núñez prestó especial atención al rediseño de nuestras instituciones. Desde el segundo, Núñez trabajó por modificar el mundo valorativo de los colombianos, una extraordinaria tarea que exigía profundas reconsideraciones de las tradiciones intelectuales que habían dominado en el país. Permítanme comenzar por estas últimas.

Ante todo, Núñez emprendió un esfuerzo sistemático por deslegitimar el discurso de la guerra civil, los llamados a las revoluciones y al pronuncia-

35 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 291.

36 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 70.

37 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 70 y vol. VI, p. 21.

38 Núñez, *La reforma política*, vol. III, pp. 171-172.

miento. Como ya he señalado, no abandonó el concepto de la guerra justa, aplicable al caso de la independencia. Y aceptaba la existencia de otras insurrecciones «de pleno... derecho».<sup>39</sup> Pero sus condenas a las apelaciones a la guerra fueron cada vez más repetidas. La reconstrucción de la legitimidad –es decir, de la autoridad–, se había constituido en uno de los grandes problemas del continente tras las guerras de independencia. La destrucción de la Colonia, en opinión de autores tan influyentes como José María Samper, seguía aún justificando las guerras civiles en la década de 1860: «cada revolución o guerra civil no es más que un nuevo combate armado contra la *Colonia* que resiste y quiere vivir, como la hiedra en sus escombros». Por eso Samper no parecía tener entonces sino palabras de alabanza para las guerras, las que se miraban como «una evolución del progreso, que transtorna como los purgantes, pero en definitiva depura, vigoriza ciertas fuerzas y desembaraza el camino de la civilización».<sup>40</sup> A estas apologías de la guerra, Núñez contrapuso el discurso de la «paz científica».

«Condenamos... la apelación a la guerra, que, en el orden moral, rara vez reedifica en proporción de lo que desorganiza y destruye», expresó al tomar posesión del gobierno en el estado de Bolívar en 1876.<sup>41</sup> Como Presidente de la Unión, en 1881, insistió una vez más en su condena: «toda excitación a la guerra civil, por atenuada que sea su forma es, ... en estos momentos, una gran falta y toda propaganda de paz, un acto de patriotismo».<sup>42</sup> Años más tarde, seguía criticando el que se hablase en el país «frecuentemente de guerra como un negocio legítimo, natural y se hace esa guerra a cortos intervalos; de manera que vivimos en una casi permanente y horroroso bacanal de sangre».<sup>43</sup> Estas condenas estaban acompañadas de justificadas razones. La guerra, subrayaba Núñez, no era otra cosa que el «atropello sistemático»; la guerra era «incompatible con todo derecho»; la guerra era servidumbre para todos. Después de cada guerra civil, el país había sufrido «mayor miseria, mayor desconfianza, mayores y más enconados odios, mayor confusión de ideas y, sobre todo, aumento de la lista de libertadores».<sup>44</sup> La guerra, por lo demás, generaba su propia dinámica impredecible. La violencia engendraba más violencia; «las obras de la espada» siempre dejaban «cicatrices difíciles de borrar». Núñez no atribuyó la guerra a una simple causa, pero fue muy claro en condenar la atmósfera intelectual que la estimulaba. De alguna forma, el país sufría las consecuencias de «30 y tantos años de ejemplo y predicación subversiva».<sup>45</sup>

Sus esfuerzos por modificar el mundo valorativo de los colombianos se apoyaron cada vez más en el terreno de la moral, que Núñez identificaba con el apego a la religión, entre nosotros con el cristianismo y, más específicamente, con el catolicismo. Fue en este terreno donde quizá Núñez encontró mayores resistencias entre sus antiguos copartidarios liberales, donde los ataques contra Núñez cobraban mayor apasionamiento. Sus reconsideraciones sobre el papel de la Iglesia lo acercaron, claro está, a los conservadores. Pero más allá de la política partidista, dichas reconsideraciones

39 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 115.

40 José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas* (Bogotá, 1984, primera ed., 1861), pp. 202 y 221.

41 Citado en Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 23.

42 Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 2.

43 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 260.

44 Núñez, *La reforma política*, vol. I, p.11; vol. III, pp. 139 y 169.

45 Núñez, *La reforma política*, vol. II, pp. 91y 108; y vol. III, p. 173.

le distanciaban ideológicamente de los liberales. No era, hay que advertir, un simple distanciamiento. Los asuntos religiosos, las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y el papel de la Iglesia en la organización social constituían algunos de los focos centrales de la discusión ideológica durante el siglo diecinueve –tanto en Colombia como en buena parte de Europa–.<sup>46</sup> El tema merecería un examen más sistemático. Baste para el propósito de este ensayo señalar la destacada y creciente atención otorgada por Núñez a estos temas que siempre discutía con alusiones a la experiencia de otros países. Núñez se cuidaba de recordarles a sus lectores que sus reconsideraciones databan, por lo menos, de su viaje a los Estados Unidos en 1863, cuando advirtió cómo los progresos de esa nación se debían a la dirección que se había dado y al cultivo que habían «tenido los sentimientos religiosos».<sup>47</sup> Núñez no compartió el catolicismo dogmático de Miguel Antonio Caro, su gran aliado en el proyecto regenerador.<sup>48</sup> No creía posible, sin embargo, reconstruir el país sin fuertes bases morales que lo sustentaran. ¿Cómo reorganizar a los colombianos?, se preguntaba todavía en la década de 1890. Y contestaba explícitamente: «Abramos la historia universal. Ningún pueblo lo ha logrado sino por medio de la Religión, en primer lugar».<sup>49</sup> El progreso material por sí solo no garantizaba la felicidad social. «Lo que necesitamos, lo que necesitamos con urgencia suprema, es algo de espiritualismo», decía en los últimos años de su vida. En su conjunto, Núñez concebía que las reformas políticas que lideraba con Caro constituían una verdadera «revolución moral».<sup>50</sup>

Me parece importante reiterar el significado de esta doble dimensión intelectual del proyecto de orden nacional sugerido por Núñez, un orden que tenía que comenzar por desarmar los espíritus, por deslegitimar los llamados a la violencia, a la guerra civil y a un orden que buscaba apoyos y fundamentos en el campo de la moral religiosa. Núñez confiaba así mismo en el valor de las instituciones, instituciones que, para reordenar la sociedad, debían saber ajustarse a la realidad nacional. El nuevo diseño institucional propuesto por Núñez tuvo su forma más clara en la Constitución de 1886, la que debería analizarse conjuntamente con las prácticas gubernamentales de la Regeneración a partir de 1878, cuando los partidarios de Núñez, los independientes, desplazaron por primera vez del poder a los radicales. No puedo en esta ocasión detenerme de manera sistemática ni en la Constitución, ni en la forma como se manejó el poder bajo la Regeneración.<sup>51</sup> Me limitaré a examinar algunos aspectos del proyecto nuñista, aquellos más directamente relacionados con la reconstrucción del orden nacional.

El orden nacional concebido por Núñez suponía la reformulación del papel del gobierno, así como de la autoridad que debía acompañar la acción del Estado. Núñez creía que la paz –la conquista del orden y la seguridad–, era una misión indelegable del gobierno. A comienzos de la década de 1890, el liberal Miguel Samper reconocía que algunas de las nuevas instituciones comenzaban a brindarle paz a los colombianos, sobre todo el Concordato

46 Se requiere tal vez un esfuerzo adicional para apreciar en su verdadera dimensión la naturaleza religiosa del conflicto ideológico, que tiende a subvalorarse, y hasta desconocerse, en medio de la aparente secularización de fines del siglo XX. Un reciente trabajo que le presta atención al conflicto entre los discursos liberal y católico durante la Regeneración es el libro de José David Cortés Guerrero, *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la diócesis de Tunja, 1881-1918* (Bogotá, 1998).

47 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 112.

48 Véase, M.A. Caro, *Escritos políticos* (Bogotá, 1990-193), 4 vols. y Carlos Valderrama Andrade, *Miguel Antonio Caro y la Regeneración* (Bogotá, 1997).

49 Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 218.

50 La calificación era de Caro, a la que Núñez hacía eco en un escrito de 1887; véase *La reforma política*, vol. II, p. 353.

51 Éste ha sido un período de relativo escaso interés entre la historiografía colombiana. Un análisis de este período, comparativamente con Ecuador y Venezuela, se encuentra en el ensayo de Malcolm Deas en *The Cambridge History of Latin America*; véase también sus ensayos sobre la Regeneración en *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX* (Bogotá, 1983), y sobre Caro en su libro *Del poder y la gramática* (Bogotá, 1993). Sobre la hegemonía conservadora, véase el ensayo ya clásico de Jorge Orlando Melo, reimpresso en *Colombia hoy* (Bogotá, 1995).

con la Iglesia Católica y el centralismo que acabó con las pretensiones soberanas de los estados regionales. Sin embargo, Samper criticaba las facultades extraordinarias que la Constitución confería al ejecutivo. Núñez le dio la bienvenida a la adhesión que tan prestante liberal le daba a las instituciones regeneradoras. Pero defendió la necesidad que tenía el Estado de contar con herramientas para su tarea, sobre todo en Colombia, donde el gobierno tendía a ser naturalmente débil. «No se llegará a la pacificación verdadera de este país... sin gobierno muy vigoroso, que haga del todo imposible las subversiones del orden», le respondió a Samper. Sus reflexiones dejaban la impresión de estar gobernando aún en condiciones de suma fragilidad. Y descubrían su profundo escepticismo sobre la naturaleza humana, un escepticismo marcadamente inspirado en las doctrinas de Hobbes: «Hay que prevenir hasta la más simple escaramuza, de manera que el olor de sangre humana no vuelva a despertar los adormecidos malos instintos, como sucede en las jaulas de las fieras».<sup>52</sup>

Esta reformulación del papel del gobierno suponía, a su vez, la reafirmación del principio de autoridad, una tarea nada fácil en un país donde «las masas ciudadanas» miraban «en lo general, de mal ojo ese principio, porque cercena el poder personal de cada uno», que pesaba más que el interés colectivo.<sup>53</sup> Aquí, se lamentaba Núñez todavía en la década de 1890, «nadie quiere someterse a la disciplina, la autoridad se reputa siempre tiránica, hasta la del padre de familia».<sup>54</sup>

La organización centralista del Estado obedecía, precisamente, a esa necesidad de contar con un gobierno capaz de garantizar el orden nacional. Pero obedecía también a la preocupación mayor de Núñez de preservar la unidad política del país. Ésta se había visto amenazada por la excesiva soberanía de los estados. «No hay un país serio que haya roto su unidad por amor a la federación», escribía el 12 de noviembre de 1886.<sup>55</sup> Contrastaba repetidamente la experiencia colombiana con la de otras federaciones, donde se marchaba «de la diseminación a la unidad: ...la federación que se hace dividiendo y no uniendo es un contrasentido fecundo de males».<sup>56</sup> Núñez no fue un ciego admirador del centralismo. Estuvo ante todo interesado en preservar la unidad del país, unidad política que, en su sentir, no traía como consecuencia «ineludible la homogeneidad en la división territorial, ni la uniformidad absoluta en la manera de gobernarlo».<sup>57</sup> Más aún, frente a las alternativas de organización del Estado se manifestó en contra de las «exageraciones excluyentes». El federalismo, tal como se había adoptado en Colombia y en buena parte de Hispanoamérica, había producido funestos resultados. Y el centralismo excesivo ahogaba la «fecunda vida municipal». Su identificación con el centralismo respondía al llamado de asociar fuerzas para restablecer el poder público. Era también una respuesta para combatir los particularismos enervantes, la «independencia del gamonalismo local», los derechos casi feudales de los estados, a los que quedaba subordinada la soberanía nacional.<sup>58</sup> Desde cierta perspectiva, el centralismo se planteaba entonces como fuerza liberadora, una idea aún de difícil acepta-

52 Núñez, *La reforma política*, vol. V, pp. 196-97.

53 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 149.

54 Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 217. «El respeto por los mandatarios, de cualquier orden y categoría que sean, es casi nulo», había observado Soffia en 1882; «Nota de Soffia», p. 55.

55 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 243.

56 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 392 y vol. V, p. 21.

57 Núñez, *La reforma política*, vol. VII, p. 238.

58 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 155, vol. III, p. 160, y vol. VII, p. 239.

ción entre los colombianos. De cualquier manera, el centralismo nuñista estuvo muy lejos de constituirse en ese poder omnímodo, casi monárquico, que denuncia con frecuencia la crítica.<sup>59</sup> Núñez mismo se cuidaba en señalar las diferencias entre la organización política colombiana, que concedía cierta autonomía a los departamentos, y el rígido centralismo que prevalecía en el México de Porfirio Díaz. Interesa subrayar, por encima de todo, que el centralismo se concebía como la condición de un gobierno vigoroso, sin el cual era imposible garantizar la seguridad ciudadana. La seguridad era el orden, «y el orden no surge espontáneamente... sino que se impone por la acción de un gobierno excepcionalmente fuerte».<sup>60</sup>

Núñez se apoyó, sin duda, en el ejército para consolidar su proyecto de orden nacional. Más aún, podría decirse que bajo su primera administración se dieron los pasos para crear un verdadero y moderno ejército nacional. La fuerza militar se había elevado de la minúscula cifra de 500, bajo la administración Mallarino a mediados de siglo, hasta unos 6.000 soldados en la década de 1890. Pero ya como Presidente en 1880-82, Núñez había incrementado significativamente el número de reclutas (3.538 hombres componían entonces el ejército nacional). Como lo observó Soffia, el ministro chileno, Núñez «halagó con particular esmero» al ejército. Soffia también observó que excepcionalmente Núñez había «gobernado en paz la república», aunque no tanto por sus halagos al ejército como por la «satisfacción en que mantuvo el espíritu público».<sup>61</sup> En su mensaje al Congreso de 1882, Núñez reconoció que el sostenimiento del ejército se había convertido en uno de los gastos más sensibles, pero plenamente justificable ya que el ejército era «la garantía de la paz pública; y su conservación ... (era) una valiosa economía en cuanto al resultado benéfico trascendental que al país proporciona». El ejército cumplía además el servicio de policía urbana, a falta de las condiciones para prestar tal servicio.<sup>62</sup> Y algunos sectores del ejército estaban dedicados también a varios trabajos públicos como cuerpo de zapadores. Para Núñez, el ejército era «la protección eficaz del derecho», cuyo pie de fuerza debería seguir aumentándose por una razón adicional: para que se respetase «la inviolabilidad de nuestra soberanía y también de nuestra honra», sobre todo frente a las condiciones del Istmo de Panamá.<sup>63</sup> Su confianza en el ejército era, sin embargo, limitada a sus funciones de preservar el orden nacional. Núñez destacaba la antipatía del pueblo colombiano hacia el caudillaje, como entre nosotros dominaba un sentimiento adverso «a toda personalidad política ... (con) propensiones a cesarismo». Y destacaba también esa tradición de nuestro ejército, que se había «hecho conocer y apreciar por su general sumisión al poder civil, aun en medio del desorden de la guerra». En 1889, condenó la interferencia del ejército en la proclamación de la república del Brasil. «Los que tienen en sus manos las armas de una nación», expresó Núñez, «para garantía del orden público y seguridad de las personas, deben estar sometidos a rigurosa disciplina».<sup>64</sup>

59 «Desde 1886... El señor Presidente en Colombia es la casi totalidad del Estado», expresó, por ejemplo, Alfredo Vásquez Carrizosa, en un texto que ayudó a popularizar tal idea a partir de la década de 1970. Véase su libro *El poder presidencial en Colombia* (Bogotá, 1979, segunda ed.), p. 15.

60 Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 94.

61 «Nota de Soffia», pp. 51-60.

62 Los primeros intentos de establecer una policía nacional bajo patrones modernos se hicieron también bajo la Regeneración, con resultados no obstante fallidos. Véase el ensayo de Frederic Martínez sobre la misión francesa que se encargó de organizar la institución en E. Posada Carbó, ed., *In Search of a New Order. Essays on the Politics and Society of Nineteenth-century Latin America* (Londres, 1998).

63 *Mensaje del presidente constitucional* (1882), pp. 10 y 33; y *Mensaje del presidente de Colombia al congreso constitucional instalado el 20 de julio de 1888* (Bogotá, 1888), p. 13.

64 Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 337; vol. II, p. 129; y vol. V, p. 19.

Deslegitimar el discurso de la guerra civil, contar con un gobierno fuerte, centralizar el poder público, fortalecer la autoridad, consolidar los valores morales, dotar al ejército. A este recetario para reconstruir el orden podría añadirse el crecimiento económico, lo que en algún momento Núñez llamó la «paz científica»: «Fomentar los ferrocarriles y la navegación y el trabajo en todo sentido es por tanto, fomentar el establecimiento de la paz sobre bases científicas inmovibles». El progreso material, sin embargo, servía más que todo para afianzar el orden ya conquistado, sin el cual no había progreso posible. Núñez, por lo demás, no concebía la paz como el resultado de una simple operación, así se refiriese a la paz como la «consecuencia de rigurosas premisas». <sup>65</sup> Tampoco identificaba a un gobierno fuerte con medidas exclusivamente represivas. «Un motín se suprime de raíz con el pronto uso de la fuerza, pero –advertía– los grandes conflictos requieren medios mucho más complejos». La paz era en últimas el resultado del goce ininterrumpido del orden, el que exigía tiempo para afianzarse con solidez en la sociedad. Desde Cartagena, en 1882, lo expresó con claridad: «La paz no se decreta: la paz es el resultado virtual de un cúmulo de esfuerzos encaminados a proscribir todo linaje de violencias». <sup>66</sup>

¿Cuál fue entonces el resultado de ese «cúmulo de esfuerzos» que fue la obra de Núñez? ¿Cómo juzgarla?, y ¿qué relevancia tendría el pensamiento de Núñez frente a este nuevo ciclo de violencia que otra vez azota a los colombianos hasta amenazar la unidad nacional? Mis reflexiones finales estarán dedicadas a examinar brevemente estos interrogantes.

Las evidencias parecerían, a primera vista, contundentes: la rebelión de 1895, la Guerra de los Mil Días, la pérdida de Panamá ¿no sugieren acaso estos eventos el fracaso del orden prometido por la regeneración nuñista? Tal vez. Pero ellas también sugerirían todo lo contrario. Núñez había advertido una y otra vez que, a falta de orden, la soberanía nacional –con sus ojos en Panamá–, corría peligro. Él entendió muy bien que el desorden interno se convertía en la justificación más clara para la intervención de potencias extranjeras. <sup>67</sup> Núñez también había advertido que, a pesar de los avances, se gobernaba todavía bajo un orden sumamente frágil. La paz seguía siendo, por lo tanto, una lejana aspiración. «Al menor disparo tendremos nuevo general incendio», escribió en 1894: «Sólo falta ya un primer disparo para que comiencen la matanza y las confiscaciones». <sup>68</sup> Cualquier juicio sobre el pensamiento de Núñez frente a los trágicos eventos de fin de siglo, sin embargo, tendría que tener en cuenta otras consideraciones. Tendría, por ejemplo, que analizar más a fondo y quizá distinguir el pensamiento de Núñez de algunos aspectos del gobierno regenerador entonces en manos de Caro. Y tendría también que examinar críticamente la sobrevivencia del discurso belicista de una de las facciones del liberalismo, como lo hizo en su momento Eduardo Rodríguez Piñeres. <sup>69</sup>

Más aún, el impacto de las ideas de Núñez no puede limitarse a una perspectiva de corto plazo. La paz que surgió de los escombros de la guerra de fin de siglo estuvo, en buena parte, basada en las reconsideraciones inte-

<sup>65</sup> Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 266.

<sup>66</sup> Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 266; vol. II, p. 43; y vol. VI, p. 197.

<sup>67</sup> Así lo hizo explícito Roosevelt en su conocido «corolario» a la doctrina Monroe.

<sup>68</sup> Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 219.

<sup>69</sup> E. Rodríguez Piñeres, *Diez años de política liberal en Colombia* (Bogotá, 1945).

lectuales propuestas por Núñez desde la década de 1860. Fue Núñez quien abogó por el acercamiento entre los partidos contrarios en su campaña presidencial de 1875. Fue Núñez quien insistió desde entonces en garantizar una efectiva tolerancia religiosa. Y fue Núñez quien divulgó las doctrinas de Herbert Spencer, de tanta influencia entre los exponentes de la llamada Generación del Centenario, arquitectos del período de mayor estabilidad que conocimos los colombianos durante este siglo.<sup>70</sup> La obra de Núñez fue precursora de muchos de los valores centenaristas que siguen guiando los ideales colombianos: el civilismo, el imperio de la ley, la alternación en el poder, la moderación del espíritu público. Tal vez sea cierto, como ha sugerido Malcolm Deas, que en Colombia «no hubo edad de oro»,<sup>71</sup> esos períodos de glorias pasadas en los que las sociedades buscan inspiración en momentos de crisis. Pienso, sin embargo, que esas primeras décadas del siglo veinte en las que se destaca la paz centenarista son muy aleccionadoras y sus conquistas deben examinarse conjuntamente con la obra de Núñez.

«Las ideas tienen vida propia», decía el mismo Núñez. Una lectura, inclusive una lectura ligera de su obra, sugiere la relevancia actual de muchas de sus ideas, independientemente de las circunstancias que les dieron vida o de las acciones de su autor. En particular, quisiera finalmente subrayar el mensaje central del pensamiento de Núñez que hoy merecería, por lo menos, integrarse a la discusión sobre el mundo valorativo de los colombianos. Núñez quiso en últimas reconciliar la libertad individual con el orden social, una síntesis que concebía al orden como el fundamento de la libertad. Su modelo había sido Chile donde, «a la sombra del orden» se construía «un carácter nacional bien definido, hábitos de trabajo, vastas empresas de agricultura y minería», donde se había establecido «la unidad política sin menoscabo de la descentralización municipal», y donde se había rendido «culto temprano a la estabilidad».<sup>72</sup> Tal reformulación de los valores, sin embargo, se entendía como reaccionaria en Colombia, donde medraba la «deplorable utopía». Los colombianos, sobre todo en los medios intelectuales y académicos, seguimos sin saber apreciar la compleja relación entre el orden y la libertad, planteada por Núñez. Quienes diseñaron la Constitución de 1991 criticaron la obra nuñista porque «se preocupaba más por la autoridad que por la libertad»,<sup>73</sup> sin entender quizá el sentido clásicamente liberal del pensamiento nuñista. En su momento, Núñez emplazó a sus críticos con una serie de punzantes preguntas:

«¿Vuestro sistema (de supuestas libertades) no ha coincidido con la guerra permanente?

¿La violencia no conduce inmediatamente al dominio del más fuerte?

¿El predominio del más fuerte no es lo que constituye el estado salvaje?

¿Es con este estado compatible la seguridad?

¿Puede haber libertad –es decir derechos– sin seguridad?».

Creo que estos interrogantes que planteó Núñez hace un siglo están esperando aún una respuesta.

70 Poca atención reciben hoy los centenaristas. Para una introducción a su significado, véase Alfonso López Michelsen, «Apología de la generación del centenario», en *Cuestiones colombianas* (Bogotá, 1955).

71 En Malcom Deas y Fernando Gaitán, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia* (Bogotá, 1995).

72 Núñez, *La reforma política*, vol. II, pp. 171-72 y 320.

73 Cepeda, *Introducción a la Constitución de 1991*, p. 31.



---

## CARIBE Y UNIVERSALIDAD

---

GERMÁN ESPINOSA\*

Hace muchos años, cuando decidí escribir una novela que reflejase el intercambio intelectual establecido entre América y la Europa de la Ilustración en tiempos de nuestra Colonia, un escenario se me impuso en forma casi tiránica: el del Mar Caribe. Era en ese *Mare Internum* de nuestro continente en donde confluían, sin duda alguna, las diversas corrientes de la cultura universal. En su vasto palenque, que iba de la península de Florida hasta la isla Margarita, se celebraba la más espléndida de las fiestas posibles: la de la hibridación cultural. Ciertamente era que, en la totalidad de América, esa fiesta se prodigaba, ya fuese en los connubios del mestizaje entre blancos y cobrizos o incluso en las tumultuosas orgías de sincretismo religioso; pero en ningún lugar era tan intensa como en esa cuenca que cobraba aliento de huracán en las Mayores y Menores Antillas o se apaciguaba en las costas colombianas y venezolanas. Porque en ese escenario, tomárase como referencia a Paso de los Vientos o a La Habana o a Cozumel o a Maracaibo o a Cartagena de Indias, la hibridación contaba con protagonistas más variados, desde gentes de todas las latitudes de Europa hasta comerciantes árabes e indúes, chinos taciturnos y esclavos africanos que juntaban su sangre y sus tradiciones con las del indio autóctono.

Aquella novela, cuyo título fue *La tejedora de coronas* y cuya relativa fortuna entre cierto público ha permitido que su tiraje siga prolongándose hasta nuestros días, tomó por pretexto inicial la toma de Cartagena de Indias por la flota del rey Luis XIV de Francia en 1697. De allí arrancó la acción y ello no fue, en modo alguno, gratuito. En aquel asedio, del cual casi nadie se acordaba cuando apareció la primera edición en 1982 y que algunos hasta llegaron a suponer fruto de mi fantasía, se enfrentaron por primera vez en tierras americanas, con todo su aparato guerrero, dos potencias europeas. Se trató ni más ni menos que de uno de los episodios capitales de la llamada Guerra de Sucesión, mediante la cual deseaba el Rey Sol imponer en el trono de España, como en efecto lo hizo, la dinastía borbónica. Ya antes, los corsarios ingleses habían atacado, es cierto, nuestro puerto sobre el Caribe. Ya antes nuestro *Mare Internum* pululaba de contrabandistas de todas partes de Europa, que unían su sangre a la de indias, españolas y negras. Ya antes la hibridación estaba en movimiento. Pero el episodio a que me refiero se me antojaba emblemático, era como un hito simbólico de algo que se impuso a mi mente: la inmensa condición plurirracial del Caribe.

---

\* Germán Espinosa, Cartagena, Bolívar, 1938. Periodista, ensayista, novelista, poeta y traductor. Periodista político en la agencia United France International de Bogotá en 1959. Cónsul general de Colombia en Nairobi (1977), consejero de la embajada de Colombia en Belgrado (1978-9), Catedrático de literatura y filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana. Ha traducido poemas y prosas del francés y del inglés. Su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano, danés, chino y coreano. Entre sus obras publicadas se destacan el poemario *Letanías del Crepúsculo* (1954), el libro de cuentos *La noche de la trapa* (1965), el ensayo político *Anatomía de un traidor* (1973), la antología *Tres siglos y medio de poesía colombiana* (1980), las novelas *Los cortejos del diablo* (1970) y *La tejedora de coronas* (1982) y la recopilación de ensayos literarios *La liebre en la luna* (1990). *Poesías y cuentos completos*.

Al documentarme para la novela, lo que más me impresionó fue la existencia, en vecindades de La Española, de una pequeña isla infestada de criminales de toda Europa que proyectaban sus tropelías por toda aquella cuenca magnífica. Las violaciones de mujeres perpetradas por los filibusteros de la Tortuga fueron innumerables. Ello, claro, era muy doloroso. Las mujeres deshonradas –según la concepción de la época– veían crecer su vientre rodeadas, probablemente, del desprecio social. En algunos casos, los abnegados maridos debían, a lo que parece, hacerse los de la vista gorda y aceptar como propio el retoño adulterino. Era la única forma de preservar el honor y la familia. En mi novela traté de presentar del modo más patético el trance de la violación, en el que muchos varones poseían, eventualmente, a una única mujer. Hice, por cierto, mucho hincapié en ese particular, pues no me cabía duda de que, aparte el aspecto ético o moral, las violaciones piráticas contribuyeron en forma por demás pletórica al vigoroso cruce racial que habría de hacer del Caribe una síntesis perfecta de la humanidad: un emplazamiento universal por excelencia.

La marcha de los tiempos aguzó, como todos sabemos, esa pluralidad, al convertir al Caribe en epifoco de migraciones de toda índole. A comienzos de este siglo y a lo largo de él, llegaron los libaneses y árabes que huían del dominio turco, llegaron los chinos que trataban de escapar de sus guerras civiles o que venían a trabajar en el Canal de Panamá, llegaron los indúes pálidos, llegaron numerosos judíos europeos hostigados por el nazifascismo. Esto, como es fácil comprenderlo, no sólo gestó una fuerte hibridación cultural (más importante, a mi modo de ver, que el mero mestizaje de razas), sino que incubó una *imago mundi* con mucho distante de la que prevalecía en otras latitudes del continente. Por otra parte, la cercanía de los Estados Unidos no fue ajena tampoco a ese proceso. La influencia yanqui ha sido más robusta en esa área que en otras. Una prueba: la propagación del béisbol como deporte nacional en varias naciones caribeñas, al extremo de ver, a un odiador profesional de los gringos como es Fidel Castro, fotografiado con un bate y una cachucha de beisbolista.

¿Cómo obraron tales circunstancias en el devenir del Caribe? En mi lejana juventud, me correspondió el honor de suministrar a cierto traductor los materiales necesarios para presentar al poeta Luis C. López, mi paisano, trasegado en el idioma de Pushkin. Algunos amigos míos se mofaron, en Bogotá, de la diligencia con que acometía yo aquel encargo. Sostenían que la poesía de López estaba hecha de retazos de la vida del Caribe colombiano y que ello para nada podía interesar a los rusos. Sin embargo, la traducción constituyó éxito redondo y, muy pronto, se emprendió la consiguiente al pekinés, con idéntico resultado. La reflexión, pues, cayó de su peso. López, al bosquejar paisajes, rutinas y personas del Caribe colombiano, lo había hecho siempre apuntando hacia sus rasgos universales. Lo contrario –esto es, apuntar hacia rasgos distintivos– hizo el antioqueño Tomás Carrasquilla. La consecuencia es que, pese a los esfuerzos de mi amigo el admirable Kurt Levy y a la acerada prosa del autor en cuestión, éste no ha podido ser degustado fuera de su tierra. Los particularismos lo

agobian. El sabor terrígeno lo torna críptico. Caso análogo perjudicó, en el pasado, a otros narradores y poetas andinos, a despecho de la fama que acumularan en sus entusiastas terruños.

La verdad es que Luis C. López, ya en vida, había obtenido, en el ámbito de la lengua española, un prestigio asombroso, si se piensa en su temperamento retraído y en la forma indoblegable como, salvo por tres ocasiones –cuando visitó el altiplano y cuando fue por breves períodos cónsul en Munich y en Baltimore–, se resistió a movilizarse fuera de su patria chica. En sus hace poco reeditadas *Inquisiciones*, libro de juventud, Jorge Luis Borges, al referirse al Buenos Aires de comienzos del siglo, declara: «De su dura grandeza, dos veces millonaria de almas posibles, no se elevaba el surtidor piadoso de una sola estrofa veraz y en las seis penas de cualquier guitarra cabía más proximidad de poesía que en la ficción de cuantos simulacros de Rubén (Darío) o de Luis Carlos López infestaban las prensas». Es decir, que entre los porteños de los *sweet twenties* podían hallarse frondosos imitadores de nuestro vate cartagenero.

También en mis años mozos tuve, al calor de lecturas de época, el palpito vivificante de la amplitud de la conciencia caribeña, representada en el sueño panamericanista de Bolívar. Mi profesor de historia, un hombre dentado y nervioso que se apasionaba con los personajes de nuestra Independencia, me había hablado del universalismo del caraqueño Francisco Miranda, cuya vida me detalló con entusiasmo. Me relató de qué modo había luchado Miranda por la Independencia de América del Norte; de qué modo había presentado a Pitt en Londres, desde 1790, su proyecto para emancipar la América española; de qué modo, según él, había accedido al lecho de la emperatriz Catalina de Rusia; de qué modo se había unido al ejército de la Revolución Francesa y se había distinguido, hasta obtener el grado de mariscal de campo, en la guerra contra Prusia y en la conquista de Bélgica; y de qué modo había partido en 1801 desde Nueva York, al mando de una expedición libertadora, para no descansar en adelante en su empresa de emancipar a Hispanoamérica.

Pero, como atrás dije, fue el sueño bolivariano de unir a la América Latina en una gran república lo que más conmovió mi espíritu juvenil. La visión de esa América futura la concibió este otro caraqueño frente al mar de Jamaica, en momentos en que todos sus esfuerzos habían caído en el fracaso y en que España se aprestaba a reconquistar los territorios ganados por los patriotas. Bolívar tenía ante sus ojos el ejemplo de la América del Norte, cuyas antiguas colonias se unían para formar una gran nación. Para él, la única oportunidad que la otra América tenía de igualar los tantos radicaba en hacer lo propio. No era optimista, desde luego. En la famosa «Carta de Jamaica» deja claro que «deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria». No obstante, «no puede persuadirse de que el Nuevo Mundo sea, por el momento, regido por una gran república». «Los estados americanos han menester los cuidados

de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra». En esta última frase se encontraba, desde luego, el germen de su propensión dictatorial, que tantas amarguras le acarreó, pero sin duda su fin último era mucho más ambicioso y, acaso, haya que aceptar que, pese a la inteligencia de individuos como Santander o Córdova, el Libertador no fue comprendido en la totalidad de su pensamiento universalista. El destino, hasta ahora triste, de los países que libertó, acaso no contradiga su visión de conjunto.

Se me dirá que también el general José de San Martín alimentó, en Argentina, el sueño de liberar a toda Hispanoamérica. De hecho, desde cuando, en 1817, atravesó la cordillera con el llamado Ejército de los Andes y venció en Chacabuco a los españoles, para dar la Independencia a Chile, puede afirmarse que su lucha se había internacionalizado. En Lima, promulgó la del Perú en 1821 y, a no ser por la entrevista con Bolívar en Guayaquil, celebrada en 1822 y cuyo tenor se ignoró para siempre, habría perseverado en su designio. Sin duda, a San Martín lo acudía un espíritu tan universalista como el de Bolívar. En general del Cono Sur y, ante todo, de Argentina, debe decirse que comparten con el Caribe esa vastedad de espíritu. No en balde han florecido allá temperamentos tan universales como Bartolomé Mitre, Jorge Luis Borges, Pedro Aguirre Cerda y Pablo Neruda. Ello debido por igual a la fusión de razas, que en los países australes se nutrió de fuertes migraciones europeas.

Precisamente, una alianza entre el Caribe y el Cono Sur hace que a uno de los seres más universalistas de la historia de América debamos concepcuarlo venezolano-chileno. Me refiero, por supuesto, a Andrés Bello. Nacido en 1781, este hijo de Caracas marchó a los veintinueve años a Londres, por comisión que le dio la Junta Revolucionaria de Venezuela, y permaneció casi cuatro lustros en Inglaterra. Allí publicó dos revistas, que denunciaban ya su deseo de unificar las letras hispanoamericanas bajo un pabellón universal. Se llamaron *La biblioteca americana* y *El repertorio americano*, en la última de las cuales apareció por primera vez su *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, poema de aliento virgiliano que intenta ser epítome de la abundancia continental. También en alguna de aquellas publicaciones vio la luz la sustancial *Alocución a la poesía*, poema en el cual pide a la Musa abandonar las cortes del Viejo Mundo y trasladarse a las nacientes repúblicas americanas, que habrían de serle más propicias, pues en ellas se sacudían los yugos del pasado y se inauguraba una nueva historia del mundo. Se trata, sin duda, del primer llamado a la independencia literaria de nuestros países. Por lo demás, en la capital británica fungió Bello como preceptor de los hijos del primer ministro, por recomendación que le facilitó su amigo William Hamilton, el famoso gestor de la filosofía de lo condicionado, que propugnaba una apertura de su país hacia el pensamiento de las diversas latitudes del mundo.

Quiso la suerte que, cuando se desempeñaba como secretario de la Legación de la Gran Colombia en Londres, fuese llamado a su lado por su

discípulo Aníbal Pinto, hombre de inquebrantables convicciones liberales que era, en aquel momento, presidente de Chile. En el país austral vivió el resto de su vida y devino –acaecimiento fundamental para la futura historia del continente– mentor del joven argentino Domingo Faustino Sarmiento, exiliado allá por aquel entonces. Justamente al calor de las enseñanzas de Bello, escribió Sarmiento esa polifacética visión de su patria, inspirada en un idealismo romántico, *Facundo*, obra a la cual es imposible catalogar dentro de género alguno, pues tiene de novela, de biografía, de ensayo sociológico y de tratado histórico, pero que informa un esfuerzo culminante por entender la múltiple realidad argentina. Sobra añadir aquí que en Sarmiento, como en Mitre, había de hallar la Argentina un fecundo impulsor de su vocación universalista, en particular cuando, como presidente, combatió el caudillaje y echó las bases de la enseñanza normal. Su obra literaria, que consta de cincuenta y dos títulos, lo condujo a vivir no sólo su propia vida, sino la de su pueblo, entendido en el marco de una civilización planetaria.

En Chile, la labor de Andrés Bello fue una de las más diversas que recuerde la historia de Hispanoamérica. Su incuestionable erudición y su aguda visión de conjunto lo llevaron a ocuparse de una extraordinaria variedad de materias. En primer término, debe considerarse que en Bello tuvo Hispanoamérica el gran precursor de las corrientes literarias del romanticismo. Ciertamente es que Miranda y Bolívar habían sido románticos en la esfera política, por indudable influencia francesa, y que Bello descalificó el afrancesamiento en todas sus formas. Pero no debe olvidarse que recomendó también el alejamiento de aquello que, en España, representaban Quintana y Meléndez Valdés, es decir, la ya carcomida escuela neoclásica. Tampoco que fue el primer traductor de Víctor Hugo y de Byron, los dos más característicos románticos europeos. La verdad es que Bello, admirando el romanticismo que imperaba en Alemania, en Inglaterra, en Francia y en Italia, desdeñaba el que había hecho carrera en lengua española, lleno de una vanilocuencia insoportable y de un repentismo facilista. Por eso hizo mofa del poema *Al cóndor de Chile*, de Bartolomé Mitre. En cambio, elogió la poesía, ya muy tiznada de romanticismo, del cartagenero José Fernández Madrid, su antiguo compañero de exilio en Londres. Dicho sea de pasada, ignoro por qué Colombia no ha reivindicado a este último como uno de los iniciadores del romanticismo en América.

Por otra parte, Andrés Bello había disciplinado su espíritu, desde los días londinenses, en las arduas templanzas de la filosofía. Su *Código civil* y sus *Principios de derecho internacional*, que son sus dos obras más trajinadas, lo convirtieron en el gran maestro de las ciencias jurídicas en la América Latina. Para él, era preciso ensanchar y ennoblecer el estudio de la jurisprudencia, profundizando en sus principios filosóficos y contemplándola en sus relaciones con las bases eternas de la justicia. Defendió la existencia de un Derecho natural racional y declaró que «como las naciones no dependen unas de otras, las leyes o reglas a que debe sujetarse su conducta recíproca, sólo pueden serles dictadas por la razón que, a la luz de la ex-

perencia y consultando el bien común, las deduce del encadenamiento de causas y efectos que percibimos en el orden físico y moral del universo». En otro aparte, se pregunta: «...Esa ley enseñada por la recta razón, inmutable, eterna, ¿a quiénes obliga? A los hombres, sin duda; y no sólo a los hombres, considerados como individuos, sino a los agregados de hombres, a los pueblos, a los estados, en sus relaciones recíprocas». Desde el punto de vista jurídico, no creo que quepa visión más cósmica. En punto a Derecho Penal, por ejemplo, defendió la función de utilidad social de la pena y, en lo atañadero a esta última, juzgó que debía encaminarse a la enmienda del convicto. De sus reflexiones sobre el Derecho de Gentes, que orientaron su concepción del Derecho Internacional, dedujo la idea de que los varios países de Hispanoamérica habían estado hasta el momento demasiado separados entre sí y que, por consiguiente, sus intereses comunes los convidaban a asociarse. «Para nosotros –escribió–, aun la comunidad de lenguaje es una herencia preciosa, que no debemos disipar». Propugnó, pues, una legislación que reconociese sustancialmente unos mismos principios y un Derecho Internacional uniforme.

Para Bello, toda disciplina humana debía estar, sin duda, regida por principios filosóficos. Es en este sentido que su obra filológica adquirió una penetrante agudeza. Juzgaba el caraqueño que, «en las sutiles y fugitivas analogías de que depende la elección de las formas verbales... se encuentra un encadenamiento maravilloso de relaciones metafísicas». También, pues, en el estudio filológico hallaba principios generales derivados de la naturaleza humana, razón por la cual, en las diversas lenguas del hombre, algunos habían creído ver, en cierto modo, meras variantes de un arquetipo lingüístico. Tal idea había seducido a numerosos filólogos desde la antigüedad, pero en Bello fue atemperada por la convicción de que la corrección gramatical brotaba en forma exclusiva del uso popular, «verdadero y único artífice de las lenguas». Con ello, se alejó significativamente de los postulados académicos y, pese a la distancia que tomó frente a neologismos innecesarios, acogió en cambio el inmenso caudal léxico de americanismos que, surgido del habla del pueblo, colmaba ya la lengua española. Tal visión permitió que, contrariando a sus antecesores, separase de modo terminante el estudio de la gramática castellana del estudio de la gramática latina, actitud que ha merecido el entusiasta elogio de Menéndez y Pelayo. No sobra agregar aquí de qué manera, en Bello, había ante todo un genial pedagogo que predicó la necesidad de una «educación integral» para el hombre nuevo que surgía en la América Latina. Para él, la educación debía ser entendida como «el empleo de las facultades más a propósito para promover la felicidad humana». En su fondo latía, pues, el mismo ideal bolivariano de una América más libre que la Francia que soñó Diderot. Ideal en todo compaginable con su deseo, patente en el último de sus libros –*Filosofía del entendimiento*, en el cual reponía ciertos postulados de Berkeley y de Kant–, de incorporar nuestra América a la historia de las ideas.

Aquel ideal bolivariano de unidad latinoamericana, al cual será preciso remitirnos en forma incesante, habría de revivir, matizado por el tiempo y

por la evidencia de particularidades nada desdeñables en los países del subcontinente, en otro caribeño: el cubano José Martí. Hijo de españoles y nacido en La Habana en 1853, Martí se vertió desde muy joven hacia los dos polos capitales de su vida: la literatura y la política. En 1869, cuando había ya publicado dos periódicos y también –en ellos– sus primeros poemas, sus actividades contra la corona española le valieron una condena a seis años de presidio. Indultado, logró marchar en 1871 a España, donde inició la carrera de leyes. El contacto con la madre patria lo convenció de que la tradición española sólo «manjares rehervidos» aportaba a Hispanoamérica y, así, no bien concluyó sus estudios, se trasladó a México y luego a Guatemala, donde fue acogido por el presidente Justo Rufino Barrios. Quiso volver a Cuba en 1878, pero su actitud política resultó sospechosa y, dos años después, se instaló en Nueva York como crítico de arte, no sin escribir una que otra prosa en inglés. No obstante, a la vuelta de un año se encontraba en Venezuela, donde fundó la *Revista venezolana*.

Fue la incompatibilidad de su carácter con el del presidente Antonio Guzmán Blanco, hombre de reconocida propensión autocrática, lo que le hizo tornar a Nueva York, donde se residió por un largo período. En esa metrópoli, trabó conocimiento con Maceo y con Máximo Gómez, el último de los cuales, irónicamente, le resultó enfadoso. En 1892, redactó las bases del Partido Revolucionario Cubano, que fueron de inmediato aprobadas en Cayo Hueso. En forma simultánea, fundó el periódico *Patria* como órgano de ese movimiento y procedió a entrevistarse en Santo Domingo con Gómez, con el cual sellaría ahora una amistad irrompible. En los meses subsecuentes, viajó por Haití, Jamaica, Costa Rica, Panamá y México, para en 1895 lanzar el Manifiesto de Montecristi e invadir a Cuba por Playitas. Con el cargo de mayor general, encaró la inesperada acción de Dos Ríos, donde cayó herido de muerte. La lucha patriótica había cobrado así la vida de uno de los mejores escritores y de los más afilados ideólogos del continente americano.

De la obra literaria de Martí se ha repetido que fue precursora del movimiento modernista, primero que declaró la independencia absoluta de las letras hispanoamericanas respecto a España. Martí era catorce años mayor que Rubén Darío, pero a mí no me ha desagradado nunca verlo más como un modernista activo que como un precursor. Hay en él, claro, un aliento romántico, pero emparentado con la escuela de Rubén por el deseo perseverante de otorgar una elaboración artística a sus escritos. No fue un *esteticista*, como ya lo señala Enrique Anderson Imbert; sin embargo, no despreciaba la posibilidad de encontrar elegancias en fuentes como Gautier, Daudet y hasta en el acerado Flaubert. Comulgaba, por lo demás, con el «culto de la belleza» que profesaban los prerrafaelistas y Oscar Wilde. Su única novela, *Amistad funesta* (1885), transcurre en una atmósfera de mollicie intelectualista, que unida a su prosa ágil y chispeante la aproxima en forma numerosa a *De sobremesa*, de José Asunción Silva. El estilo de esta obra ha sido considerado por Giuseppe Bellini como «apasionado, a veces desbordante, pero caracterizado sobre todo, positiva-

mente, por un sugestivo lirismo, con la fascinación que le da una belleza exquisita, iluminado por cromatismos inéditos y por metáforas espléndidas». Su poesía, en cambio, no rehusa participar de ciertos rasgos populares, pese al bagaje culto que la sustenta. Una de sus características, que comparte con el modernismo, es el empleo lúdico de la rima. La sencillez predicada –a veces, casi en forma obsesiva– por el autor, resplandece por su ausencia en aquellos poemas, que hubiesen congeniado con una viñeta *art nouveau*.

Durante su permanencia en Nueva York, Martí escribió multitud de crónicas, con destino a publicaciones de habla española, en las cuales contempló con aguda visión la emergencia obrera, las luchas sociales, la corrupción política. Nunca fue un enemigo de los Estados Unidos, pero comprendió el peligro que significaban para la integridad de la América Latina. No dudó, pues, en alertar, como lo haría después Darío, sobre la amenaza imperial. No soñó la república unitaria de Bolívar, pues veía distancias evidentes entre nuestras distintas naciones, mas sí entrevió la posibilidad de acciones conjuntas para resistir al coloso del norte. Para este «maestro de América», lo deseable era que el latinoamericano se empapase en lo esencial de todas las culturas del mundo, a fin de, en armonía con sus propensiones naturales o genéticas, elegir lo que mejor cuadrara a su temperamento. Se cuidó, por otra parte, de pergeñar las semblanzas de todos aquellos que, a su modo de ver, hubiesen contribuido en forma notable al avance de Latinoamérica. «Nunca de tanta oposición y desdicha –escribió– nació un pueblo más precoz, más generoso y más firme». Al tiempo, nos soñaba como el crisol en el cual habrían de fundirse todas las razas del planeta. Quería ver al mundo injertado en nuestras repúblicas, siempre y cuando el tronco fuese el de nuestras repúblicas. Así, la relación con el resto de naciones sería dialéctica, dando y recibiendo, como en efecto ha ocurrido si se observan nuestros desenvolvimientos con mirada desaprensiva, para ejemplo de lo cual bastaría citar la doble vía en que un Vicente Huidobro o un César Vallejo actuaron con Europa. Una absorción de lo ajeno en beneficio de lo propio, pero asimismo una entrega de lo propio en beneficio de lo ajeno. Una América, pues, hecha por y para la humanidad. En otras palabras, el universalismo dinámico que me he complacido en señalar como característico de la actitud caribeña.

Pero aún hay una anécdota de Martí que me placería referir. Cierta día de 1893, alguien le comunicó que en Nueva York se encontraba el poeta nicaragüense Rubén Darío. No había el apóstol cubano pasado por alto la publicación en Valparaíso, cinco años atrás, de un libro titulado *Azul*, que no sólo se compadecía con su concepción de lo que las letras hispanoamericanas debían ser, sino que parecía significar una renovación de gran aliento en la lengua de Castilla, tal como no había dudado en señalarlo el gran crítico peninsular Juan Valera. La reacción de Martí fue instantánea. Ordenó a alguno de sus lugartenientes ir a presentar sus saludos a Darío e invitarlo para una velada en el Hardman Hall, en la que tomaría la palabra. Halló el nicaragüense, en el lugar indicado, un público formado preferentemente



por emigrados cubanos que luchaban por la libertad de su patria. Martí se proponía defenderse de ciertos cargos que en su contra habían proferido algunos compatriotas. Al ver a Darío, lo abrazó con entusiasmo y exclamó: «¡Hijo mío!» Acto continuo, lo sentó a su lado en el podio y lo presentó con elogios al auditorio. Concluido el acto, Martí invitó a Rubén a tomar juntos una taza de chocolate. El autor de *Azul*, según después no se cansaba de repetirlo, quedó embrujado por la conversación del cubano. Unos días más tarde, la totalidad de los emigrados brindaron a Darío un banquete en un restaurante neoyorquino, que ofreció el patriota Nicolás Bolet Peraza.

¿Qué hacía en Nueva York, en la sorda metrópoli, este joven poeta, ya acariciado por la gloria, nacido veintiséis años antes en una aldea recóndita llamada Metapa, hundida en la Cordillera Segoviana que cubre la provincia nicaragüense de Matagalpa, cuyo río principal, el Grande de Matagalpa, es afluente del Caribe? Darío se proponía, paradójicamente, ir a Buenos Aires vía París. Es una historia que vale la pena conocer, pero, como requisito previo, declaremos en honor a la verdad que no resulta del todo lícito suponer en Rubén a un vástago específico de la zona del Caribe. Cierto es que su patria se considera hoy una nación esencialmente caribeña, pero ni Metapa (hoy Ciudad Darío) ni León, ciudad esta última donde fue educado, se hallan en vecindades de ese mar, sino del Océano Pacífico. Antes de poseer la Mosquitia, hoy provincia de Zelaya, Nicaragua sólo se comunicaba con el Caribe por la angosta faja de Río San Juan. Sus ríos iban casi todos al Mar de las Antillas, pero sus gentes vivían vueltas hacia el Pacífico. A mi modo de ver, otorgar demasiada importancia a este accidente histórico sería desvincular al poeta de lo que es la Nicaragua actual, ligada ya en forma indisoluble al orbe caribeño. Me parece que el Caribe puede, con ciertas cortapisas, reclamar para sí al «cisne nicaragüense». Pero tratemos de no dar pábulo a la polémica y limitémonos a los lazos que lo unieron con el *Mare Nostrum* americano.

Lo hemos presentado en Nueva York, en 1893. Mucho se ha hablado de la suerte que acompañó a Rubén a lo largo de su vida. Y, en efecto, fue desde niño uno de esos consentidos de la fortuna que dan la impresión de tener a favor suyo a todos los olimpos teogónicos del universo. Admirado en casi toda la América Central, como niño prodigio, desde sus primeros años, su poesía de aquellos tiempos era, no obstante, romántica y acartonada. Sus maestros, hasta el momento, habían sido Espronceda, Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce. Un buen día, sin embargo, el muchacho, que sólo contaba diecinueve años, hizo valijas y se largó para Chile. Su fama no tardaría en extenderse al ámbito total de la lengua española a raíz de la publicación, en 1888, de *Azul*. ¿Qué había ocurrido? Fue precisamente su roce con el sentido universalista del Cono Sur el que obró el milagro. En Valparaíso, tomó contacto, para ventura suya, con el joven escritor Pedrito Balmaceda Toro, hijo de Pedro Balmaceda, que era el presidente de Chile. En casa de esta familia, que poseía una biblioteca erudita, Rubén se familiarizó con la lectura de publicaciones parisienses como la *Revue des Deux Mondes*, la *Revue*

*Bleue* y otras que reflejaban el instante de las letras francesas. Leyó en ellas a poetas como Catulle Mendès, Leconte de Lisle, Baudelaire, Paul Verlaine. Y la combinación alquímica se operó en su cerebro. Pronto, la manda del neoclásico y del romántico españoles se había marchitado en su interior y florecía, en su lugar, el legado de las escuelas de moda en Francia.

Así nació *Azul*, muy pronto elogiado por los críticos que, en España, habían accedido a sabidurías modernas. Rubén Darío había iniciado –hoy lo sabemos con magnífica certidumbre– la modernización de la lengua española. Neruda, más entusiasta, asegura que Darío en Valparaíso «inaugura la lengua». Pero aún faltaban los embrujos definitivos, aquello que habría de dar al modernismo el carácter de escuela. De regreso en la América Central, como corresponsal del diario argentino *La Nación*, Darío consagró todos sus esfuerzos al logro de la ansiada Unión Centroamericana, sueño que jamás habría de cumplirse. Y es muy probable que su ya ganado prestigio y la misión que le correspondía cumplir en las letras hispánicas se hubiesen frustrado, bajo el hipnótico de las luchas políticas, si en mayo de 1892 no hubiese recibido el nombramiento, agenciado por el señor Fulgencio Mayorga, como secretario de la delegación al cuarto centenario del Descubrimiento de América. En tales funciones, el poeta visitó España y conoció en persona a algunos de sus mayores admirados. Pero, cumplidas las ceremonias, se imponía el regreso a Centroamérica y la inmersión en las rutinas habituales. Una circunstancia excepcional impidió ese infortunio. Y fue la escala que el barco que lo traía de regreso hizo en Cartagena de Indias.

Como es costumbre, el pasaje bajó a tierra en la ciudad, para contemplar por un rato sus atractivos. Rubén hizo lo propio y recordó, con su memoria prodigiosa, que en aquel puerto sobre el Caribe había nacido, sesenta y siete años atrás, quien era en aquellos días presidente de Colombia: el señor Rafael Núñez. Tuvo entonces la buena idea de preguntar, al primero que se topó en la calle, si el mandatario se hallaba por acaso en la ciudad. El interrogado le dijo que sí, que Núñez había delegado el poder en el vicepresidente Caro y habitaba ahora su famosa casa del Cabrero. Sabía Rubén que el político y ensayista tenía también inclinaciones líricas que, aunque desdichadas, le habían granjeado uno que otro verso brillante. Tomó un coche y pidió ser llevado al Cabrero. Núñez, hombre culto, había leído *Azul*, de suerte que se regocijó al serle anunciada la presencia del poeta. El diálogo entre los dos, al cual asistió doña Soledad Román, la esposa del presidente, se desarrolló más o menos de la siguiente forma:

–¿Proyecta usted permanecer en Nicaragua? indagó el político.

–No es mi aspiración, a decir verdad –respondió Rubén–. El medio nicaragüense no es muy propicio para las letras.

–Cierto –aprobó el cartagenero–. No es bueno que usted se quede allí. La política sería su único futuro... Y eso podría perjudicar su obra literaria. ¿No le gustaría fijar su residencia en Europa?

–Ese es mi sueño dorado –confesó el poeta–. Pero no lo veo muy factible de momento. En cambio, me gustaría tanto ir a Buenos Aires...

Núñez sonrió y calló por segundos. Luego, como si en ese momento se sintiese un instrumento de la Providencia, declaró:

–Eso podría ser... Sí, podría ser. La persona que ocupaba nuestro consulado en esa ciudad acaba de renunciar. Deme un tiempo y le escribiré al señor Caro para que lo nombre a usted en su reemplazo. Entretanto, vuelva a Nicaragua, informe sobre su misión en España y... bueno... espere noticias nuestras.

Darío salió de la casa del Cabrero con el alma dándole vueltas como un tiovivo. ¡Podría ir a Buenos Aires! De regreso en León, lo agobiaron, sin embargo, catástrofes familiares a las que tuvo que dar la cara. Su esposa Rosario falleció por aquellos días. La gente que lo había criado sufría la arremetida de la miseria. Él mismo carecía del menor recurso. Por si fuera poco, un grupo de amigos le jugó una broma macabra, al hacerlo contraer nupcias, en estado de beodez, con una mujer a la que apenas conocía. En aquel clímax de la tragedia personal, llegó una carta de Colombia en la cual se le pedía dirigirse a la ciudad de Panamá para recibir, del gobernador, su nombramiento y sus viáticos como nuevo cónsul colombiano en Buenos Aires. La suerte le sonreía de nuevo y acudió a la cita con nerviosa diligencia. Para su sorpresa, el gobernador de Panamá le hizo entrega de la entonces fabulosa suma de dos mil cuatrocientos dólares, no sin indicarle que podía gastar parte de ella en viajar a Europa, antes de posesionarse, si era su deseo. Fue así como, en aquel 1893, se entrevistó en Nueva York, donde esperaba tomar un barco hacia Francia, con José Martí.

Darío cumplió a continuación uno de sus anhelos más volcánicos: conocer París, vivir un poco el mundo literario de la *ville lumière*. En ella se relacionó con numerosos intelectuales franceses e hispanoamericanos. Conoció a Verlaine, que consumía en el alcohol sus postreras energías; conoció a Maurice Duplessis, a Jean Moréas, a Charles Morice; conoció a Gómez Carrillo y a Alejandro Sawa... Pero donde el destino le deparaba grandes venturanzas era en Buenos Aires. Allí, se vio rodeado al punto por una corte de devotos, allí amistó con quienes habrían de ser sus mejores amigos y connilitones literarios, allí capitaneó la irrupción triunfal del modernismo como la escuela que habría de presidir las letras hispánicas por más de treinta años. El gesto visionario de Rafael Núñez rindió sus frutos a plenitud: sin Buenos Aires, a la cual en lo sucesivo bautizó *Cosmópolis*, el destino de Rubén Darío no se habría cumplido. En cambio, su presencia en la capital del Plata actuó como un conjuro, a cuya modulación brotaron del seno de la tierra hombres como Lugones, Vega Belgrano, Leopoldo Díaz, Eugenio Díaz Romero, Ricardo Jaimés Freyre, Juan José García Velloso, José Ingenieros, Roberto J. Payró, Alberto Ghirardo... Toda la trepidante tropa modernista que habría de librar la batalla por la libertad de la poesía y por la renovación de la lengua castellana. A quien desee

mayor información sobre esa fase de nuestras letras, lo remito a mi ensayo *El modernismo: apertura de Latinoamérica a lo universal*, incluido en mi libro *La liebre en la luna*.

Una inocente escala en un puerto del Caribe dispensó a Darío toda esa gloria. ¿No tendremos los caribeños el derecho a reclamarlo? Fue también Rafael Núñez, no se olvide, el hombre que hizo difundir por primera vez, en una publicación de Cartagena llamada *Lecturas para todos*, el más popular de los *Nocturnos* de Silva (*Una noche...*), cuya métrica troqueica había irritado a los medios literarios de Bogotá. ¿Será preciso invocar todavía otros nombres, para acreditar la vocación universal del Caribe? ¿Invocar, por ejemplo, el del dominicano Pedro Henríquez Ureña? Como nadie ignora, este profesor, escritor y lingüista practicó una especie de sacerdocio cultural por toda América. Apoyó la Revolución Mexicana, actualizó el conocimiento que en el continente se tenía del movimiento literario mundial y de los avances de la lingüística, escudriñó los comienzos del español en nuestras comunidades, revisó en forma crítica la totalidad de la literatura hispanoamericana, etcétera. Poeta y dramaturgo, casi no hubo disciplina letrada que no abordara. ¿Invocarlo? ¿O invocar a José Lezama Lima, a García Márquez, a Wifredo Lam?

Mi invocación puede ser otra. Alfonso de la Espriella, en su lúcida *Historia de la música en Colombia*, trae a cuento una anécdota encantadora de la que es protagonista nuestro ex presidente Alfonso López Michelsen. Este proverbial cortejador de todas las manifestaciones culturales del Caribe, que es a medias su tierra, debió responder alguna vez, en Pekín, el brindis que en honor suyo había hecho el primer ministro chino. Como nada especial se le viniese en aquel momento a la cabeza, López Michelsen recitó unas palabras que conocía de mucho tiempo atrás. Dijo: «Sin saber que existías te deseaba. / Antes de conocerte te adiviné. / Llegaste en el momento en que te esperaba. / No hubo sorpresa alguna cuando te hallé». Ante semejantes palabras, circunspectamente traducidas, el alto funcionario desbordó de emoción. Lo mismo sucedió a todos los presentes en el banquete. Al día siguiente, en el aeropuerto, un grupo de reporteros asedió al ex mandatario colombiano, con miras a que les explicase el sentido pleno del texto que tanta conmoción había provocado. La verdad era (y no sé si López Michelsen lo aclaró así a aquellos periodistas) que se había limitado a citar la letra del bolero *Presentimiento*, de Pedro Mata y Emilio Pacheco. Acaso a los reporteros, en aquel instante, también hubiese podido musitarles: «Pero yo, ay qué triste me voy, porque sólo sabe Dios si volveré», o cualquier otro de las infinitos versos que informan ese acervo formidable del bolero, música surgida en el Caribe, acaso como derivación del son cubano, y que con su propagación a la totalidad del continente y luego al mundo entero, viene a constituir una prueba más de la condición universalista de las expresiones culturales caribeñas. Fundado siempre en una queja, en un fracaso, en una congoja de amor, el bolero ha seducido, por lo que de genérico, de común a todos los hombres hay en sus temas (así como por la inspiración casi imperfectible de sus melodías), la

percepción de las gentes de todas las razas y de todas las latitudes. Al lado de los norteamericanos (*spirituals, jazz, blues, rock*) y de los brasileños (*samba, bossa-nova*), los cantares americanos más divulgados en el globo han sido el tango y el bolero de Hispanoamérica, oriundos justamente de esas dos regiones que al comienzo señalé como propensas al universalismo. Del bolero (*latin blues* en inglés) debe decirse también que, en la literatura, ha conseguido un puesto de honor, como se ve en las novelas de Guillermo Cabrera Infante y de Luis Rafael Sánchez. Por lo demás, pienso que el día en que se le erija el monumento que hace tiempos se merece, tendrá que compartirlo con el mambo, con la salsa y con las baladas del yucateca Armando Manzanero, tan caribeños y tan universales como él.

Para terminar, diré que tal propensión –la del Caribe por y para el universo– cobró hace mucho la fuerza de un destino. El mismo que, como dije, fue placentera o dolorosa y sutilmente tramado, en otros tiempos, por el conspicuo cruzamiento de todas las razas del planeta: la dulce y aborigen cobriza, la meridional europea que llegó en las carabelas, la negra que arribó en las galeras y que acabó replegándose en ese cálido entorno, la judía que a partir de la Colonia irradió desde el foco libertario de Willemstad, la árabe que inmigró ansiosamente en los albores del siglo, la amarilla que nos acecha desde los restaurantes pintorreados por pabilos y farolitos, y la de todo el resto del globo terráqueo que se concentró en las naves piráticas y cuya hórrida presencia dejó violadas a centenares de mujeres que retoñaron rubias pelambres escandinavas, zarcos ojos sajones, maldicientes belfos eslavos, embrujadoras miradas gitanas... Pero me asalta una pregunta: ¿Se puede –me he interrogado en vigiliadas planetarias– albergar duda alguna sobre la identidad caribe, a estas alturas de nuestra evolución cósmica?

Ante los ojos tengo algunos hechos que me inspiran desaliento. El primero de ellos, la tenacidad y el éxito con que ciertos antropólogos han procurado convencernos de nuestro desamparo en punto a cartas de ciudadanía. Ellos nos han incitado a querer encontrar nuestra acabada imagen en ruinas taironas, en reminiscencias taínas, en despojos de viejas y amadas culturas; todo ello, sin duda, caudal de nuestra sangre, pero caudal parcial. En cuyo caso, habríamos de repudiar el intenso torrente que nos vino de vertientes innumerables, forzudas, indómitas, y consagrarnos, con heroica e inútil paciencia, a regenerar el tejido del pasado, a hilar una desoladora nostalgia, a negar las tozudas verdades de la historia. Lo cual equivaldría a pensar que, por ejemplo, un inglés moderno pudiera reencontrarse en las viejas querencias anglas o en las brumas de la heptarquía, hazaña tan estrambótica como írrita, porque todo presente es una suma que no admite caprichosas sustracciones y Júpiter no acogerá nunca a Virgilio la súplica por que vuelvan los *praeteritos annos*.

Persistir en nuestra vocación universalista nos preservaría, claro, de hundirnos saudosamente en la ahistoricidad. Pero, en años recientes, he creído entrever en el Caribe colombiano una tendencia contraria. La afirmación

de valores locales y pintorescos reemplaza la antigua visión de conjunto, cuando en verdad debía sólo complementarla. Hace poco, uno de esos personajes insípidos, que detentan por estos días cierto caudillaje cultural en nuestra área caribeña, me dijo sin tapujos que el día en que la costa atlántica obtuviera su independencia política, yo tendría que naturalizarme andino o «cachaco», por no consultar mis libros las redentoras bondades del autoctonismo y de la profunda identidad costeña, por no participar del habla jergal de los arrabales barranquilleros o cartageneros. Le respondí que, por mí, si tampoco el interior me aceptara, no hallaría inconveniente en naturalizarme argentino, polinesio o georgiano, porque como hijo del Caribe y como discípulo de Sócrates soy un ciudadano del mundo. Pero añadí que sería una lástima esa pretendida independencia, con la cual volvería a traicionarse el ideal de Bolívar y de Martí. Tal intercambio de palabras me hizo pensar, con desolación, en la Yugoslavia donde viví por allá a finales de los *setenta*; una Yugoslavia reunida bajo la mano firme del mariscal Tito, que hoy ha traicionado su destino histórico para, haciéndole honor a Maupassant en aquello de que «el patriotismo es el huevo de donde nacen las guerras», hundirse en estúpidas luchas tribales que han reclamado la intervención del mundo y que la han hundido en la ruina.

Una gota de universalismo habría evitado esa tristeza. Una centella, una pavesa, como aquéllas que alentaron en Bolívar, en Bello, en Martí, en Núñez; que alientan en la cósmica música de las Antillas; que quisieran seguir alentando en mí para poder decir, con toda la gente del litoral y del *Mare Internum* americano, que estamos hechos de la greda del mundo y que somos por para el mundo.

---

---

## CAPÍTULO II

---

### ECONOMÍA Y SOCIEDAD

---

*De las islas el azul viajaba en el cacao perfumando la estela livianamente trazada por las balandras. ¡Cuánto esplendor en el aire! ¡Qué aire tembloroso! ¡Qué música en los patios! Nausícrates traía el albayalde y acomodaba los tambores de algodón y las brochas de espliego. Nosotros heríamos la seda fina dejada por las algas y columpiábamos en nuestros pies la espuma dorada, el campanario que pugnaba con la eminencia de los robles, la vigorosa adolescencia de un sol que cantaba en las gargantas de los convalecientes. Tocar con nuestros labios las panzas calafateadas, jugar al abordaje de los mirlos, he ahí nuestra henchida prestancia de párvulos marítimos. Pero algo crecía, algo se hacía de nube y sol, de sodio inexorable, en los dientes que reflejaban, entre las olas, la alegría de crecer con la espuma. Por primera vez el mar nos respondía, cantaba por nosotros en las frentes selladas. Por primera vez, vivir era oírlo, pisarlo con sus peces y sus normas de duelo. Estábamos juntos palpitando, tejiendo su alabanza tostados al furor de su ardiente alegría.*

Héctor Rojas Herazo, «Aldebarán»

---

## ECONOMÍA Y SOCIEDAD DEL CARIBE DE COLOMBIA AL FINALIZAR EL SIGLO XX

---

ALBERTO ABELLO VIVES\*

### PREÁMBULO

Antes de iniciar, es necesario reafirmar que la región objeto de este trabajo es la región Caribe de Colombia. Por fortuna, desde hace ya varios años sectores de la academia, la cultura, los medios de comunicación, el Estado y la política, hacen un esfuerzo por corregir ese error histórico de llamar Atlántica a la cabeza de Colombia. La región pertenece a ese Caribe donde, según Aníbal Noguera, «se existe casi en forma de hechizo... [donde] la intuición supera la lógica... y lo extraordinario toma categoría de realidad»; pertenece a esa área del planeta que, según Gabriel García Márquez, supera los límites de la geografía misma y «se extiende por el norte, hasta el sur de Estados Unidos, y por el sur, hasta Brasil». Y de eso hay que tener consciencia. Se tratará entonces en esta exposición sobre el Caribe colombiano y no se hará referencia a la costa Atlántica.

---

\* Alberto Abello Vives. Santa Marta, 1957, economista de la Universidad Externado de Colombia, profesor universitario e investigador con posgrados en Evaluación Económica de Proyectos, Métodos de Investigación Aplicada a las Ciencias Sociales y en Economía Internacional. Ha sido profesor en la Universidad del Norte, Universidad de Cartagena, Universidad Tadeo Lozano Seccional del Caribe y Universidad Tecnológica de Bolívar, asesor del Departamento Nacional de Planeación, coordinador de la Red Nacional de Bancos de Programas y Proyectos y del programa EsCaribe y consultor del Banco Mundial, del PNUD y de organismos regionales. Ha publicado *La región y la economía mundial* (1977) y *El Caribe Colombiano. La realidad regional al final del siglo XX* (1998). Preparó asimismo el *Directorio de profesionales para la investigación del Caribe colombiano*, Fonade, 1998. En la actualidad es el Director Ejecutivo del Observatorio del Caribe Colombiano.

También, es necesario explicar que lo que llamamos Caribe colombiano está conformado por un territorio continental, un territorio insular, el archipiélago de San Andrés y Providencia, y un amplio espacio marítimo. La zona continental incluye un territorio que aparece dividido, de acuerdo al actual ordenamiento político-administrativo de Colombia, en nueve departamentos. Además de los siete departamentos en el continente tradicionalmente conocidos como costeros—Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba, La Guajira, Magdalena y Sucre—, la geografía del Caribe colombiano incluye los golfos del Darién y de Urabá cuya jurisdicción corresponde a dos departamentos, Antioquia y Chocó, que se consideran parte de otras regiones de Colombia.

En términos estrictos, el litoral continental del Caribe colombiano va entonces desde Cabo Tiburón, en la frontera con Panamá, hasta Castilletes, en la frontera con Venezuela. Sin embargo, para efectos de este trabajo, debido a la actual división político-administrativa de Colombia y a los problemas que el manejo de las estadísticas departamentalizadas producen, llamaremos región Caribe de Colombia o Caribe colombiano sólo a los siete departamentos continentales y al departamento insular. Es decir, no



se incluyen las zonas de Antioquia y Chocó bañadas por el Caribe (desde Cabo Tiburón hasta Punta Arboletes, en la frontera entre Antioquia y Córdoba).

Pero han existido, y existen, relaciones sociales y económicas de Urabá y el Darién con el resto de la Costa que no han sido lo suficientemente exploradas, como tampoco se ha revisado los antecedentes históricos de su separación político-administrativa. Como pista, se puede recordar aquí que en 1810, en el virreinato de Santa Fe se encontraban las provincias de Riohacha, Santa Marta, Cartagena, Panamá y Veragua. Ya en ese entonces el Darién y Urabá hacían parte de las provincias de Antioquia y del Chocó. Mientras que en los mapas de 1886 aparecen las divisiones políticas de Bolívar, Magdalena y Panamá; en ese entonces, el Darién y Urabá hacen parte del departamento de Cauca. Todos estos aspectos históricos ameritan un estudio más detallado.

Actualmente, la región Caribe de Colombia tiene una extensión territorial de 132.288 Km<sup>2</sup>, 10% del territorio nacional, repartidos en un área continental de 132.218 Km<sup>2</sup> y otra insular de 70 Km<sup>2</sup>. La longitud de la costa sobre el Mar Caribe es de 1.600 Km; la zona económica exclusiva de Colombia en este mar es de aproximadamente de 536.574 Km<sup>2</sup>, un área sumamente importante en la cuenca del Caribe. La región Caribe también cuenta hoy con 182 municipios y una densidad poblacional de 67 habitantes por Km<sup>2</sup>, registro superior al promedio nacional de 36 hab./Km<sup>2</sup>, pero tercero en el país después de la región Centro-oriental (106 hab./Km<sup>2</sup>) y la Occidental (73 hab./Km<sup>2</sup>), al respecto obsérvese la Tabla 1.

TABLA 1  
EXTENSIÓN TERRITORIAL, POBLACIÓN Y DENSIDAD  
DE REGIONES EN COLOMBIA. 1999

Región	Extensión km <sup>2</sup>	Población hab.	Densidad hab./km <sup>2</sup>
Orinoquía	431.168	1.455.875	3
Amazonía	223.515	802.486	4
Occidente	208.731	15.222.158	73
Centro oriente	143.046	15.189.250	106
Costa Caribe	132.288	8.869.242	67
Total	1.138.748	41.539.011	36

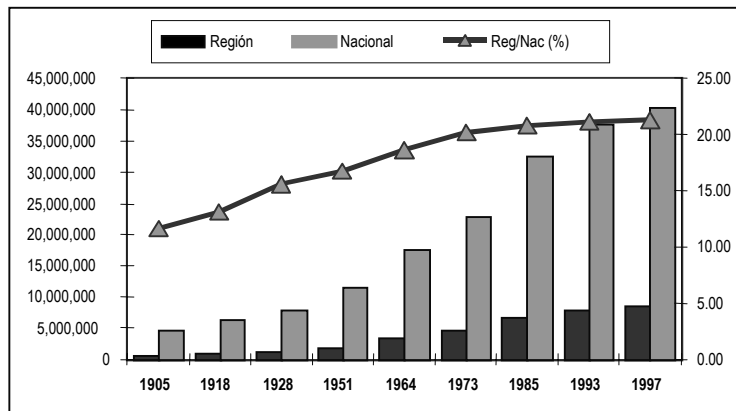
Fuente: Dane, División político-administrativa.

## I. ASPECTOS POBLACIONALES<sup>1</sup>

La del Caribe es una de las regiones del país que más incrementó la población en el siglo XX. De hecho, pasó de representar 11.6% de la población en 1905 a alojar 21% en 1997 (Gráfico 1), constituyéndose en la tercera con mayor número de habitantes después de las regiones Occidental y Centro-oriental.

1 La mayor parte de las estadísticas presentadas en esta Cátedra tiene como base, la información compilada en el libro *El Caribe colombiano, la realidad regional al final del siglo XX*, coordinado por Cecilia López Montaña y Alberto Abello Vives. Sin embargo, muchos de ellas fueron actualizadas para la conferencia.

GRÁFICO 1  
POBLACIÓN DE LA REGIÓN CARIBE COLOMBIANA EN EL SIGLO



Fuente: Dane.

De acuerdo con proyecciones del DANE, de los 9.044.197 habitantes con que cuenta la región en el año 2000 –equivalente a la población de Costa Rica y El Salvador juntos–, 50,3% de ellos son hombres y 49,7% mujeres. Del total de la población, 32 % vive en las zonas rurales y 68% en las zonas urbanas. Esto último denota un cambio significativo si se tiene en cuenta que en 1951 el porcentaje de habitantes en las ciudades sólo llegaba a 49%, lo que indica que en menos de cincuenta años el área urbana pasó de tener un poco menos de un millón de habitantes (947.707) a más de seis millones en el 2000. Por departamentos, Atlántico tiene el mayor porcentaje de población en las zonas urbanas, con 94%, un porcentaje que se ubica muy por encima del promedio nacional, de 68 % (Tabla 2).

TABLA 2  
DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN  
DE LA REGION CARIBE. 2000

Departamento	Urbana %	Rural %
Atlántico	94%	6%
Bolívar	65%	35%
Cesar	61%	39%
Córdoba	47%	53%
La Guajira	63%	37%
Magdalena	60%	40%
San Andrés	70%	30%
Sucre	67%	33%

Fuente: Dane, proyecciones con base en el Censo de 1993.

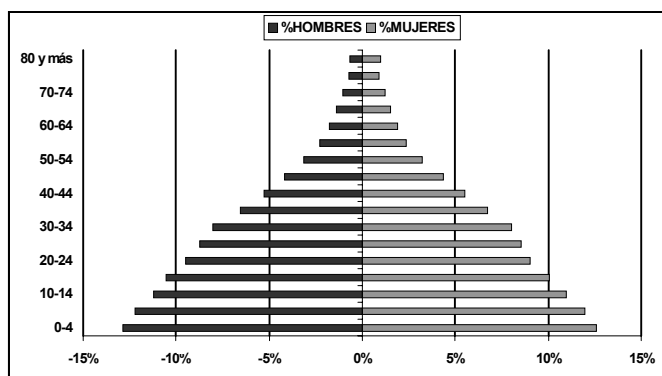
Uno de los aspectos a tener en cuenta para el futuro en el análisis demográfico regional es que, según proyecciones de población realizadas por el Departamento Nacional de Planeación (DNP), Barranquilla y Cartagena podrían tener, entre 1997 y 2000, tasas anuales de crecimiento de 7.05% y 7.46%, respectivamente.

Y se debe tener en cuenta otro aspecto demográfico relevante para el futuro de la región: estimaciones del DNP indican que en el año 2005 la

zona continental de la región tendrá siete municipios que, junto con las capitales, concentrarán más de 40% de su población. Una buena parte de esta acelerada expansión poblacional se debe a la presión de los flujos migratorios intra e interregionales, como consecuencia de los desplazamientos generados por la crisis y la violencia rural, así como de las ventajas relativas que proporcionan estas ciudades y capitales en términos de dotación de bienes y servicios públicos.

Ligado a lo anterior, a comienzos de este nuevo milenio la región enfrenta un enorme reto: generar mejores oportunidades a su extensa población joven, pues ya en 1998 el segmento comprendido entre 0 y 29 años representa 64% del total sus habitantes (Gráfico 2).

GRAFICO 2  
DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE LA REGIÓN SEGÚN EDAD. 1998



Fuente: Dane.

Según los cálculos del DANE, de acuerdo al censo de 1993 los indígenas representan 1,8% del total de la población regional, con 145.269 miembros ubicados en los departamentos de Cesar, Córdoba, La Guajira, Magdalena y Sucre. La Guajira es el departamento donde el peso de la población indígena es mayor (24 %).

Por otra parte, las mejoras en la esperanza de vida de los costeños son notables. En 1995 es de 67,2 años para los hombres y de 72,9 años para las mujeres, por encima de los promedios nacionales. Y hay aún mayores progresos en cuanto a la mortalidad, los promedios de 5,30 y 5,10 por mil habitantes entre 1985-1990 y 1990-1995, respectivamente, están muy por debajo de la media nacional.

## II. EL SECTOR PRODUCTIVO: DEL ENTUSIASMO A UNA NUEVA DECEPCIÓN

Los años noventa son los años de la aplicación de las reformas económicas derivadas del Consenso de Washington, de la puesta en marcha de un con-

junto de medidas concebidas por una nueva concepción teórica orientadas, aparentemente, a la internacionalización de la economía. Son los años de la apertura económica en Colombia; de la puesta en marcha del modelo neoliberal.

Los noventa fueron recibidos con mucha euforia. El anuncio en Cartagena por parte del gobierno nacional (en febrero de 1990) de que se iniciaría una reforma sustancial orientada a la modernización y a la internacionalización de la economía fue recibido con mucho entusiasmo por parte de amplios sectores de la región. Más cuando se anunciaba que ésta resultaría la más favorecida: sería la región exportadora de Colombia y la receptora de un proceso de relocalización de la industria desde el interior del país hacia los puertos. Se aprovecharían las ventajas de la región y se superarían el atraso y el subdesarrollo a los que la habría llevado el modelo de sustitución de importaciones.

Sin embargo, después de un corto tiempo, la decepción reina de nuevo en la costa Caribe. Los resultados alcanzados al finalizar la década muestran un notable deterioro de la actividad económica y de las condiciones de vida de la población.

## 1. LA PRODUCCIÓN REGIONAL

En los años noventa disminuye el aporte de la región a la economía nacional, situación que se manifiesta en un descenso de la participación del Producto Interno Bruto (PIB) regional en el PIB nacional: en los ochenta la contribución de la región en el PIB nacional osciló entre 14,5% y 15,5%, participación que cayó en 1995 por debajo del 14%. En este sentido hay que anotar que la producción regional desacelera su tasa de crecimiento desde 1993.

La tasa de crecimiento promedio del PIB regional fue de 3,07% en los ochenta, y en los primeros años de los noventa es de 2,52%. El Gráfico 3 muestra cuánto se reduce, en las últimas dos décadas, la participación de la producción regional en la producción nacional, y cómo esa reducción se hace en favor del aumento de la importancia de la producción de la capital del país sobre la producción, incluso, del resto de regiones nacionales.

Confirmando lo expuesto, la región evidencia un comportamiento que resulta revelador a la hora de analizar la evolución productiva regional: a excepción de La Guajira (gracias a la producción de carbón), todos los departamentos redujeron su participación en el PIB nacional en los años noventa. (Tabla 3).

Es preciso anotar que la situación de los departamentos al interior de la región difiere en cuanto a importancia relativa en la economía nacional: Atlántico y Bolívar, las principales economías de la Costa, ocupan el quinto y el sexto lugar en la producción del país, mientras que Sucre, La Guajira, Magdalena y Cesar, están entre los departamentos con menor

GRÁFICO 3  
PARTICIPACIÓN DEL PIB REGIONAL  
EN EL PIB NACIONAL



Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales.

TABLA 3  
PARTICIPACIÓN DE LA PRODUCCIÓN DEPARTAMENTAL  
EN LA PRODUCCIÓN NACIONAL. 1980-1996

	Atlántico	Bolívar	Cesar	Córdoba	Guajira	Magdalena	Sucre	R.Caribe
1980	4,70%	3,47%	1,71%	2,05%	0,65%	1,76%	0,98%	15,32%
1981	4,57%	3,22%	1,77%	2,01%	0,82%	1,75%	0,98%	15,13%
1982	4,59%	3,11%	1,63%	1,99%	0,91%	1,71%	1,00%	14,93%
1983	4,75%	3,29%	1,55%	2,13%	1,02%	1,67%	0,99%	15,39%
1984	4,58%	3,22%	1,54%	2,19%	1,16%	1,62%	0,95%	15,26%
1985	4,35%	3,24%	1,54%	2,07%	1,48%	1,65%	0,95%	15,28%
1986	4,21%	3,08%	1,56%	1,96%	1,46%	1,60%	0,93%	14,80%
1987	4,00%	3,22%	1,54%	2,09%	1,47%	1,55%	0,91%	14,79%
1988	4,01%	3,11%	1,58%	2,10%	1,47%	1,61%	0,91%	14,79%
1989	4,09%	3,01%	1,48%	2,17%	1,67%	1,60%	0,94%	14,97%
1990	4,08%	3,02%	1,53%	2,13%	1,82%	1,64%	0,86%	15,08%
1991	4,06%	3,21%	1,52%	2,18%	1,88%	1,58%	0,78%	15,21%
1992	4,15%	3,73%	1,41%	2,12%	1,63%	1,72%	0,84%	15,59%
1993	4,12%	3,29%	1,38%	2,03%	1,43%	1,61%	0,82%	14,68%
1994	3,57%	2,92%	1,35%	1,95%	1,38%	1,75%	0,78%	13,70%
1995	3,68%	3,13%	1,57%	1,69%	1,51%	1,65%	0,74%	13,97%
1996	3,76%	3,02%	1,34%	1,64%	1,20%	1,52%	0,68%	13,18%

Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales.

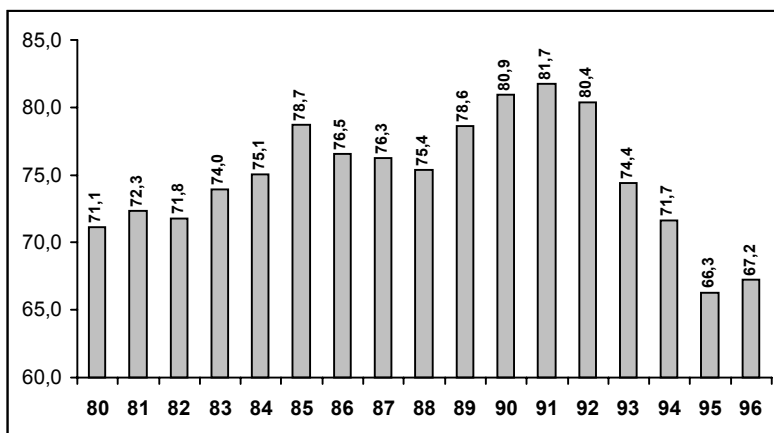
producción. Y aunque en las cifras no aparece el caso del departamento insular de San Andrés, los acontecimientos sociales ocurridos al finalizar el siglo XX dan cuenta de la gravedad de la situación económica y social por la que atraviesa el mismo.

## 2. LOS INGRESOS

La región mantiene su atraso relativo en múltiples aspectos del desarrollo humano. Y una de las características de este rezago frente a los promedios nacionales es que su PIB por habitante, que (a precios de 1975) fue de \$16.105 en 1995, es apenas 61,5% del PIB por habitante de Colombia (\$26.198). Con respecto a la evidencia internacional, el PIB por habitante

de la región es inferior al de países como El Salvador y Cuba, y se acerca al de Surinam. En el siguiente gráfico (Nº4) se puede apreciar que a finales de los noventa el crecimiento del PIB por habitante de la región crece por debajo del crecimiento del PIB por habitante del país.

GRÁFICO 4  
CRECIMIENTO DEL PIB POR HABITANTE EN LA COSTA CARIBE  
Y COLOMBIA. 1980-1996



Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales.

Lo que ocurre con el deterioro de los ingresos de los costeños hace encender las alarmas. En 1999, el decrecimiento de la actividad económica nacional fue mayor a 4%, lo que significa un deterioro aun mayor para la economía y los ingresos regionales.

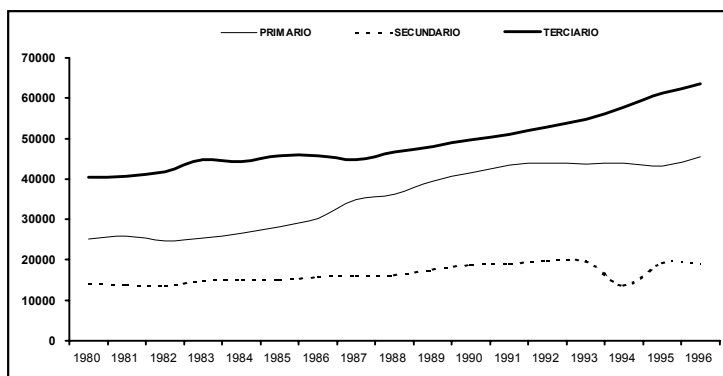
### 3. LOS SECTORES DE LA ECONOMÍA

El análisis de la estructura productiva de la región nos revela una situación inquietante. El principal renglón de su economía es el terciario, cuya participación en el PIB regional ha oscilado entre 42% y 48% desde 1980 (el sector terciario comprende servicios públicos, comercio, transporte, banca, comunicaciones, gobierno y servicios domésticos). El segundo sector es el primario (agricultura más minería), el cual ha aumentado su participación como resultado de la expansión de la minería, que incrementa su aporte al PIB regional de 1% en 1980 a 10,9% en 1996 (Gráficos 5 y 6).

Una muestra de la relevancia de la minería en el desempeño del sector primario es que, sin ésta, la actividad productiva decrece en los noventa. (Gráficos 7 y 8).

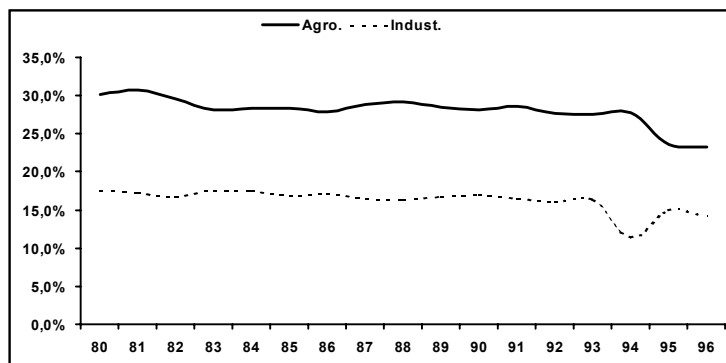
El sector agropecuario, uno de los sectores líderes en la región durante los años ochenta –cuando generaba 30% del PIB–, redujo su importancia relativa en la estructura productiva regional, pues en los noventa aporta 27%. De este aporte casi el 50% lo hace la ganadería. En 1996, el sector sólo participa con el 8,4% de la producción nacional agropecuaria. En los noventa se reduce en 150 mil hectáreas el área dedicada a las actividades

GRÁFICO 5  
EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN DE LOS SECTORES PRIMARIO,  
SECUNDARIO Y TERCIARIO EN EL PIB REGIONAL. 1980-1996



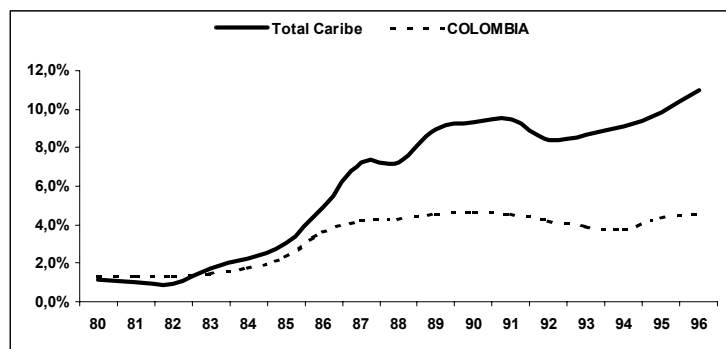
Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales.

GRÁFICO 6  
PARTICIPACIÓN DE LAS RAMAS AGROPECUARIA E INDUSTRIAL  
EN EL PIB REGIONAL. 1980-1996



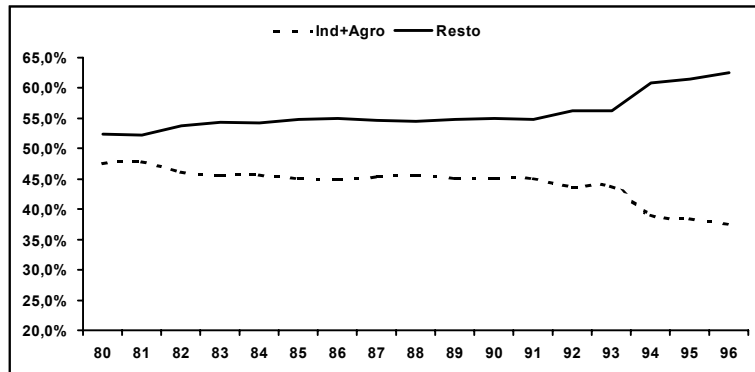
Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales

GRÁFICO 7  
EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN DE LA MINERÍA EN EL PIB  
REGIONAL Y NACIONAL. 1980-1996



Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales.

GRÁFICO 8  
EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN DE LOS SECTORES AGROPECUARIO  
E INDUSTRIAL FRENTE A LOS DEMÁS. 1980-1996



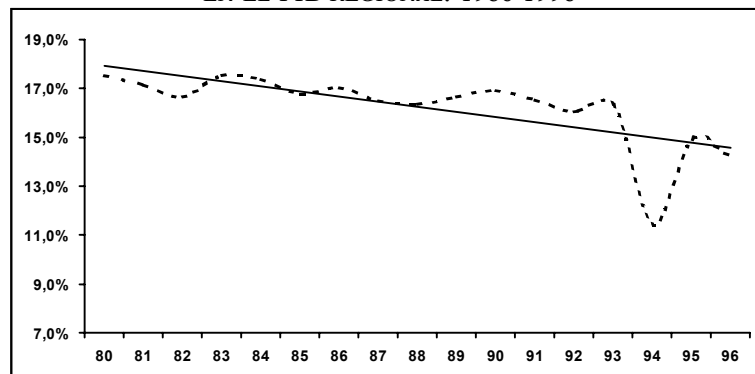
Fuente: Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano con base en Dane-Cuentas Nacionales.

productivas propias de este sector y a pesar de contar con la mayor extensión de suelos arables del país, el área cultivada de la región en 1996 es apenas 0,01% mayor a la de 1980.

Por su parte, el sector secundario (compuesto por la industria y las obras públicas e importante por su generación de valor agregado) es el tercer renglón clave en la economía de la región. Pero ha perdido participación. En 1994 sólo aporta 11,4% al PIB regional, y aunque en 1995 y 1996 tiene un leve repunte, no llega a superar el 15% del aporte. Ambos resultados contrastan con la participación del sector en 1980, cuando fue de 18% (Gráfico 9).

Ante tal reducción se puede afirmar que al finalizar el siglo la región Caribe de Colombia experimenta un proceso continuo de desindustrialización y desagriculturización. Hay en consecuencia suficientes razones para estar decepcionados.

GRÁFICO 9  
EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN DE LA INDUSTRIA  
EN EL PIB REGIONAL. 1980-1996



Fuente: Dane-EAM. Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano.



#### 4. EL COMERCIO EXTERIOR

La Costa sigue siendo fundamentalmente exportadora de productos primarios y materias primas: más de 80% de sus exportaciones consisten en carbón, ferróníquel y banano. La alta dependencia exportadora con respecto a estos recursos denota la baja capacidad de otros productos industriales para posicionarse en el mercado externo.

TABLA 4  
PRINCIPALES PRODUCTOS DE EXPORTACIÓN  
DE LA COSTA. 1996

Productos	%
Hullas térmicas	44,28%
Ferróníquel	34,32%
Banano	8,91%
Policloruro de vinilo	5,12%
Poliestireno	0,45%
Hullas bituminosas	3,78%
Resinas	1,22%
Camarones de cultivo	0,65%
Los demás cementos	0,59%
Algodón	0,58%
Pantalones largos	0,09%

Fuente: DIAN. Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano.

Una revisión de las cifras de la apertura muestra que, casi un decenio después de que cambiaran las reglas de juego, se consiguen resultados completamente opuestos a los contemplados por el modelo: no aumentan las exportaciones y, paralelamente, no mejora la balanza de bienes y servicios ni de la región ni del país.

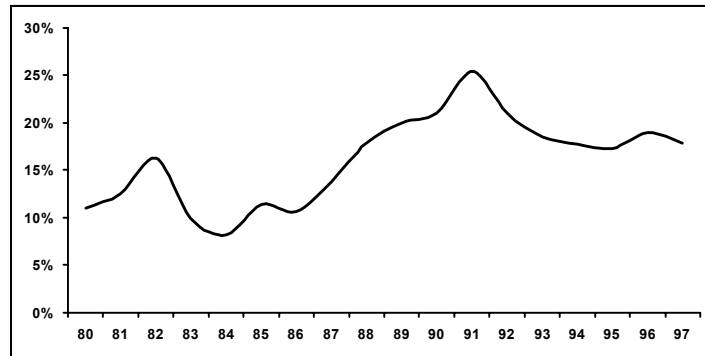
Después de un crecimiento ininterrumpido de las exportaciones como proporción del PIB regional que comenzó en 1984 (cuando era apenas 4,9% de la producción de la Costa) y alcanzó su máximo nivel en 1991,<sup>2</sup> su participación cae hasta 17,2% en 1996. Esta contracción se aprecia con mayor nitidez cuando se comparan las tasas de crecimiento del PIB y la de las exportaciones y se observa el comportamiento de la balanza comercial de la región. (Gráficos 10 y 11).

En la industria costeña se presenta uno de los resultados más representativos de este descalabro exportador del país, pues la participación de las exportaciones manufactureras regionales en las del país cae de manera sustancial durante la apertura: en 1996 la Costa sólo exporta 15,6% de las ventas al extranjero de la nación, lo que equivale a 2,6 veces menos que lo que exportó en 1989, cuando alcanzó una participación de 40,1%. (Gráfico 12).

En cuanto a la balanza comercial de la industria de la región Caribe, presentó resultados mucho más adversos que los mostrados por la balanza comercial del agregado regional. Después de presentar saldos superavitarios

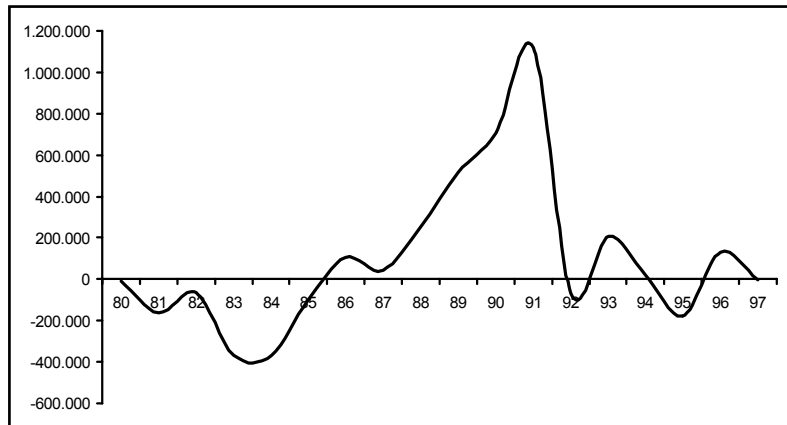
<sup>2</sup> En este primer año de apertura las exportaciones representaron 29,4% del PIB regional.

GRÁFICO 10  
PARTICIPACIÓN DE LAS EXPORTACIONES DE LA COSTA EN EL PIB  
REGIONAL 1980-1997



Fuente: DIAN. Cálculos Observatorio del Caribe colombiano

GRÁFICO 11  
BALANZA COMERCIAL DE LA COSTA. 1980-1997



Fuente: DIAN. Cálculos Observatorio del Caribe colombiano

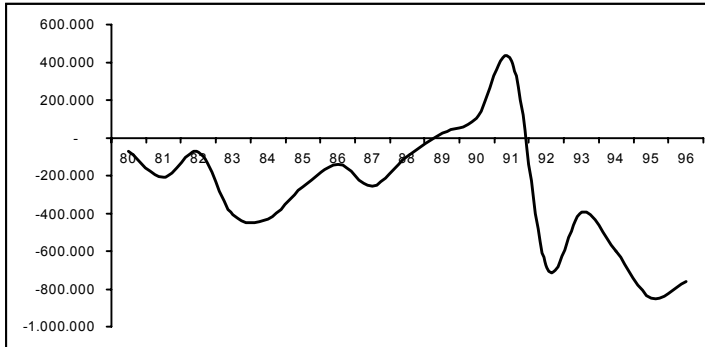
GRÁFICO 12  
PARTICIPACIÓN DE LAS EXPORTACIONES INDUSTRIALES  
EN LAS EXPORTACIONES TOTALES DE LA COSTA. 1977-1996



Fuente: DIAN. Cálculos Observatorio del Caribe colombiano

desde 1989 hasta 1991, los años de consolidación de la apertura representaron la vuelta y profundización de los estados deficitarios prevalecientes en la relación comercial desde los años ochenta (Gráfico 13).

GRÁFICO 13  
BALANZA COMERCIAL DE LA INDUSTRIA REGIONAL. 1977-1996

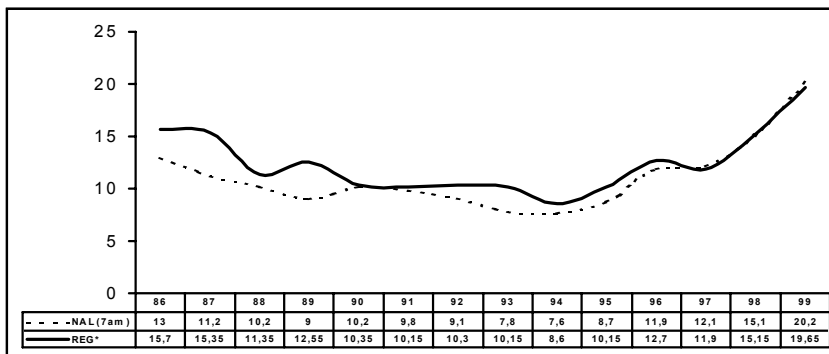


Fuente: DIAN. Cálculos Observatorio del Caribe Colombiano

## 5. EMPLEO, POBREZA Y BIENESTAR

El Caribe colombiano presenta una tasa promedio de desempleo de 11,8% durante los últimos 12 años, esto es casi 1,5% por encima de la tasa promedio nacional que es de 10,5%. Aunque en 1997 y 1998 esta diferencia tiende a disminuir, lo hace debido al incremento del desempleo en el país (Gráfico 14).

GRÁFICO 14  
TASAS DE DESEMPLEO DE LA COSTA\* Y COLOMBIA. 1986-1999



\* Resultado del promedio de las tasas de desempleo de Barranquilla y Cartagena.

Fuente: Dane.

Los efectos de la apertura económica se reflejaron en un colapso tanto del empleo rural como del urbano. Así mismo, en la región se observa la más baja tasa global de participación laboral. En 1998, 48 de cada 100 costeños en edad de trabajar no salieron a buscar empleo en el mercado laboral. Lo que implica que, de salir a buscar, probablemente se elevaría aún más la tasa de desempleo en las ciudades de la región, que en el caso de Cartagena llegó a 21,8%. Lo que es más significativo es que el subempleo se acer-

ca a 20% del empleo y que 58% del empleo generado en la Costa lo aporta el sector microempresarial (Tabla 5).

TABLA 5  
INDICADORES LABORALES DE LA COSTA. 1991-1997

Variable	1991	1997
% Población en edad de trabajar	71,60%	74,20%
Tasa global de participación	53,00%	52,30%
Tasa de ocupación	49,40%	47,80%
Tasa de desempleo	6,80%	8,60%
Tasa de inactividad	47,00%	47,70%
Población total	7.673.528	8.517.580
Población en edad de trabajar	5.496.722	6.316.245
Población económicamente activa	2.910.881	3.302.569
Desocupados	197.662	285.578
Ocupados	2.713.219	3.016.991
Inactivos	2.585.891	3.013.676

Fuente: Dane.

### III. EL DESARROLLO SOCIAL: EMPOBRECIMIENTO Y DESIGUALDAD

Con las dificultades económicas arriba señaladas, resulta claro por qué la región tampoco ha podido superar la pobreza. Veamos algunos datos.

#### 1. LA POBREZA DE SUS GENTES

El Caribe es la región del país con mayor población en estado de miseria: casi dos millones de habitantes la padecen (una población similar a la de Barranquilla y Cartagena juntas). Entre 1991 y 1997, la pobreza urbana de la Costa, medida por NBI (Necesidades Básicas Insatisfechas), aumenta 3,8%. En términos absolutos, en 1997 hay en las zonas urbanas 462.987 más pobres que en 1991.

Según cálculos por línea de ingreso realizados por el DNP, en 1997 había en la Costa 5.402.170 personas bajo la línea de pobreza, es decir, 63,43% de su población se encuentra en esa categoría. Ese porcentaje es bastante superior al nacional, de 58,19%. En otras palabras, dos de cada tres costeños están bajo la línea de pobreza (Tabla 6).

#### 2. EDUCACION Y SALUD

Aunque mayor a los promedios nacionales, el índice de analfabetismo del Caribe colombiano disminuye de 18,5% en 1985 a 15,1% en 1993, y luego a 14,1% en 1997, años en que los promedios del país fueron de 12,3%, 9,4% y 8,4%, respectivamente. No obstante, para los costeños de las zonas rurales la situación es crítica, pues 25% de los mayores de 15 años es analfabeta.

**TABLA 6**  
**INCIDENCIA DE LA POBREZA Y LA MISERIA POR LÍNEA**  
**DE POBREZA Y LÍNEA DE INDIGENCIA. 1997**

	<b>Pobreza</b>	<b>%</b>	<b>Indigencia</b>	<b>%</b>
Atlántico	1.103.757	55	340.907	17
Bolívar	1.241.214	67	496.308	26
Cesar	506.957	57	172.090	19
Córdoba	1.013.071	74	571.914	42
La Guajira	286.582	62	123.035	26
Magdalena	746.516	60	276.174	22
Sucre	504.073	67	203.317	27
Región Caribe	5.402.170	63	2.183.745	25
Total nacional	22.860.000	58	8.082.123	20

Fuente: DNP.

La región presenta indicadores en la cobertura de educación primaria que mejoran en los últimos años. Sin embargo, las brechas en su acceso entre los promedios regionales y los nacionales no logran cerrarse. El cubrimiento pasa de 58% en 1985 a 79,8% en 1997, mientras que la cobertura nacional pasa de 61,5% a 82,8% en los mismos años. Por su parte, la cobertura en secundaria pasa en el mismo periodo de 31,3% a 62,4%, este último registro es superior al promedio nacional, que fue de 61,7% en 1997.

Pese a los avances, como los conseguidos en la educación primaria, el problema de cobertura de secundaria en el área rural es más grave en la Costa que en el resto del país: uno de cada tres jóvenes costeños habita en el campo, y sólo uno de cada 15 asiste a la secundaria (Tabla 7). Y mientras que a nivel nacional la cobertura en educación superior pasó de 8,3% a 16% entre 1993 y 1997, en la región pasó de 7,9% a 10,1%, ampliándose considerablemente la brecha.

**TABLA 7**  
**TASAS DE COBERTURA DE EDUCACIÓN PRIMARIA Y SECUNDARIA**  
**EN LA COSTA. 1985-1993-1997**

<b>Departamento</b>	<b>Primaria</b>			<b>Secundaria</b>		
	<b>1985</b>	<b>1993</b>	<b>1997</b>	<b>1985</b>	<b>1993</b>	<b>1997</b>
Total nacional	61,56	75,18	82,89	32,67	47,79	61,79
Atlántico	64,77	75,54	82,5	40,58	55,56	71,2
Bolívar	56,85	72,47	79,05	27,22	44,02	56,3
Cesar	59,85	73,69	79,29	23,49	35,23	45,62
Córdoba	57,72	71,42	80,25	24,31	38,94	52,65
Guajira	57,37	63,41	77,07	34,31	51,52	66,48
Magdalena	56,16	70,44	78,93	28,82	40,53	52,36
Sucre	52,27	69,35	77,69	26,74	41,93	56,29
Región	58,03	72,75	79,77	31,32	47,64	62,42

Fuente: DNP.

En cuanto a la salud de los costeños, una rápida mirada nos revela que se encuentra en situación precaria. En la región hay 6,1 camas por cada 10 mil habitantes, un registro menor al promedio nacional de 15 camas por el mismo número de habitantes. Según cifras del Ministerio de Salud, la Costa tiene 5,6 millones de personas que no cuentan con algún tipo de seguridad en salud; y sólo 34% de la población está afiliado al régimen de seguridad social, un porcentaje muy inferior a la cobertura nacional (57%).

### 3. SERVICIOS PÚBLICOS DEFICIENTES

En las zonas urbanas 11,8% de las viviendas no cuenta con el servicio de agua potable, cuando el promedio nacional de cobertura es de 94,6%. Pero, además, los estudios de agua realizados por las gobernaciones concuerdan en que el servicio es discontinuo y de baja calidad. Con el servicio de alcantarillado la situación es más crítica, su cubrimiento apenas llega a 53,1% en estas zonas de residencia.

Las diferencias en la cobertura de servicios según zona de residencia (urbano-rural) se encuentran más marcadas en la Costa que en el país. En el caso del acueducto presenta, en 1993, un cubrimiento de 88,1% en las ciudades y de 33,1% en el campo. En alcantarillado, la brecha es mayor: en las zonas urbanas la cobertura es de 53,2% y en el área rural sólo 4,2%. La cobertura global del servicio de energía eléctrica, aunque más elevada que la de acueducto y alcantarillado, es menor al promedio nacional de 85,8%. En Bolívar su cubrimiento es de 81,2%, en Cesar de 77,6%, en Magdalena de 80,8%, en Sucre 76,7% y es particularmente baja en Córdoba, 65,6%. En las zonas rurales de estos mismos departamentos, la brecha con respecto del promedio nacional se amplía (Tablas 8, 9 y 10).

TABLA 8  
PORCENTAJE DE VIVIENDAS CON AGUA POTABLE  
EN LA COSTA. 1985-1993-1996

Región	1985	1993	1996
Atlántico	77,12	92,34	95,86
Bolívar	47,39	68,44	65,96
Cesar	63,5	74,18	N.D.
Córdoba	39,75	52,88	61,46
Guajira	63,88	75,41	83,11
Magdalena	48,57	64,12	68,77
Sucre	43,2	62,41	73,89
San Andrés	55,1	71,03	N.D.
Región Caribe	55,69	71,57	74,96
Nacional	70,46	79,7	83,2

Fuente: DNP.

**TABLA 9**  
**PORCENTAJE DE VIVIENDAS CON ALCANTARILLADO EN LA COSTA**  
 1985-1993-1996

Región	1985			1993			1996
	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Nacional	59,45	80,7	11,3	63,02	81,8	14,4	69,48
Atlántico	60,04	63,5	3,2	63,94	67,5	12,3	65,44
Bolívar	22,33	33	0,6	33,17	46,7	3,1	33,08
Cesar	29,05	45,5	3,5	39,18	57,3	5,7	N.D.
Córdoba	11,61	25	0,6	16,51	32,3	0,9	25,53
Guajira	19,29	26,5	3,8	42,65	49	17,2	44,45
Magdalena	21,94	38,2	3,5	35,97	51,3	6,4	38,37
Sucre	23,57	42,3	0,6	32,79	47	1,8	50,82
San Andrés	0,6	0,7	0,32	19,48	24,1	8,7	N.D.
Región Caribe	30,37	44,66	1,73	39,21	53,19	4,19	44,07

Fuente: DNP.

**TABLA 10**  
**PORCENTAJE DE VIVIENDAS CON ENERGÍA ELÉCTRICA EN LA COSTA**  
 1985-1993-1996

Región	1985			1993		
	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural
Atlántico	96,5	98,1	68,7	95,9	97,2	76,8
Bolívar	73,9	92,2	36,7	81,2	95	50,4
Cesar	65,1	88,1	29,4	77,6	93,2	48,6
Córdoba	47,8	83,9	18,1	65,6	91,9	39,6
Guajira	81,3	93,4	55,5	89,2	92,7	75,2
Magdalena	63,2	92,5	30	80,8	94,7	54
Sucre	60,4	89,5	24,5	76,7	88,7	50,3
San Andrés	N.D.	N.D.	N.D.	97,1	98,1	94,8
Región caribe	69,74	91,1	37,56	83,01	93,94	61,21
Nacional	78,5	95,1	40,8	85,8	95,4	60,9

Fuente: DNP.

#### IV. APROXIMACIÓN A LAS CAUSAS DE LA SITUACIÓN REGIONAL

Como se desprende de lo expuesto, el siglo XX termina sin que la región Caribe de Colombia haya alcanzado el desarrollo económico y social, la región se encuentra en medio de una profunda crisis económica y con una población muy pobre cuya situación se sigue deteriorando. Aunque no se pueden desconocer los avances logrados a lo largo del siglo, éstos no han sido suficientes para alcanzar los estándares de bienestar y de calidad de vida esperados y merecidos por sus habitantes. ¿Cuál es la razón de todo esto?

Cuando el mundo entero se percata de que en la región ha nacido un puñado de destacadas figuras del empresariado, la ciencia, las letras, las artes, la música y el deporte, el argumento de que son sus gentes la causa del subdesarrollo, se queda sin piso. Precisamente, una de las tareas que

tiene el Observatorio del Caribe Colombiano es mostrar las dotes intelectuales, el talento y las riquezas culturales de los habitantes de la región, para contribuir a desterrar los falsos estereotipos que existen sobre su identidad.

En realidad, los determinantes fundamentales del atraso económico y la pobreza de sus gentes están vinculados a las falencias de los procesos de acumulación de capital y desarrollo del mercado interior colombianos, así como de la ubicación del país en la división internacional del trabajo. Esto quiere decir que las causas del actual estado están por fuera de los límites geográficos de la región y que para hallar respuestas hay que reconsiderar la historia nacional y sus avatares.

La Costa llega al siglo XX cargando el lastre de una estructura de tenencia de la tierra, que se reproduce por los siglos sin una real transformación, heredada de la vieja hacienda colonial, una estructura que genera escasa capacidad de compra, reduce las posibilidades de ampliación de los mercados y desfavorece la acumulación de capital (Meisel, 1980; Abello, 1997).

El débil desarrollo capitalista de Colombia durante el siglo XX es el reflejo de una inadecuada división social del trabajo entre el campo y la ciudad y entre las regiones mismas. El norte de Colombia no es un espacio económico suficientemente acondicionado para la ampliación del mercado interior colombiano, para el intercambio de productos agrícolas, y entre éstos y las manufacturas. La región no fue integrada adecuadamente a las principales actividades de la economía nacional y la producción regional no contó con las facilidades para acceder a los mercados del resto del Colombia.

Durante las primeras décadas del siglo, el río Magdalena mantuvo su categoría de tronco de comunicación entre la Costa y el interior del país. Pero en 1930 la región apenas cuenta con una precaria red de carreteras y ferrocarriles vinculadas a los puertos y al río, de tal modo que cuando la lógica de la economía cafetera impulsa la búsqueda de rutas más económicas para la exportación del grano, básicamente determinada por las facilidades ofrecidas por el canal de Panamá y la apertura del puerto de Buenaventura, las zonas cafeteras se conectan con aquellos a través de una gran red vial y férrea, perdiendo el Magdalena su importancia..

Sin un sistema de transporte que reemplace al río, Barranquilla (principal centro fabril de la región), y la Costa en general, quedan desconectadas del interior del país donde, gracias a sus zonas más pobladas y ricas, se encuentra el mercado nacional. La consecuencia de este proceso es, ni más ni menos, que la pérdida del gran dinamismo industrial que caracterizó a Barranquilla durante los años 30 y 40 (Meisel, 1980; Posada, 1998).

El historiador Eduardo Posada Carbó describe cómo, en 1928, hasta el cónsul de Estados Unidos considera que «el río Magdalena debía ser aban-



donado como principal arteria de transporte». Ya en 1934, Buenaventura supera a Barranquilla como puerto de embarque de las exportaciones cafeteras y en 1944 exporta 60% del grano colombiano (Posada, 1998).

La falta de comunicación de la Costa con el interior –sólo en 1955 una carretera permitió conectar a Medellín con Cartagena y a finales de la década de los sesenta se termina de unir la Troncal Oriental (EsCaribe, 1997)– y la conversión de Colombia en un país monoexportador, hacen que otras regiones avancen más rápido. Abundantes estudios han revelado el destacado papel del café en la acumulación de capital y el proceso de industrialización colombiano, así como en el desarrollo de las zonas productoras.

Pero la economía cafetera no era ni podía ser incompatible con el desarrollo de otros renglones en otras regiones del país. De ahí la responsabilidad que se le puede asignar a la política y las decisiones estatales como responsables del rezago relativo de la región: en el Caribe colombiano se dejaron de hacer las inversiones que habrían podido desarrollarlo al integrarlo a los mercados del interior. Meisel en su ensayo «¿Por qué perdió la Costa el siglo XX?» anota cómo entre 1918 y 1929 en esta región apenas se invirtió 3,8% de los recursos nacionales destinados a la infraestructura de transporte, mientras que una impresionante red de vías terrestres en la región occidental de Colombia sustituyó el desplazamiento por el río Magdalena (Meisel, 1998).

A la falta de condiciones para el desarrollo industrial se agrega el mantenimiento de una estructura precapitalista de tenencia de la tierra y el gran peso que ha tenido la ganadería extensiva dentro de la economía regional; la Costa sufre con rigor la ausencia de los procesos económicos fundamentales que han conducido a las sociedades a la modernidad. A ello se le suma su papel como abastecedor de bienes primarios y recursos naturales en la economía mundial. Además, ha sido una región históricamente expuesta al contrabando.

Pero atención especial merece, por sus particularidades, la evolución durante la década de los noventa. No obstante, si se quieren entender los efectos de la apertura económica sobre la región, es imperativo apartarse de la discusión de si tal apertura se hizo bien o se hizo mal, como de manera un poco desenfocada se tiende a abordar el fenómeno en Colombia. He propuesto para este ejercicio salirse del marco nacional y examinar el comportamiento de la economía mundial para que así, a la luz de los acontecimientos de esa fase de la acumulación de capital llamada globalización, podamos comprender sus implicaciones para las naciones y pueblos del mundo. Entender la globalización económica y sus nocivos efectos sobre las economías de los países del Tercer Mundo y el caso particular de América Latina, nos ayuda a entender la lamentable situación que atraviesa el Caribe colombiano, región en la que se ha sentido con rigor su impacto.

Con la globalización se vive una era en la cual, más que antes, el capital financiero ejerce su predominio mundial y fluye por todos los resquicios del sistema eslabonando por doquier las economías nacionales que se ajustan, muchas de ellas, por instrucciones precisas del Fondo Monetario Internacional, para facilitar, sin controles, su circulación y la obtención de ganancias. Es el predominio del capital financiero sobre las demás formas del capital y, por ende, de predominio de la rentabilidad financiera sobre la rentabilidad de la economía real (Giraldo, 1988). La competencia internacional se ha acentuado después de la caída del Muro de Berlín y las mencionadas tasas de ganancia del sector financiero jalonan a los demás sectores. Los flujos diarios de capital financiero a lo largo y ancho del mundo equivalen a prácticamente la mitad de las exportaciones mundiales en un año. Bajo tales condiciones, se estimula el espíritu especulativo por encima del espíritu productivo en la economía mundial.

La base de la economía son ahora las grandes corporaciones multinacionales que controlan 70% del mercado mundial, mientras que 40% de las transacciones se realizan entre ellas o entre ellas y sus filiales. Estas corporaciones controlan 75% de las inversiones del globo, tienen una gran influencia en las naciones europeas, en Japón y en Estados Unidos, orientan la política económica de los gobiernos a quienes imponen sus decisiones y, por si fuera poco, concentran la investigación y la innovación tecnológica. Con semejante asimetría del comercio mundial las posibilidades del Tercer Mundo, sus economías y sus empresas, quedan significativamente reducidas.

Existe, por lo demás, sobreoferta mundial de bienes y servicios. Hay una sobrecapacidad instalada, muy a pesar de la aparición de las nuevas técnicas administrativas (*just in time*, por ejemplo), para la producción de los mismos. Y es una lección aprendida en los primeros cursos de economía política la necesidad inherente del capitalismo vender lo que produce y, sólo con la realización de las mercancías, recuperar el capital invertido y materializar las ganancias; en el caso contrario, como es obvio, las ganancias tenderán a caer. Por lo tanto, en el actual estado de cosas, con sobreoferta y sobrecapacidad instalada en bienes y servicios, el mercado mundial se convierte en campo de batalla por salir de las existencias, en una guerra donde todo es válido para morder una mayor porción de la torta mundial. De allí es de donde surge la cacareada recomendación del libre comercio para las economías cuyos mercados las grandes multinacionales desean penetrar. Y mientras las principales naciones del mundo han estado defendiendo sus empresas y realizan prácticas proteccionistas, en el caso de América Latina las aperturas económicas han acentuado el déficit en las balanzas comerciales de los diferentes países.

Ante la caída de las tasas de ganancia del sector real de la economía mundial, las grandes empresas se ven obligadas a aumentar las ventas, penetrar mercados, rebajar costos (los procesos productivos, gracias a las nuevas tecnologías, se fraccionan y sus partes se trasladan a donde resulte más barata su realización, especialmente en términos de mano de obra).

Los resultados de esta globalización han sido conocidos muy pronto: mayor concentración de la riqueza, crecimiento de la brecha entre naciones, diferencias al interior de las naciones y agudización de la problemática social en el mundo (desempleo, pobreza, criminalidad). La globalización deja a pueblos y naciones por fuera de los circuitos de la riqueza mientras muy pocas empresas y empresarios resultan gananciosos del proceso.

Las economías de los países débiles se ajustan, vía consensos con los gobernantes, vía condicionamientos de la banca multilateral, a las necesidades de la acumulación de capital a escala global. Es así como se han realizado reformas orientadas a abrir las economías, a liberar los mercados de bienes y servicios, el mercado de capitales y a flexibilizar el mercado laboral en América Latina.

Las reformas que en Colombia se adelantaron en los noventa, no son ajenas a ese marco internacional. Por ello, los procesos de apertura económica y de liberación comercial promovidos trajeron, con la avalancha de importaciones, el decaimiento de la industria y la ruina del agro, el bajo crecimiento, el aumento del déficit comercial, más desempleo y más pobreza; en fin, los resultados negativos de los que se ha dado cuenta en esta exposición sobre al Caribe colombiano.

A las frustraciones históricas de la región se suman ahora el decaimiento y la crisis producida por la apertura económica. En la llamada aldea global, una región de tanto potencial económico y humano como la Caribe se encuentra entre las perdedoras.

## V. CAMBIAR EL MODELO

Para concluir, quiero señalar que el inaplazable ejercicio de cambiar el rumbo de su economía, se convierte en el principal desafío para el Caribe colombiano en el siglo que está a punto de comenzar.

He sostenido en distintas oportunidades que «el proyecto de sacar del atraso la región tiene que integrarse a un esfuerzo nacional que, en el largo plazo, pueda convertir a Colombia en una nación que le de bienestar y mejore las condiciones de vida de sus habitantes. Durante el siglo XX que agoniza, esta posibilidad fue frustrada. Una estrategia de desarrollo del país tiene que asumir el inmenso aporte que el territorio y el Mar Caribe de Colombia tienen que ofrecerle en cada uno de los sectores productivos. La industrialización de Colombia, en condiciones diferentes a las presentadas hasta ahora, deberá asumir y aprovechar las ventajas de localización que ofrece el Caribe. Así como una verdadera, más activa y fuerte inserción de la economía colombiana en la economía mundial contará con la utilización del inmenso potencial costero».

Pero la solución a los problemas de la Costa no puede ser más de lo mismo, pues ya se plantean más reformas neoliberales llamadas de segunda generación. Ni tampoco puede ser su conversión en la zona maquiladora de Colombia.

La maquila es esa estrategia de los conglomerados económicos multinacionales en la época de la globalización que, al fragmentar los procesos productivos, trasladan el ensamble a zonas del mundo que les garantizan bajísimos costos de mano de obra y excelentes condiciones para la inversión. Este sistema, implementado en todo el planeta, genera empleos pero precarios, y no resuelve los problemas de pobreza y atraso de las regiones y ciudades donde se instala. Las evidencias en Asia y América Latina así lo demuestran. El economista y sociólogo norteamericano, Alvin Toffler, asegura que el peor error que pueden cometer las naciones de América Latina es intentar atraer la inversión extranjera con el 'imán' de la mano de obra barata: eso es «pan para hoy y hambre para mañana» (*El Espectador*, 1998).

De cuando en cuando, especialmente en circunstancias como la actual en la que se inicia un nuevo siglo, se hacen exámenes, expiaciones y votos, se renuevan las esperanzas y se propone el paradigma del optimismo. Con seguridad necesitaremos mucho optimismo para el cambio pero, más que corazón, en la construcción del futuro del Caribe colombiano se requieren los ojos bien abiertos y, particularmente, mucho conocimiento. Mucho conocimiento tanto sobre las experiencias históricas como sobre las circunstancias internacionales donde se desenvuelve la región, sobre todo cuando la «inevitable» globalización está en crisis. Ignorar o tratar de negar tales experiencias y circunstancias nos arrastraría, ineluctablemente, a seguir cometiendo graves errores.

## BIBLIOGRAFÍA

---

Abello Vives Alberto. *La región y la economía mundial*. Cedetrabajo. 1997.

---

Abello Vives Alberto y López Montaña Cecilia. *El Caribe colombiano, la realidad regional al final del siglo XX*. Departamento Nacional de Planeación-Observatorio del Caribe Colombiano. 1998

---

Abello Vives Alberto y otros. «El Comercio Exterior en la Industria Manufacturera de la Costa Caribe. 1974-1996». *Serie Cuadernos Regionales N°2*. Observatorio del Caribe Colombiano. Cartagena de Indias. Octubre de 1999.

---

Calvo Stevenson Haroldo y Meisel Roca Adolfo, editores. *El rezago de la Costa Caribe colombiana*. Banco de la República, Fundesarrollo, Universidad del Norte, Universidad Jorge Tadeo Lozano. Cartagena. 1999

---

Giraldo, César, et al. «Crisis fiscal y financiera en América Latina». Tercer Mundo Editores. Esap. 1998.

---

Meisel Roca, Adolfo. *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Ediciones Uninorte. Centro de Estudios Regionales. Barranquilla, sf.

---

ECONOMÍA Y SOCIEDAD

---

---

Posada Carbó Eduardo. *El Caribe colombiano, una historia regional 1870-1950*. Banco de la República. El Áncora Editores. Bogotá. 1998.

---

## LA REGIÓN CARIBE FRENTE A LA DISCUSIÓN INTERNACIONAL SOBRE EL MODELO DE DESARROLLO ECONÓMICO<sup>1</sup>

---

CECILIA LÓPEZ MONTAÑO\*

Los inicios de este siglo XXI se están caracterizando por la abundancia de balances sobre la evolución de la década de los noventa, años durante los cuales se aplicaron las mayores reformas económicas en América Latina. Varias razones explican este hecho. En primer lugar, fue durante este período cuando se consolidó el llamado nuevo estilo de desarrollo siguiendo al pie de la letra el llamado «Consenso de Washington», y, en segundo lugar, de estos análisis se desprenderán los lineamientos generales que deberán orientar a nuestras economías en estas primeras décadas del nuevo milenio.

Tal vez la primera nueva luz que empieza a vislumbrarse es que Latinoamérica quiere empezar a mirar más allá de sus simples indicadores económicos. Los intereses de sus ciudadanos parecen estarse moviendo en direcciones que tienen que ver con la calidad de vida, con las relaciones entre los individuos y con la capacidad de controlar mejor su presente y su futuro. Es decir, con hacer valer el mayor activo que adquirieron durante el siglo anterior: su carácter de ciudadanos participantes y activos. Por esta razón, más que alrededor de un modelo de desarrollo, América Latina se moverá probablemente hacia la discusión de un nuevo modelo de sociedad.

Están dados los elementos para realizar una verdadera reflexión y para identificar con objetividad lo positivo del pasado reciente de nuestras economías, pero buscando alternativas frente a los resultados insatisfactorios. Por el bien de nosotros y de las próximas generaciones de latinoamericanos, esta oportunidad debe tomarse como el momento de la verdad.

No obstante ser Colombia y su región Caribe el objeto de este ensayo, por estar en un mundo absolutamente globalizado, es necesario hacer el análisis en tres ámbitos: El primero es América Latina, el segundo Colombia y el tercero la región Caribe. Y para cada uno de éstos se intenta resolver dos inquietudes: qué pasa con nuestras sociedades y qué retos debemos enfrentar.

---

1 Presentado por la autora en la Cátedra del Caribe colombiano realizada en la ciudad de Barranquilla el 30 de marzo de 2000.

\* Cecilia López Montaña Barranquillera. Economista con postgrado en Demografía. Investigadora de temas económicos de la Universidad de los Andes, de la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF) y de la Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo (Fedesarrollo). En la actividad académica ha ejercido la cátedra de Macroeconomía y Demografía en las universidades del Rosario y Externado de Colombia. En el sector público ha desempeñado los cargos de directora del Fondo Nacional de Proyectos (Fonade), embajadora de Colombia en La Haya, directora general del Instituto de Seguros Sociales, ministra del Medio Ambiente y Ministra de Agricultura. Además fue directora del Programa de Empleo para América Latina y el Caribe de la OIT, con sede en Chile. Ha publicado estudios sobre demografía, desarrollo económico, población y mercado de trabajo, seguridad social, cooperación internacional, salud, agricultura, género, finanzas públicas y modelos de desarrollo en América Latina. Su primer libro sobre la Costa Caribe Colombiana *La Costa Atlántica: algunos aspectos socioeconómicos de su desarrollo* fue publicado en 1973 por Fedesarrollo. Editó junto con Alberto Abello Vives, el libro *El Caribe Colombiano. la realidad regional al final del siglo XX* (1988), publicado por el DNP y el Observatorio del Caribe Colombiano. Directora del Departamento Nacional de Planeación.

De alguna manera se empieza a vislumbrar en los informes de los organismos internacionales, Banco Interamericano de Desarrollo, BID y Comisión Económica para América Latina, Cepal, entre otros, que el economicismo, que tanto marcó las políticas y los análisis sobre el desarrollo en la década anterior, está siendo revaluado por los mismos que tanto lo impulsaron. El título del nuevo informe anual del BID, próximo a publicarse, habla por sí mismo: «Desarrollo más allá de lo económico» (BID, 2000).

Lo interesante de esta nueva visión es que se origina en los sentimientos de la gente que ha percibido que mientras sus gobiernos se concentraron en el manejo de las variables económicas, dejaron a un lado sus problemas más críticos: oportunidades de empleo, carencia de educación, pobreza, corrupción y crimen (BID, 2000), (Cepal, 2000).<sup>2</sup>

Sorprende, sin embargo, la incapacidad de autocrítica de estas instituciones y de sus economistas, tan latinoamericanos como los que más, quienes deberían reconocer que se equivocaron cuando le asignaron al logro de los equilibrios macroeconómicos la posibilidad de empezar a resolver problemas sociales como la pobreza.

¿Será que ante la insatisfacción que reina, obviamente más entre la gente del común que entre los tecnócratas que se creyeron dueños de la verdad y se equivocaron, volveremos a las raíces de la economía, o sea a agregarle a las frías cifras la variable política como la entendieron Adam Smith y David Ricardo? ¿Se pondrá de moda, al fin, la economía política?

Dentro de esta nueva onda, que tímidamente empieza a perfilarse, podría proponerse entonces que por desarrollo se entienda el entorno político, el crecimiento económico, el desarrollo humano y la capacidad de la gente para convivir en sociedad. Que se retome la economía política en sentido moderno y amplio, obviamente reconociendo que sin crecimiento económico no es posible repartir sino pobreza, pero admitiendo que el desarrollo humano es fundamental; agregándole como nuevo elemento la importancia de que la gente tenga la posibilidad de vivir en sociedad.

Cualquier análisis sobre la evolución de nuestras sociedades debe partir de reconocer que la globalización define la nueva manera de interrelación de la economía, la cultura, la historia, los medios de comunicación, la ciencia, etc. Es, por lo tanto, mucho más que un modelo de desarrollo. Adicionalmente debe identificarse que este nuevo marco, que abarca un sinnúmero de variables, ha logrado sus máximas evoluciones en el sector de las comunicaciones, siendo Internet su mayor símbolo y en el campo económico, donde la apertura de los mercados y los flujos de bienes y de capitales caracterizan el modelo de desarrollo actual. El Consenso de Washington, que impuso la disciplina económica como la panacea, deli-

<sup>2</sup> Cepal. *Equidad, desarrollo y ciudadanía*, México, abril de 2000. IDB. Inter-American Development Bank. *Development Beyond Economics*, Preliminary version. 2000 Report. Economic and social Progress in Latin America. Johns Hopkins University Press. Washington, D.C.

neó la receta económica del llamado modelo neoliberal. Pero neoliberalismo no es globalización. Más aún, como elemento fundamental para la discusión del modelo de la nueva sociedad, debe reconocerse que dentro de esta amplia dimensión de un mundo global, caben otras formas de manejo económico.

Adicionalmente, es fundamental aceptar que frente a estos nuevos procesos, Colombia discute temas trascendentales de su futuro de manera aislada de las realidades de su entorno. Jamás ha existido claramente en el país el convencimiento de que somos parte del mundo y de América Latina y que hoy más que nunca nuestros derroteros están ligados a su evolución. Nunca y menos ahora, hemos sido totalmente autónomos en el diseño de nuestra economía y menos aún de nuestras sociedades. No reconocer esta realidad e insistir en el aislamiento hace que se pierda capacidad de comprensión y acción, y que se desconozca la velocidad de los cambios a los cuales estará sometido el mundo de hoy.

## ¿QUÉ PASA CON NUESTRAS SOCIEDADES?

### AMÉRICA LATINA

Con base en la información disponible y en los ya mencionados balances, la conclusión generalizada sobre la situación de la región al iniciarse el siglo XXI es que la realidad actual de América Latina es desalentadora. En primer lugar, los esfuerzos económicos no fueron suficientes, se recuperó el crecimiento, pero no se llegó a los niveles anunciados que permitirían cambios trascendentales en los diversos países. Adicionalmente y como consecuencia parcial, se generó poco empleo, poca educación y mucha pobreza, corrupción y crimen.

No deberían sorprender entonces las declaraciones recientes del ex presidente César Gaviria,<sup>3</sup> que asombraron al país, por ser él, sin duda, el símbolo de la era neoliberal en Colombia. El ex presidente reconoce que fue un error haber entregado al mercado el poder para constituirse en el mejor asignador de recursos, y que lo que se necesita es un Estado fuerte. Éstos no son golpes de pecho aislados. Ése es el sentimiento generalizado entre muchos economistas latinoamericanos que impulsaron este modelo económico como el esquema ideal y que hoy se enfrentan a una realidad muy alejada del panorama positivo que vendieron. Es excelente que se estén dando cuenta ahora de las fallas de la «receta», pero muy doloroso que la región se haya comprometido de una manera u otra en un modelo que le ha costado tanto a los sectores pobres y de ingreso medio de América Latina. ¿Quién les va a reponer lo que perdieron en términos de calidad de vida? Al menos algunos se arrepienten, otros todavía insisten.

3 *El Tiempo*, 30 de marzo de 2000. Columna Ecos: Gaviria rectifica rumbo. Dice la noticia: «En la que se puede considerar como una rectificación histórica, el ex presidente Gaviria, actual Secretario General de la OEA, dijo que la fe ciega en el mercado, que impulsó las reformas durante la década pasada en Latinoamérica «es hoy una apreciación completamente equivocada». En su concepto, lo que se impone es el fortalecimiento de los Estados «para que puedan cumplir con sus responsabilidades sociales y puedan afrontar con éxito la lucha contra las desigualdades y la pobreza».



En términos muy generales y con base en otros informes como el de la Cepal, sobre la situación económica, América Latina se puede dividir en dos partes: de Panamá hacia arriba, euforia; de Panamá hacia abajo, frustración o preocupación por lo menos. ¿Por qué?

De este modelo de apertura de los mercados y de libertad de grandes flujos de capital, el gran beneficiario, sin duda, ha sido Estados Unidos. El crecimiento de su economía en el último trimestre fue superior a 6%, una cifra con la que ni siquiera sueñan los otros países desarrollados e imposible para la mayoría de los países en desarrollo. De esta manera este país continúa consolidando el período de expansión más amplio de su historia reciente: alto crecimiento, bajísimo desempleo y baja inflación.

Ahora bien, los países centroamericanos y caribeños vinculados íntimamente a esta economía, presentan mejores indicadores económicos: tienen tasas de crecimiento positivas y con la maquila tradicional orientada al mercado estadounidense, están generando empleo para los sectores de baja capacitación o, en casos como Costa Rica y México, con la llamada maquila de segunda generación, propician empleo de mayor nivel técnico.

Pero de Panamá hacia el sur del continente, la realidad económica, política y social es muy diferente. La bonanza americana no está beneficiando a las economías de estos países, que además sufren de grandes inestabilidades, siendo el triángulo, Colombia, Venezuela y Ecuador, el área más traumática. Esta parte de América Latina sigue exportando materias primas sin grandes transformaciones en su base productiva y en su organización social. Poco crecimiento, alto desempleo y preocupantes indicadores sociales y de bienestar son sus principales características. Este panorama que no es sólo de América Latina sino también de muchos países en desarrollo, fue descrito claramente por el presidente Clinton cuando, en una conferencia internacional, dijo que: *Estados Unidos no puede seguir siendo una isla de prosperidad en un mundo de pobreza.*

El Informe del BID señala que América Latina se rezaga; ocupa actualmente el quinto lugar en términos de ingreso per cápita detrás del Sudeste Asiático, del Medio Oriente, pero también de Europa del Este. No hace mucho que cayó el Muro de Berlín y ya los países de Europa Oriental nos sobrepasaron. Por el contrario, hace medio siglo América Latina era sólo superada por los países industrializados (BID, 2000).

Para la discusión de un nuevo modelo de sociedad surge una primera y valiosa conclusión: cuando América Latina tenía control sobre el manejo de su modelo de desarrollo le iba mucho mejor. Apenas la región se dejó imponer sin beneficio de inventario los lineamientos de su destino, le empezó a ir menos bien. Una segunda lección es la necesidad de recibir con beneficio de inventario las fórmulas que se ponen de moda. La

moda no es la verdad absoluta, la cual en economía, como en otras áreas, simplemente no la posee nadie.

El peor problema de América Latina es la forma como se distribuye el ingreso. La organización de la región es tal que no importa cuánto crezca, unos pocos se quedan con mucho. En esto hay una gran diferencia con los países de mayor desarrollo actual: mientras que en América Latina el 10% de la población tiene el 40% del ingreso, en los países desarrollados, el 5% de la población tiene el 13% del ingreso (BID, 2000).

Por el contrario, América Latina lo ha hecho bien en desarrollo humano. La expectativa de vida de los latinoamericanos es alta comparada con los niveles internacionales, las tasas de mortalidad infantil son bajas y no somos analfabetas, lo cual no es totalmente satisfactorio dados los grandes esfuerzos en términos de recursos que se han hecho en el campo educativo.

Probablemente lo más importante que está sucediendo en América Latina es que surgió un nuevo actor, el ciudadano, que puede tener libertades para participar en procesos públicos u oponerse a sus gobiernos, expresarse e informarse. Se han venido acabando los protagonismos individuales dándole espacio a todos y cada uno de los individuos para participar en el diseño de su destino.

Sin embargo, se ha generado, de acuerdo con el BID, una profunda insatisfacción en la región: en los 90 sólo el 10% de los latinoamericanos sienten que la situación de sus países es buena y el 60% de los jóvenes latinoamericanos creen que sus padres vivieron mejor a pesar de que los ingresos per cápita de hoy son muy superiores. ¿Por qué? Porque hoy el concepto de desarrollo no es sólo crecimiento, porque hoy hay muchos temas que importan más. Además de los temores en el campo de la economía, por no haber logrado la tasa de crecimiento que se esperó, las preocupaciones surgidas por encuestas recogidas por los organismos multilaterales, señalan que las preocupaciones de los latinoamericanos son: educación, corrupción y crimen; en términos de corrupción y crimen estamos cerca de África.

## COLOMBIA

En medio de la compleja situación que se vive y probablemente por diferentes razones, se ha abierto en el país el debate sobre un nuevo modelo económico. Curiosamente no son los economistas los que lo han planteado sino sectores políticos porque realmente lo que se busca es un nuevo espacio en las negociaciones de paz. Por el contrario, los sectores de la academia no se cuestionan aún, como en otros países, la necesidad de un nuevo norte en lo económico. Pero precisamente por los objetivos

que se buscan y por la naturaleza de los males que aquejan a Colombia, lo que realmente debería discutirse es la necesidad de diseñar un nuevo modelo de sociedad.

Con mucha autoridad moral para hacerlo, por ser el país con la peor crisis económica, política y social del hemisferio, Colombia debería liderar la discusión sobre la necesidad de encontrarle a América Latina un nuevo paradigma. Pero recordando que no hemos sido ni seremos autónomos, más que buscar esas directrices en Suecia o Noruega y más que organizar viajes, lo que se requiere es promover la generación de pensamiento para un debate nacional y latinoamericano sobre el tema.

A Colombia le fue peor en los años 90 que a América Latina, que había perdido la década de los 80 por su desempeño económico. Por el contrario, el país salió bien librado en la llamada década perdida, éramos el país estable por excelencia, pero perdimos los años 90. Mientras América Latina recupera el crecimiento, Colombia decrece por primera vez en su historia reciente y termina la década con una tasa promedio anual de 2,8% de crecimiento del PIB, inferior a la tasa latinoamericana de 3,3% y a la de 3,1% obtenida en el país en la década anterior. Vamos en contravía de América Latina, que logra bajar los índices de pobreza modestamente, mientras Colombia los aumenta en tres puntos porcentuales: el 53% de su población se encuentra actualmente bajo la línea de pobreza.

Los 90s se manejaron mal en el país. Se cometieron muchos errores pero también en esa década hicieron metástasis todos los males que la sociedad colombiana había venido subestimando en los decenios anteriores. No se reconoció a tiempo la debilidad de la base productiva del país dado que la sucesión de bonanzas económicas, bien manejadas, ocultaron que la industria y el sector agropecuario no estaban sufriendo las transformaciones necesarias para competir internacionalmente ni para generar empleo productivo y estable. Se produjo entonces el proceso de exclusión económica (López y García, 1999).<sup>4</sup> Así mismo, se acentuó la exclusión política dentro de un sistema democrático imperfecto viciado de clientelismo y corrupción, y continuó la exclusión social, heredada y perfeccionada magistralmente por las élites nacionales desde la Colonia.

Peor aún, se subestimó el narcotráfico hasta que penetró en las venas de la sociedad y se ignoró la guerrilla, hasta que puso en jaque la estabilidad territorial y política de la nacionalidad colombiana. Mientras la guerra sólo afectó a las zonas rurales distantes de los grandes centros urbanos y a los campesinos muy pobres, fue un fenómeno ajeno a muchos. Cuando empezó el secuestro de los sectores de mayores ingresos y la extorsión masiva, el problema adquirió otras dimensiones, pero ya era un poco tarde.

Adicionalmente, se culpó a la apertura de todos los males. Sin duda, la forma como se hizo no sólo en Colombia sino en América Latina causó

4 Cecilia López y Arturo García. Los costos ocultos de la Paz. En *Paz y Desarrollo en Colombia*. Banco Mundial. Bogotá, octubre de 1999.

profundo impacto negativo en muchos de los sectores productivos, pero también dejó ver claramente errores de política que se habían cometido de tiempo atrás. ¿Por qué se golpeó tan duramente el agro? Porque mientras países como Chile en la época de protección concentraron sus esfuerzos en productos con grandes posibilidades de insertarse en el mercado internacional, como las maderas, la pesca y la fruta, Colombia protegió lo que no tenía futuro en una economía abierta, algodón y cereales, por ejemplo. Se perdieron más de 700 mil hectáreas y miles de millones de pesos de ingreso en todo el país.

La aplicación del modelo de apertura era inevitable porque sus directrices venían impuestas directamente por los organismos internacionales como parte de los paquetes de financiación; el problema radicó en que esas directrices se recibieron sin beneficio de inventario. Más aún, quien se atreviera a decir que no estaba de acuerdo con las privatizaciones o con que se abriera aceleradamente la economía, era considerado como una especie de apátrida. Hoy, cuando son claros los resultados, queda como gran lección la necesidad de concederle espacio apropiado a los debates.

Hoy empezamos a ver arrepentimientos, pero ¿de qué le sirven estos actos de contrición de aquellos que promovieron y aplicaron esas políticas, a los que perdieron su empleo, su producción agropecuaria, a todos los industriales que no pudieron competir? ¿Quién les responde a ellos y a sus familias por los años perdidos?

Sin embargo, en medio de los malos resultados de la década de los noventa, al menos dos hechos actuales pueden ser motivo de esperanza en el país. El primero de ellos es el proceso de paz. Independientemente de todas las objeciones que se tengan, el país posicionó por fin el tema como prioritario. Más que una solución a los males nacionales, la paz debe reconocerse como la gran oportunidad de empezar a resolver los grandes males nacionales. La mayor dificultad radica en lo que se entiende por negociaciones de paz. La firma de un acuerdo a todo costo es el principio del fin. Desafortunadamente en muchos sectores de la sociedad, absolutamente inconformes con la evolución de este proceso, sienten que las negociaciones en medio de la guerra están deslegitimando el proceso. Lo anterior sumado a la forma como se desarrollan actualmente los mecanismos de discusión, parece ir eliminando las posibilidades de usar la paz para replantear la sociedad colombiana.

El segundo elemento positivo es la participación ciudadana. Por fin, se despertó el país. Aún en forma desordenada, la voz de los ciudadanos del común se empieza a oír y, lo que es más importante aún, sectores ilustrados vetados de alguna manera por el establecimiento, han encontrado espacios internacionales para contribuir al debate sobre Colombia. Las discusiones en Estados Unidos sobre la ayuda norteamericana han abierto a importantes segmentos del país, la posibilidad de expresar sus ideas. Los colombianos que están en este momento discutiendo los pro

y contra de esta ayuda son numerosos, y no son los candidatos presidenciales ni las grandes figuras del país. No, es la ciudadanía la que con recursos escasos presenta en el Senado americano y en diversos foros, argumentos que en Colombia no pueden plantear porque los estigmatizan. Están tratando de que la ayuda norteamericana, sobre la cual el gobierno ha opuesto tanta esperanza, ayude a la paz y no a la guerra.

## LA REGIÓN CARIBE

Cuando la región Caribe de Colombia no lograba el dinamismo esperado dentro de un estilo de crecimiento proteccionista, se planteaba muy fuertemente que era este modelo de desarrollo el que frenaba su economía. Pero la apertura que se consolidó en los noventa presenta hoy unos resultados preocupantes. A la región le fue muy mal, peor que al país, en la primera década de aplicación de este modelo supuestamente mucho más adecuado a su vocación natural. El ingreso per cápita de la región antes de la apertura era el 80% del ingreso promedio del país y sin tomar en cuenta los últimos tres años de la década, de desaceleración de la economía y de recesión; ya en 1996 el ingreso per cápita sólo representaba el 63% del ingreso promedio del país.<sup>5</sup>

Al revisar las cifras se identifican dos factores muy significativos. La revaluación durante los primeros años de la apertura afectó muy significativamente el volumen de exportaciones. Al comenzar la apertura en los 90 la Costa exportaba 21,1% de las exportaciones colombianas; en 1997 esta participación cae a 17,1%.<sup>6</sup> A su vez, dos fenómenos adicionales, el primero de carácter demográfico, las persistentes altas tasas de natalidad, y, el segundo, el gran flujo de población desplazada, redujeron los ingresos per cápita de los siete departamentos.

En la Costa también, además del modelo mismo, deben buscarse explicaciones e identificar cambios en la forma de organización productiva y social. La persistencia de formas pre-capitalistas de producción, particularmente en el manejo de lo rural, y la carencia de una verdadera capacidad empresarial, deben explorarse con el ánimo de identificar desarrollos futuros, que dentro de un proceso de globalización le abran nuevas oportunidades a la región.

Como si el retroceso relativo en el campo económico no fuera suficientemente preocupante, el Caribe colombiano dejó de ser una isla de paz para convertirse en un foco de guerra. Resulta preocupante que en la Costa estén presentes los tres actores del conflicto armado: guerrilla, narcos y paramilitares, pero mientras el sur de Colombia se considera como la zona donde predomina la guerrilla, el norte es reconocido en el exterior como la zona donde predominan los segundos.

5 Departamento Nacional de Planeación, Cálculos del Observatorio del Caribe Colombiano.

6 Datos tomados de los anuarios de comercio exterior del DANE, entre los años 1990 y 1997.

La reflexión que debe plantearse, necesariamente, es por qué el aparente predominio de estos dos actores en la región Caribe. Sin justificar en lo más mínimo a la guerrilla, que al menos en sus inicios tuvo ideales, y que con sus métodos atroces pierde cada vez más apoyo político, hay que preguntarse ¿qué hay en cierta dirigencia costeña que hizo que renaciera un fenómeno tan aberrante como el paramilitarismo? Si ya el Valle del Cauca había vivido la época de *los pájaros* y se había aprendido tanto de ello, por qué este fenómeno volvió a nacer en el Caribe colombiano? Y también, ¿por qué los grandes capitales del narcotráfico encontraron su espacio natural para ubicarse en esta parte del país? ¿Dónde están, pues, los valores tradicionales de nuestra sociedad? No es independiente de todo lo anterior el gravísimo rezago social al cual siempre la dirigencia de la región le ha restado importancia. Desde los años 80, en innumerables foros, se ha planteado esta absurda realidad de grandes sectores urbanos y particularmente rurales que quedan al margen de los cambios de la región.

El último esfuerzo que se intentó para erradicar la miseria en el campo costeño y que contaba con el apoyo del Banco Mundial (el Programa de Desarrollo Humano con convivencia del Plan Escaribe preparado por el Departamento Nacional de Planeación) sucumbió a pesar de los esfuerzos del vicepresidente de la república Gustavo Bell Lemus. No hubo un parlamentario que defendiera esta estrategia, ni hubo nadie en la sociedad civil y menos entre los empresarios, que salvaguardara este esfuerzo que, en términos de recursos, era absolutamente marginal.

La pobreza de la región Caribe nunca le ha interesado a su dirigencia. Llamo la atención nuevamente porque podría suceder, lo que se comenta internacionalmente, que los pobres empiezan a contar cuando le tocan la puerta a los ricos para tumbársela. A la Costa le está pasando en Colombia lo que a América Latina le está pasando con el resto del mundo. Se rezaga paulatina y sistemáticamente.

Con este análisis se llega naturalmente a un punto neurálgico para la región: la carencia de liderazgo. No sólo no se abordan los graves problemas regionales, sino que, permanentemente la región ve involucrados a sus dirigentes en vergonzosos escándalos. Sin duda, no todos los corruptos provienen del Caribe colombiano, pero algo de gran calado está sucediendo en el manejo de la cosa pública y en la forma de hacer política. Por su insensibilidad frente a los dramas sociales de la región, por su incapacidad de impulsar el crecimiento económico y, definitivamente, por la falta de transparencia en los actos de muchos de ellos, la región clama por una renovación de sus líderes.

Antes de entrar en el tema de los retos que debemos enfrentar en cada uno de los escenarios de análisis planteados, es necesario hacer tres reflexiones. En primer lugar, los países son cada vez menos autónomos en la definición y diseño de sus esquemas de desarrollo. La experiencia de la década pasada con la receta neoliberal es la gran lección que ilustra la región latinoamericana. Los patrones vienen de afuera y, como región se ha perdido la capacidad de crítica. No reconocer esto es un gran error. A pesar de ser parte de un mundo globalizado donde los intereses de los países industrializados priman en los organismos internacionales, lo que se debe recuperar es la capacidad de recibir estos diseños con beneficio de inventario.

Colombia ha sido el primer país de América Latina en iniciar el debate sobre el modelo económico, más por razones políticas, para abrir espacios en las negociaciones de paz, que como resultado de estudiar el verdadero impacto del modelo actual. Sin embargo, es una excelente coyuntura para liderar este debate en la región. Ésta es la única forma de poder incidir definitivamente en los nuevos derroteros que marcarán el futuro del manejo económico de América Latina y de paso introducir respuestas a algunas de las especificidades del país.

La segunda reflexión muestra una preocupante realidad. Cuando los organismos en el exterior evalúan las experiencias nacionales sobre las políticas económicas y los ajustes institucionales, el ejemplo a seguir siempre es Colombia. La forma como opera la banca central, las políticas para regular la entrada de capitales, la reforma a la seguridad social con mayor grado de solidaridad, son sólo algunos ejemplos en los que sobresale el país. Es decir, Colombia siguió la receta al pie de la letra, mejor que muchos otros países, y, sin embargo, obtuvo peores resultados que el promedio regional. Por lo tanto, seguir las directrices de un modelo, sin consultar las realidades propias de cada nación, no garantiza el éxito siempre.

Finalmente, la tercera reflexión se refiere a la Región Caribe. Definitivamente, la crisis de nuestra región no es un problema exclusivo del centralismo o del modelo. Con la experiencia de haber aplicado dos formas muy distintas de orientar la economía, protección y apertura, la conclusión obvia es que también existen limitantes internos que frenan el desarrollo. Por fortuna hoy existe un valioso capital humano interesado en convertirse en masa crítica, que ha sido un claro resultado del esfuerzo regional en este campo.

## RETO PARA AMÉRICA LATINA

Para identificar el reto que se debe enfrentar en esta parte del hemisferio se debe reconocer en primer lugar que la euforia neoliberal se acabó: los 90 presentan resultados modestos, insatisfacción generalizada por los indicadores económicos obtenidos, grave preocupación por los resultados sociales, porque aunque la pobreza decrece en términos relativos, la inequidad no cambia.

Frente a estas realidades hay tímidas reacciones: profundizar las reformas, posición adoptada por muchos neoliberales colombianos; y reformar las reformas, postura más de fondo pero que no replantea el esquema general hoy predominante. En definitiva, no existe actualmente un modelo alternativo, pero sí abundan nuevos elementos en la literatura reciente. La gran coincidencia entre los expertos gira alrededor de la equidad como prioridad impostergable en la región que tiene la mayor desigualdad del mundo, pero nadie sabe cómo lograrla.

El gran reto de América Latina es diseñar un modelo de sociedad, más que un modelo de desarrollo, que genere un crecimiento alto y sostenido, que al incorporar a los sectores que han estado al margen de los avances, permita la modernización de todos en un entorno de convivencia pacífica y participativa.

## EL RETO DE COLOMBIA

No es necesario repetirlo pero Colombia vive la peor crisis de su historia económica, política, institucional y ética. A su vez, su inserción internacional está fraccionada por los más diversos problemas. No sólo la paz sino el país y sus necesidades y sus posibilidades deben ser parte de la agenda internacional para volverla permanente. Lograda la paz, podemos perder los espacios obtenidos durante estos años.

La complejidad de los temas internos ha alejado al país del entorno latinoamericano. Como se ha venido planteando, somos parte integral de Latinoamérica y hoy menos que nunca podemos actuar aisladamente. Más que buscar los nuevos paradigmas en sociedades cuyos niveles de vida están muy alejados de nuestras posibilidades, es en América Latina donde deben explorarse, conjuntamente con otros países, las nuevas líneas de acción.

Adicionalmente es básico aceptar que Colombia carece de liderazgo real. En la mitad de todos los males que aquejan al país no se han escuchado las posiciones de aquellos que aspiran a manejar su destino. A la presidencia no se puede llegar, ni ésta se debe ganar, con silencios, porque lo que se requiere precisamente son nuevas ideas.



El reto de Colombia es entender la paz no como una solución sino como la gran oportunidad para repensar al país en todas sus dimensiones: económicas, políticas, ideológicas, regionales y éticas. Construir una sociedad dinámica y moderna en la cual la equidad y la solución pacífica de los conflictos ocupen la primera prioridad.

## EL RETO DE LA REGIÓN CARIBE

El Caribe colombiano perdió su vocación como región. No terminó siendo ni un gran centro turístico ni un gran centro industrial ni la despensa alimentaria de Colombia ni la región exportadora de Colombia. Lo único que crece de manera dinámica en su economía es la minería que ojalá no sea sólo un enclave. Hacia el futuro es necesario reconocer que ha hecho crisis su organización precapitalista y que también colapsaron sus líderes tradicionales. Las nuevas generaciones tienen la responsabilidad de remplazar a unos líderes que le fueron inferiores a su región.

Por otro lado la región Caribe debe verse como parte de un nuevo proyecto de la nación colombiana y no como siete islas compitiendo entre sí por los favores del gobierno central. Nuevas instituciones regionales como el Observatorio del Caribe colombiano jugarán un papel definitivo en lograr esta integración de metas, propósitos y logros.

El reto de la región Caribe es identificarse como región y actuar en consecuencia para participar activamente, definiendo su papel, dentro del nuevo modelo de sociedad colombiana y latinoamericana.

## EL MOMENTO DE LA VERDAD

Llegó el momento de la verdad: sabemos que no queremos populismo macroeconómico; sabemos que somos parte de la *aldea global*; tenemos una gran capacidad intelectual, tenemos las cifras y hemos pagado por nuestros errores. En otras palabras, no hay disculpa válida para equivocarnos nuevamente en la definición del rumbo que deben tomar América Latina, Colombia y su región Caribe. Necesitamos encontrar un nuevo modelo de sociedad.

---

## CAPÍTULO III

---

### MODELOS DE MUJER, MARGINALIDAD Y MODERNIDAD

---

*La buena mujer, la ama de casa,  
La señorita solterona  
Que ha mantenido firmemente una fruta  
Entre sus dos senos tercamente adolescentes,  
Cuenta el uno, el dos, el tres,  
De ese rayito de sol  
Atravesado por las hormigas en las maderas de su ventana.  
Ella nos mira y nos pregunta dulcemente:  
«¿A qué hora, hijito mío, vendrá el doctor  
con su cuchara de jarabe?»  
Nosotros hemos sido los lejanos, los pálidos,  
Las fuentes de sopa,  
Los vacíos sillones,  
El olor a fiebre,  
La niebla de azufre que pule y magnifica  
El gesto del moribundo.  
Contestamos en las palmas de nuestras manos  
Mirando la techumbre.  
Mirando el fruto combo de nuestra memoria  
Partido en dos mitades  
Fluidos y duros en la luz de la tarde.  
Ella nos mira  
Nos ordena  
Nos cuenta.  
(Sabemos del gran pájaro herido que flota entre sus muslos)  
Señor inspector  
Usted sería capaz de bajarnos ese manojito de rancias fruticas?*

*Héctor Rojas Herazo, «Apuntes en la libreta de Medusa»*

---

## LAS MADAMAS DE BARRANQUILLA: PROGRESO Y PROSTITUCIÓN

---

ÁLVARO MIRANDA\*

*A Julio Lascano Siefken,  
el bacán barranquillero de los años cincuenta.*

Se escucha la sirena de un buque con humo en sus chimeneas que desde 1871 ha ido y venido a las dársenas de Barranquilla. Es grande y nostálgico como una ballena que se desplaza por las plomizas aguas de un mar lleno de gaviotas. Ese animal de hierro ha soltado sus áncoras y ahora desembarcan de él miles de inmigrantes. Son hombres y mujeres con dinero que vienen a apostarle al destino y a la industria a este lado del mundo. Han dejado Europa para sudar el Caribe. Atrás de ellos ha quedado el continente viejo de varias patrias. A medida que los viajeros desempacan sus baúles para instalarse de modo definitivo en Barranquilla, no ven la hora de caminar por las calles de una ciudad que se debate entre el barro, los caños crecidos y un olor a mangle que trae la brisa del río. Ahora, en medio de ropas que son lavadas y colgadas a pleno sol para que se sequen al instante, recuerdan la vieja casa de sus ancestros, la que han dejado allá bajo los techos de nieve, donde las sedas y linos duran días para poderse secar en los helados otoños e inviernos. Su antigua casa está en el pasado. La cargan en su memoria con puertas y ventanas cerradas porque ya no han de retornar a ellas.

---

\* Alvaro Miranda. Santa Marta, Colombia, 1945. Poeta, historiador, profesor universitario y editor. Su primer libro de poemas *Indiada* aparece en 1971. Posteriormente, en 1987, con ocasión de recibir el Premio Nacional de Poesía, publica *Los escritos de don Sancho Jimeno* (Universidad de Antioquia). Su novela, *La risa del cuervo*, escrita en 1983, obtuvo el primer premio en su modalidad, en Buenos Aires y fue publicada el año siguiente (Universidad de Belgrano). Reescrita durante varios años y editada nuevamente en Bogotá (Thomas de Quincey Editores, 1992), es galardonada por el Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, con el «Premio Pedro Gómez Valderrama». En 1996 reunió su obra poética completa en el libro *Simulación de un reino*.

Han renunciado a su pasado, aunque un pasado diferente que ellos no han vivido lo acompaña acá. A pocos kilómetros de distancia, al oeste de Barranquilla, está Cartagena, el puerto colonial sobre el Caribe colombiano. En este pedazo de su nueva patria, la orilla del mar, la historia va más lenta, casi al paso del recuerdo de lo heroico, va a la caza de añoranzas que resuciten las fuerzas que truncaron en su desarrollo el cerco de Pablo Morillo en 1816 y que no la han dejado levantar. En ese bamboleo la balanza que se inclina hacia lo ido o busca lo por suceder, se hallan sesenta años, el mismo tiempo que habrán de vivir a plenitud muchos de ellos desde el momento en que llegan, hasta el momento en que mueren. Son los años que cubren los treinta antes de finalizar el siglo XIX y los treinta que siguen al iniciarse el XX.

La balanza de Barranquilla, al contrario de Cartagena, se inclina hacia el lado del llamado progreso. Pero, ¿hacia dónde va ese avance? ¿A quién sirve tanto adelanto?

Uno de los que con más entusiasmo trabaja para la prosperidad es el ingeniero cubano Francisco J. Cisneros. Se trata del mismo personaje al que se le caen sus obras al momento de impulsar el desarrollo. Primero fue puerto Velillo: el mar se lo lleva. Luego viene el derrumbe de los chiqueros por donde habrá de pasar la línea del tren en la Buenaventura del mar Pacífico... Es a este mismo señor Cisneros a quien se le ocurre, el 9 de diciembre de 1893, enviarle un telegrama al viejo ex presidente Rafael Núñez para invitarlo a la inauguración del muelle de Puerto Colombia y si el ex mandatario lo quiere, irá por él un buque, La Popa, para que lo acarree sin molestia del lugar de la nostalgia, Cartagena, al lugar del hierro y el cemento, Barranquilla. Núñez, aferrado al país de los símbolos, las pompas y los malos versos, desde su casa del Cabrero, se excusa de asistir. A través de otro telegrama responde: «quebrantos de salud no me permiten mover ahora, pero mucho le agradezco el honor que me hace y ruego a Dios por la indefinida subsistencia de la fecunda obra».

No vino. No vino el señor ex presidente a inaugurar el tiempo presente, ni siquiera mandándole un barco. Tiene mucho pasado sobre su casaca, mucho polvo sobre sus párpados y quizá por ello el tiempo pesa sobre sus hombros y no deja que se movilece a donde habrán de arrancar las locomotoras de la revolución industrial colombiana. El tren ya se escucha en Barranquilla. Se escuchan sus pitos y el negro hollín, además de ensuciar su paso, comienza a cubrir la nostalgia con recuerdos. Pero no importa, la historia hace fuerza y él ahora debe correr, paso a pasito, como si fuera un ciempiés de andar sin sentido y curvilíneo. Con Núñez o sin Núñez, el muelle se inaugura. El acero de los barcos que fondean en él, pelea contra el mar, mientras una banda de músicos uniformados interpreta el vals «Sobre las olas».

Al señor de «El Cabrero» es difícil olvidarlo. Siempre está presente en lo que se haga o se diga en la política. Un día cualquiera, el joven Julio H. Palacio lo visita. Cuando lo ve solo, sin compañía a la hora de tomar sus alimentos, pregunta el porqué de su incomunicación, el porqué de su comer sin compañía y el ex presidente le responde: «Porque soy muy feo». Eso es verdad, es el hombre más feo del mundo y, además, está enfermo y requiere de una dieta especial e íntima que no quiere que incomode a nadie a la hora de ingerirla. Sucede que desde hace años cuida y se desvela por un hijo de su primer matrimonio, Rafaelito, que es bobo, menos para cobrar intereses de usura sobre el dinero que le presta a las muchachas de servicio.

Desde el mismo instante en que el mundo entró a la Revolución Industrial, las máquinas de vapor comenzaron a modificar la apacible existen-

cia. Desde ese momento las sociedades se volvieron positivistas y se alejaron de la especulación de la metafísica. Lo que menos le comenzó a importar fue la gramática, el verbo, el principio, la creación. Sólo el presente comenzó a valer para ellas en cada segundo que les llegaba. En este sentido Bogotá en nada se parece a Barranquilla. La primera, por no tener el mismo ritmo industrial de la segunda, sigue interesada en los estudios gramaticales de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, sigue preocupada por el hipérbaton perfecto, por la sintaxis *sine qua non*.

Los enfrentamientos, las disputas entre los hombres de alcurnia, tienen marcadas diferentes causas. En Bogotá, por ejemplo, la pelea se armaba por los gazapos que unos descubren a los otros. El barranquillero Julio H. Palacio nos trae a la memoria una de esas tremolinas:

*«Recuerdo una, muy sonada, en derredor de un aviso que publicaba en los periódicos la fábrica de cerveza Bavaria: el señor don Marco Fidel Suárez, actual ministro de relaciones exteriores, ha honrado a la fábrica de cerveza alemana, Kopp Bavaria, con el siguiente certificado: Certifico que con el uso de la cerveza Bavaria me he mejorado mucho de una dispepsia que sufro hace algún tiempo. Las cervezas extranjeras, en vez de producirme ese resultado, me producen el contrario. (firma) Marco F. Suárez. ¡Quién dijo tal! Al punto salió en «El Relator» un gramático que sostenía que no era castizo decir sufro de dispepsia o de otra enfermedad cualquiera, y el ministro de Relaciones Exteriores creyó en peligro su bien ganada reputación de gramático, y replicó inmediatamente en el «Correo Nacional» en un artículo de tres columnas en el que demostraba con autoridad de clásicos que era correcto decir «sufro de dispepsia».*

En Barranquilla, se dan también disputas metafísicas, pero es ahora el dinero el que genera con mayor facilidad las diferencias. Se está creando una nueva mentalidad. En 1871, cuando se pone en marcha la construcción del Ferrocarril de Bolívar que ha de comunicar Barranquilla con Sabanilla y en 1905, cuando el gobierno del general Rafael Reyes crea el departamento del Atlántico, la historia parece ponerse en movimiento en el Caribe industrial. Muchos aseguran que en esas dos fechas la ciudad ha abierto todos los pétalos de su flor para regar sobre ellos aceite, gasolina y carbón. Y es ahí, en la marcha de la industria y de la vida, cuando los hombres con trabajo caminan con los ojos puestos en la tierra para no tropezar. Los industriales, descendientes de aquellos viajeros que llegaron a mediados del siglo XIX, no tienen los ojos puestos en el cielo para contemplar las metáforas que hacen las nubes con el cielo azul, sino para crear vuelos de aviones o humo de fábricas.

Quizá por ella las causas se modifican. La trifulca entre los hombres de Barranquilla está señalada por la producción, las mercancías, el «chan con chan» que deja el sonido del dinero corriente. La modernización y el agite que traen las construcciones industriales, pareciera que apartara

las mentes y el comportamiento de lo que hacen y dicen los gramáticos del altiplano cachaco. Sin embargo, hay algo que no desaparece: el nivel elegante y «humanizado» de la confrontación.

No se van de inmediato a los golpes, sino que se proponen el cómo y el dónde deben enfrentarse al mejor estilo conservador, sin nada de chabacanerías, con el empleo de reglas de honor como lo prodigan los caballeros decentes. Por ello, el 2 de febrero de 1892, se sucede un duelo a sable, con todas las de la ley. Los protagonistas son un muchacho bacán que lleva una vida elegante pero a la vez mundana, llamado Rafael Salcedo Campo y el cubano Francisco Cisneros, el mismo que no termina de inaugurar una obra cuando se le derrumba la anterior. Toda Barranquilla sabe que entre Rafael Salcedo, padre del mismo nombre del joven bacán y la empresa de ferrocarriles *The Barranquilla Railway y Pear Co. Ltda*, representada por Cisneros, han surgido algunas diferencias por causa de los fletes de transporte, lo que tiene al borde de la quiebra al señor Salcedo y su familia. El acaudalado don Rafael observa cómo *The Barranquilla Railway* obstaculiza el desplazamiento de sus mercancías por el tren. Sabe que sus productos no pueden ser llevados de Barranquilla al puerto donde fleta los barcos que la han de exportar. La disputa netamente comercial ha llevado a que el joven Rafael, en defensa de los intereses de su padre y de su familia, le propine al cubano una herida en la cara con el puño de un junquillo. De inmediato el ingeniero busca padrinos y exige al ofensor los suyos para que en duelo de fierros se batan en una colina entre Salgar y Barranquilla.

Francisco Posada Serrano, testigo del duelo, hace una casi amorosa descripción del bacán de Rafael. Dice que es inteligentísimo, tribuno de reuniones populares, apuesto, gallardo, bello como Apolo, generoso, muy popular y adorado por los obreros de su señor padre. El muchacho acostumbraba pasar de los más aristocráticos salones, de los bailes de «primera» de las casas aristocráticas, a los de «segunda» de las personas de bien venidas a menos sin mucho dinero y a los de «tercera» en las calles de los barrios populares. En verdad el muchacho bacán no es ninguna «pera en dulce», pues ha asaltado a la Aduana de Barranquilla en colaboración con un camarada llamado Melquíades Osorio, para apoderarse de un cuantioso armamento. A pesar de todas estas oscuras hazañas, el joven Rafael, el de cutis sonrosado y blanco, como lo sigue describiendo Posada Serrano, a pesar de sus ojos claros y sus facciones correctísimas, a pesar de todo ello, no puede contra el cubano el día del duelo. El ingeniero le propinó dos heridas, una de las cuales resulta casi mortal, por lo que el médico Julio A. Vengoechea que asiste a Salcedo como padrino, tiene que suspender el combate.

Si en el tiempo regresamos un poco atrás, al día de la inauguración del muelle de Puerto Colombia, encontramos que Barranquilla es una ciudad modesta y callada que no tiene gran movimiento de dinero o mercancías como para crear conflictos de intereses. La ciudad, para entonces,

sin las grandes industrias que vendrán después, marchaba al lento acomodo de sus primarias necesidades. No hay horarios de trabajo y ni siquiera se piensa que pueda llegar una segunda ráfaga de emigrantes europeos. Los hombres tienen su hogar como la religión manda, pero también tienen sus amantes y sus aventuras con meretrices como el diablo aconseja.

Es otro cubano, esta vez un vendedor de seguros y novelista, Emilio Bobadilla o fray Candil, según seudónimo, quien cuenta cómo para 1898, no había en Ganga, como llama a Barranquilla, ningún burdel, tal como lo hace notar Ramón Illán Bacca en la presentación que un siglo después hace de *A fuego lento*, la novela de Bobadilla. Para ese año del siglo XIX, los hombres ponen en práctica su concupiscencia donde una putica de barrio pobre llamada La Caliente. Es la muchacha que espera a todos los machos que la deseen, con su piel descubierta, en una «cálida y hermosa desnudez de bronce».

Otro pasajero que visita fugazmente la ciudad en 1886, sin adentrarse en su intimidad como lo hace el cubano Candil, se llama Salvador Camacho Roldán. Es bogotano, hombre culto y analista de factores económicos. El viajero refiere cómo el verdadero encanto de la Barranquilla apacible está en «*El Camellón, espacioso andén, vistosamente embaldosado de mosaicos, sombreado a un lado y otro por frondosos árboles. Es allí donde se da cita la mejor sociedad del lugar las noches del jueves y del domingo*». Camacho ve pasear sobre ese amplio corredor urbano a las señoritas en filas de tres o cuatro, charlando alegremente. Las muchachas van custodiadas por celosos jóvenes, hermanos o enamorados, que defienden el precioso botín de las suplicantes miradas del deslumbrado forastero.

Ese recato permanecerá cuando lleguen los momentos de desarrollo y avance industrial. Con el progreso subsistirá en la vida privada y simple, lo que el poeta llamará, el feo encanto de las «muchachas de provincia». El 8 de agosto de 1919, tanto las damas casadas como las damitas solteras de Barranquilla, están muy emocionadas porque por fin se sabrá cuál es el mejor trabajo en la «Exposición de Obras Manuales» que ha organizado por decreto la gobernación. Al concurso llegan los trabajos de ex alumnas y estudiantes de los colegios de La Presentación, San Miguel del Rosario, Inmaculada Concepción, Sagrado Corazón de Jesús y la Escuela Normal de Institutoras. El jurado, después de examinar la labor de las distinguidas damas, hubiera querido, como siempre, dar el Primer Premio a todas, es decir, otorgarles una medalla de Oro. Sólo hay una ganadora. El honor le corresponde a María Luisa Paccini de Vivo, ex alumna del colegio de La Presentación. Ha realizado un biombo precioso de pintura y pirograbado. El segundo premio es para las niñas María Concepción Diago, Ismenia Angulo y Juana de Dios Villalobos, alumnas del colegio de la Inmaculada Concepción, por el roquete trabajado en encaje inglés y *frivolité*.

El progreso de igual modo se traslada a la arquitectura. De las casas levantadas a pulso por sus dueños con el trabajo de dos o tres maestros de obra, se pasa a las suntuosas residencias de plano elaborado por un profesional de la arquitectura. Las casas hablan según su fachada y sus interiores. Como inmuebles cumplen dos papeles: acoger a sus dueños y e indicar el porcentaje de sus ingresos: «dime cómo vives y te diré quién eres», pareciera ser el nuevo refrán. Las construcciones del puerto fluvial, llevan además un tercer aspecto de comunicación secreta: expresar cuál es la influencia que tienen sus dueños, ya sea por novelería o por imposición del profesional inmerso en la arquitectura estadounidense, a quien han contratado para que repita para ellos los planos de la casa que ha construido el general José Domingo Arango en el barrio «El Prado» o les arme una parecida a aquellas que se alzan en la avenida 20 de julio, con techos inclinados para recibir la caída de la nieve un día cualquiera de ese verano eterno de sol canicular en Barranquilla.

La casa que habita el muy estimado caballero don Ramón Urueta Méndez, esposo de una de las virtuosas y distinguidas hijas del doctor José Francisco Insignares Sierra, no puede quedar en el olvido. Ha sido fotografiada para una supuesta eternidad y para que aparezca como ejemplo en el libro *La costa ilustrada*. Se trata de una edificación de dos pisos en cuyos bajos está instalado el elegante «Café Central», propiedad del señor Urueta. «El Café Central» se distingue por ser uno de los centros sociales más concurridos. Hay que ver la gente bien vestida que se pasea entre los arcos romanos que cubren sus pasadizos sobre el frente que da a la calle o las damas que se asoman en sus ventanas. Hay mucha preocupación por el buen vestir, por el seducir y ser seducidos. Muchos llevan cuello cerrado, almidonado con corbata bajo el chaleco y saco cerrado a una temperatura de 38° C bajo la sombra. El calor no incomoda con tal de estar como un pavo real entre el ardor del universo que gira calisténico en la ciudad.

«Un traje barato hace a un hombre barato», ha dicho Thorstein Veblen en 1899. Veblen, que es hijo de inmigrantes holandeses nacido en Estados Unidos y que nunca ha estado en una ciudad de la costa colombiana, sabe que la moda se universaliza y más ahora que los trasatlánticos van y vienen a todas partes del mundo como pesados sonámbulos de vapor que nunca pierden su rumbo sobre la rosa de los vientos. La gente de industria y comercio debe ataviarse como le corresponde. Lo importante no es ser sino aparentar. Ya no se dice «*to be or no to be, that is the question*», sino aparentar o no aparentar es lo fundamental. Muy seguramente si Thortein Veblen hubiese llegado a la costa colombiana en la primera, segunda, tercera, cuarta o quinta década del siglo XX, se hubiera dado cuenta que ahí, de igual modo, como lo conoce el sentido popular, existe la certeza sobre la figura, sobre el aspecto. La moda dice por sí sola que todo hombre o mujer que la usa, quiere que se aprecie por su talante. La buena ropa da seguridad. Con ella se puede demos-



trar que se tiene la dignidad de ser un sujeto sin ocupación, es decir, manifestar que se es todo lo que contrario a los pobres, esos seres que tienen necesidad de ropa de adecuada indignidad para trabajar. Quien lleva la última moda tiene en el fondo el reconocimiento y el aplauso de lo inútil, el halago por ser hombre libre de manualidades. «Daos cuenta por mis ropas que no soy como el zapatero o como panadero. Daos cuenta que soy elegante e inútil como el rey», se repite en silencio a gritos en cada esquina de la ciudad.

El análisis de Veblen enseña que en gran parte el encanto que en un momento dado se le reconoce al zapato de charol, a la ropa blanca impoluta, al sombrero de copa brillante y al bastón, que realzan en tan gran medida la dignidad natural de un caballero, deriva de cómo, sin ningún género de dudas, el usuario así vestido, no puede echar mano a ninguna actividad humana útil. Es posible que para ese entonces, como para hoy, se diera el caso, como lo plantea Jorge Luis Borges, que si un ejecutivo no tiene tiempo para el gasto ostensible, su mujer o sus hijos lo harán por él.

Apenas arranca 1923, la señorita Ester Felipa Gerlein ocupa la portada de la revista «Cromos» de la capital de la república. La *«gentilísima dama a quien el Club Barranquilla designó con fervido entusiasmo reina del carnaval del presente año, ha tenido que declinar el simpático cargo por tener que viajar a Bogotá donde actualmente se le cuenta entre sus más gratos huéspedes»*. Su elegante vestuario realizado para las festividades, ya no tendrá que ser usado. Esto, desde luego, no echará atrás las festividades, pues ya hay muchas más que tienen competencia para mostrar.

En la margen derecha del Caño Arriba, existe de igual modo animación por el próximo carnaval. Ahí, desde luego, no se ve la gente en sus vestidos calificados, sino gente de trabajo que va y viene sudorosa a los talleres de Tejidos Obregón, Cervecería Barranquilla o Curtiembres Lascano y Compañía. Sobre los anchos bongos que navegan impulsados por largas palancas, se encuentran hombres quemados por el sol, con vestidos de un blanco dudoso y con sombreros resacos donde la paja se quiebra por cansancio. Casi todos ellos piensan en la fiesta que se avecina, aunque saben que ya se ha impuesto la consigna social «de juntos pero no revueltos».

El atavío liviano de los bogas, el grasiento y deshilachado tejido de los obreros de molinos La Nevada, Harina La Corona, Fósforos Cóndor, Ladrillos Nilo, Tejidos Atlántico, Molino Roncallo, Aceites y Grasas Vegetales El Cóndor, camisas Biggio-Sassom, Sombreros Britania, Compañía Industrial de Maíz y otras más, se ha confeccionado, heredado o adaptado de algún patrón, no tanto por conseguir respeto, sino para cubrir y favorecer el cuerpo del intenso sol. Bajo la canícula que hace sacar la lengua a los perros y saltar a los lobitos plateados de azul entre las hojas secas, nada se puede aparentar.

Esther Felipa, la reina renunciante, puede estar tranquila porque no ha perjudicado a la ciudad. Ya se ha escogido otra para que la reemplace. La nueva soberana y su corte desfilan con alegría en un Ford donde han montado su carroza, la misma que habrá de llevar a toda la comitiva real a la batalla de flores.

Pero los momentos de alegría no pueden ser tan simples. En medio de tanta felicidad hay preocupación. La gente que durante los primeros años de la guerra europea ha llegado al puerto, está dando mal aspecto a la urbe. Son personas desaliñadas que ponen en evidencia su pobreza. Al periodista boyacense Armando Solano no le ha gustado el «feo» que muchos corresponsales han comenzado a hacer a los desmadrados, a los sin patria, a los inmigrantes. Con serena solemnidad, Solano escribe con rabia escondida porque hay *«grupos relativamente grandes de inmigrantes italianos y sirios, cuyo aspecto exterior y cuyo estado económico no han satisfecho las tiránicas exigentes de algunos»*. Los inmigrantes que ahora llegan en nada se parecen a los otros, a los que vinieron por 1871. Los de ese entonces y los que los antecedieron, eran de buen vestir, de buen estudio, olorosos a perfumes hechos con aceites de flores de acacia, azahar, lila, madreselva, heliotropo, violeta, hojas de cayeput, geranio, laurel, cerezo, espliego, frutos de ananás, almendra amarga, limones, enebro o laurel. Muchos con su esfuerzo ayudaron a darle brillo a la ciudad. Llegaron, trabajaron y se quedaron para satisfacción local los Weber, López Penha, Glen, Price, Stark, Fuhrop, Piettersz, Gieseken, Wolf, Cortissoz, Senior, Hoyen, Kappeler, Aipli, Focke, Berne, Wessels, Lafaurie, Holmann, Berne, MacCausland, Duncan, Joy, Gerdt. A todos ellos, con el correr de los años, se les vio en los bancos cuando vendían o compraban acciones, caminar por las calles cuando salían a pasear con su familia o montar en coches y hablar enredado a la hora de la tertulia en el «Café Central».

Pero a los de ahora, a los que ha vomitado la guerra europea, se les oye hablar peor con esa lengua de trapo y por ello nadie les entiende para darles una respuesta. *«Yo declaro –argumenta Solano con fuerza en la revista Cromos– sin ánimo de ofender a nadie, que para hacer esta propaganda de protesta contra los desheredados que el mar amargo arroja a nuestras playas y para asumir la defensa de la sociedad, amenazada por las enfermedades y por el contagio de las ideas disolventes, no se necesita mayor ingenio. Quienes se ocupen de tal tema, pueden guardar su talento en un estuche, como se guarda una pipa, para volverlo a usar después»*. Solano, quien dice que ha conocido legislaciones sin alma, desea para el país *«un régimen de las puertas libres o abiertas para cualquier raza que guste de plantar su tienda en nuestro suelo»*. De inmediato agrega: *«Si averiguáis, por ejemplo, en el consultorio de un especialista cuáles han de ser las características del buen inmigrante, saldríais a cercar el país con una muralla de granito»*. El crítico Solano reconoce que entre los inmigrantes hay de todo: buenos, malos, mediocres, pero que es preciso fomentar y estimular *«aun con sacrificios, la venida de lo bueno»*. El periodista boyacense

muestra en su escrito que es necesario arrasar con esas barreras mentales que buscan condenar y cerrar las puertas a hombres y mujeres que llegan al país escapados de las heridas de la guerra. «*Que vengan -dice -los oprimidos de tierras lejanas y busquen reposo a la sombra de nuestras palmeras*».

Al finalizar la década de los años veinte, los lectores barranquilleros están muy satisfechos con la edición que ha hecho Montoya Márquez de *Barranquilla y sus 300 años de existencia, 1629-1929*. En la página 154 del libro se habla de vías para automóviles, a la vez que se destaca un aviso publicitario que promociona a «Laxina, llamado con razón el purgante de la gente decente». Como quien dice, en el mercado se encuentra también un purgante para las lombrices de la gente que no lo es. La diferencia está en que la gente decente, por tener buen paladar, puede encontrar en «Laxina» un producto que «*no tiene mal sabor ni requiere dieta alguna*» y por lo mismo «*obra directamente sobre el hígado y es el único que cura el estreñimiento (sic) crónico*». Mientras que la otra gente, la que no cabe en la categoría dada por el publicista, tendrá que seguir tapándose las narices al momento de tomar el apestoso aceite de ricino. De una u otra marca, la gente que desembarcaba del trasatlántico «Orinoco» de la Hamburg Amerika Linie, de 14.000 toneladas, provisto de dos motores diesel de 6.500 caballos de fuerza que desarrolla una velocidad media de 16 millas hora, o de cualquier otro, necesita purgarse y más aun en una ciudad tropical donde los parásitos corren por tierra, aguas del río, caños y arroyos.

Entre los barcos que no paran de arribar, sigue llegando también la sabrosura de las mujeres tristes de vida alegre. Algunas son jóvenes y otras no tanto. Muchas han salido de una Europa de trincheras que están llenas de muertos y de ratas. Otras, camufladas entre las anteriores, son aventureras de todas las Antillas que buscan mejor suerte en una ciudad de progreso que mucho conocen de oídas. Como única postura traen el vestido que llevan sobre su cuerpo. Algunas, con mejor suerte, favorecidas por el amor de algún amante, llegarán elegantes con sus modas de verano, con sus sombreros canotí de paja, de satén adornado con plumas de aves del paraíso, de color amarillo tilo de borde de crespón Georgette, amarillo champaña o los primorosos d'après-midi de fieltro blando, adornados con una fantasía bellísima de plumas planas sobre el delantero plegado hacia arriba, todo ello creación de la casa Blanche Vial o de la rival Blanchot. A lo mejor ahí, entre todas ellas, está una descendiente de Anne, aquella prostituta casi niña de diecisiete años, de la cual el joven y futuro escritor Thomas de Quincey se enamora en una noche de hambre por una de las calles de Londres.

La descendiente de Anne, ¿en qué categoría de pasaje ha llegado? ¿Primera clase? A lo mejor habrá pisado La Arenosa con muchas otras de Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Trinidad, Plymouth, Cherbourg, Amsterdam o Hamburgo, tal cual hallaron enrutada la proa de los

trasatlánticos de la Hamburg Amerika Linie o de la N.G.I Navigaciones Generale Italian. Para casi todas ellas el primer punto de contacto con Colombia se reduce a cuatro paredes de una habitación de hotel en Puerto Colombia. El hotel puede ser «Las Antillas» o «El Esperia», donde al modo de Álvaro Mutis, alguien frente a una habitación puede cantar: *«Escucha/ Escucha/ Escucha a la hermosa inquilina del 204 que despereza sus miembros y se queja y extiende su viuda desnudez sobre la cama. De su cuerpo sale un vaho tibio de campo recién llovido»*. La inquilina del 204, como la ha cantado Mutis, es una mujer que trae experiencias de amor de otros puertos, que conoce de formas de seducción y coquetería que debe ser pagada con unos cuantos pesos: *«la incansable viajera abre las ventanas y aspira el aire que viene de la calle. Un desocupado la silba desde la opuesta acera del frente y ella estremece sus flancos en respuesta al incógnito llamado»*.

El número de visitantes con intención de quedarse, crece. Todas hacen el amor con una sonrisa profesional que en pocas ocasiones deja lugar para el verdadero amor. Saben que el azar sale por igual de un naipe que se corta en una partida de póker o de una brisa que revienta contra un rostro distraído. Tal vez por ello deciden dar el salto de vida y enrumbarse a Barranquilla. Toman el tren y entre los olores del trópico, ven gaviotas que vuelan entre nubes claras en el lejano cielo azul. El tren se detiene en la estación Montoya, ese edificio de dos pisos con un triángulo en el centro que hace las veces de tejado y en cuya puerta siempre hay un hombrecillo de vestido pulcro que les sonríe maliciosamente. En el Paseo Colón suben a un automóvil de gasolina o en un coche a caballo y de alquiler para que las lleve a un barrio cualquiera. En la calle 38 o Caldas o en la 30 o Las Vacas, descienden y abren un paraguas para que las proteja del sol. «Esa es la casa», dicen y de inmediato la toman en alquiler o la compran según las posibilidades.

Mientras ellas se instalan, al puerto siguen llegando barcos con mercancías, hombres, mujeres y sobre todo, ilusiones y sueños. La ciudad crece entre la gasa de los días que se esparcen en el calendario, sobre las aceitosas aguas que bajan al mar perdido, a ese encuentro con el azul que no se sabe dónde está porque es marrón en su ría. El progreso trae toda clase de necesidades, ciertas o inventadas. El sexo, como una de ellas, se extiende como una trepadora sobre el verdín que fallece asfixiado bajo tanta chimenea de fábricas, bajo tanto salinidad en el aire. Las costumbres cambian de un modo tan vertiginoso, que hace dos o tres años atrás, a nadie se le hubiera ocurrido pensar que el amor con una mujer se tuviera que pagar.

A la par de los humos industriales que se elevan, se escucha el ritmo de las bielas y piñones de las máquinas de los Insignares, los Dugand, los Siman, los De la Peña, los Carbonell, los Mancini. En medio de esos sonidos que trae el progreso, están las «necesidades sexuales» de todos los hombres, jóvenes o viejos que ahora, por trabajo, requiere la ciudad

que paga, que da estipendios por la jornada. Las señales que les envían las mujeres a esos machos, son de luces. En algunas puertas del barrio Chino donde no abundan los chinos, aparecen los focos verdes o los focos rojos. No es necesario descifrar de a mucho. Detrás del alumbrar que recuerda a las farolas de los habitantes del extremo oriente en Asia, los clientes saben que ahí están las mujeres inmigrantes y muchas criollas, descendientes o conocidas lejanas de La Caliente, esa que Bobadilla, el cubano, exaltó por «su cálida y hermosa desnudez de bronce». Viven, están al corriente de su profesión. Ninguna piensa en lo efímero de esa belleza que día a día es reemplazada por un nuevo ejército de jóvenes criollas.

Entre tanto, la música gira en su propio carrusel para que se pueda escuchar en el disco negro de «45 revoluciones». El trío Matamoros impone piezas como «El que siembra su maíz», «Son de la loma» o «Lágrimas negras». Y con ellos, mezclando ritmo y melodía, la Sonora Matancera, la Billos Caracas Boys, Lucho Bermúdez, Pacho Galán, Alex Acosta, Rufo Garrido, Los Hermanos Pompeyo o los Guaracheros de Oriente», con canciones como «Toda una vida», «Qué me importa», «Ahora seremos felices», «La negra Tomasa», «Guantanamera», «El amor de mi bohío», «El vaivén de mi carreta». Y entre las de distinguir están, desde luego, las distinguidas como la cubana llamada Sensación, que antes de la Segunda Guerra Mundial dejaba a todos boquiabiertos con los movimientos cadenciosos del danzón.

Para los años cincuenta se abren modernos burdeles que son toda una fantasía porque renuevan el envejecido personal que se ve obligado a pasar a la retaguardia, a la administración del negocio. En «María la O», detrás del edificio de la Cruz Roja, donde se montó la Lechería Polar, viven, de igual modo entre 50 y 60 mujeres que en las noches danzan en una gran pista que muy pocas podrán ya comparar con los trasatlánticos que trajeron a sus antepasadas de oficio. Y ahí, en esa pista, durante el carnaval, se organiza el reinado de belleza de las meretrices que desfilan por la pasarela delante de los hombres de todas las clases sociales que las aplauden y vitorean. El jurado, elegido entre los clientes más asiduos, tiene la difícil tarea, como todos los jurados del mundo, de elegir a una sola ganadora.

Para esa mitad del siglo, la despedida de los bachilleres se realiza donde la Negra Eufemia, una mujer caderona que tiene entre 40 y 50 años de edad y cuyas exuberancias corporales dejan ver aún las pasiones que había ofrecido a su llegada a la ciudad. Con las trabajadoras de Eufemia aprenden los inexpertos jóvenes los ejercicios del amor, acompañados de algún profesor cómplice que maneja la teoría de que quien pronto fornicar pronto se vuelve hombre. En ocasiones la selección de una mujer la hace el muchacho a través de fotografías colocadas en álbumes. Se cuenta que la misma Eufemia, llegada de Jamaica, tuvo más de cinco hijos. Uno de ellos trabajaba como chofer del cónsul inglés, no tanto por

sus cualidades como conductor, sino por parecerse físicamente y ser igual en los gestos y expresiones, al diplomático de su majestad.

Los muchachos de la barriada, los que en las calles corrían tras el palo de escoba y una «chequita» o tapa de cerveza en el simulacro de jugar béisbol, también acuden al prostíbulo. Los sábados y domingos se bañan y se ponen su mejor camisa para ir donde Gaby, la dueña del burdel. Se les ve hacer fila para entrar donde la mujer que les cobra 50 centavos. La historia de los *enfants* burdelistas se repite aquí y allá. No beben, sólo buscan en su aventura la pronta realización de sus fantasías, las ganas de sentirse hombres a los doce años de edad. En la calle 40B con carrera 26, en la calle 39 con la 25, en el «Bar Nikita», en el «Bar Boyacá», en el «Bar Guajiro», en la «Casa Rosada», en «La Araña», en «Bola Roja» o «La Pájaro», esos mismos muchachos oyen porros o cumbias al cumplir con su ritual de fin de semana. Con el tiempo habrá orquestas y papayeras donde se repite Rolando la Serie o la charanga hasta al amanecer. Ahora se les facilitan sillas para que las ordenen una tras otra. En ese orden deben esperar su turno para entrar a la habitación de Eva la francesa blanca o donde la *petite* Carlota, la francesa negra, que sí era negra pero no francesa, sino jamaquina.

Mucho antes de 1948, frente al parque Almendra, la ciudad vio como se alzaba «La casa verde», el burdel de los marinos «vaporinos» o navegantes de barcos de vapor del río Magdalena. Ahí llegan los hombres que han remontado una y mil veces Caracolí, Puerto Salgar, La Dorada, Barrancabermeja, Gamarra, El Banco, Magangué, Calamar y ahora, con el ánimo de recuperar las fuerzas que no puede restituir «Idozán», el reconstituyente danés que promete quitar la «debilidad general, la neurastenia y el insomnio por contener un 5% de hierro puro».

A «La Gardenia Azul», esa casa enorme con más de 80 mujeres, llegan las desplazadas de la violencia de los años cincuenta y sesenta. Son muchachas de Antioquia, Tolima o los Santanderes, que han llegado a Barranquilla atraídas por el carnaval, el dinero, la fantasía de los buscadores del sexo, los seres que cargan «los blancos cartílagos de la miseria». Ahí, entre ellas, está la sustancia espesa, aquella que purifica, como decía Aristóteles, la piedad o el terror. Son las mujeres cuyo murmullo la ciudad escuchó sobre el paso del tiempo a medida que se desplazaban como un bestiario sobre las calles, al lado de un río de aguas profundas y oscuras para seducir a los hombres con la entrega triste del sexo.

---

# VIDA AMOROSA Y COTIDIANIDAD EN LA BARRANQUILLA DE ANTAÑO

---

RAFAELA VOS OBESO\*

## I. CONTEXTO HISTÓRICO

Tras las conflagraciones partidistas de la Guerra de los Mil Días, durante los primeros treinta años del siglo XX, Barranquilla entra en una etapa de transición. Periodo de resistencia y cambios, la ciudad afianza sus horizontes económicos e incorpora elementos modernizadores mientras que los valores y costumbres decimonónicos se rebelan con tenacidad a las innovaciones. Finalizada la guerra, se produjo una oleada de inmigrantes que mejoraron el aspecto físico de la ciudad de los «brazos abiertos» y proyectaron el futuro de la urbe.

No obstante, al tiempo que se fortalecen de manera paulatina la industria y el comercio y el desarrollo económico se consolida, en la vida cotidiana sobreviven costumbres que no se desprenden de las tradiciones más añejas. La exploración de esa vida cotidiana, la reconstrucción de la compleja red de las relaciones sociales y los comportamientos femeninos y masculinos nos permiten apreciar los valores, creencias, costumbres, rutinas y convenciones culturales, comprender el papel de los sexos en aquel pasado histórico y definir el estilo de vida de una época. A través de los datos fragmentarios encontrados en las fuentes, podemos acceder al universo de normas y sanciones morales que regían las manifestaciones del amor y la sexualidad y a los ocultos códigos culturales que condicionaban la dinámica de la vida cotidiana.

## BARRANQUILLA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Barranquilla era a comienzos del siglo XX un pueblo grande y polvoriento. Sólo hacia 1916 se discutieron las primeras propuestas para pavimentar algunas de sus calles invadidas por los aguadores que comerciaban de barrio en barrio el añorado líquido y las errantes vendedoras que pregonaban sus frutas y las fritangueras que, estáticas en las esquinas,

---

\* Rafaela Vos Obeso. Profesora titular en la Universidad del Atlántico. Socióloga. Magister en Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de México. Magíster en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Autora de varios artículos sobre el tema mujer y género en revistas nacionales e internacionales. Colaboradora en la Revista Dominical de *El Herald* de Barranquilla. Conferencista sobre el tema en eventos regionales, nacionales e internacionales. Ha recibido múltiples distinciones, entre éstas se destacan: Mujer Cafam de la Costa Atlántica en 1993. Mujer sobresaliente en Barranquilla 1993 y 1996. Fundadora y coordinadora del Centro de Documentación de la Mujer, Meira Delmar en la Universidad del Atlántico. vicepresidente de la «Asociación Día Internacional de la Mujer» Barranquilla. Fundadora de la revista *Chichamaya*, «Expresión del pensar femenino». Autora del libro *Mujer, Cultura y Sociedad en Barranquilla 1900-1930*, editado por el Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico y financiado por Colciencias.

deleitaban a los comensales con sus tradicionales frituras. Por ser puerto, el villorrio era sitio obligado de los viajeros. Su ventajosa posición geográfica que le facilitaba la comunicación a través del mar con Europa y Estados Unidos y, por el río, con el interior del país, le permitieron convertirse en ciudad y proyectarse hacia un futuro promisorio.

En 1890 se había inaugurado el tranvía, y finalizando el siglo XIX, se construyeron el terminal marítimo y fluvial y los astilleros en donde se fabricaron los buques que navegaban por el río Magdalena. Años después se fundó la empresa de aviación Scadta. A principios del siglo XX, aunque la infraestructura de la ciudad se desarrollaba con lentitud, iban apareciendo fábricas de jabón, hielo, fideos, velas, aceite, licores y cigarrillos, la Iglesia de San Nicolás y varios templos católicos, el Palacio Dugand, el Banco Comercial de Barranquilla, el hospital, el asilo de mendigos y el mercado público. Se inició la radiodifusión con Elías Pellet a la cabeza y circulaban los periódicos *El Progreso*, *El Rigoletto*, *El Comercio*, *El Siglo* y *El Conservador*. Asimismo la clase alta contaba con dos clubes sociales: el legendario Club Barranquilla, fundado en 1888 y ubicado en el paseo Bolívar, a la izquierda de la catedral de San Nicolás, y el más reciente Club Alemán, situado en la calle Ancha, entre Cuartel y California.

La institución educativa, uno de los catalizadores del progreso, se abría paso con dificultad. La calidad de la educación no era buena y el analfabetismo era muy alto. En un principio, se accedía a la educación de acuerdo con el sexo y las condiciones sociales. Con frecuencia las mujeres de la elite viajaban a otros países o a Bogotá para cualificar su formación. Durante los primeros treinta años del siglo pasado se incrementan las escuelas, aunque separadas las masculinas de las femeninas, para prevenir el pecado.

Debido a la insalubridad, las enfermedades contagiosas –gastroenteritis, tifoidea, tuberculosis– eran constantes. El Caño, por los residuos que le llegaban de las fábricas, era un foco de infecciones que causaba la mortandad de los peces con su consecuente pestilencia. En la época de las lluvias, los arroyos irrumpían desafiantes y arrasaban a su paso las basuras y todo lo que se interpusiera en su recorrido avasallador. Fray Candil, seudónimo del novelista cubano Emilio Bobadilla, quien había llegado a Barranquilla en 1898, plasmó en su novela *A fuego lento* la molestia que le producía el espectáculo de los arroyos: «*El agua barría las calles que eran de arena. Para pasar de una acera a otra, se tendían tablones, a guisa de puentes, o se tiraban piedras de trecho en trecho, por donde saltaban los transeúntes, no sin empaparse hasta las rodillas, riendo los unos, malhumorados los otros*».<sup>1</sup> Hoy, un siglo después, los efectos de los torrenciales arroyos han variado muy poco.

No obstante Barranquilla contaba con el encanto de su gente, y pese a los precarios servicios públicos y la insalubridad, los visitantes se llevaban

1 Emilio Bobadilla. *A fuego lento*, Biblioteca de novelistas del siglo XX. Imprenta de Henrick Editores, Barcelona, 1903, p. 2



la mejor impresión, como lo testimonia el comentario de Nelson Monsalve incluido por Rasch Isla en la *Guía comercial de Barranquilla* de 1910:

*Yo amo a esta tierra noble y hospitalaria, que con espíritu amplio y corazón amoroso, abre sus puertas a todas las aspiraciones que se fundan en el trabajo y la virtud... Prefiero la vida barranquillera, que al mismo tiempo reúne el cosmopolitismo moderno, la delicadeza del sentimiento latino, el catolicismo ferviente y el ejercicio libre de toda religión; la cultura social, donde brilla una igualitaria estimación de las personas, sin atender más o menos a las manifestaciones externas: la tolerancia absoluta en el campo de la política activa, en otros pueblos impone diversiones y círculos intransigentes; la sanción libre y justa de todo acto censurable y estímulo sincero al mérito verdadero. En Barranquilla no existen prejuicios ni diferencias aberrantes. Cada uno goza de la mayor tranquilidad, y anda por todas partes sin que la mirada inquisitiva y la asechanza maliciosa, perciba el transeúnte o el que llega a fijar allí su residencia.<sup>2</sup>*

Factores de progreso le inyectan a la ciudad una dinámica diferente que, no obstante, generó críticas por parte de los sectores más conservadores que denunciaban la pérdida de la identidad y el desarraigo de las costumbres tradicionales, como consecuencia del crecimiento de la urbe y de la influencia de los emigrantes extranjeros y del interior del país

Al despuntar la década del treinta, el rostro de Barranquilla cambia. El pintoresco villorrio con sus casas de paja, alumbradas con velas, en noches amañadoras, llenas de brisas y rumores de mar, en las que el vecindario se reunía alrededor de hogueras, para hablar sobre la cotidianidad y los últimos sucesos del barrio –los escándalos por las fugas de amor; las peleas, por celos, de los amantes rivales; los comportamientos de dudosa moralidad–, quedaba atrás y surgía, a la vista de sus habitantes, una ciudad abierta al cambio y las innovaciones a la que los visitantes denominaban de múltiples maneras cariñosas «La Ventana de la patria», la «Ciudad del sol hirviente», «La llave de la nación», la «Hija mayor de Colombia». En medio del paisaje todavía polvoriento aparecen las lujosas casas del barrio El Prado incorporando nuevos elementos estéticos que profundizaron el desarrollo desigual de la ciudad. La columna «Nota pueblerina» del diario *El Comercio*, muestra las formas combinadas de desarrollo de la ciudad en ciernes:

*A los lados de la elegante avenida del Prado, mientras los paseantes contemplan toda la belleza de este barrio, se están tranquilamente pastando varios animales, como vacas, burros, etc.<sup>3</sup>*

2 R. Rasch. *Guía comercial de Barranquilla 1910*, s.l.i.s.p.i. Barranquilla, p. 28.

3 Diario *El Comercio*, Año III, núm 1603, septiembre 16 de 1924. Barranquilla, p.2, col 1.

En contraste con la quietud y sobriedad exteriores de la vieja Barranquilla, en su interior, se vivía un intenso conflicto cultural que le imprimía a la vida diaria un fuerte dinamismo que sólo se descubre cuando se estu-

dian los procesos sociales y el vínculo de sus habitantes con el contexto histórico y cultural.

## II. LA RELIGIOSIDAD EN LA VIDA DE MUJERES Y HOMBRES

Para ver a Barranquilla «por dentro», es necesario detenerse en la influencia de instituciones como la religiosa que marcaron la vida diaria de sus pobladores. La Iglesia católica, uno de los bastiones del proyecto de Núñez encarnado en la Constitución de 1886, delegada para el rescate moral y espiritual del pueblo colombiano, se presentó a finales del siglo XIX como la única institución que podía garantizarle a la sociedad el orden y la seguridad imprescindibles para superar la anarquía de las guerras civiles.

El sacerdote José María Revollo, de influyente opinión en la vieja Barranquilla, constata la implacable eficacia con la cual la institución religiosa cambió los comportamientos impuestos por el radicalismo liberal decimonónico:

*Ya había respeto en los templos, había buena concurrencia, ya había ejercicio de piedad, ya que con anterioridad, en los colegios del gobierno no había instrucción religiosa y menos práctica religiosa, crecimos en los colegios a la buena de Dios, gracias a los cuidados de nuestros padres; y como así era el ambiente social, no sé cómo no salimos todos unos incrédulos y unos saltimbanquis.<sup>4</sup>*

El control que la Iglesia ejercía sobre la moral de la población era estricto. En la puerta del templo de San Nicolás se publicaba la lista de los libros permitidos, y representantes eclesiásticos recorrían las calles barranquilleras para supervisar las lecturas que se realizaban en los hogares. El testimonio de una dama barranquillera de antaño nos revela las argucias de las que debían valerse los lectores para disfrutar de sus obras predilectas:

*Mis hermanos eran lectores de Vargas Vila, pero en una de estas visitas doctrinarias, asustados escondieron los libros de Vargas Vila arriba del techo.<sup>5</sup>*

Los domingos, en sus arengas, los sacerdotes fustigaban los comportamientos indecorosos y definían la manera de vestir, actuar y pensar de las mujeres, al tiempo que les inculcaban una ética fundada en el paradigma virginal marianista cuyos principios fundamentales eran el pudor, el recato, la honra, la vergüenza, la piedad, la devoción, el sacrificio y el sufrimiento. Dentro de este esquema encajaban muy pocas formas de recreación: el paseo al parque, la ida al cine a ver películas previamente aprobadas por la Iglesia o el mirar por la ventana, a la caza de un suceso callejero que motivase los comentarios.

4 Revollo, José María, *Memorias de 1808 a 1906*. Barranquilla, Editorial Mejoras, 1956, p. 183.

5 *Entrevista oral*, Elida Obeso de Vos, edad 85 años, Marzo 4-1999, Barranquilla.

Un casi único escenario había para la vida de la mujer: el hogar. Las posibilidades de movimiento al exterior eran mínimas: las que les brindaban las congregaciones creadas con fines caritativos como las Madres Católicas, las Hijas de María, Hermanas de la Caridad o los encuentros en los costureros, espacio de relativa libertad en el que charlaban con recato sobre sus amores clandestinos y dirigían plegarias a San Antonio para conseguir marido.

La Iglesia católica no sólo influyó en la formación de los valores culturales que moldearían la vida afectiva, amorosa y sentimental de hombres y mujeres: también impuso su impronta en la estructura familiar y en la institución educativa, columna vertebral del funcionamiento social. La Iglesia supervisaba los contenidos académicos, evaluaba la hoja de vida de maestros y maestras y expulsaba de las escuelas a quienes no practicaban la fe católica. La pedagogía eclesiástica, que había sustituido a la educación laica del radicalismo liberal de mediados del siglo XIX, conservó su hegemonía hasta la década del 30 cuando el partido Conservador, tras medio siglo de predominio, cayó del poder. No obstante, durante este lapso, la Iglesia debió sostener algunos debates, especialmente con la resistencia de la masonería y el protestantismo, que fueron minando su poderío.

En relación con la mujer, la Iglesia no tenía ningún interés en promover una educación diferente: la escuela era la prolongación del hogar y la meta de la mujer convertirse en ama de casa, para lo cual bastaba con saber leer y escribir. Como el objetivo era la práctica de la virtud cristiana –la pureza y la castidad–, la educación de la mujer estaba encaminada a neutralizar su vanidad y a preservar su inocencia mediante la herramienta de salvación de la ignorancia. Pero los debates mencionados dieron cabida a posiciones defensoras de la educación de la mujer y le ganaron espacios en el campo educativo. Así, hacia finales de los 20, las mujeres tuvieron acceso a los estudios normalistas y comerciales y, en la década del 30, durante los gobiernos liberales, a los estudios universitarios.

A los controles sociales descritos es preciso agregar las expectativas de los hombres (formados dentro de parámetros parecidos): la mujer ideal como baluarte moral de la institución familiar. De esta manera es factible apreciar cómo los imaginarios construidos por la cultura regularon la expresión del amor. No obstante, lo anterior no garantiza que, en el pasado, se cumplieran todas las exigencias culturales. El verticalismo social sufrió sus resquebrajamientos.

### III. VIDA AMOROSA

En los vínculos interpersonales podemos palpar la dimensión de los poderes masculinos construidos por la cultura que, a través del imaginario

religioso, fijaba, de manera inequitativa, los papeles de los hombres y las mujeres en la relación amorosa. El peso de los atavismos recaía sobre la mujer cuya virginidad, garantía de respetabilidad y condición para el matrimonio, marcaba la trayectoria de su existencia. La pérdida de la virginidad era inadmisibles. Si la mujer regresaba a su casa acompañada por su novio, a las ocho de la noche, hora tardía para la época, se le obligaba a registrar, ante las autoridades, la tardanza y se denunciaba al novio por «abuso deshonesto», con el fin de poder arreglar el casamiento. La pérdida o no de la virginidad era dictaminada por una comadrona o reconocedora que, previo examen de la intimidad femenina, negaba o afirmaba el hecho.

Dispensadora profusa de atención y afecto (zurcir, planchar y lavar eran algunas de las habilidades básicas exigibles a la esposa ideal), el puesto de la mujer en la relación amorosa estaba asociado con el sufrimiento. Para el mundo masculino, la docilidad femenina predominaba entre los atributos que se exigían para tranquilidad del marido, de las mujeres mismas y de las relaciones familiares. Al casarse, los controles que antes ejercían sobre ella padres y hermanos se transferían al marido, sin cuyo consentimiento no era posible tomar decisión alguna. La dignidad y el respeto, el valor femenino, en una sociedad como aquella, se adquirían a través de la figura masculina. De allí el que las mujeres solteras se les mirara con un sesgo de lástima.

En lo relativo al sexo en la relación amorosa, la mujer desempeñaba un doble papel contradictorio: soltera, debía despertar las pasiones y estimular los instintos del hombre, pero, una vez casada, los ímpetus de la pasión femenina se orientaban hacia una finalidad contraria: la de erigirse en honorable matrona, respetable y venerada. En este trance taciturno irrumpe la figura enigmática de la amante como la hembra que sacia los deseos del hombre.

Durante el noviazgo las relaciones de las parejas se cumplían de manera formal mediante la práctica de ciertos rituales severos. Por ejemplo, las visitas periódicas debían cumplirse con horarios tan estrictos y cuando en sus desvaríos amorosos el novio se pasaba de la hora, presurosa la madre exclamaba: «la visita tiene sueño». Quizá a este código represivo y ritual se deba la proliferación de manifestaciones expresivas de carácter idílico -poesías, serenatas, cartas- en las que se sublimaban los deseos refrenados por una sociedad que custodiaba las relaciones amorosas entre hombres y mujeres.

En este ambiente represivo los periódicos cumplían un importante papel en las relaciones amorosas. A través de los epistolarios –mensajes publicados con seudónimos–, los enamorados se ponían citas o se recordaban el infinito amor. En los periódicos figuraban columnas especiales (como «Lectura para ti» y »Paliques Femeninos» del periódico «*El Nuevo Diario*» entre 1914 y 1920) con la finalidad de asesorar al novio o a la novia en lo relativo a los rituales del noviazgo, la formalización de las relacio-

nes, la petición de la mano de la novia y las rígidas reglas morales que debían acatar los enamorados como no incurrir en el atentado público a la moral de besarse en la calle. Las columnas publicaban consejos de todo tipo que incluían hasta guías para la escogencia de un buen esposo:

*Las mujeres que han hecho la experiencia del matrimonio están de acuerdo en decir que los hombres gordos son machos excelentes... Los flacos parecen figurarse que todo el peso de la vida común reposa sobre sus espaldas, su carácter es variable, ellos hacen la ley en su casa e insisten en que se conformen al pie de la letra a sus instrucciones, todas estas cosas que tiene la gracia de disgustarnos... Por el contrario, el hombre gordo se acomoda al carácter femenino. Es dócil, no se ocupa de los detalles de la casa, es muy raro que tenga la pretensión de dictar su voluntad en su casa, y de cuidar a su mujer... Los deseos del hombre gordo no son, por lo demás, extravagantes: que encuentre sus pantuflas en su lugar cuando venga de su casa, su plato favorito puesto humeante sobre la mesa, que se le deje dormir su siesta después de la comida, que no se le apremie a la hora de salir, y el hombre gordo es un hombre modelo.<sup>6</sup>*

No obstante la rigidez de las normas y sus temibles sanciones, en la Barranquilla de antaño, muchas mujeres transgredieron los férreos códigos sociales, los impugnaron desde la cotidianidad y construyeron contrapoderes que les permitieron abrirse paso en un mundo hegemoníamente masculino.

## LAS CALLES Y LOS CONFLICTOS AMOROSOS

Las imágenes de quietud en la ciudad se alteran cuando recuperamos la historia de los conflictos amorosos en las calles, las cuales se convertían en centros de transgresión. Los sectores más escandalosos, cuyo comportamiento, visto desde la perspectiva de los valores morales dominantes, contrastaba con la formalidad y el respeto a las convenciones de los sectores de la elite, eran las calles del Dividivi, Tumbacuatro, La Luz, Roble, San Roque y Santander.

En las calles amanecían los libadores de copa cantando sus pasiones debajo de una ventana al son de una guitarra, enfrascados en mortales reyertas o agrediendo a sus consortes. Emilio Bobadilla, que en su novela mencionada, le cambia el nombre a Barranquilla por el de Ganga, describe al hombre típico de la ciudad:

*Al gangueño no le divertía el teatro; lo que en rigor le gustaba, amén de riñas de gallos, era empinar el codo. No se dio el caso de que ninguna taberna quebrase cuando se bebía aguardiente. Aju-*

6 Emilio Bobadilla, *Op. cit.*, p.9

*marse entre ellos, era una gracia, una prueba de virilidad: 'Hoy me la he amarrado' decían dando tumbos.*<sup>7</sup>

Asimismo en las calles se volvieron rutina cotidiana ciertos actos, casi siempre vinculados con el alcohol, que en ocasiones alcanzaron perfiles dramáticos. Trifulcas por celos, escándalos por infidelidades, suicidios por desengaños amorosos, chismes atentatorios contra la dignidad moral, piropos obscenos acompañados de silbidos que generaban reacciones virulentas en las agraviadas damas, golpizas del amante a su amada, agresiones de la madre a los hijos, riñas a trompada limpia entre mujeres en disputa desesperada por amantes casi perdidos, mujeres borrachas cantando a gritos sus canciones predilectas, constituían el cotidiano acontecer de las calles y los barrios populares en la Barranquilla de ayer.

La prensa se deleitaba al registrar semejantes alborotos, como podemos apreciarlo en el tratamiento minucioso y picaresco que un comentario, aparecido en el periódico *El Liberal*, le da al caso de Aura Rosa Suárez, una mujer que con frecuencia se pasaba de copas y desde su automóvil, sin importarle las molestias al vecindario, cantaba gritado: Quiéreme chiquita... Cierto molino bien plantado.

Haciendo esfuerzos inhumanos para que las canciones fuesen a tono... después de perequear por una esquina se encontró el chopal 138 de la Departamental quien al oír el «potpurri», dio la orden para que el auto moderara su velocidad. Ya en el auto el chopal, la Suárez le cogía la cabeza y le decía: ¡Es mi hombre! ¡Que juma caballeros!<sup>8</sup>

Pudiera pensarse que en esta sociedad custodiada por valores conservadores, la idealización de la imagen femenina preservaba su integridad física. No fue así. En *La Gaceta del Departamento* de los años de 1911, 1912, 1913, proliferan los relatos de agresiones físicas de los maridos a sus consortes. Los celos, el desengaño o el considerarse insuficientemente atendido provocaban la furia y la agresión masculina.<sup>9</sup> A las inspecciones acudían con frecuencia las mujeres para denunciar los maltratos físicos por parte de los hombres. El diario *El Comercio*, bajo el título de «Porque te quiero te aporreo» se refirió no sin cierta frivolidad cómplice a este hecho:

*La generalidad, los partes policivos en las distintas oficinas de la ciudad, se refiere a sujetos que maltratan de obra a sus consortes, lo cual no deja de ser alarmante, porque manifiesta que el ánimo del sexo feo en Barranquilla, se está estereotipando aquel refrán de psicología que dice: 'porque te quiero te aporreo'.<sup>10</sup>*

En algunas ocasiones, las agresiones derivaron hacia desenlaces funestos, como el asesinato del agresor, suceso que tras escandalizar a la ciudad se volvía comidilla diaria durante muchos meses.

De la misma manera, nada infrecuentes eran tanto en hombres como en mujeres los casos de suicidio por motivos pasionales como la infidelidad

7 *El Liberal* (1923) Fragmentos del periódico. No tiene datos precisos por las malas condiciones de la fuente.

8 «Hombre gordo buen marido» en Diario *El Comercio*, Año III, septiembre 27 de 1924, Barranquilla, p. 6, col. 2. (Firmado bajo el seudónimo Ivetes).

9 Ver *Gaceta del Departamento*, Año I No. 81, 82, marzo de 1912. *Gaceta del Departamento*, Año L, LL, No. 82, 9, 11, 12, marzo-nov. de 1912. *Gaceta del Departamento*, Año III, No. 36, 38, 47, 54, 60, 71, 77, 85, marzo-dic. 1913. Diario *El Comercio*, Año IV, No. 797, feb. de 1925, Barranquilla, p. 5, col. 3.

10 Diario *El Comercio*, Año V, No. 1580, marzo 21 de 1927, Barranquilla, p. 3, col. 1.

o las frustraciones sentimentales, hechos reveladores de una visión dramática del amor. El método más utilizado era el envenenamiento con arsénico o sublimado corrosivo. Pero para las mujeres existían también motivos morales como la desesperación por un embarazo no deseado o la negativa del enamorado a cumplir con la promesa de matrimonio. Si la mujer asumía el escarnio que implicaba ser madre sin haberse casado, las sanciones que le esperaban eran muy fuertes, no sólo para ella, sino para su descendencia: ser hijo o hija natural traía consigo la pena de soportar la discriminación social. Ante semejantes amonestaciones muchas madres angustiadas optaron por el riesgo suicida de abortar a sus criaturas en avanzado estado de gestación o asesinarlas ahogándolas.

Los controles sociales incentivaban las acciones de rapto y la fuga de apasionados desesperados. Los enamorados huían a media noche para consumir el amor bajo la mirada cómplice de la luna barranquillera. Muchos de estos descarríos terminaron en matrimonios a la fuerza, para los que se empleaban como argumentos irrefutables las amenazas con revólver al esquivo marido. El sacramento del matrimonio restauraba el honor profanado.

Aunque el rapto y el «abuso deshonesto» constituían delitos tipificados jurídicamente, en la práctica pocas veces se cumplía con las sanciones puesto que éstas desaparecían si el hombre se casaba o, al menos, se responsabilizaba de la manutención de la mujer. De manera similar ocurría con la violación.

Estimulados por la connivencia de un Código Penal para el cual no era delito el asesinato de mujeres por infidelidad o por estar incursas en acciones que indujeran al marido a pensar en la ocurrencia de la misma, los homicidios por celos se convirtieron en sucesos casi comunes. Al respecto el Código Penal, en su artículo 591, postulaba:

*El homicidio es inculpable absolutamente cuando se comete en cualquiera de los casos siguientes: En el de cometer el homicidio en la persona de su mujer, legítima, o de una descendiente, a quien sorprenda en acto carnal con un hombre que no sea su marido, o el que cometa con la persona del hombre que encuentre yaciendo con esa de las referidas, y lo mismo se hará en el caso de que los sorprenda, no en acto carnal, pero si en otro deshonesto, aproximado o preparatorio de aquel de modo que no pueda dudar del trato ilícito que entre ellos existe.<sup>11</sup>*

Consecuentes con el código de honor de principios del siglo pasado, los hombres, generalmente por razones de amor, se retaban a duelo hasta cuando uno de ellos perdía la vida para recobrar, el uno, su honor, y el otro, la estima social.

El ambiente de represión, que originó tantos idilios escondidos y fugas amorosas, estimuló asimismo la implementación de prácticas pintorescas

11 *Código Penal*, República de Colombia, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1890, 130 pp.

que se volvieron comunes en la cultura barranquillera. Tal fue el caso recurrente de la aparición, siempre a la misma hora de la alta noche y con pausado andar silencioso, de fantasmas que recorrían las calles generando el terror del vecindario ante semejante invasión de «ánimas en pena» o «esqueletos andantes», muchas veces ataviados con prendas de carnaval. La prensa no desaprovechaba oportunidades para informar acerca de las incursiones, casi siempre en el cementerio, de semejantes seres espectrales:

*El escenario, el cementerio Calancala, ambiente propicio para despertar en la imaginación popular, que astutamente era utilizado por los enamorados. Disfrazados salían en las noches y asustaban a la gente que, aterrorizada, no se atrevían salir de sus casas. Cuando sentían que se acercaban gritaban: «El fantasma, el fantasma», mientras el embozado, saltando por sobre una cerca, huía hacia los lados del Calancala. Hay informes de la barriada que el tal fantasma es un pícaro tenorio que, amparado por las tinieblas y por el miedo de la gente, suele dialogar calladito y con frecuencia, con algunas morenas de los contornos.<sup>12</sup>*

De igual manera, en la calle de San José entre carrera de la Aduana y Primavera, el vecindario afirmaba que, a las diez de la noche, una mujer disfrazada de hombre, con su cabello recogido en una cachucha, pasaba sigilosamente y se perdía en los misterios de la noche. Es posible que las féminas recurrieran a los disfraces para evadir las restricciones sociales.

La fecundidad del amor, por otra parte, concedió vía libre a los poderes clandestinos de agoreras, clarividentes, hechiceras y espiritistas que vivían de las incertidumbres y misterios que acechaban a los idilios frustrados. *Las gitanas*, con sus largos cabellos y excéntricas vestimentas, deambulaban por las calles profetizando el futuro y arreglando matrimonios. *Las espiritistas*, con tierra de cementerios, huesos de gato negro, tres pelos de ahorcado y un ajo recién extraído de un plato de recién casado, componían noviazgos.

El difícil amor estimuló también las pasiones clandestinas. Hablar de las relaciones amorosas sin referirnos a las «vendedoras de caricias» o «Evas», sería excluir de la mirada histórica a mujeres protagonistas de solapadas emociones, receptoras de cuitas y preceptoras de los aprendices sexuales. La moral de la época, sabía que existían, pero sus nombres sólo afloraban en las íntimas conversaciones masculinas cuando, en voz baja, los hombres exaltaban los encantos de las divas y los ratos placenteros que se vivían en aquellas secretas mansiones de la ilegalidad. En la carrera California, Progreso, barrio del Rosario, calle Caldas, carrera Judas, callejón Bocas de Ceniza, Tacunga, calle de la Esperanza, carrera Ricaurte, calle las Flores con Vesubio, el barrio Chino, funcionaban casas «*non santas*» –así se les denominaba– visitadas por los hombres, elegantes unos, sencillos otros, solteros o casados, quienes tras mirar de

---

12 «Funambulesca», en *La Nación*, Año IV, No. 934, junio 26 de 1917, Barranquilla, p. 3, col. 2.



lado a lado ingresaban a toda prisa como para no encontrarse de frente con sus culpas. La doble moral los señalaba.

En la Barranquilla de antaño, las relaciones con las amantes y las prostitutas eran toleradas socialmente, aunque el perverso pudor de entonces hacía esfuerzos para disimular su existencia.

Otra variante de las relaciones amorosas clandestinas fue la de los vínculos sexuales con las criadas del servicio doméstico, descritas con clara complacencia por el periodista Hipólito Pereyra, columnista de *El Nuevo Diario*:

*Es una «debilidad» que sufrimos algunos hombres... Una debilidad de la carne, la del amar a nuestras criadas... He descubierto que es una manera de que duren en casa; y que no vivan en la calle, no anden de a carrera a asomarse al paso de cada chiva o tranvía. ¡A las palomas para que no se vayan se les da sal! Y a las criadas salerosas... se les da sal de amor prohibido y gatesco...! Oh el gateo! ¡Qué voluptuosidad la suya! ¡El anheloso y el detenido respirar! ¡El alargamiento de los brazos en la sombra! ¡El traquido de las articulaciones! ¡Qué miedo, que miedo y de pronto el estrépito! ¡El tarjetero del centro que se fue al suelo! ¡Un florero!. Juro que de ciento un hombres con quienes he hablado de esto, ciento dos me han confesado que han hecho este amor, que han gateado. De un gran señor sé que la esposa le propinó una vez una paliza fenomenal por una excursión de regreso con las chancletas de la criada, que la señora encontró delante del tálamo.<sup>13</sup>*

De esta forma se dieron las prácticas amorosas en una sociedad que se resistía a los cambios. Las mujeres expresaron en diferentes formas sus intenciones de modernizar las costumbres sociales en un contexto en el cual las relaciones sexuales se consideraban pecaminosas: unas retaron las férreas sanciones sociales asumiendo los riesgos de la clandestinidad; otras, fieles a la normatividad, vieron pasar con lentitud sus días a la espera del idílico amor que tocara con sus pétalos en el umbral de su ventana; otras, en la creatividad de su cotidianidad, buscaron mecanismos organizativos y de protesta para cambiar su condición.

En la década del 30, los prejuicios pesaban más que las leyes, decretos y avances femeninos. En ese contexto, algunas mujeres barranquilleras siguieron lavando la ropa, otras bebieron del saber, otras combinaron el saber y la razón con la tradición, y, las menos, rompieron abiertamente con los comportamientos y prejuicios impuestos por la sociedad. De esta manera los cambios en las costumbres amorosas se fueron dando en un tiempo de larga duración. Las tradiciones no podían sujetar por siempre con su fiero yugo a las mujeres barranquilleras. La sociedad se vio en la necesidad de flexibilizar las normas, al tiempo que las *clarividentes* persistían en su adivinación de la suerte, echando las cartas y celebrando esotéricas ceremonias para cautivar y recuperar los amores perdidos.

13 Hipólito Pereyra, «Amores Gatescos», en *El Nuevo Diario* Año IX, num. 769, junio 18 de 1921, Barranquilla, p. 1, cols 5-6.

---

## LAS MUJERES DE SAHAGÚN 1900-1999

---

CRISTO HOYOS MERCADO\*

*«Las mujeres me parecen que trabajan  
más que los hombres».*

Almirante Cristóbal Colón  
(*Carta de Colón, anunciando  
el descubrimiento del Nuevo Mundo, 1494*)

Entrar al alma de las mujeres, enumerar sus talentos, constatar sus luchas, pulsar sus fuerzas para logros y realizaciones, fracasos y frustraciones; sentir con ellas las mordazas y restricciones en sus amores y soledades, podría ser tarea fácil y común para todos nosotros. Casi poéticamente podríamos visualizar en nuestras vidas y en nuestras familias, el discurrir cotidiano de todas aquellas mujeres, y aun en la más sencilla hallaríamos una lección de humanidad, sensibilidad y grandeza, y asimismo en la más frágil y débil, hombres y mujeres reconoceríamos avergonzados la continuidad de nuestros abusos, las establecidas injusticias, los hábitos de una cultura marginadora, excluyente y hasta religiones desconocedoras de sus protagonismos.

Para seleccionar «algunas» extraordinarias mujeres del siglo pasado en Sahagún, hemos indagado, con el mayor cuidado, en aquellas que buscaron y buscan sus logros, más allá del interés personal y familiar, y que, por lo mismo, han dejado huellas que trascienden las fronteras de su pueblo. Hemos puesto el interés en aquellas con manifiesta sed de ciencia y sabiduría e ideales de igualdad, aquellas que sueñan con un mundo mejor no sólo para sus hijos, sino para los hijos de todos. Y no nos hemos olvidado de las que han transgredido los rígidos principios y las falsas creencias y han perseguido el humanismo y la grandeza como fines básicos de la educación, la cultura y la ciencia.

En las épocas de soberanía indígena en nuestro territorio, logró gran resonancia el liderazgo de la Cacica Tota, que desde Chinú «conducía» más que a un pueblo, a una cultura, a pesar de la violenta y destructora presencia europea. Todavía hoy, como estandarte, mostramos su herencia de tejidos, trenzados, sombreros «vueltaio», exquisita gastronomía de asados, cocidos y bollos, instrumentos musicales (gaitas) y prodigiosa cerámica y orfebrería que representan la más variada flora y fauna. «De

---

\* Cristo Hoyos Mercado, Sahagún, 1952. Licenciado en Ciencias Sociales con énfasis en Historia en la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá. Profesor en varias escuelas y colegios y en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, el llamado de la vocación artística lo llevó a abandonar la docencia para dedicarse de tiempo completo al arte. Ha participado en numerosos salones regionales y nacionales y ha expuesto en las principales galerías del país, de la República Dominicana y de los Estados Unidos. La actividad plástica de Cristo se complementa con la ilustración de libros, revistas, textos y almanaques así como el diseño de vestuarios para ópera, teatro y cine.

ella y su cultura no heredamos arma alguna, ni un solo instrumento que pudiera servir para quitarle la vida a nadie; hubiera sido una de las civilizaciones más bellas y humanas del hemisferio» nos dice el historiador Orlando Fals Borda.

Es posible que el territorio del actual municipio de Sahagún haya estado incluido en los «dominios» de la única conquistadora que, para los reinos americanos, nombró la corona española: Francisca Baptista de Bohórquez, a quien las circunstancias del mestizaje de pieles y dioses no le impidieron sembrar paz y tolerancia.

Aquí en las cercanías de Sahagún, iniciando el siglo que acaba de pasar, Florinda Montiel, con sus actos se levanta como la figura que pone fin a los ultrajes y vejámenes en los días grises que siguieron a esa guerra de mil días instaurada por el exacerbado machismo y militarismo.

La modernidad permitió a las mujeres incursionar más allá de los límites establecidos por los hombres. De esta manera pudieron educarse y luego salir de sus casas para trabajar donde el servicio docente las requería. Así nos llegaron Felicia Yarzagaray López de Ordosgoitia y René Yarzagaray López de Otero, educadoras insignes y pioneras. La *niña* Fela, además de su cultura y alto grado en docencia, maravillaba como dramaturga, como poetisa, y por su especial talento para la actuación y el canto. Así como en la escuela era justa, solidaria y recta, en una velada, su capacidad histriónica, su hermosa voz y su sentido del humor arrancaban aplausos y sonrisas. Es de las maestras más queridas y recordadas por nuestros abuelos; pese a la sencillez económica de la docencia todos sus hijos fueron educados.

De Maximiliana Marciglia Hoyos, preparadísima educadora, primera directora de la primera Escuela Urbana para Niñas que hubo en el pueblo de Sahagún, además de su formación y distinguida belleza, destacamos su personalidad, culta y contestataria, liberal para su época. Su relación con el gobernador del departamento de Bolívar, dr. Manuel F. Obregón fue un desafío para una sociedad pacata y ganancia para nosotros: al amor que esta especial mujer despertara en el venerable mompoxino se debe el que se haya hecho pasar por Sahagún la carretera Troncal de la Costa y la existencia del libro *Mis únicos versos*, todos inspirados por ella y a ella dedicados por su autor. Max vda. de Obregón, como se firmaba al final de su vida, o La *niña* Mona, como la conocimos todos, terminó sus días en una solariega casa de tablas con un ambiente y decoración en la que se integraban refinamientos del gusto europeo (la *niña* Mona era descendiente de inmigrantes de Aieta en la región de Calabria, al sur de Italia) con lo caribeño.

Carmen Godín de De la Espriella, esposa del destacado farmaceuta y político Alberto De la Espriella, logró aprender tanto del oficio, que después de haber enviudado continuó prestando, antes de la segunda

mitad del siglo pasado, los servicios de boticaria al pueblo y suministrando remedios, purgantes, sueros, emplastos y productos esenciales para la supervivencia del medio rural y urbano, en su conocida casa de la esquina del Mercado Público. Descendiente de las familias francesas que llegaron con la primera compañía constructora del Canal de Panamá, las cuales tras su quiebra, huyendo de las fiebres y el paludismo que azotaban el istmo, se establecieron en el Sinú y en las Sabanas, Carmen hizo de su hijo el dr. Miguel F. De la Espriella un gran médico y político.

Isabelita Miranda Caldera de Flórez no sólo educó a las generaciones de los cuarenta y los cincuenta, sino que al desarrollar sus aptitudes musicales, se convirtió en la única mujer «músico» que hemos tenido. Su presencia dio realce a bodas, ceremonias y veladas de aquellas épocas, para cuya ocasión, vistiendo de manera distinguida, interpretaba diversas melodías en el violín, la guitarra, el saxo y el bombardino, entre otros instrumentos. Su vida afectiva es digna de recordarse como lección de amor, respeto y fidelidad. Cuando don Domingo Flórez Gracia pudo escapar de Alemania, donde había quedado atrapado durante la Segunda Guerra, sólo se preocupó por sacar y salvar para Isabelita el violín que ella habría de conservar hasta el final de sus días. Su noviazgo de más de veinte años y su corta vida matrimonial los recordó con algunas lágrimas y culpándonos de haber removido las heridas de su corazón en la última entrevista que le hicimos. Ese día, nos mostró el violín y algunas joyas que lucía cuando tocaba.

Algunas de las destacadas mujeres de que nos ocupamos en este trabajo crecieron y dieron lo mejor de sí, sin haber nacido en nuestro pueblo. Sea esta la oportunidad para agradecer su valiosa presencia entre nosotros.

Al despuntar el siglo XX Sahagún había comenzado a introducir la arquitectura de «estilo caribeño» con sus casas de madera de techos de zinc, celosías hermosamente diseñadas para la ventilación, corredores protegidos por alares sostenidos por parales o columnas (horcones), pintorescas lucarnas y mansardas que iban reemplazando las frescas casas de bahareque y palma. Algunas casas construidas bajo la dirección del sincelejano Isaac Hernández fueron verdaderos logros en belleza, armonía y proporción. Desde una de estas altas casas de tablas con gran balcón frontal, las hermanas Gloria y Florencia Uparela Hoyos imparten la educación a varias generaciones de sahanunenses. La *mena*, como se la conoció a la mayor de las hermanas, sumaba a su vocación de educadora una gran religiosidad. Su casa se volvió un símbolo de la educación, de la iniciación en el saber, y una fuente de nostalgias de la infancia y de culpas que crecían a medida que reconocíamos cómo nuestra indiferencia y desidia fueron cómplices de la desaparición de tan inolvidable joya arquitectónica.

Tras haberse desempeñado como educadora en Tolú y Sincelejo, vino a Sahagún con su esposo, dr. Eugenio Quintero Bustamante una alegre, culta y sencilla cartagenera, Ana María González de Quintero, cuyo don de gentes y gran preparación recibida en la Normal Superior para Señoritas de Cartagena la colocaron como una de las más destacadas personalidades desde su llegada en 1926. Durante más de 40 años ejerció como maestra y presidenta de la Hermandad del Sagrado Corazón.

Educadora de gran prestigio, formada en la Normal de Cartagena, fue también Abigail Hoyos Anaya de Urueta, quien continuó al frente de la Escuela Urbana de Niñas después del retiro de Maximiliana Marciglia viuda de Obregón. Su elocuente palabra y su facilidad para la expresión poética le permitieron llegar siempre a la amplia comunidad educativa de ese entonces. Maestras de la talla de Germania Sánchez de Pérez, Fidelita Oviedo de Bula, Eumelia Otero Hoyos de Quintero, Efigenia Bula de Pérez, Isabel Bittar de Herazo, Julieta García de Barbosa, Cielo Oyola, Ana Isabel Uparela de González, Itala Naranjo de Dumar y Ramona Mendoza, entre otras, merecen asimismo nuestro respeto, admiración y aprecio.

María Lorenza De la Barrera Ruiz Aldana, exige una exaltación distinta. Para mediados del siglo pasado no era común encontrar una mujer con su sentido y talento para el manejo económico. La *niña* María Lorenza en otro contexto hubiera llegado mucho más lejos: su almacén por departamentos con moderna iluminación en neón, el gran capital que llegó a amasar, la diversidad de campos en que invirtió y los productos domésticos que alcanzó a fabricar, la colocan como la pionera del comercio y los negocios. Sus ayudantes y empleados se nutrieron de sus conocimientos y manejos económicos, y posteriormente montaron expendios de productos que transformaron la carrera 11 en la calle del Comercio de hoy.

Mirtilla Aldana Miranda de Buelvas sostuvo por muchos años el único almacén de textos, libros, papelería y materiales que surtieron la vida estudiantil y cultural. A Sofía Vergara Perdomo, más que la solidez económica y comercial alcanzadas, quisiéramos resaltarle su aparentemente insignificante aporte al cambio de las costumbres: fue la primera mujer que ayudó a enterrar a un ser querido. Imponiendo su fuerte personalidad, condujo el féretro de su padre (que no dejó hijos varones) a la iglesia y al cementerio en una época en que el luto y el duelo imponían a las mujeres una clausura rigurosa en sus casas.

Ligia Goenaga de Fernández, quien tampoco era de Sahagún, como partera recibió con sus manos a varias generaciones de sahadunenses. Su distinguida figura adornada con un par de trenzas brillantes y enmarcada por su inseparable sombrillas le valieron el apodo de «Gitanita» como cariñosamente se le conocía. Fue pulcra y especialmente profesional en el manejo de los anteojos a veces inoportunos de la cigüeña de aquellas

épocas. La «Gitanita», la sra. Guata, Martina Acevedo y Genara Vargas tuvieron en sus manos las cabezas del futuro de los sahadunenses cuando la medicina y sus especializaciones aún no llegaban.

Conocida por todos como «Belicha», Isabel Alicia Corena, por su destreza, talento y buen gusto, se convirtió en la más auténtica y conocida de las artesanas. Sus manos eran ágiles como mariposas para convertir las telas, el papel crepé, el alambre y la cera en hermosas coronas y ramos para difuntos, diademas y tiaras de azahares para bodas y primeras comuniones, claveles para el día de las madres y recordatorios para los recién nacidos. A la figura de «Belicha» asociamos otras artesanas, «industriosas de lo primigenio y las tradiciones», como dijera Octavio Paz: Carmen Muskus Brun quien aun en senilidad, continuó rasgando papel; Sabina Carrascal, que iluminaba los cielos y las noches fabricando globos y faroles; Filomena Caldera y Ana María Tejada, quienes aportaban al ritual fúnebre, además de santiguadoras y rezanderas, sus velas de cebo fabricadas en rústicas rucacas de las que colgaban los pabilos de algodón que bañaban con espermas líquidas hasta engrosar al tamaño deseado. La más destacada y requerida rezandera de velorios y novenas fue Manuela Meneses.

Si bien algunos de estos oficios se nos antojan obsoletos hoy en día, en su momento fueron de vital importancia. Sofía Marciglia de Juris y luego Rosalía Florez, las primeras telefonistas, se las ingeniaban para lograr una comunicación con Montelíbano pasando por Pueblo Nuevo y Planeta Rica desde sus consolas de manivela y sus cabinas de madera.

El campo más atractivo para las mujeres de los años cincuenta que aspiraban a la profesionalización seguía siendo la educación. Zunilda Caldera Vergara, se hace merecedora del título de maestra *Honoris causa* otorgado por la Normal Lácides Iriarte después de muchos años de docencia que complementó con jornadas de catequesis parroquial y una vida espiritual y religiosa como miembro de las hermandades de la Virgen del Carmen, del Sagrado Corazón y Presidente de las Legionarias de María Auxiliadora. En su casa se mezclaba el canto del infante que en voz alta repetía, para memorizarlas, las «tablas», con el murmullo de los rezos y plegarias. Por años convivieron los pupitres con las urnas y nichos de vidrio que albergaban expectantes o indiferentes santos de yeso adornados con jarrones de flores, ofrendas y veladoras.

La vocación de Policarpa Salgado Caldera, tal vez estimulada por su profesora Felicia Yarzagaray de Ordosgoitia, en medio siglo educando en su propia escuela, en su propia casa, sin cambiar de sitio, puso los cimientos formativos para muchos de los actuales profesionales de Sahagún.

El perfil de Gloria Pacheco de Mercado corresponde al de la educadora de otras épocas, cuando lo importante era formar y no sólo transmitir

conocimientos e información. Esta destacada calígrafa conseguía que sus discípulos la igualaran en su estética para las artes y manualidades. Como empresaria incursionó en la construcción urbana y puso al servicio uno de los cines más modernos y cómodos que hayamos tenido, «El teatro Gloria», donde esta visionaria educadora y empresaria alternaba las grandes producciones de la Metro Goldwyn Meyer con espectáculos y presentaciones de figuras como Lucho Bowen, Olimpo Cárdenas, Antonio Aguilar, Flor Silvestre y Fanny Michéy. En ese escenario, vimos por primera vez a Raúl Gómez Jattin, nuestro gran poeta, actuando y dirigiendo la obra «Imprecaciones ante los muros de la Ciudad», con el grupo de la Universidad Externado de Colombia.

Asimismo Josefina López de Muskus ha desarrollado todas sus actividades con la entrega y el amor de cualquier sahadunense. Además de sus cuarenta años de educadora, es una destacada pintora autodidacta e impulsadora de las artes y demás actividades culturales. A su vez, es miembro activo de la Cruz Roja desde su fundación y presidenta de las Damas Grises.

La presencia de Delina Iriarte de Lyons jalona la instrucción pública para la formación de maestras como primera directora de la Escuela Anexa a la Normal Nacional para Señoritas. Egresada de la Escuela Normal de Cartagena. Hija de uno de los más destacados pedagogos de nuestro pueblo, don Lácides Iriarte, Delina prestó servicios durante doce años hasta su muerte. En su reemplazo la licenciada Goergette Elías Náder ha mantenido el nivel y calidad de la institución. La *seño* Chicho, como todos la conocemos, graduada en el Colegio María Auxiliadora, terminó estudios superiores en la Universidad de la Sabana de Bogotá y ha sido una activa organizadora de la educación. Su capacidad como administradora la ha compartido con otras instituciones para conseguir logros en beneficio de los estudiantes, padres de familia y la comunidad en general.

Los años sesentas cambiaron al mundo y en Sahagún que, incomunicado y distante, hacía parte de él, todos comenzamos a pensar mucho más en las virtudes que en los pecados, y para la mujer quedó atrás la abnegación: lo importante ahora era la felicidad. (García Márquez dice que la felicidad es trabajar en lo que a uno le gusta).

Carmen Lyons Otero, acababa de llegar como la primera profesional universitaria de Sahagún, había estudiando en la Normal de Medellín y terminado bacteriología en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Coherente con su profesión y su entorno, no solo vio la necesidad de montar el primer laboratorio clínico, sino que en su propia casa abre las puertas la primera biblioteca pública que tuvimos. Muchos nos iniciamos en la lectura de los autores clásicos, nacionales y criollos en ese recinto, en el que muchos otros consiguieron textos para investigación y estudios. Carmen Lyons Otero ha sido solidaria y ha estado presente en todas aquellas empresas que tienen que ver con la cultura y el progreso.

Los programas de Acción Comunal impartidos por el entonces presidente dr. Carlos Lleras Restrepo despertaron como en nadie más, ese motor de trabajo social que fue Mercedes del Socorro Hoyos Martínez, más conocida como Mercedes Martínez. Esta aparentemente frágil y menuda mujer, no sólo administró y mantuvo el cementerio central por más de dieciséis años sin haber cobrado un solo peso de honorarios –como afirma ella misma: «Para satisfacción propia»– y, agregaríamos, para admiración nuestra, sino que hizo de los «Rumbones de Casilla» lo que hoy es, el barrio Playa Rica, y gracias a su gestión, se creó el centro docente San Juan de Sahagún. En la sencillez franciscana de su vida con una elocuencia y don de expresión que nos remiten a su tío, quien fuera gobernador de Bolívar, el dr. Ramón P. De Hoyos, Mercedes desconcierta y perturba con sus apreciaciones sobre la vida y el trabajo, su «único sentido».

También la generosidad y el desprendimiento nos hizo pensar en Cristina España de Lyons para incluirla en este afiche. Con discreción y silencio ayudó a un considerable número de alumnos necesitados donándoles modestas becas que son un gran ejemplo para nuestros días. Después de su muerte sus familiares han multiplicado el número de becas y aumentando el presupuesto de la «Fundación Cristiana España de Lyons»: sus virtudes y cualidades, su educación y solidaridad las encontramos matizadas en una Carmen Alicia García de Muskus o en una Zoila Margarita Muskus de Simonds.

Al promediar la década del setenta, otros aires y nuevos horizontes científicos, sociales y culturales enmarcan la labor de las mujeres sahanunenses. Por ejemplo, Zita Figueroa Sánchez, inicia sus estudios en el Colegio María Auxiliadora, termina la secundaria en el colegio Biffi de Cartagena y egresa de la facultad de medicina de la Universidad Javeriana de Bogotá. Luego su especialización en pediatría de la Universidad del Rosario la complementó con estudios de neonatología en la Sociedad Colombiana de Facultades de Medicina. Centró su dedicación investigativa y científica en los recién nacidos y desde 1994, de manera especial, al manejo ambulatorio del niño prematuro en el programa Madre Canguro del Seguro Social, el cual coordina en asocio con la Fundación Canguro. Se ha hecho acreedora a varios reconocimientos nacionales e internacionales: «Premio al mejor acto de amor para el desarrollo humano» otorgado por la Federación de Científicos del Mundo en Roma en 1999. La Federación Internacional de Epidemiología Clínica le otorgó el premio por el mejor artículo especializado publicado en Francia. La dra. Zita Figueroa Sánchez asume su trabajo como herramienta para el desarrollo de los pueblos y sus propuestas humanizantes de la ciencia frente a la deshumanización de la tecnología llevaron a los investigadores brasileños a expresar recientemente ante una de sus intervenciones internacionales: «Se puede hacer ciencia con ternura», actitud que caracteriza todo su trabajo con recién nacidos.



De otra manera, aunque igualmente solidaria con los pueblos más pobres del mundo, María del Socorro Muskus Gracia, ha desarrollado su vocación religiosa y su espíritu de servicios desde la Comunidad de las Hermanas de la Presentación, a la cual pertenece, al frente de programas sociales en Puerto Libertador, Acandí, Montería y trabajos con pueblos indígenas del Chocó y Panamá; completó sus estudios en Francia y actualmente presta servicios en Costa de Marfil y otros países de África.

En otra perspectiva Juana Evangelista Vega, egresada maestra de la Normal Nacional para Señoritas y licenciada en biología y química de la Universidad de Córdoba, no sólo dedicó su vida a la docencia, sino que su experiencia laboral en Colomboy la acercó a las condiciones de vida marginal del sector rural del municipio. Cofundadora del Plan de bachillerato acelerado para reinsertados y figura importante de las agrupaciones sindicales de docentes del departamento, poseía la gran capacidad expresiva y los profundos conocimientos e información, necesarios para ser abanderada de la defensa de los derechos sindicales y humanos. En el momento de su asesinato era concejal del municipio de Sahagún en representación de movimientos cívicos y organizaciones populares.

Rosario Aldana Otero de Oyola, inició su carrera de fisioterapia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá, pero sin culminar sus estudios se establece en su natal Sahagún y desarrolla sus primeras actividades en el campo de la salud prestando el servicio voluntario como Dama Gris en la Cruz Roja y como presidente desde su fundación en 1982. Ha estado presente en programas especializados como Supervivir, Salud Oral. R.N.A. Fundación Caritas Alegres y frente a eventos culturales del municipio. Como ganadera ha desarrollado programas de mejoramiento genético de los semovientes con asesorías de Corpoica, favoreciendo el desarrollo de la tecnología y la ciencia veterinaria. Ha dictado conferencias y charlas sobre los logros obtenidos en Montería, Cartagena y en su propia finca con el fin de compartir sus experiencias para aumentar la productividad y el desarrollo agropecuario.

Mirta Buelvas Aldana. Es una de las sahaunenses más conocidas y respetadas al nivel nacional en el campo de la investigación cultural. Psicóloga de la Universidad Nacional de Colombia donde también realizó los estudios de antropología que junto con sus trabajos de campo la han llevado a convertirse en una conocedora de las esencias culturales de la región y del país. Ha participado en congresos y talleres con investigaciones y ponencias referentes a la identidad cultural al nivel nacional y en países de América Latina y el Caribe. Fue asesora para la realización del «Mapa Cultural del Caribe Colombiano» realizado por el Consejo Nacional de Planificación de la Costa Atlántica. Sus trabajos han sido llevados a la televisión y publicados en libros, periódicos y revistas especializadas.



AUTOR: CRISTO HOYOS

Angela Raquel Herazo Bittar, la más joven del grupo de las mujeres del siglo, se ha destacado como dirigente estudiantil y líder popular. Creadora y directora de la Fundación Arte Infantil, institución para la cual ha diseñado diversos programas lúdicos y montajes de teatro que han llegado a miles de niños y jóvenes de Colombia. Su labor ha sido estimada y apoyada por las instituciones y empresas más prestigiosas del Valle del Cauca. Hija de Isabel Bitar de Herazo, una de las maestras más queridas y recordadas por los sahadunenses, es una convencida de la necesidad de educar a través de las artes despertando el espíritu explorador y autodidacta para el avance del conocimiento y para el estímulo del ser creativo. Joven escritora, autora del humano y hermoso libro *Las historias de Isalina*, que ha sido utilizado como material de estudio y análisis en entidades educativas y en el posgrado de psicología de la Universidad Javeriana de Cali. Isalina se convierte para el lector en el yo niño, cuestionador y constestatorio que propone una infancia con más libertad de expresión y más honestidad en el afecto.

Potencialmente, nuestro afiche –Homenaje a las mujeres del siglo XX en Sahagún– es mucho más amplio, también está nutrido por la labor silenciosa de mujeres que en la intimidad, en sus actitudes modestas, en sus quehaceres cotidianos, seguramente en actuaciones tímidas pero plenas de convicción que llenan de reconocimiento nuestros corazones. Simbólicamente homenajeamos a todas las sahadunenses que desde un anonimato deliberado han forjado vínculos y valores familiares o han ayudado a la construcción de la identidad múltiple de la Sabana y de Sahagún. Por ello hay un espacio vacío en este mosaico que ustedes deben llenar y completar con una de ellas. Para las demás y para nosotros también, todo un siglo, un futuro para caminarlo juntos, con igual responsabilidad y con las mismas oportunidades.

---

---

## CAPÍTULO IV

---

### VOCES, SONES, LETRAS E IMÁGENES

---

*De manera que al fin la palabra fue dicha  
Y la ignominia purificada.  
Tu magro rostro de Lázaro que mastica el vinagre  
De una misma aceituna  
Sigue oyendo lo que debe oír.  
Y tu voz, ese pan nuestro de cada día,  
Sigue premeditando su asmática dulzura bajo la lluvia.  
Al fin tus legañosas euménides han dejado de rugir  
Y se desprenden (generosamente se desprenden)  
De sus ombligos y pezones  
Para comprar el letargo de su monástica  
Eternidad en los divanes.  
Has ido y regresado de tu propio vientre  
Y por segunda vez resucitas encarnado en un falo suspirante.*

*Héctor Rojas Herazo, «Segunda resurrección de Agustín Lara.  
(Preparación para el bolero)».*

---

## AYER Y HOY DEL CARIBE DE COLOMBIA EN SUS LENGUAS

---

MARÍA TRILLOS AMAYA\*

Los resultados de este trabajo están apuntalados por la labor sistemática de arqueólogos, antropólogos, lingüistas, geógrafos e historiadores que permiten vislumbrar un amplio espectro de los sistemas que integran las lenguas y las culturas de la región a partir de los procesos sociales y políticos que enriquecen su historia. A partir de la indagación de fuentes documentales, ha sido posible caracterizar el Caribe como un conjunto social multilingüe y pluricultural en una visión que lo contempla como un complejo cultural, geográfico y lingüístico, que amerita estudios sociolingüísticos profundos para determinar los tipos de bilingüismo que permean la interrelación de los hablantes.

---

\* María Trillos Amaya. Licenciada en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico, 1975. Especialista en Lingüística Hispánica del Instituto Caro y Cuervo, (1984) Magister en Etnolingüística de la Universidad de Los Andes (1987). Profesora de Lingüística de la Universidad del Atlántico e investigadora asociada al Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes del departamento de Antropología de la Universidad de los Andes. Dos veces ganadora de la Beca de Investigación Francisco de Paula Santander de Colcultura, en 1990 y 1992. En 1994 recibió el premio nacional de cultura en Antropología, modalidad etnolingüística con la obra «Deixis, tiempo y espacio en Damana». En 1998 ganó la Convocatoria Observatorio del Caribe con su proyecto de investigación «Contextos sociales y lingüísticos del Caribe colombiano». Entre sus libros se destacan *Categorías gramaticales del ete taara- Lengua de los chimilas*, Coela 1997, *Deixis, tiempo y espacio en damana*, Tercer Mundo 1995. *Aspecto, modo y tiempo en damana*, Universidad de los Andes 1989. La Universidad del Atlántico le publicó *Bilingüismo desigual en las escuelas de la Sierra Nevada de Santa Marta* en 1998. Coordinadora del Programa de Etnoeducación del CCELA desde 1996. Artículos en revistas especializadas de Chile, Perú, Francia y Colombia.

1 *Séneca. «Medea»*. En: Tragedias. Serie Clásicos de Grecia y Roma. Planeta - De Agostini, Santa Fe de Bogotá, 1996.

### ENTRE LA LEYENDA Y LA REALIDAD

#### EL CARIBE IMAGINADO

*Vendrán en los tardos años del mundo ciertos tiempos  
en los cuales el mar océano aflojará los atamientos  
de las cosas y se abrirá una gran tierra y un nuevo marinero,  
como aquel que fue guía de Jasón y que hubo de nombre Tiphys  
descubrirá un nuevo mundo y ya no será la isla Thule  
la postrera de las tierras.<sup>1</sup>*

Las palabras proféticas de Séneca en Medea, podrían prestarse a todo tipo de conjeturas sobre un conocimiento más o menos exacto de la existencia de tierras allende el océano. Tales palabras fueron cita obligada en los escritos de Colón y en los de los cronistas de Indias, entre los cuales están Pedro Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo y Antonio de Herrera.

Desde la Antigüedad, muchos pensadores mencionan la Atlántida, el mítico continente que un cataclismo sumergió bajo las aguas del Atlántico. Platón lo cita en dos de sus diálogos, Timeo y Critias. Por otra parte, la tradición oral de diversas culturas mediterráneas fue enriqueciendo la le-

yenda de un territorio situado allende el mar que un maremoto lo sumergió en las profundidades del océano. La existencia real de islas en el Atlántico y de pueblos ubicados en las costas occidentales de África y Europa se mezcla con creencias fantasiosas, extendiendo un manto fabuloso sobre todo aquello que no es muy conocido. Del mismo modo, algunas manifestaciones antiguas recogen vagos informes sobre territorios que podrían identificarse con cualquiera de las Antillas.

El interés por el establecimiento de colonias y las rivalidades políticas y comerciales fueron motores que impulsaron innumerables expediciones. En el siglo IV a.C., Piteas le dio la vuelta a las Islas Británicas, atracando en la misteriosa isla de *Tule*, para muchos Islandia, tierra para la época difícilmente ubicable. Este viaje aportó los resultados científicos más importantes antes de la época de Enrique el Navegante. Los conocimientos geográficos y los datos que proporcionaban los navegantes, eran aparejados con la difusión de ideas fabulosas acerca de la realidad existente más allá de los contornos del mundo explorado: extraños fenómenos, monstruos espantosos y peligros insalvables acechaban a los marineros, producto del estado emocional que les producían rutas inseguras y desconocidas. Para algunos, tales hechos catastróficos y terroríficos obedecían a un plan, cuyo objetivo era desanimar a posibles competidores comerciales a seguir la ruta y establecer colonias en los territorios encontrados.

Los intereses económicos solían estar acompañados por motivos religiosos, como, la idea de que el paraíso terrenal se encontraba en un lugar indeterminado del océano Atlántico. Éste sería un sitio maravilloso, donde la felicidad era completa, donde las miserias terrenales, las guerras y las enfermedades estaban excluidas y los hombres eran inmortales. De su originaria ubicación en la cuenca del Mediterráneo, la utopía se fue desplazando hacia occidente hasta tocar el Atlántico. Se comprende entonces que muchos de los navegantes hayan creído vislumbrar el Edén y por lo tanto, en los relatos de las exploraciones aparecen numerosas alusiones a tierras de especial feracidad y supuesta felicidad.

Estas ideas orientarán muchas expediciones hacia los cuatro puntos cardinales del *nuevo mundo*, en las que realidad y ficción se mezclaban, creando un estado de opinión sincrético que dificultaba la visión aislada de una y otra. Los cristianos también se afianzaron en la idea de la existencia de una ínsula habitada por pueblos bienaventurados o elegidos de Dios, donde no había dolor ni muerte, de modo que su búsqueda se convirtió en uno de los mayores anhelos, ya que quien la encontrara, adquiriría el derecho a habitarla. Si bien, de acuerdo con la tradición bíblica, el Edén se ubicaría en Oriente, las leyendas gestadas por las culturas mediterráneas señalaban que la tierra de promisión, la región paradisíaca, estaría ubicada en dirección al Atlántico. En la difusión de tan farragosas ideas, se mezclaban pensamientos paganos y católicos que contribuyeron a acentuar la confusión y también el interés acerca de qué

había en las aguas trasatlánticas. Colón, quien también había recibido este influjo, desde La Española, en su tercer viaje, escribió a los Reyes Católicos: *y ahora, entre tanto que vengan noticias de esto, de estas tierras que ahora nuevamente he descubierto, en que tengo asentado en el ánimo que allí es el Paraíso Terrenal.*

Las empresas exploradoras no se detenían. Según las circunstancias políticas, distintos pueblos continuaban la ampliación de los límites del orbe. Así que los cartógrafos de la época trataban de reflejar los informes procedentes de expediciones navales reales. En todo caso, ficción y realidad seguían de la mano: a los conocimientos obtenidos en la Antigüedad, en la confección de las cartas de navegación se iba añadiendo toda clase de datos sobre las islas oceánicas. En los mapas de los primeros años de la Edad Moderna, aparece entonces, un rosario de islas fabulosas diseminadas por el Atlántico: San Borondón, Antilia, Siete Ciudades, Brasil, Mam, Maida, Isla de las Serpientes, Isla de los Pájaros, Isla de las Ovejas, etc. Muchas de éstas correspondían a suposiciones legendarias sobre la existencia de islas misteriosas relacionadas con las creencias populares acerca de un Paraíso insular.

La idea de Antilia aparece a veces al lado de las Islas de las Siete Ciudades como dos conceptos fusionados y en otras diferenciados. Se trata de un rebrote de la antigua noción de la existencia de tierras en el océano, que bien podría identificarse con la mítica Atlántida de Platón, o con la isla que se suponía antecedía al territorio insular asiático de Cipango. Al llegar a América los españoles creen cumplida la profecía de las islas promisorias, por lo tanto, el archipiélago caribeño recibe el nombre de Antillas. Con la búsqueda de las Siete Ciudades, se da el rito de iniciación del naciente continente americano para los europeos, mito que también impulsa las expediciones en tierras continentales. Es así como las exploraciones y conquistas del Nuevo Reino de Granada, cuyas incursiones se iniciaron desde el Caribe, seguían la ruta de la Leyenda de Eldorado, la cual manifestaba los ideales caballeresco y mercantilistas en la búsqueda de nuevos horizontes, en la acumulación de metales preciosos, en especial oro y plata. El itinerario estaba signado bajo la idea de un *Finis Mundi* allende el océano que les impulsaba a crear toda suerte de figuraciones populares acerca de la existencia de fenómenos pavorosos traspasadas determinadas latitudes. Identificaron el lugar entonces, con una región mágica plagada de monstruos marinos, dragones, serpientes, ballenas demoníacas y tritones, sirenas o vírgenes del mar; monos, turcos y serpientes marinas de grandes dimensiones y fuerza, capaces de destruir las embarcaciones. El reconocimiento empieza con la búsqueda de perlas en el Cabo de la Vela, continúa la infatigable indagación sobre el tesoro del Darién, la exploración del bajo Atrato y con el arribo al país de los zenúes, donde creen haber encontrado la tierra prometida cuando están frente al Centro Ceremonial, al que identifican con una gran casa dedicada al sol repleta de infinidad de joyas talladas en oro y piedras preciosas. Mito que creyeron convertido en

realidad al encontrarse con la gran nación tayrona y sus artísticas joyas de oro y sus escalinatas en ascenso; pero las minas de oro al sur de la depresión mompoxina fueron la revelación mayor.

## EL CARIBE NO IMAGINADO

*... no son todos los indios de una lengua, ni los del río ni lagunas hay lengua general porque si simbolizan en algunos vocablos en efecto las hablas dellos son diferentes y los que en esto tienen esta afinidad son los del río y de las lagunas, porque los de la Sierra totalmente difieren sin poderse entender unos a otros palabra alguna.<sup>2</sup>*

Al momento de la Conquista, iniciada por Alonso de Ojeda, quien en 1499 llegó hasta La Guajira, los pueblos indígenas tenían un desarrollo desigual y estaban organizados en numerosos cacicazgos. De los estudios que se han hecho a partir de los Cronistas de Indias, puede determinarse la interrelación de pueblos de indios con los que los conquistadores tuvieron, a su vez, que tratar. Sin que por el momento sea posible precisar aspectos sociolingüísticos y asignarles un espacio definido, el siguiente esquema intenta clasificar los datos bibliográficos obtenidos:

Familia	Grupos	Subgrupos	Ubicación
Arawak	Guajiros	Uairas Kosinas Caquetíos	Provincia de Seturna, actual Guajira Frontera colombo-venezolana Extremo de la Guajira hacia Venezuela
Chibcha	Tayronas	Tayronas Buritacas Guanebucán Bondas Betomas	Sierra Nevada de Santa Marta-Cuenca del río Buritaca Cuenca del Río Buritaca La Ramada, actual Dibulla Río Manzanares en la bahía de Sta. Marta Cuenca del Río Frío
	Arhuacos	Pocigüeicas Arhuacos Chimilas	Cuenca del río Córdoba Faldas surorientales de la Sierra Nevada Triángulo de los ríos Ariguani, Cesar y Magdalena
	Cunas	Tolúes Cunas Cuevas	Golfo de Morrosquillo Serranía de Abibe hacia el golfo de Urabá Cuenca del Atrato y serranía del Darién
Caribe	Calamaríes	Bocingueros Calamaríes Turbacos	Sierra Nevada hacia el bajo Magdalena Alrededores de Cartagena Nororiente del dpto. de Bolívar
	Tupes	Casacará Tupes u orejones Yukos Motilonés	Río Casacará por Codazzi y la Jagua Faldas surorientales de la Sierra-Valle bajo del Cesar Serranía de Perijá hacia la Depresión Mompoxina Motilonia Colombo-venezolana
Malibú*	Zendaguas	Dubeyes Zendaguas	Sierra del Perijá Cuenca del Cesar hasta el mar
	Pacabuyes	Xiriguanos Samirúa Sompallon Tamalameques	Toda la cuenca oriental del Cesar Desembocadura del Cesar Inmediaciones de la ciénaga de Zapatosa Margen oriental del río Magdalena
	Mompox	Mompox	Depresión Mompoxina
	Mocaná	Mocaná Malambos Cipakuas Cornapakuas Tubarás	Oriente de Cartagena -Bocas del Magdalena Alrededores del actual Malambo Alrededores del actual Cibarco Alrededores del actual Baranoa Alrededores del actual Tubará
Panzenú*		Zenúes Cenufanas Fincenúes Yapeles	Cuencas del río Sinú desde la serranía de Ayapel Cuenca del río San Jorge Río Verde y serranía de Abibe Ciénaga de Ayapel
Chocó		Catíos Urabáes	Río Atrato-serranía del Darién Bajo Atrato

\* Por no estar muy claras las inclusiones que se hacen de los grupos zenú y malibú dentro de la familia caribe, es preferible aislarlos mientras se obtienen mejores datos.

2 Relación geográfica de San Miguel de las Palmas de Tamalameque, gobernación de Santa María, Audiencia de Nueva Granada, 5 de marzo de 1579. Citado por Luis Duque Gómez, en: *Historia extensa de Colombia*. Ediciones Lerner, Bogotá, 1967, p. 83.



En términos generales puede decirse que estos grupos por diversos caminos efectuaron un cambio trascendental al inventar la cerámica, lo cual ocurrió hace unos 6.000 años. Algún tiempo después la difunden hacia los Andes, el Caribe y Centroamérica. Este avance tecnológico marca un hito en la historia de América, ya que tales vasijas posibilitaron el almacenamiento de agua y bebidas, la cocción de los alimentos y su conservación por largo tiempo al resguardo de roedores e insectos. Se enriqueció así, el régimen alimenticio con gran variedad de vegetales silvestres, moluscos, pescados, reptiles como la tortuga, la iguana y el caimán, aves y mamíferos.

Al incrementar la cantidad y la calidad de los alimentos, se inició un proceso de mejoramiento de la cultura material que hizo más llevadera la vida en los diferentes ecosistemas. Aprendieron a utilizar los abundantísimos recursos naturales del mar, de los ríos, las lagunas, las ciénagas y de la variada vegetación tropical. Como la comida era fácil de conseguir, las familias acampaban bajo enramadas de hojas de palma, dando origen a las legendarias rancherías.

De lo anterior, se concluye que la vida semisedentaria se inició en el Caribe colombiano no con base en el cultivo de plantas, sino a partir de la recolección de la fauna en las riberas de los ríos y alrededor de las ciénagas, escogiendo para instalarse lugares donde abundaran tortugas, iguanas, caimanes, moluscos. Se fueron formando las aldeas, cada vez mayores y se inicia la siembra de tubérculos de los cuales el cultivo de la yuca (de posible origen amazónico), marca un paso importante en el proceso de civilización de estos pueblos, según los expertos. Con una antigüedad de unos 3.500 años, en inmediaciones de Malambo, se hallaron los restos de un modo de vida aldeana en las riberas del río Magdalena, cuyos habitantes fabricaban budares, platos grandes de barro cocido, para preparar tortas y harina de yuca. Eran grandes horticultores y desde entonces cultivaron la yuca sembrando directamente los esquejes en la tierra.

Aldeas de este tipo se dieron en los diversos puntos cardinales de la región ya varios siglos antes de Cristo, donde se perfeccionó el cultivo de la yuca y del maíz, especialmente en Momil, en la cuenca del bajo río Ranchería (que no era desértica), en las riberas bajas de los ríos Cauca y Magdalena. Así mismo, se fueron colonizando las laderas de los tres ramales de la cordillera de los Andes, y de la Sierra Nevada de Santa Marta con horticultores que se acomodaron en los diferentes nichos ecológicos que les ofrecían los cerros y las montañas en las diferentes vertientes. Alcanzaron un gran desarrollo en el cultivo de las plantas hasta que las hicieron útiles como alimento, medicina, material para construcciones, tejidos, tintes y hasta como ornamento. Desde el Caribe, inicialmente, América aportó a la civilización universal muchas de sus plantas importantes, como cacao, maíz, papa, batata, yuca, tomate, aguacate, maní, guayaba, papaya, piña, zapote, caucho, tabaco, cactus, marañón, henequén, fique, coca, quina, ipecacuana, guayacán, zarzaparrilla, vai-

nilla, palo campeche, palo brasil, palo santo, tolú, bija, achiote, caoba, jacarandá o palisandro, especies variadísimas de fríjoles, calabazas, ajíes, palmeras y algodones.

La introducción del cultivo de maíz (de posible procedencia mexicana) fue, como sucedió antes con la cerámica, de gran trascendencia para la vida de los indígenas, quienes lograron otro avance en el mejoramiento de la alimentación en unos sectores con la preparación del cazabe, y posteriormente con la adecuación de la harina y la masa de maíz en sus diferentes estados y de yuca que permite la preparación de gran variedad de bollos.

Al incrementarse la población con el mejoramiento de las calidades de vida, nace la necesidad de más tierras para cultivar y la organización social debe adecuarse para las labores de las grandes aldeas. Aparecen entonces los cacicazgos, generalmente basados en el cultivo del maíz. Algunos tenían una dirección teocrática, donde los jefes, en muchos casos mujeres, eran considerados seres sagrados. Los mohanes entre zenúes y malibúes de la Depresión Momposina y los valles del San Jorge y del Cauca, eran tenidos como intermediarios entre los órdenes social y espiritual. Los excedentes del maíz los utilizaban para comerciar con otros pueblos, productos como sal, conchas marinas, coca, algodón, plumas vistosas y otros. Parte del intercambio se hacía con objetos de lujo, joyas de oro y tumbaga, piedras semipreciosas para las cuentas de los collares y finas telas de algodón para los vestidos y hamacas. Más que para adorno personal que les daba un toque de prestigio social a sus usuarios, las joyas eran ofrendas que hacían a sus dioses, colocándolas en las ciénagas, cuevas y en los templos sagrados.

Algunos caciques controlaban varias aldeas, las cuales a su vez eran organizadas por caciques menores. El conjunto de aldeas formaba una unidad política autónoma. Los tayronas por su parte, tenían una organización socio-política que marchaba hacia la integración de sus grandes ciudades y aldeas que pudo haber concluido en la conformación de un Estado, de no haberse truncado el proceso con el arribo de los españoles.

Los cacicazgos contaban con una dirección coherente que organizaba la población en orfebres, tejedores, ceramistas y mucha gente implicada en las obras públicas de ingeniería y arquitectura que participaba en la construcción de terraplenes, camellones, terrazas, sistemas de irrigación, desagües y otras obras que requerían mucha mano de obra, entre las cuales los trabajos de arqueología muestran las ciudades de la Sierra Nevada de Santa Marta y los canales del bajo San Jorge que algunos siglos antes de Cristo ya contaban con obras de ingeniería hidráulica como canales artificiales de drenaje muy extensos, cerca de 600 hectáreas.

## RELACIONES LINGÜÍSTICAS

La cronología de la llegada de los diferentes pueblos a la región no es muy clara, sin embargo, los estudios realizados a lo largo del tiempo

permiten constatar la presencia de varios grupos lingüísticos diferenciados a la llegada de los españoles. Grupos de migrantes que desde distintas direcciones y en diferentes épocas llegaron al Caribe colombiano como lo son los arawakos, caribes y chibchas; mareas lingüísticas que penetraron por el delta del Magdalena como los malibúes; olas migratorias que desde la Cuenca del Pacífico se ven forzadas a buscar tierras como los chocóes; posibles pobladores originarios desde tiempos inmemoriales que se desarrollaron alrededor de las grandes ciénagas y a lo largo de los ríos como los zenúes. Pueblos diversos que ocuparon las extensas sabanas y los amplios valles de ríos y montañas estableciendo relaciones culturales, comerciales y políticas; hablantes de lenguas diversas que tejieron un entramado lingüístico que impactó a militares, cronistas y clérigos ibéricos, que bajo la égida de la Corona española llegaron a estos lares impulsados por ideales comerciales y religiosos, topándose una babel caribeña en el ocaso del siglo XV.

**ESTIRPE ARAWAKA.** Según los expertos, este grupo inicia una migración en tiempos prehistóricos desde las cuencas de los ríos Orinoco y Negro, en la intersección de las fronteras de las Guayanas venezolana y brasilera, llegando a puntos extremos hacia el norte en el Caribe como Cuba y las Bahamas, hacia el sur hasta el Gran Chaco, hacia el oriente hasta las bocas del Amazonas y hacia el occidente hasta el pie de la cordillera de los Andes y la costa chilena en el Pacífico. Los pueblos de lenguas arawakas en el actual territorio colombiano fueron sorprendidos por los españoles en los siguientes lugares:

- Grupo Guajira-Perijá, quizá con extensión hacia las bocas del Magdalena.
- Grupo Maipure, hacia los raudales del Maipure y en la cuenca del río Meta y alguno de sus afluentes.
- Grupo Caquetá, entre los ríos Miritiparaná y Apaporis.
- Grupo Amazonas, en el Trapecio Amazónico.

Algunos estudiosos consideran, por la facilidad de comunicación y la mayor proximidad del centro de dispersión del pueblo arawak, que la primera penetración se efectuó por el río Orinoco, situándose en los raudales de Maipure de donde se propagó hacia el oeste y quizá con los pueblos de denominación caquetío llegó al lago de Maracaibo y de allí hasta la península de la Guajira.

**ESTIRPE CHIBCHA.** Los pueblos de hablas chibchas conformaron una familia numerosa de tribus lingüísticamente diferenciadas, cuya migración recorrió el Caribe centroamericano desde Honduras, el Istmo de Panamá, ubicándose en varios sitios del litoral y la llanura interior Caribe, luego subir por las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, la Serranía de Perijá, la Sierra Nevada del Cocuí hasta llegar al altiplano

Cundiboyacense. Puede decirse entonces, que a la llegada de los españoles los grupos chibchas guardaban estrechas relaciones y conformaban una familia extensa con representantes en Costa Rica, Panamá y Colombia, donde se destacan los siguientes grupos:

- Grupo Cuna-cueva en la Serranía del Darién y Golfo de Urabá
- Grupo Tayrona al noroccidente de la Sierra Nevada de Santa Marta (extinguidos)
- Grupo Arhuaco, al suroriente de la Sierra Nevada de Santa Marta
- Chimila entre el valle del río Ariguani y la depresión Mompoxina
- Barí o Dobokubí en la motilonia colombo-venezolana
- U'wa o Tunebo en la Sierra Nevada del Cocuí
- Grupo Muisca-duit en el altiplano cundiboyacense en los Andes colombianos (extinguidos)

ESTIRPE CARIBE. Es sabido que estos grupos tuvieron su origen y centro de dispersión en la región comprendida entre el alto Xingú y el Tapajoz en Brasil, de donde debió empezar sus migraciones en distintas direcciones, empujando a su vez a otros pueblos, especialmente el arawak.

Se supone que los caribes llegaron a Colombia desde las Antillas algunos y desde las costas venezolanas otros. Los cronistas en sus relatos hablan de los pueblos caribes, a quienes describen como eminentemente guerreros y valientes. Así que caribe, caribana o caníbal son términos sinónimos que utilizaron para referirse a los supuestos «salvajes» de las Antillas que volvieron a encontrarse en las costas continentales, lo que ha generado una confusión histórica, ya que la expresión caribe fue aplicada indiscriminadamente a muchos pueblos de ancestros y tradiciones culturales y lingüísticas que en realidad no eran caribes. En esta confusión histórica aparecen los zenúes, los malibúes y los chimilas citados por algunos autores como caribes, sin muchos argumentos arqueológicos o lingüísticos y más bien por razones de ambiente geográfico. A la llegada de los españoles, estaban organizados de la siguiente manera:

- Grupo Perijá-Magdalena
- Grupo Caquetá-Apaporis
- Grupo Amazonas

Es posible que se diera una migración desde el Lago de Maracaibo hacia la Serranía de Perijá, originando lo que se ha llamado el grupo Perijá-Magdalena que cubrió la Serranía en ambas vertientes hacia el sur por los ríos Catatumbo y Zulia y sus afluentes, hasta por lo menos la región de los *carate*, en la actual comarca de Ocaña. A partir de la laguna de Zapatoca hasta el río Saldaña, sigue el grupo Magdalena hacia el territorio de los *pijao*, también remontan el curso del bajo Cauca y sus afluentes superiores desde donde se extendieron algunas comuni-

dades hacia la desembocadura del río Cauca en el Magdalena. En este recorrido rompieron la secuencia geográfica que ocupaban los pueblos de lenguas chibchas y arawacas.

ESTIRPE ZENÚ. Poblaban la Costa Atlántica desde sus límites con los urabáes hasta el Golfo de Morrosquillo y toda la cuenca de los ríos Sinú, San Jorge y del río Nenchí hasta el bajo Cauca. Por el norte limitaban con los indios tolúes y avanzaban casi hasta el Canal del Dique. Por el nororiente (bajos San Jorge y Cauca) compartían terrenos con los malibúes. Sus técnicas para el manejo del oro eran muy avanzadas por lo que elaboraban objetos muy artísticos. Probablemente hablaron varias lenguas muy interrelacionadas entre sí, acorde con los siguientes grupos:

- Grupo Finzenú, desde el Alto Sinú hacia el Golfo de Morrosquillo
- Grupo Zenú, toda la cuenca del río San Jorge
- Grupo Zenufana, desde el bajo Magdalena y Depresión Mompoquina
- Grupo Panzenú, desde el bajo Cauca hasta la Depresión Mompoquina
- Grupo Tolú, costas del Golfo de Morrosquillo

ESTIRPE MALIBÚ. Es posible que este grupo corresponda a migrantes desde las costas venezolanas que al alcanzar la desembocadura del Río Magdalena hayan penetrado hasta la Depresión Mompoquina, sin embargo, como estos datos se presentan por los especialistas como hipótesis sin comprobación, es preferible por el momento aislar el grupo y pensar que desarrollaron su cultura y sus relaciones lingüísticas en esta parte del país.

Los comparatistas agrupan las lenguas que conceptualmente lo conforman, en un filum de lenguas diferenciadas correspondientes a un mismo pueblo que, según los antiguos cronistas, ocupaban la región comprendida entre las bocas del Magdalena (Mocaná), al norte; ambas orillas del mismo río entre el Canal del Dique y el Paso de Loba (Malibú), al centro de la laguna de Zapatoca y Chiriguaná (Pakabueye), al sur. El nombre general para estas comunidades y otras de la misma entidad fue el de Malibú, usado por los españoles, quizá por corresponder al de un jefe de algún cacicazgo de nombre Malebú. La familia en su conjunto suele clasificarse como Malibú de las lagunas y Malibú del río. En la *Relación geográfica de San Miguel de las Palmas* se dice que estos grupos hablaban lenguas afines entre sí, pero ininteligibles, las cuales eran muy distintas a las de los indios de la cordillera. De acuerdo con las indagaciones bibliográficas, puede decirse que el grupo estaría conformado tentativamente de la siguiente manera:

- Grupo Mocaná, delta del Magdalena y regiones circunvecinas
- Grupo Malibú, Isla de Mompo
- Grupo Pacabuy, lagunas de la Depresión mompoquina

ESTIRPE CHOCÓ. Originalmente el grupo chocó se suele ubicar en la hoya del río Atrato y la costa del Pacífico. Durante el siglo XVII, como consecuencia de la colonización española, se inicia la migración de los embera hacia los afluentes orientales del bajo Atrato uniéndose a los catíos o carautas en relaciones de alianza y guerra, dando origen al grupo dialectal conocido como embera-catío, el cual en el siglo XVIII se extiende hacia las cabeceras de los ríos Sinú y San Jorge y las estribaciones del Darién.

Por conformar otra zona dialectal y por considerarse más bien indígenas de montaña, creen los investigadores que quienes viven actualmente en las cabeceras de los ríos Sinú, San Jorge y Río Verde, serían provenientes de emberas asentados en los afluentes orientales del curso medio del río Atrato. Estos indígenas se conocen erróneamente como catíos, pero de acuerdo con los documentos coloniales, los verdaderos embera-catíos sucumbieron a finales del siglo XVII, después de librar una lucha tenaz contra los españoles.

## EL CARIBE ATRAPADO EN LA REALIDAD

### EL PARAÍSO TORNADO EN INFIERNO

*La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias... Ninguna nación extendió tanto, como la española, sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas a cuestras.<sup>3</sup>*

Las primeras expediciones que se hicieron al Caribe colombiano fueron de tipo comercial: conseguir perlas, objetos de oro y capturar a los nativos para llevarlos como esclavos a las Antillas. Muy al comienzo los visitantes fueron recibidos con afabilidad, dándose el trueque de perlas y objetos de oro por baratijas que eran llamativas a los ojos de los nativos, pero pronto, los españoles se dieron a la tarea de apresarlos para esclavizarlos y obligarlos por medios violentos a darles más y más objetos valiosos. La violencia de estos primeros viajes propicia entre indios y españoles una situación de guerra frontal, que llegó hasta el secuestro de los caciques para exigir su peso en oro por su liberación. La reacción lógica de los indígenas fue hacer uso de sus armas –arcos y flechas envenenadas– para defenderse de lo que veían como una locura de los recién llegados. La batalla se encarna cuando la reina Isabel ordena capturar como esclavos a los indios de Cartagena en represalia por no aceptar *ser doctrinados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica, ni estar a su servicio y obediencia*.

3 López de Gomara, Francisco. *Historia general de las Indias*. Caracas, Ayacucho, 1979. Citado por Hernando Cabarcas Antequera. En: *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*.

Para 1544, los ostiales del Cabo de la Vela competían en calidad y en crueldad con los de las islas venezolanas. Los indios de las costas cercanas fueron esclavizados, y las cálidas y cristalinas aguas del Cabo, se convirtieron en una prisión en la que desde el amanecer debían sumergirse para extraer perlas resplandecientes que satisficieran el gusto de exigentes damas y caballeros del otro lado del mar. Los expertos buceadores morían muy jóvenes con los pulmones deshechos y la población disminuía a pasos agigantados. El paraíso fue tornado en infierno y las riquezas de estas costas en una maldición para sus habitantes, al rasgarse el velo de la ocupación española en el continente.

Después de la fundación de Cartagena, Pedro de Heredia y sus hombres iniciaron la expedición hacia las tierras interiores, protagonizando una historia de codicia y de traiciones en el santuario sinuano. Por la descripción de Juan de Castellanos se sabe que los conquistadores encontraron 24 figuras del tamaño de una persona, labradas en madera, recubiertas con hoja de oro y adornadas con piezas de oro macizo; ubicadas por parejas que sostenían grandes hamacas repletas de ofrendas de oro. Según el relato, Pedro de Heredia y sus soldados quedaron estupefactos ante el cúmulo de narigueras, pendientes y una gigantesca múcura rodeada de argollas de oro. Los árboles que rodeaban el templo estaban adornados con innumerables campanas de oro de variados tamaños que cuando eran mecidas por el viento causaban sosiego a los soldados. Sin duda cumplían una función ritual. Se trataba de ofrendas de incalculable valor estético, acumuladas por largo tiempo por quienes venían a consultar a sus sacerdotes.

Estos viajes le ofrecen a los españoles una idea de las riquezas del Caribe colombiano. Poco a poco fueron captando que al ampliarse el horizonte tierra adentro, debía haber minas de oro y de esmeraldas porque los indios de la costa tenían objetos que usaban estos materiales y las minas no estaban en sus inmediaciones. Fue así como se establecieron en la región para explotar mejor sus riquezas, cuya mayor fuente lo eran las minas de oro del sur de la Depresión Momposina. Nueve años después, Fernando de Aragón, el nuevo rey de España, nombra a Diego de Nicuesa y a Alonso de Ojeda gobernadores de las regiones comprendidas entre el Darién y Urabá y, Urabá y la Guajira respectivamente.

#### UN MUNDO INDESCRIPCIÓN

En el primer recorrido por las aguas del río Yuma, hoy Magdalena, les causó extrañeza que los indios recolectores de perlas, por lo tanto excelentes nadadores, traídos para que les indicaran la ruta de El Dorado, desaparecieran bajo las ocres aguas. Percibieron entonces, que unas «bestias curiosas» atrapaban a los nadadores: se trataba de unos «lagartos horripilantes», a los que rebautizaron con la voz caribe caimán. En un intento por asimilar la realidad que van explorando, manifiestan estar en un *nuevo mundo* que ante sus ojos se revela como una

maravilla de la creación para cuya descripción hacen falta palabras, que sólo encuentran en las lenguas nacidas en este mundo: *tiburón, papaya, guayaba, hicaco, batata, mangle, guarapo, turpial, morrocotudo, guadua, saíno, chicha, chaquira, moján, fique, caribe, piragua, manatí, caimán, colibrí, catabre, totuma, múcura, guayuco, guayacán, arepa, masato, loro, mico, guacharaca, morrocoy, auyama, patilla, bahareque, paja*, entre muchas otras que hoy incrementan el léxico en la lengua española.

Para describir la exuberante geografía y relatar los sucesos, el cronista parte de las leyendas, las incertidumbres y las aspiraciones de su cultura originando un relato maravilloso que intenta una aproximación a la realidad. Es significativo entonces, que del Caribe y luego de América toda, al lado de sus riquezas, se reconozcan los enigmas de su geografía por donde deambulan monstruos y prodigios originarios de la literatura medieval española. Reconocimiento que basan en la cultura religiosa y literaria que les era propia. Como es lógico, a un espacio en el que se presentía el paraíso, necesariamente debía corresponderle una naturaleza con seres singulares que fueron vistos desde los bestiarios e historias naturales que eran usuales para la época. La geografía caribeña va penetrándose con una mezcla de estupefacción, admiración y temor, haciendo frente a un universo en el que las cosas se suceden con un ritmo distinto al que les era familiar. A partir del lenguaje de lo maravilloso recrean la realidad y describen una naturaleza insólita. Proclaman las maravillas del *nuevo mundo* comparándolo con el viejo, utilizando los contenidos culturales propios como un instrumento de conocimiento, que desde su óptica caracteriza los contenidos de otras culturas. La iguana, por ejemplo, fue asociada al dragón por Gonzalo Fernández de Oviedo:

*Este es una serpiente o dragón o tal animal terrestre o de agua, que para quien no le conoce es de fea é espantosa vista e extraño lagarto, grande e de quatro pies; mas es muy mayor que los lagartos de España (...) Tienen por medio del espinaço levantado un cerro encrespado a manera de sierra o espinas, é parece en si sola muy fiera. Tiene agudos dientes y un papo luengo é ancho que le cuelga desde la barba al pecho, como al buey; y es tan callado animal, que no grita, ni gime, ni suena, y está atado á do quier que le pongan (...).*<sup>4</sup>

Como puede observarse, el cronista recurre a la comparación de seres y objetos provenientes del nuevo mundo con realidades que le son familiares, los procedimientos comparativos van deslizándose cada vez más hacia lo fantástico y acentuando la diferencia de la naturaleza caribeña, que es el elemento a través del cual se destacará su condición maravillosa. Cuando la diferencia es extrema y es imposible recurrir a la comparación, entonces, es planteada como desorden, con respecto al orden conocido y muchas veces la belleza que desde la diversidad se aportaba al universo era tenida como deformidad. En consonancia con ello, José de Acosta,<sup>5</sup>

4 Fernández de Oviedo, G. «Historia General y natural de las Indias», Ed. de J. Pérez de Tudela, Madrid, 1959, vol. I, pp. 392-396. Selección de Mario Germán Romero. En: *América. De lo real maravilloso*.

5 De Acosta, J. Historia natural y moral de las Indias, Eed. de Edmundo O'Gorman, México, F. C. E., 1941 p. 87. En: *selección* de Mario Germán Romero.



por ejemplo, afirmará que *la historia material de Indias es apacible y deleitosa y el Señor debe ser alabado por sus maravillosas obras*. Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo sorprendido ante los grifos escribió:

*Yo no he visto cosa que tanta admiración me haya dado en las obras que natura ha obrado entre los animales. Y de aquí podemos pararnos a pensar lo que se dice de los grifos, si es verdad que la mitad del grifo para adelante es águila, y de la mitad para atrás es león.*

Finalmente, la crónica toma la forma de una elegía, tal como la concibe Juan de Castellanos para manifestar admiración y sorpresa ante las hazañas y las atrocidades que fueron protagonizadas en esos tiempos de desencuentros. El paraíso se erige entonces en infierno y para describirlo, las formas de expresión se vuelven elásticas e intrincadas como la naturaleza misma que las motiva:

*Villana cobardía se desecha  
Del filo del espada castellana;  
Pero su filo no les aprovecha,  
Pues prevalecen golpes de macana:  
No pueden resistir a tanta flecha,  
Ni dellos queda ya persona sana;  
Y así los lleva fiero movimiento  
Como a pajas menudas recio viento.<sup>6</sup>*

#### LA CONFUSIÓN DE LENGUAS

**LAS LENGUAS AMERINDIAS FRENTE AL ESPAÑOL.** La llegada de los españoles al Caribe colombiano constata históricamente el plurilingüismo que existía en la región. El contacto de lenguas fue incrementado porque con los soldados, navegantes, sacerdotes y colonos llegan el español y el portugués que chocan con decenas de lenguas y tradiciones lingüísticas aborígenes. Al estupor y a la angustia que les produce la llegada a un mundo desconocido, se suma la imposibilidad de comunicarse; cada vez que se relacionaban con un grupo la lengua variaba.<sup>7</sup> Tal diversidad lingüística, tiene que ver con la misma posición geográfica de la región que facilita el tránsito y encuentro de corrientes migratorias, además, con la compleja organización social de sus pueblos, caracterizada por confederaciones y numerosos cacicazgos que se distribuían por la amplia e intrincada geografía: Península de la Guajira, Sierra Nevada de Santa Marta, Serranía del Perijá, últimas estribaciones de los Andes occidentales y centrales, litoral, sabanas y llanuras interiores, Depresión Momposina y La Mojana. En cada una de estas regiones se encontraban diferentes culturas con diferentes lenguas, cuya interrelación puede apreciarse por los datos históricos, pero que debido a la extinción masiva es casi imposible reconstruir. El esquema siguiente intenta dar una idea de lo dicho:

6 Castellanos, J. de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Rivas Moreno Gerardo (editor). Fundación Fica. Selene Impresores, Bogotá, 1997.

7 Basándose en datos de N. A. McQuown, S. E. Ortiz (1965, 395) presenta un inventario de cerca de trescientas lenguas en el territorio nacional, de las cuales más cincuenta corresponderían a la Región Caribe.

Ecosistemas	Grupos	F. Lingüísticas	Lenguas	N. Actual
Península de La Guajira	Wairas +Cocinas* +Caquetíos	Arawaca	Guajiro	Wayunaiki
Sierra Nevada de Santa Marta	+Guanebucanes +Tayronas +Buritacas +Bondas +Etomas +Pocigüeicas Arhuacos  Chimilas	Arawaca  Chibcha	+Bonda Tayronas +Buritaca +Guaspate +Guazuzu Guamaka o Sanha +Atanque +Bahaire Bintucua o Ica Cagaba	Tezhuan / Terruna ama  Damana o Arzario  Ika o arhuaco Koggian o kággaba Ettre taara o chimila
Serranía de Perijá	+Tupes +Casacarás Yucos Socombas Motilones	Caribes	Yuko +Casacará Yukpa Yuko Yukpa	Yuko, Yukpa
Litoral Meridional	+Bocingueros +Calamaries +Turbacos +Mahates +Mocanáas +Malambos +Cipakuas +Comapakuas +Tubaráes +Matarapa +Turipanas +Mazaguapos	+Caribes  +Mocanáas  +Arawacos	+Calamarí +Carex +Caricocox +Cospicue +Cocón +Mocaná +Cornapacua +Mocaná +Mocaná +Zamba +Zamirúa	
Depresión Mompoxina	+Chimila +Dubeyes +Zendaguas +Xiriguanos +Sompallón +Tamalameques +Pacabuyes +Soloas +Malebúes +Mompox +Cenufana +Milagru +Tamalameque +Tecua	+Chibcha  +Malibúes  +Zenufana	+Chimila +Zendagua  +Xiriguana	
La Mojana	+Zentúes +Zenufanas +Finzentúes +Panzentúes +Yapeles	+Zentúes	+Yapel	
Sabanas Interiores	Zentúes +Zenufanas +Finzentúes +Panzentúes +Yapeles	+Zentúes		
Golfo de Morrosquillo	Golfo de Urabá	+Urabáes +Cuevas Cunas	Chibchas	+Urubá +Cueva
Golfo de Urabá	+Urabáes +Cuevas Cunas	Chibchas	+Urubá +Cueva Cuna Cuna	
Estribaciones Andina	Fincentúes Zentúes Catíos Emberas	Zentúes  Zentúes Chocóes	Catío Embera-catío	Embera

\* Se señalan con una cruz los grupos y las familias extinguidas.

Tan exuberante multilingüismo se corresponde, en el plano de la organización social, con la ausencia de entidades políticas amplias y unificadoras. Para el caso de los malibúes, por ejemplo, cuya estructura social era de cacicazgos, Paul Rivet estableció que de la Depresión Mompoxina al delta del Magdalena había una especie de familia lingüística dividida en tres subgrupos y que cada una se subdividía en varias lenguas y dialectos. Al respecto fray Pedro Simón presenta este fenómeno como una enfermedad común a todo el Reino y manifiesta que suele haber en una aldea o

*pueblozuelo de indios (...) cuatro y más lenguas bien diferentes unas de otras.* En estas circunstancias en que ninguno de los dos grupos en contacto sabe el idioma se estableció un lenguaje de señas y gestos descriptivos, que permitió la intercomprensión en un principio. El padre Las Casas describe este hecho diciendo *Las manos les servían aquí de lengua.* Ante el fracaso de los intérpretes (de habla hebrea o árabe) los españoles se dan a la tarea de enseñar la lengua de Castilla y aprender las nativas, dando origen a los *lenguaraces* o traductores indígenas, entre los que se suele destacar a la famosa India Catalina quien posibilita el entendimiento entre conquistadores e indígenas de Cartagena, según fray Pedro Simón.

Ante el conflicto lingüístico se ordena la difusión del castellano, pero la utilización directa de las lenguas autóctonas para los fines religiosos y civiles de la Corona. Los curas doctrineros estaban obligados a evangelizar a sus feligreses en su lengua materna. En 1770, obedeciendo al ideal de un Estado nacional unitario, se procedió a la unificación lingüística de la población y Carlos III decreta el empleo exclusivo del castellano en la actividad evangelizadora en el Nuevo Mundo *para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos Dominios*, como reza la cédula real. Sin embargo, para cuando se ordenan tales disposiciones, ya en la región Caribe la pérdida lingüística era notoria y muchas lenguas nativas eran un mero recuerdo del pasado.

En esta historia de extinción lingüística, la política hispanizadora y el mestizaje racial y cultural propiciaron la implantación del español. Las pocas lenguas que quedaron en condiciones sociales y lingüísticas lamentables, se dieron gracias a que sus hablantes se reasentaron en zonas de difícil acceso a donde difícilmente podía llegar la ola aculturadora. Esta última parte de la historia fue definitiva a partir de los siguientes factores:

- El impacto violento que sufrieron las comunidades al hacer frente a las tropas españolas,
- El paralelo establecido desde los jefes religiosos quienes impusieron la idea de que las lenguas autóctonas representaban lo profano y el español establecía lo sagrado,
- El mestizaje desarrollado entre blancos e indios que afianzó la lengua de los primeros,
- El establecimiento de las parroquias a finales del siglo XVII, que desarrolló una política rígida de castellanización.

De acuerdo con los datos históricos, los idiomas indígenas se habían extinguido o estaban en vísperas de pasar a este estado en muchas partes del Caribe, hacia finales del siglo XVIII. El proceso de extinción lingüística continuó, naturalmente, en el período colonial y todavía hoy no se detiene. Los documentos que relacionan estos hechos, simplemente,

aportan que pudieron haber existido determinadas lenguas y, finalmente, hay que resignarse con la constatación de la pérdida. Queda claro que el considerable descenso demográfico de los indígenas del Caribe a partir de todo el proceso de conquista y colonización, diezmó la comunidad de hablantes y como es lógico propició la extinción de innumerables lenguas. De las grandes pérdidas constatadas históricamente, tenemos:

- En el área del golfo de Urabá -en la antigua Provincia de Castilla de Oro-el cueva, idioma de prestigio en el pasado y posiblemente las lengua de los urabáes.
- En el área que iba de las bocas del río Magdalena hasta las lagunas de Zapatosa y Chiriguaná, el grupo lingüístico conocido con el nombre de *malibú*.
- En la zona comprendida entre los ríos Sinú y San Jorge, las lenguas de los grupos zenúes, de los cuales existen descendientes que conservan algunas tradiciones culturales propias, hoy monolingües de español.
- En la Sierra Nevada de Santa Marta, el tayrona, el kankuamo, más el grupo de lenguas que conformaba el corredor del litoral.
- Las lenguas caribes, chibchas y arawacas del litoral y de las sabanas interiores, en la Península de la Guajira los cocinas y los caquetíos.
- Los grupos caribes de la Sierra del Perijá y del corredor del río Cesar, a excepción de los yukos.

EL ARRIBO DEL COMPONENTE LINGÜÍSTICO AFRICANO. En el momento en que la mano de obra indígena es diezmada, los españoles deciden importar mano de obra africana y lógicamente con ella llegan las lenguas. Cartagena de Indias, considerada la principal fortaleza militar del Imperio Español en la fachada atlántica de Centro América, el Caribe y Sur América, desempeñó funciones socioeconómicas diferenciadas que la singularizaron frente a otros núcleos humanos del área del Caribe como lo fueron en su época Santa Marta, Maracaibo, La Habana, San Juan y Santo Domingo. Al lado de Veracruz y Portobelo fue punto geográfico básico para el tráfico comercial de la América española con Europa. Desde el punto de vista tanto económico como sociocultural, la importación de mano de obra esclava africana a los territorios continentales, se hizo legalmente desde Cartagena y Veracruz, los más importantes lugares de recepción y distribución de esclavos. Cartagena fue el asentamiento definitivo de importantes contingentes de población negro-africana, de donde eran trasladados a otras regiones del Nuevo Reino de Granada, Caribe y Sur América.

El padre Sandoval asegura que los negros que llegaron a Cartagena hablaban más de sesenta lenguas, pero solo cita las de angola, arda, carabalí, bantu, mandinga, biojo, bran, nalu y biáfara que debían ser, lógicamente, las más usadas. Cuenta que alguna vez necesitó cinco intérpretes en

cadena para poder comunicarse con un negro que bautizó. El sacerdote agrega que los iolofos, berbesíes o sereres, mandingas y fulos solían entenderse entre sí. Que los mandingas eran innumerables por estar dispersos en casi todos los reinos y así dominaban muchas lenguas. Los solos zapas hablaban innumerables lenguas como: cocoli, linba, baca, lindagoza, zozo, pelicoya, бага, bolonco y otras.

Según lingüistas e historiadores contemporáneos, los negros eran traídos desde las costas occidentales africanas, y de áreas del centro y del sureste de este continente. Eran transportados en barcos portugueses, ingleses, holandeses y franceses hasta los puertos que los españoles habían establecido para la trata de esclavos. William Megeney plantea que para resolver el dilema del pidgin que llega al puerto cartagenero se hace necesaria información acerca de un gran número de lenguas bantúes y sudánicas (del África occidental) para poder reconocer todas las influencias que hayan quedado especialmente en el palenquero desde su período como lenguaje pidgin\*, cuando existía en varias regiones a lo largo de la costa occidental del África y en algunas islas cercanas a la misma. Este pidgin que se origina desde el comienzo de la trata esclavista entre portugueses y subsaháricos, tenía su base en la lengua portuguesa y no en las lenguas subsaháricas, aunque contaba con un buen número de vocablos africanos y modalidades gramaticales que formaban parte íntegra de su estructura lingüística. Aspectos muy cercanos a estas características se reconocen también en las lenguas criollas de las islas de São Tomé, Annobón y Príncipe, que han conservado más que otras lenguas tales aspectos, lo que es utilizado por el autor para decir que es posible que el palenquero y las lenguas criollas de estas islas hayan sido el mismo lenguaje en el siglo XV.

Siguiendo la trayectoria de diferentes historiadores, el autor facilita una lista de nombres identificados como africanos en tres categorías: lugares africanos, nombres de lenguas africanas y vocablos subsaháricos de diferentes nombres. Aquí citamos la lista que está relacionada con las lenguas:

Chalá	Tongo y Dahomey
Mina	Gana y Accra. Costa del Oro
Tafé	Dialecto de la lengua Kwa, al sureste de Gana
Mojuongo	Monjombo dialecto del grupo benue-congo, en el Congo
Medoc	Dialecto del grupo makua de la familia bantú, este de África Portuguesa
Xaño	Dialecto de la familia bantú de la parte central y oeste del área bantu-kavirondo
Coyo	Dialecto del grupo moshi de la familia bantú de Moyen-Congo
Vira	Grupo de lenguas de la familia bantú de Zaire y Uganda
Boan	Dialecto del grupo ngombe de la familia bantú del norte de Camerún
Buyú	Dialecto del grupo lega de la familia bantú de Zaire y Tanzania
Choco	Dialecto del grupo chokwe-lunda de la familia bantú de Zaire, Nyasalandia y Rhodesia del Norte
Goma	Dialecto de la familia bantú del grupo kabwari del grupo shi-hunde, en las orillas noroeste del lago Tanganyika
Muanga	Dialecto del grupo nyiha-safwa de la familia bantú, orillas del río Luapula Rhodesia del Norte
Zambú	Del grupo kwanguali de la familia bantú de Angola en el África sudoeste
Vinda	Dialecto del grupo ngombe de la familia bantú al norte de Angola
Masuaga	Dialecto del grupo bemba de la familia bantú del Zaire y Rhodesia del Norte

\* Pidgin: lengua incipiente que nace de la mezcla de elementos tomados de varias lenguas.

El conjunto de estudios revisados permite decir que en el área del Caribe colombiano hubo representantes de casi todas las naciones (con sus lenguas) que se encuentran en la costa oeste del África desde Senegal (wolof) hasta África sudoeste (los de habla sambyu), y luego de allí hacia la parte sur del continente hasta Tanzania. Los datos demuestran que posiblemente había más esclavos sacados del área de la Bahía de Benín o sea Ghana, Togo, Dahomey, Nigeria, Zaire y Angola hacia el suroeste.

Finalmente Megenney retoma una lista de vocablos de origen no románico utilizados en la región Caribe actualmente, y hace un estudio etimológico según el cual, hipotéticamente, en diferentes porcentajes se haya dado la presencia de las siguientes lenguas de origen subsahárico: akan (fante, ashante), bámbara, bini, duala, dyolof, efik, ewe, fulani, ga, ge, grebo, hausa, igbo, kikongo, kikuyu, kiluba, kimbundu, kpelle, limba, lingala, mandingo, manganja, mende, ngagela, ngbandi, sherbro, shironga, shona, temme, tshiluba, tunen, vai, wolof y yoruba. De estas lenguas las que aparecen con mayor frecuencia son kimbundu y kikongo. En menor proporción estarían el ngangela, lingala, el tshibula y el shona. Esto permite decir que fueron los bantúes con sus innumerables lenguas los que en mayor proporción llegaron aportando un léxico que regularmente se oye en las calles de pueblos y ciudades: *bangaño, biche, selele, guandú, mafafa, malanga, mafufo, guineo cabungo, yolofo, congo, angolito, mariangola, afunchado, bitute, cafongo, cucayo, binde, motete, musengue, ñango, añangotarse, ñinga, ñoco, ñoña, cancamán, maranguango, añuquir, sungo, bamba, cachimba, casimba, conga, marimba, monicongo, salar, tanga, zambapalo, banana, guineo.*

En relación con el archipiélago de San Andrés y Providencia se sabe que culturalmente forma parte de las antiguas posesiones británicas en las islas y costas del Caribe, cedido desde la época de la colonia al Virreinato de Nueva Granada junto con las islas Corn y Costa Misquitos. Su colonización empieza en 1527, cuando el gobierno de Inglaterra inicia mediante concesión la colonización de la isla, de lo cual no quedaron rastros directos ni de los primeros puritanos ingleses que la habitaron ni de los esclavos que llegaron para cultivar tabaco y producir ron, ni de los indios Misquitos que cazaban tortugas, ni de los holandeses constructores de barcos. El primer documento que han encontrado los investigadores data de 1738 y constata el arribo de agricultores ingleses y sus esclavos procedentes de Jamaica. En 1780 el comandante de un barco inglés informa haber encontrado 12 familias, en su mayoría mulatos. En 1782, tanto el archipiélago como la Costa de Misquitos (Centroamérica) pasaron al Nuevo Reino de Granada por el Tratado de Londres de 1786, después, a la autoridad de Guatemala y en 1803, a solicitud de sus habitantes, otra vez al gobierno de Cartagena. En 1789 se inicia la colonización con ingleses traídos de Jamaica, lo que establece un predominio cultural inglés. En 1793 se importan 21 esclavos directamente de África. Aún hoy la población conserva la costumbre de casarse con sus hermanos cultu-

rales y uno de los objetivos es preservar el color, encontrándose poblados distintos de blancos, mulatos y negros.

La población de San Andrés siguió en aumento para el siglo XIX, convirtiéndose en centro comercial entre Jamaica y las restantes islas y continuando las relaciones familiares con habitantes de Bluefield, Nicaragua, Bélize, Colón, Bocas del Toro en Panamá y Punta Limón en Costa Rica. Hoy se encuentran en estos lugares los mismos apellidos y un habla criolla muy parecida a la de San Andrés y Providencia, especialmente en Nicaragua.

A pesar de esta historia de morbilidad lingüística, en el Caribe colombiano se da cita un elevado número de lenguas y dialectos, como son:

- En la Sierra Nevada de Santa Marta: ika, koguián y damana de origen chibcha, más dos lenguas rituales como lo son el tezhuan y el terruna shayama (probablemente emparentado con el tairona).
- En la península de la Guajira: el wayunaiki de origen arawaco.
- En el valle del río Ariguaní: el ette taara o chimila de origen chibcha.
- En el Golfo de Urabá: el cuna de origen chibcha.
- En las cabeceras de los ríos Verde y Sinú: el embera-catío de origen chocó.
- En Palenque y zonas específicas de Barranquilla y Cartagena: el palenquero, criollo de base léxica española y rasgos gramaticales de lenguas africanas.
- En el archipiélago de San Andrés: el sanandresano, criollo de base léxica inglesa y rasgos gramaticales de lenguas africanas.
- En el Archipiélago, el inglés posiblemente de origen escocés.
- En toda la región, el español con diferentes variedades dialectales.

### LA BABEL CARIBEÑA CONTEMPORÁNEA

El multilingüismo del Caribe colombiano puede considerarse como una herencia cultural legada tanto por los primigenios habitantes de la región como por quienes por diferentes motivos fueron llegando. Hoy, podría decirse que es un fenómeno exótico y de poca relevancia para la vida regional y que en los sectores de la administración pública suele ser desconocido. Sin embargo, en esta realidad multilingüe de la región,

San Andrés	sanandresano - inglés / español
Guajira	wayuu / ika – kogui – damana - tezhuan / español
Magdalena	ika - kogui – damana – tezhuan - ette taara / español
Cesar	ika - kogui – damana – tezhuan – terruna shaiama / yuko / español
Atlántico	palenquero / español
Bolívar	palenquero / español
Sucre	embera / español
Córdoba	embera / español

mediante el juego de diversos factores, se deriva toda una gama de tipos de situaciones de bilingüismo y multilingüismo, que en términos genéricos puede observarse en el sencillo esquema siguiente:

Si, únicamente, se tiene en cuenta el número de lenguas involucradas por localidad, se presenta desde el caso sencillo de Bolívar, donde en zonas muy especiales se habla el palenquero y el español, pasando por el caso del departamento Atlántico, donde en algunos barrios de Barranquilla se habla además del español el palenquero, hasta los más complejos como los de La Guajira, Magdalena y Cesar, que se integran en un conjunto determinado por la Sierra Nevada de Santa Marta donde tienen presencia tres lenguas de uso cotidiano y dos lenguas rituales; la Serranía del Perijá, en el Cesar y las cabeceras de los ríos Verde y Sinú, donde hay hablantes bilingües de una lengua indígena más el español. La especificidad del Archipiélago de San Andrés, ya que se constata la presencia del español, el inglés y el sanandresano, más un continuo lingüístico que se da entre el criollo y el inglés, merece mención aparte. De acuerdo con esto, es lógico pensar que los grados de bilingüismo deben ser muchos y que serían necesarios trabajos de investigación desde una perspectiva interdisciplinaria que integre la visión sociolingüística, la lingüística descriptiva y la etnografía del habla.

Ahora, si nos fijamos en el peso poblacional de las lenguas participantes en esta región, también se dan diversas situaciones. Mientras que entre los wayuu se dice que hay cerca de 120.000 hablantes de wayunaiki, en la Sierra tenemos unos 18.000 que se expresan en seis lenguas diferentes, para los chimilas se puede estimar que unos 400 indígenas son bilingües. El español, en cambio, es la lengua regional y nacional, lo que hace que algunos especialistas hablen de lenguas minoritarias para el caso de las lenguas indígenas y criollas, al constatarse que cerca de 8 millones de caribeños se comunican en español. El abrumador predominio cuantitativo y social del español y la ubicación periférica de las lenguas minoritarias, impide que el multilingüismo sea una circunstancia de fuerte incidencia en la vida regional. Al hacer esta constatación, hay que señalar la indiferencia e ignorancia que ha habido en la región respecto de los grupos étnicos, cuyas lenguas y culturas han sido minorizadas.

Pero no son factores cuantitativos como los anteriores los que confieren a las situaciones del multilingüismo en el Caribe, su carácter e interés verdaderos. Más bien se trata de percibir en cada caso, cómo este fenómeno se articula con la estructura social, cómo las lenguas participantes adoptan determinadas funciones sociales, y cómo esos mismos idiomas pueden convertirse en estándares de determinados valores sociales. En términos sociolingüísticos puede decirse que se trata de un multilingüismo complejo por lo que se ha dado una repartición de las funciones que cumplen las lenguas: el español colombiano es la lengua nacional, el español caribe es la lengua de la administración, del comercio e instru-



mento de la actividad profesional (en las escuelas, los centros de salud, los tribunales, la radio, la televisión, etc.), las lenguas indígenas y criollas se desarrollan hacia la comunidad, en el ámbito de la familia, de los afectos y de los templos ceremoniales en aquellas comunidades que aún conservan las prácticas religiosas autóctonas. En San Andrés el inglés y el español se disputan los espacios de la administración pública y de los negocios. En términos generales, las lenguas minorizadas funcionan como emblemas étnicos de los grupos poblacionales diferentes a los mestizos.

El multilingüismo de la región puede resumirse así: a) una variedad de español americano, considerado como lengua regional, que los especialistas caracterizan como el super dialecto caribe, que a su vez se clasifica en varios subdialectos, b) 10 lenguas indígenas, representativas de tres familias lingüísticas de proyección continental (chibcha, caribe y arawak), y una de proyección regional (chocó); c) dos lenguas criollas, cuyos sistemas constitutivos presentan rasgos propios de lenguas africanas e indoeuropeas, finalmente, d) una variedad de inglés, determinado por los especialistas como de origen escocés. Esta composición con tres tipos lingüísticos, indoeuropeo, amerindio y criollo, es única tanto a nivel nacional como continental. Tendría carácter de exclusividad en el Caribe colombiano porque en el resto del país se da solamente la coexistencia del español y lenguas amerindias, lo mismo para el sur del continente y en países centroamericanos; la combinación de una lengua indoeuropea e idiomas criollos se da en la mayoría de las Antillas, pero sin la compañía de las lenguas indígenas. Este rasgo distintivo permite visualizar el Caribe colombiano de la siguiente manera, de acuerdo con las lenguas en que se expresa:

#### EL CARIBE AMERINDIO

- Koguan, dama e ika, lenguas de los chibchas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Además, dos lenguas de uso ritual o sagrado: tezhuan y terruna shayama.
- Ette taara, lengua de los chibchas del valle del río Ariguaní o chimilas.
- Cuna, lengua de los tule, chibchas del litoral.
- Wayunaiki, lengua de los arawacos del desierto de La Guajira.
- Catío, lengua de los chocoes o emberas de los altos Sinú, San Jorge y río Verde.

#### EL CARIBE AFROCOLOMBIANO CONTINENTAL

- Palenquero o criollo de base española.

#### EL CARIBE AFROCOLOMBIANO INSULAR

- Sanandresano o criollo de base inglesa, más inglés y español.

#### EL CARIBE HISPÁNICO O MESTIZO

- Habla guajira: Guajira y Cesar.
- Habla samaria: Magdalena y sur del Cesar.
- Habla cartagenera: Cartagena y sus alrededores.
- Habla sabanera: Córdoba y Sucre.
- Habla barranquillera: agrupa los diversos subdialectos.
- Habla insular: San Andrés y Providencia.

En este mosaico étnico y cultural, la lengua española posee una posición privilegiada como lengua nacional. Hoy, de legado de la dominación española ha pasado a ser el símbolo de identidad caribeña y latinoamericana a la que se le ha impreso toda la creatividad lingüística y literaria, que lo singularizan, que enriquece al español colombiano y que permite las interrelaciones con el resto de Colombia, el Caribe, Latinoamérica y la cultura occidental. Sin embargo, no deja de preocupar que su preeminencia y el que se le suela identificar como instrumento lingüístico de poder y de progreso frente a los otros idiomas, que a su vez aparecen como minorizados, éstos se vayan reduciendo progresivamente, con el consiguiente menoscabo de la identidad cultural de los grupos correspondientes. Por otra parte, en las últimas décadas, el español ha ayudado a forjar las realidades de las comunidades indígenas y criollas que si bien están dispuestas a fortalecer su independencia cultural, no existe duda de que el manejo de la lengua española se ha convertido en una necesidad, sobre todo para quienes están ubicados en las zonas de aculturación y aquellos que deben establecer relaciones con la administración nacional. Es en realidad la necesidad del acceso a la lengua de la sociedad nacional, en la que están escritos muchos documentos que necesitan manejar, por ejemplo, los títulos de propiedad del resguardo; la lengua de los mestizos con los que tienen intercambios comerciales; la lengua de la administración nacional; de las entidades educativas. Sin embargo, y aunque no existen estudios al respecto, creemos que en algunos monolingües de español está surgiendo actualmente el fenómeno psicológico que podríamos llamar «miedo» a quedar marginado de las comunidades si no se recupera el dominio de las lenguas autóctonas. Este sentir empalma con una corriente importante de recuperación de la lengua que se manifiesta en todas las comunidades indígenas del país.

### LUEGO DE QUINIENTOS AÑOS DE MUTACIONES LINGÜÍSTICAS

En el panorama nacional, la región Caribe sigue siendo una de las zonas de mayor diversidad genética y cultural del país. La megabiodiversidad que la convierte en una copia a escala menor del planeta, con múltiples

accidentes geográficos, los cuales permiten una primera subclasificación de la zona en insular y continental. La insular, constituida por cayos, archipiélagos, islas e islotes, de los cuales el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina conforma el conjunto mayor. La continental, constituida por:

- La banda litoral en la que confluyen cuatro hoyas hidrográficas: estrella de la Sierra Nevada de Santa Marta; confluencia de los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge; río Sinú y río Atrato; las cuales posibilitan segmentar el litoral en semidesierto de La Guajira, bajo Magdalena, Golfo de Morrosquillo y Golfo de Urabá.
- La llanura interior y las sabanas del sur matizadas por serranías costeras: Serranía de Macuira, Serranía de Cusina, Sierra Nevada de Santa Marta, Serranía de Piojó, Montes de María, Serranía del Darién y al sur las últimas estribaciones de los Andes que separan la región caribe del interior del país, como son la Serranía del Perijá en los Andes orientales (frontera con Venezuela), Nudo de Paramillo, Serranías de Abibe, San Lucas, San Jerónimo y Ayapel que cierran la llegada de los Andes centrales y occidentales a la región.
- La Depresión Mompoxina y La Mojana, zonas de tierras bajas inundables, que contienen un inmenso lago mediterráneo de aguas dulces constituido básicamente por la confluencia de los ríos San Jorge, Cauca y Cesar en el Magdalena, y las ciénagas de Zapatosa y Ayapel, entre otras.

En los albores del siglo XXI, el Caribe colombiano podría caracterizarse como una región de vocación multilingüe, la que adquirió desde sus orígenes, mucho antes de la llegada de los españoles. Constatan esta afirmación, el hecho de que cinco siglos de mutaciones culturales no han impedido que del legado amerindio, ocho lenguas indígenas de uso cotidiano y dos rituales, con diferentes grados de vitalidad y vigencia, continúen utilizándose; tampoco, que del cúmulo de lenguas que llegaron con los africanos, enriquezcan el panorama lingüístico dos lenguas criollas. A esta herencia hay que añadir el español con sus múltiples variedades, de acuerdo con las diferentes regiones. Considerado lengua regional, debido a la importancia que ocupa en la identidad social de sus hablantes y a la promoción y los privilegios de que ha gozado desde la Colonia.

Los idiomas indígenas se agrupan en cuatro familias lingüísticas, producto de antiquísimas migraciones amerindias que se dieron desde el norte: las ramas arawaca y caribe, provenientes de las Antillas y las costas venezolanas; el filum chibcha de Mesoamérica; y finalmente el emberacatio, dialecto del embera, del grupo Chocó, que debido a los movimientos poblacionales que se han dado en la Costa Pacífica, hoy se les encuentra en las cabeceras de los ríos San Jorge, Sinú y Verde. Si se toman las ocho lenguas en su conjunto, pueden señalarse comportamientos diversos e interesantes:

- En zonas muy localizadas se conforman continuos lingüísticos como es el caso de las lenguas de la Sierra Nevada de Santa Marta (kogui, ika, damana, tezhua y terruna/chimila) en las que es posible apreciar rasgos comunes que han permitido plantear su pertenencia a la familia chibcha.
- En cambio, el yukpa, último reducto de la familia caribe en el norte de Colombia, haría pensar que los indicadores de parentesco genético están atomizados, ya que el carijona, su única lengua hermana en el territorio nacional, se localiza en la Amazonía.
- A partir del wayunaiki y su relación genética con las lenguas arawacas de la Orinoquia, es posible postular rasgos que muestran estructuras subyacentes comunes en un grado de abstracción que a simple vista pasan desapercibidos.
- En la región del Darién y Golfo de Urabá en cambio se encuentran el cuna (chibcha) y el embera (chocó) de origen genético muy distinto.

Los grupos afrocolombianos que conservan lengua diferente al español están en San Basilio de Palenque (cerca de Cartagena), en barrios muy singulares de la misma Cartagena y de BarranCaribe de habla inglesa, aparece el archipiélago de San Andrés con su habla criolla y el inglés sanandresano. Los lingüistas han agrupado sus idiomas en el conjunto de criollos que se desarrollaron en la cuenca del Caribe con la llegada de los occidentales, lo que propició el contacto de lenguas indoeuropeas (español, portugués, francés, holandés e inglés) con africanas (bantúes, kikongas, mandingas, karabalíes). Los criollos colombianos son de base léxica española, el palenquero, e inglesa el sanandresano, encontrándose los elementos africanos en las tramas gramaticales.

De los idiomas de otros grupos africanos que se asentaron en las riberas del Magdalena y al sur de la Depresión Momposina, sólo quedan elementos léxicos, pero las variedades de español que manejan determinan formas diferentes a las encontradas en el español. De otro lado, los indígenas zenúes, que habitan las sabanas de Córdoba y los kankuamos, en las estribaciones sur de la Sierra Nevada, perdieron la lengua materna, sin embargo, el español en que se expresan, presenta modificaciones fonéticas, léxicas, sintácticas y semánticas, aspectos estos que constituyen sustratos propios de las lenguas que perdieron. El español hablado en las poblaciones adyacentes a los Montes de María corresponde a estructuras arcaicas que se manifiestan en las décimas y romances, formas poéticas llegadas con los andaluces.

Los mestizos, el grupo étnico de mayor densidad demográfica, clasificados como campesinos y «citadinos», manejan diversas variedades de español que se diferencian entre sí y del habla andina, por rasgos fonológicos y gramaticales muy marcados. En una especie de diáspora cada uno de los subdialectos del español caribe, extiende sus influencias en diferentes direcciones, encontrándose en los núcleos urbanos, en cuyo caso es-

taría el barranquillero, que manifiesta características de todas las variedades existentes. A esta gama dialectal se adiciona la norma culta o estándar, determinada por los grados de escolaridad que hayan alcanzado los hablantes de la región.

Finalmente, es necesario mencionar también la presencia de colonias de migrantes provenientes de diferentes latitudes, debido a los conflictos y guerras mundiales, lo que añade un matiz más al panorama lingüístico que hemos intentado bosquejar. Entre estos grupos se destacan norteamericanos, franceses, italianos, alemanes y españoles, quienes tuvieron el manejo de la industria y el comercio a finales del siglo pasado y principios del presente; los chinos con sus lavanderías, restaurantes y hortalizas y los árabes –sirios y libaneses principalmente– quienes, quizá por su mayor resistencia al calor, se ubicaron en diferentes regiones desplazando a los europeos y a los chinos e incursionando en las actividades políticas de los últimos tiempos. En forma muy rápida y guardando el tema para otro momento, es entendible que la colonia sirio-libanesa y la hebrea sigan comunicándose en sus lenguas de origen tanto en el seno de la familia como en el ambiente de negocios en que suelen desenvolverse. Finalmente, en campos semánticos muy específicos se constata el uso de léxico de origen árabe en la culinaria, del francés y del italiano en el léxico de la vivienda y del inglés en los deportes, especialmente boxeo y béisbol.

Tal diversidad lingüística, no puede ser considerada un hecho exótico o peregrino, sino como la silueta que el pueblo caribe ha delineado de cara al mundo con sus múltiples etnias, sus culturas y sus lenguas. Propuesta original basada en la diferencia y en la visión múltiple del universo si tenemos en cuenta que en el territorio conviven tres tipos lingüísticos como lo son el amerindio, el afrocolombiano y el indoeuropeo. Rasgo que le confiere singularidad, al no ser compartido por ninguna otra región del país, y ser único en Sur América y el Caribe. Situación lingüística privilegiada, pero paradójicamente, desconocida por los propios caribeños, quienes piensan que el español es la única y valedera lengua regional.

Afortunadamente, en 1991 la Constitución Política declara oficiales todas las lenguas, de acuerdo con el territorio donde sean habladas, además, pasan a ser fundamento escolar según la Ley General de Educación, en los territorios donde sean consideradas como lengua materna, involucrándolas en la transmisión de conocimientos en la escuela y la adquisición de la lectoescritura por las nuevas generaciones, en las diferentes comunidades indígenas y criollas. La toma de conciencia que lentamente ha ido adquiriendo el Estado colombiano sobre la importancia y la riqueza del patrimonio lingüístico nacional, la constatación de la complejidad de sus estructuras por parte de los lingüistas, los múltiples problemas sociolingüísticos que determinan las urdimbres de tal diversidad, los testimonios de las condiciones difíciles en que se debaten sus hablantes y su consecuente peligro de

extinción, inducen, entonces, a la formulación de políticas lingüísticas que preserve y garantice la equidad para su desarrollo armónico.

La ambición de este trabajo ha sido pues, aportar elementos de respuesta a la sempiterna pregunta de quienes estamos construyendo el Caribe colombiano y de aquellos que se interesen por ella: ¿quiénes somos los caribeños? ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos?

Como quiera que por los diversos hechos lingüísticos e históricos presentados, esta región se encuentra en el proceso de construir su propia historia, necesariamente tendremos que afianzarnos en el pasado y asumir que el Caribe existe desde mucho antes de la llegada de los españoles, antes aún de que aquellos indios indomables le legaran su nombre y surcaran sus mares, dibujando su geografía y modelando su historia. El futuro debe basarse entonces, en esa herencia que, desde la antigüedad, incluso desde la prehistoria, lo ha convertido en un mundo de una belleza y de una riqueza excepcionales, de extraordinaria creatividad en su unidad y en su diversidad. En un mundo real maravilloso.

## BIBLIOGRAFÍA

---

Alonso, D. *La base lingüística del español americano*. ELTH, 7-60.

---

Alvar, M. *España y América, cara a cara*. Bello, Valencia, 1975.

---

Aznar, V. E. *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*. Síntesis, Madrid, 1994.

---

Borrego Pla, María del C. *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Sevilla, 1983.

---

Boyd-Bowman, P. *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América*. Instituto Caro y Cuervo, 1964.

---

Boyd-Bowman, P. *Regional origins of the Spanish colonists of America: 1540-1559*. BS, IV (1968), 3-26.

---

Broadbent, S. *Los chibchas. Organización socio-política*. Facultad de Sociología. Universidad Nacional de Colombia. Serie Latinoamericana. Bogotá, Imprenta Nacional, 1964.

---

Cabarcas A. H. *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*. Instituto Caro y Cuervo. Colección Daniel Samper Ortega. Instituto Caro y Cuervo-Biblioteca Nacional de Colombia. Bogotá, 1994.

---

Colon, C. *Diario*. Sarpe, Madrid, 1985.

---

D'ailly, P. *Ymago mundi*. Alianza Editorial, Madrid, 1992.

---

De Aguado, Pedro (Fray). *Recopilación histórica*. Biblioteca de la presidencia de Colombia. Bogotá, 1956.

---

De Friedemann, N. S. Carlos Patiño. *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1983.

---

De Granda. *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispanicos y criollos*. Madrid, 1978.

---

\_\_\_\_\_, Germán. *Lingüística e historia*. Temas afro-hispanos. Valladolid, 1988.

---

De Las Casas, Fray Bartolomé. *Historia de las Indias*. México, Buenos Aires, 1965.

---

Del Castillo N. *Los indios de la provincia de Cartagena*. Boletín de Historia y Antigüedades. No. 752, pp. 53-87, Bogotá, 1986.

---

\_\_\_\_\_, N. *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*. Instituto Caro y Cuervo, 1982.

---

Dittman de Espinel, M. Y Okley Forbes. «Análisis etnolingüístico de la realidad sanandresana». En: *Estudios sobre el español de América y lingüística afroamericana*. Ponencias presentadas en el 45 Congreso Internacional de Americanistas. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. LXXXIII. Bogotá, 1989.

---

Enguita, U. J. M. *Rasgos lingüísticos andaluces en las hablas de hispanoamérica*. HPEA, 85-111.

---

Fernandez de Oviedo y Valdes. *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*. Primeros capítulos concebidos en Santa María la Antigua del Darién. B.A.E., Madrid, 1959.

---

\_\_\_\_\_, *Sumario*. Fondo de Cultura Económica, México, 1950.

---

Gil, J. *Mitos y utopías del descubrimiento*. Alianza, Madrid, 1989.

---

Gómez Plá M. del C. *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*. Sevilla, 1984.

---

Granda, D. *El americanismo en los vocabularios español y portugués*. BRAE, VI (1919), 13-21.

---

Guitarte, G. *Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo de América*. VR, XVII (1958), 363-416.

---

Castellanos, Juan de. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia. Bogotá, 1957.

---

Landaburu, J. «Conclusiones del seminario sobre clasificación de lenguas indígenas de Colombia». En: *Estado actual de la clasificación de las lenguas indígenas de Colombia*. Rodríguez de Montes. M. L (Compiladora). Biblioteca Ezequiel Uricoechea. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1993.

---

Lemaitre, E. *Historia general de Cartagena*. 4 tomos, Banco de la República, Bogotá, 1983.

---

Lopes M, H. *La aventura del español en América*. Espasa Forum, Madrid, 1998.

---

Lledó, E. *Lenguaje e historia*. Santillana. Taurus Bolsillo. Talleres Gráficos de Gráficas Internacional, Madrid, 1996.

---

Megenny, W. *El palenquero un lenguaje post-criollo de Colombia*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1986.

---

Meisel Roca, A. (editor). *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Ediciones Uninorte. Centro de Estudios Regionales. Bogotá, 1994.

---

Montes, J. J. *El español de Colombia. Propuesta de clasificación dialectal*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1982.

Nieves, R. *Un rasgo lingüístico en el español caribe colombiano: geminación de consonantes oclusivas*. (n.p.)

Obregón, Mauricio. *Colón en el mar de los caribes*. Bogotá, 1990.

Patiño R., C. *Español, lenguas indígenas y lenguas criollas en Colombia*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1991.

Pérez, F. Wayunaiki: *Estado, sociedad y contacto*. Universidad de La Guajira, Universidad del Zulia. Maracaibo, 1998.

Platón. *Diálogos*. Tomo III. «Timeo o de la naturaleza» y «Critias o de la Atlántida». Ediciones Universales. Bogotá, Bogotá, 1992.

Robayo, C. *Investigación y asesoría en lingüística para las escuelas yuko*. Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes. Informe de Investigación. Medellín, 1990.

Romero, M. G. *América. De lo real maravilloso*. Instituto Caro y Cuervo. Serie La Granada Entreabierta. Bogotá, 1992.

Romoli, K. *Los de la lengua cueva*. Instituto Colombiano de Antropología. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá, 1987.

Seneca. «*Medea*». Act. 2. En: *Tragedias*. Planeta de Agostini. Los clásicos de Grecia y Roma. Bogotá, 1988.

Simon, Fray Pedro. *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las indias occidentales*. Biblioteca Banco Popular, 1981.

Triana y Antorveza, H. *Léxico documentado para la historia del negro en América. (siglos XV-XIX)*. Tomo I: Estudio Preliminar. Biblioteca Ezequiel Uricochea. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1997.

\_\_\_\_\_, *Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada*. Biblioteca Ezequiel Uricochea. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1987.

Trillos Amaya, M. *Ayer y hoy del Caribe colombiano en sus lenguas*. Observatorio del Caribe-Ministerio de Cultura. Cartagena, (en prensa).

\_\_\_\_\_, *Contextos sociales y lingüísticos del Caribe colombiano*. Becas Héctor Rojas Herazo. Observatorio del Caribe-Ministerio de Cultura. Cartagena, 1998.

Turbay, S. y Amparo Murillo (Coordinadoras y Editoras). *Costa Atlántica colombiana. Etnología e historia*. VII Congreso de Antropología en Colombia. Coimpresos, Medellín, 1994.



---

## EL ACORDEÓN EN EL CARIBE

---

JULIO OÑATE MARTÍNEZ VILLANUEVA\*

Pechichón de los borrachos en los burdeles y los arrabales, prohibido en los clubes sociales por la aristocracia criolla, cálido compañero de los campesinos, contrabandistas y vaqueros, alma de parrandas y de fiestas, hábil animador de corazones, el acordeón diatónico ha sido para los habitantes del Caribe uno de los mejores inventos del mundo.

Gracias a su existencia, ha sido posible no sólo la comunicación cordial entre sus habitantes, sino la conservación y el desarrollo de una tradición folclórica, tanto en nuestro país, como en varias naciones vecinas, en las cuales los intérpretes han podido mostrar sus habilidades en otros géneros musicales muy diferentes a pesar de ejecutarse con el mismo instrumento.

Casi simultáneamente a la aparición de los más grandes acordeoneros que han recorrido palmo a palmo la múltiple geografía del Caribe colombiano, llevando las crónicas regionales, los episodios costumbristas y las historias de amor, en fin, el mensaje de la música vallenata, a lomo de bestia por los montes y desiertos o en chalupas por las ciénagas y los ríos, en las islas y las costas bañadas por el mar Caribe han florecido numerosos intérpretes del arrugado instrumento, algunos de los cuales han disfrutado de un reconocimiento continental.

Las palabras que siguen, aspiran a presentarles y a resaltar algunos de los más importantes, con la finalidad de ampliar las perspectivas y las referencias en relación con nuestra música de acordeón que nos ayuden a una interpretación y una valoración de la misma, mucho más profunda y universal. Si queremos entender y explicarnos el auge actual del vallenato es preciso examinar no sólo sus raíces históricas, culturales y sociológicas y, su evolución, sino también sus relaciones con el entorno musical del Caribe.

Como bien lo vieron Daniel Samper Pizano y Pilar Tafur en su libro *100 años de vallenato*, esta expresión musical que se ha convertido en símbolo regional y patrimonio nacional «forma parte del gran sistema de música mestiza que formó en la hoya del mar Caribe, la confluencia de indígenas, españoles y negros».<sup>1</sup>

---

\* Julio Oñate Martínez. Villanueva, La Guajira., 1942. Ingeniero Agrónomo de la Universidad del Tolima en 1968. Compositor con más de 60 canciones grabadas por los principales conjuntos vallenatos del país y orquestas del exterior. Ganador de la Canción Inédita del Festival de la Leyenda Vallenata en Valledupar en 1977. Tiene en prensa el libro *De Buitrago al Festival Vallenato* en el cual consigna los resultados de diez años de investigación acerca de la historia fonográfica de la música vallenata desde los inicios de la radio en la Costa hasta 1968. Presentador del programa de televisión «Estelares del Vallenato», posee también la colección más completa de música del Caribe colombiano. Artículos suyos se han publicado en periódicos y revistas de la Costa y del exterior. En la actualidad proyecta con el gobierno departamental del Cesar la creación del Museo de la música vallenata.

1 Daniel Samper Pizano y Pilar Tafur. *100 años de vallenato*. MTM, Bogotá, 1997, p. 45.

Sin lugar a dudas es esta isla donde por primera vez pisa el acordeón tierra americana. Investigadores de tanta prestancia como el profesor Luis Alberti, aseguran que ya para 1875 los músicos nativos de ese país pulsaban el acordeón, acompañado de güiro y tambora especialmente para la interpretación de merengues, pambiches y jaleos, en festividades bailables de origen campesino, sobre todo en la región de El Cibao, donde los bailes eran «a piso e tierra». Esta modalidad se conoció bajo la denominación de «perico ripiao».

Entre los músicos dominicanos que han alcanzado cimas de virtuosismo con el acordeón podemos citar los siguientes:

Isaías «Tatico» Henríquez, quien popularizó una serie de temas con el Trío Reynoso, como el famoso *Chucuchucu*, que en nuestra costa Caribe ha llegado a convertirse en una especie de hijo adoptivo, puesto que es de presencia obligada en estaderos, reuniones de coleccionistas, eventos musicales de la vieja guardia, etc.

Bartolo Alvarado, conocido popularmente como «el cieguito de Nagua», es quizás el único acordeonero en el mundo que puede tocar con la boca, la que coloca sobre el caballete donde van los botones, a los que va accionando mediante una fabulosa combinación de movimientos de apertura y cierre de los maxilares y cambios de posición, al tiempo que, con la mano izquierda, pulsa los bajos.

Dionisio Meji, mejor conocido como «Guandulito», se le considera el decano de los acordeoneros dominicanos. Tanta ha sido la importancia que se le concede a su trabajo musical que el consagrado Wilfrido Vargas, aprovechando las posibilidades que ofrecen los adelantos tecnológicos, como un merecido homenaje al desaparecido artista, aprovechó una vieja grabación de la que tomó como base el acordeón y la voz de «Guandulito», y con el acompañamiento de su gran agrupación orquestal realizó una nueva versión que hace de este músico insigne un contemporáneo de todos nosotros.

Algo similar ocurrió en nuestra música vallenata, cuando Jorge Oñate, para rendir homenaje a otro grande de la música, tomó la pista de la canción *La cachucha bacana*, grabada en el sello CBS por Alejandro Durán, para dar la impresión de estar cantando con el acompañamiento del «Rey negro» del Acordeón.

King de La Rosa. Un acordeonero excepcional. Conocido popularmente como «manos biónicas» impresiona de verdad por la energía endiablada y la velocidad con la que este mago del acordeón realiza sus ejecuciones: la mente no alcanza a seguir la evolución de una secuencia musical cuando ya King está desarrollando otra. Un hermano suyo, Arsenio de La Rosa, muy destacado también, sigue sus pasos triunfales.

Rafaelito Román: perteneciente a las nuevas generaciones, de acuerdo con el comentario de sus paisanos, este intérprete podría superar a sus antecesores.

María Díaz, reconocida como «La reina del merengue cibaño» o «La dama de Nagua» junto con Fefita La Grande, estas intérpretes del acordeón se presentaron, causando gran sensación, en un Festival de Música del Caribe en Cartagena, a comienzos de la presente década.

Vale la pena destacar que todos los acordeoneros citados, son además buenos cantantes y compositores de la mayoría de los temas que interpretan. Sin embargo, es preciso aclarar dos hechos. Uno: que la velocidad y el vertiginoso ritmo que le imprimen al merengue tradicional son posibles porque utilizan siempre acordeones pequeños de dos hileras, lo que les permite mayor facilidad en los movimientos del fuelle. Y dos: que pese a su velocidad y energía no logran ni la versatilidad ni la riqueza melódica de los acordeoneros vallenatos.

Capítulo aparte merece Angel Viloría, quien le abre las puertas a la música vernácula dominicana en el extranjero, a pesar de que el acordeón que él interpretaba era de teclas o acordeón piano. Al acordeonero Viloría se le deben las primeras grabaciones del merengue con acordeón en Nueva York y fue prácticamente quien popularizó este formato musical en Colombia.

Otros nombres de reconocidos acordeoneros en el suelo dominicano son Isidoro Flores, Manuel Santana, Nicolás Gutiérrez y los hermanos Martínez.

Finalmente, hay que reconocer que el único acordeonero colombiano, capaz de competir en velocidad, en la ejecución del instrumento con los acordeoneros dominicanos es Aníbal Velásquez, nuestro mago del acordeón.

## PANAMÁ

Otro país muy rico en esta tradición musical. Por haber formado parte de Colombia no es extraño que la música folclórica del istmo sea interpretada principalmente con acordeón de tres hileras, al igual que entre nosotros. Entre los acordeoneros panameños más reconocidos figuran:

Dorindo Cárdenas, conocido en su país como el «poste de macano negro», es el más veterano maestro en el acordeón. Compuso la famosa página *Festival en Guararé*, otro de los temas que, por decisión popular, ha adquirido la nacionalidad colombiana. Dorindo ha grabado, ateniéndose a los cánones, varias piezas populares del Caribe colombiano como

*Así soy yo, Sin ti y 039*. Alfredo Gutiérrez lo conoció en Panamá y se hicieron amigos y lo ha invitado al país, lo cual ha permitido que Dorindo haya estado presente en varios festivales vallenatos.

A Oswaldo Ayala se le puede considerar como el Alfredo Gutiérrez panameño, por el dominio absoluto que exhibe del instrumento. Recientemente Rubén Blades realizó una grabación donde agregó a su orquesta el acordeón de Oswaldo Ayala. Popularizó una página titulada *La linda Ballesteros* muy reconocida en nuestro país desde cuando la impuso el famoso indio Pastor López con su conjunto. Ayala es también el compositor de *Anhelos* un pasebol de permanente vigencia en la versión de Alfredo Gutiérrez.

Actualmente la pareja formada por el acordeonero Sammy Sandoval y su hermana Sandra es la locura en Panamá y son conocidos como los Pimpinela, por el estilo de lírica dialogada similar al del dueto argentino.

Acordeoneros de reconocida trayectoria como intérpretes y compositores, verdaderos juglares del hermano país en la interpretación de la cumbia panameña cuya estructura es similar a la del paseo vallenato, son Jim Carrizo, Alfredo Escudero, Ceferino Nieto, Chilo Pitty, Didimo Dueñas e Inocente Zanjur. Este último es, hasta el momento, el único acordeonero profesional que toca el acordeón con la mano izquierda en la República de Panamá.

Los acordeoneros panameños a diferencia de los acordeoneros vallenatos al pulsar los pitos utilizan los cinco dedos de la mano, lo cual, desde la perspectiva nuestra, se considera poco elegante. Por otra parte, todas sus canciones son compuestas en tono menor, lo que les da un toque triste, bastante nostálgico, con remotas reminiscencias andinas, a pesar de ser Panamá un país plenamente costeño con salida a dos mares.

## PUERTO RICO

En la isla de Borinquen existe un aire folclórico, la plena, que tradicionalmente se interpreta con el acordeón como instrumento líder. Este aire musical aparece desde comienzos de siglos en la ciudad de Ponce, al sur de la isla, el punto más cercano a República Dominicana, este hecho explica la presencia del acordeón en su formato.

Especial reconocimiento merece Manuel Jiménez, «Canario», legendario y fecundo compositor y panderero que, por los años 20 popularizó la plena en el mundo entero con la presencia de un acordeón dentro de su agrupación. El «Canario» fue quien por primera vez grabó una plena en la RCA Víctor de Nueva York en 1927.

Ismael Santiago, es quizás el acordeonero más reconocido en la Isla de Borinquen cuando de interpretar la plena tradicional se trata.

Nieves Quintero, es es un virtuoso del cuatro portorriqueño, pero realiza grabaciones con un grupo que se llama Nieves Quintero y sus campesinos, donde siempre hay presencia del acordeón en la plena.

## ANTILLAS MENORES

En esta cadena de islas hay algunas en las que el acordeón es tan popular como en Francia, especialmente, alrededor de los criollos descendientes de esclavos que trabajaron en plantaciones francesas. Podemos citar el caso de Dominica, en las cuales hay un grupo, cuyo nombre artístico es Jing Ping Band en el cual el acordeón es acompañado por el tambor, el güiro y el boom boom, que es una caña de bambú sin hoyos para los dedos, de aproximadamente 4 a 5 pies de largo y 3 a 4 pulgadas de grosor, que se sopla como una tuba. Este grupo interpreta merengues y calipsos.

## ARUBA

Tiene su representación en Vicente Kelly, quien en 1996 fue invitado por la Fundación Festival Vallenato y realizó una presentación en la Tarima Francisco El Hombre de la plaza Alfonso López, donde además de interpretar aires nativos de su tierra, se lució tocando aires vallenatos dentro de los cánones tradicionales.

## HAITÍ

Mucho más cadencioso y melodioso que el de su homólogo quisqueyano, el merengue haitiano añade a la instrumentación básica de acordeón, güiro y tambora, la presencia del saxofón o de la trompeta y, en algunos casos, de la guitarra y del bajo. Entre los grupos más notables de este país figura Nemours Jn. Baptiste. Miembro de las mejores y más grandes orquestas de Haití, se trata de un músico de experiencia larga y variada. El anuncio de sus presentaciones es una garantía de éxito. Cuando se inauguró el Club «Aux Calebasses», en Port-au-Prince, Nemours disfrutó del privilegio de que su orquesta, «Ensemble aux Calebasses» fuera la primera contratada por ese establecimiento. Después de un tour próspero por los Estados Unidos, al regresar a Haití se encontró con que el nombre del club había sido cambiado por el de «Palladium», razón por la cual decidió llamar a su grupo «Nemour JN Baptiste y su Ensemble».

En este país se destacan asimismo Pepe Bayard y Les Princes de Port Au Prince. Este último grupo interpreta con el acordeón no sólo merengues, sino también calypsos y contradanzas.

Otro país de la Cuenca del Caribe con gran importancia respecto al acordeón. En la región norteaña teniendo como epicentro la ciudad de Monterrey, es muy común la interpretación de polkas mexicanas, valeses, redovas, huapangos, corridos, shotis, etc., utilizando como instrumento básico el acordeón con una particularidad: los intérpretes de esta nación no utilizan los bajos del acordeón, lo cual los ha llevado inclusive a eliminarle esos botones al instrumento. Entre los más destacados intérpretes figuran:

Don Pedro Ayala, reconocido como «El monarca del acordeón». Es un compositor muy fecundo, pero casi todas sus obras son instrumentales.

Rafael Silva, ha sido varios años campeón nacional de la Polka Norteaña. Su versión de *Atotonilco* es magistral y en México posee el valor y la consideración de un himno folclórico.

Los tigres del Norte, por allá a comienzos de los 90 popularizaron un tema titulado *La banda del carro rojo* que sonó mucho aquí en el país.

Los alegres de Terán, tienen un verdadero perfil continental cuando de música norteaña se trata. Son figuras que han brillado por varias décadas y quizás los más conocidos en nuestro medio.

El palomo y El gorrión, son unos verdaderos ídolos en este género popular en el suelo Mexicano.

Las potranquitas del Norte, algunos miembros de este conjunto son agraciadas mujeres que cautivan por su voz y la coreografía con que matizan las polkas que interpretan.

Otros nombres de destacados grupos de música norteaña en los que el acordeón es el instrumento líder son: Los invasores de Nuevo León, Los cadetes de Linares, Los Barón de Apodaca, Los chiveros de Eleázar García, Roberto Pulido y los clásicos, Carlos y José. Hay asimismo otro par de acordeoneros sobresalientes: Ramón Ayala, Beto Prado y el popularísimo «Flaco» Jiménez quien ha sido galardonado varias veces a nivel internacional.

Esta modalidad de la música norteaña se ha convertido en un emblema de México, un caso muy parecido al de Colombia con la música vallenata. No por casualidad México y Colombia son los dos países que tienen mayor mercado de acordeones en el mundo.

## ESTADOS UNIDOS

Allende el Caribe, ya en el Golfo de México, en el Suroeste del estado de Luisiana, en el gran país del Norte, en la zona rural de New Orleans y La Fayette, existe un género musical conocido como *zydeco*, el cual

presenta en su organología un acordeón similar a los nuestros, tambor y un idiófono de fricción, que es una lámina de metal provista de ranuras que se rasga con un trinche o un cuchillo también metálico produciendo un sonido casi idéntico al de la guacharaca. Es un género musical eminentementeailable, muy festivo, que tradicionalmente se canta en creolle. El artista más importante en la escena de hoy es Stanley Dural, más conocido como Buckwheat, quien canta en creole, en inglés y francés. Este intérprete ha popularizado el *zydeco* en Estados Unidos, Canadá y África.

El término *zydeco* viene de una pronunciación criollizada de «les haricots», de una vieja canción *Les haricots sont pas sales* (Las habichuelas no son saladas). La palabra «Zydeco» es normalmente pronunciada con el acento en la primera sílaba. La música zydeco es una de las pocas formas musicales originales americanas que permanecen genuinas y vivas. Casi todos los pueblitos de la zona rural en torno a La Fayette tienen al menos un club de zydeco en los que se reúnen gentes de todas las edades para beber y bailar.

### EL ACORDEÓN EN EL CARIBE COLOMBIANO

Sin lugar a dudas es Colombia el país americano donde el acordeón ha tenido más arraigo hasta el punto de que aquí se fabrican, con las mismas especificaciones de la casa productora en Alemania, aunque de manera artesanal, los acordeones. Tanta ha sido la importancia (y el consumo) de este instrumento que recientemente los acordeones vienen con los colores de la bandera colombiana en el fuelle.

El ingenio de nuestros artesanos ha encontrado en el acordeón una buena ocasión para manifestarse, pues logran producir tonalidades que van más allá de las originales germanas. Entre los fabricantes de acordeón se destacan Ramón Vargas y Rufino Barrios. Pero han habido también los arregladores que transforman la tonalidad que el acordeón trae de la fábrica para adecuarla a las características de un determinado cantante. Entre los que arreglan acordeones sobresalen Calixto Ochoa, Ovidio Granados, Chema Martínez, Sigifredo Rodríguez, Ismael Rudas, padre, entre otros.

El encuentro de las culturas europea, africana e indígena en nuestro suelo produjo una forma de expresión musical conocida hoy como vallenato, la cual contempla cuatro aires tradicionales: puya, merengue, paseo y son. Por su riqueza tanto literaria como musical esta expresión musical ha logrado traspasar nuestras fronteras permitiéndonos ganar un espacio cultural en los países del mundo hispano.

Pero el acordeón no ha sido sólo el vehículo de esta expresión musical, sino que también ha sido utilizado para otros ritmos de la costa –porro,

fandango, cumbia, paseaito, pasebol, chandé— así como para la adaptación de piezas pertenecientes al folclor llanero y andino a nuestros aires musicales, así como de música extranjera.

## OTROS ÁMBITOS DEL ACORDEÓN

Recientemente nos hemos enterado gracias a un CD editado por Radio Francia de la existencia de un género musical llamado *Funana* presente en las islas del Cabo Verde en el sur de África. Centro para el comercio de esclavos en el Atlántico, las Islas del Cabo Verde, colonizadas por los portugueses, se convirtieron en un «laboratorio humano» en el cual la fusión de las culturas europeas y africanas trajo consigo un nuevo idioma, el creole, en el que está basada la identidad de un pueblo que escogió la música y la poesía como vehículos para la expresión de su vitalidad enfrentada con las tribulaciones de la historia.

La isla de Santiago, la más grande del archipiélago y la primera en ser colonizada, y hoy en día la de mayor población, fue el centro de la agricultura. La mayoría de los esclavos importados de Guinea, Senegal, Sierra Leona o Angola terminaron allí. Amenazados por los piratas, las sequías y las hambrunas, muchos escaparon hacia el interior y se refugiaron en los valles. Estos fugitivos contribuyeron al mantenimiento de claros rasgos africanos en la población negra de Santiago, mientras que en las otras islas estas características eran atenuadas por el mestizaje. Despectivamente conocidos como «vadiu» o vagabundos, este término se transformó en «badiu» para designar la cultura del interior de Santiago.

Desdeñada por su «primitivismo», que el Gobierno y la Iglesia han querido erradicar por asociarlo al África, esta cultura ha sobrevivido en la clandestinidad, en la que ha forjado medios propios para expresar su condición. Por ejemplo, como los tambores eran prohibidos, las mujeres se quitaban los taparrabos, los enrollaban, los sostenían entre los muslos y batían sobre ellos sus ritmos, conocidos como batuque, los cuales servían de apoyo a improvisaciones por hombres y mujeres cantantes que transmitían mensajes morales a la comunidad. Este estilo de canto, mascullado y gritado, se conocía como finacon y su repertorio incluye cumplidos a los que dan fiestas, consejos matrimoniales, críticas a los poderosos, sátiras, reprensiones por el mal comportamiento y alusiones impertinentes.

Es interesante leer la historia de esta expresión musical cuya trayectoria se asemeja en muchos puntos a la historia del vallenato. Veamos lo que dice al respecto el folleto acompañante del CD:

*No hay documentos o grabaciones para dar testimonio acerca de los orígenes y naturaleza del Funana, anterior a la independencia*



*del país en 1975. Uno solo puede imaginarse que nació al principio de este siglo, cuando el acordeón fue importado en las Islas del Cabo Verde. El Funana es el resultado del secuestro de este instrumento europeo por la población negra marginada. Inicialmente, los acordeoneros serían llamados para las mismas ocasiones que los grupos de Finacon: bautizos, fiestas religiosas, bailes, matrimonios. Para algunos detractores, sinónimo de «fiestas malignas donde se tocaba el acordeón» o «música para los rufianes que beben y asesinan», el Funana, vehículo de un fuerte erotismo –lo bailan parejas abrazadas moviendo la cadera con exceso– es considerado como una forma de vida, la propia de los músicos que vagaban a pie a través de la extravagante geografía del país, y pasaban la noche con quien los recibiera, entreteniéndolo a la gente con su música e involucrándose en incontables lances amorosos.<sup>2</sup>*

En 1975, al proclamarse la independencia, los valores del funana fueron reconocidos como símbolo de resistencia al poder colonial. Entonces las pocas figuras notorias de este arte rural fueron elevadas al rango de héroes y los artistas jóvenes las tomaron como modelos de inspiración.

El padre del funana es Gregorio Vaz, conocido como Kodé di Dona («el más joven de la señorita (de su madre)» quien a los diecisiete años cambió un barril de maíz por su primer acordeón. Compositor, convierte su experiencia en lección de vida, cantada con voz ronca por el ron y quebrada por la miseria que describe, pero paradójicamente bailada con alegría por las parejas.

La instrumentación acompañante del acordeón en este ritmo presenta también una similitud con el formato del vallenato. El ferrino o reco-reco es una barra de hierro que se raspa con un cuchillo de cocina.

## DOS PAÍSES SIN ACORDEÓN

Dentro del periplo sonoro que por las tierras del Nuevo Mundo tuvo el acordeón, en el área del Caribe encontramos dos países en los que no sacó nota: Jamaica y Cuba. Es posible que en Jamaica, se deba a la influencia inglesa determinante en todos los niveles de la sociedad. En el caso de la música, aunque ligada a actitudes religioso-políticas como la que encarnan los rastafaris, se puso de manifiesto en la adopción de la guitarra como el instrumental fundamental.

La otra excepción, como se dijo, es Cuba. Aunque en una grabación del trío La Rosa para el sello Panart, LP 2012 realizada en Cuba se incluyen dos temas colombianos, *La Chencha* firmada por José María Peñaranda, (aunque las investigaciones recientes establecen que el autor de esta composición es el legendario Sebastián Guerra y la respuesta a *La casa en el*

---

<sup>2</sup> Jean-Yves Loude, *Cap-Vért-Le Funana de Kodé di Dona*, Radio Francia, París, 1996, pp. 2-3.

*aire* de Alberto Fernández en los que se nota la presencia secundaria del acordeón, lo cierto es que en ninguna parte de su rica y por momentos prodigiosa geografía musical se presentan ritmos que utilicen el acordeón como instrumento principal. Allí se desarrollaron géneros con el violín e incluso con el órgano que posee una versión local en la provincia de Oriente. En Cuba, la influencia francesa permitió que el formato de la charanga se fortaleciera y sirviera para amenizar ambientes festivos generando también ritmos de gran contenido popular como el *sucu-sucu*.

Valdría la pena profundizar específicamente sobre esta situación ya que Cuba ha sido la más grande fuente generadora de ritmos –el son está en la base de la mayoría de la músicaailable del Caribe– y de incorporación de instrumentos cotidianos a la organología caribeña. Nos llama la atención que siendo el acordeón tan versátil no hubiese conquistado el aprecio de los músicos de esta isla.

El acordeón ha sido un viajero infatigable, errante impenitente como el mar Caribe, por lo que no deja de ser sumamente extraño que no hubiese recalado en Cuba, isla que estuvo siempre abierta a través de la historia a las nuevas tendencias en el campo del arte. No obstante lo anterior, este instrumento ha cumplido la gran función de consolidar una identidad regional en la diversidad, lo que se ha puesto de manifiesto en las múltiples respuestas musicales de los habitantes del Caribe al reto europeo del acordeón. Asimismo este instrumento ha probado una maravillosa nobleza y humildad así como una inmensa capacidad para el diálogo de las culturas, como se puede apreciar en la fluidez con la que ha podido comunicarse con los instrumentos africanos e indígenas.

Si la música es considerada la más sensitiva y popular de las artes, el acordeón ha demostrado que, en manos de auténticos virtuosos, se constituye en uno de los instrumentos más versátiles que existen. Viajero incansable que acompaña al sentimiento en cualquier latitud es y nos ha permitido ser, como hemos querido demostrar, ciudadano del mundo.

---

## VALLENATO SABANERO

---

ADOLFO PACHECO ANILLO\*

### I

Antes de entrar en materia es preciso examinar el significado de los términos ‘vallenato’ y ‘sabanero’ tanto juntos, es decir, en relación, como separados. ‘Vallenato sabanero’ es una expresión creada, a finales de los sesenta, por la investigadora folclórica Consuelo Araújooguera, para designar el estilo interpretativo tanto en la vocalización como en el acompañamiento musical del acordeón que los acordeoneros del viejo Bolívar le imprimían a los cuatro ritmos que la estudiosa valduparense postulaba como oriundos de la tierra vallenata: paseo, son, merengue y puya.

Si nos remitimos a la historia veremos que el término vallenato ha vivido toda una metamorfosis en su significado. En principio tenemos el vocablo ballenato –con b– referido al hijo de la ballena que nace pintado con rayas. Como éstas se parecen a las que se producían en la piel de quien era picado por un mosquito proliferante en La Provincia a principios del siglo pasado, el cual originaba la enfermedad conocida como carate, por analogía, si bien de manera sarcástica, el término se aplicó a los hombres que padecían esa enfermedad cutánea. Con el tiempo, la semántica popular transformó el término hasta abarcar no solo a los pintados sino a todos los habitantes de La Provincia de Padilla, región en la que la enfermedad se daba de manera abundante. El término hizo escuela en las demás regiones, sobre todo en la zona bananera, epicentro convergente de muchos brazos laboriosos de toda la costa. Aunque Valledupar no era capital de departamento, sí constituía un centro cultural que brillaba con luz propia. Tal vez, por asociación de ideas, muchos confundieron el término con el gentilicio de esta bella ciudad y al escribirlo cambiaron la b por v originando el término que se utiliza hoy. Lo cierto es que el vocablo terminó aplicándose de manera preferencial a los nativos de Valledupar.

Los acordeoneros de antaño cuyo arte, en vez de unirlos como hoy, los enfrentaba, se aplicaban entre sí, en las famosas piquerías, ciertos epítetos descompuestos con la intención de ofenderse tales como «negro yumeka», «tigre de la montaña», «negro maldito», «rana blanca», etc. El término predilecto de los bajeros (Magdalena) y de los sabaneros (viejo

---

\* Adolfo Pacheco Anillo. San Jacinto, Bolívar (1940). Abogado de la Universidad de Cartagena, diputado por Bolívar y por Atlántico, profesor de Matemáticas. Caso singular dentro de la historia de la música vallenata, compositor, intérprete, investigador. Su composición *La hamaca grande* una de las grandes piezas del folclor caribeño colombiano se convirtió en un himno regional. Otros canciones suyas destacadas son *El mochuelo*, *El pintor*, *Mercedes*, *Te besé*, *El viejo Miguel*, *El profesor*, *Gallo bueno*, *Mi niñez*, *El tropezón*, *Oye*, *El desahuciado*, *El rey Midas*. Recibió el galardón musical en el Festival de Cine de Cuba por la banda sonora de «La boda del acordeonista». Ganador en dos ocasiones del Festival de la Cumbia en El Banco y una del Festival del Acordeón sabanero de Sincelejo. Fue el creador del Festival de Artesanías de San Jacinto.

Bolívar) para burlarse de los provincianos (cesarenses y guajiros) era «vallenato». Adquiere así la palabra un tinte despectivo, como si se aludiera a gente de baja condición social. No obstante, cuando el oficio de los acordeoneros es aceptado socialmente y los músicos pueden entrar a los clubes y a las reuniones de políticos prestigiosos y de altos dignatarios, cuando las canciones y sus personajes se dan a conocer más allá de las fronteras de la localidad, entonces se asume con orgullo el viejo término despectivo que ahora se ha vuelto sinónimo de distinción. Este uso de la palabra mantiene hoy su vigencia.

En su evolución, el término rebasó su carácter de gentilicio, aplicable a los nativos de la provincia y se extendió a una manera específica, sui generis de interpretar el acordeón y de componer y cantar versos. Así, por ejemplo, cuando se afirma que Juan Muñoz toca vallenato, él término ya no es gentilicio, sino que designa una manera de ejecución en el acordeón de ciertos ritmos que, de acuerdo con Consuelo Araújooguera, sólo se aplica a los cuatro aires canónicos: paseo, merengue, puya y son.

Si un acordeonero interpreta con su instrumento un aire diferente –bole-ro, ranchera, porro, cumbia, gaita, paseíto, fandango, pasaje, etc.– se considera en Valledupar que ese músico no toca vallenato. De esta manera la palabra ya no designa ni un gentilicio ni un estilo sino un ritmo.

Pero también se usa el término vallenato para distinguir un tipo específico de conjunto musical compuesto por acordeón caja y guacharaca: el conjunto vallenato. Aquí el término alude, pues, a un formato musical y así es corriente escuchar, por ejemplo, que Toño Salas viene con su conjunto vallenato.

En síntesis, el vocablo ‘vallenato’ presenta al menos cuatro acepciones: gentilicio, estilo de ejecución del acordeón, ritmo y formato musical. Así, parodiando las clasificaciones de Consuelo Araújooguera en su libro *Vallenatología* es posible afirmar que Lorenzo Morales es un vallenato-vallenato-vallenato-vallenato, porque nació en la Provincia, toca ese estilo, interpreta los cuatro ritmos y su agrupación musical corresponde al formato del conjunto vallenato.

## II

Pasando al segundo término tenemos que sabanero designaba, desde nuestra perspectiva, a los habitantes pertenecientes a ese vasto territorio de sabanas comprendido por Corozal, Sampués, Tolú, San Pedro y Magangué que llegaba, por un lado, hasta los límites de los ríos Magdalena, San Jorge y Sinú, y, por el otro lado, al mar. En esta amplia región se integraban varias subregiones con diversas denominaciones: a los bañados por el río Sinú se les llamaba sinuanos; a los del bajo Magdalena,

bajeros; y montañeros a los del centro y de las Montañas de María. A la zona comprendida entre el Canal del Dique y el río Magdalena, ligeramente diferente, pertenecía el departamento del Atlántico, que se había desprendido del viejo Bolívar. Este término sabanero, que no es despectivo, se utiliza para designar a todos los que habitan o nacieron en el ámbito geográfico antes mencionado como calificativo o gentilicio de una sola región. De acuerdo con esta acepción, atendiendo a las subregiones, Julio de la Ossa y Alfredo Gutiérrez son sabaneros; Andrés Landero y Lisandro Meza son montañeros y Freddy Sierra es sinuano. Como se ve Consuelo Araújonoguera al adoptar el término sabanero, lo hizo en su sentido genérico para designar a toda una región y de ahí lo de vallenato sabanero para designar al que no es vallenato bajero ni vallenato vallenato y que, según la clasificación de «La Cacica», se extiende incluso hasta Barranquilla, para abarcar a Alberto Pacheco. Pero, musicalmente, en el acordeón ¿qué es un sabanero?

Cuando llegó el acordeón a las sabanas asimiló ritmos europeos como el vals, la danza y la contradanza, ritmos nacionales como el bambuco y el pasillo en mayor, algunos ritmos cubanos que interpretaban los sextetos como el son y la guajira, ritmos mexicanos como la ranchera y el corrido, y ritmos regionales del Caribe colombiano como la cumbia, el porro, el fandango, el bullerengue, el mapalé y el chandé. De la mezcla y combinación de todos estos ritmos se fueron dando a principios del siglo XX híbridos como el paseo, que se asemejaba a los ritmos cubanos, al porro y a la cumbia de los pitos, y el merengue, emparentable con el bullerengue y el fandango.

En sus momentos iniciales, al acordeón en la sabana lo acompañó un conjunto compuesto por redoblantes, bombo, platillos y maracas. El llamado de la gaita y el tambor grande así como la guacharaca fueron reemplazando sucesivamente al redoblante, al bombo y al platillo y las maracas. Alejandro Alandete, en San Jacinto, Poldo Salazar en Sincelejo y Benito Arrieta en Mahates, fueron los acordeonistas de la primera generación que esbozaron los primeros conjuntos típicos de esa región. La generación posterior, a pesar de la poca consideración que se tenía por el instrumento y su acompañamiento, dejó algunas melodías sin letras hoy desafortunadamente perdidas y algunos versos sin mayor trascendencia. Por ejemplo, un paseo de Pedro Arrieta en el 36 que decía «*Tancredo me quiere mucho, / Tiburcia me quiere más, / Tancredo me da los huesos, / Tiburcia las empanás*». Otra estrofa, de un merengue de Néstor Lora, decía: «*Yo soy Néstor Lora, / me dicen el diente de tolúa, / me gusta la seño Dioselina / porque tiene las patas pelúas*».

En realidad, fue la Zona Bananera, enclave al cual concurrían acordeonistas de todas las regiones, el ámbito donde se intercambiaron estilos e influencias en los primeros 30 años del siglo pasado. Hacia los años 30, en la sabana, ya están definidos en el acordeón los híbridos, paseos y merengue, como un estilo cancanado o acachacado, al decir de algunos

investigadores, asociable con el estilo musical de José María Peñaranda, así como el porro, la cumbia, cantos indios con y sin letras y los famosos raspacanilla de la «sabana».

El son llega a la Sabana en los años 40 a través de su creador, Francisco Rada, natural de Las Mulas, caserío de Plato, Magdalena. La puya también la introdujeron Pacho Rada y Carlos Araque, pero no se alcanzó a tipificar en la Sabana por esa época.

La generación del 50 aporta varios cambios. La guaracha en acordeón que, con Aníbal Velásquez a la cabeza, evoluciona hasta transformarse en el llamado paseíto; de la influencia cubana salen el rumbón y el cumbión; al merengue se le impregna el pasaje, con un ritmo muy especial en la percusión y de la mezcla del paseo y el bolero surge otro híbrido, el pasebol.

Cuando se imponen las grabaciones en acetatos irrumpe en el viejo Bolívar, tras los pioneros Guillermo Buitrago en la guitarra y Abel Antonio Villa en la acordeón bajera, una cantidad de acordeonistas que graba en los ritmos antes mencionados. También se pone de moda la cumbia en acordeón con una textura diferente a la de los pitos. Por la sabana campean Alejo Durán, Enrique Martínez, Abel Antonio y, un poco más adelante, Calixto Ochoa, quienes dejan sus influencias y a la vez asimilan los híbridos sabaneros. Así vemos cómo Enrique Martínez graba la *Cumbia cienaguera*, Alejo Durán sus porrocumbé como *Ron con limón* y *Brinca y salta Nicolás*, Francisco Rada el paseaíto *La lira* y por los lados del Cesar, Colacho Mendoza graba en acordeón el pasaje venezolano *Rosa Angelina*. Calixto Ochoa merece capítulo especial por su creatividad. Este acordeonero a pesar de ser nativo de una región vallenata, Valencia de Jesús, trae su escuela para las nuevas generaciones de sabaneros y descubre y se impregna del nuevo mundo musical de la sabana y es así como brotan de su nota paseaítos, porros, cumbias, paseboles, pasajes, charangas y cuanto ritmo se le atraviese.

Por los años 60 brilla musicalmente la sabana y emergen verdaderos juglares como Andrés Landero, Alfredo Gutiérrez, Lisandro Meza, César Castro, Armando Hernández, Chico Cervantes, Aniceto Molina, Julio de la Ossa, Ramón Vargas, Miguel Durán, Enrique Díaz, Lucho Campillo y siguen vigentes Aníbal Velásquez y uno que cabe en todas las escuelas, Calixto Ochoa. La música de Rafael Escalona comienza a difundirse en discos con Bovea y Colacho, aunque desde hacía rato se conocían en las parrandas algunas melodías de ese insigne compositor, así como de Juan Muñoz y de Emiliano Zuleta, y, sobre todo, canciones del bajo Magdalena como *La puerca* y *La piña madura*.

Así era el mundo musical de la Sabana, desde la perspectiva de este folclorista que desde pequeño se propuso el conocimiento de las raíces musicales de su región. La Sabana interpretaba musicalmente más de

ocho ritmos y sus acordeonistas integraban en muchos casos orquestas y conjuntos diferentes. No tenía ese estilo un nombre especial: se decía que tocaban música de acordeón y no música sabanera. Es preciso aclarar que el compositor sabanero no se limita a los cuatro ritmos vallenatos y que el conjunto típico de entonces, que en la actualidad es el comercial, si se acepta la expresión, fue creación de Aníbal Velásquez, Alfredo Gutiérrez y otros intérpretes de la sabana.

Cuando a finales de los años 60 surgen la pluma y los conceptos de Consuelo Araújooguera y bautizan nuestra expresión musical en el acordeón como vallenato sabanero, me generaron cierto desconcierto y aun escepticismo al considerar que ni éramos vallenatos de nacimiento ni nuestra interpretación musical se limitaba a cuatro ritmos ni el formato de nuestro conjunto coincidía con el formato canónico debido a la presencia de la tumbadora. Cuando estudié el término descubrí lo que al principio enuncio.

Entiendo que cuando se habla de vallenato sabanero se quiere decir que el paseo, el merengue, el son y la puya que se tocan en la sabana son de la esencia vallenata, aunque interpretados con el estilo sabanero. Desafortunadamente por la fuerza de la semántica, a los músicos de nuestra región se les está llamando conjuntos o compositores vallenatos en la acepción del gentilicio con lo que se está dando pie a un grave y doloroso proceso de desculturización.

A nuestra música de acordeón se le está denominando música vallenata, pero de manera discriminatoria, como si se tratase de un vallenato venido a menos por no corresponder al estilo genuinamente vallenato. De lo anterior se desprende que en los miles de programas radiales anunciados como vallenatos no programen acordeonistas sabaneros cuando la expresión musical vallenato sabanero lo que designa es una especie y no un género como es la música de acordeón.

Resumiendo, aunque el músico de acordeón sabanero toque vallenato sabanero no debe confundirse por esencia con el gentilicio vallenato sabanero. Esta afirmación es una contradicción y un sofisma y ha creado un estereotipo en el sentido de que se toma o se juzga al sabanero como un acordeonista que ha degenerado el vallenato cuando lo que ocurre es que sus parámetros musicales son diferentes debido a la cantidad de ritmos auténticos –al menos tomados así en la sabana– que interpreta.

Para clarificar lo afirmado traigo a colación un par de anécdotas: una con Alfredo Gutiérrez y otra con Andrés Landero. Cuando Alfredo Gutiérrez se presentó por primera vez al Festival de la Leyenda Vallenata interpretó un típico paseo sabanero, *Ojos indios*, y fue rechazado porque no tocar vallenato sino sabanero. Pocos años después, como artista íntegro que es, Alfredo asimiló el estilo vallenato y lo interpretó tan bien que no dudaron en coronarlo Rey Vallenato hasta tres veces. Antes

era considerado un músico de acordeón sabanero, pero al comulgar con la hostia vallenata e imitarla se convirtió, al menos para el concurso, en vallenato sabanero. Pero esto no dio pie para llamarlo acordeonista vallenato.

Cuando Andrés Landero se preparaba para concursar por primera vez en el Festival, en mi tierra, San Jacinto, le advertí que *Maritza*, la pieza que iba a presentar como puya, era, en realidad, un rumbón y no se la iban a aceptar como puya a pesar de estar acompañada con ese ritmo. No sé si el jurado de esa ocasión se dio cuenta del desacierto, pero después supe que, para definir el primer puesto, el jurado consideró que la ventaja estaba en la puya y así ganó Colacho. El rumbón que era del dominio de Andrés Landero no se encasilla dentro del vallenato.

Digamos para terminar que la sabana es mucho lo que ha asimilado del vallenato auténtico y no poca ha sido su contribución para que estas expresiones musicales en el acordeón le hayan dado la vuelta al mundo y hayan contribuido a la formación de la verdadera identidad costeña. Pese a las pequeñas diferencias juntos hemos construido un género musical que es orgullo de Colombia, pero al contar la historia, la balanza (manejada por la prensa nacional y algunos estudiosos y ex presidentes y célebres escritores) ha tenido la mala costumbre de inclinarse demasiado hacia un solo lado.



## RAFAEL NÚÑEZ, EL CARIBE COLOMBIANO Y EL ORDEN NACIONAL

EDUARDO POSADA CARBÓ\*

\* Eduardo Posada Carbó. Barranquilla, 1956. Se graduó de abogado en la Universidad Javeriana con la tesis laureada «El derecho a la diversidad». Maestría en Estudios Latinoamericanos 1983 y Doctorado en Historia Moderna en la Universidad de Oxford 1991. Director del *Diario del Caribe* y columnista de *El Tiempo*. Profesor de historia latinoamericana en las universidades de Southampton, Westminster y Cambridge. Ensayos suyos han sido publicados en diversas revistas académicas de Colombia y del exterior. Intelectual de trayectoria destacada en los círculos empresariales periodísticos, en su obra se alían la sólida formación académica londinense con el espíritu del Caribe. Es uno de los más destacados exponentes de la corriente investigativa preocupada por el análisis regional que aunque mira la región en sí misma, en sus particularidades económicas, sociales, políticas y culturales, no deja de considerarla parte de un todo. Entre sus obras publicadas se destacan *Una invitación a la Historia de Barranquilla* (1987), *The Politics of Reforming the State* (MacMillan, 1997) y *El Caribe Colombiano. Una historia regional (1870-1950)*. En la actualidad es catedrático en Historia del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres.

1 Mensaje del presidente constitucional de los Estados Unidos de Colombia al Congreso Federal de 1882 (Bogotá, 1882), pp. 4 y 32.

2 El tema del orden ha sido, por lo general, subvalorado en la historiografía latinoamericana. Para una colección de ensayos que introduce diversos aspectos del tema, puede verse: E. Posada Carbó, ed., *In search of a new order. Essays in the politics and society of nineteenth-century Latin America* (Londres, 1998). Un interesante ensayo sobre la obra de Andrés Bello, que gira alrededor de la preocupación de este pensador sobre el orden, es la introducción de Ivan Jaksic a su reciente edición de Andrés Bello, *Selected writings* (New York y Oxford, 1997).

En 1868, el entonces Presidente de Colombia observaba que el país había llegado «a tal punto de decadencia» que era preciso «empezar la grande obra de su regeneración por la rudimentaria base de restablecer su tranquilidad». Antes que restablecerse, la intranquilidad se recrudeció en la década siguiente. Así lo reconocía catorce años después, Rafael Núñez, quien había hecho ya de La Regeneración su programa de gobierno, mientras buscaba mostrar algunos de los adelantos de su primera administración presidencial. Núñez no se hacía grandes ilusiones. Reconocía que las «aspiraciones subversivas» no se habían extinguido aún en la república, aunque pensaba que nos acercábamos «gradualmente al fecundo reinado de la paz científica». Núñez no dudaba, sin embargo, sobre cuál era la necesidad, por excelencia, de los colombianos: «el establecimiento del orden sobre bases inmovibles».<sup>1</sup>

No creo que sea exagerado decir que la preocupación por el orden, por revalorar su significado, fue el gran denominador común de la vasta y compleja obra de Núñez.<sup>2</sup> Por supuesto que otros dirigentes, desde el mismo Santander, le habían dado prioridad al tema del orden. Una y otra vez, Núñez se esforzó por demostrar que sus preocupaciones tenían antecedentes, sobre todo dentro de su partido, el liberalismo. La consolidación del orden nacional se convirtió en el eje de la constitución de 1886, cuyos parámetros orientaron los destinos de los colombianos por más de un siglo. No fue siempre exitosa la Constitución del 86 en preservar el orden, como lo demostró sobre todo la Guerra de los Mil Días, que desembocó en la pérdida de Panamá. Ello no demerita, sin embargo, la importancia de las reflexiones nuñistas sobre el orden. Muy por el contrario, dada la centralidad del orden en el pensamiento de Núñez, valdría la pena examinar el tema con mayor detenimiento, con el fin de identificar cómo y por qué la conquista del orden fue tan evasiva a los colombianos. Como lo sigue siendo hoy. Enfrentados a las amenazas de la guerrilla y de otras formas de crimen organizado que han minado el imperio de la ley, y enfrentados al resurgimiento de las tendencias federalistas, las preocupaciones de Núñez sobre el orden nacional conservan en la actualidad una extraordinaria relevancia.

Rafael Núñez fue, sin lugar a dudas, el pensador más importante que produjo la Costa Atlántica colombiana durante el siglo diecinueve. Y, por

supuesto, el único Presidente de la región en la historia republicana del país. Por eso, cuando Alberto Abello y Ariel Castillo me invitaron a inaugurar la Cátedra del Caribe, me pareció que el pensamiento de Núñez podría ser el tema apropiado para tales propósitos. Creo además importante subrayar la dimensión verdaderamente nacional de la obra de Núñez y su contribución al desarrollo de la cultura política de los colombianos. Azotados por las más diversas manifestaciones del crimen, los colombianos hemos comenzado a creer que lo único que nos identifica como nación son las expresiones de violencia. Subvaloramos así nuestras tradiciones civilistas y democráticas. Subvaloramos los esfuerzos y logros de quienes, como Núñez, intentaron forjar una cultura política que le abriese paso a la justicia y a la libertad. Y subvaloramos el mismo papel que han tenido algunas regiones colombianas, como la Costa Atlántica, en la formación de una nacionalidad ajena al dominio de la violencia. Una nueva lectura de Núñez alrededor del tema del orden puede quizá servir para reorientar la búsqueda del sentido de la nación a partir de sus propias tradiciones y, ¿por qué no?, de sus virtudes.

«La *nuñología* es parte de nuestra vida cultural», observó Gerardo Molina.<sup>3</sup> Son escasos, sin embargo, los estudios imparciales y modernos dedicados al pensamiento de Núñez.<sup>4</sup> Más que nuñólogos, abundan los nuñófilos, admiradores de Núñez, con frecuencia interesados en rescatar su obra para uno de nuestros partidos políticos, o incluso para una de las tendencias de los partidos, como es el caso de Indalecio Liévano, cuya interpretación revaloró el papel de Núñez como el líder del liberalismo intervencionista.<sup>5</sup> Y desde la otra orilla abundan también, claro está, los nuñófobos, denigrantes de su obra, a cuya cabeza se encuentra el panfletario José María Vargas Vila, para quien Núñez era simplemente un «déspota por hastío»; «... incapaz de amar el Poder, por el Poder, no lo usó sino para la Venganza; ... se deshonró en la Tiranía...; su obra no fue estéril... engendró la Omnipotencia de la fuerza».<sup>6</sup> Yo espero, pues, que este ensayo sirva también para estimular nuevas investigaciones sobre Núñez y su obra, en el desarrollo de una genuina nuñología.<sup>7</sup>

Las preocupaciones de Núñez por el tema del orden tienen dos orígenes: uno interno y otro externo. El primero está relacionado con la Colombia que le tocó vivir, particularmente con la política doméstica desde mediados de siglo y su impacto en la vida nacional. En segundo lugar, sus reflexiones sobre el orden se originaron en su experiencia en el exterior, entre 1863 y 1874, cuando sus vivencias en Estados Unidos y en Europa le motivaron profundas reconsideraciones sobre los valores de la sociedad colombiana. Antes de analizar cómo articuló Núñez su pensamiento alrededor del tema del orden, quisiera entonces repasar estos antecedentes que permiten entender con mayor claridad el sentido de su obra.

La constitución de Rionegro, expresaría Núñez, «no organizó sino la anarquía y nunca tuvo real cumplimiento».<sup>8</sup> Como organizadora de la anarquía, la constitución de Rionegro fue tanto un punto de partida como de

3 G. Molina, *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914* (Bogotá, 1975, cuarta edición), p. 131.

4 En realidad, la historia intelectual ha tenido un pobre desarrollo en el país. Un trabajo excepcional que aborda el examen de la obra de Núñez es el clásico de Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá, 1982). Véase también Javier Ocampo López, «El positivismo y el movimiento de la 'regeneración' en Colombia», *Boletín de Historia y Antigüedades*.

5 I. Liévano, *Rafael Núñez* (Lima, 1944). Véase también su prólogo a Rafael Núñez, *La reforma política en Colombia* (Bogotá, 1945), vol. 2, pp. 7-17.

6 J. M. Vargas Vila, *Los césares de la decadencia* (Bogotá, 1995, primera edición 1907), pp. 69-75.

7 Un buen número de los trabajos más importantes sobre Núñez lo han escrito autores costenos. Véanse, por ejemplo: Nicolás del Castillo, *El primer Núñez* (Bogotá, 1983, tercera edición); Núñez. *Su trayectoria ideológica* (Bogotá, 1952); y «Rafael Núñez a través de sus cartas desde Nueva York y Europa», *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (Bogotá, XLII, 1987); Eduardo Lemaitre, *Núñez y la leyenda negra* (Bogotá, 1977); y *Contra viento y marea. La lucha de Rafael Núñez por el poder* (Bogotá, 1990); José Ramón Vergara, *Escrutinio histórico: Rafael Núñez* (Bogotá, 1939); y Ramiro de la Espriella, *Acercamiento a Núñez* (Bogotá, 1978). Desde la historiografía moderna, sin embargo, el trabajo más sistemático sobre Núñez lo ha escrito un extranjero: James Park, *Rafael Núñez and the politics of Colombia regionalism* (Baton Rouge, LA, 1985). Para una interesante discusión sobre la historiografía de Núñez, véase Helen Delpar, «Renegade or regenerator? Rafael Núñez as seen by Colombian Historians», *Inter-American Review of Bibliography* (XXXV, 1985).

8 Rafael Núñez, *La reforma política* (Bogotá, 1945-50, 7 vols.), vol. 3, p. 133.

llegada. A ella se había llegado como resultado de un movimiento de dispersión, influenciado por la revolución francesa de 1848, cuyos ideales fueron abrazados con entusiasmo por la juventud, sobre todo por los gólgotas del liberalismo. Ambos partidos, sin embargo, contribuyeron a esa tendencia centrífuga hacia el federalismo que desembocó finalmente en la constitución de los Estados Unidos de Colombia en Rionegro, en 1863. A su turno, con la nueva constitución, según Núñez, «todos los errores» habían «quedado consumados». A partir de allí las instituciones habían fundado la «guerra civil permanente».

No es este el momento para examinar en detalle el contenido de la constitución de Rionegro. Quisiera sólo destacar aquellos aspectos que Núñez resaltaba periódicamente en su diagnóstico sobre los males del país. Me limitaré brevemente a cuatro aspectos. Primero: el federalismo que adoptó la constitución de Rionegro. «Todo quedó descentralizado, inclusive la soberanía», recordaría Núñez para referirse a esa organización federal de nueve estados soberanos en que consistía entonces la nación. Cada estado podía darse sus propias leyes en las más diversas materias, sin mayor interferencia por parte del gobierno central. La federación fue entre nosotros mucho más extrema que en los mismos Estados Unidos.<sup>9</sup> Con razón, Núñez contrastaba la experiencia norteamericana –donde se había marchado «de la dispersión a la unidad»–, con la nuestra: «la federación que se hace dividiendo y no uniendo es un contrasentido fecundo de males».

Segundo: la precariedad del Estado central y la debilidad del gobierno. Por supuesto que tal fue uno de los tantos resultados del descrito régimen federal. Mas aún, ese era el pilar de la constitución, en los afanes contemporáneos de prevenir el dominio caudillista del General Mosquera. Pero la virtud de la medida se negaba en la práctica. Los presidentes, elegidos cada dos años, no tenían tiempo para gobernar efectivamente y, de cualquier forma, gobernaban siempre en medio de los calores de las campañas electorales que, una vez posesionados, volvían a abrirse para buscarles sucesores.<sup>10</sup> El Congreso y los estados tenían mayor poder que el ejecutivo. Y para conservar el orden público, escasamente, podían contar con un ejército que en la década de 1850 se había reducido a unos 500 soldados. Aunque posteriormente se incrementaría el número de reclutas –un millar en 1874–, como lo observó el ministro británico en Colombia, «no se puede decir que el ejército exista».<sup>11</sup>

Tercero: un régimen de libertades absolutas que degeneró en libertinaje. Según Núñez, «nuestra turbulenta historia» comprobaba que «hemos perseguido el ideal de libertades, sin aquilatar los medios de fundar efectivamente sanos derechos y fecunda libertad política».<sup>12</sup> Entre estas libertades supuestamente amparadas por la constitución se destacaban la libertad para portar armas y la libertad «absoluta de imprenta» y de expresión, «de palabra o por escrito, sin limitación alguna».<sup>13</sup> Entre los derechos individuales que la Constitución garantizaba, se encontraba también el limitar las penas condenatorias por delitos a un máximo de diez años.

9 «The states received much more sweeping powers than in the Anglo-American model», en D. Bushnell. *The making of modern Colombia* (Berkeley, 1993), p. 122.

10 «Yo he examinado la naturaleza de estas elecciones y su impacto en la fragilidad del orden, en mi ensayo, «Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña presidencial de 1875». *Historia y Sociedad* (Medellín, 1997), Vol. 4.

11 «General report by Mr Bunch on the United States of Colombia for the year 1873-74», *Parliamentary Papers* (Londres, 1874), LXXIV.

12 Núñez, *La reforma política*, vol. 5, p. 169.

13 Constitución de los Estados Unidos de Colombia sancionada por la convención nacional el 8 de mayo de 1863 (Bogotá, 1867), sección 2a., art 15, num. 6-7.

Finalmente, las medidas contra la Iglesia. Los radicales emprendieron un notable esfuerzo para secularizar la sociedad colombiana. Y prometieron garantizar la libertad de cultos. Sin embargo, paradójicamente, en este aspecto el programa liberal se desarrolló en un sentido manifiestamente contradictorio a sus objetivos. Los católicos, los miembros activos de la Iglesia, se sintieron perseguidos. Esta polarización social alrededor del tema de la Iglesia es crucial para apreciar la naturaleza del conflicto durante el siglo XIX. Hasta en países como Inglaterra, donde la secularización había mostrado más avances, las discusiones sobre asuntos religiosos seguían definiendo buena parte del debate político.

Por supuesto que no todo lo que ocurrió durante el periodo de dominio radical debe identificarse con el desastre. La lectura del excelente libro de Eduardo Rodríguez Piñeres, *El Olimpo Radical*, estimula cierta admiración por quienes estuvieron al frente de un proyecto lleno de ideales irrefragables.<sup>14</sup> Algunas figuras públicas de la época hablaban con «marcado orgullo» de un sistema político que se mostraba como «una especie de gloria nacional, un título de primacía que Colombia invoca con frecuencia, como prueba de su adelanto moral y político, a la faz de las demás naciones americanas».<sup>15</sup> Todavía hoy vemos citada con frecuencia aquella observación de Víctor Hugo, quien al parecer calificó a la constitución de Rionegro como una Constitución para los «ángeles». Pero Núñez, así como otros liberales contemporáneos que el mismo Núñez no se cansaba de citar, apuntaba más que todo contra los resultados negativos de unas instituciones incapaces de garantizar la paz, la base de otros ideales como la justicia o la libertad.

Los extranjeros que visitaban Colombia no tardaban en comprobar la inoperancia del arreglo constitucional, los efectos contraproducentes de unas instituciones mal diseñadas. Algunos sufrían directamente sus consecuencias. Jenny White del Bal, una joven norteamericana residente en Panamá, vivió de cerca los infortunios de la guerra. Como católica, además, se sintió perseguida por esa «tolerancia religiosa» de los radicales que habían cerrado las iglesias. «Como americana», le escribía la joven White del Bal a sus familiares en 1865, «debo aprobar la doctrina Monroe, pero como un residente aquí, debo confesar, le daría la bienvenida al zar de Rusia; si él pudiese traernos paz, ello sería preferible al despotismo de la anarquía que ahora sufrimos».<sup>16</sup> ¿«Despótica» la Constitución de 1863? «La lectura de la Constitución de Colombia hace soñar», expresó el argentino Miguel Cané.<sup>17</sup> La realidad, sin embargo, estaba lejos de los sueños. Según Cané, la organización política del país—su extremo federalismo—era «sumamente defectuosa»: bajo esas instituciones era imposible que echara raíces el «sentimiento nacional». La libertad de prensa absoluta parecía la conquista final de los ideales de poetas, filósofos, publicistas y tribunos. Pero en la práctica, los excesos dejaban abierto el campo a la arbitrariedad. A falta de poder acudir a los jueces y tribunales para remediar una injusta ofensa, «el damnificado se echará el revólver al bolsillo y buscara el medio de

14 Eduardo Rodríguez Piñeres, *El Olimpo Radical* (Bogotá, 1986; primera ed., 1950).

15 «Nota de Soffia al ministerio de relaciones exteriores», Bogotá, abril 30 de 1882, en R. Donoso, ed., *José Antonio Soffia en Bogotá* (Bogotá 1976), p. 47.

16 Rhoda E. White, ed., *Memoir and letters of Jenny C. White del Bal* (Dublin, 1885), pp. 68 y 181.

17 Miguel Cané, *En viaje, 1881-1882* (Buenos Aires, 1903, primera ed., 1883), p.145.

hacerse justicia por su propia mano».<sup>18</sup> Otro extranjero, el chileno José Antonio Soffia, se llevó similares impresiones. Soffia subrayaba que en Colombia se había dado «el mayor ensanche imaginable a la teoría del derecho constitucional», «todos los milagros del individualismo moderno». No obstante, su conclusión condenaba la efectividad de las instituciones, «simples ideales de organización política y administrativa, casi imposibles de ser convenientemente aplicadas en la práctica». Y añadió categóricamente: «bajo el imperio de estas instituciones, Colombia no ha ganado ni en bienestar público, ni en tranquilidad ni en progreso político ni en prosperidad económica».<sup>19</sup> El ministro británico en Bogotá lo decía gráficamente con menos palabras: la constitución de Rionegro era «la obra maestra de la democracia enloquecida».

Estado de guerra civil permanente, reinado de la impunidad, falta de seguridad: los problemas subrayados por Núñez como prioritarios durante la segunda mitad del siglo diecinueve –problemas que él vinculaba en parte a un diseño institucional defectuoso–, hacen parte aún hoy de nuestras preocupaciones más serias. Las reflexiones históricas sobre su pensamiento podrían proyectarse hacia el debate contemporáneo. Comparar, por ejemplo, la evolución de nuestros problemas actuales con la de los que sufría el país durante el auge del radicalismo podría ser un ejercicio tentador.

En efecto, sería posible identificar algunos paralelos entre el desarrollo constitucional que desde mediados de siglo pasado desembocó en la Carta de Rionegro, con el proceso reformativo reciente que se puso en marcha desde la década de 1970 y culminó en la Constitución de 1991. La tendencia federalista de mediados de siglo ha vuelto a resurgir también con extremas ambiciones –como lo indicarían los deseos de autonomías regionales, instituciones contempladas ya en la Carta. La fiebre electoral que caracterizó al período radical tiene eco hoy en un intenso calendario de elecciones, que puede aun volverse más denso si seguimos la ruta de los referendos y plebiscitos, favorecida por muchos sectores. Los ideales de la sección segunda de la Constitución de 1863, sobre garantías de los derechos individuales, parecen tener una fuerte resonancia en la carta de derechos de 1991. Hoy, como ayer, los defensores de la Constitución de 1991 –como Manuel José Cepeda, uno de sus arquitectos–, la proclaman «quizás de las más generosas del mundo con el ciudadano».<sup>20</sup> ¿Constituciones para «ángeles»? podría volver a preguntarse.<sup>21</sup> También podrían señalarse otros paralelos no tanto ya sobre el diseño institucional, como sobre la atmósfera y los parámetros de la discusión política. Las críticas al llamado neoliberalismo, por ejemplo, tendrían algunas similitudes con el debate que adelantó Núñez contra las doctrinas del *laissez-faire*. Y, por supuesto, se podrían destacar, sobre todo, los paralelos entre los respectivos momentos históricos de conflicto armado, la amenaza permanente de la guerra frente a un Estado débil para imponer el imperio de la ley o, para utilizar esa definición weberiana tan de moda, un Estado desprovisto del monopolio legítimo de la fuerza. Nuestra historia parece moverse desde

18 Cané, *En viaje*, pp. 143-7.

19 «Notas de Soffia», pp. 42-55.

20 Manuel J. Cepeda, *Introducción a la Constitución de 1991* (Bogotá, 1993), p. 18; la generosidad se refiere en particular al tema de la participación ciudadana.

21 Esta crítica, al parecer, ya se ha formulado, como lo advierte el mismo Cepeda, aunque deja sin identificar los nombres de los críticos: Cepeda, *idem.*, p. 30.

la independencia en movimientos pendulares, incapaz en cualquier caso de romper con la tradición casi continua de un precario Estado de Derecho.

No dudo que tal ejercicio comparativo podría ser de interés, por lo menos porque permitiría identificar los vaivenes y continuidades de una cultura política nacional que se debate recurrentemente entre contradictorios valores. Tal ejercicio comparativo, sin embargo, tendría que aceptar sus limitaciones. Y apreciar las muy diferentes circunstancias de dos momentos históricos distanciados entre sí por más de un siglo. Se corre el riesgo de caer en anacronismos. Me he limitado, por lo pronto, a señalar apenas algunos paralelos, tal vez los más sobresalientes, entre el período radical y las últimas décadas que nos ha tocado vivir, y que deberían merecer mayor atención. Importa de todas maneras subrayar el estado general de zozobra y de inseguridad bajo el que vivían los colombianos durante la época en que Núñez propuso revalorar el orden nacional como base de una ambiciosa reforma política. Y tenerlos en cuenta al querer apreciar la relevancia actual del pensamiento de Núñez.

Además de una respuesta a los problemas domésticos de la época, la necesidad de revalorar el tema del orden fue percibida por Núñez con mayores razones a partir de su experiencia en el extranjero. En sus escritos durante estos años, Núñez siguió siendo crítico del centralismo y de la Iglesia católica. También siguió defendiendo el liberalismo clásico. Y todavía no le otorgaba a la paz la prioridad que le daría posteriormente como fundamento de la prosperidad y la felicidad social. «El interés de la paz no es... superior a todo», escribía desde Liverpool en 1871: «si nuestros abuelos hubieran preferido la paz a todas las cosas, nosotros seríamos aún colonias de España».<sup>22</sup> Pero en sus escritos sobresalía también cierto relativismo en el análisis de dichos problemas y su apreciación por la necesidad de consolidar el orden social.

«En todas las sociedades políticas», escribió desde Nueva York en 1864, «un elemento conservador es indispensable como principio de existencia i de progreso».<sup>23</sup> En los Estados Unidos, este «elemento conservador» había sido «el principio de la *unidad nacional*», que Núñez subrayaba para contraponerlo a la «doctrina disolvente de la soberanía absoluta de los estados», unidad que había salvado a ese «gran país de la triste suerte» de las repúblicas hispanoamericanas «cada día más divididas i subdivididas».<sup>24</sup>

Adicionalmente, Núñez estimaba que gran parte de los progresos políticos que experimentaban los Estados Unidos se debían a la forma cómo se habían cultivado allí los «instintos religiosos»: como el principio de autoridad era naturalmente débil en las democracias, era «indispensable buscar elementos de orden en los dominios de la moral». En realidad, el apoyo posterior que buscó y le dio a la Iglesia católica podría interpretarse como una salida práctica para encontrar estas bases morales, a las que concedió tanto significado desde su visita a los Estados Unidos. Lo que se puede

22 Núñez, *Ensayos de crítica social*, p. 236.

23 Núñez, *Ensayos de crítica social*, p. 9. Véase también Nicolás del Castillo, *Rafael Núñez a través de sus cartas desde Nueva York y Europa* (Bogotá, 1987).

24 Núñez, *Ensayos de crítica social*, 9-13.

observar en uno y otro caso es el esfuerzo de Núñez por rechazar las posiciones exclusivas, el dogmatismo. Es así como no existían para él contradicciones entre el orden y la libertad: «realizar la libertad en el orden i el orden en la libertad, he aquí lo que (los españoles) no han podido lograr de una manera satisfactoria», escribía en 1868.<sup>25</sup> Y añadía: «Libertad i orden son en su esencia elementos sinónimos, i no antagonistas o diversos siquiera como erradamente se ha pretendido por muchos».

Núñez regresó al país a fines de 1874, cuando fue proclamado por primera vez candidato a la presidencia de la república por una Sociedad de Representantes de la Costa Atlántica reunida en Barranquilla. Éste fue uno de los primeros movimientos regionalistas políticamente articulados de la Costa, con el objetivo de ganar la presidencia, y en defensa de un programa de obras públicas para beneficio de la región. Al lado de los intereses regionales, otros temas –como el papel de la Iglesia, la relación con la oposición conservadora o la independencia del sufragio– formaron parte del debate en una de las campañas electorales más reñidas del siglo diecinueve, hasta desembocar en una guerra civil. La guerra civil de 1875, que se confundió con la misma campaña presidencial, dejó tras de sí un número significativo de víctimas y una economía en bancarrota, y estimuló a su turno un levantamiento armado más devastador el año siguiente –la guerra de 1876–.<sup>26</sup> A pesar de ser el candidato de una de las facciones que luchó en la guerra de 1875, Núñez no parece haber participado directamente en el conflicto. Al año siguiente, ya derrotado como candidato presidencial, Núñez estaba al mando del Estado de Bolívar, desde donde prestó apoyo al gobierno radical de Aquileo Parra –su contrincante dentro del liberalismo–, en contra de la rebelión conservadora.<sup>27</sup> Y desde la administración del Estado de Bolívar pudo construir una base de poder y afianzar su prestigio nacional, antes de ser elegido presidente de los colombianos por primera vez en 1880. Estas experiencias serían determinantes en el desarrollo de sus doctrinas regeneradoras. La guerra de 1875, en particular, sería una referencia constante en sus escritos de prensa. Si en sus correspondencias desde Europa, Núñez percibió la importancia del orden en aquellas sociedades que gozaban de progreso, su preocupación por el orden nacional en Colombia pasó a ocupar un lugar central en su obra desde mediados de 1870, y así lo hizo explícito en sus escritos durante las siguientes dos décadas. ¿Qué entendía, pues, Núñez por el orden? ¿Cómo apreciaba el valor del orden frente a otros valores? ¿Cuáles fueron sus propuestas para conquistar el orden? ¿Y qué éxito tuvieron? Permítanme dedicar el resto de este ensayo al examen de estas preguntas.

Ante todo, hay que insistir en la prioridad que adquirió el orden para Núñez –el orden como un valor fundamental de la organización social–. En 1879, al examinar su propia administración en Bolívar, le advertía a los lectores, «nos detendremos en lo principal, que es la conservación del orden, la concordia y la confianza».<sup>28</sup> En la falta de orden se originaban nuestros problemas. «El mal que corroe a estas repúblicas», escribió en 1890 refiriéndose a Hispanoamérica, «es la incertidumbre del reinado del orden».

25 Núñez, *Ensayos de crítica social*, p.102.

26 Sobre la campaña presidencial de 1875, véanse: James W. Park, «Regionalism as a factor in Colombia's 1875 election», *The Americas* (1986), XLII (4); Posada Carbó, «Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña a la presidencia de 1875»; y Helen Delpar, *Red against blue. The liberal party in Colombian politics, 1863-1899* (Alabama, 1981).

27 Véase James W. Park, «Preludio a la presidencia: Rafael Núñez, gobernador de Bolívar, 1876-1879», *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá, 1976), vol. 63, pp. 519-135.

28 Núñez, *La reforma política*, vol. 2, p.67.

Por eso, «en estos países, después de la propagación de sanos principios morales, el asunto de más vital importancia es la conservación del orden público». Sus reconsideraciones sobre el orden abarcaban tanto la política, como la economía. «Lo primero de todo», según Núñez, era la «seguridad –el orden absoluto–».<sup>29</sup>

Núñez, como sabemos, no fue un pensador sistemático, ni en sus escritos tuvo pretensiones de tratadista. No hay, pues, una definición precisa del orden, que Núñez identificó más bien en términos generales con otras expresiones similares, como seguridad, confianza, concordia, paz y tranquilidad, en fin, certidumbre de convivencia nacional. Pero la función social del orden aparece claramente delimitada. Núñez no entendió el orden como un fin en sí mismo, sino como una condición básica, sin la cual no se puede construir una sociedad. Sin el goce del orden, «la felicidad social no puede ser posible».<sup>30</sup> El orden es la base de otros valores, como la libertad y la justicia. El orden es la base del progreso material. Y el orden es la base de la soberanía nacional. Veamos brevemente qué nos dice sobre cada uno de estos aspectos constitutivos del orden.

Como ya lo he sugerido, desde su experiencia en el exterior, Núñez apreció que no existían contradicciones entre el orden y la libertad. Pensar en ésta sin aquél, más aún, sería una frustrante ilusión. «Realizar la libertad en el orden i el orden en la libertad», era entonces –y tal vez sigue siendo– una fórmula compleja de dudosa acogida en la tradición intelectual hispanoamericana. Aquí, según Núñez, «habíamos retrocedido en lugar de haber avanzado... por haber entendido la libertad como sinónimo de independencia de toda restricción y de todo límite». Núñez acogía así la definición negativa de la libertad, dominante en la tradición anglosajona, para contraponerla a ese sentido positivo de libertad, como «independencia de todo límite».<sup>31</sup> En 1890, Núñez distinguió con suma claridad, como lo había hecho Benjamin Constant en su famoso discurso de 1819, la forma cómo los antiguos y los modernos entendían la libertad.<sup>32</sup> Mientras para los antiguos el individuo era absorbido por el Estado, Núñez observó cómo «para un político moderno, para un inglés, ... libertad es algo que limita la acción del gobierno». Al repasar la política inglesa, destacaba precisamente esas contradicciones aparentes que se malentendían entre nosotros: «para la raza latinoamericana semejante estructura sería de imposible armónico movimiento... Los políticos que se pagan de hueca palabrería no comprenden los superficiales contrasentidos –libertad en la justicia, libertad en la seguridad, benevolencia en el castigo, subordinación en la independencia».

Núñez señalaba que la sugerencia de promover tal idea sobre la libertad era recibida entre nosotros como «reaccionaria» o «retrógrada».<sup>33</sup> Y advertía también la «insensatez» de aspirar a ser libres sin las bases de un orden justo: «Libertad de ese modo es opresión del débil por el fuerte, esto es, anarquía. Justicia es orden y libertad al propio tiempo».<sup>34</sup>

29 Núñez, *La reforma política*, vol. V, p. 173 y vol. VI, p. 21.

30 *Idem.*, vol. II, p. 67.

31 Sobre las definiciones negativa y positiva de la libertad, véase el ensayo clásico de Isaiah Berlin, «Two concepts of liberty», en *Four essays on Liberty* (Oxford, 1969). Véase también F.A. Hayek, *The constitution of liberty* (Londres, 1993).

32 Benjamin Constant, «The liberty of the ancients compared with that of the moderns», en Constant, *Political writings* (Cambridge, 1988).

33 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 286, y vol. V, p. 115.

34 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 286.



Los resultados de la experiencia en Hispanoamérica demostraban cómo «los ensayos de libertad sin orden... debían, pues, conducir como ha sucedido al anonadamiento».<sup>35</sup>

El mantenimiento del orden era entonces, en sus palabras, «el alpha de todo bien social».<sup>36</sup> No sólo era el principio fundamental de otros valores, sino del progreso material. A comienzos de la década de 1890, Núñez se mostraba satisfecho con algunas señales de crecimiento económico –como las cifras de comercio exterior–. Aunque reconocía la lentitud de los avances, las limitaciones. Faltaban, por ejemplo, vías de comunicación, «pero si carecemos de caminos, la culpa es del desasosiego ruinoso en que hemos vivido durante medio siglo». El desarrollo no se podía improvisar. Núñez concebía el progreso como una secuencia evolutiva –influenciado, como se sabe, por Herbert Spencer–, que se originaba en «la seguridad, en el orden absoluto». Éstos debían conquistarse primero, luego vendría «el ferrocarril a establecer la unidad nacional y el concierto y equilibrio industrial y comercial. Enseguida afluyen capitales y brazos, y el progreso visible tiene cumplimiento».<sup>37</sup>

En últimas, la conquista del orden era esencial para construir la nación: «sin orden no hay nación sino audaces que se disputan la presa, como las fieras en la selva». Y entre quienes podían disputarse la «presa» estaban también los extranjeros. El orden era la condición primera de la soberanía nacional. Núñez vivió, no lo olvidemos, en tiempos de auge del imperialismo clásico. Temía por ello las amenazas de ser absorbidos por otras naciones («razas», en sus propias palabras) de «mayores quilates de vida moral», si no decidíamos entrar «en camino de orden definitivo». Desde cierta perspectiva, el problema suramericano enfrentaba una simple disyuntiva «o abdicación o estancamiento». Sin embargo, Núñez sugería que era «tiempo todavía de encontrar un tercer camino» que ni comprometiese la dignidad, ni impidiese el progreso». Esta tercera vía requería «ante todo y sobre todo, y cueste lo que cueste... fundar irrevocablemente el reinado del orden».<sup>38</sup> La falta de orden interno dejaba sin fuerzas a la misma soberanía nacional, como se comprobaría con la intervención de los Estados Unidos en Panamá tras la Guerra de los Mil Días.

Una cosa era identificar el diagnóstico de los males nacionales; otra, bien distinta, era encontrarles remedio. ¿Qué se proponía entonces para fundar el orden? Núñez enfrentó el problema desde dos niveles distintos aunque íntimamente relacionados. Desde el primero, sobre el cual quizá se ha llamado más la atención, Núñez prestó especial atención al rediseño de nuestras instituciones. Desde el segundo, Núñez trabajó por modificar el mundo valorativo de los colombianos, una extraordinaria tarea que exigía profundas reconsideraciones de las tradiciones intelectuales que habían dominado en el país. Permítanme comenzar por estas últimas.

Ante todo, Núñez emprendió un esfuerzo sistemático por deslegitimar el discurso de la guerra civil, los llamados a las revoluciones y al pronuncia-

35 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 291.

36 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 70.

37 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 70 y vol. VI, p. 21.

38 Núñez, *La reforma política*, vol. III, pp. 171-172.

miento. Como ya he señalado, no abandonó el concepto de la guerra justa, aplicable al caso de la independencia. Y aceptaba la existencia de otras insurrecciones «de pleno... derecho».<sup>39</sup> Pero sus condenas a las apelaciones a la guerra fueron cada vez más repetidas. La reconstrucción de la legitimidad –es decir, de la autoridad–, se había constituido en uno de los grandes problemas del continente tras las guerras de independencia. La destrucción de la Colonia, en opinión de autores tan influyentes como José María Samper, seguía aún justificando las guerras civiles en la década de 1860: «cada revolución o guerra civil no es más que un nuevo combate armado contra la *Colonia* que resiste y quiere vivir, como la hiedra en sus escombros». Por eso Samper no parecía tener entonces sino palabras de alabanza para las guerras, las que se miraban como «una evolución del progreso, que transtorna como los purgantes, pero en definitiva depura, vigoriza ciertas fuerzas y desembaraza el camino de la civilización».<sup>40</sup> A estas apologías de la guerra, Núñez contrapuso el discurso de la «paz científica».

«Condenamos... la apelación a la guerra, que, en el orden moral, rara vez reedifica en proporción de lo que desorganiza y destruye», expresó al tomar posesión del gobierno en el estado de Bolívar en 1876.<sup>41</sup> Como Presidente de la Unión, en 1881, insistió una vez más en su condena: «toda excitación a la guerra civil, por atenuada que sea su forma es, ... en estos momentos, una gran falta y toda propaganda de paz, un acto de patriotismo».<sup>42</sup> Años más tarde, seguía criticando el que se hablase en el país «frecuentemente de guerra como un negocio legítimo, natural y se hace esa guerra a cortos intervalos; de manera que vivimos en una casi permanente y horroroso bacanal de sangre».<sup>43</sup> Estas condenas estaban acompañadas de justificadas razones. La guerra, subrayaba Núñez, no era otra cosa que el «atropello sistemático»; la guerra era «incompatible con todo derecho»; la guerra era servidumbre para todos. Después de cada guerra civil, el país había sufrido «mayor miseria, mayor desconfianza, mayores y más enconados odios, mayor confusión de ideas y, sobre todo, aumento de la lista de libertadores».<sup>44</sup> La guerra, por lo demás, generaba su propia dinámica impredecible. La violencia engendraba más violencia; «las obras de la espada» siempre dejaban «cicatrices difíciles de borrar». Núñez no atribuyó la guerra a una simple causa, pero fue muy claro en condenar la atmósfera intelectual que la estimulaba. De alguna forma, el país sufría las consecuencias de «30 y tantos años de ejemplo y predicación subversiva».<sup>45</sup>

Sus esfuerzos por modificar el mundo valorativo de los colombianos se apoyaron cada vez más en el terreno de la moral, que Núñez identificaba con el apego a la religión, entre nosotros con el cristianismo y, más específicamente, con el catolicismo. Fue en este terreno donde quizá Núñez encontró mayores resistencias entre sus antiguos copartidarios liberales, donde los ataques contra Núñez cobraban mayor apasionamiento. Sus reconsideraciones sobre el papel de la Iglesia lo acercaron, claro está, a los conservadores. Pero más allá de la política partidista, dichas reconsideraciones

39 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 115.

40 José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas* (Bogotá, 1984, primera ed., 1861), pp. 202 y 221.

41 Citado en Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 23.

42 Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 2.

43 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 260.

44 Núñez, *La reforma política*, vol. I, p.11; vol. III, pp. 139 y 169.

45 Núñez, *La reforma política*, vol. II, pp. 91y 108; y vol. III, p. 173.

le distanciaban ideológicamente de los liberales. No era, hay que advertir, un simple distanciamiento. Los asuntos religiosos, las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y el papel de la Iglesia en la organización social constituían algunos de los focos centrales de la discusión ideológica durante el siglo diecinueve –tanto en Colombia como en buena parte de Europa–.<sup>46</sup> El tema merecería un examen más sistemático. Baste para el propósito de este ensayo señalar la destacada y creciente atención otorgada por Núñez a estos temas que siempre discutía con alusiones a la experiencia de otros países. Núñez se cuidaba de recordarles a sus lectores que sus reconsideraciones databan, por lo menos, de su viaje a los Estados Unidos en 1863, cuando advirtió cómo los progresos de esa nación se debían a la dirección que se había dado y al cultivo que habían «tenido los sentimientos religiosos».<sup>47</sup> Núñez no compartió el catolicismo dogmático de Miguel Antonio Caro, su gran aliado en el proyecto regenerador.<sup>48</sup> No creía posible, sin embargo, reconstruir el país sin fuertes bases morales que lo sustentaran. ¿Cómo reorganizar a los colombianos?, se preguntaba todavía en la década de 1890. Y contestaba explícitamente: «Abramos la historia universal. Ningún pueblo lo ha logrado sino por medio de la Religión, en primer lugar».<sup>49</sup> El progreso material por sí solo no garantizaba la felicidad social. «Lo que necesitamos, lo que necesitamos con urgencia suprema, es algo de espiritualismo», decía en los últimos años de su vida. En su conjunto, Núñez concebía que las reformas políticas que lideraba con Caro constituían una verdadera «revolución moral».<sup>50</sup>

Me parece importante reiterar el significado de esta doble dimensión intelectual del proyecto de orden nacional sugerido por Núñez, un orden que tenía que comenzar por desarmar los espíritus, por deslegitimar los llamados a la violencia, a la guerra civil y a un orden que buscaba apoyos y fundamentos en el campo de la moral religiosa. Núñez confiaba así mismo en el valor de las instituciones, instituciones que, para reordenar la sociedad, debían saber ajustarse a la realidad nacional. El nuevo diseño institucional propuesto por Núñez tuvo su forma más clara en la Constitución de 1886, la que debería analizarse conjuntamente con las prácticas gubernamentales de la Regeneración a partir de 1878, cuando los partidarios de Núñez, los independientes, desplazaron por primera vez del poder a los radicales. No puedo en esta ocasión detenerme de manera sistemática ni en la Constitución, ni en la forma como se manejó el poder bajo la Regeneración.<sup>51</sup> Me limitaré a examinar algunos aspectos del proyecto nuñista, aquellos más directamente relacionados con la reconstrucción del orden nacional.

El orden nacional concebido por Núñez suponía la reformulación del papel del gobierno, así como de la autoridad que debía acompañar la acción del Estado. Núñez creía que la paz –la conquista del orden y la seguridad–, era una misión indelegable del gobierno. A comienzos de la década de 1890, el liberal Miguel Samper reconocía que algunas de las nuevas instituciones comenzaban a brindarle paz a los colombianos, sobre todo el Concordato

46 Se requiere tal vez un esfuerzo adicional para apreciar en su verdadera dimensión la naturaleza religiosa del conflicto ideológico, que tiende a subvalorarse, y hasta desconocerse, en medio de la aparente secularización de fines del siglo XX. Un reciente trabajo que le presta atención al conflicto entre los discursos liberal y católico durante la Regeneración es el libro de José David Cortés Guerrero, *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la diócesis de Tunja, 1881-1918* (Bogotá, 1998).

47 Núñez, *La reforma política*, vol. III, p. 112.

48 Véase, M.A. Caro, *Escritos políticos* (Bogotá, 1990-193), 4 vols. y Carlos Valderrama Andrade, *Miguel Antonio Caro y la Regeneración* (Bogotá, 1997).

49 Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 218.

50 La calificación era de Caro, a la que Núñez hacía eco en un escrito de 1887; véase *La reforma política*, vol. II, p. 353.

51 Éste ha sido un período de relativo escaso interés entre la historiografía colombiana. Un análisis de este período, comparativamente con Ecuador y Venezuela, se encuentra en el ensayo de Malcolm Deas en *The Cambridge History of Latin America*; véase también sus ensayos sobre la Regeneración en *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX* (Bogotá, 1983), y sobre Caro en su libro *Del poder y la gramática* (Bogotá, 1993). Sobre la hegemonía conservadora, véase el ensayo ya clásico de Jorge Orlando Melo, reimpresso en *Colombia hoy* (Bogotá, 1995).

con la Iglesia Católica y el centralismo que acabó con las pretensiones soberanas de los estados regionales. Sin embargo, Samper criticaba las facultades extraordinarias que la Constitución confería al ejecutivo. Núñez le dio la bienvenida a la adhesión que tan prestante liberal le daba a las instituciones regeneradoras. Pero defendió la necesidad que tenía el Estado de contar con herramientas para su tarea, sobre todo en Colombia, donde el gobierno tendía a ser naturalmente débil. «No se llegará a la pacificación verdadera de este país... sin gobierno muy vigoroso, que haga del todo imposible las subversiones del orden», le respondió a Samper. Sus reflexiones dejaban la impresión de estar gobernando aún en condiciones de suma fragilidad. Y descubrían su profundo escepticismo sobre la naturaleza humana, un escepticismo marcadamente inspirado en las doctrinas de Hobbes: «Hay que prevenir hasta la más simple escaramuza, de manera que el olor de sangre humana no vuelva a despertar los adormecidos malos instintos, como sucede en las jaulas de las fieras».<sup>52</sup>

Esta reformulación del papel del gobierno suponía, a su vez, la reafirmación del principio de autoridad, una tarea nada fácil en un país donde «las masas ciudadanas» miraban «en lo general, de mal ojo ese principio, porque cercena el poder personal de cada uno», que pesaba más que el interés colectivo.<sup>53</sup> Aquí, se lamentaba Núñez todavía en la década de 1890, «nadie quiere someterse a la disciplina, la autoridad se reputa siempre tiránica, hasta la del padre de familia».<sup>54</sup>

La organización centralista del Estado obedecía, precisamente, a esa necesidad de contar con un gobierno capaz de garantizar el orden nacional. Pero obedecía también a la preocupación mayor de Núñez de preservar la unidad política del país. Ésta se había visto amenazada por la excesiva soberanía de los estados. «No hay un país serio que haya roto su unidad por amor a la federación», escribía el 12 de noviembre de 1886.<sup>55</sup> Contrastaba repetidamente la experiencia colombiana con la de otras federaciones, donde se marchaba «de la diseminación a la unidad: ...la federación que se hace dividiendo y no uniendo es un contrasentido fecundo de males».<sup>56</sup> Núñez no fue un ciego admirador del centralismo. Estuvo ante todo interesado en preservar la unidad del país, unidad política que, en su sentir, no traía como consecuencia «ineludible la homogeneidad en la división territorial, ni la uniformidad absoluta en la manera de gobernarlo».<sup>57</sup> Más aún, frente a las alternativas de organización del Estado se manifestó en contra de las «exageraciones excluyentes». El federalismo, tal como se había adoptado en Colombia y en buena parte de Hispanoamérica, había producido funestos resultados. Y el centralismo excesivo ahogaba la «fecunda vida municipal». Su identificación con el centralismo respondía al llamado de asociar fuerzas para restablecer el poder público. Era también una respuesta para combatir los particularismos enervantes, la «independencia del gamonalismo local», los derechos casi feudales de los estados, a los que quedaba subordinada la soberanía nacional.<sup>58</sup> Desde cierta perspectiva, el centralismo se planteaba entonces como fuerza liberadora, una idea aún de difícil acepta-

52 Núñez, *La reforma política*, vol. V, pp. 196-97.

53 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 149.

54 Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 217. «El respeto por los mandatarios, de cualquier orden y categoría que sean, es casi nulo», había observado Soffia en 1882; «Nota de Soffia», p. 55.

55 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 243.

56 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 392 y vol. V, p.21.

57 Núñez, *La reforma política*, vol. VII, p. 238.

58 Núñez, *La reforma política*, vol. II, p. 155, vol. III, p. 160, y vol. VII, p. 239.

ción entre los colombianos. De cualquier manera, el centralismo nuñista estuvo muy lejos de constituirse en ese poder omnímodo, casi monárquico, que denuncia con frecuencia la crítica.<sup>59</sup> Núñez mismo se cuidaba en señalar las diferencias entre la organización política colombiana, que concedía cierta autonomía a los departamentos, y el rígido centralismo que prevalecía en el México de Porfirio Díaz. Interesa subrayar, por encima de todo, que el centralismo se concebía como la condición de un gobierno vigoroso, sin el cual era imposible garantizar la seguridad ciudadana. La seguridad era el orden, «y el orden no surge espontáneamente... sino que se impone por la acción de un gobierno excepcionalmente fuerte».<sup>60</sup>

Núñez se apoyó, sin duda, en el ejército para consolidar su proyecto de orden nacional. Más aún, podría decirse que bajo su primera administración se dieron los pasos para crear un verdadero y moderno ejército nacional. La fuerza militar se había elevado de la minúscula cifra de 500, bajo la administración Mallarino a mediados de siglo, hasta unos 6.000 soldados en la década de 1890. Pero ya como Presidente en 1880-82, Núñez había incrementado significativamente el número de reclutas (3.538 hombres componían entonces el ejército nacional). Como lo observó Soffia, el ministro chileno, Núñez «halagó con particular esmero» al ejército. Soffia también observó que excepcionalmente Núñez había «gobernado en paz la república», aunque no tanto por sus halagos al ejército como por la «satisfacción en que mantuvo el espíritu público».<sup>61</sup> En su mensaje al Congreso de 1882, Núñez reconoció que el sostenimiento del ejército se había convertido en uno de los gastos más sensibles, pero plenamente justificable ya que el ejército era «la garantía de la paz pública; y su conservación ... (era) una valiosa economía en cuanto al resultado benéfico trascendental que al país proporciona». El ejército cumplía además el servicio de policía urbana, a falta de las condiciones para prestar tal servicio.<sup>62</sup> Y algunos sectores del ejército estaban dedicados también a varios trabajos públicos como cuerpo de zapadores. Para Núñez, el ejército era «la protección eficaz del derecho», cuyo pie de fuerza debería seguir aumentándose por una razón adicional: para que se respetase «la inviolabilidad de nuestra soberanía y también de nuestra honra», sobre todo frente a las condiciones del Istmo de Panamá.<sup>63</sup> Su confianza en el ejército era, sin embargo, limitada a sus funciones de preservar el orden nacional. Núñez destacaba la antipatía del pueblo colombiano hacia el caudillaje, como entre nosotros dominaba un sentimiento adverso «a toda personalidad política ... (con) propensiones a cesarismo». Y destacaba también esa tradición de nuestro ejército, que se había «hecho conocer y apreciar por su general sumisión al poder civil, aun en medio del desorden de la guerra». En 1889, condenó la interferencia del ejército en la proclamación de la república del Brasil. «Los que tienen en sus manos las armas de una nación», expresó Núñez, «para garantía del orden público y seguridad de las personas, deben estar sometidos a rigurosa disciplina».<sup>64</sup>

59 «Desde 1886... El señor Presidente en Colombia es la casi totalidad del Estado», expresó, por ejemplo, Alfredo Vásquez Carrizosa, en un texto que ayudó a popularizar tal idea a partir de la década de 1970. Véase su libro *El poder presidencial en Colombia* (Bogotá, 1979, segunda ed.), p. 15.

60 Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 94.

61 «Nota de Soffia», pp. 51-60.

62 Los primeros intentos de establecer una policía nacional bajo patrones modernos se hicieron también bajo la Regeneración, con resultados no obstante fallidos. Véase el ensayo de Frederic Martínez sobre la misión francesa que se encargó de organizar la institución en E. Posada Carbó, ed., *In Search of a New Order. Essays on the Politics and Society of Nineteenth-century Latin America* (Londres, 1998).

63 *Mensaje del presidente constitucional* (1882), pp. 10 y 33; y *Mensaje del presidente de Colombia al congreso constitucional instalado el 20 de julio de 1888* (Bogotá, 1888), p. 13.

64 Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 337; vol. II, p. 129; y vol. V, p. 19.

Deslegitimar el discurso de la guerra civil, contar con un gobierno fuerte, centralizar el poder público, fortalecer la autoridad, consolidar los valores morales, dotar al ejército. A este recetario para reconstruir el orden podría añadirse el crecimiento económico, lo que en algún momento Núñez llamó la «paz científica»: «Fomentar los ferrocarriles y la navegación y el trabajo en todo sentido es por tanto, fomentar el establecimiento de la paz sobre bases científicas incommovibles». El progreso material, sin embargo, servía más que todo para afianzar el orden ya conquistado, sin el cual no había progreso posible. Núñez, por lo demás, no concebía la paz como el resultado de una simple operación, así se refiriese a la paz como la «consecuencia de rigurosas premisas». <sup>65</sup> Tampoco identificaba a un gobierno fuerte con medidas exclusivamente represivas. «Un motín se suprime de raíz con el pronto uso de la fuerza, pero –advertía– los grandes conflictos requieren medios mucho más complejos». La paz era en últimas el resultado del goce ininterrumpido del orden, el que exigía tiempo para afianzarse con solidez en la sociedad. Desde Cartagena, en 1882, lo expresó con claridad: «La paz no se decreta: la paz es el resultado virtual de un cúmulo de esfuerzos encaminados a proscribir todo linaje de violencias». <sup>66</sup>

¿Cuál fue entonces el resultado de ese «cúmulo de esfuerzos» que fue la obra de Núñez? ¿Cómo juzgarla?, y ¿qué relevancia tendría el pensamiento de Núñez frente a este nuevo ciclo de violencia que otra vez azota a los colombianos hasta amenazar la unidad nacional? Mis reflexiones finales estarán dedicadas a examinar brevemente estos interrogantes.

Las evidencias parecerían, a primera vista, contundentes: la rebelión de 1895, la Guerra de los Mil Días, la pérdida de Panamá ¿no sugieren acaso estos eventos el fracaso del orden prometido por la regeneración nuñista? Tal vez. Pero ellas también sugerirían todo lo contrario. Núñez había advertido una y otra vez que, a falta de orden, la soberanía nacional –con sus ojos en Panamá–, corría peligro. Él entendió muy bien que el desorden interno se convertía en la justificación más clara para la intervención de potencias extranjeras. <sup>67</sup> Núñez también había advertido que, a pesar de los avances, se gobernaba todavía bajo un orden sumamente frágil. La paz seguía siendo, por lo tanto, una lejana aspiración. «Al menor disparo tendremos nuevo general incendio», escribió en 1894: «Sólo falta ya un primer disparo para que comiencen la matanza y las confiscaciones». <sup>68</sup> Cualquier juicio sobre el pensamiento de Núñez frente a los trágicos eventos de fin de siglo, sin embargo, tendría que tener en cuenta otras consideraciones. Tendría, por ejemplo, que analizar más a fondo y quizá distinguir el pensamiento de Núñez de algunos aspectos del gobierno regenerador entonces en manos de Caro. Y tendría también que examinar críticamente la sobrevivencia del discurso belicista de una de las facciones del liberalismo, como lo hizo en su momento Eduardo Rodríguez Piñeres. <sup>69</sup>

Más aún, el impacto de las ideas de Núñez no puede limitarse a una perspectiva de corto plazo. La paz que surgió de los escombros de la guerra de fin de siglo estuvo, en buena parte, basada en las reconsideraciones inte-

<sup>65</sup> Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 266.

<sup>66</sup> Núñez, *La reforma política*, vol. I, p. 266; vol. II, p. 43; y vol. VI, p. 197.

<sup>67</sup> Así lo hizo explícito Roosevelt en su conocido «corolario» a la doctrina Monroe.

<sup>68</sup> Núñez, *La reforma política*, vol. VI, p. 219.

<sup>69</sup> E. Rodríguez Piñeres, *Diez años de política liberal en Colombia* (Bogotá, 1945).

lectuales propuestas por Núñez desde la década de 1860. Fue Núñez quien abogó por el acercamiento entre los partidos contrarios en su campaña presidencial de 1875. Fue Núñez quien insistió desde entonces en garantizar una efectiva tolerancia religiosa. Y fue Núñez quien divulgó las doctrinas de Herbert Spencer, de tanta influencia entre los exponentes de la llamada Generación del Centenario, arquitectos del período de mayor estabilidad que conocimos los colombianos durante este siglo.<sup>70</sup> La obra de Núñez fue precursora de muchos de los valores centenaristas que siguen guiando los ideales colombianos: el civilismo, el imperio de la ley, la alternación en el poder, la moderación del espíritu público. Tal vez sea cierto, como ha sugerido Malcolm Deas, que en Colombia «no hubo edad de oro»,<sup>71</sup> esos períodos de glorias pasadas en los que las sociedades buscan inspiración en momentos de crisis. Pienso, sin embargo, que esas primeras décadas del siglo veinte en las que se destaca la paz centenarista son muy aleccionadoras y sus conquistas deben examinarse conjuntamente con la obra de Núñez.

«Las ideas tienen vida propia», decía el mismo Núñez. Una lectura, inclusive una lectura ligera de su obra, sugiere la relevancia actual de muchas de sus ideas, independientemente de las circunstancias que les dieron vida o de las acciones de su autor. En particular, quisiera finalmente subrayar el mensaje central del pensamiento de Núñez que hoy merecería, por lo menos, integrarse a la discusión sobre el mundo valorativo de los colombianos. Núñez quiso en últimas reconciliar la libertad individual con el orden social, una síntesis que concebía al orden como el fundamento de la libertad. Su modelo había sido Chile donde, «a la sombra del orden» se construía «un carácter nacional bien definido, hábitos de trabajo, vastas empresas de agricultura y minería», donde se había establecido «la unidad política sin menoscabo de la descentralización municipal», y donde se había rendido «culto temprano a la estabilidad».<sup>72</sup> Tal reformulación de los valores, sin embargo, se entendía como reaccionaria en Colombia, donde medraba la «deplorable utopía». Los colombianos, sobre todo en los medios intelectuales y académicos, seguimos sin saber apreciar la compleja relación entre el orden y la libertad, planteada por Núñez. Quienes diseñaron la Constitución de 1991 criticaron la obra nuñista porque «se preocupaba más por la autoridad que por la libertad»,<sup>73</sup> sin entender quizá el sentido clásicamente liberal del pensamiento nuñista. En su momento, Núñez emplazó a sus críticos con una serie de punzantes preguntas:

«¿Vuestro sistema (de supuestas libertades) no ha coincidido con la guerra permanente?

¿La violencia no conduce inmediatamente al dominio del más fuerte?

¿El predominio del más fuerte no es lo que constituye el estado salvaje?

¿Es con este estado compatible la seguridad?

¿Puede haber libertad –es decir derechos– sin seguridad?».

Creo que estos interrogantes que planteó Núñez hace un siglo están esperando aún una respuesta.

70 Poca atención reciben hoy los centenaristas. Para una introducción a su significado, véase Alfonso López Michelsen, «Apología de la generación del centenario», en *Cuestiones colombianas* (Bogotá, 1955).

71 En Malcom Deas y Fernando Gaitán, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia* (Bogotá, 1995).

72 Núñez, *La reforma política*, vol. II, pp. 171-72 y 320.

73 Cepeda, *Introducción a la Constitución de 1991*, p. 31.

---

LA VISIÓN CARIBE DEL MUNDO  
EN *DESDE LA LUZ PREGUNTAN POR NOSOTROS*  
DE HÉCTOR ROJAS HERAZO

---

AMYLKAR CABALLERO DE LA HOZ\*

El libro de poemas *Desde la luz preguntan por nosotros* (1956), tercero del escritor sucreño Héctor Rojas Herazo, se ha constituido, desde su aparición, en piedra de toque para la crítica literaria. Ello obedece en gran parte a la variedad de genotextos que intervienen en la preaserción textual y en la multitud de formas de estructuración de esos elementos como articuladores discursivos (ideosemas).

El propósito de este trabajo es, pues, dar cuenta del conjunto de relaciones múltiples que se establecen entre los discursos que producen el sentido, partiendo de los elementos que programan las relaciones interdiscursivas (genotextos) para culminar con el análisis de los ideosemas que los estructuran.

Mi tesis central se orienta a postular dos estructuras básicas que generan la mayor cantidad de sentido en el texto. Por un lado, una formación ideológica cuya matriz se sitúa a mediados del siglo XX en el marco de la violencia política de Colombia y la hegemonía conservadora, desde el año 46 hasta la creación del Frente Nacional en el 57 que contó con el soporte de la Iglesia católica como aparato ideológico. Y, por otro lado, una formación social que para el inicio de la segunda mitad del siglo XX marcaba el rezago de la región Caribe frente a la interior-andina dominante.

El análisis de la interdiscursividad y de las relaciones entre los articuladores semióticos (red de signos que dan cuenta de los fenómenos sociales e ideológicos) y los articuladores discursivos (elementos a nivel discursivo representan los fenómenos sociales e ideológicos) revelará las contradicciones de la formación de la que depende el sujeto colectivo al que pertenecen los diferentes discursos. De esta forma, las reproducciones, perversiones y subversiones del discurso religioso, del discurso existencial y del discurso escatológico arrojarán, en última instancia, luces sobre el conjunto coherente de la obra entera.

---

\* Amylkar Caballero de la Hoz. Licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad del Atlántico. Especialista en literatura del Caribe colombiano con su trabajo monográfico "Modernidad y transculturación en la poética de Luis Carlos López y Raúl Gómez Jattin". Profesor de Cultura y Civilización Inglesa en la Universidad del Atlántico, adelanta la Maestría en Estudios del Caribe con la Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés, Islas.



La presencia de la Biblia en la obra de Rojas Herazo es evidente y, sin lugar a dudas, reveladora de su visión del mundo. El mismo autor lo señalaba en una ocasión en tono festivo (Rojas Herazo: 1966: 5): «he sido influido por las cosas más aparentemente –sólo aparentemente– heterogéneas: los magazines y los ejercicios yoga; los novelistas ingleses y las tarjetas pornográficas; el Reader Digest y los camajanes del Arsenal de Cartagena; el cine (más que todo el cine rojo) y la Biblia». Un análisis apenas somero del libro revela la presencia de un discurso religioso de gran recurrencia que estructura una formación ideológica ligada a la hegemonía conservadora de mitad de siglo cuyo aparato ideológico es la Iglesia católica. Las reproducciones, perversiones y subversiones de las microsemióticas de lo religioso construyen campos semánticos que apuntan hacia la visión del mundo del autor.

El 5 de mayo de 1946, el partido liberal que había estado a cargo del país desde hacía varios períodos, se divide y el conservatismo minoritario nombra presidente a Mariano Ospina Pérez para el período de 1946 a 1950 iniciando la hegemonía de ese partido y la violencia contra los liberales hasta el establecimiento del Frente Nacional en 1958. Desde 1930 el partido conservador había ejercido violenta oposición al gobierno liberal en connivencia con la jerarquía eclesiástica y con grupos fascistas al que clasificaban como socialista y ateo. El 17 de marzo de 1936, el arzobispo primado de Bogotá y todos los demás obispos del país, nacionales y extranjeros, firmaron una pastoral dirigida al jefe del Estado en la que enérgicamente declaraban su voluntad de lucha en defensa de las banderas del catolicismo «pisoteado» por el gobierno (Tirado Mejía: 1981: 164): «hacemos constar que nosotros y nuestro clero no hemos provocado la lucha religiosa sino que hemos procurado mantener la paz de las conciencias aún a costa de grandes sacrificios... Pero si el congreso insiste en plantearnos el problema religioso, lo afrontaremos decididamente y defenderemos nuestra fe y la fe de nuestro pueblo a costa de toda clase de sacrificios, con la gracia de Dios...» Esta práctica social (declaratoria de oposición epistolar) se reproduce en el poema *Estatua de sal*: «hemos venido a atestiguar, a dar fe... Hemos visto, de súbito, una escalera en la niebla de una amanecer... Pues no a otra cosa que a atestiguar hemos venido a esta pradera» (p. 74), que se constituye en crítica de la posición beligerante y agresiva de los estamentos religiosos colombianos y del abandono de la actitud pacífica y dadora de fe consignada en los preceptos católicos. Al lado de esta práctica discursiva encontramos otros ideosemas que configuran la visión del autor con respecto a la religión y sus jerarcas vistos como aliados de la represión e impulsores de la violencia. Por consiguiente, el texto se erige como crítica a la religión, señala su inequidad, su inadecuación y más aún, sugiere la necesidad de su renovación.

En el poema *Aldebarán* nos enfrentamos a la perversión del discurso religioso: «Somos la sal y hacia la sal marchamos./ de la tierra vivimos y de mar nos morimos». (p. 45). No podemos dejar de percibir el tono acre y mordaz de estos versos que apuntan hacia establecer una postura de quien se percibe excluido, olvidado; por eso el sujeto del verso no marcha hacia la tierra y no se convertirá en polvo como reza la sentencia religiosa, sino que su destino es la sal y el mar. Es ésta una crítica ingenite, un desafío a lo sagrado, una profanación de las sagradas escrituras que nos sitúa en el mundo carnalesco del Caribe. Profanación explícita igualmente, a través de la perversión de la oración del padre nuestro en el poema *Aldebarán*: «Aldebarán, tu cielo se ha cerrado/ ¡Cuánta arcilla enlutada, Aldebarán, suspiro de mis ojos!/ Padre mío, del espacio que miro,/ ¡Padre de claros valles y rebaños de frío! Padre imperial, con tus grandes leones lamiendo/ el fósforo de tus pies enlunados» (p. 44). Perversión del discurso religioso que encontramos también en el rebajamiento de la figura sagrada de Cristo en *Espina para clavar en tus sienas* (el título es ya indicio de esa profanación): «¿Para qué me trajeron cabestreado por rosas y rosales y escaleras?» (p. 91), profanación que encierra una crítica soterrada del papel del Dios del clero colombiano, Dios amparador de la violencia y dador complacido del poder a los violentos.

La reproducción del discurso dogmático-religioso en *Cantilena del desterrado*: «Me pusieron un ropaje de vísceras/ y luego me dijeron: / camina, escucha, dura», y en *Los salmos de Satanás*: «prohibido terminantemente el uso de espliego en las cocinas» apunta también hacia ese haz de sentido. La crítica se orienta aquí hacia el carácter impositivo y supresor de la libertad de la religión católica. Recordemos que la libertad de cultos fue garantizada constitucionalmente durante el primer mandato de López, pero en la presidencia de Ospina Pérez la iglesia recuperó sus privilegios e instauró un «imperio» de terror y represión ideológica con sus fieles, situación que se traduce en el texto en la utilización de verbos en imperativo: «pisarás firmemente con tu efímero polvo», «negarás tantas veces que serás afirmado» (*Sentencia: 121*), «arderás, lucharás, comerá de tus codos, expiarás para siempre el haberte encendido (p. 122). Así, la Iglesia católica se nos presenta como aparato represivo del Estado en razón a su función censora durante los gobiernos conservadores (los libros leídos por los estudiantes en las escuelas manejadas por religiosos, por ejemplo, debían ser aprobados por los superiores de la institución antes de ser usados por los docentes en los salones de clase), y por su apoyo al régimen violento y represivo que aquellos instauraron a mediados de siglo.

Esta situación configuró una visión de Dios en el poeta sucreño que tiene ecos de Mutis y Steinbeck y que guarda relación con la del Yahvista del *Génesis*, *Éxodo* y *Números*, cuyo Dios, de acuerdo con Harold Bloom (1997:15), es «...demasiado humano: come y bebe, suele perder los nervios, se regocija en sus propias maldades, es celoso y vengativo...» El dios de Rojas Herazo es un ser impasible que se regocija, al igual que el del

Yahvista, con las inequidades de su creación: «El impasible recreo de tu sonrisa sobre el cristal inmovible» (*Narciso incorruptible*, 104), es un ser que se abstiene de intervenir como el de Steinbeck, un ser «lejano, / narciso incorruptible, / rostro inmachito, / norma del alba y de la noche, / perpetuamente ardiendo en la zarza de un hechizado / pensamiento» (p. 105). El poema *Ser escondido* condensa esta visión de forma más explícita (el paratexto título alude a ello): «¡Yo sobro! / Este mundo no es mío. / Dadme algo, / mi viejo hilo, / mi perdida inocencia, / mi antiguo filamento» (p. 101). El final plasma una súplica desesperada de intervención y recrea el abandono, la apatía de Dios: «asciendes, si, asciendes levemente / ¡Dame lo que te llevas! / no me dejes en mi / sin rumbo por mis huesos». El genotexto de estos fenotextos está quizá en los discursos de los presidentes conservadores al tomar posesión de sus cargos invocando la gracia y la aquiescencia divina. El discurso de Laureano Gómez al ser elegido presidente en noviembre de 1949 rezaba, por ejemplo (Tirado Mejía: 1981:173): «Bendigo a Dios mil y mil veces por haber llenado mi corazón con este ardiente amor por mi patria y por haber logrado que mi mente captara una sublime doctrina». «...alabo a Dios porque Él me ha permitido transitar por entre los fuegos del odio sin permitir que mi corazón se contaminara de él y por habérmelo conservado feliz, libre de las sombras oscuras de la venganza, puro, sin escorias ni amarguras». No es extraño entonces esa visión de Dios como ser permisivo, impasible, frío y que, al mismo tiempo, prohíbe y niega a otros: «Pero un dios te ha prohibido y negado / y ha esparcido el silencio de ti por las arenas.» (*La estatua de sal*, p. 76).

De esta forma el discurso religioso proyecta múltiples trazados de sentido en la obra a través de diferentes ideosemas y prácticas discursivas. Héctor Rojas Herazo subvierte muchos de los valores religiosos, dogmáticos, dominantes a mediados de siglo y señala la necesidad de cambio, de renovación de la ideología y concepciones clericales. El autor propugna, en últimas, por el surgimiento de un nuevo credo, menos represivo, más amplio, sin preferencias ni discriminaciones, finalidad ligada a la semántica intratextual esbozada por la interdiscursividad del texto.

## EL DISCURSO EXISTENCIAL Y LA DESESTABILIZACIÓN DE LA IDEOLOGÍA DOMINANTE

El discurso existencial se constituye, al igual que el religioso, en elemento desestabilizador de la dominante ideología conservadora, dogmática y represiva. Héctor Rojas Herazo sigue la línea heideggeriana del existencialismo ateo en la que el ser mismo no se concibe de modo indirecto por vía del pensamiento intelectual, sino tan solo directamente, revelándose al hombre a través de su existencia personal. Por eso la insistencia del autor en el reconocimiento y el autorreconocimiento a través

de los sentidos: «mis dos brazos irrumpen, mis dos brazos/ ávidos de tocar, de ser externos,/ como dos instrumentos de agonía.» (*Primera afirmación corporal*, 11). En *Noticia desde el hombre* leemos: «Vamos a atravesarlo, a verlo, a olerlo,/ a conquistar sus valles de alegría,/ su inviolado silencio, los senderos que cruzan su energía./ Vamos a conocerlo poro a poro,» (p. 10). En *Elegía* la toma de conciencia de sí mismo resulta en la situación límite frente a la muerte que plantea la doctrina existencial: «Venid aquí de nuevo, a mi casa de sangre./ Aquí donde me muero/ donde respiro y muero y me levanto». «Toda realidad es sufrimiento/ la muerte es perfume o una ventana/ o un tragal en la tarde./ Nos piensa destruyéndonos./ La muerte nos sostiene» (p. 113).

Los ejemplos son múltiples. La mayoría de los poemas están irrigados por el discurso existencial en razón a una formación ideológica asociada al centralismo como actitud dominante en Colombia desde la década del 40 que, de acuerdo a Jacques Gilard (1992:221), se mostraba «inmune a las disonancias de unas periferias cuya existencia no se reconocía sino en dosis homeopáticas», y que a finales de los 40 fue defendida y sustentada por el suplemento literario del periódico *El Tiempo*, por unos años la publicación cultural de mayor difusión en el país y cuyos colaboradores (Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, entre otros) eran enemigos acérrimos del pensamiento existencialista.

Así la obra de Rojas Herazo plantea a través del discurso existencial una posición crítica y esboza la necesidad de romper la anquilosis conceptual, la necesidad de la búsqueda de la libertad humana, pues como lo plantea Berdiaev el sentido de culpa por todo lo que sucede alrededor es un sentimiento de hombre libre. Su obra, entonces, desafía las ideas del poder verdadero representadas en *El Tiempo*, periódico del presidente y defensor de la ideología conservadora. Héctor Rojas Herazo defiende, al lado de Clemente Manuel Zabala, Gustavo Ibarra Merlano, y demás compañeros del grupo de Cartagena, liberales radicales todos, una ideología liberal, amplia, progresista, propugnadora de la renovación y de la búsqueda de la libertad del ser humano, labor emprendida a lo largo de todo el país en diferentes formas. Jorge Zalamea Borda, por ejemplo, entró en clara oposición con las ideas difundidas por *El Tiempo* a través del semanario *Crítica* a partir de octubre de 1948 y su primo Eduardo Zalamea Borda hizo otro tanto con *Fin de Semana*.

En esa concepción existencialista de los liberales cuyo fin primordial es la libertad, se expresa la protesta contra el conformismo y la adaptabilidad. El texto de Rojas Herazo nos brinda muchos ejemplos que se configuran a través de la práctica discursiva de la arenga como realización fenotextual de esa práctica social llevada a cabo por la oposición liberal. En el poema *Walt Whitman enciende las lámparas en el comedor de nuestra casa* leemos: «Después saldremos a la plaza y ayudaremos a la multitud/ a sembrar el follaje de un futuro estandarte./ Después juntaremos

nuestras voces en una sola voz/ y nuestro aliento en un solo latido» (p. 100). En los *Salmos de Satanás*, la arena se entrefera en una crítica a la falta de solidaridad y unión de los dominados: «Nos apoyamos, nos rasamos la piel,/ comemos lo que somos,/ pedimos miel mostrándonos los dientes/ y arrullamos una patio con los brazos./ ¿Qué pasa? Nos aprietan/ el instinto nos urge./ Está bien o está mal./ Siempre comiendo, masticando y cantando,/ preguntando por Dios y por sus hijos/ esperando una herida con las sienes intactas,/ derramando vinagre al paladar que canta por nosotros» (pp. 89, 90). Este texto parece tener como genotexto el ataque de sus compañeros de la revista *Mito*, publicación que enarbola las banderas de la modernidad y el progreso, a la tendencia existencialista e izquierdizante del semanario *Crítica* de Jorge Zalamea.

### EL DISCURSO ESCATOLÓGICO Y LA VISIÓN CARNAVALESCA DEL MUNDO

La presencia del discurso escatológico tanto en éste su tercer libro de poemas como en todos los demás, incluidas sus tres novelas, es un claro indicio de la percepción carnavalesca del mundo muy común en los escritores del Caribe colombiano. Lo excremental vuelto materia poética tiene ecos de Rabelais y arrastra un pathos de renovación, de cambio que surge como respuesta a los genotextos ya analizados y a una formación social que marca el rezago del Caribe colombiano frente a la cultura central andina dominante. Como anota Adolfo Meisel Roca (Meisel Roca:1994:32) «la imagen del país se había formado esencialmente en la parte andina por evidentes razones geográficas, de tradicional dificultad de comunicar y de organización administrativa». El mismo autor continúa diciendo «Al comenzar la década de 1950, la costa Caribe de Colombia se encontraba aislada tanto del resto del país como internamente. En efecto, primero con el auge (tardío) de las construcciones de ferrocarril en las primeras décadas del presente siglo, y luego, y en mayor medida, con la apertura del Canal de Panamá y la conformación de una red de carreteras desde la década de 1930, el río Magdalena dejó de ser el eje de las comunicaciones del país.» (Meisel Roca: 1994:288). Frente a esta situación comienza a gestarse una contra-cultura en el Caribe a partir de la década del 40. Orlando Fals Borda en el ensayo, Alejandro Obregón en la pintura, García Márquez y Manuel Zapata Olivella en la narrativa, Jorge Artel en la poesía, Héctor Rojas Herazo en ambos géneros, por mencionar unos cuantos, iniciaron la edificación de una contra-cultura y la difusión de su visión del mundo, que contribuyó a reafirmar la identidad del Caribe sin caer en el parroquialismo.

La palabra poética en *Desde la luz preguntan por nosotros*, emprende, entonces, esta misión de afirmación de lo Caribe a través de la utilización del discurso escatológico, expresión de ese pathos de renovación y

cambio necesarios para asumir tal identidad y del empleo del discurso epidéctico que invita e incita a la acción: «vamos a ser más verdes cada día,/ más culebra,/ más liana/ más zancudo,/ más espuma de sapo en los estanques». «porque somos de aquí,/ de estas raíces,/ de estos légameos blandos...» (*Primer cartón del trópico*, p. 30). Los versos se estructuran una vez más a través de la práctica discursiva de la arenga. Otro tanto ocurre en el poema *Aldebarán* «hemos sido informados del vasto avance. Oímos en nosotros resonar pisadas colosales. Creeremos. Encenderemos por tanto, el arpegio de los navíos. Afrontaremos los cestos y alimentaremos con el fruto de nuestras playas las balandras que han de formar una expedición sin regreso» (p. 46).

Por su parte, lo excremental en el texto alude a esa renovación tan deseada. Con la expulsión de saliva, sudores, orines, mocos, heces y ventosidades, el cuerpo se renueva, se expulsa lo viejo y se da lugar a lo nuevo. De ahí el placer que conlleva la expulsión de tales excrementos: «Te has empedernido mucho agitando y abrochando tu sexo después de sentir la electricidad del orín en el último rincón de su patio casero» (p. 66). «Empezó a hurgarse las narices y a untar, plácida y minuciosamente, su mocus amarillo en las nalgas de un arlequín» (p. 65). como en esos productos corporales radica la esencia del hombre, su ser reconocible de manera directa de acuerdo con la doctrina existencialista, el expulsarlos es renovarse, cambiar. Así, en *Primera afirmación corporal* leemos: «Tibia saliva mía, espesa mezcla/ de mis células vivas y mi lengua/. Y más adelante: «este soy yo. Lo sé, lo reconozco,/ lo dicen mi voluntad y mi sombra,/ lo repite una casa y una aldaba,/ y un vientre azul lo esparce por el aire/ a otras narices y rodillas solas,» (pp. 11, 12). En el mismo poema el discurso escatológico se erige, a través de un proceso intradiscursivo, como original e incontaminado por textos culturales e ideológicos de otra cultura: «no me pongan rótulo/ no le pongan color a mi destino./ No me pinten de azul o de amarillo/ o de rojo encendido o verde mora/ el sudor de mi axila o mi cabello» (pp. 12, 13). En realidad, el autor está reafirmando la identidad de su cultura, está plasmando la esencia del hombre caribe: «No me pongan a derecha mis sentidos/ ni a izquierda mi dolor y mi sonido./ Yo soy de aquí. De aquí, de donde piso, de donde crezco y muero,/ donde tiemblo y espero,/ donde tengo parada mi estatura/ y mis cinco sentidos verticales.» (p. 13).

Es, sin embargo, en la trilogía de *Rey de alcoba* donde se consolida la visión carnavalesca del mundo. El primer poema, *El carnaval de Nausícrates*, da lugar a la entronización bufa del personaje: «soy el amo absoluto de la toalla y el jabón con que he de limpiar el lodo de mis espasmos, soy el rey de esta alcoba. Aquí soy grande, espléndido y triunfal», y a sucesivas desentronizaciones. La primera al final del poema: «Por lo pronto nadie le ha mordido una oreja a Nausícrates pero recuerda que le han asustado dieciséis veces seguidas en un mismo árbol de totumo con sólo mostrarle un tenedor, un espejo y un recipiente de

agua dulce» (p. 64). La segunda en *Al payaso le duelen los zapatos*: «Estás perdido y me das lástima, Nausícrates Ricardo. Definitivamente me das lástima» (p. 66). La trilogía se cierra con el poema *Nausícrates habla de sí mismo* en la que se consagra la desentronización final: «A Nausícrates lo enterraron bocabajo» (p. 67).

Las categorías del carnaval también están presentes en estos poemas. Profanaciones («cien guanábanas en una bandeja de vidrio tenían, exactamente, la misma jerarquía de un arzobispo»), excentricidades («mastizando los cercados de guadua»), desaveniencias, contactos libres y familiares; además de la presencia del realismo grotesco común a Rabelais y Cervantes: «su vientre era igual a un tambor donde han muerto dos agricultores gemelos».

La interdiscursividad entre las microsemióticas de lo religioso, lo existencial y lo escatológico, establece, en últimas, la desestabilización de la ideología conservadora, dogmática, represiva, dominante, por la ideología liberal, amplia, progresista y propugnadora de libertad. Igualmente, el texto recupera y edifica una contra-cultura que se percibe como negada y reprimida por la central-andina dominante, esbozando una visión del mundo a través de un proceso de selección discursiva original y representativa. La producción de sentido en la obra tiene como origen textual, en primera instancia, las formaciones ideológicas de la Colombia de mediados de siglo que enmarca las complejas relaciones entre los partidos liberal y conservador y la participación de la Iglesia católica como aparato represivo e ideológico del Estado y de los intelectuales reaccionarios asociados a la prensa estatal como el otro aparato ideológico del poder dominante. Y, en segundo lugar, la formación social que marca la dominación de la cultura central-andina sobre la rezagada y negada cultura Caribe en nuestro país a mitad de siglo y que genera una reacción por parte de un grupo de intelectuales costeños hacia la búsqueda de la reafirmación cultural.

## BIBLIOGRAFÍA

---

Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid. Alianza Universidad, 1990.

---

Bloom, Harold. *El canon occidental*. Barcelona. Anagrama, 1997.

---

Cros, Edmond. Seminario internacional de sociocrítica. Medellín, 4-8 de octubre de 1999.

---

Flores, Carlos. *García Márquez, grupo de Barranquilla grupo de Cartagena: Fábula y Enigma*. Bogotá, Ediciones Luna Hiena, 1989.

---

Gilard, Jacques. «Colombia, años 40: de *El Tiempo* a *Crítica*». En Revista *América* No. 9/10, 1992.

---

\_\_\_\_\_. *Surgimiento y recuperación de una contra-cultura en la Colombia contemporánea*. Barranquilla. *Huellas* 18. Uninorte, 1986.

---

Meisel Roca, Adolfo. «Rezago relativo y creciente integración, 1950-1994» En: *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Santafé de Bogotá. Ediciones Uninorte, 1994.

---

Perelman, Chaïm. *El imperio retórico*. Santafé de Bogotá, Norma, 1997.

---

Tirado Mejía, Álvaro. «Colombia: siglo y medio de bipartidismos» En: *Colombia Hoy*, 7ª Edición. Siglo Veintiuno Editores de Colombia. 1981.

---

*Visitas al patio de Celia*. Compilación de Jorge García Usta. Medellín, Lealón, 1994.

---



---

## EL CARIBE PURGATORIAL: HÉCTOR ROJAS HERAZO O LA IMAGINACIÓN DEL FUEGO

---

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE\*

Siempre me ha suscitado particular interés la seducción que la sustancia ígneo-luminosa parece operar sobre la imaginación de Héctor Rojas Herazo. Sobre el cañamazo de sus obras se puede rastrear su urdimbre, unas veces como fina, delicada bordadura, festones o silueteos, otras como marcas de hierro al rojo vivo. En verdad se trata de una presencia estilística obsesiva, es decir, con fuerza estructuradora, que recorre su obra poética, narrativa y pictórica. De modo que bien podríamos hablar en su caso, haciendo un guiño a Bachelard, de una imaginación del fuego.

El propósito que se traza este borrador es indagar en algunas figuraciones de esta orientación incandescente de la imaginación en su novela *En noviembre llega el arzobispo*, figuraciones en que se anudan lo existencial con lo geográfico y lo histórico-cultural para dibujar, sobre la espejeante –elusiva, fragmentaria, en fin, enigmática– superficie del Caribe, un rostro, una representación, una lectura posible del hombre y de una geografía que hemos denominado purgatorial.

La noción de geografía es un aspecto fundamental en las reflexiones que este autor ha desarrollado en la conformación de una poética. Sin ir más allá pensemos en el patio, tan capital en su obra, como microcosmos geográfico. Ya lo dijo él en alguna ocasión en una frase que es ya emblemática: «No soy de un pueblo, soy de un patio». Desde luego en la noción de geografía hay invocación a una cultura y a una historia, a una circunstancia, en fin, que, diciéndolo con sus palabras «nos ha sido im- puesta con ferocidad».

La profunda relación entre el enigma del ser y la geografía hace que estas otras palabras suyas, referidas a Guimaraes Rosa, realmente se vuelvan sobre sí mismo y su propia obra: con Rojas, pues, «Vamos a encontrarnos con una geografía contaminada por los sentidos de un hombre, por su única e intransferible subjetividad. Quiero decir que vamos a ser sacudidos por una comarca que fue tenaz y dolorosamente absorbida y – luego de una profunda maceración, de una rigurosa digestión concien- cial– otra vez devuelta, estilísticamente regurgitada, en sus criaturas y en el decurso de su tiempo particular».<sup>1</sup>

---

\* Romulo Bustos Aguirre, Santa Catalina de Alejandría, Bolívar. Poeta y pintor. Estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Cartagena y Magíster en Literatura Latinoamericana en el Instituto Caro y Cuervo. Profesor de literatura en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena. Libros de poemas: *El oscuro sello de Dios* (1988), *Lunación del amor* (1990), *En el traspatio del cielo* (1993), Premio Nacional de Poesía Colcultura, *Palabra que golpea un color imaginario* (1996), La Rábida, España. Colección Encuentros Iberoamericanos de la Universidad Internacional de Andalucía y *La estación de la sed* (1998)

1 H. Rojas Herazo. «La geografía subjetiva: Gran Sertón: Veredas». En: *Señales y garabatos del habitante*. Colcultura. Bogotá, 1976, p. 110.

Abriendo la edición de Oveja Negra (Bogotá, s.n.f) de *En noviembre llega el arzobispo*<sup>2</sup> en las pp. 224-225 encontramos las siguientes imágenes: «la mano derecha del espejo, con un fulgor de llama, aleteó sobre las mejillas»; «Como si el traje gris y el rostro ajado por el cansancio y las pulseras que ardían al final de aquellos brazos hinchados fueran el resultado de su propio desvelo»; «Todo el cuerpo de piel rocosa manchado por arañazos de lodo, ardía como un leño en el sol del crepúsculo». Y en la p. 233: «Don Arsenio mira la plaza por encima de sus lentes. Una ofrenda de vidrios asciende de la hierba hacia los techos, convirtiendo el lejano bloque de la alcaldía en una ardiente zarza de cal». Verdaderas gemas verbales, diríamos; pero, en realidad, más que como gemas con su correspondiente saldo preciosista –tan modernista él–, pudiéramos verlas como verdaderos ideogramas, condensadores e irradiadores de significación, guiños luminosos del sentido. A riesgo de fatigar, sigamos con algunos otros ejemplos: «Ella ladeó el cuerpo, removió todos aquellos planos de grasa y luz, de tensiones ocultas que despedían con el castigo un exasperante olor a manteca de pepita, a caballo y úlcera fresca» (p. 39); «–¿Estará allí?– Dijo con anhelo la figura detrás de la llama» (p. 30); «Miró hasta el final, la calle recta de fúlgida arena, hundiéndose en el mar como espada chirriante»; «Ahora el enfermo no se movía. Estaba lleno de luz y suspiraba con angustia» (p. 22); «Parecía asomado a una celda, con el sol detrás de los hombros y su cara redonda veteada por la penumbra de un sombrero» (p. 22).

Los siguientes corresponden a la misma página (77): «mirándole sus ojos dorados sobre su rostro y su traje ensangrentados por la luz de la tarde»; «Los muslos y los dedos del médico ardían en el rescoldo del crepúsculo como leños y virutas de roble. Los dos atendieron algo errante, que no era solamente la brisa, gimiendo entre la hoguera de los almendros»; «Nife ardía como un huso de metal en el centro de la puerta del patio»; «Miró a su mujer ardiendo en la misma llama en que penaban los tres naranjos». Diríase que los seres y las cosas –el idioma mismo– parecen sometidos a una suerte de insolación. El trazado vocabular se incendia de imágenes: combustión, abrasamiento, ardimiento, quema, llama, fulguraciones, resplandecencia, carbón, sofocación, sudor, agrietamiento, ceniza, todas en su doble valencia físico-emocional.

En realidad toda esta serie de variantes del elemento ígneo son cruces de camino de lo geográfico y lo existencial, como ya dijimos. El sol, desde luego, como símbolo de nuestra geografía, es una de las referencias privilegiadas de estas figuraciones del fuego. A su imagen fecundadora, salvífera, dadora de vida se han consagrado diversas culturas del viejo y nuevo mundo. Sin embargo, en el caso de Rojas este símbolo parece haber sido despojado de su halo benéfico. Junto a la representación de Rojas la imagen que nos suministra, por ejemplo, Andrés Bello en su elogio de la zona tórrida, suena irónica: «Salve, fecunda zona, / que al sol enamorado circunscribe / el vago curso, y cuanto ser se anima

<sup>2</sup> Todas las citas se harán de esta edición.

/ en cada vario clima / acariciada de su luz concibes». A lo que se asiste en Rojas es al aspecto inclemente, devastador de la solaridad. Más que en sol habría que pensarse en horno, fogón, hoguera en lo alto. En realidad, el fuego es centro de un doble clima: un clima geográfico, una manifestación externa, escenográfica del fuego –un fuego en que habita el habitante– que se encarna particularmente en la imagen del verano, magnífica, hostigantemente descrita en la página inicial de *Respirando el verano*: «aquella sofocación irrisitible, aquella orgía solar que abría rotundas cicatrices en la tierra de las calles y parecían cebarse aun en las hierbecillas más testarudas y humildes. Los árboles, cansados, secos parecía varillas de yodo entre el aire polvoriento. Se respiraba el verano como un olor ubicuo. Un olor a cáscara seca, a hojas carbonizadas, a aire quemado. A ropa planchada en un cuarto seco».

Por otro lado, un clima existencial, un verano del ser, una manifestación interna, biológico-religiosa –un fuego que habita al habitante– cuya encarnación más temible es la culpa. Y con esta palabra, desde luego, nos colocamos en el centro del discurso bíblico, en sus dos modulaciones: bíblico-mosaico y bíblico-cristiano (con sus ejes de culpa y redención, respectivamente). Es, centralmente, en relación con este discurso (requisitoria, negación, alegato, rechazo, absorciones, etc.) en diálogo o querrela con él, desde un impulso intensamente subjetivador, a partir de la ingestión de esa geografía, esa cultura, esa historia, como ya ha sido aludido, construye su visión del hombre y del Caribe, alrededor de un eje vital-estético de filiación romántico-fáustico<sup>3</sup> con el que se cargan de sentido las imágenes del fuego.

Dentro de este orden de ideas –teniendo en cuenta la notable compactación temática observable en la obra de Rojas, el régimen de recíproca fluencia entre los diversos géneros por él cultivados, la notable unificación a que las somete un casi impúdico yo autorial–, la lectura de un sugerente poema de 1952, *Tránsito de Caín* nos puede proveer de la siguiente condensación mítico-alegórica como punto de partida para una lectura provisoria de *En noviembre llega el arzobispo*: la caldera, el fuego solar, el verano, que abrasa los seres y las cosas es una suerte de hipóstasis de la espada de fuego del ángel expulsor del paraíso; la culpa que quema, que consume, es la herida, la llaga incurable dejada por la agresión del fuego; desde luego, está también la nostálgica, hostigante (por lo imposible) luminosidad otra del paraíso, y ese presupuesto de toda culpa, el saber, el fuego –la luz– hecho quemante lucidez. Un muy breve fragmento del poema nos puede ayudar a ver la admisibilidad –al menos en primera lectura– de la relación propuesta, donde la imagen del hombre en *En noviembre llega el arzobispo* sería una paráfrasis de 268 páginas de la imagen de Caín en *Tránsito de Caín*:

*Caín, ojo de Dios te mira, te rompe, te persigue,  
Te busca duramente por la tierra y el fuego.*

3 La noción de «romanticismo fáustico» apunta en Rojas a una suerte de visión del mundo que permea la evolución de la forma de la novela (o más bien de la novela como forma) en el mundo moderno. Con ocasión del texto «Unas palabras sobre Rómulo Gallegos». En: *Señales y garabatos del habitante*, p. 104 hace la siguiente formulación: «por eso la novela es cada vez más subjetiva y poética. Por eso insiste en adentrarse en las regiones castigadas del ser. Y es con ella con la que ha de librarse la última y decisiva contienda del romanticismo fáustico, que la hizo posible como género y que la sigue alimentando con las instancias más lujosas y desesperadas de su propia aniquilación. Entendido lo romántico, lógicamente, como un delirio del drama individual y entendido lo fáustico como un impulso demoníaco, que obliga a la conciencia razonadora primero a cuestionar y luego a transformar tanto la esencia como las formas visibles del mundo».

*Ojo de Dios tu llaga, tu miel inalcanzable  
Caín, arcilla de maldición,  
Tostada sed de higuera,  
Herido por los cuatro venablos de tu nombre*

Adán, Caín, Cristo, el hombre, en fin, cada hombre. No estará de más recordar –evocando a Gilbert Durand– que el ojo como órgano y como símbolo es adscribible al registro ígneo luminoso.

Ocupémonos un poco ahora con más detalles de estos elementos en *En noviembre llega el arzobispo*. Hemos visto cómo lo ígneo es una recurrencia en una serie de segmentos de esta obra: los personajes aparecen aureolados o naufragos en incendios de luz o a veces tenuamente acariciados por ella o bien seleccionados e intensificados los aspectos de ellos susceptibles de brillo o bien sus ornamentos, acompañándolos a modo de comentarios luminosos o inevitables epítetos cualquiera que sea el caso este elemento (reflejado, absorbido o irradiado) juega una función existencializadora, que tiene básicamente dos modos.

Veamos un primer modo: los dota de irrealidad, los transfigura fantasmáticamente. La proliferación de este tipo de imágenes no son más que subrayados de una idea obsesiva: la esencia fantasmagórica de la vida, las ráfagas temporales que la constituyen:

*Terminando de ladear el rostro, vio a Alberto Enrique –sentado en su taburetico frente a la puerta finamente dibujado en el lienzo inventado por la combinación de las hojas y la luz solar– aplicado en repasar con un dedo las letras de la cartilla. Tenía las rodillas juntas y los pies separados y el mechón de cabellos palpitaba en su frente como un ala. El juego de la luz convertía su camisa en un ascua flotante, vaporosa, que lamía sus facciones como reflejos de miel sobre vidrio» (p. 202). (El padre Escardó) Extendió la mirada hasta el edificio de la alcaldía, en el extremo de la plaza, majestuoso y flotante como un gran navío, con sus ventanas incendiadas por las alas de la tarde (p. 71).*

El efecto de fantasmagorización se enfatiza si va acompañado de la fragmentación, como cuando refiriéndose a Nife a través de los ojos de don Arsenio: «¡Qué frágil, qué ilusoria, aquella mano distraída ardiendo en el sol de la tarde!» (p. 79). O este otro dibujo del hijo suicida de Leocadio Mendieta: «La claridad del patio, entrando impetuosamente por la puerta, le hacía brillar la mitad de la espalda como un trozo de metal» (p. 138). O esta decapitación visual de un acróbata: «Don Demetrio abriendo su único ojo, vio la cabeza contorsionándose en la cumbre de la llama, en el centro de la plaza. Fue la segunda visión que esa misma mañana le produjo el calor de junio» (p. 165). En muchos casos la figuración va acompañado de la enunciación misma de la fantasmagorización como en esta referencia al doctor Alandete: «–Le entiendo, o por lo menos

creo entenderlo— dubitó el doctor Alandete con un hilo de macabra bondad. Como un fantasma en el mecedor lleno de luz» (p. 75). Resulta (en principio) paradójico que esta fantasmagorización, volatilización del objeto vaya de la mano con un estilo altamente detallista, descriptivo, que intenta precisarlo, capturarlo en toda su apretura. El detallismo intenta fijarlo —y en la barroca proliferación tiende a evaporarlo— y la luz a la vez que lo dibuja lo aniquila (estamos obviamente ante la plasticidad, el pictorismo de la imagen que encontrará ámbito privilegiado en su pintura como ya tendremos oportunidad de ver).

Todo esto está asociado a lo que es el gran tema de Rojas Herazo (ampliamente señalado por la crítica), que lo ubica en la línea de Proust, en cada una de cuyas frases parece resonar la célebre frase de Espinoza, aquello tan citado por Borges y Unamuno de que «todas las cosas quieren perseverar en su ser, la piedra quiere seguir siendo piedra, el hombre quiere seguir siendo hombre» el gran tema de la duración, de la perduración que construye a Celia, el personaje-columna de su zaga narrativa. Y aquí otra vez el motivo del fuego, porque ¿acaso no es el tiempo y la muerte —es decir, su lúcida conciencia— la herida más honda de Asriel, el fuego de Dios, el oscuro, el calcinante sello de Dios? Y a estas alturas de nuestro asunto quizás no está de más precisar que, en última instancia, el fuego que nutre la imaginación de Rojas Herazo —al menos una de sus formas más intensas— es el tiempo; se trata de una figuración del tiempo: el tiempo devorador, el fuego devorador.

He aquí el otro modo de la función existencializadora del fuego (en íntima relación con el afantasmamiento); en su manifestación más activa los personajes aparecen no lamidos o tocados por la luz, sino llameantes, ardiendo en una representación de la devoración por el fuego en que se entrelazan: el arder, como biología, fisiología en movimiento, y allí, el ser como sujeto de pasiones (sometido a sus instintivos llamados con sus corolarios de goce y sufrimiento), como aferramiento hambriento a la vida. Arder como consunción, como ceniza anticipada (aquí podríamos invocar a Quevedo) y arder como sufrimiento espiritual, como conciencia llagada en el fuego moral de la culpa. Todo esto, materia que arde, materia en el tiempo. Es este último —el fuego moral— el que más claramente se muestra en las siguientes imágenes: «En ese instante Leocadio Mendieta cierra los párpados y oye su alcoba zumbando en la parrilla de octubre». «A San Lorenzo le permitieron volverse del otro lado’, y abre los brazos en cruz con el hueco de las manos hacia arriba, inventando para cada una de ellas una gota de lluvia» (p. 232). O esta otra en que se referencia al personaje Brígida Lambis: «en aquel preciso instante, ella se encontró solitaria y culpable, ardiendo como un ánima en pena entre las lámparas, en la iglesia llena de gente» (p. 45).

El ánima en pena o alma del purgatorio, es una de esas manifestaciones religiosas con amplio arraigo en la imaginería popular, medular en la construcción de la meditación existencial de Rojas Herazo. Es la imagen

privilegiada para la representación del ser humano: la purificación por el fuego y la ambivalente promesa de salvación que encierra, su errancia, su falta de sosiego, el «ánima que sale», que se aferra a la vida, a estar en este mundo, a no abandonarlo, pidiendo perdón con su presencia. Los personajes de Rojas Herazo son básicamente almas en pena, almas tostándose en el fuego purgatorial del verano y de la culpa, en la llama de la conciencia de esa culpa: aferrándose agónicamente a la vida, pidiendo perdón por vivirla, desconcertados o maldicientes, que viven –sospechosa, significativamente– proclamando su pureza y su inocencia «contra un plan indescifrable» (p. 258) que los condena. Es esa condición de almas en pena lo que determina la naturaleza de la temporalidad que habitan o que los habita. Como bien señala Luis Rosales,<sup>4</sup> en *En noviembre llega el arzobispo*, estamos ante un tiempo estático:

*Considero que uno de sus hallazgos más interesantes es el estilo de tiempo suprimido. Nada puede cambiar en ella, ya que cualquiera de los actos que realizan los personajes, lleva implícita toda su historia (...). Etelvina y Esteban, Rosa Angelina y Leocadio Mendieta, solo siguen viviendo lo que les atormenta y todos ellos han creado su propio infierno (...), viven continuamente lo que han vivido ya. Ahora bien: ni en el infierno, ni en Cedrón es posible elegir y estas criaturas que recorren sus calles, viven únicamente para poder arrepentirse de vivir. Todas están arrepentidas (...) Tienen una existencia paralizada.*

Se trataría básicamente de dos tiempos de naturaleza complementaria y de carácter existencial: lo que bien pudiéramos llamar tiempo purgatorial (culpa) y tiempo de salvación. El primero corresponde básicamente a lo ya descrito: tiempo de la separación, de la soledad insalvable, de la culpa. Este es el tiempo en que usualmente viven o «penan» los personajes. Pero hay también otro tiempo, una especie de tiempo del milagro. Ciertos instantes, ciertas fulguraciones –también hay que describirlos en términos luminosos, pues aquí el fuego danza en todas las direcciones– ciertos relámpagos en que se anulan las distancias, instantes de comunión en que los personajes se redimen mutuamente y encuentran un sentido al sufrimiento, por el mecanismo amoroso de la compasión, del acercamiento al otro, pero son solo instantes o acaso alucinaciones, breves puertas, ventanas de luz en los túneles separadores de cada individualidad que inmediatamente se cierran. Veamos el siguiente ejemplo: (se trata de Etelvina y Leocadio Mendieta):

*Por un instante se miraron sin prisa, limpios de temor y deseo, como si los dos no hubieran aún descendido sobre la tierra. Entonces ella se oyó a sí misma, a su verdadera dulzura (la que había atesorado en el suplicio, en el desprecio y en el silencio) murmurándole al oído, para que él, únicamente él entre todos los hombres, descubriera esa razón de júbilo que le había sido deparada más allá del horror, la equivocación, la furia y el absurdo de la tierra:*

4 Rosales, Luis. «La novela de una agonía». En *Visitas al Paito de Celia*, compilación de textos críticos sobre Rojas Herazo reeditada por Jorge García Usta. Editorial Lealón, Medellín, 1994, p. 104- 105.

*–Ven, hijo mío, Leocadio, mi amorcito triste, mi niño desamparado, no sufras más; mírame y no sufras más» (p. 178)*

*El valor, la fuerza purificadora de esta mutua redención, se resalta por el dramático espectáculo que ofrecen dos personajes cuando se hacen conscientes del mutuo infierno al que se condenan ante la reveladora imposibilidad del encuentro:*

*Etelvina y Rosa Angelina madre e hija, son las protagonistas de este segmento: «¿Testigos de qué?, indagó Rosa Angelina, suspen- sa la voz, rozando un amargo y en el fondo compartido secreto. ‘De nada, pero no ha querido testigos’, fue la segunda y definitiva respuesta de ella, echando cerrojo a su voz, atrancando su rostro por dentro y acezando, mientras escuchaba la respiración de Rosa Angelina y miraba sus ojos que le suplicaban entrar» (p. 161).*

Estos dos tiempos poseen, respectivamente, una relación significativa con el discurso bíblico-mosaico, con su Dios terrible y castigador, expulsor, centrado en la imagen masculina, autoritaria del Padre, por excelencia, y el discurso bíblico-crístico amoroso, femenino.

La producción pictórica de Rojas Herazo es terreno especialmente fructífero para el rastreo de esta estela del fuego. Vemos cómo la misma obsesión, el mismo vector imaginativo, trasvasándose de un lenguaje a otro, sigue haciendo presencia determinante. La demonización de la luz lo pone en la línea del tenebrismo. Lo de Rojas es específicamente el contraluz, como si dijéramos: revelar la espalda de la luz. Su espalda, no su ausencia, no la sombra de los objetos, sino los seres y las cosas condenados a la sombra de la luz. La luz organizándose en impulso violento, negando las formas y paradójicamente construyéndolas. Aquí, ante sus cuadros, es inevitable recordar esa batalla campal de la luz y la sombra que es el hermosísimo poemario. Agresión de las formas contra el ángel: los cuerpos y las cosas trabajados con trazos imperiosos se yerguen, oponen, erigen su presencia; sólidos, espesos, más bien tajantes, en una especie de soberbia grandiosa, pero sabidamente inútil. La luz los arremete; al tiempo que los inventa, los hace posibles. La luz azuza sus guerreros y es entonces fuego. Surge así esa ya reconocible galería de jauleros, arlequines, caballeros, flautistas, vendedoras de frutas, amantes. Los vemos allá acuñados en el lienzo en una recurrente composición central, recortados sobre ardorosas masas de color o macizamente silueteados sobre puertas o ventanas por las que irrumpe fervorosamente la luz. Seres y cosas que se resuelven en verdaderas brasas, antorchas vivas, envueltos en halos que hablan no de santidad o angelismo, sino de castigo.

La obra «Gaitero» (1997), con su llameante expresionismo, ejemplifica singularmente de esta imagería. Ritual, hierático, ahondado en sus espesuras, fogoso encantador que se encanta a sí mismo, del alma de la gaita mana el lujoso serpentario de las lenguas danzantes que envuelven al gaitero. El gaitero arde en su propia música. Imperativo aquí evocar,

otra vez, la iconografía popular del ánima en pena. Explicablemente en el cromatismo, para dar forma a esta tensión, se ha reducido al mínimo la paleta, casi básicamente al duelo, al rojo blanco, de ocre y sienas, colores emblemáticos de la luz y la tierra, de la luz y la carne calcinada.

La producción poética de Rojas nos entrega asimismo pasajes muy significativos de esta imagería del fuego. Pensamos en textos como «Contrapunto para glosar el martirio de San Lorenzo», «La noche de Jacob» y «La sed bajo la espada», todos correspondientes al poemario *Agresión de las formas contra el ángel* (1961). Detengámonos un poco en el primero, en la lectura de un segmento que hace realmente innecesario cualquier comentario, pues se presenta a sí mismo:

*Ahora vuelvan mi costado  
Pues me he tostado tan hondo  
Que siento secos los ríos  
Y el pájaro y el árbol  
han regresado a su origen de ceniza en mi paladar(...)  
Tomo mi rostro entre las manos  
Y todo él es jugo de sed, pulpa de sed  
Arena que vive aún, que clama,  
Que me vuelve un intruso para mis propios dedos(...)  
Y estoy vivo,  
Vivo aún para mi otro costado  
Para esos pájaros y ese perfume y esos adolescentes  
Que huyen de mi carbón izquierdo  
Acezantes  
Buscando refugio en mi ojo, en mi muslo,  
En mi derecha soledad no visitada por el fuego.  
Me llamo y nadie ni mi propia sangre me responde  
Soy un bosque sacrificado al amanecer para una siembra oscura.  
Tiemblo herido más allá de mis bordes.  
Yo mismo soy el fuego  
Me inclino lamiéndome  
Aulladamente indago y consumo mis últimas partículas,  
Mis fibras ignoradas.  
¡Oh aterradora lucidez  
encendida en totalidad  
Lorenzo al fin, Lorenzo de costilla,  
en carbón y resuello consumido  
por la tierra y el cielo achicharrado!*

San Lorenzo suplicado, hecho brasa, tizón, constituye en la visión de Rojas una hipóstasis de la condición humana. En el centro de esta flamígera imagen está el corazón del fuego, el fuego de los fuegos: la lucidez, el supremo martirio. El verdadero martirio no es, desde luego, el de San Lorenzo, sino el del ser humano achicharrado en la lucidez;



ese –como dirá en otro poema– «saberse encendido, sin agua para apagarse». Luz hecha lucidez, conciencia sufriente, obsesada por su destino efímero de relámpago y sueño, herido –dirá en otro poema– por «el filo de una temible claridad–. Así la voz lírica se instala en la paradójica condición de que la única luz que la habita (la lucidez) le niega el anhelo de luz.

Los otros dos poemas mencionados, «La noche de Jacob» y «La sed bajo la espada», son poemas gemelos, casi tautologías, fundados en el mismo motivo: la rebelión contra el ángel y la instancia que éste representa, la luz divina y la ascensión, en una suerte de victoriosa derrota, de una condición corporal-temporal: la renuncia a toda ulterioridad trascendente. Pero el ímpetu de perduración, el fantasma de esa luz otra, siguen allí, asediando, en un universo incomprensible en que Dios está ausente y cuyo enigma, muerte u ocultamiento son, para el hombre, un insulto, una provocación. Se asume así en su exilio, en su destierro en la tierra.

El mito de la expulsión del paraíso, del ángel castigado por el fuego de Dios, que proponíamos al inicio, como subyacencia para orientar la lectura de *En noviembre llega el arzobispo*, y este otro que nos proponen los dos poemas reseñados, de la ascensión del exilio, de la rebelión ante esta espada de fuego, de su negación, entran en contradicción, en franco duelo; no olvidemos, sin embargo, que la lucidez es hija del fuego, su forma específicamente humana, es ella la que lo acompaña y la que lo pierde. Es ella la que siendo hija de la luz, niega la luz. Por eso el fuego castigador no es tanto el fuego de Dios sino el fuego de la ausencia de Dios. En el duelo de las dos narraciones míticas, como su resultante, los significantes se mantienen, pero sus significados ya están perturbados. Ahora se mueven en una dimensión paradójica, dudosa, contradictoria. Por esos sus personajes pueden anhelar y maldecir la luz y la culpa y el castigo pueden ser disfrutados y repudiados. Culpa, pecado, castigo, salvación, purgatorio pueden recorrer el texto, pero ya han perdido el trasfondo que les da densidad. Digamos que en este universo el hombre se queda con el pecado y sin el género.

El tiempo, la ausencia de Dios y la lucidez constituyen los tres rostros –la trinidad– del fuego que abrasa a los seres y las cosas de *En noviembre llega el arzobispo* y origina esa existencia fantasmagórica, ese remedo de existencia, ese universo paralizado y paralizante cuyos personajes –para decirlo con palabras de Blas Matamoro<sup>5</sup>– «han vendido al escenario de sus vidas después de la muerte de Dios, del cual quedan inocuas imágenes de madera dorada y paño, convenientemente desgarrado éste y afectada de carcoma aquélla. Viven esperando la llegada del arzobispo, tal vez el resucitador de Dios» y, en todo caso, vicario de Dios, Dios mismo sometido a un proceso inmisericorde de vaciamiento en su símbolo. El efecto esperpéntico se da de entrada en el hecho de que –todo Dios que

5 Blas Matamoro. Una epopeya colombiana. En *Visitas al patio de Celia*, Op. cit., p. 134.

se respete tiene su profeta— la profecía de su llegada, la novela la pone en boca —si seguimos la interpretación de Luis Rosales— del personaje Leocadio Mendieta, encarnación misma del demonio, del mal, simbolizada por la imagen del caballo de madera, esa especie de ubicuo demonio que atiza la ardiente paila de Cedrón. El capítulo todo, con fina ironía, alcanza su plenitud carnavalizadora en el famoso segmento de la ventosidad del arzobispo.

La señalada obsesión de Rojas por las ruinas es, ante todo, la de una religiosidad en ruinas. Dentro de esta especie de catedralicio gótico tropical que es *En noviembre llega el arzobispo*, asistimos, a través de su fragmentada, soberbia, dispersa arquitectura de naves, arquivoltas y agujas derruidas, no al sueño, sino a la pesadilla de Dios, de su muerte. Valga retornar finalmente a un concepto que se nos ocurre central: la imagen de la compasión, que se asocia a lo que hemos denominado tiempo de redención; y lo constituye el tiempo salvífero de asomarse al otro y acompañarlo y ser uno con él en su sufrimiento. El significante de la salvación, vaciado de su contenido trascendente, es ahora pura humanidad, humanamente trascendida desde, en, por sí y para sí misma.

La religiosidad se transforma en una dimensión ético-estética, fundada en la palabra. Más allá de las fronteras del mundo de la novela, el escritor se salva —vicariamente— en el ejercicio de la compasión por la palabra; el lector se salva por su participación en esa especie de «comunidad de todos los santos», de eucaristía profana, que constituye la lectura de la obra. Tal compasión, centrada en el hombre, es asimismo compasión por un entorno, por una cultura y una historia, pues —para decirlo con sus palabras— no se trata solo de la soledad «del estupor y la orfandad existencial» del hombre, sino de la soledad, el estupor y la orfandad de una geografía y de una historia que se intenta salvar, nominándolas, dándoles un lugar en la imaginación, que también desea perdurar. De esta manera, la necesidad de nominar, de narrar, para salvarlas por la palabra, una geografía y una cultura íntimamente fundidas es simultáneamente una declaración de enraizamiento pasional, de pertenencia a un sitio específico del planeta calcinado por los infinitos veranos. De ahí que cuando el yo lírico, en algún poema, exclama «no me llamen de arriba ni de abajo de aquí yo quiero ser», ese aquí corresponde no sólo al abrasado universo interior del hablante, sino al Caribe.

Esta representación purgatorial del Caribe que hemos intentado describir a partir de las huellas ígneas esparcidas en algunos textos de ficción de Rojas Herazo, podemos enriquecerla y dotarla de mayor coherencia si la remitimos a las reflexiones directas del autor cuando señala:

*En nuestros pueblos del Caribe colombiano, se desarrolla un vivir silencioso pero henchido de una imprevisible velocidad. Nos queda la impresión de que el hombre y la flor se consumen en instantes. El hábitat dura menos que el habitante. En esas casas de*

*techo de palma y paredes de boñiga de vaca el hombre corriente tiene una visión más aguda de la fantasmalidad de la vida. Por eso su forma de concebir la canción y ejecutar el canto es rítmica, internamente rítmica, pero triste. Los pobladores, nos sigue pareciendo, amanecen en la plenitud de su infancia y la noche los sorprende marchitos. La música regional –en apariencia vivaz y alegre–, es en el fondo lenta, macerada, henchida de dramática reflexión. Hablamos del Caribe profundo. Del que nada tiene que ver con la publicidad turística ni con la alharaca estereotipada. De ese Caribe que, en todo sentido es producto del sol y compañero de la noche.<sup>6</sup>*

Esa misma relación entre fuego, música y sentido dramático de la existencia es la que nos revela el siguiente fragmento del texto justa y sugestivamente titulado «Purgatorio de cumbiamba»:

*La cumbiamba es como un gran horno. Los rostros ebrios de sudor y deleite, parecen tallados en oro líquido. Uno de los bailarines, en el oleaje del espasmo, llegará hasta nosotros. Bajo su sombrero, bajo la techumbre de su color amarillo, miraremos sus ojos. Será un desconocido. Con un dejo de ángel sin alas, de ángel de espaldas carbonizadas por el incendio de la cumbiamba. Si nos mirase fijamente, con toda la carga del poder que efunde su conciencia de fuego, podría herirnos hasta la muerte. Pero únicamente medita, navega en su ámbito de llamas, transido por la pasión y la lejanía de ensueño. Sufriendo y gozando el hondo martirio del tambor.<sup>7</sup>*

6 Héctor Rojas Herazo. «Rasgos lineales para bocetar el Caribe», en: *La Costa que queremos. Reflexiones sobre el Caribe colombiano en el umbral del 2000*. Compiladores: Cecilia López Montaña y Alberto Abello Vives. Edit. Gente Nueva. Santafé de Bogotá, 1998, pp. 9-10.

7 En *Señales y garabatos del habitante*, p. 153.

---

## EL OÍDO DEL ESCRITOR: IMAGINACIÓN Y RELATO EN LA OBRA DE RAMÓN ILLÁN BACCA

---

SARA GONZÁLEZ DE MOJICA\*

El homenaje que todo escritor se merece es un homenaje a su obra. Soy de la opinión de que la obra de un autor incluye tanto su escritura de ficción como sus ensayos. Y a partir de estas categorías considero que la obra de ficción de Ramón Illán Bacca comprende los cuentos reunidos en *Mariguana para Goering* (1980), *Tres para una mesa* (1991), *Señora Tentación* (1994) y las novelas *Deborah Krueh* (1990) y *Maracas en la ópera* (1996), esta última, ganadora del Tercer Concurso Literario de la Cámara de Comercio de Medellín en 1995; además de los ensayos: *Crónicas casi históricas* (1990) y *Escribir en Barranquilla* (1998).

¿Cómo se puede mezclar la imaginación con la investigación? Todavía se piensa, con afán clasificatorio, que la ficción que se apoya en la investigación pertenece al periodismo, a la historia o a la literatura de aeropuerto, pero en ningún caso puede llamarse «literatura». Aun cuando escritores de la talla de Truman Capote, Norman Mailer y García Márquez han escrito ficción basada en investigaciones, algunos lectores dividen sus gustos literarios en compartimentos fijos y separados. De este modo sus nociones sobre la realidad y la ficción no se ven perturbadas.

Lo que quiero examinar aquí son los vasos comunicantes que existen entre los cuentos y novelas de Ramón Illán Bacca y sus ensayos/crónicas. No pretendo decir simplemente que he descubierto una intertextualidad de carácter experimental, tampoco me interesa repetir el trillado comentario de que los límites de los géneros literarios se han transgredido. Prefiero poner a la consideración de sus lectores, en primer lugar, la idea de que la verdad es inestable tanto en la historia como en la ficción; y en segundo término que la imaginación, que siempre debe pasar por el oído, que es el ojo del cuerpo, ordena los efectos de los acontecimientos históricos en relatos provisionarios. Es decir, que a partir de la imagen del oído como espacio del laberinto de la escritura, voy a referirme a cuestiones que se tocan tanto con la historia como con la crítica literaria.<sup>1</sup>

---

\* Sarah González de Mojica. San Juan, Puerto Rico. PHD en Literatura Comparada de la Universidad de Harvard. Crítica y ensayista. Durante varios años residente en Colombia. Profesora de Crítica Literaria del Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana de Bogotá. Sus trabajos han aparecido en las revistas *Eco*, *Gaceta*, *Universitas Humanística* y *Cuadernos de Literatura* y en volúmenes colectivos como *Seis estudios sobre La tejedora de coronas*, *Literatura y diferencia*, *Escritoras colombianas del siglo XX* y *Apuntes sobre literatura colombiana*.

1 La imagen del oído como el espacio laberíntico del texto en el que la escritura pacta con la lectura, me fue sugerida por el texto, *The ear of the other. Otobiography, Transference, Translation. Texts and Discussions with Jacques Derrida*, Christie MacDonald (ed.) (1988) Lincoln and London: University of Nebraska Press.

Románticos del siglo XIX como los hermanos Grimm abrieron la historiografía a la consideración de las narraciones orales como fábulas, mitos, fantasías, que se convertirían en documentos de la memoria de las culturas populares. A comienzos del siglo XX, los pioneros de la nueva historia, fundadores de la revista *Annales (Annales d'histoire économique et sociale, 1929)* consideraron que la historia narrativa del siglo XIX era una estrategia de representación ideológica y la rechazaron, documentándose en mediciones económicas y geográficas, es decir, en procesos impersonales para hacer de la historia una ciencia de las series y continuidades. En la introducción a su libro *La arqueología del saber*, Michel Foucault se apartó de esta noción instrumental del documento y definió el archivo, no como algo que pertenecía al pasado, sino como «la ley de lo que puede ser dicho» (1969:219): «El documento no es el feliz instrumento de una historia que sea en sí misma y a pleno derecho *memoria*; la historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa documental de la que no se separa» (1970:10). La historia es por esto mismo, no la memoria de lo mismo, sino la constitución de la diferencia.

Entre los nuevos documentos que ya no se separarán de nuestra vida cotidiana y que tendrán incalculables efectos sobre la imaginación y las identidades, están los registros de la vida moderna que la fotografía y las imágenes audiovisuales del cine reproducirán en todos los rincones del globo. Estas representaciones tendrán impacto en la manera como las culturas periféricas adoptarán la modernidad.

### EL CRONISTA

Pienso que el título del primer libro de ensayos de Ramón, *Crónicas casi históricas*, tiene que ver con esta idea de que la historia es también y sobre todo, la construcción narrativa de la diferencia. Un asunto central de estos ensayos es que Ramón descubre la existencia de contradicciones entre el archivo de una historia «oficial» y la tradición oral de la cultura popular. Su discurso se sitúa en medio de este contrapunto con humor e ironía. Por ejemplo, uno de sus blancos favoritos es la crítica sociológica: «haciendo a un lado cualquier intento de análisis sociológico» (1990A:113); «no faltan los estudios sociológicos sobre las comparsas del Country (...) ahora todos teorizamos sobre el carnaval» (1990A: 130-131). Otro, los intelectuales «puros»: «alguno de aquellos intelectuales purísimos que todavía hablan de ‘caja idiota’»(1990A:120).

Podemos pensar que Ramón rechaza la idea de una historia científica y neutra que analiza pasivamente los archivos documentales y prefiere dar

oído a las maneras como les llegan estos datos a la gente que a su vez los transforma. En este sentido, la distancia que establece frente la historia oficial se hace también autoconsciente, cuando diferencia entre «kitsch» y «coralibe»:

*Coralibe es esa forma de escribir las noticias en forma de novela (...) En este sentido, toda la cuentística de los últimos años está saturada. Lo cursi es más extenso. Prácticamente todos los gustos masivos latinoamericanos están ahí. Las telenovelas, los boleros, 'Los menudos', los reinados de la belleza, las encuestas sobre los reinados, las fotos y, sobre todo, las leyendas de los difuntos (1990A:125-26).*

La distinción entre coralibe y cursi, le sirve entonces para matizar los límites de su forma de escribir frente a la cuentística colombiana de los últimos años y su propia inclinación al gusto popular en un horizonte latinoamericano más amplio. Por eso distingue entre usar la forma novela como medio de divulgación de informaciones (la moda de la crónica periodística), y su acercamiento vital/corporal/oral a la cultura popular como fuente de narrativas de la memoria colectiva. Esta distinción autoconsciente le revela al lector dos niveles narrativos: el relato tradicional y el relato de las condiciones de posibilidad del relato:

*Personalmente, como mis fuentes culturales están más cerca del cancionero que del poemario, más cerca del Neruda de «Saudade...qué es?, me llega la descarga de Rolando Laserie: Hola soledad, no me extraña tu presencia casi siempre estás conmigo, te saluda un viejo amigo, este encuentro es uno más... (1990A:134)*

Germán Vargas entendió cuáles eran estas condiciones de los escritos de Ramón que establecen con el lector un pacto afianzado por el sentido del humor y el goce de escribir. En una de sus anécdotas contaba que Alfonso Fuenmayor, con el ingenio y la gracia de los costeños, había caracterizado la obra de Ramón como «un tránsito de la hemeroteca a la biblioteca» (1990: 9). «El patriarca sin otoño» es el retrato que Ramón hace de su amigo Germán Vargas. En él celebra el impulso que este mentor generoso le dio a los escritores jóvenes prestándole libros difíciles de conseguir, publicando sus obras, al tiempo que postergaba para siempre sus propios proyectos de libros que se diluían en la tertulia. Por eso, podríamos decir que como escritor, Germán Vargas está más cerca de la cultura oral.

Quiero pensar que el gran homenaje de Ramón a su mentor y amigo es escribir y publicar libros para traspasar el umbral de la tertulia. En ese sentido, el comentario de Fuenmayor citado por Germán Vargas, sobre la obra de Ramón Bacca como el paso de la hemeroteca a la biblioteca, adquiere un doble significado. De una parte, se refiere al arte de hacer libros reuniendo materiales que se publicaron en revistas o suplementos,

que es el caso de las crónicas o los libros de cuentos. Pero también al arte de hacer crítica, como quien no quiere la cosa, despertando la curiosidad del lector por la literatura del canon (biblioteca) pero pasando primero por las obras menores (hemeroteca).

Y esta reflexión me lleva a considerar la clara conciencia de Ramón Illán Bacca de ser «un profesor de provincia» (1990A:116) y su necesidad de inventar una tradición cultural para ese lugar excéntrico de sus ciudades costeñas (cualquiera de las que ha representado a partir de sus crónicas: Riohacha, Santa Marta, Cartagena, Barranquilla) insertadas en la también excéntrica y «cursi» cultura popular latinoamericana. Y si recuerda episodios de su vida de estudiante en Medellín o de la historia de Bogotá, lo hará también desde la posición excéntrica del provinciano. Por eso vuelvo sobre la frase que inicia mi reflexión: «mis fuentes culturales están más cerca del cancionero que del poemario». Lo que sugiere la pregunta, ¿por qué no podemos hacer libros con las fuentes del cancionero?

Lo que nos sugiere la siguiente pregunta: ¿Cómo se hace un escritor en la América Latina? Una respuesta hoy es que ya no se hace imitando los clásicos europeos, aunque los lea. Esto lo aprendimos de Borges. Necesariamente, tiene que inventar no sólo las representaciones sino también las condiciones de la representación; no sólo el relato, sino también el cuento de cómo contar un cuento. En este sentido es que los críticos posmodernos han hablado de metaficción y autoconciencia.

El «casi» del título del libro de crónicas marca esta frontera entre una historia oficial y una historia híbrida, entre un imaginario que sueña con una identidad europea y la realidad de la heterogeneidad latinoamericana «cursi». Y este juego irónico del cronista marca su hibridez y su diferencia. Entonces estos textos no pueden leerse como un recuento histórico verdadero en sentido fáctico... y, sin embargo, mi lectura apuesta a otro tipo de verdad.

El montaje de documentos de distinta índole (enciclopedias, memorias, diarios, manuales de superación, películas, periódicos, cine clubes) le permite al cronista armar un collage que se convierte en monumento del contacto de la provincia con el mundo. Los lazos de la ciudad de provincia con la modernidad son entonces, el motivo central de las crónicas.

Ramón exhibe con frecuencia fuentes secundarias para desmontar el mito de las fuentes y su cientificidad. «No sé si lo leí en Sartre o en *Selecciones*» (1990: 135); «todos los colonialistas se parecen» (1990: 86). Es decir, se me borra esa fuente que tiene en común su origen en la cultura del primer mundo. «Y ahí fue cuando me di cuenta que la lección treinta y cinco de la Colección Salvat me había salvado» (1990: 140): es decir, mis conocimientos literarios también cuentan con fuentes secundarias. Pues la heterogeneidad de estas culturas también permite que la radionovela «Cuando la noche cae» se anuncie con el tema del aria de

«Sansón y Dalila» (1990: 95), que la radio popularice el tema musical de la película *El tercer hombre* que todavía no ha llegado a la cartelera de Barranquilla (1990: 37) o que el aria «Questa o quella» de Rigoletto «fuera el tema de la canción que entonaba el príncipe de ‘Cenicienta’, en un sainete de una sesión solemne en la escuela de Bellas Artes en Santa Marta» (1990: 94) Siguiendo el argumento de Ramón de que todos los colonialistas se parecen, podríamos concluir que todas las culturas periféricas también se parecen en sus hibridaciones de la alta cultura.

Podríamos decir que a través de la estrategia estética del montaje, la modernidad se articula como «comunidad imaginada» generalizada.<sup>2</sup> Es una modernidad que se vive en términos de estéticas simultáneas, de mimesis y alteridad (que imitan y diferencian).<sup>3</sup> La ironía, el pastiche, la parodia son prácticas estratégicas de las culturas de la periferia que le permiten al sujeto que escribe cambiar de lugar para, en este caso, descentrar la relación centro-periferia que marcará su diferencia frente a la literatura de las culturas metropolitanas.

#### POR UNA LITERATURA MENOR: EL NOVELISTA

*Deborah Krue* (1990) es la primera novela y se publica el mismo año que *Crónicas casi históricas*. Para saber si ha sido un trabajo paralelo tendríamos que preguntarle al autor por la génesis de este libro, pero no es esta periodización lo que aquí me interesa. En la novela, un periodista de nombre Gunter Epiayú (nótese el mestizaje guajiro-alemán), investiga la clave perdida de una historia de espionaje alemán en Barranquilla durante la II Guerra Mundial. Se trata de un relato que no ha interesado a la historia escrita. Con este material, que el periodista debe rescatar de la tradición oral en la que ha permanecido como rumor, como verdad especulativa, Gunter Epiayú concibe el proyecto de escribir una novela. Ésta es la trama.

Después de muchas peripecias que familiarizan al lector con el ambiente de Barranquilla, el final se resuelve de manera paradójica. Gunter Epiayú no podrá escribir su novela porque ha extraviado los documentos que había logrado reunir a lo largo de sus pesquisas. El juego de recuperación de la oralidad de las *Crónicas casi históricas* puede funcionar como espejo de esta novela, que es una «casi novela», porque el protagonista nunca la escribe. Es así como se queda en el cuento de escribir una novela.

En el argumento de una novela que hemos leído pero que todavía no se ha escrito podemos ver la intención del escritor que se burla de las expectativas de un lector de novelas. Si no estamos ante una novela arquetípica, entonces, ¿qué hemos leído?, ¿cómo podemos interpretar el texto?, ¿qué podemos decir de él?

2 En 1983 se publicó el libro de Benedict Anderson, *Imagined communities* que examina el problema central del nacionalismo y define las naciones como comunidades políticas imaginadas, tanto en términos de sus fronteras como de su soberanía. Son imaginadas porque aún los miembros de la nación más pequeña jamás conocerán a la mayoría de sus paisanos y sin embargo, en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión con ellos. Las referencias están tomadas de la edición revisada en la que Anderson replanteó su texto a partir de las críticas de sus colegas.

3 *Mimesis y alteridad* es el título del libro del antropólogo cultural Michael Taussig. En él examina los efectos del contacto que tuvieron de manera ininterrumpida los indios Kuna y los europeos desde la Colonia, para demostrar cómo desarrollan estéticas de imitación y de diferenciación en sus intercambios culturales.



Si dejamos al sujeto del enunciado novelesco, Gunter Epiayú y subimos un nivel, nos encontramos con el autor, quien es el sujeto de la enunciación (texto que estamos leyendo). Y enfocándolo, podemos ver la intención de un escritor que se pregunta por las condiciones que posibilitan sus libros. Fíjense que Gunter Epiayú, periodista, puede ser el doble de Ramón Bacca, cronista. Esta es la perspectiva que traté de hacerles ver en las crónicas. Repetida aquí esta intención, podemos preguntarnos si no se crea un espacio nuevo de enunciación entre la narración oral (el rumor, el secreto) y la escritura de una novela. Ramón nos ha jugado una broma que es también un enigma: la salida para escribir una novela desde un espacio excéntrico o periférico es terminarla como un cuento que nunca concluye.

Este nuevo espacio de enunciación literaria, ¿podría considerarse una «literatura menor»? nos preguntamos. He dicho que la idea de una escritura de provincia que se define por su mirada descentralizadora de la metrópoli es un tema constante de las crónicas. También me he referido al curioso final de *Deborah Krueh* que puede perturbar las expectativas de un lector que tiene nociones clásicas acerca de los límites entre los géneros literarios. Pienso que en espacios como éste es que surge una «literatura menor» que usa la heterogeneidad para convertirse en una forma nueva. Quiero decir que veo las literaturas menores como literaturas de minorías y no como literaturas de segunda clase.

En este contexto, las desventajas de una cultura periférica que está situada en un tránsito entre la oralidad y la escritura se vuelve una ventaja para un escritor que escribe desde un espacio regional en la periferia de la nación. En su lectura sobre la obra de Kafka, *Por una literatura menor* (1975), Gilles Deleuze y Félix Guattari reconocieron las ventajas que tiene un escritor que pertenece a una cultura minoritaria para inventar una forma que no adopte el modelo de los «maestros». Las circunstancias culturales no son las mismas y los efectos tampoco, pero Kafka es un buen modelo de lo que significa escribir desde las orillas:

*En efecto, precisamente porque en una literatura menor no abunda el talento, por eso no se dan las condiciones para una enunciación individualizada, que sería la enunciación de tal o cual 'maestro', y que por lo tanto podría estar separada de la enunciación colectiva. Y así esta situación de escasez de talento resulta de hecho benéfica, y permite la creación de algo diferente a una literatura de maestros; lo que el escritor dice totalmente solo se vuelve una acción colectiva, y lo que dice o hace es necesariamente político, incluso si los otros no están de acuerdo (1978: 30).*

He dejado para el final mis comentarios sobre la novela *Maracas en la ópera* (1996) porque quiero proponer el oído como metáfora del espacio laberíntico de la obra de Ramón. Intuyo que corresponde a la representación del libro como un espacio en el que se extravían y confunden la escritura y la lectura. A manera de unas últimas reflexiones quisiera que ustedes me permitieran este último atrevimiento inspirado en el poeta inglés de fines del siglo XVIII William Blake, quien con Emily Dickinson es uno de los poetas citados en esta novela. Blake habla de un ojo interior, que yo traduzco por el oído como ojo del cuerpo.

Desde que leí las novelas, los cuentos y las crónicas de Ramón, lo asocié siempre con escritores como el mexicano Carlos Monsiváis, quien acaba de ganar dos premios de ensayo, el *Anagrama* y el *Lya Kostakowsky*, y los puertorriqueños Luis Rafael Sánchez y Ana Lydia Vega. Precisamente porque también ellos, sin prejuicios sobre lo «cursi», trabajan con la heterogeneidad de los imaginarios de la cultura latinoamericana. Algún escritor le dijo a Ramón que su novela ya había sido escrita, refiriéndose a la novela del mexicano Sergio Pitol, *El desfile del amor* (1984). En realidad esta novela está más cerca del argumento detectivesco que involucra a un historiador que quiere desentrañar su propia historia y la del México de comienzos de siglo a través de la historia de un crimen. En la trama de esta novela, que tiene coincidencias con *Maracas en la ópera*, unos papeles escondidos, la música y el misterio de un soprano castrado son claves del embrollo entre extranjeros y mestizos mexicanos. Sin embargo, todavía Ramón no la había leído cuando escribió su texto, que a mi juicio, tiene otra expresión mucho más caribe.

Desde el título de la novela los referentes culturales destacan la estriencia de la mezcla musical. Los primeros sonidos no son precisamente musicales para un libro que anuncia una historia operática. Y ciertamente, la bullaranga es lo que caracteriza a una ciudad en la que la afición a los decibeles es tal que no se puede encontrar un café o un restaurante para conversar. El oído es el primero de los sentidos que se despierta en la lectura. Para que lo escuchen, voy a leerles el comienzo:

*En su cama de estilo barroco-pastuso, Oreste grita feroz, suda, tiembla y escucha, cada vez más cercano, el ruido de la máquina maldita que desde hace varios días se ha convertido en su enemigo noctámbulo: catástrofe inminente que se anuncia diez cuadras antes de llegar; estallido del Vesubio al pasar frente a la ventana; estrépito ominoso que se prolonga durante diez cuadras más.*

*(...) La ciudad empieza a despertarse: Llega ya a la esquina a recoger obreros el camión cuya bocina toca el tema de 'El puente sobre el río Kwai'. Después de unas ruidosas gárgaras, el te-*

nor del edificio de enfrente, infructuosamente intenta de nuevo el agudo de ‘Granada’. *Mientras el pito persistente del bus escolar llena toda la cuadra, una madre grita a su legión de chiquillos bulliciosos las últimas recomendaciones.*

¡Ah, ciudad prócera e inmortal, cuya única tradición perdurable es la bullaranga! (1996:5).

Es como si nos dijera, este país moderno y tropical nos llena los oídos de estridencias que fragmentan y extravían nuestro devenir y nuestra historia. En este laberinto de ruidos es posible lanzarse a los más absurdos experimentos musicales, como aquél del estreno de *Rigoletto* como «ópera punk» en el teatro Colón, que Ramón cuenta en la crónica «Una noche en la ópera». Pero también es posible que una melodía se nos pegue en los oídos como a Swann le quedó sonando la frase de la sonata de Vinteuil:

*Todavía le daba vueltas en la memoria el momento en que la voz de la soprano empezó el tema melódico dado en un contrapunto con el suave oboe, sobre el trémulo sollozante de los violines y el tañido del arpa. Y de pronto varió el ritmo de la melodía, y una frase resuelta de los arcos condujo a un felicísimo final. ¡Genial!, ¿cómo era posible que no se supiera nada de Azzali en su país? Trató de silbar la melodía, pero llegando a un punto se le escapaba. Sin embargo, no entendía por qué la sentía algo familiar (1996: 25).*

En este contraste de sonidos quiero destacar dos cosas, lo primero es «la ley de lo que puede ser dicho». En un presente en el que la televisión, la radio, el cine, el video, los comics o paquitos como los llama Ramón, nos saturan con sus narraciones diseñadas para el consumo, el arte de contar un cuento se hace necesario. Y lo segundo es que la ficción posmoderna nos obliga a escuchar este presente que es lo único que tenemos para desentrañar nuestra vida y nuestra historia. *Maracas en la ópera* termina con la cita de la poetisa Emily Dickinson: «Descansar en lo inseguro es estar en el mismo ser de la alegría».

## BIBLIOGRAFÍA

---

Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. 1996. Seventh Impression. London, Verso.

---

Bacca, Ramón Illán. *Crónicas casi históricas*. 1990. Barranquilla, Uninorte.

---

\_\_\_\_\_, *Deborah Kruel*. 1990. Bogotá, Plaza y Janés.

---

\_\_\_\_\_, *Maracas en la ópera*. 1996. Medellín, Cámara de Comercio.

---

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. 1979. Sexta edición en español, traducción de Aurelio Garzón del Camino. México, Madrid, Bogotá, Siglo veintiuno.

---

McDonald, Christie (ed.) *The Ear of the Other. Otobiography, Transference, Translation. Texts and Discussions with Jacques Derrida*. Lincoln and London. University of Nebraska.

---

Taussig, Michael. *Mimesis and Alterity. A Particular History of the Senses*. (1993) London, Routledge.

## OBRAS CONSULTADAS

---

Bacca, Ramón Illán. *Escribir en Barranquilla*. 1998. Barranquilla, Uninorte.

---

\_\_\_\_\_, (ed.) *Veinticinco cuentos barranquilleros*. Barranquilla, Uninorte.

---

Calvo Stevenson, Haroldo y Adolfo Meisel Roca (eds.) *El rezago de la Costa Caribe Colombiana*. 1999. Bogotá. Banco de la República/ Fundesarrollo/Universidad del Norte/ Universidad Jorge Tadeo Lozano.

---

Hutcheon, Linda. *The Politics of Postmodernism*. 1989. London, Routledge.

---

Múnera, Alfonso. *Ensayos costeños. De la Colonia a la República 1770-1890*. 1994. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

---

Palacio, Julio H. *La historia de mi vida. Crónicas inéditas*. Prólogo por Ramiro de la Espriella. 1992. Barranquilla, Uninorte.

---

## EL ESCRITOR FRENTE AL FIN DEL MILENIO

---

RAMÓN ILLÁN BACCA LINARES\*

Las preguntas que se formulan generalmente a los escritores son: ¿Por qué escribe usted? Y ¿Para quién escribe usted?. Es frecuente encontrarse con la respuesta: «Escribo para satisfacer mis demonios interiores, mis fantasmas, etc...»

¿Por qué escribo? Los antiguos no tenían dudas. «Canta oh Musa la cólera del Péliba Aquileo» nos dice Homero (en la traducción clásica de Hermsilla.) Él es apenas el instrumento de la musa, lo dice en forma muy clara. Asimismo, dándole la explicación filosófica en «Ion o de la poesía», Platón nos dice que el poeta está poseído por la musa, está fuera de sí mismo. Los dioses están con él para que haga su canto, que como se sabe es lo heroico de la palabra. Pero en esta época de descreimiento general creo que resultaría un tanto difícil convencerme y convencerlos que cuando escribo es porque estoy poseído por un dios y no puedo hacer otra cosa.

«Pero sorpresas te da la vida», diría Pedro Navajas en una canción famosa. En una encuesta hecha por el periódico francés *Liberación* en abril de 1985 a un número significativo de autores latinoamericanos, ante la pregunta ¿por qué escribe usted?, las respuestas se dividieron entre las informales como aquella de: «Escribo para que mis amigos me quieran más» de Gabriel García Márquez, o «porque es una de las pocas cosas que sé hacer» de Carlos Fuentes, o las que llamaría respuestas con musa. Así, Juan Rulfo nos dice: «Ignoro la razón que me empuja a escribir, siento simplemente la necesidad de hacerlo como si quisiera comunicar algo que he vivido o creído vivir un sueño». Ernesto Sábato trata de redondear más la respuesta y nos dice »escribo para plantear los problemas de la vida y la muerte, del destino, de la esperanza y del sentido de la existencia». Como se sabe, este autor argentino ha escrito un libro, un clásico del tema, titulado *El escritor y sus fantasmas* (Ya se sabe que la palabra «fantasma» puede ser reemplazada por musa, estro, inspiración, fuerza natural, demonios interiores, etc.) y ya se nos ha dicho cuáles son éstos. Ahora bien, sin entrar en distinciones escolásticas, si en vez de emplear la palabra «musa» hablamos de los «demonios interiores» podríamos decir que escribir es una forma de exorcismo. Si los temas del poder, del amor y la muerte son eternos es interesante ver cómo han sido las aproximaciones ante ellos.

---

\* Ramon Illán Bacca Linares, Santa Marta, 1938. Abogado de la Universidad Libre de Bogotá. Se ha dedicado a la literatura y a la enseñanza en la Universidad del Norte. Durante años ha escrito artículos y columnas para la prensa local y nacional. Sus obras narrativas han sido traducidas al francés, al alemán, al árabe y al eslovaco. Ha publicado los libros *Marihuana para Goering* (cuentos), *Débora Kruel* (novela) *Crónicas casi históricas* (periodismo), *Señora tentación* (cuentos), *Maracas en la ópera* (novela), *Escribir en Barranquilla* (ensayos) y *Veinticinco cuentos barranquilleros* (antología).

¿Cuál debe ser la relación entre los escritores y el poder? Es uno de los primeros exorcismos a hacer, también una pregunta que daría mil respuestas. El poder, no nos equivoquemos, ha sido articulado por unos intelectuales mientras otros han estado en su contra. Pero no voy ahí. El poder ha sido exorcizado en todas sus formas. Y la primer representación del poder es el paterno. Cómo olvidar, esa carta angustiada de Kafka a su padre, en la que decía cosas como ésta: «Bastaba tu corporeidad para oprimirme / adquiriste a mis ojos un halo misterioso como todos los tiranos, / Cuyo derecho se funda en su persona no en su pensamiento».

Por mi parte debo confesar que la génesis de mi novela *Maracas en la opera* se dio cuando, como juez en la Guajira, y mientras estaba realizando unas diligencias judiciales, la maestra del lugar invitó a los miembros de la comisión a un refresco. En la mesa de centro de la modesta salita estaba el retrato de mi padre. Al preguntar que hacía allí don Roque, me contestaron con un: «¿lo conoce? Es tan bueno, lástima que siempre esté afuera en viaje de negocios». Como yo padecía los arranques de severidad paternos, nunca me sentí del todo aliviado sino hasta cuando describí un personaje con su perfil en mi última novela.

Otro poder de necesario exorcismo es el de los maestros, generalmente los de la adolescencia, casi siempre traumatizantes. Si se piensa en las novelas colombianas, ¿en cuántas no encontramos la presencia de la losa de una educación deformada? Como aquella que nos hacía leer como ejemplar la vida de San Luis Gonzaga, un joven que rehuía tanto la presencia femenina que cuando quedaba a solas con su madre y hermana «un honesto rubor le cubría la frente», como nos decían sus biografías. ¿Y cómo son los exorcismos frente al poder político? «La política es un embrollo de errores y violencia», declara Goethe. Más cercano a nosotros, Gabriel García habló de la soledad del poder como génesis de su *Otoño del Patriarca*.

Siempre me han llamado la atención los políticos que no llegaron al poder como Gaitán. Un personaje que ha sido objeto de un montón de ensayos más que discutibles, y de novelas pésimas (y que reconozco que por atracción al personaje me las he leído.) En una crónica publicada en la revista *Credencial*,<sup>1</sup> por su hija Gloria Gaitán, hay un pasaje terrible y es el de cuando en el 9 de abril, y en vista de que el gobierno iba a impedir que se sacara el cadáver de Gaitán de la clínica donde yacía, su viuda, junto a un médico amigo, lo arrastraron hasta la puerta trasera, salieron por la escalerilla de emergencias, quitaron el cadáver de un zorrero muerto de un balazo y en ese carro de mula, en medio de la ciudad incendiada y con gente agitando machetes que pasaban embriagadas y enloquecidas a su lado, atravesaron la ciudad hasta llegar a la casa de él, convertida después en monumento nacional. El nuevo entierro que se le hizo recientemente, en el que el cadáver –que estaba enterrado en for-

1 *Credencial*, número 96, diciembre 1997 p.p. 24 y ss.

ma horizontal-, fue volteado y enterrado en forma vertical para que se convirtiera en semilla, es un tema que está pidiendo a gritos un escritor. Si Tomás Eloy Martínez pudo escribir ese espléndido libro (que no me atrevo a llamar novela) como es *Santa Evita*, en el que nos relata las peripecias del cadáver de Eva Perón, ¿qué esperamos para escribir la vida novelada de Gaitán, la historia de un vencido?

Y si el poder político es un tema permanente para los escritores, ¿por qué no aproximarse también al poder económico? Con el desaparecido Germán Vargas hablamos con frecuencia de lo interesante que sería una biografía de Alvaro Cepeda Samudio, un escritor que en la década de los sesentas reunía un prestigio literario nacional, dirigía un periódico en Barranquilla, era el número dos del grupo económico más importante del país, una personalidad informal que con su cabellera alborotada y sandalias escandalizaba a las señoronas y sacaba de casillas a los bobales, y además, era un seductor de mujeres en donde predominaba más el número que la calidad. Si se ha escrito por Enrique Santos Molano esa espléndida novela *El corazón del poeta* sobre Silva, y por Fernando Vallejo *El mensajero* esa otra sobre Barba Jacob, ¿por qué no una sobre Cepeda Samudio, un tipo tan interesante como los mencionados?

Y una digresión innecesaria pero inquietante. Mis maestros eran escritores sobre la arena. Así, al fin se pudo publicar un libro con una selección de artículos de Carlos J. María –un hombre que ejercía el oficio de la crítica literaria en Barranquilla, un ave rara para el medio–, alguien que en muchos de ellos se formuló la pregunta de ¿por qué escribo?, con respuestas variadas y a cuál más aguda. El libro *Feedback* (tomado del nombre de una de sus columnas, y que no le veo mucha explicación del por qué esa palabra en inglés, cuando él nunca se interesó en aprender ese idioma) es póstumo. Por parte de este autor hubo todas las trabas posibles para no publicar el libro en un afán perfeccionista que paralizaba el que diera la aprobación para su edición. Tal vez se sentía más cómodo en esas conversaciones alrededor de un tinto que realizaba en la cafetería de la Universidad del Atlántico o en las tertulias sabatinas en la librería «Vida».

Cómo también fue oral el magisterio de Germán Vargas y Alfonso Fuenmayor, miembros de número del llamado «Grupo de Barranquilla» ahora muy estudiado porque a él perteneció el joven García Márquez. Grandes escritores sin libros escritos, y que sería interesante como tema de estudio del por qué esa generación no se planteó nunca la pregunta de ¿Por qué escribir?, sino que ella estaba en un estadio anterior, el del magisterio oral. Como una clonación de Sócrates en carnaval.

La pregunta ¿para quién escribo? me exige una incursión por el pasado. Si me remonto a la Edad Media, con ayuda más de la literatura que de la historia, empezaría diciendo que en ella, los escritores (léase abogados y clérigos) unían el poder y el saber. El abogado, un habitante de los burgos en todos los casos, ayudaba al soberano a articular el gobierno, lo que

logró al llegar a los estados nacionales y rebajar el poder de los señores feudales. El clérigo escribía para los clérigos, saber leer era poseer el instrumento necesario para adquirir los conocimientos de los textos sagrados y sus innumerables comentarios. Los señores feudales no sabían distinguir la herejía de las creencias ortodoxas si se les dejara sin ayuda. Se interesaban únicamente cuando el Papa recurría al brazo secular. Entonces saqueaban y quemaban todo pero era únicamente porque tenían confianza en La Tiara, y no despreciaban ninguna ocasión de guerra y saqueo. ¿Cuál era el quehacer del autor de ficción que no era ni clérigo ni abogado? Era el juglar, cuyo instrumento mayor, el canto, servía para repetir viejas leyendas y recorrer todos los caminos. Al llegar a un castillo y pedir posada, el castellano le tiraba, si estaba de humor, un pedazo de muslo de alguna ave, que agarraba en el aire. Ya desde esa época se daba un trato distinto al escritor institucional, como a Santo Tomás de Aquino, por quien el rey San Luis de Francia tuvo que rebanar en una media luna la mesa del banquete para que cupiera el gigantesco abdomen del Santo.

Doy otra zancada histórica. En estas Indias Occidentales a las que el Consejo de Indias cargaba con leyes que dictaminaban desde el toque de campanas en las iglesias para el «Ángelus» hasta las prohibiciones de que las negras y mulatas usaran sombrillas, también se dictaminó la prohibición de los libros de ficción para que la gente no se distrajera de sus labores ni de rezos y para que el aburrimiento imperara con toda su intensidad. Tal vez sólo roto por los aullidos de algún condenado por la Inquisición, a su vez acusado por algún vecino, que lo delataría «para que algo rompiera la monotonía».

*El Quijote* entró de contrabando, hay historiadores que han rastreado hasta el número de ejemplares que entraron por Cartagena de Indias. Toda la escritura de ficción era perseguida. La imprenta de los jesuitas, primero en Cartagena y después en Santa Fe de Bogotá, tan solo imprimía novenas y devocionarios. En todo el siglo diecisiete, solo se publicaron como escritos profanos el relato sobre un terremoto en la capital del virreinato y una fórmula para hacer natillas en Navidad. Eso en un siglo. Me imagino a Juan Rodríguez Freyle con su *Carnero*, sentado en algún bodegón leyéndole a sus cuatro amigos sus crónicas picantes y que fueron sus únicos lectores, pues el libro tuvo que esperar, para ser publicado, dos siglos.

*El Desierto prodigioso* de Pedro Solís de Valenzuela, un texto rescatado en años recientes por el Instituto Caro y Cuervo, y que al parecer sería la primera novela escrita en Colombia, trata sobre el transporte de los restos de un monje en olor de santidad («Un aroma de piñas» dice con exactitud el texto). Un libro grueso e indigerible para el lector actual, bueno tan sólo para estudiosos de la materia. Pero en él encontramos las características de su siglo. El escritor de ficción no tiene otras preocupaciones que la fe, el respeto al monarca, la muerte, la guerra y la cortesía. En España y en Europa en general, los libros de ficción se



dirigen a un público ilustrado, rigurosamente delimitado, que ejerce sobre ellos un control permanente. Ignorados por el pueblo, tienen por oficio presentar la propia imagen al grupo selecto que los sostiene. Entre nosotros –en esta colonia fuera de la hora del mundo– sencillamente no había público.

En el siglo XVIII la burguesía posee dinero, cultura y ocio así que, por primera vez, una clase oprimida se presenta al escritor como un público real, un público para quien escribir. En este siglo de la Ilustración que desembocará en las revoluciones liberales de Norteamérica y Francia, el escritor alternará los discursos, las definiciones para la Enciclopedia y la narrativa de ficción, como instrumento de propaganda.

Todavía el escritor burgués no tiene maneras del todo refinadas, conserva una ordinariéz primitiva como la de Diderot, que en el calor de una discusión filosófica pellizcaba hasta hacerlos sangrar los poderosos muslos de Catalina la Grande.

No hay muchos datos sobre las maneras de urbanidad de nuestros próceres de la Independencia, pero este notablato criollo, que cubre todo el continente, va a ser en el siglo pasado el autor y también el público de la literatura. Nuestros prohombres serán políticos, generales, periodistas, poetas y lectores, todo en una. José Eusebio Caro es uno de los fundadores del partido conservador, también uno de los buenos poetas románticos, Nuñez «perpetrará» poesía y Caro será uno de los grandes traductores de Virgilio, Jorge Isaacs escribirá su *María* entre guerras civiles y cambios de bando.

El historiador británico Malcom Deas estudió la relación entre gramática y poder. Como Caro, Núñez, Marroquín, Concha, Suárez y Abadía Méndez, hombres que sin grandes fortunas llegaron a la presidencia cabalgando en su dominio de la gramática. El conocimiento depurado del idioma era una presea necesaria en quienes aspiraban a los grandes cargos.

Si se quería hacer carrera literaria era necesario hacer política. Juan Lozano, que sabía por qué lo decía, escribía en 1944: «Sucede que en nuestro país la sola actividad intelectual es la política. La política es un mínimo intelectual como la Ley es un mínimo ético y a ella vamos todos los que hubiéramos preferido una carrera humanística. Ni vencedores ni vencidos los intelectuales colombianos podemos vivir fuera de la política».<sup>2</sup>

Sin embargo, cuando en 1964 una encuesta hecha por *Cromos* reveló que para los colombianos el mejor escritor del país era Gonzalo Arango, el fundador del nadaísmo, y cuya afición principal era la de escandalizar al país pacato de la época, nadie se sorprendió. El dato era revelador porque el autor procedía caracterizadamente de la clase media baja y sin relación con la academia y el poder político. El poeta y cuentista tan solo había publicado dos libros en unas ediciones bastante esmirriadas.

---

2 Revista *Sábado* 1944, (s.f.).

Después, con la consolidación del llamado *boom* de la literatura latinoamericana, –al cual nosotros hemos aportado el más exitoso de todos sus exponentes, me refiero a Gabriel García Márquez–, se afianzó la presencia de ese escritor de extracción de clase media y algunos de extracción muy popular. No ocupaban puestos de comando en el país y si tenían actividades políticas, en la mayoría de los casos era marginal. Salvo ejemplos muy señalados, de los pocos que tienen venta suelta de libros, los escritores, en su mayoría, no pueden vivir de escribir; no hay sino la salida decorosa del periodismo, la docencia, el trabajo en las editoriales o en las librerías. El campo se ha alargado con el trabajo en las agencias de publicidad, o en el cine y la televisión como guionistas o libretistas. Asimismo se ganan ingresos adicionales dictando conferencias, corrigiendo enciclopedias, coordinando talleres o dictando clases a domicilio.

También constituyéndose en eternos aspirantes a becas y bolsas de mantenimiento, participantes infatigables de todos los concursos anuales de novela y cuento, eternos contradictores a su vez de los fallos en que no han sido favorecidos, reclamantes insomnes ante las editoriales para que cumplan con las bases del concurso y candidatos al estrés en su búsqueda de un editor. Está de más advertir que la mayor parte de los sábados y domingos lo pasan en casa encerrados tratando de terminar la obra que les dará la gloria y la fortuna. A veces –como en mi caso– acorralado por el tocadiscos del vecino que se empeña en hacerme compartir el último éxito de Diomedes Díaz. Y para casi ninguno de nosotros hay lunes de zapatero.

Y todo esto ¿para qué? Para llegar al medio libro que según las estadísticas se lee por habitante en este país de escasos lectores.

## LAS RESPUESTAS

¿Para dónde va la literatura? ¿Cuál es la posición del escritor al fin del milenio? Las respuestas tan sólo desatan nuevas preguntas: ¿Para qué la literatura en tiempos de crisis? Es una pregunta que la gente «práctica» se formula con frecuencia. De negarse a escribir, el escritor de narrativa y el poeta estarían aceptando esa invitación a la inercia. Transigirían. Y si alguna vez la exaltación poética resultara redundante es en tiempos de bonanza. Un colombiano de mediana edad ha sido testigo de: el golpe de Pasto, el nueve de abril, la violencia de los cincuenta, el 13 de junio, el 10 de mayo, la pausa complicada del Frente Nacional, la guerrilla marxista, las elecciones del 70, (yo vi arrodillarse a cien mil personas en el Paseo Bolívar de Barranquilla y jurar votar por Rojas Pinilla. El día de las elecciones en esa ciudad sacó mayoría Evaristo Sourdís un candidato con una fuerte votación regional), el narcotráfico, la toma del Palacio de Justicia y no quiero cabalgar sobre las sangrientas noticias actuales. Si

fuera por la presencia de la crisis no se podría haber escrito ni una sílaba de narrativa de ficción en este país. Y ha sucedido lo contrario, la mejor ficción se ha escrito en estos 30 últimos años; *Cien años de soledad* de García Márquez, *La tejedora de coronas* de Germán Espinosa, y *La risa del cuervo* de Álvaro Miranda, para dar algunos ejemplos.

Si alguna vez quisiera escribir una autobiografía literaria me referiría a cómo en los años cincuenta mi bachillerato estuvo lleno de prosa memorizada. De Marco Fidel Suárez me tocó aprenderme textos, que el autor había pulido durante veinte años, aprendí poemas patrióticos de Miguel Antonio Caro y se nos decía que la gramática ocupaba el mejor sitio en el campo de las letras. Con el advenimiento del Frente Nacional las cosas mejoraron pero lentamente. En el Medellín de entonces, donde cursaba mis estudios universitarios, leí por primera vez a Henry Miller en una traducción hecha por Gonzalo Arango, y en las copias de su máquina de escribir. La traducción y publicación de su propio bolsillo de *Sexus* del mismo Miller, hecho por Alberto Upegui Benítez, le ocasionó la persecución de las autoridades que sacaron de los estantes de las librerías los ejemplares, para decomisarlos.

Mi bachillerato y primeros años universitarios los pasé en un «humanismo de sacristía». Nos tocó a los de mi generación ponernos a grandes zancadas en la hora del mundo. En algún momento leíamos a Sartre y Camus, los más famosos representantes del existencialismo francés; a Henry Miller, que había escrito en el París de los treinta su *Trópico de Capricornio* y que en el Medellín de los años cincuenta leíamos como una revelación. Al mismo tiempo leíamos a Jack Kerouac *En el camino*, *El arcángel negro*, y todo lo que nos llegaba de los *beatniks* norteamericanos. *El aullido* de Allen Ginsberg, lo conocimos vagamente en traducciones de apartes, pero lo hicimos un himno nuestro. A principios de la década había periódicos que colocaban con el mismo tipo de letra y en la misma forma destacada los titulares: «Solemne Consagración de la Virgen de Chiquinquirá ayer en Envigado» y «Primer hombre en el espacio».

Al final de esa misma década hacíamos eco a la consigna que gritaban los manifestantes en el París del 68: «La imaginación al poder». A nosotros todos nos llegaba con turbulencia en las universidades públicas y la publicación de *Cien años de soledad*. No había duda, estábamos ya inmersos en el siglo veinte, y conste que en los ejemplos que he dado todas las obras mencionadas son novelas, un género que yo cultivo. Pero no se me escapa que como género nace en un determinado momento y alcanza su gran momento en el siglo XIX y grandes obras en el XX. Sin embargo, sabemos que no es eterno, como no lo fueron las catedrales góticas ni los cantares de gesta. La novela es también una forma histórica. Se siguen produciendo novelas –yo ¡Helás! las sigo escribiendo porque el impulso es muy fuerte– pero hay otros géneros hegemónicos (pienso en los *video clips*). No obstante, aquí detengo esta digresión también inquietante.

En esta autobiografía literaria debo confesar mis dificultades con la nueva crítica que, con su furor por las explicaciones finales, busca extirparle a la obra el misterio de lo que es esencial. «Al hacer añicos un misterio, lo que quedan son los añicos, no el misterio» le leí a alguien que no recuerdo. En las contadas veces que se han ocupado de lo que he escrito me han clasificado en varias escuelas. Entre ellas –y no salgo de mi asombro– en la postmodernidad. La verdad es que con mis escasas lecturas sobre el tema no me queda muy claro quién viaja en ese vagón y quién no, al parecer yo viajaba sin saberlo.

Y ya que hablamos de dificultades, la mayor que he tenido es la de estar al día. Como dije, sobre el existencialismo llegué a saber de su presencia décadas después de su hegemonía como tendencia intelectual y como moda. Al *nouveau roman* lograron treparse algunos de mis contemporáneos. En el suplemento literario de *El Espectador* cuando lo dirigía Gonzalo González (Gog), se publicó un cuento del nadaísta Amilkar U., «Vamos a llevar flores al muerto» y se presentó como un ejemplo de literatura objetal. Incluido en varias antologías del cuento, ahora no aparece en ninguna. La verdad es que el deceso del *nouveau roman* me alegró y no estoy de acuerdo con los que trataban de hacer del aburrimiento una religión.

En esa carrera por estar al tanto de lo que se movía no he hecho sino dar traspies. Cuando descubrí el estructuralismo y me sumergí en la lectura de Levi-Strauss, mis compañeros profesores me aclararon que yo estaba todavía en el estructuralismo «ingenuo» y que ya se estaba en el «meta-estructuralismo» del cual me separaban diez años de lecturas. Para poder allanar esos baches decidí leer revistas culturales francesas ya que mi inglés, es muy pobre. Así, pues, con mucha paciencia, con mi francés de bachillerato y con un grueso diccionario, todos estos años he tratado de informarme acerca de los nuevos aires del pensamiento. En este instante, la revista que traduzco, tiene unos seis meses de atraso. Al parecer siempre estoy detrás de la penúltima moda. Y se nos vino el fin de siglo y la entrada al nuevo milenio.

El escritor cubano Alejo Carpentier, en la *Novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo*, le daba consejos al nuevo escritor frente al milenio. Le aconsejaba no descuidar «lo real maravilloso americano» y no sucumbir a los que pedían describir «lo real horroroso latinoamericano». Pedía, además, no renunciar al empleo del melodrama ni del compromiso político. Hoy suenan intensamente anacrónicas las propuestas del autor cubano. Pero hay que tener claro, Carpentier cree en la lectura.

Ya no se cree, sin embargo, en el futuro de la lectura en otras entidades. En la feria del libro de Francfort en 1994, los discursos inaugurales fueron pesimistas. Si quisiera reducirlo a una frase ella sería: «lo siento señor Gutenberg». Para Gunter Junert se está dando la abolición de la cultura por la civilización. «Si antes se necesitaban varias tardes para leer

una novela, ahora el espectador (televisivo) emplea noventa minutos para consumir la misma novela», y agregaba, «quien toma un libro pero lo lee inconscientemente según el modo de recepción de la televisión, tiene que sentir aburrimiento, no se cumplen sus expectativas subliminales pues lo que se le ofrece exige otro modo de percepción. Quien está acostumbrado a trayectos cortos, no se mostrará dispuesto a recorrer largos». Terminó su artículo con un ominoso «Primero muere el lenguaje, después su autor».<sup>3</sup>

El escritor Christoph Hein fue más radical en su pesimismo, para él «el proceso de extinción de los lectores no se detiene». O sea que en esta feria del libro se hablaba paradójicamente de la muerte del libro y de la literatura.<sup>4</sup> Pero aún más, cuando Umberto Eco nos dio una voz de aliento al decir que en el computador se había dado la revancha de lo literario sobre lo plástico, o sea el triunfo de la palabra sobre la imagen, no faltó el aguafiestas, como el escritor español Luis Goytisolo, quien dijo: «Lamento disentir, pero a mi entender la realidad del ordenador es otra, de hecho es la devoración definitiva de la palabra por la imagen, su consagración como una imagen más de la pantalla». En una entrevista el escritor norteamericano Norman Mailer dijo. «Las personas ya no quieren recibir la información de la lectura. Creo que venderían mas libros si de pronto en la página siete saliera un comercial. Lo que va a pasar es que los novelistas serán reverenciados en el futuro como los poetas. Pero se van a vender cada vez menos...».<sup>5</sup>

Cuándo leo a mis alumnos sonetos de Quevedo, les pregunto al final ¿cómo les ha parecido? Con frecuencia hay un desganado «no está mal» que me da en el alma. Una vez uno de ellos llegó a decirme algo que me estremeció. «Profesor –me dijo–, en un vídeo hay mas riqueza de imágenes que en un poema». Esa noche no concilié el sueño. Pero la vocesita cálida de la poetisa brasilera Ligia Fagundes Téllez cuando escribe: «No quiero ser entendida, quiero ser amada. No quiero convencer, quiero seducir», me consoló.

Formulo preguntas, las formulan mis personajes. No creo tener respuestas.

---

3 *Humboldt*, Número 14, año 1995, p.p. 4 y ss.

4 *Ibidem* p.p. 6 y ss.

5 *Letras Libres*, Número 3, enero de 2000.

---

## CAPÍTULO V

---

### CINE Y AUDIOVISUALES

---

*Dulcemente intercambiamos nuestros sueños.  
Alcanzamos a reunir nuestras voces en el crepúsculo  
Y a reconocer cada uno de los mendrugos  
Que nos ayudan a vivir: la compañía del amigo,  
El manso ronquido de sus palabras,  
Las facciones del hermano, cuyo retorno es un regalo del viento,  
El cuerpo de una mujer flotando sobre la grama.  
Es tan pura la casa sumergida en el atardecer.  
Como si la vida se nos hubiese otorgado nuevamente.  
Como otra dulce oportunidad entre nacer y morir (¡es tan simple, hijo mío,  
tan simple!)  
Nos esperase acodado en una de sus ventanas.  
Tal vez únicamente llegamos aquí para merecer esto.  
Tal vez no lo hayamos merecido en forma suficiente.*

*Héctor Rojas Herazo, «Lamento y alegría del flautista»*

---

# PASEO CONVERSACIONAL POR EL CINE Y LOS AUDIOVISUALES DEL CARIBE COLOMBIANO<sup>1</sup>

---

MARTA YANCES\*

## I

Doy gracias a los amigos del Observatorio del Caribe, al Festival Internacional de Cine de Cartagena y a la Universidad de Cartagena, por invitarme a estos conversatorios sobre el cine en el Caribe colombiano. Advierto que le tengo pavor a hablar en público. Soy, como productora, amiga de organizar este tipo de eventos pero no de participar directamente como conferencista.

Para esta intervención he recopilado distintas fuentes sobre la exhibición, producción y realización del cine en la Costa Caribe. Unas son bibliográficas; otras, datos de mi memoria; y otras provienen de mis experiencias. Como antecedentes para la Costa y Cartagena podemos señalar los trabajos de Diego Rojas, Jorge Nieto y Leyla El Gazi, las crónicas de cine de Hernando Salcedo Silva y de Hernando Martínez y los trabajos del maestro de la crítica cinematográfica Luis Alberto Álvarez (fallecido en 1996, pero no olvidado).

Cartagena presenció la primera exhibición cinematográfica de la Costa Caribe y la segunda del país –Bucaramanga lo hizo el día anterior el día 22 de agosto de 1897–. En el periódico *El Porvenir* apareció el siguiente anuncio:

*Hoy se verificará en nuestro teatro la primera exhibición de este prodigioso invento de Edinson. Es un espectáculo digno de verse. Los cuadros que allí se exhiben tienen la animación de la vida y el espectador asiste, desde su asiento, a interesantes escenas de la vida y de otros pueblos, como si verdaderamente fuera testigo presencial de ellos en el momento en que se verifica.<sup>2</sup>*

El 1° de septiembre de ese año, gracias también a un barranquillero empresario del espectáculo, Ernesto Vieco, Bogotá tuvo su primera función de cine, en el Teatro Municipal, con un programa de vistas típicamente Lumière.<sup>3</sup>

---

1 El Observatorio del Caribe Colombiano, el Festival Internacional de Cine de Cartagena y la Universidad de Cartagena, con el apoyo del área cultural del Banco de la República de Cartagena y el Museo del Oro, organizaron un encuentro sobre el cine costeño en marzo de este año, que contó con la participación de los realizadores, productores y críticos Marta Yances, Gonzalo Restrepo, Pacho Bottía, Heriberto Fiorillo y Luis Ernesto Arocha. Al encuentro asistieron más de 60 personas entre estudiantes de cine y comunicación, realizadores, críticos e investigadores de lo audiovisual en la región. Esta es la ponencia de la productora y realizadora Marta Yances, presentada el 2 de marzo de 2000.

\* Martha Yances. 1956, Cartagena, Colombia. Comunicadora Social de la Pontificia Universidad Javeriana (1977). Estudios de especialización en Realización de TV en el Instituto Oficial de Radio y Televisión Española –Iortve– y de Maestría en Industrias Audiovisuales en la Universidad Internacional de Andalucía –Sede Iberoamericana de La Rábida– (España). En 1996-1997, realizó una pasantía en producción de programas culturales en el Canal Sur de Andalucía (Sevilla, España). Actualmente es socia con Jaime Abello Banfi, Luis Fernando «Pacho» Bottía de la empresa de producción audiovisual Juana Productora Ltda., creada en Barranquilla a mediados de 1997 para la realización del largometraje para cine «Juana tenía el pelo de oro», a estrenarse en el primer trimestre del año 2001.

2 Leyla El Gazi. *Cien años de la llegada del cine a Colombia*, Revista *Credencial Historia*, 88, abril de 1977

3 *Ibid.*

En diciembre de 1897 don Salvador Negra y Pajes llega a Cartagena anunciando con bombos y platillos el verdadero cinematógrafo Lumière, «el legítimo y el verdadero». En todas las notas de prensa insiste en la superioridad de este aparato y en la imperfección del «vitacopio», que se vio en meses pasados que era el de Edinson. El 16 de ese mes se anuncia la primera función en el Teatro Cartagena. Las notas de prensa dicen así:

*Anoche se verificaron varias pruebas ante reducido público y fue grande el entusiasmo que aquellas produjeron. Conocemos la colección de vistas que tiene el empresario Negra y con ellas puede dar más de ocho funciones sin repetirlas.<sup>4</sup>*

En relación con la producción inicial de documentales, en 1914, el fotógrafo italiano Floro Manco, procedente de la Argentina, realiza el primer documental formal e independiente en Colombia: *Carnaval de Barranquilla*. (Esta película, donada por uno de sus descendientes en 1998 fue recuperada por la Cinemateca del Caribe, que busca fondos para su tratamiento).

En 1916 se exhibieron dos documentales de Manco, *De Barranquilla a Santa Marta* y *De Barranquilla a Cartagena*. En julio de 1918, se estrenó en el Teatro Cisneros de Barranquilla *El triunfo de la fe*, la obra más conocida y extensa de Manco como director, conocido ya como el dueño de la fábrica de Cigarrillos La Fe.<sup>5</sup>

Desde la mitad de los años veinte hasta 1948 la mayoría de los acontecimientos sociales, deportivos y políticos de la Costa Caribe fueron filmados por los hermanos Acevedo, además de los carnavales (de Cecilia Gómez Nigrinis), competencias olímpicas en Barranquilla, reinados de belleza (de Yolanda Emiliani y de Piedad Gómez Román), las visitas de la armada peruana y del presidente Roosevelt a Cartagena, que son parte de los archivos de los hermanos Acevedo rescatados por la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano.

En 1954, en Barranquilla, un grupo de intelectuales costeños del que hacían parte Alvaro Cepeda Samudio, Enrique Grau, el catalán Luis Vincens y Gabriel García Márquez, produjo un experimento con visos poéticos y surrealistas, la película *La langosta azul*, en la que participan también Nereo López y Cecilia Porras.

Calificada por Luis Alberto Álvarez en su trabajo «El cine en la última década del siglo XX: imágenes colombianas» (incluido en el libro coordinado por Jorge Orlando Melo, *Colombia Hoy*), como *Jugueteo amateur*, esta película, también según su juicio, sentó «por primera vez en el país la necesidad de expresarse a través del cine». Realizada por tres costeños que gozaron haciendo cine entre amigos, esta obra se ha vuelto mítica más por los legendarios personajes que participaron en ella que por la película misma.

4 *Ibid.*

5 Diego Rojas Romero, «Cine colombiano. Primeras noticias, primeros años, primeras películas», *Revista Credencial Historia*, 88, abril de 1977.



En los años sesenta el arquitecto barranquillero, Luis Ernesto Arocha, usa por primera vez una cámara Yashica de ocho milímetros, y filma en la ciudad de Nueva Orleans su primera película, *MotherLove*, un drácula vegetariano en Nueva Orleans, que dura 20 minutos. Le sigue allí mismo en Nueva Orleans, en 1962-1963, *Mardi Gras*, sobre los carnavales.

A su regreso en 1965 filma en formato de ocho mm *Pasión y muerte de Margarita Gautier*, donde el pintor Enrique Grau hace el papel de Margarita convaleciente, disfrazado de Greta Garbo. De aquí hasta principios de los años 70, Luis Ernesto produce una larga lista de películas experimentales, documentales y de ficción en ocho, super ocho, y dieciseis milímetros. De esta época son: *Los placeres públicos* (collage de 12 minutos) retazos filmados en distintas partes; *Sansón y Dalila* (8 minutos) filmada a dos cámaras, una a color, de Arocha y otra, en blanco y negro hecha por el cineasta caleño, Diego León Giraldo, ya por esta época socio de Luis Ernesto. En esta película, el maestro Grau hace el papel de Dalila. Le siguen: *Un ajuar para la novia de Frankenstein* (cinco minutos), *Albetina ha desaparecido* (collage de 20 minutos), *Happy birthday y Baby Star*. En super 8, hace una película que se titula *Aria*, sobre la obra de Manolo Vellojín filmada en el edificio La Perla y *Corraleja* basada en la exposición del Sindicato de artistas plásticos del Barrio Abajo de Barranquilla.

La producción de Arocha se ocupa también de la temática de los artistas y los carnavales, sus grandes temas, trabajados en todos los formatos (creo que es el único en la región costeña que ha trabajado todos los formatos). Comenzó con el ocho mm, pasó por super 8 mm, 16, 35 y video, y ahora dice que no vuelve a coger una cámara de cine, porque pesa mucho y no se ve enseñada.

En 1970, realiza en 16 mm. dos películas sobre la obra de Feliza Burstyn, una se titula *Hoy, Feliza* (proyectada sobre la fachada del Museo de Arte Moderno de la Universidad Nacional) y la otra *Azilef* (Feliza al revés) y *Las ventanas de Salcedo*, basada en la obra de Hernando Salcedo. Es invitado a una exhibición de cortometrajes de 8 mm. en el Ateneo de Caracas y su obra en 8mm, super 8 y 16 en el Film Maker Cinematec de Nueva York. Arocha, cuya lista de obras es la más extensa de la región, ha sido el primer director costeño, al que le hacen una exhibición de toda una obra en estos sitios. Sin embargo, como pasa siempre, nosotros lo conocemos menos.

Con la ley del sobreprecio a las entradas de los cines y la obligación de exhibir en cada sesión cortometrajes nacionales en 35 mm, las décadas del setenta y ochenta fueron una ocasión para experimentar, para practicar un lenguaje y llegar a un público hasta entonces inaccesible. Entre 1970-72, aprovechando el sobreprecio, Luis Ernesto Arocha, Álvaro Cepeda Samudio y el caleño Diego León Giraldo fundaron la Compañía Cinematográfica del Caribe y producen el *Noticiero del Caribe*, exhi-

bido en los teatros Metro de todo el país. Diego en la cámara, Arocha en el montaje y Cepeda el productor. Con Cepeda, Luis Ernesto codirige *Carnaval en el Caribe*, un cortometraje de 12 minutos y *La subienda*, el famoso documental que no alcanzó a editar Cepeda por su muerte. Se trata de una travesía desde Honda hasta Barranquilla por el río Magdalena, con música original de «Los Teipus». Arocha y Cepeda realizan también *Las regatas en Cartagena*.

En esta misma época (70-72) Luis Ernesto Arocha dirige *Doble de sexo y violencia* basado en un cuento de Alberto Duque López, protagonizada por Margalida Castro y Felipe Solano, *Cali en salsa* (película de 12 minutos), y la que los críticos consideran su mejor obra, *La ópera del Mondongo*, premiada en el Festival de Cine de Cartagena con India Catalina de Oro en 1972. En todas Luis Ernesto se encarga del libreto, el guión, la dirección, la fotografía y el montaje.

En Cartagena se producen también obras interesantes del cine aficionado, Gustavo Ibarra Merlano, , Hernando Lemaitre, Luis Mogollón y Gastón Lemaitre, quienes trabajaron el cine de 8 mm. La familia Hernández García conserva interesante material sobre Cartagena de los años 50-60, que puede ser recuperado. El pintor de origen francés y mecenas artístico, Pierre Daguet, hizo una serie de películas en 8 mm. y aparecen el grupo de pintores de la Escuela de Bellas Artes de Cartagena. Todas estas películas, muchas por rescatar, son, de todas maneras, cine.

A mediados de los años sesenta (más o menos en 1965), el maestro Enrique Grau, filma *María*, basada en la obra de Jorge Isaacs. Rodada en los mismos escenarios de la novela, en la hacienda El Paraíso en el Valle; protagonizada por Susy de Vargas y Arturo Esguerra y la cámara de Diego León Giraldo. Esta película, rodada en formato de 8 mm, con una duración de hora y media es considerada por el curador Eduardo Hernández y el cineasta Enrique Ortiga como una de las películas más importantes de la Costa Caribe, pionera de un cine experimental y alternativo.

Con el sobreprecio vino la oportunidad de hacer cine para los hermanos Guerra en Cartagena. Gustavo, como productor y Dyobeth como director, realizan varios cortometrajes: *Getsemaní*, *Soys Brujo*, *De otro tiempo* y *Don Blas de Lezo*, éste último no exhibido en ninguna sala porque fue rechazado por la junta de clasificación. (Valdría la pena aprovechar estos encuentros para ver si podemos rescatar estas películas que están, como casi todos los cortometrajes, en las bodegas de los productores de la época, o en las manos de los exhibidores. Casi ningún director tiene copias de sus obras).

De esta década son también las películas del cartagenero Ricardo Cifuentes Caballero quien, luego de sus estudios de cine en Polonia y Londres, regresa a la ciudad y filma con dinero prestado por familiares y amigos, su primer corto de ficción, *Magola*, con actores cartageneros. Luego vienen *Tango* y *Clarividencia*, ambas rechazadas por la junta de clasificación.

A principios de los 80, Cifuentes filma una historia en Tierra Bomba, *Isla* en compañía de un entusiasta del séptimo arte en Cartagena, Víctor Enrique Nieto, fallecido, y Enrique Ortúa, quien trabaja cine en México. Participa en esta película el grupo del Museo del Arte Moderno conformado por Eduardo Hernández, Eduardo Polanco y Amalia Jacquin. En la misma época, Cifuentes filma el cortometraje *Garabato*, en 16 mm, con fotografía de Fernando Riaño que, creo, no ha terminado, pues se quedó sin plata en la postproducción.

En Barranquilla incursionan en el cine Pacho Bottía y Heriberto Fiorillo. En 1981 Bottía dirige su primera película argumental, el cortometraje *Carnaval en blanco y negro*; En 1982 Fiorillo dirige *Ay, carnaval*, documental en cine con la asistencia de Pacho Bottía. Entre 1980-82 en Bogotá, Fiorillo dirige el magazín cinematográfico *Cine Revista* de Cine Colombia, del cual también es guionista y editor y es director asistente de *Los elegidos*, largometraje coproducido por la Unión Soviética, basado en la novela homónima de López Michelsen. Fue producido por Producciones Casa Blanca, empresa de Felipe López, hijo del novelista y ex presidente.

En 1983, Bottía vuelve al cine con *El Guacamaya*, que gana el primer premio en el Festival de Cine de Bogotá y mención especial del IX Festival Internacional de Cine de Huelva, España, y es tal vez la obra más importante en la cinematografía de Bottía conocida hasta el momento.

Otros dos barranquilleros radicados en Bogotá, Jorge Nieto y Alberto Vives, utilizando material de archivo de los hermanos Acevedo de la Fundación Patrimonio Fílmico, codirigen *Los cuentos del capitán*, historia de cuentos de un viejo capitán de buque de vapor que cruza el río Magdalena. Hay que mencionar asimismo a Jaime Muvdi quien en los años cincuenta hizo cine sobre el carnaval y con el sobreprecio trabajó en formato 35 mm.

La época de Focine constituye un buen momento para la cinematografía colombiana y costeña. Muchos comenzamos a trabajar en estos proyectos. La época se inicia con la primera y segunda convocatoria a mediados de los años ochenta, con los medimetrajes para televisión, que era cine en televisión, y que se producía en 16 mm. Allí participaron algunos costeños. El primero, cine argumental, *Aroma de muerte* de Heriberto Fiorillo, con la asistencia de Pacho Bottía. Casi todos los cineastas colombianos trabajaban como coguionistas, codirectores, o como amigos.

En 1986, Ricardo Cifuentes filma *La fiesta*, con la participación de Eduardo Hernández como director artístico; de Iván Martelo –quien también es director artístico de *Juana tenía el pelo de oro* y que lamentablemente falleció– en diseño de vestuario; Eduardo Polanco en la ambientación; y Amalia Jacquin y Marta Yances en la producción. Los protagonistas, Vivian Henríquez y Arturo Náder, actores de reparto y figurantes, todos muchachos cartageneros, nunca antes habían actuado.

En Barranquilla se rueda *Bochinche en el Barrio Arriba* para cine en televisión, dirigido por Alberto Vides (fallecido), con la vinculación de personas como Sara Harb y Lola Salcedo que no habían incursionado antes en cine, y luego trabajarían en programas de Telecaribe.

Dentro de los proyectos de Focine se rueda *A cien metros del reten* codirigida por Jorge Aldana y Erwin Gogguel, este último productor y camarógrafo de *La vendedora de rosas* y con la asistencia de dirección de Luis Alberto Restrepo, ganador del concurso de cine del Ministerio de Cultura de 1999. Participó allí como coguionista otro cartagenero, Virgilio Trespacios, (también muerto; hay una lista terrible de muertos por todas partes) y en el reparto figura el pintor Alvaro Herazo, igualmente fallecido.

En los medimetrajes para televisión *Café y tertulias en Bogotá*, *Un ascensor de película*, *Póngale color* y *Vida de perros* participa como productor ejecutivo el cartagenero Dyobeth Guerra, de los pocos que ha trabajado durante 25 años en el cine y se ha desempeñado en varios oficios, ya como escenógrafo, ya como coordinador de producción o ayudante de dirección en importantes películas filmadas en Cartagena como *Crónica de una muerte anunciada* de Francesco Rossi (1986), *Cobra Verde* de Werner Herzog (1987), *La carne del Diablo* (serie de 13 capítulos para la TV. italiana, 1992), *Nostramo* (BBC de Londres, 1995), *Corazón Caribe* (telefilm francés, 1996). Guerra también participó en *Aguilas no cazan moscas (Técnicas de Duelo)* de Sergio Cabrera (1994) y fue ganador en la convocatoria de la Dirección de Cinematografía del Ministerio de Cultura en 1998, con el guión *Café y canela, pero con Yerbabuena*.

En el marco de los concursos de cine y de guiones de Focine, aparece *La boda del acordeonista*, con la que Pacho Bottía tiene la oportunidad de filmar el primer largometraje de la historia del cine de la Costa Caribe colombiana. Haya gustado o no, esta película pasó a la historia. Cuando la vi por primera vez no me gustó mucho, pero la segunda vez me encantó. Ahora pienso que es una película mucho más amateur que como la vi hace diez años pero más bonita. Su lenguaje posee, sin duda, elementos interesantes. El trabajo en cine, a diferencia del trabajo de un escritor o de un pintor, es un trabajo en equipo, y depende de muchas personas, elementos y circunstancias, para la realización y distribución. En esa película, Bottía trabajó con un equipo de costeños dentro de los que recuerdo a Cristo Hoyos, quien hizo la inversión de vestuario, y a Fernando Riaño, quien trabajó fotografía y ha sido en el interior el amigo de los cinematografistas costeños, y quien además vino con su grupo *Cine Taller* a la producción de la película. Además Pacho Bottía fue el descubridor de actrices costeñas como Lucy Martínez e Iris Oyola. (Diego García, un realizador y documentalista, me contó a propósito de la filmación de *Juana* que Pacho Bottía es quien filma las mejores nalgas en cine).

*La boda del acordeonista* es una de las películas del cine colombiano que más premios ha obtenido en el ámbito nacional e internacional. Gana la

mejor ópera prima en el Festival de Cine de La Habana, la mejor ópera prima en el Salón Internacional de Cine de Bogotá, el primer premio en el Festival de las Amazonías, en Manaus, el premio del tercer Festival de Cine de Bogotá como mejor película y mejor música, y el premio a la mejor música en el Festival de los Tres Continentes en Nantes, Francia.

Otra persona de la Costa Caribe, fallecida, también, nacida en Barranquilla, hijo de Bobby Ruiz, el cantante de Lucho Bermúdez, fue el director de fotografía y cámara de casi todos los trabajos de la serie *Yuruparí* de Gloria Triana, y, quien, apoyado por una productora canadiense en los años 1983-84, realiza un documental de carnaval, del que por cierto tampoco existe copia en Colombia. En adelante la región fue escenario de películas pero no se producían películas con talentos de aquí.

En este punto, no puedo dejar de mencionar a los cinéfilos y estudiosos que durante varios años nos enseñaron a ver y apreciar una obra cinematográfica: Alberto Sierra Velázquez, Víctor Nieto Núñez, Víctor Enrique Nieto y Luis Fernando Calvo, en Cartagena y Braulio de Castro en Barranquilla. De igual manera hay que destacar la labor de la Fundación Cinemateca del Caribe en los últimos diez años.

## II

La televisión llega a la región en 1963, pero sólo en 1986, se pudo producir videos y documentales en televisión con la aparición de Telecaribe, cuyos antecedentes en producción televisiva, se remontan básicamente a las corresponsalías de los noticieros nacionales que tenían las compañías en ciudades de la Costa. Primero eran filmadas en cine y luego en formatos de video.

La primera señal emitida en la región Caribe por un canal de televisión ocurrió en la ciudad de Valledupar. Con una antena parabólica y señal pirateada se transmitían las noticias del mundo y con una cámara de video aficionada y un vhs se producían y emitían las noticias locales. El responsable de esta hazaña es José Jorge Dangond, primer gerente del canal regional y diez años después director de Inravisión. Dangond alarmó al país con un primer canal, sin pedirle permiso a nadie para hacerlo. De alguna manera se hizo Telecaribe.

Telecaribe se inauguró en abril de 1986 con la transmisión del Festival de la Leyenda Vallenata. Una de las cosas más importantes del canal fue contar con Dangond en su primera etapa. Buen capataz, como buen vallenato, en el canal se hacía lo que él quería, pero era un tipo emprendedor que no esperaba que los cachacos y el centralismo de Inravisión solucionaran los problemas de la señal o de la emisión, pues él colocaba lo que fuera y con las uñas sacó el canal adelante.

Recuerdo muchas anécdotas sobre aquel tiempo de emergencias. Fui su jefe de producción. Un día me mandó a Cartagena porque había que poner un transmisor, y yo le decía que no tenía idea de eso, que no era ingeniero. Me dijo: «Tú te encargas de eso porque no voy a esperar a que Inravisión me ponga el transmisor en el cerro de La Popa». Y así se hizo colocar un transmisor en VHF para captar la señal de Telecaribe en el canal 4 y no en el canal 29, banda UHF. (Cuando Telecaribe se fundó, Inravisión aportó un transmisor en banda UHF, y los televisores que no tenían los otros canales no podían captar la señal). Telecaribe transmitía todo el año, sin un peso y sin un solo equipo, porque ni siquiera los vhs eran suyos. Todo era alquilado.

A Telecaribe le quitábamos un cable y nos quedábamos sin edición. Yo tenía que salir a las 4 de la madrugada en punto, y recuerdo que el cable se lo había llevado el mensajero, que era el encargado de hacer las pruebas para la audiencia en Barranquilla, y ese era el único cable que había.

Recuerdo que la única cámara que tenía el canal era una cámara cedida por José Jorge Dangond y se cayó en el río Magdalena. Luego Pesenca, una empresa alemana, donó la primera cámara, una *tres cuartos*. Era la *pechichona* del canal y, también, la única que teníamos. Se nos olvidó que teníamos que oficializarla en la Aduana y nos la quitaban cada cuatro meses. En Telecaribe todo mundo buscaba que no se dañara porque sabían que era la única que había mientras se hacían, otra vez, los trámites para legalizar estas máquinas, lo que, por cierto, en Barranquilla nadie sabía hacer.

Con el sistema de televisión colombiano, Telecaribe queda, como pocos en el mundo, en la condición de sistema mixto. Una especie de canal semiprivado, pues la señal es del Estado pero la producción es privada. Se inició como una empresa industrial y comercial del Estado. Teleantioquia, que fue el primer canal regional, se funda como empresa industrial y comercial, pero con la producción directa, de tal forma que la carga económica la llevó a grandes tropiezos, y tuvo que ir abriendo campo a los programadores locales.

Basado en esa experiencia de Teleantioquia, Telecaribe entra al sistema de cesión de espacios a contratistas privados. Muchos de ellos son hombres de negocios costeños y empresarios de otros medios de información. Por eso Telecaribe entra con muchos programas periodísticos, casi todos producidos por empresas familiares, con muy poca trayectoria en el campo audiovisual. Estas empresas familiares compraban equipos, con sus salas de edición y postproducción, y *salían*. Sin embargo el personal fue autodidacta. El camarógrafo y el auxiliar lavaban los carros, el portero era el asistente, y así fueron *metiéndose* y ahora, esos muchachos son productores, buenos productores. El canal directamente se dedicaba a la producción de programas educativos y culturales, realizados casi todos por Julio Charris Gallardo, que venía de hacer cámara para noticieros nacionales, cuando estos se filmaban en cine de 16 mm.

El equipo de trabajo de Telecaribe provenía básicamente de la Universidad Autónoma del Caribe. Todos eran profesionales pero su función básica era la de hundir botones en una sala de emisión. Me preguntaba si no era preferible colocar a un muchacho sin formación, al que no se le pagara, para que sólo hundiera el botón en el momento preciso. Porque mi insistencia era que el comunicador se quedaba analizando el programa. Fuimos haciendo mezclas con todo este personal. Se produjo mucho programa musical, deportivos, de noticias y algunos dramatizados de humor.

En 1987-89, se fundaron los noticieros locales de televisión, que fueron, en mi opinión, el medio de acercar más a las ciudades con sus canales. En Cartagena, por ejemplo, se grababa el noticiero de Cartagena TV y se subía un equipo VHS o de video  $\frac{3}{4}$  y se emitía desde el transmisor local ubicado, primero, en el Hospital Universitario y luego, cuando In-ravisión autorizó, desde el cerro de La Popa. Estos transmisores no han sido aprovechados por ninguna institución de las ciudades para implementar la televisión educativa con las universidades.

Los eventos deportivos en Telecaribe nunca se hicieron microondas sino en lo que yo llamo moto-ondas. La moto iba y venía, y decíamos que era en vivo y en directo, era media hora atrasada, lo único que había que tener era un buen número de casetes para poder grabar la primera media hora, subir al transmisor y ponerlos en el vhs.

Recuerdo la primera transmisión que hicimos. Fue el Festival del Porro de la Costa desde San Pelayo, Córdoba. *Sali* con tres horas de atraso, el festival se estaba acabando y la señal sólo estaba llegando a Barranquilla. Un cerro tapó la visibilidad de la microondas porque la grúa que usábamos era la grúa de la Electrificadora y *no dio*. Comenzamos a grabar, tenía cinco carros de la Corporación Valle del Sinú en fila que viajaban cada media hora desde San Pelayo hasta el Telecom de Montería, de noche, pero con buenos conductores. San Pelayo se dio el gusto de transmitir su festival en vivo y en directo.

A punta de *moto-ondas* salíamos y al año nos ganamos la audiencia sobre todo en Cartagena y Barranquilla. Estuvimos en todos los pueblos. La verdad es que divulgamos y teníamos presencia en todos los eventos de la Costa, la mayoría folclóricos, pero eso nos dio una gran experiencia como canal.

En 1987, en Sabanalarga, Bottía hizo –no sé cómo– 14 capítulos del dramatizado *Corraleja*, en seis meses con actores veteranos de Bogotá y actores costeños nuevos. En Bogotá, 14 capítulos se hacen en quince días o un mes. Eso fue duro. Ahí no había luz y había que tener todo. Telecaribe no tenía ni un año de haber nacido. Allí se gastaron cien millones de pesos de la época. Fue un buen trabajo pero además una escuela para la Costa. Y fue la primera vez que se vendió televisión del canal costeño a los canales nacionales, y además el trabajo gustó.

En esa época Miriam de Flores dirige *El sainete*, una comedia de humor con la mayor audiencia de Telecaribe. Hice un análisis, y vi que nos enfrentábamos a los programas del Congreso por un lado y de la Cámara de Representantes por el otro. Y dije ¡esta es la clave! Empezamos a trabajar más sobre ese punto, sobre los registros de proponentes, y a hacer un estudio serio sobre los equipos de las empresas, la audiencia, la forma de trabajo, y empezamos a hacer foros con gente e incluso con niños. Y fuimos armando la programación. Hay gente que trabaja en grupo, como *Cheverísimo*, que tiene la mayor audiencia en toda la región. Son grupos de trabajo, que mal o bien siguen trabajando. Uno de los realizadores es Ernesto McCausland, con sus crónicas, ágiles, que funcionan. La producción del canal es básicamente una sola fusión. El periodista escribía, entrevistaba y le decía las cosas al camarógrafo. Pero para hacer televisión hay que estar mejor preparado que para hacer cine, creo yo. El cine se demora y la televisión es inmediata.

Después de Dangond llega a la gerencia del canal Jaime Abello Banfi, principal promotor y gestor de la creación de Telecaribe. Con su dirección, empezamos a trabajar sobre audiencias y programación, comparando los programas de Telecaribe con los enfrentados en los canales nacionales, sobre los registros de proponentes y a hacer un estudio serio sobre los equipos de las empresas, la forma como trabajaban y a hacer foros con gente e incluso con niños. Y fuimos armando la programación para una nueva licitación.

Poco a poco en Telecaribe se fue definiendo la política de producción propia, ya sea por convenios y otras modalidades, y se reservan espacios de programación y un pequeño presupuesto para la producción de programas culturales. Se inicia entonces la producción de documentales de corte periodístico y testimonial, de personajes históricos, de arquitectura, ecológicos y otros, en su gran mayoría sobre música y folclor. Primero, con documentales separados y más adelante se intenta con la serie *Aluna Caribe* y se consolida con la serie *Trópicos*, en la gerencia de Abello Banfi. En los siete departamentos se producen documentales buenos, regulares y malos y se le da cabida a veteranos profesionales de la Costa y de otras partes y se van conformando equipos.

Hice parte de esos equipos con Vilma Piñeres y Luis Alberto Rebolledo de la Universidad del Norte o Jaime González, en Cartagena que iban buscando la coproducción ejecutiva. Me considero un motor de esos equipos vinculando jóvenes de distintas facultades y cineastas, realizadores, investigadores, periodistas, escritores, productores y coproductores.

El trabajo de producción se va armando de manera interesante. No se trata de la producción de poner equipos sino la producción integral. Allí le aprendimos a los rusos en su ajedrez. La producción puede en-



tenderse como un ajedrez para sacar un mejor producto. El productor es la persona que vela por cada movimiento de lo que ocurre. El productor ve el producto. Considero que en las mejores producciones en las que he participado mi trabajo ha sido como productora, no como directora. La verdad es que cuando me llaman realizadora-directora me da una cosquillita porque le tengo respeto a la dirección, y sé que me falta mucho para lograr un lenguaje que vaya más allá de contar la cosa.

El productor une todo lo que tiene y saca el mejor provecho con eso. No es apretando al director sino ayudándolo, poniéndole todo. Eso es como un parto. Un director se muere de susto cuando tiene veinte actores en escena. Eso *aculilla*, y, es más, con un solo actor en un salón vacío uno no sabe cómo va a salir la cosa.

A mí no me han criticado nada de lo que he hecho, y es una lástima. Cuando me demoraba para sacar los programas en Telecaribe decía que qué pasaba con el programa. Esas eran mis primeras producciones y recibí algunas notas buenas sobre los programas hechos. Lástima porque la crítica nos ayuda. Pero en la Costa no tenemos crítica.

#### LA EXPERIENCIA DE *EL ÚLTIMO CARNAVAL*

No podemos dejar a McCausland por fuera. En televisión hace *Mundo Costeño*. Trabaja crónica de corte un poco amarillista y sensacionalista pero de todos modos muy ágil y maneja un formato de televisión bueno. Luego incursiona en el cine y hace *El último carnaval*. Es una película amateur, lástima que ya no son tiempos de jugárselas así como de amateur. También hace las películas muy rápidamente. De todos modos la hizo. Hay que hacerla por primera vez para ver después cómo se siente uno y qué hay que hacer. Es una película muy barata, no se gastó ochenta mil dólares como lo predicó. Le costó unos cuatrocientos millones de pesos. Porque creo yo que con menos no se hace cine en Colombia. Lo que él hizo fue cambiar productos por espacios publicitarios. Es una gran película porque creo que ha recuperado la plata de todos estos años y la va a seguir recuperando. Sólo en la Costa tuvo 200 mil espectadores y había que recuperar ochenta mil dólares. Ahora está haciendo la segunda. También vinculó a la Universidad del Norte pero no a los alumnos estratégicamente en distintos departamentos sino que vinculó a todo un semestre. Cuarenta muchachos de sexto semestre haciendo de todo. Pero de cualquiera experiencia de estas se aprende. Había buen ambiente. La película y ya está a la venta en *video home*.

El proyecto de *Juana...* comenzó en el 94. Pacho Bottía me dice que hay un concurso de Colcultura y tengo un guión que escribí hace seis años, basado sobre un cuento de Cepeda. Comenzamos a estudiarlo. El concurso era el único premio del país y teníamos que demostrar que con quinientos millones de pesos podíamos realizar la película. Insistí en que ya no estábamos para hacer cine aficionado, había que plantear un proyecto de industria cinematográfica. No nos lo ganamos. En ese año los ganadores fueron Sebastián y Luis Ospina, con *Un soplo de vida*.

Al segundo año actualizamos al proyecto y le subimos el 25% no más. Fue una cosa cómica porque si al arriendo le subieron el 25% nosotros también le subíamos a todo el 25%. «¿Será que nos lo ganamos, Pacho?» Y volvimos al concurso. Se lo ganó *La deuda* de Nicolás Buenaventura.

En el 96 me fui a hacer una maestría a España y regreso a Barranquilla y me dice Pacho: «Faltan siete días para que se cierre el concurso...¿Será que lo mandamos?» Dije, «mira yo vengo hecha una *ducha* porque eso fue lo que fui a estudiar, ahora sí lo vamos a hacer como es». Y me encerré. Nunca en la vida había manejado un computador y comencé a trabajar en Excel. Y lo mandamos y nos nos otorgaron la Beca Nacional de Cine y como premio 250 millones de pesos. Eso fue en diciembre del 96.

Alegría y pánico a la vez, de lo único que estábamos seguros Bottía y yo era que ya no estábamos para hacer una película aficionada. Desde allí ya tenemos la noción de industria. Porque ya pasamos de los 40s, no podemos seguir jugando, teníamos que plantearnos el proyecto como industria. Invitamos a Jaime Abello Banfi y lo convencimos de que se vinculara como productor ejecutivo. Creamos una sociedad, una empresa que se llama Juana Productora Limitada y arrancamos con el proyecto. El proceso de buscar los recursos para hacer la película, revisar el guión una y otra vez, elaborar presupuestos –mil veces–, buscar coproductores, diseñar la producción, vincular a los inversionistas regionales, montar oficina, contratar el personal, negociar con los actores y propietarios de los equipos y hacer la preproducción completa, duró más de año y medio. El rodaje de *Juana tenía el pelo de oro*, duró siete semanas. Se inició en el 28 de julio y finalizó el 13 de septiembre de 1998.

En *Juana...* asumí el cargo de directora de producción. Este era mi primer diseño de producción de una película. Confieso que gracias a la Cinemateca del Caribe y a la oportunidad que me dio de quedarme en la biblioteca horas y horas estudiando, presupuestos complejos de planeación y diseño de la producción de cine, fui capaz de salir con algo. (Los presupuestos de Telecaribe eran casi de caja menor). Aquí la cosa era diferente. El diseño tenía que demostrar que se podía hacer y debía plantearlo como un proyecto regional de producción de cine y a la vez de forma-

ción para vincular al máximo a la gente de la Costa Atlántica pero sin plantear una película aficionada como *La boda del acordeonista*.

Desde el 97 empezamos a poner condiciones como productores. Ya aprendí lo que era. Contratamos asesoría internacional de Marcela Fuentes, una guionista mexicana, vinculamos a Jéssica Grossman, una escritora barranquillera que después de *Juana...* hizo su primer corto en cine y que se presenta en el Festival de Cine ahora que se llama *Rita va al supermercado*, producto de todo el equipo de *Juana...*, mi asistente era la productora, los asistentes de Pacho también intervinieron.

El diseño de producción, que consiste en planear cómo se va a hacer la película, con quién se va a hacer, con cuántos recursos, de dónde se sacan los recursos y comenzamos a ver a toda la gente joven estudiosa del cine que iba a la Cinemateca, que le gustaba el asunto y trabajaba con seriedad y que podían ser los posibles asistentes de la película. Comencé a buscar a la gente de la Costa en Bogotá y con experiencia. Por eso se trajo a Iván Martelo, director artístico, Pacho Gaviria fue el director de fotografía, y nos lanzamos a hacer la coproducción con el Instituto de Cine de Cuba, del cual, por irreverente y atrevida con Camilo Vives, conseguí a Raúl García, el papa del sonido en Cuba, quien tiene ochenta películas, y ha estado presente a lo largo de todo el cine latinoamericano. Le vendí el proyecto. Se trajo cinco técnicos cubanos de San Antonio de los Baños. Con ellos hicimos un gran equipo. Les dije que además de la producción, tenían que enseñar a mis muchachos porque los cachacos no enseñan. Terminamos sesenta personas viviendo durante dos meses.

Trajimos al actor cubano Carlos Cruz, quien trabajó en *Guantanamera* y que se acaba de exiliar en Miami. En la Costa se compraron algunas cosas, pero lo demás era traído de otras partes, incluso el personal. Todo el equipo de cámara, luces, sonido, grúa, planta eléctrica y demás elementos se trajeron de Bogotá. En Bogotá puedes filmar una película y todo lo tienes ahí. Si necesitas un doli, hoy la puedo alquilar por día, pero si tengo la película en Ciénaga, Magdalena, me toca alquilarlo durante todas las semanas de grabación. Igual los cincuenta mil o sesenta mil kilovatios en luz eléctrica para una escena una noche en una plaza. Si hacer cine en Colombia es difícil, hacer cine en la Costa, donde no hay un solo bombillo que sirva para cine ni personal capacitado, es bien complicado. Allí sí no puedes jugártela, cuando el director dice «rueda» todo tiene que estar funcionando y la gente tiene que conocer ya lo que tiene hacer y el director de un departamento tiene que ver cómo hace para estar listo y que la inversión no se pierda. (McCausland hizo una película básicamente al aire libre con muy poca luz y la que está haciendo ahora no tiene nada de luz y no trajo medio aparato de Bogotá. Esas son las cosas que encarecen las películas).

Se nos ocurrió hacer la película en una zona roja con alta dosis de violencia, que tenía traquetos, guerrilla y paramilitares, aunque la alcaldía colaboraba me dijeron que buscara seguridad privada, que no respondían. Me tocó contratar seguridad. Pero no nos pasó nada, aunque nos gastamos una plata a parte. «Aterciopelados» nos hizo el tema musical.

Lo más importante es hacer las cosas. Pienso que cuando uno hace las primeras cosas, si uno no hace al inicio una cosa barata, después es muy difícil hacerlas. Estoy viendo cómo podemos hacer cosas que no necesite una gran inversión. El problema del cine es que si sube el dólar me sube la película. A pesar de tener una película en 35 mm y contar con una cámara de 35 mm moderna del Icaic, 15 días antes tomamos la decisión (Pacho, Jaime y yo) de rodarla en super 16 mm. Saqué los costos. En 35 mm nos cuesta 35 millones en efectivo, ya. En super 16 nos cuesta 10 millones en efectivo. Más cinco que le doy al de la cámara por adelantado, 15. O sea necesito 15 millones y no cuarenta para rodar en quince días. Aunque después me vaya a costar.

No mencioné algo que es muy importante, comenzamos esta película cuando comenzó la crisis y todavía no hemos salido de ella. Yo he vivido casi toda mi vida en la misma crisis pero nos atrevimos a hacerla con inversionistas regionales. Conseguimos 250 millones de pesos entre un grupo de inversionistas de la región. Llamamos a un empresario amigo como productor asociado y le dijimos que se consiguiera con sus amigos que tienen empresas y que son inversionistas, y nos dijo, demuéstrennos que podemos recuperar la plata con la película. Ahí está el cuento, la plata la van a recuperar ellos, no nosotros. La inversión nuestra creo que no la vamos a recuperar a no ser de que sea pues un pago en donde tengamos más público que *La estrategia del caracol*, lo malo es que en *Juana...* no decimos malas palabras ni hacemos chistes así de rico y no creo que lleguemos a tener ese número de público. Sin embargo, como industria, nos planteamos un esquema de recuperación. Los inversionistas tienen la preferencia de la taquilla y el 80% va para sus manos no para nosotros. Los productores de *Juana...*, tenemos la inversión de muchos años y la satisfacción de haberla hecho y esperamos que la recuperamos cuando se esté viendo en los canales locales de Asia o qué sé yo, y digan que esa película es de aquél país que golearon 20 a cero. Esa es la forma de recuperar la plata hoy en cine.

El resultado ahí está. Creo que tiene una buena factura pero todavía no podemos cantar victoria, ni decir que es la gran película colombiana y mucho menos que vamos a cambiar el cine latinoamericano, como dijo Gabo en el comercial del Festival de Cine.

Ah, y para terminar, esta es la primera vez que hablo en público sobre lo que hago.

---

# HAY QUE BUSCAR CÓMPLICES

---

TESTIMONIO DE UN REALIZADOR CINEMATOGRAFICO

PACHO BOTTÍA\*

## I

Quisiera comenzar con una pregunta que siempre me hago o me formulan cuando hablo con estudiantes o personas interesadas en el cine. ¿Cómo hacer una película en un medio en donde no hay una industria del cine? Siempre doy una respuesta en apariencia simple, pero sincera: hay que escribirla y hacerla.

Pero detrás de todo eso ¿qué hay? Es de extrema importancia que el cineasta, sobre todo el de la Costa, tenga una profunda convicción y las ganas de hacer la película que se propuso, la fe, un intenso deseo de expresarse por medio de imágenes, de convertir algo intangible en parte de la propia vida. El realizador comienza siempre con una idea, algo que quiere contar, pero tiene que sentarse, pasar horas de su vida escribiendo, sin saber siquiera si va a conseguir los medios para hacerla. Al principio es toda una aventura, un inmenso interrogante, no se sabe exactamente cómo va a ser el final al que uno quiere llegar y los medios siempre son desconocidos. Por ello la importancia de la convicción y la necesidad, porque allí se queda la gran mayoría, el 90% de los cineastas. Se necesita una gran fuerza interna para seguir y tienes que conservarla, porque el guión es sólo una guía.

Uno supera esa etapa inicial cuando encuentra los medios. Por eso creo en la complicidad. Para hacer una película se necesitan dos cómplices. Si los consigues, la película está hecha. Buscar esos cómplices significa casi un acto de seducción. Todo el cine es una gran seducción. La labor de un director es de seducción, así como la del productor y hasta la de los artistas y el público. A todo el mundo tienes que seducirlo con tu idea, con lo que quieres decir. Por eso es que el acto de fe es muy importante: si no tienes esa convicción no lo vas a lograr. Esa faceta de la complicidad es clave. En mi experiencia, cuatro películas, la complicidad ha sido la base práctico-logística para llegar a hacerlas.

Mi primera película *Carnaval en blanco y negro*, se dio cuando por primera vez entré en contacto con Álvaro Cepeda Samudio, en quien tam-

---

\* Pacho Bottía, Barranquilla, 1954. Licenciado en ciencias políticas de la Universidad de los Andes. Profesor de sociología en la Universidad del Norte. Profesor de cine de la Universidad Autónoma del Caribe. Crítico de cine. Realizador de *La Cartagena de García Márquez*, video documental, 50 minutos. España-Colombia. Guión y dirección general de *El Barrio Abajo*, *La Boquilla*, *Pescadito*, video documental, trilogía sobre barrios de la costa Caribe de Colombia. 25 minutos cada uno. 1996. Dirigió la serie de televisión *Corralejas*, 1987, y la película de cine argumental *La Boda del Acordeonista*, 1985. Fue premiado como mejor director en el II Festival Internacional de Teatro. Racine. Wisconsin, U.S.A. 1994. Premio Nacional de Televisión Simón Bolívar con *El Canto de la cigarra*, 1991. Premio Nacional de Televisión Simón Bolívar con *Corralejas*, mejor seriado. Bogotá, 1988. Catalina de Oro del XXVIII Festival de Cine y Televisión Regional de Cartagena con *Corralejas*.

bién encontré complicidad. No vengo de la literatura. Yo estudié inicialmente matemáticas y después me pasé a ciencias políticas, entre otras razones porque me permitía ir al cine con mayor frecuencia. Un día me di cuenta que el mundo del cine me apasionaba. Eso se lo debo a una novia que tenía, que era de Dinamarca. El día que se fue, al regresar del aeropuerto, me matriculé en la Cinemateca Distrital. Todavía conservo la misma pasión de aquel entonces. Esa es mi gran satisfacción. Lo difícil en el cine es persistir, mantenerse día a día. Es un apostolado: la única manera de desarrollarlo es dedicándole toda tu energía y tu pasión, todos los días, desde cuando te levantas hasta cuando te acuestas.

Cuando decidí volver a Barranquilla, había asistido a varios cursos de apreciación cinematográfica y de pronto un día se me ocurrió hacer algo para cine. Quiero hacer una película, me dije. Llamé a un amigo mío, Francisco Gaviria, que había estado haciendo películas en universidades y me dijo, tranquilo, que yo consigo las películas y la cámara y la hacemos. Y un día, en una fiesta en la casa de Álvaro Cepeda, que ya por aquel entonces había muerto, conocí a su esposa, la Tita, y le comenté que quería hacer una película y que estaba pensando en su casa y ella me contestó que sí, que aceptaba. Como a los ocho días le pasé el guión. Desde ese momento sentí que la película empezaba a hacerse. Tenía la casa, una casa difícil de conseguir, tenía el camarógrafo y tenía las películas y la cámara. Lo que faltaba eran la comida y otras cosas. Sin esas dos personas claves desde ese principio, creo que la película no se hubiera hecho. Después vinieron otras ayudas, pero fundamentalmente yo contaba con esos dos amigos que han sido fundamentales en las otras películas. Siempre una de esas dos personas cómplices consigue el dinero, la logística, y otras te resolverán otros problemas y buscarán otros recursos.

Después de haber terminado esa película me embarqué en otro proyecto que se llamó *La guacamaya*. La Tita volvió a decirme que me colaboraba y un amigo suyo dijo que aportaba el dinero porque tenía una plata ahorrada. Con eso arrancamos y con el interés de la Tita de conseguir productores, gente que pusiera dinero a cambio de publicidad en la película. Duró como seis meses el proceso de producción. Luego en un concurso para largometrajes que abrió Focine en esa época, pasé el proyecto de *La boda del acordeonista*, pensado inicialmente para cuatro capítulos de televisión y ganamos la propuesta. El productor de esa época fue un cineasta muy conocido, Fernando Triana. En esa película me desligo un poco de la producción con gente de la región. Toda fue filmada en la Costa, pero la producción entera se hizo en Bogotá.

La última película, *Juana tenía el pelo de oro*, es un proyecto que se sitúa mucho más dentro de la región. Fue presentado con Marta Yances al concurso de Becas Nacionales de Cultura en el 96 y le otorgaron como 250 mil dólares. Con 250 mil dólares, se pregunta uno, qué sucede ahora. Conseguimos otro cómplice, Jaime Abello, quien se comprometió a

conseguir todos los recursos para terminar la película. Con el apoyo de Marta en la parte concreta de armar la película y el de Jaime, empezó a caminar el proyecto. Con Jaime conseguimos personas que se vincularon con dinero, productores asociados para el rodaje. En realidad en la consecución de recursos trabajamos con Jaime Abello y Roberto Caridi. Ellos consiguieron en México a un productor asociado, y este productor asociado vinculó a una empresa de producción y en una semana debo estar viajando a México para la post-producción después de estar parada casi un año por todos los problemas económicos en Colombia.

Volviendo a la pregunta inicial acerca de cómo lograr sacar adelante una película en un medio con poca tradición cinematográfica como la Costa: si se tienen esos cómplices la película sale. Pero lo anterior implica una gran convicción tanto del productor como del director. Si esos productores, este año, se hubieran *friqueado*, la película se habría estancado. Cada mes le mostrábamos el proyecto a diferentes productores y ellos viajaban con recursos propios o prestados a proponer la película, hasta que de alguna manera salió adelante. Muy cerca de terminar el rodaje de la película me encontré con Sergio Cabrera y le manifesté la preocupación que tenía por el filme y me dijo: «No te preocupes, Pacho, que algún día se acaba, yo duré cinco años terminando *La Estrategia...* y tú llevas cuatro meses». Eso me alivió, pero al tiempo me creaba inconvenientes por los compromisos con los productores que habían puesto dinero y que había que devolverles la plata en un tiempo determinado.

Se puede producir cine en Colombia y ahora hay muchas posibilidades de producción en video digital y los resultados que se han visto son asombrosos, como algunas películas de lo que llaman el Grupo de Dogman, en Dinamarca, filmadas con cámaras digitales de cinco mil o seis mil dólares. El problema no está tanto en la producción sino en el talento y en el trabajo narrativo y artístico que propone la película. Más que entrar en una discusión sobre el dinero (tema que a mí no me gusta tocar), en el cine, aunque se necesita, yo no creo que el dinero sea el que hace la película. Hay que centrarse más en el cine mismo, en el lenguaje audiovisual, preocuparse mucho más por el tipo de película que se quiere hacer, invertir gran cantidad de trabajo en lo que se quiere narrar. La parte logística y financiera la debemos dejar a los cómplices.

La labor del cineasta es concentrarse al máximo posible en el lenguaje con el cual narra. Tenemos un gran compromiso con el cine mismo más que con nuestra región y nuestra época. Es preciso asumir un gran compromiso con el lenguaje. Hay películas que tienen unas grandes intenciones en sus propuestas, un compromiso con su medio, pero flaquean en otros puntos. El compromiso es con el cine, el medio con el que se trabaja. Yo me saldría mucho de la cosa regional. En mi caso personal, mis películas hablan de aquí porque yo soy de aquí, pero no es una propuesta deliberada. Me parece que los cineastas que queremos hacer un cine desde acá debemos conocer íntegramente el cine, escribir, anali-

zar mucho, hacer crítica interna, preocuparse por desarrollar una buena obra, que llegue a los sentimientos y al espíritu, que dé luz a las personas que la vean. El resto de cosas, dejárselas a los amigos, ellos deben resolverlas.

En las primeras tres películas que hice no hubo preocupación por la plata. Los amigos ponían plata y mi papá también. Las películas salían. Eso fue del 81 al 88, siete años viviendo del cine completamente, de una a otra forma. Después que terminé el largometraje empecé a pensar. ¿Cómo haré yo una película más ambiciosa, que llegue a un público mayor? Empecé a pensar en muchas cosas externas de la película. Antes simplemente pensaba en la película. Cuando eso ocurrió, disminuí la fuerza en el tema por estar pendiente de otras cosas y se volvió complicada la producción. Pasado un tiempo, como cinco años después que terminé mi primer largometraje, me decía: cuando no tenías ni prestigio ni nombre ni plata ni nada, hacías las películas, por qué no ahora que tienes más experiencia y más amigos. Me di cuenta que estaba pensando demasiado en mí, había perdido convicción. Internamente me decía que tenía que volver a ese espíritu que tenía al principio, porque eso es lo que atrae a la gente. Yo lo que me tengo que preguntar es cómo hacer para que la película me quede más bella, cómo le meto más magia, cómo hacer que brille por sí misma y atraiga a la gente que le interese, y a quien tenga que pensar en los costos. Esas preocupaciones, y no el pensar en que tengo que conseguir doscientos mil dólares más para terminar *Juana tenía el pelo de oro*, labor de los realizadores, son las que van a hacer que la película consiga el dinero. Es obvio que mostré el proyecto a muchos productores y me dijeron que no, pero a alguno le interesó. También les mostré a «Aterciopelados» la película y les gustó, compusieron el tema musical, después de un año. Esa canción ayudó mucho a la película.

A los productores hay que darles fuerza para que tengan la convicción de seducir a los demás para que entren en la película. En nuestro caso, si observamos esa actitud, podremos producir más películas que en cualquier otra parte. El oficio se aprende mientras se trabaja, pero se debe mantener aquella actitud espiritual. Uno siempre está echándole las culpas a la gente, al Ministerio, a la plata y a no sé qué cosas, a las condiciones, a la región. Todos esos inconvenientes pueden ser superados. El problema no es de dinero. Ya se están dando las condiciones para producir películas con bajos presupuestos y eso exige que tengamos que invertir más en talento. *El proyecto de la bruja Blair* es una película supersencilla con una propuesta estética muy novedosa y muy barata, unos treinta mil o cuarenta mil dólares.

Con los nuevos sistemas se pueden hacer películas muy baratas. Pero hay películas buenas que son baratas y películas baratas malísimas. Luego la gran inversión es en el talento. Cuando en una película no se tiene el valor de producción la salva el talento. Eso implica un esfuerzo grande. Algo que no cuenta con una inmensa producción pero posee atractivos



y es interesante. Hay ejemplos, sin formular una valoración estética, como *Es mejor ser rico que ser pobre*, en el que se gastaron unos cien mil dólares, una película que ya recuperó la inversión.

Lo comercial de una película depende de lo que uno quiera. Otra película barata fue *El último carnaval*, unos cien mil dólares. Ernesto hablando sobre *El último carnaval* me dijo que si metía cien mil espectadores sacaba la plata: Para películas eminentemente comerciales tal suma es un fracaso. *La vendedora de rosas* metió como seiscientos mil espectadores. Para su inversión no creo que haya sacado sus costos en Colombia. Si *Juana tenía el pelo de oro* llega a meter seiscientos mil espectadores, para nosotros es un éxito, devolvemos la plata con intereses y todo. Entonces ¿qué inviertes tú como hombre de negocio? Es un problema de costos-beneficios.

De todas maneras una película terminada en 35 mm, con buen sonido y todo, no baja de ciento cincuenta mil o doscientos mil dólares. Lo clave es que haya productores enlazados con los distribuidores. En un adelanto de distribución se puede salvar la inversión. En Colombia nuestra imagen cultural es más de dirección porque usualmente los directores somos los que sacamos el proyecto adelante hasta el corte final. Cuando viene la otra parte ya no tenemos energía, pero el proceso debe llegar hasta el público.

Las relaciones del director con el productor son como todas las relaciones que ocurren en la vida, por lo general, conflictivas; y dentro de ese conflicto se mueve el cine. La ausencia de producción es lo que más complica al cine. Nosotros tenemos en este festival de cine siete películas colombianas y vamos a ver cuántas van a ser distribuidas, de manera relevante. Es posible que menos de la mitad. Los directores logran las películas, pero falta la otra parte. Cuando uno como director se mete a un proyecto sin ese combo, la cadena se resquebraja. Es más complicado ser buenos productores que buenos directores, porque hay que saber de finanzas y de relaciones públicas, entenderse con todo el mundo, facetas que implican esfuerzo diario. Una de nuestras debilidades es esa. Hay que fortalecer al productor. Usualmente cuando uno está en la academia las gentes quieren ser directores o escritores, pero muy pocas quieren ser productoras.

## II

Cada vez que un director termina una película, su pregunta es si va a hacer la otra. El cine se mueve en esa contradicción. *El ciudadano Kane* cuando salió, fue un fracaso económico, pero es una obra clásica. Seguramente ese año hubo éxitos de taquilla de los que ahora nadie sabe quiénes fueron sus directores y ni siquiera figuran en la historia del cine. El cine es un medio de comunicación de masas en constante movimiento y un arte costoso. Si no se recupera el dinero la cosa se complica.

Directores como Fellini o Kurosawa, demoraron años en hacer sus películas y eran tremendos directores. Y durante ese tiempo estaban haciendo sus películas directores mediocres que llovían películas. Esa contradicción hace parte del mismo cine. Un artista subsiste en la medida que haya un público que pague su creatividad.

Hay un cineasta llamado Erik Romero, un director que hace películas de dos millones de dólares, como le da la gana. Tiene un grupo técnico pequeño. Pero saca cuentas y le saca a las películas la inversión y la ganancia. Pero para un director como Spielberg cuyas películas valen más de cien millones de dólares, una de dos millones no sirve para nada porque tienen que sacarle más de cien millones.

¿Entonces cómo subsiste un director? En la medida que tenga público para pagar su creatividad. Unos necesitarán un gran número de público, otros menos, pero eso es decisión del artista. Y en ese punto medio hay muchas dificultades. La película pasada que dirigí, hoy costaría unos 400 mil dólares. Pero fue producida por Focine y no tenía que recuperar su dinero. Juana tenía el pelo de oro va a llegar al millón de dólares. Muchos de mis compañeros están haciendo películas de doscientos mil o trescientos mil y están haciendo las mismas ofertas a los productores. Si logro que los productores recuperen su dinero arranco con otra, y así.

Hay cosas que a veces no se saben. Uno a veces como director no hace la película que quiere sino la que le financian, la que le producen. Yo tenía el guión de *Juana tenía el pelo de oro*, pero también tenía cinco guiones más esperando y escogí a *Juana...* porque de alguna forma quisieron que se produjera. Una cosa es lo que yo pienso como director y otra las dificultades que asumen los productores. Usualmente los directores tenemos esa idea del poder para decidir cosas y resulta que uno va avanzando en su carrera con lo que consigue y ante las situaciones que uno va enfrentando.

### III

Francia produce como ciento ochenta películas anuales. Pero tengan por seguro que por lo menos ochenta no se distribuyen como ocurre en España o en Argentina. Y si se distribuyen lo hacen muy modestamente. Porque lo que sucede en la mayoría de los países es que te dan un incentivo para producir, pero en la distribución también hay problemas. Por eso hay que buscar cómplices. Hay que enfrentar la verdad que es acudir a tres o cuatro casas de distribución. Cada teatro costó su platica y tiene gastos. No podemos decir que los productores son unos desgraciados. Ellos tienen aquí el Teatro Cartagena que genera una cantidad de gastos. Ellos deben traer películas para sostenerse. Cuando nosotros mostramos una película a un distribuidor, dicen, bueno la pongo. Aquí no

hay una actitud negativa con el cine. Hay casos en que no les interesa. El distribuidor hace una parte y a uno le toca poner la publicidad, las copias y de alguna manera así se distribuye. Pero si la película empieza a funcionar, la cosa es otra cosa.

Aquí hay un cineasta que se llama Jorge Echeverri. El no se pone a echar mentira que sus películas van a llenar teatros. Sus películas se distribuyen en cine clubes, o en salas de artes y exposiciones y cree que está bien.

Uno tiene que dimensionar cada proyecto. Esa cadena de producción, distribución, al final se tiene que dar. La película se tiene que mostrar. Ahora cómo se va a mostrar, con qué tipo de promoción, de lanzamiento, de inversión publicitaria, es una cosa distinta a pensar de antemano en la mala energía del realizado.

Creo que de los gringos hay que aprender mucho. De pronto nos equivocamos en un principio desechando todo lo que nos venía de allá. Y resulta que hemos dejado de aprender muchas cosas. Ellos tienen de todo. Malo, bueno, como en todas partes. Pero uno tiene que saber qué aprende, cómo aprende y qué conclusión saca. Creímos que los Estados Unidos era el malo del paseo del mundo. Se despreció mucho.

En el caso del cine latinoamericano, yo digo que no existe. Existen películas latinoamericanas. Porque nosotros no tenemos un mercado para el cine que producimos los latinoamericanos. El cine americano existe, ellos tienen su mercado y sus películas. Tenemos un cine colombiano que es visto en Colombia. El promedio de asistencia a una película colombiana es mayor que el promedio de asistencia de una película norteamericana. La película colombiana que menos público ha tenido tiene cien, ciento veinte, y las norteamericanas en promedio tienen treinta o cuarenta. Los grandes éxitos son otra cosa. Pero las películas colombianas son vistas. Lo que pasa es que dependiendo de la inversión que han hecho se vuelven negocio para los productores o no. El caso de Ernesto McCausland, en Barranquilla no más puso cien mil espectadores. Eso es importantísimo: que se vea el cine en donde es hecho.

La gran pregunta de una película es si va a tener éxito o no y nadie tiene la certeza, incluso algunos directores que reiteradamente son exitosos. El director en este caso tiene que ser sincero consigo mismo en la película, incluso el productor. Porque si uno empieza a transformar la película para el éxito de pronto no lo obtiene. La búsqueda de esa sinceridad es del director y es su contradicción. Seguramente en un poeta o en un escritor, eso no es tan fuerte como en el director de cine o en un arquitecto. Lo más difícil en un cineasta es mantener el hábito y la fe. Este es un camino difícil. No hay un camino que esté más lleno de trampas que una película. Cada segundo hay trampas. Cuando un maquillador dice le pongo esta camisa y un vestuarista dice otra cosa. Cada decisión la vas tomando tú. Una película puede enterrarse con una elección errada del

casting. Por eso una película está llena de peligros de diferente tipo y uno tiene que ir estableciendo una posición sobre cada cosa.

#### IV

Gran parte de las películas de Alfred Hitchcock, *Psicosis* y muchas otras, son tomadas de libros. A él más o menos le contaban el cuento, o lo leía, pero no le paraba bolas a la fidelidad con el texto, sino consigo mismo, con su mirada sobre el mundo y con lo que pensaba que era el cine. Cuando el escritor es más importante que el realizador, empieza a complicarse la cosa, sobre todo, si los realizadores quieren ser fieles a lo que opinan los escritores. En nuestro caso de latinoamericanos, somos muy respetuosos con la literatura. En los Estados Unidos se tiene el mismo respeto, pero en cuanto se refiere al cine, hay que hacer una película que llegue al público para mantenerlo una hora y media sentado viendo algo que le guste, y eso ya queda en manos de los productores. Hitchcock, encontraba en la literatura algo que lo motivaba y después no volvía a ver más el libro. Para los latinoamericanos la literatura se nos vuelve un enemigo. Una película adquiere compromisos con la película misma, no puede tener compromisos con el escritor. El realizador tiene el compromiso consigo mismo. Hay películas que tienen mucha afinidad con la literatura, pero fracasan como cine.

Por lo menos el 40% del cine que viene de Estados Unidos está basado en libros, malos o buenos. En esas películas siempre gana el cine. Hay un gran compromiso con las películas. Por eso la literatura seguramente es un referente argumental. Es una cosa que se da en lo concreto. Hay algunas películas que recrearon libros muy fielmente y son bellas películas, bellas, y quizá algunas comerciales y otras no. *Como agua para chocolate* es una película bella, económicamente exitosa, y es un ejemplo en Latinoamérica. *Ilena*, *Cóndores*, también fueron exitosas. Pero de todas maneras hay que tener en cuenta que todas las relaciones en el cine son conflictivas en el sentido más oscuro de la palabra.

A mí me gusta mucho Cepeda porque me da la atmósfera y algunos elementos del argumento y la historia me la invento yo. Eso no sucede con los cuentos de Gabo, porque en ellos está la historia. Si ven la literatura de Cepeda ven que son como rasgos: *Todos estábamos a la espera*, *Los cuentos de Juana*. Con una sola idea tengo para armar la historia y cuento con cierta libertad en el argumento. Una vez en un taller con García Márquez, le comenté el asunto y me dijo: «Claro, lo que pasa es que los directores siempre arman su película».

A mí me parece que en el caso de Cepeda eso me gusta, que no me da el argumento, sino un gancho. Y de allí en adelante prácticamente saco el cuento. En ese sentido yo no tengo una gran preocupación por ser fiel o

no. Yo le mostré a la Tita y nunca más desde que se hizo tocamos el tema de que si eso era fiel al cuento. Estoy pendiente del ritmo, de si está lenta y de otras cosas, no de ser fiel o no.

## V

*Juana...* es una fábula. Y como una fábula siempre es una historia de ficción aparentemente salida de la realidad que en el fondo cuenta una verdad. ¿Qué sucede cuando una persona tiene un valor o una virtud? Inmediatamente la gente trata de apoderarse de eso. Entra el poder en escena, ya sea económico o de otro tipo. El conflicto es su relación con el poder, ya que de alguna manera el poder tiene que usufructuarle. Si una persona canta bien, enseguida Sony u otros, dicen: «vamos a cantar ese disquito...» Esta niña que tiene el poder, me pregunto, cómo hace para seguir adelante... Lo demás, por ejemplo, la forma de su pelo, la gente se le olvida que tiene el pelo negro.

Para mi lo más complicado de la película fue cómo meterme con una cosa que no puede ser en la realidad pero que cuando tú la relacionas, sus relaciones son verdad porque la verdad es psicológica más que fáctica. En el fondo la verdad en el cine es muy psicológica, funciona en el cine y otras artes. Una vez el productor me preguntó que si le estaba haciendo un contraluz en el pelo para que se viera. Nadie me puede creer que el pelo de Juana es rojo, es que tú no tienes que hacer énfasis en el pelo, porque allí no está la verdad de la película, yo no puedo hacerle ver al público una cosa que no puede ser creíble. Que crean mejor las consecuencias de todos los rollos en que ella se mete. Píntenla de rojo y no le pongan contraluz, decidí. Estas decisiones, que al final yo no sé si funcionarán o no, fueron los cuestionamientos de la película. Fotografiar el pelo, las decisiones con los peluqueros, etc. Antes la labor del productor era vista como la de un enemigo, no la teníamos muy claro y pienso todo lo contrario. Es un cómplice teso...

## VI

Hay que mantener el interés. Eso es vital, y que después la gente se pregunte en qué es lo que viene después hasta que se acabó la película. Si en un momento determinado al público no le interesa lo que viene después hay un problema. Eso va a depender de la posición de cada artista, de cada director, e incluso de cada productor. Digamos, Ciro Durán haciendo la película sobre la toma de la embajada. La gente quiere saber qué fue lo que pasó con esa toma, qué ocurrió y parte de una pregunta que la gente quiere que se responda. Víctor, hace su trabajo de *La vendedora de rosas* y entonces la gente dice: «Cómo es el cuento

del mundo de estos muchachos», y uno los ve en las calles. La manera, el tema específico no existe. Digamos, el caso del mismo Buñuel, te seduce de pronto invirtiéndote tus valores, tu forma de pensar. Esa es una manera. Uno escribe una cosa y resulta que sale otra que te sorprende. Oliver Stone siempre se mete con temas claves de la vida de los Estados Unidos. Cada director tiene su manera. A mí personalmente no me gustan las cosas periodísticas. Yo jamás he pensado hacer una película que tenga que ver con un suceso periodístico.